





ALFONSO BULLON DE MENDOZA

LA SOCIEDAD.

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA Y LITERARIA.

Tomos I y II.

32 Balme, Jaime

BM/1218

MD

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA

LA SOCIEDAD

DE ECONOMÍA SOCIAL

Tomos I y II



8C: 118 165  
Juan Gil y Angulo

Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

N. A. 524607

# LA SOCIEDAD.



CEU  
Universidad  
San Pablo

Biblioteca Universitaria

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA  
Y LITERARIA.

Tomos I y II.

QUINTA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

Calle de las Tapias, núm. 4.

1889.

Obra del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

# LA SOCIEDAD

REVISTA DE ECONOMÍA POLITICA

---

ES PROPIEDAD.

---

TOMO IV

SEGUNDA EDICION

BARCELONA

IMPRESION DE LA EDITORIAL

DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

1900



## PROSPECTO.

---

EN la sociedad de nuestros padres dominaba la fe, en la nuestra prevalece la razón: en aquélla, era la religión cual la columna de fuego que guiaba á los israelitas en la obscuridad de la noche; en ésta, es como el misterioso blandón que despide sus tranquilos resplandores en el retiro del santuario. Antes, se construían magníficas iglesias, suntuosos monasterios, ahora gigantescas fábricas; antes, se levantaban altísimas torres para el sonoro tañido, anuncio del sacrificio y de la plegaria, ahora se encumbran á porfía negros caños que arrojan bocanadas de humo. No aceptamos todo lo nuevo, pero tampoco pretendemos evocar todo lo antiguo: que á pesar de nuestros clamores, no se alzará de su tumba Pedro el Ermitaño, con sus legiones de cruzados.

La sociedad actual dice: «la inteligencia es mi guía, la ley mi regla, mi fin el goce;» nosotros tomamos por guía la inteligencia, pero en ella comprendemos la fe, porque la fe es también una inteligencia sublime; deseamos por regla la ley, pero colocamos en primera línea la eterna, y miramos como dechado de leyes la moral del Evangelio; ponemos el fin en un goce, no limitándole empero á la esfera temporal, sino extendiéndole á los inefables destinos del alma más allá del sepulcro. ¿Queréis que hundamos en el polvo esa frente que mira al cielo? ¿que se disipe cual liviano soplo ese espíritu que no cabe en el tiempo, esa mente que abarca el mundo? No,

no acaba todo aquí. El porvenir de la humanidad se extiende más allá de la tierra. Ved lo que os significan esas generaciones que pasan y desaparecen; ved lo que es para ellas esa tierra, donde sólo un momento plantan sus tiendas, como la caravana del árabe su flotante pabellón en las arenas del desierto.

El cristianismo es para nosotros el manantial de la verdadera civilización; y no considerado como un simple pensamiento filosófico, ó como una religión encomendada á los caprichos del espíritu del hombre, sino tal como Dios le fundó, y se conserva en la Iglesia católica. Rechazamos la idea de que el catolicismo no baste á satisfacer las nuevas necesidades de los pueblos, y de que semejante á las instituciones humanas, haya de sufrir una transformación radical, conservando su fondo verdadero, y dejando sus gastadas envolturas. La religión cristiana no es hoy un deforme gusano, que con el tiempo deba trocarse en pintada mariposa. Permaneciendo la misma, se adapta á la diversidad de las épocas, y produce variados efectos: el mismo sol que alumbrando hórridas montañas las puebla de robustas encinas, brillando sobre climas más apacibles, los embellece con vistosos frutales, y los recrea con delicados perfumes.

He aquí los principios de que partimos, el punto al cual nos enderezamos, y el camino que nos proponemos seguir. No olvidaremos las aplicaciones á nuestra patria; que vanas son las doctrinas si de ellas no se saca algún provecho. Diferentes partidos bregan contra la deshecha tormenta; cada cual señalando distinta orilla, clama alborozado: *Italiam, Italiam*; á unos y á otros les diremos, que en nuestro concepto, la Italia no está allí.

Barcelona 15 de Febrero de 1843.



---

---

(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Marzo de 1843.)

## SITUACIÓN DE ESPAÑA.

---

Sobre la negrura de la atmósfera tempestuosa donde retumba el trueno y serpea el rayo, hay una región serena y apacible iluminada por los resplandores del astro del día; así sobre la política de las pasiones está la política de la razón; sobre los intereses particulares y de momento, los generales y duraderos; sobre la insidiosa mala fe, el candor de la sincera verdad. La voz de ésta, apenas se oye en España, hace ya largos años; lo mismo que pasa á nuestros ojos no nos es permitido verlo como es en sí; se ponderan y exageran sin medida, el bien como el mal; este desventurado país se ha convertido en sangrienta liza donde se pelea sin piedad, ora echando mano de la fuerza, ora tendiendo malignas asechanzas. Los combatientes están interesados en desfigurar la situación propia y la de sus adversarios; á propósito levantan polvareda para ofuscarse recíprocamente la vista, y obscurecer la de los espectadores. ¿Quién fué capaz de formarse ideas justas y cabales sobre el partido y la causa de D. Carlos ateniéndose-

se á los periódicos favorables á la Reina? ¿Y quién, al contrario, pudo conocer los elementos que se combinaron en pro de la hija de Fernando, guiándose por la opinión de la *Gaceta* de Oñate? En la encarnizada lucha trabada posteriormente entre las fracciones del partido liberal, ¿cómo será dable encontrar la verdad en medio de tan acaloradas disputas, de tanta gritería, baldones y denuestos?

Pensamiento desconsolador, y que lo es todavía mucho más cuando contemplamos el calor excesivo que en la actualidad van tomando las pasiones; sin embargo de no hallarse en la arena partidos que, como es bien sabido, cuentan en sus filas crecido número de prosélitos; hablamos de los que prefieren la monarquía pura, ó tal como la ensayara Zea Bermúdez, apellidada el *despotismo ilustrado*, ó tal como la deseaban los que siguieron la bandera de D. Carlos. Estos dos últimos partidos, se nos dirá, son insignificantes, están ya fuera de combate, son tan impotentes y nulos, que ni en ellos deben pensar siquiera los que militan bajo las nuevas enseñas. No sostendremos altercado sobre la exactitud de la observación contenida en esta réplica; haremos notar sin embargo, que los primeros encuentran naturalmente simpatías en no pocos gobiernos europeos, fundados en el mismo principio y que se arreglan por la misma pauta; y en cuanto á los segundos, esa impotencia, esa nulidad, tenían hace tres años una expresión que algo significa: numerosas bandas en casi todas las provincias del reino, y además un ejército de 15.000 hombres en Cataluña, otro de 25.000 en el bajo Aragón, y otro de 40.000 en el Norte. ¿Así hemos perdido la memoria que no recordemos al conde de España haciendo frente al barón de Meer, Cabrera á O'Donnell, Maroto á Espartero?

Fáltale á la España el conocimiento de la verdad sobre sí misma; y en las actuales circunstancias este conocimiento le es vital. La verdad es la vida de las sociedades; si es ejecutada, no importa tanto el que no sea conocida; un hombre sano disfruta de su salud sin advertirlo siquie-



ra; pero si esa ejecución no existe, el conocimiento es indispensable; para aplicar el remedio es necesario no ignorar el mal. Cuando las sociedades se gobiernan tradicionalmente, cuando lo que en ellas prevalece no es la reflexión y la razón, sino el tino y el sentido común que continúan conservando lo que hallan establecido, entonces pueden pasar sin explícito conocimiento de la verdadera situación y de las condiciones de su existencia; pero cuando destruído lo antiguo es menester edificar de nuevo, cuando las leyes secundarias y hasta la fundamental se han cambiado profundamente, cuando ni unas ni otras por perfectas que se supongan, no tienen sin embargo la ventaja de haber pasado por el crisol del tiempo, entonces se han condenado ellas mismas á una vida de continua reflexión sobre sí propias, como el hombre que abandona el modesto patrimonio de sus padres, para andar, con atrevidas especulaciones, en busca de mejor fortuna.

Bonald ha dicho: «Después de la revolución francesa le falta á Europa otro escarmiento; desgraciado el pueblo destinado á dárselo.» Este ha sido la España; así el pueblo más monárquico de Europa, expía más cruelmente los excesos de la democracia. ¿Qué interés han podido tener los monarcas del Norte en contemplar con tamaña frialdad nuestros infortunios? quizás el de escarmentar á sus súbditos con el ejemplo de nuestra desventura. La revolución francesa podía ser temible; la nuestra no: allí era Orestes agitado por las furias, blandiendo á diestra y á siniestra el puñal parricida; aquí es un hombre que pálido y convulso se agita entre agudos dolores, después que le han propinado el tósigo funesto. Este ejemplo no es contagioso: los espartanos hacían embriagar á un esclavo, y lo exponían á la vista de sus hijos para hacerles cobrar horror á la embriaguez.

En los bandos que se disputan la arena hay hombres distinguidos: ¿quién lo duda? los hay de buena fe; ¿quién lo niega? pero que son impotentes, ¿quién no lo palpa? Se achacan unos á otros la culpa, se echan en cara flaquezas,



imprevisión, mala voluntad, y hasta traición y alevosía. Vencieron, y no disfrutaron de la victoria; en el festín del triunfo hallaron el lecho de tormento. Allí yacen ellos; con ellos la nación.

¿Dónde está esa felicidad que tan pomposamente prometierais? «Mediaron, diréis, obstáculos insuperables;» pero, bien podremos replicar á los unos, ¿por qué los creasteis? y á los otros ¿por qué no los prevenisteis? «Nosotros no previmos,» insistirán los primeros. «Nosotros no pudimos,» añadirán los segundos: sea así, sirvaos esto de excusa á los ojos de la posteridad, si por excusa queréis la ceguedad y la impotencia.

Al notar que la nave zozobra, todos demañan el áncora que despreciaron como inútil en el momento de darse á la vela. «La ley, exclaman, la ley ha de ser nuestra divisa salvadora: la ley ha dejado de imperar: de aquí dimanar nuestros males, sólo ella podrá remediarlos.» ¿Dónde está la ley? ¿Qué habéis hecho de ella? ¿Ahora, sólo ahora advertís que la ley falta, que la fuerza decide, que gobierna, que amenaza señorear el porvenir, cuando hace diez años que campea por nuestro desventurado país? ¿Pensáis que la fuerza existe tan sólo en los campos de batalla, y que es más real y verdadera, y ejerce acción más eficaz y dañosa, cuando se expresa por el clarín del combate y el estampido del cañón, que cuando se desahoga en gritos amenazadores ó murmura con exigente descontento? ¿Os quejáis de que falta la nacionalidad? ¿Cuándo la ha habido desde 1833? ¿Qué persona, qué partido desde aquella época pudieron decir con verdad, la nación soy yo? Os lamentáis de que las cuestiones de interés general se resuelven con miras de conservación en el poder, y que por lo mismo se degrada nuestra dignidad; pero ¿creéis que esta política sea del todo nueva? ¿pensáis que se verifica otra cosa que la exageración de un principio, y que lo que estamos presenciando es más que el término de una degeneración comenzada mucho antes? Gobiernos anteriores entraron en senderos peligrosos, en pendientes rápidas;

principió el descenso, y la velocidad de los cuerpos que bajan aumenta sin cesar. Perdiéronse de vista los verdaderos principios de gobierno, se adulteraron; y los gobiernos que se han sucedido, han continuado degenerando; que en tiempo de revolución se verifica de ellos muy rápidamente el *mox daturos progeniem vitiosiore*: *de nosotros saldrán hijos peores.*

A nadie designamos; no culpamos á nadie: sólo hacemos notar los hechos como nos los ofrece la misma experiencia. Compadecémonos de la suerte de los hombres que con leales intenciones hayan tenido que hacer frente á circunstancias terribles; no seremos nosotros quienes los juzguemos sin los debidos miramientos; pero la verdad, la inexorable verdad, ¿nos permite acaso hacer traición á nuestras convicciones?

Cuando la reina Cristina encargada del gobierno durante la enfermedad de su esposo expidió el decreto de amnistía, se inauguró la nueva época, que no ha terminado aún; en la apariencia no era más que una amnistía, en la realidad era un cambio de política. Nadie necesitó explicaciones para entenderlo así; sintióse un sacudimiento instantáneo, vivo, como se experimenta en el momento de recibir la acción del fluido eléctrico. Cuáles debían ser las consecuencias de esta medida, no todos lo preveían; y menos quizás que nadie, la augusta señora que la había firmado; pero en confuso, instintivamente, se percibía un nuevo porvenir, según unos, de halagüeñas esperanzas, según otros, de tormentas y calamidades.

Con aquel decreto, y no se escandalicen ciertos lectores de lo que vamos á decir, y no juzguen del sentido de nuestras palabras antes de haberlas leído por entero; con aquel decreto, repetimos, comenzó la política que resuelve las cuestiones de interés nacional en vista del interés del momento, y con miras de conservación de un poder; en la amnistía pudo tener tanta parte como se quiera, la magnánima generosidad de la augusta esposa de Fernando; pero en el fondo, en los designios de los que aconsejaron



semejante paso, fué un contrato tácito con el partido liberal: te apoyo para que me sostengas: *do ut des*. Así lo entendieron los amnistiados, así lo indicaban las circunstancias, así lo han mostrado los sucesos. El manifiesto de Zea Bermúdez, después de la muerte del Rey, fué una tentativa para rescindir el pacto; las exposiciones de dos generales célebres fueron la voz que reclamaba imperiosamente el cumplimiento de lo pactado: el Estatuto apareció.

En la prensa y en la tribuna resonaron los gritos de *no basta*: en Mayo del año 35 el autor del Estatuto se veía asaltado por los puñales de los asesinos á las puertas del Estamento; en Agosto había levantamientos y juntas en muchos puntos del reino; en Septiembre cae el conde de Toreno, la Reina cede, el Estatuto es declarado insuficiente, su modificación es prometida. A pocos meses, cuando se acerca la hora del cumplimiento, las consecuencias de la promesa espantan; se intenta neutralizarlas; se nombra el ministerio Istúriz; y en Agosto de 1836 se fuerzan las puertas del Palacio, el motín penetra hasta la estancia de la Majestad, se publica la Constitución de 1812, y un general celebrado poco antes por la parte que le cupiera en el establecimiento de las libertades públicas, muere desastrosamente á manos de la aleve ingratitud.

Convócanse las Cortes constituyentes: concluidos sus trabajos pasa el ejército por Madrid; las sillas del ministerio tiemblan al ruido de los tambores y de las armas: desde Aravaca se le dirige una mirada de desagrado; el ministerio cae.

Las órdenes del ejército, las negociaciones apremiadoras, las mudanzas de personas y sistemas, los famosos comunicados, las renunciaciones, los manifiestos, los pronunciamientos, se fueron eslabonando con terrible consecuencia; el drama tocaba al fin de una de sus principales escenas: érase á mediados de Octubre de 1840; alejábase tristemente de las costas de Valencia una vela que se enderezaba á las playas extranjeras: la augusta señora que



años antes abriera las puertas de la patria á millares de proscritos, estaba proscrita.

¿Dónde está la ley? repetiremos aquí; ¿dónde la encontráis en todos los grandes cambios ocurridos desde 1833? Dirigid por todas partes vuestras miradas, no la descubriéis; se os mostrará su palacio, la fuerza guarda sus puertas; penetrad en él, la ley está adentro, pero es un cuerpo exánime; en su nombre se practica lo que ella no dice: así en nombre de un rey que expiró, ejecutan sus caprichos los atrevidos mandarines que afectan ser instrumentos de la voluntad soberana, cuando sólo poseen y ocultan el cadáver del monarca.

Esta es la condición de las revoluciones: su objeto es derribar lo existente por injusto, sustituir unas leyes á otras leyes, unas instituciones á otras instituciones; la reforma lo hace por medios legales, la revolución por la fuerza; la influencia directa ó indirecta de la fuerza en la resolución de las cuestiones públicas, es la infalible señal de que ha principiado la revolución. Comenzado el drama, necesario es que continúe: sólo puede haber duda sobre la duración de los actos, lo terrible de las escenas y lo trágico del desenlace.

En las revoluciones se asienta por principio que el *antiguo orden legal es ilegítimo*, por estar en oposición con el interés del pueblo que es la *suprema ley*. Más ó menos explícitamente se proclama este principio, cuando se entra en un nuevo orden de cosas saltando por encima de las formas establecidas; no importa que quien dé el paso sea el pueblo ó el monarca, que quien hace la aplicación sea el consejo de un rey ó una asamblea popular. Pedidles á los consejeros de Cristina al publicar el Estatuto, pedidse-lo á los tribunos de las Cortes constituyentes; ¿por qué principios se dirigen? os hablarán de las necesidades de la época, de la precisión de satisfacerlas: los primeros os recordarán quizás las antiguas leyes fundamentales; los segundos replicarán también que la Constitución de 1812, en cuya fuerza están reunidas, fué también dada á los es-

pañoles, como una restauración de las mismas leyes. El fondo de las cosas es el mismo: ni siquiera se diferencian en el velo que las cubre; sólo que en aquel caso es una reina quien lo tiende, en el último es el pueblo.

Desde el momento que se ha dejado el camino de la legalidad para seguir el de la conveniencia, quedan sustituidas á la ley la voluntad y la discreción del hombre, y flaquea por su base todo el sistema social, que toma por blanco de sus esfuerzos apartar del gobierno de la sociedad, en cuanto sea posible, todo lo que sea puramente discrecional y arbitrario. Los acontecimientos van entonces siguiendo su curso inevitable: el torrente se despeña de abismo en abismo, hasta que encontrando una llanura, entra de nuevo en el hondo cauce, y continúa en sosegada carrera.

Se imaginan algunos que la mayoría de la Reina allanará todas las dificultades y hará desaparecer como por encanto todas las complicaciones que están enmarañando nuestra situación. «Colocada, dicen ellos, en manos de la Reina la dirección del gobierno; libres ya de interinidades, y exentos del mal siempre grave, de empuñar las riendas del mando personas que sólo le ejercen temporalmente, saldremos de una vez de tanto desasosiego y zozobra, cesará la incertidumbre, se verá más claro el porvenir, y añadiéndose el casamiento de S. M. con algún príncipe que traiga consigo garantías de orden, de paz y de conciliación, veremos cómo se reúnen en rededor del trono los españoles de todas las opiniones, se echará un velo á las pasadas discordias, se afianzarán las instituciones ahora vacilantes, se añadirá la amistad con las potencias del Norte, y ocupando de nuevo la España el lugar que en Europa le corresponde, asistiremos á la apertura de una nueva era de prosperidad y bienandanza.

Estamos de acuerdo en que el advenimiento de la mayor edad de la Reina es un acontecimiento feliz que no podrá menos de mejorar la situación; convenimos en que la prolongación de la minoría de S. M. sería una calamidad na-



cional cuyas fatales consecuencias no se pueden calcular; opinamos que entonces se presentará una excelente oportunidad para comenzar una nueva era, una de aquellas dichosas coyunturas que distintas veces se han ofrecido y otras tantas se han desaprovechado, cuando no empleado para agravar los males de la nación; no dudamos que si la Providencia le deparase á la joven soberana, consejeros atinados, previsores, y dotados sobre todo de sana intención y de la suficiente superioridad para elevarse á la altura que reclamará lo crítico de las circunstancias, no fuera imposible el cerrar la sima de las revoluciones y el llevar la nación por el buen camino á que de propio impulso se abalanza; pero estamos tan escarmentados, son tantas las esperanzas que repetidas veces se han disipado, que no es extraño si al concebirlas halagüeñas para un determinado tiempo, ocurren al espíritu consideraciones tristes, que vengan, no diremos á desvanecerlas, pero sí á enturbiarlas.

¿Y quién es capaz de asegurar que los sucesos se realizarán tales como algunos los pronostican? ¿quién es capaz de decir que nuestra complicadísima situación se desenmarañará tan tranquilamente, por solo el advenimiento de la mayor edad de la Reina? Dejemos aparte la gravísima cuestión ventilada ya en la prensa periódica, hagamos completa abstracción de la situación enteramente nueva en que por semejante suceso nos encontraríamos colocados, prescindamos de cuanto se roce con determinadas personas, y no consideremos más que el conjunto de las cosas con su complicación, con su complejidad: ¿créese por ventura que tan fácilmente abandonan el campo de la política las ambiciones rivales, los intereses encontrados, pudiendo todos contar con poderosos medios de acción y de influencia? Difícil nos parece; y por más grande que sea nuestra confianza en la sensatez de la nación española, por más seguros que estemos de la fuerza del sentimiento monárquico en España y de los admirables efectos que está destinado á producir, todavía nos queda la



duda de que el mero hecho de llegar á los catorce años la augusta niña, haya de traer consigo resultados tan decisivos y satisfactorios.

El casamiento de la Reina es otro de los sucesos en que se fijan todas las miradas y en que se fundan grandes esperanzas: y necesario es confesar que según como se verifique ese importante acontecimiento podrá acarrear-nos muchos beneficios y contribuir poderosamente á desenredar la situación, conduciendo los negocios á feliz desenlace. Pero ¿cuándo se verificará ese casamiento? ¿Con quién? ¿Prevalecerá la política inglesa ó la francesa? ¿Qué parte tomarán en el negocio las potencias del Norte? ¿Hasta qué punto se pondrán de acuerdo con la Francia, ó la Inglaterra, ó con ambas? El marido de la Reina ¿qué política ha de representar? He aquí un conjunto de cuestiones todas graves, importantes, vitales, y que sin embargo están obscuras, envueltas con cien velos, sin que ahora sea dable aventurar una conjetura con alguna probabilidad de acierto. Pocos negocios pueden ofrecerse de mayor interés y trascendencia para la nación; pocos tan íntima é inmediatamente enlazados con la resolución de los grandes problemas que miramos pendientes; pocos sin embargo en que la prensa periódica haya entrado menos de lleno. Una que otra vez se han adelantado algunas indicaciones, y hasta se han escrito discursos; pero considerada la cuestión en todo su grandor, en su espinosa complejidad, la polémica está intacta. Ni aplaudimos ni censuramos esta conducta: sólo la consignamos aquí, como un indicio de la gravedad del negocio, pues que en campo de suyo tan abierto y libre, se le trata con tal circunspección y reserva.

Y no se crea que esto dimana del temor de arrostrar compromisos: otro asunto se ha presentado, y por cierto la prensa periódica no ha manifestado pusilanimidad: no sólo no ha tratado con timidez la cuestión, pero ni siquiera ha querido admitirla: «esto no es cuestionable, ha dicho, la minoría de la Reina no debe ni puede prolongarse.»

Quiera el cielo que no salgan fallidas tantas esperanzas como se tienen fundadas en aquel día, del cual ha bastado la idea de que pudiera aplazarse, para sembrar alarma tan viva y levantar un grito de reprobación tan unánime. También participamos de ellas; pero no nos es dado alimentarlas cual desearíamos, al considerar los acontecimientos que pueden acumularse antes, los que pueden presentarse en los momentos críticos, los que pueden sobrevenir después.

Concebimos muy bien que la simple presencia de la joven soberana al frente del gobierno podrá más para imponer respeto á las pasiones y partidos, que la de otras personas sean cuales fueren sus calidades; reconocemos muy bien que esta falta nada puede suplirla; pero conociendo lo fausto del momento en que cese la minoría de Isabel, no alcanzamos á creer que con este día nos haya de llegar el remedio de todos los males. Cuando nos figuramos á la joven Reina en el acto de entrar en el ejercicio del mando, parécenos ver á una tierna niña empuñando el timón de una nave que brega en furiosa tormenta: á sus pies se abren á cada instante los abismos del Océano; sobre su cabeza brama la tempestad; la angustiada niña levanta sus ojos al cielo invocando á la *Estrella de los mares*; entonces unimos nuestros ruegos á sus ruegos, y recordando que hay un Dios amparador de la inocencia, tranquilízase un tanto nuestro espíritu sobre los destinos de la augusta nieta de San Fernando.—*J. B.*



## LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

### I.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay también que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquéllos ensalzan lo que fué, éstos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas; al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo día.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adán sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Edén; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitres. En pos de horrosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto como en muchas otras cosas, hay no escasa exageración de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hacia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusión de semejantes ideas, la falta de buena fe en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, más bien esfuerzan un argumento, que no expresan una convicción. Triste condición de las ideas en



la época actual, el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campaar en el terreno de la discusión, con independencía é hidalguía. Si estos intereses, que toman á sueldo el pensamiento, fueran generales, se extendiesen á largo trecho de duración, no limitándose á pequeño círculo de personas, ó á breve espacio de lugar y de tiempo, no sería el daño de tanta monta; y aun sucediera casi siempre, que el entendimiento luchando por ellos, no se apartaría de su natural objeto que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy á menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto, y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada extensión que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, compléanse á menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas; resueltas de una manera favorecen ó dañan á un partido, á un sistema, á una institución, quizás á una persona; y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposición*, y que se ha pretendido legitimar á los ojos de la filosofía como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podía evitar, y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta explicación; y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, ó al menos se mira como excusable, el emplear el error como arma de oposición, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así á la ciencia como á la moral; pues que despojada del falso aparato con que se la cubre no es más que la canonización de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traídos por la prensa; admiramos como el que más ese conducto eléctrico, que

en un momento comunica á un pueblo, á una nación, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamás se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podría afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand á la oral, diciendo: que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece, todo por malo si contraría: se juzga de una opinión, no por su verdad intrínseca, sino por su valor instrumental; hay una verdadera acepción de doctrinas como la hay á veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente á la recomendación que llevan, ó al interés ó afecto que inspiran, en aquéllas se deja á un lado la verdad, y sólo se mira el uso á que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado á las ideas.

## II.

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas, pero no están exentas de ella las demás, por tener á menudo puntos de contacto con las primeras. La nación que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo ha sido la Francia: escándalo tanto más funesto, cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo en el mediodía de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demás países del Norte, acontecieron en épocas en que la prensa no había tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada á obras de alguna extensión, y por consiguiente más meditadas, y donde podían tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida, y que contribuyeron también á la exaltación de las pasiones populares, y al favor de ciertas miras; pero la prensa no había conocido la fuerza que podía adquirir con una acción con-



tinua. El periodismo propiamente dicho, no existía; faltaba por tanto el principal medio que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones é influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola, no se había erigido en poder; éste no era considerado como legítimamente poseído, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social, con alguna institución respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veían la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la acción é influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres, quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso más, y se les venía á la mano la censura de la política.

Cuando la revolución de 1789, la Europa había sufrido ya el lento cambio, que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma, y con independencia de las clases é instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo, apareció cual uno de los principales contendientes la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en el resto de Europa y de América; particularmente en los países sometidos á un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados Unidos tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos dos países, la discusión ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo: la sociedad de los Estados Unidos se levantó por su independencia y libertad, y después de la victoria no se halló con opiniones encontradas, ni intereses en pugna; la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenía más embotada la susceptibilidad, y menos anhelo de mudanzas.



En la revolución inglesa descollaba el fanatismo religioso, en la americana el sentimiento de independencia nacional, en la francesa preponderaba el filosofismo; estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontraréis aún en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país, la filosofía ha dañado á la política, pero en cambio la política ha dañado á la filosofía: esta amalgama ha hecho que la política participase de la abstracción teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la región de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta la política es eminentemente práctica y por tanto más juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta y por lo mismo es más concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida ni verdadera*, sino *concienzuda*; porque las opiniones más extravagantes se profesan á veces con la mayor buena fe. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra á la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar porque la buscan donde no está, se entregaron á penosos estudios, á meditaciones profundas; allí pasaron sus días, ofreciéndolos en holocausto á la ciencia. Kant no salió nunca de Koenigsberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado no puede ciertamente decirse lo mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolución de 1830, Cousin y Villemain, Thiers

y Guizot? La revolución debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida en fin por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la restauración con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolución no necesitaba su disfraz, quitóse la máscara, tiró su manto. En cierta época, M. Cousin que después ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos les leía en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolución, cual otro Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia no habíamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakspeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producía un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambición; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros ó escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era más sólida, más grave, más paciente, y sobre todo más cándida y sincera.

### III.

Si la codicia y la ambición contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época, las malea y extravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de convicción firme, intención recta, y expresión osada é independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes, no sólo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distri-



buída en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenían que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organización social y política de los pueblos? En la actualidad todo se toca, cuando no se confunde; los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan á la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan á ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religión, y los defensores de la religión y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga ó ataca en todas materias y bajo todos los aspectos.

La intervención popular en todo linaje de negocios, se ha hecho efectiva, bajo los gobiernos libres, como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra ó por escrito, pública ó privadamente, todo se ventila, se somete á discusión, se aplaude ó censura; y la influencia que de esta intervención resulta, podrá ser más ó menos directa, más ó menos pronta, más ó menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observación por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los más agitados y turbulentos, y veréis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstracción incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y sin embargo los escritos llevan el sello de la tranquilidad más sosegada. No parece sino que el autor se trasladó á un desierto, y que nada sabía de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el país en vivas discordias y se derrama á torrentes la sangre, ellos hablan calmamente de política, y van á buscar las razones de los



hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? ciertamente que no; pues en las crónicas nos refieren lo que está sucediendo, y no hay motivo para callar en un caso lo que expresan en otro. Además, que antes de la invención de la imprenta los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás á ello no los destinaba el autor. Estas razones no militan para después de la invención de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica también en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir á miramientos ó temor lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra, ni Felipe II de España, se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organización social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando, consiste en el espíritu de los tiempos, en que á la sazón se estudiaban los libros, y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salón cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atención directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecución reproducida en el espejo. La observación continua del hombre y de la sociedad, en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza á este punto, todo converge hacia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto sería un bien de alta importancia, si las convicciones fuesen más frecuentes y robustas; porque el espíritu hallándose afectado más vivamente, se expresaría con mayor entonación, empleando un acento más alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias más graves y trascendenta-

les; y un entendimiento escéptico, es inseparable compañero de un corazón seco. ¿Qué importa la sensibilidad más ó menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido á marchitar las ilusiones, bien pronto veréis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío, y expuesto al aire, se escapan los restos del delicioso aroma.

#### IV.

Comparando nuestro siglo con los precedentes, se echa de ver: que antes las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginación, quién á los sentimientos, quién cultivaba la razón, quien la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenían entre sí poco contacto; y no se había creado esa homogeneidad, que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad, se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y éste á su vez, suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas, ó con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre hombres formados, desciende también á los rudimentos de la educación: un niño aprende de una vez muchas cosas; y lejos de limitarse al catecismo y al latín, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.



En ningún país del mundo se puede notar mejor esta diferencia que en España. En los demás, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo há, pero entre nosotros es tan reciente su destrucción, y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto es necesario salir de la región de los escritores, y descender á la sociedad; porque muchos de los que escriben, ó han recibido ya en un principio educación é instrucción á la manera del siglo, ó conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado á las nuevas formas, que más ó menos convenientes, se han hecho no obstante indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo, no es menester, como algunos creerían quizás, ceñirse á los hombres de cierta edad, instituyendo la comparación entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo, con las alternativas de clandestinidad á que recíprocamente se han condenado, según andaran los respectivos tiempos y fortunas: y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara á cara, y que así se entienden entre sí, como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La fijeza de principios, la unidad de miras, caracterizan á los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas, y la movilidad de aquéllos, distinguen á los de la escuela moderna: en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilización brillante y seductora, la tendencia á cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan á darse razón. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una exposición oratoria, pero inexacta. Aquéllos no comprenden la sociedad nueva, éstos en cambio no conocen la antigua; son pueblos que han



plantado sus tiendas en un mismo país, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes, y se encaminan á región diferente también. ¡ Dichosos los hombres que conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores!

Los que pertenecen á la escuela antigua, están en posesión de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo: ¿por qué no podrían entenderse y avenirse? Ni cabe transacción en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incesante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliación, que es á no dudarlo una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfacción presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede sin embargo obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Más ó menos el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España, es urgente, apremiador, porque no sólo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situación actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es más que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusión de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad,

que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonación que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignación de un pecho herido por el descaro de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazón se ha dado al hombre para sentir, y que la religión y la razón declaran santa una indignación que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignación no es la rabia; que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante aullido de ciega desesperación. Sólo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razón de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazón protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas ignobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo, su más bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre, escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagáis que se defiendan con armas vedadas: éstas las sientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino.—*J. B.*



## FRENOLOGÍA.

---

Nuestros lectores tienen ya noticia del curso de Frenología que principiará en esta ciudad el día 7 de Marzo, bajo la enseñanza de don Mariano Cubí y Soler, como y también de su obra titulada: *Frenología, ó sea filosofía del entendimiento humano manifestado por medio del cerebro*, que dicho señor tiene prometida al público, y cuyo prospecto ha salido ya á luz. A primera vista, este asunto podría parecer de escasa importancia, limitado, como le juzgarán quizás algunos, á meras teorías científicas, que no es dable descendan á la práctica sino á manera de diversión y entretenimiento. Nosotros sin embargo miramos la cosa de otro modo, opinando, que el negocio es sobrado grave para que no deban ocuparse de él aquellas publicaciones, entre cuyos objetos figura la observación del desarrollo del espíritu humano, y muy particularmente la aplicación que de una ciencia quiera hacerse á la instrucción y educación de los pueblos.

Ante todo debemos advertir, que por más nueva que sea en este país la pública enseñanza de la frenología que tanto ruido está metiendo años há en los grandes centros de la ciencia europea, no sonaremos contra ella la alarma, ni diremos que la religión católica cuya defensa es el principal objeto de nuestra Revista, tenga nada que temer de los hechos ideológicos y fisiológicos de cuya exposición trata de ocuparse el ilustrado profesor. Conocidas son nuestras convicciones, sabido es que la idea dominante de los ensayos que hemos ofrecido al público, consiste en que la religión católica ganará tanto más en estimación, cuanto más profundo sea el examen á que se la someta; que no tiene ni manchas que ocultar, ni errores que encubrir, para que se vea precisada á vivir en las sombras y á huir el cuerpo al contacto de las ciencias. Dios entregó el



mundo á las disputas de los hombres, y encomendó el depósito de la fe á la Iglesia; siglos hace que la naturaleza, la historia y la experiencia son consultadas sobre los grandes secretos de Dios, del hombre, y de las relaciones que unen á la criatura con el Criador: después de tantos experimentos, de tanta observación, de tantas hipótesis, de tantos sistemas, no se ha podido señalar un hecho, un solo hecho, en contradicción con la fe católica. La incredulidad ha levantado con frecuencia la voz gritando alborozada: *lo he encontrado*; mas bien pronto un examen más detenido y más profundo de la materia ha venido á desmentir al aplauso prematuro.

No ignoramos las inculpaciones que se han dirigido á la ciencia frenológica, tachándola de contraria á la religión y á los sanos principios, inculpaciones de que se hace cargo el Sr. Cubí cuando en su citado prospecto nos dice (1): «Incredible parece que la Frenología á cuyos principios, ni la Iglesia ni la Inquisizion, en el tiempo de su mayor rijidez se opusieron, que la Frenología, digo, que prueba i demuestra palpablemente, no solo la existencia de Dios sino tambien que le es tan natural al hombre la religion como la sed, el amor, y demas instintos animales, haya sido tachada de irreligiosa. Pero desde que la voz de los mas grandes teólogos, católicos i protestantes, se ha elevado indignada contra tamaña calumnia, ya no se cuestiona su ortodójia. Véase, sino, con qué ahinco i animazion hablan en favor de lo moral i religioso de la Frenología el abate Frère, el abate De-Luca, el abate Restani, el párroco Giacoma, i otros eminentísimos

---

(1) Transcribimos las palabras del Sr. Cubí con la misma ortografía que él ha creído deber emplear. Estamos seguros de la verdad de la protesta de dicho señor cuando asegura que no la sigue por el prurito de singularizarse, sino por el convencimiento de que es útil: respetamos como es debido su opinión; pero no nos es dable adoptarla.

católicos preladados, zelosos todos de que se mantengan puros é ilesos los dogmas de la Iglesia católica. Lord Whately arzobispo de Dublin dize tambien que las objeções morales i religiosas hechas á la Frenolojía son del todo fútiles.»

No recele el Sr. Cubí que le achaquemos á su doctrina defectos que no tenga, ni le atribuyamos tendencias de que carezca: la examinaremos con el detenimiento que su importancia reclama, manifestando nuestra humilde opinión con entereza y lealtad.

Dos principios fundamentales asienta el Sr. Cubí constitutivos en su concepto de la ciencia frenológica. Es el primero, «que el alma, mente ó entendimiento humano obra por medio del zerebro.» El segundo «que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos zerebrales.»

Que hay una relación entre el entendimiento y el cerebro, que éste es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposición natural ó accidental, resultan los más variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada día. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su origen en afecciones cerebrales; de éstas dimanán también los sueños más ó menos variados, más ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo estas ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienación mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltación de las facultades del alma que se sigue á la inmutación del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso,



á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frío.

Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relación entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre ésta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis más ó menos análogas á las sobredichas, todas dimanaban de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relación, de una comunicación, de una recíproca influencia tan ciertas como incomprensibles.

Bonald copiando á Platón, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre estos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna función; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la visión, el tímpano será el órgano del oído, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusión de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocación. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser comprendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos



con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este sentido se dijese que el cerebro, ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresión sería no sólo inexacta sino falsa; porque entonces se daría á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que éste contribuye inmediatamente á la formación de aquéllos; lo que daría por el pie á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquél es esencialmente simple; ésta esencialmente compuesta: aquél supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce; ésta es por necesidad múltiple, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes: aquél existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud puede decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en aquélla es imposible encontrar ese ser *uno* indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

Esta es la razón profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la unión del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con que recíprocamente se comunican y se afectan. Veían hecho, lo palpaban en sí y en los demás; el fenómeno

de la acción del alma sobre el cuerpo y de éste sobre aquélla, se les ofrecía fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la acción recíproca, no comprendían cómo lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocían toda la extensión y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar, y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo se verifica, ni de señalar preferencia á ningún sistema filosófico; y si únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestión frenológica, ó sea en el examen de los hechos, cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.

Si no comprendemos mal el sentido de las palabras del citado prospecto, coinciden con los principios que acabamos de sentar, por más que no se expresen tal vez con la rigurosa exactitud y con todas las aclaraciones que las



acompañan en la explicación que precede; porque no era este el objeto que se proponía el Sr. Cubí, ni tampoco hubieran tenido lugar en los estrechos límites á que se propuso reducirse. Pero por lo mismo que nos habla del *alma que obra por medio del cerebro, que posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales*, bien se deja entender que en su opinión el alma es cosa distinta del cerebro; por consiguiente sería una injusticia achacarle lo que á otros frenologistas se ha achacado, que confundían aquélla con éste, que reducían las operaciones puramente intelectuales y morales á modificaciones y funciones de un órgano material, y que bajo pretexto de aclarar fenómenos fisiológicos, daban un golpe mortal al espiritualismo, destruían la libertad humana, hacían imposible toda moralidad, y resucitaban el hombre-máquina de La-Metrie.

El segundo principio contiene dos partes: 1.<sup>a</sup>, que el alma posee diferentes facultades; 2.<sup>a</sup>, que estas facultades ella las manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales. La primera es una verdad fuera de duda; pues nadie ha negado jamás, que aun cuando el alma sea una sustancia simple é indivisible, posee no obstante variedad de facultades que se manifiestan á cada paso, no sólo en diferentes individuos, sino también en cada uno de ellos. Los ideólogos las han clasificado de diferentes maneras: unos las señalan en mayor, otros en menor número: quién les da este nombre, quién este otro; pero todos convienen en que las facultades son diferentes; en que los actos por ellas ejercidos, no son de una misma naturaleza, y no pueden de ninguna manera confundirse entre sí. En cuanto á la segunda parte, á saber, que el alma manifiesta sus facultades por medio de correspondientes órganos cerebrales, tampoco tiene dificultad; en cuanto expresa que el cerebro es órgano del alma en el sentido arriba explicado. Esta es la razón porque muchos filósofos han opinado que este órgano es la parte donde reside el alma.



La diferencia de los frenologistas con respecto á los demás fisiologistas, consiste en que éstos miraban el cerebro como órgano único, y no le distribuían en distintas partes, que fuesen otros tantos órganos particulares de esta ó aquella facultad del espíritu. Mirada la cuestión bajo este punto de vista, se halla totalmente fuera del terreno de la metafísica, de la psicología y hasta de la ideología; y queda encerrada dentro de los límites de la ciencia fisiológica; no debiendo resolverse por mero raciocinio, sino por la simple observación de los fenómenos. En efecto, todo está reducido á saber, si en la realidad la experiencia enseña, que exista una relación entre esta ó aquella facultad del alma, y esta ó aquella parte del cerebro; que el mayor ó menor volumen, ó la determinada configuración de dicha parte, está en cierta proporción con la mayor ó menor fuerza ó energía de la indicada facultad. Si vemos presentar hechos debidamente observados que así lo comprueben, la frenología podrá merecer el nombre de ciencia; y el paso que habrá hecho dar á los conocimientos humanos será, que así como antes nos limitábamos á saber que el cerebro tomado en complejo y en su totalidad era un órgano del alma, ahora podremos añadir que este cerebro está compuesto de varias partes, siendo cada una de éstas un órgano particular de la facultad respectiva. En esto no encontramos nada que repugne la espiritualidad del alma; dado que si en todos tiempos se ha admitido que existía cierta relación entre el cerebro y las funciones de ella, sin que por esto pudiese inferirse que perdían nada de su indivisibilidad, no habrá tampoco inconveniente en que ahora se diga que el alma conservándose simple, puede tener, con respecto á sus facultades, ciertas relaciones con las diferentes partes del cerebro. Este era compuesto antes, como lo es ahora; si pues dicha composición no se oponía á la recíproca comunicación de ambos, tampoco se opondrá en adelante. La misma alma se vale de los ojos para ver; de los oídos para oír; del paladar para gustar, y de los demás órganos cor-

póreos para recibir las diferentes sensaciones, así como para ejecutar sus voluntades: ¿qué dificultad habrá pues en que se verifique lo mismo por lo tocante al cerebro? No cabe expresar estas ideas de una manera más clara y distinta de lo que hace nuestro insigne Huarte en su famosa obra titulada *Examen de ingenios* publicada en Madrid en 1668, obra que asentó las bases del sistema frenológico, que se tradujo en varias lenguas, y que goza todavía mucha estimación en los grandes centros de la ciencia europea. «Estando, dice, el animal racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes si para cada una no tiene su instrumento particular. Vese esto claramente en la facultad animal, la cual hace varias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura: una tiene los ojos, otra los oídos, otra el gusto, otra el olfato y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera más que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una acción y no más. De esto manifiesto y claro que pasa en los sentidos exteriores, podremos colegir lo que hay allá dentro en los interiores.» Sea cual fuere el concepto que de la ciencia frenológica se forme, siempre es muy curioso que haya sido cabalmente un español y del siglo xvii, es decir de la época de nuestra decadencia, el que haya sentado con claridad y lisura los principios de una ciencia nueva; siendo al propio tiempo lamentable, que en este caso se verifique lo que en tantos otros, de que nuestra dejadez habitual haga que no vindiquemos como podríamos las glorias nacionales, y que los golpes del genio que en otros países producen un efecto eléctrico, queden entre nosotros confundidos en la obscuridad, y sean los extranjeros quienes se aprovechen de lo que en España se ha pensado ó inventado por primera vez.

No se crea sin embargo que pueda decirse con toda exactitud que Huarte fuese el primero que asentó los principios de que se valen los frenólogos de nuestro tiempo: quizás fué el único que consagró expresamente una obra á este



objeto; pero se hallan esparcidas acá y acullá en autores antiguos proposiciones que indican con más ó menos claridad que los conocimientos frenológicos no eran del todo desconocidos; aun pasando por alto los trabajos de Alberto el Grande en el siglo xiii, de Pietro di Montagna á fines del xv, de Ludovico Dolci á mediados del xvi, de que nos habla el Sr. Cubí en su nombrado prospecto. Los antiguos, comprendiendo en este número los que vivieron en los siglos medios y en los que inmediatamente los siguieron, que nosotros con demasiada generalidad apellidamos de tinieblas é ignorancia ó de mucho atraso, sabían sobre materias delicadas algo más de lo que comunmente se cree; y si bien no disponían de los muchos medios que para aprender tenemos nosotros á la mano, suplían sin embargo algún tanto esta falta con la asiduidad de sus trabajos y la profundidad de sus meditaciones.

En las obras de Santo Tomás se hallan preciosas observaciones sobre la relación y comunicación que media entre el alma y el cuerpo; siendo de admirar que un escritor del siglo xiii pudiese alcanzar á expresarse con tanta exactitud, con tan fino discernimiento, sobre hechos y fenómenos en extremo complicados, que en apariencia debían de ser indescifrables, atendido el atraso en que se hallaban las ciencias naturales. Los observadores modernos que tantos elogios tributan á nuestro insigne Huarte, por haber columbrado ya en el siglo xvii los principios de una nueva ciencia, oirán con gusto, á no dudarlo, las palabras del Santo que acabamos de citar; y se quedarán agradablemente sorprendidos, al ver con cuánto tino se expresaba sobre delicadísimas materias el humilde religioso del siglo xiii. «El alma intelectual, dice, aunque por su esencia sea *una*, no obstante por su perfección es múltiple en sus facultades. *Y así para las diversas operaciones necesita diversas disposiciones en las partes del cuerpo á que se une. Y por esto vemos que hay mayor diversidad de partes en los animales perfectos que en los imperfectos, y en éstos que en las plantas.*» (Santo Tomás, primera parte, Cuestión 76,

artículo 5, en la respuesta al tercer argumento.) Hemos procurado traducir con toda exactitud; pero deseosos de que el lector pueda examinar las expresiones del original, las trascribimos aquí. «*Et hoc competit animæ intellectivæ quæ quamvis sit una secundum essentiam, tamen propter sui perfectionem est multiplex in virtute. Et ideo ad diversas operationes indiget diversis dispositionibus in partibus corporis cui unitur. Et propter hoc videmus quod major est diversitas partium in animalibus perfectis quam imperfectis, et in his quam in plantis.*» (D. Th. Q. 76, art. 5, ad 3.)

La sabiduría y el discernimiento de estas palabras son admirables; pero falta todavía citar otro pasaje más curioso en que se descubre con toda evidencia que el Santo Doctor tenía expreso conocimiento de las teorías frenológicas, y que otros ya entonces se hallaban en el mismo caso. Es notable la prudencia del Santo: refiere, pero no juzga, aplicando con su ejemplo el principio de que en tratándose de fenómenos naturales, antes de afirmar es preciso observar. Hablando de los sentidos interiores, y señalando cierta facultad del alma dice: «*Por donde se llama razón particular, á la cual le señalan los médicos determinado órgano, á saber el centro de la cabeza.*» «*Unde etiam dicitur ratio particularis cui medici assignant determinatum organum, scilicet mediam partem capitis.*» (D. Th. 1, P. Q. 78, art. 4.)

Eliminada ya la dificultad que podría levantarse sobre la incompatibilidad de los principios frenológicos con la espiritualidad del alma, y demostrado que esta espiritualidad nada tiene que temer de la multiplicidad de los órganos que en el cerebro se supongan, falta ahora determinar si en realidad esta variedad de órganos existe; y además cuáles son las partes del cerebro donde se encuentran. Esta es la parte teórica de la ciencia, la que no obstante debe estar fundada en una serie de hechos observados con la debida exactitud y referidos con rigurosa verdad. Después falta investigar, si es posible hacer una aplicación de estos principios deduciendo reglas prácticas para que con la simple inspección ó contacto de un crá-



neo, sea dable adivinar cuáles son las facultades intelectuales de que está dotada la persona; si es posible que se conozca cuáles son las disposiciones particulares que la hacen apta para una ciencia ó profesión; de tal suerte que sin haberla oído hablar sobre la materia, ni ejecutar nada que pueda suministrar indicios de su capacidad, se conjeture la existencia de ésta, y hasta se calculen sus grados con alguna aproximación.

Estamos esperando con ansiedad hechos que sin duda acumulará en crecido número el Sr. Cubí en la obra que tiene anunciada, y deseamos sinceramente que sean de tal naturaleza que basten á disipar las dudas que suscitan todavía algunos sabios contra la Frenología. Como las ciencias naturales, á las que ésta pertenece también, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía más ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester que se nos pruebe con ellos: primero, que el cerebro está distribuído en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una función determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que por la simple inspección ó el contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precisión las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educación, de la instrucción, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pueden resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan dónde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineación, ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.

En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología

á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningún pretexto á que se la pueda tachar de ilusión y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertenece. La exageración excita quizás un entusiasmo momentáneo; sólo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobremanera el camino para que pueda entrar en una exposición dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruídos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro día sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana*.— J. B.



## LA PALABRA FILOSOFÍA.

---

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los más entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusiva, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raíz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradación de matices? Daremos una definición fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no más de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepción que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si

basta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuán necesaria era la limitación que muy de propósito hemos añadido, *y no más de lo que hay*; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay también, demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algún accidente que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigación al más temible de sus adversarios: *el charlatanismo*.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y más de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazón, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está*.

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazón, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la



concepción intuitiva de los hechos parecida á la contemplación de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitan á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera porque no es una simple narración de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo más que una relación descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿Es acaso ni el conocimiento ni la aplicación de las reglas? No: es la razón de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendimiento y del corazón, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresión. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razón que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que imponiendo silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razón cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al común de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que más ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en más ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado*.

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay más que palabras, que no hay filosofía donde sólo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que sólo hay filosofía donde hay verdad.

En este sentido y no en otro, procuraremos que nuestra *Revista sea filosófica*.— J. B.

## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

Bajo este título publicaremos en esta *Revista* una serie de trabajos que servir puedan á los defensores de la Religión en los combates que bajo diferentes aspectos y en distintas arenas, les aconteciere trabar contra los enemigos del catolicismo. Cuidando de que no sean inútiles á ninguna clase de personas, procuraremos no obstante que se adapten de una manera particular á la situación en que se encuentra el clero: no solamente con respecto á las lamentables circunstancias de España, sino también por lo que toca al curso que en nuestro siglo llevan las ideas. No pretendemos dar lecciones al clero; éste no las necesita de nosotros; es demasiado su saber y su erudición, sobre todo en materias religiosas, para que nos sea dable presumir que podamos decirle algo de nuevo; pero sucede á menudo que hasta los hombres más versados en una ciencia hallan cierto placer en recordar lo que no ignoran, y en asistir á los esfuerzos leales de personas que procuran exponer y confirmar verdades, que ellos por otra parte conocen á fondo. Quizás también podrá suceder de vez en cuando, que á ciertos eclesiásticos jóvenes, su poca edad ú otras circunstancias, no les hayan permitido ocuparse de la ciencia religiosa con toda la extensión y bajo los



particulares aspectos que reclama el empleo de las nuevas armas que blanden contra la Iglesia sus implacables enemigos; ¿por qué sería inoportuno el proporcionarles en breves páginas observaciones y noticias, que tal vez no podrían alcanzar sino á costa de mucho trabajo, y con la lectura de obras que la escasez de sus medios no les consentirá procurarse? He aquí nuestro plan. La abundancia de materias nos ha absorbido gran parte del presente número: así por hoy deberemos limitarnos no más que á trazar algunos lineamientos en que se manifieste el sistema que nos proponemos seguir.

La Religión tiene diferentes especies de enemigos; sería difícil clasificarlos cual conviene, á no ser que les señalásemos dos puntos de reunión: el *error* y el *vicio*. Esto, si bien muy verdadero y exacto, fuera sin embargo demasiado general; y no mostraría á punto fijo cuáles son los lados de donde puede dimanar el ataque. El error versa sobre infinitos objetos; el vicio se ofrece bajo innumerables formas. La verdad es una: para encontrarla hay un camino; quien se aparta de él, toma un sendero extraviado; y estos senderos no pueden reducirse á guarismo. La ley eterna es una; quien se desvía de lo que ella prescribe, entra en la carrera del mal, y esa carrera es ancha, espaciosa, se subdivide en un sinnúmero de veredas; en todas se marcha con placer y comodidad; toman las más variadas direcciones, sólo que al fin convergen y van á parar á un mismo punto: la eterna perdición.

Será pues necesario señalar determinadamente las principales clases de los enemigos de la Religión, por las diferentes modificaciones con que se presenta el error y el vicio. Parécenos que éstos son: los incrédulos, los indiferentes, los escépticos y los herejes. El hereje dice: «yo creo lo que quiero;» el escéptico: «no sé... dudo... qué sé yo;» el indiferente: «qué me importá;» el incrédulo: «no creo nada.»

El hereje pretende tener fe, pero la regla de esta fe es su razón ó su voluntad; no admite la autoridad que en es-

tas materias debe decidir; ó comenta y explica la Biblia conforme le dictan sus luces naturales, y le persuade su imaginaria inspiración privada, ó aplica á la Religión los sistemas filosóficos; en uno y otro caso, sujeta los dogmas á tribunal incompetente. Habla de fe, cuando ésta no es concebible en no estribando en la autoridad; pondera la firmeza de sus creencias, cuando éstas vacilan por sus cimientos y varían á cada paso; pretende atenerse á la palabra de Dios, profanada por el orgullo y la extravagancia; se obstina en guiarse por los dictámenes de una razón, flaca en extremo hasta para las cosas naturales, cuanto más para comprender los inefabables arcanos que el Altísimo en sus inescrutables designios ha cubierto con cien velos.

En los siglos anteriores al XVIII la Iglesia si bien tuvo que combatir con todo linaje de enemigos, vióse precisada especialmente á luchar contra la herejía. Atacábanse á veces su divinidad y los fundamentos en que estriba su verdad incontestable; pero lo más frecuente era impugnar este ó aquel dogma, ó con argumentos sacados de la Sagrada Escritura, ó con ratiocinios suministrados por el sofisma filosófico. Sabelio, Arrio, Macedonio, Pelagio, en los primeros siglos; Abelardo, Berengario y otros en los medios; Lutero, Calvino y los innumerables heresiarcas de los tiempos modernos, no negaron la divinidad del cristianismo, no miraron la Religión como cosa indiferente, no se pertrecharon en una duda general, no aplicaron á estas materias el pirronismo de ciertos filósofos; sino que enderezando sus tiros contra uno ó muchos dogmas, se esforzaban en probar que la Iglesia había errado; y cuando ésta les oponía su irrefragable autoridad, fundada en la Sagrada Escritura, apoyada en la tradición, sancionada por los siglos, se deshacían de la dificultad de la manera que más les cumplía, prosiguiendo en su carrera de obstinación y de cavilaciones. Vefanse de vez en cuando indiferentes, incrédulos, ó escépticos; pero generalmente hablando, no era este el cáncer de la sociedad; los hom-



bres sin Religión y sin Dios eran todavía excepciones monstruosas.

Desde el siglo pasado, sucede muy de otra manera: la irreligión tiene abiertas sus cátedras; el indiferentismo es adoptado por muchos como un sistema cómodo para disfrutar de los placeres de la vida y ahogar los remordimientos; el escepticismo no se halla precisado á ocultarse bajo la enseña de esta ó aquella secta; dice abiertamente: «dudo de todo;» así como el incrédulo ataca siempre que le place lo más augusto de la Religión; y el indiferente confiesa sin reparo que no se cura de saber si todo cuanto se habla y escribe sobre esas importantes materias es verdadero ó falso.

Cuando se defiende la Religión es necesario atender con mucho cuidado con qué clase de enemigos está trabada la lucha: porque bien claro es que han de ser muy diferentes los argumentos de que se eche mano, y aun los mismos se han de emplear de muy distinta manera, según las ideas, opiniones y errores de la persona que nos proponemos convencer ó confundir. Podrá parecerles á algunos que los escépticos, incrédulos é indiferentes, pertenecen todos á una misma categoría; y sin embargo no es así: pudiéndose notar con la observación del mundo, que estas tres clases existen realmente; y aunque todas estén fuera de la Religión, distan mucho entre sí; y que se hallan en estado intelectual muy diferente. Esto depende en buena parte de la instrucción, de la educación, de la índole, y de cien otras circunstancias que modifican ó afectan al espíritu que carece de fe.

Los escépticos son por lo común hombres de algunas luces, que han meditado sobre materias graves, y que participan de ese vértigo funesto de nuestra época, en que nada se asienta con sólido fundamento, todo vacila, todo se pone en cuestión, de todo se duda. El escepticismo religioso es en muchos como un ramo de un escepticismo universal: son escépticos en religión como lo son en filosofía, en política, y en cuanto pertenece á los humanos conocimientos.

Los incrédulos propiamente tales, es decir, aquellos que no sólo no tienen la fe, sino que la rechazan; que no sólo dudan si la Religión es verdadera, sino que opinan que es falsa, se distinguen de los escépticos, en que el estado intelectual de los unos es una mera negación de creencias, cuando el de los otros, es una oposición formal, una verdadera enemistad en contra de ellas. Los filósofos del siglo pasado eran verdaderos incrédulos; pues no sólo no estaban adheridos á la fe, sino que la desecharon con desdén, la odiaban, la condenaban, esforzándose en extirparla de los ánimos donde felizmente había podido conservarse. Algunos sabios de nuestra época carecen de fe, pero esta carencia no es un odio, no una aversión; es una duda que quizás disimulan, y de la cual no pocas veces se lamentan los mismos que la sufren. Perdidos en el océano de la incertidumbre y de la vaguedad, características del espíritu humano, preguntan á la vana ciencia del hombre lo que ella no puede decirles, esperando de la criatura la enseñanza que sólo pudo dimanar del Criador. Pero no dejan algunas veces de reconocer la debilidad de sus teorías, la esterilidad de su saber, la inutilidad de los esfuerzos que hace el orgullo para resolver, con la simple luz de la razón, los grandes problemas del origen y del destino de la humanidad.

Los indiferentes son, propiamente hablando, los escépticos é incrédulos prácticos: son, como lo expresa su mismo nombre, los que se empeñan en engañarse á sí mismos, diciendo que el examinar si la Religión es divina ó no, no es negocio de importancia en que sea menester fijar la atención. Aquí, como se ve, no hay un sistema filosófico, ni siquiera una doctrina, sino una negación absoluta de todo sistema y de toda doctrina. Un necio *qué me importa*, decide las mayores cuestiones, resuelve los más complicados problemas. Examinada á fondo esta manera de mirar las cosas, puede reducirse á los términos siguientes: «quiero gozar, no quiero remordimientos; aprovecharé los instantes que me restan de vida; cuando suene



la hora de mi fin, me echaré con los ojos cerrados á ese abismo, donde ignoro si me espera la nada ó un eterno castigo.»

No nos es posible en la actualidad, por no permitirlo los límites del artículo, mostrar prácticamente cuál es el modo más á propósito para convencer ó rebatir á las cuatro clases de enemigos arriba enumeradas. Esto lo reservamos para los números siguientes; bien que por de pronto nos permitiremos una observación que nunca deben perder de vista los verdaderos católicos. Personas hay que llevadas de su ardiente celo, y anhelando sacar el alma de sus prójimos de las tinieblas y ceguedad en que la contemplan, provocan con facilidad disputas, ó sobre la Religión en general, ó sobre alguno de sus puntos capitales; esperando de esta suerte, hacer una conquista preciosa y restituir al redil de la Iglesia una oveja extraviada. Aplaudimos sinceramente esa ardiente caridad, que no cabiendo en el pecho de quien la posee, se desahoga comunicándose al exterior, saliendo á la defensa de la Religión, y procurando atraer á la misma los que tuvieron la desdicha de abandonarla. Sin embargo la prudencia aconseja abstenerse de entrar en indiscretas cuestiones cuando el que se encarga de hacer la apología de la Religión, ó de vindicar alguno de sus altos dogmas, escasea de las luces necesarias para sacar airoso la causa de la verdad. La prudencia dicta también, que en no mediando esperanza de conseguir algún resultado ó alguna otra causa legítima, no se entablen discusiones sobre materias de suyo tan delicadas; pues que á menudo puede suceder que sin alcanzar el efecto que se desea, se irroge gravísimo perjuicio á las almas sencillas. Una reflexión especiosa, una capciosidad, un sofisma bien presentado, un hecho mal explicado, penetran á veces como un relámpago en un entendimiento desapercibido, y destruyen de un golpe la fe que se había recibido en la cuna, y que sin aquella ocasión aciaga, se hubiera tal vez conservado intacta hasta el sepulcro. El verdadero católico debe siempre tener presente que la fe

es un don de Dios, que no se la produce en el espíritu de los otros con meros raciocinios, que para un efecto tamaño es menester un prodigio de la gracia; y así no conviene tener excesiva confianza en la fuerza de los argumentos presentados, andando adrede en busca del enemigo. David derribó al gigante Goliat, pero fué obedeciendo la inspiración divina, y después que el orgulloso filisteo había insultado repetidas veces los reales del pueblo del Señor.

No ignoramos cuán anchuroso es el campo de la discusión que á todo linaje de materias otorga el espíritu de nuestros tiempos. En los países más civilizados se escribe sin cesar sobre materias religiosas, se las sujeta á riguroso examen bajo los más variados aspectos. Lejos de nosotros el intentar que esta discusión se estreche, y por cierto que no damos el ejemplo de retirar el cuerpo de la lucha; sólo hemos querido indicar un abuso tanto más peligroso, cuanto á él pueden arrojarse la presunción y la ignorancia impulsadas por un celo indiscreto y á veces falso. La defensa de las verdades de la Religión figura entre las tareas más santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones á la preservación de las almas sencillas.

Los sostenedores de la Religión tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen también en alto grado, el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas, y de cubrir con velos seductores las doctrinas más peligrosas y repugnantes. En una lucha de 18 siglos, se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias; y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposición favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad, y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora, y ha sido en todos tiempos un sacrificio; y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho más en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los



incentivos que nos inclinan al escepticismo y á la incredulidad. Esa exageración de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo á riguroso examen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias más graves y delicadas jueces mal informados é incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la Religión se esforzaron y se esfuerzan todavía en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto, trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que á cada instante se halla precisado á sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la Religión; ahora es indispensable poseer á fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que se apoya, que nos hace capaces de dar razón de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciría gravísimos daños á la causa de la Religión, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos á peligrosas novedades, pero si es necesario, defendamos lo antiguo con razones nuevas: la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y á más de la revelación, á más de la infalible palabra divina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar á los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que la dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse á sí propia. Interroguémosla nosotros tam-

bién, seguros de que cuanto más á fondo penetraremos sus secretos, descubriremos más y más la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razón con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religión, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica.—*J. B.*

## UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

### I.

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desdén alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la obscuridad de la noche, me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarán con tanta majestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellón de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay á largo trecho se estremecen y azoran; el labrador suspende sus



faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

## II.

¿Veis la reina de Cataluña, la más preciosa joya de los monarcas iberos que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojaran á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis pies, cual niña juguetona á los de su ama; y que en alzando mi voz aterradora, no se estremece más vivamente la endeble caña?

Si en día de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado, corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un día, sólo un día me indigné contra tí: ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, más ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste, cuando se alzaban rápidos hasta la región de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima, y blandían su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo; y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandadas de tímidas palomas no se dispersan más presto al estallar el arma del cazador que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducirlas á pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse há de la polvareda de las ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los países comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pájar.

### III.

— En paz y armonía, largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aún, posible no creyera. Si á dominación extraña trasladado te hubiese traición aleve, entonces y sólo entonces sospechara que tus fuegos pudieran dirigirse contra mí.

En día infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calle; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick. Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creiste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste; viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama;



cuando pacífica y sumisa franqueará yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando..... entonces, sobre mí desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego!..... No, no era esto lo que les decía á los soldados su corazón español; más gustosos á una brecha se arrojaran, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardián de mi reposo, protector de mis riquezas, te creía yo: y el lienzo armado de cañones jamás me causara mella, porque asestados tan sólo los veía á campos enemigos. Si el pabellón britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecía recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas; involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado el corazón latía de contento, y me decía: «tu defensa está allí.»

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo día el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estandarte de mis reyes, que alzado en mis naves á la vista de extrañas velas parecía decirlas: «escuchad y temblad.»

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusión; en mal hora, á codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de regia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo, que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un día, vendrá un ansiado

día, en que montará sobre el horizonte el sol más esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces, tronarás como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de la rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la Excelsa Hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara á los ojos de la Reina; entonces cuando por vez primera la indignación encienda el rostro de la inocente Majestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: «Señora, no fui yo.» — *J. B.*



(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Marzo de 1843.)

## MÁS SOBRE LA SITUACIÓN

DE ESPAÑA.

No es muy difícil atacar las opiniones ajenas, pero sí el sustentar las propias: porque la razón humana es tan débil para edificar, como formidable ariete para destruir. Esto se verifica en todos los ramos del saber humano, y particularmente en política; porque sus problemas á más de la muchedumbre de datos que han menester, adolecen del inconveniente de cambiarlos á cada paso. Por lo mismo, si en algo cabe tolerancia, es de seguro en política: cuando se combate al adversario, es necesario no olvidar la indulgencia; pues que por nuestra parte, bien pronto nos veremos precisados á pedírsela. Con estas reflexiones bastante damos á entender cuán enemigos somos del hablador empirismo y de la panacea política; en negocios tan arduos y espinosos, quien falla con tono demasiado magistral, quien pretende haber descubierto soluciones generales, llanas y sencillas, es ó un alucinado ó un impostor.

¿Qué interés puede haber en ocultar la situación críti-

ca, complicadísima, muy difícil de desenlazar, en que la España se encuentra? ¿Por qué hacernos ilusiones, esperando con excesivo candor, que el remedio de nuestros males ha de llegar muy pronto? ¿Por qué olvidar que necesitamos poder, y que sabemos apenas dónde buscarlo; que hemos menester orden, y no vemos dónde afianzarlo; que es indispensable la unión no facticia, no de coaliciones, sino sincera, sólida, durable, y que ignoramos los medios de conseguirla; que existe una ley fundamental, cuya infracción ha pasado á costumbre; que es de urgente necesidad el arreglo de los negocios eclesiásticos de acuerdo con el Sumo Pontífice; muy conveniente el restablecer las relaciones con las potencias del Norte, y que por ahora ni de lo uno ni de lo otro existe la menor esperanza? Y todo esto, dejando aparte la formación de leyes orgánicas, el ordenar y vigorizar la administración, el desembrollar ya que no es dable remediar la hacienda, y cien y cien otros puntos secundarios, pero que no carecen de importancia, cuando no fuera más que por su número y por la confusión en que se hallan?

El vicio radical de nuestra situación es la falta de poder; y el origen de esta falta es el no ser posible añadir de repente algunos años á la tierna edad de la Augusta Huérfana que ocupa el trono de las Españas. Dadle al problema todas las vueltas que quisieréis: la dificultad está aquí. La inmensa mayoría de los españoles desea ardientemente que los 20 meses que restan de la menor edad, fuesen 20 minutos; pero los hombres previsores desearían además que la Reina que cumplirá los 14, cumpliera al mismo tiempo los 25. Un monarca de 25 años: he aquí nuestra necesidad; necesidad triste porque es urgente, y sin embargo no puede ser satisfecha sino con la tarda lentitud del tiempo.

¡Lamentable condición de las sociedades humanas! la monarquía hereditaria es el sistema de trasmisión del poder preferible á cuantos se han excogitado; pero adolece del inconveniente gravísimo de las minorías. Períodos



borrascosos por necesidad, porque mientras duran, el principio monárquico no subsiste sino por una saludable ficción legal, suponiéndose ocupado el trono que está vacante. Esta ficción es sin duda necesaria, es lo único posible en semejante caso, pero no basta para evitar á las naciones larga serie de calamidades. Sean éstas cuales fueren, los pueblos las han preferido al desbordamiento de las pasiones que ambicionarán la corona; por esto colocan á las gradas del solio vacío la cuna del tierno monarca. Sacrificio indispensable, pero doloroso, porque estas épocas las atraviesan las naciones con mortales padecimientos y angustias: la infancia de los reyes es el tormento de los pueblos.

Un atinado enlace de la joven Soberana, en que se combinasen de una manera conveniente el interés político y el dinástico; en que acertadas negociaciones allanasen las dificultades presentes, y previniesen las que podrán sobrevenir; en que se realizase el prestigio del trono y se acrecentara su fuerza agrupando en su alrededor nuevos intereses y simpatías; en que se cerrase el cráter de las revoluciones, y no se dejarán esperanzas á reacciones peligrosas y violentas, ¿no sería un medio harto sencillo, y muy á propósito para llenar en alguna manera el vacío que acabamos de indicar? Meditenlo nuestros hombres de Estado. No olviden que esta es la primera incógnita que ha de ser despejada.

En todas las combinaciones imaginables ocurrirán gravísimos inconvenientes, obstáculos difíciles de salvar, se columbrarán consecuencias más ó menos desagradables; pero téngase presente que el estado de las cosas es tal, que ya no puede tratarse de bueno y de mejor, sino de malo y de menos malo. En semejante conflicto, el mejor partido que se puede tomar, es aquel en que menos se sacrifique nuestra nacionalidad é independencia, y por cuyo medio se consiga sacar el palacio de nuestros reyes de esa soledad pavorosa en que ahora se encuentra.

En este delicado negocio será bueno no perder de vista,

cuál fuera el enlace que ofrecería mayores ventajas, y menos inconvenientes, para una contingencia, de que nos preserve Dios, de morir la joven Reina, y legarnos en un hijo suyo, otros 14 años de menoría y de regencias. El caso, se dirá, es remoto; así lo esperamos, contando en la bondad de la Providencia; pero no lo era más ciertamente en 1829; tampoco se recelaban entonces las series de catástrofes y desastres que hemos sufrido, y estamos sufriendo todavía. En tales materias, una imprevisión de los hombres de Estado, la pagan los pueblos con torrentes de sangre.

Aprendamos del vecino reino de Francia á ser previsores y cautos: ya que tanto hemos sufrido y sufrimos aún, ya que tan costosas lecciones nos ofrece la experiencia propia, aprovechémonos algún tanto de las que nos presentan las naciones extrañas, y procuremos escarmentar en cabeza ajena. Los hombres de la dinastía de Julio, identificados con el nuevo orden de cosas creado por la revolución de 1830, descansaban sin zozobra, fiados en la solidez de la obra de sus manos, viendo la nueva dinastía asegurada en numerosa familia, y considerando que la transición de un reinado á otro se verificaría de una manera insensible, supuesto que el heredero de la corona había entrado ya en la edad viril, y se formaba ya de mucho tiempo en el consejo de su anciano y experimentado padre. ¡Miserable previsión humana! Un caballo desbocado disipa en un momento tan halagüeñas esperanzas: el infortunado príncipe yace en el polvo del camino, privado de los sentidos que no ha de recobrar. Pasan breves momentos, el duque de Orleans expiró; y esa voz que se esparce con la celeridad del rayo por toda la Francia, causa una sorpresa, un estupor imposibles de describir: al lado de una tumba, se descubría un abismo. Pero ¿qué se hizo pasado el primer instante de asombro? alzóse en todos los ángulos de la nación el grito de: «sálvese la monarquía»; la regencia era inminente, y con la precipitación del sobresalto se estableció la ley de la regencia heredita-



ria. Así se procuró dar estabilidad y consistencia al trono, haciendo que de su inmovilidad y fijeza participasen la institución y las personas que debían representarla. ¿No hubiera sido mejor, que este caso se hubiese previsto con la debida anticipación, y que la nueva ley no llevase el sello de las circunstancias, ni se rozase con determinadas personas? Supuesta la imprevisión, no fué posible obrar de otro modo; pero llegada la oportunidad, ¿sería imprudencia que de la manera que se juzgase legal y conveniente, nos previniésemos nosotros contra los azares que pueden ocurrir?

Hay ciertas cuestiones que la prensa de suyo tan libre y osada, no las aborda sin embargo de frente, dejándolas en completo olvido, ó tocándolas con mucha reserva. Respetamos los motivos de semejante conducta, y nos guardaremos de decir que no medien en esto razones de prudencia. Comprendemos que los partidos están en batalla, y que dominados del pensamiento de ataque, cuidan principalmente de asestar bien los tiros, y esgrimir sus armas con destreza y valentía. Parécenos no obstante que al lado de la idea que apellidaremos negativa, sería útil conceder más lugar á la positiva, y que al señalar con generosa resolución lo que no se quiere, se formulase con más precisión lo que se quiere. «No conviene, se nos contestará, suscitar embarazos, ni suministrar pretextos; hay cosas que es necesario aplazar:» en hora buena, y por esto no sindicamos vuestro proceder; pero no olvidéis al menos, que esos embarazos no dejarán de serlo entonces que esos pretextos se aprovecharán entonces también; no olvidéis que los aplazamientos no son siempre los medios mejores; que la indecisión es fatal en todo, y que se marcha con paso más firme, cuando se sabe á dónde se va.

No descenderemos á pormenores; pero supuesto que hemos tocado este delicado punto, observaremos que una de las principales miras que se han de tener presentes en el enlace de la Reina, es el no permitir que se haga de suerte que pueda contribuir al aumento de la influencia

de la Francia ni de la Inglaterra. Es evidente que sería muy dañoso el ofrecer nuevas ocasiones y medios al gabinete de San James para alcanzar ese predominio en todos nuestros negocios, que con tanto desembozo codicia; pues en nuestro concepto fuera también un error de funestas y trascendentales consecuencias, no diremos el conceder el mismo predominio á la política de las Tullerías, pero ni siquiera una preponderancia notable. A más de los inconvenientes que siempre trae consigo la excesiva influencia de un gobierno extranjero, á más de lo que nos enseña la historia sobre los fatales resultados que nos ha producido el constituirnos en satélites de la Francia, media en la actualidad otra circunstancia, cual es la situación de la dinastía reinante y el estado intelectual, moral y político de aquella sociedad.

El enlace de nuestra joven Soberana con un príncipe de la casa de Orleans, nos haría participar de las continuas zozobras de una dinastía que entronizada por la mano de la revolución sobre un antiquísimo solio, vive desasosegada é inquieta entre opuestos temores. En los salones del regio palacio se le aparecen las sombras de los antiguos reyes, en las márgenes del Sena resuena todavía el murmullo de la revolución. Aquéllos demandan lo perdido, ésta exige el cumplimiento de lo pactado; aquéllos intimidan con la esperanza de una restauración, ésta amenaza sustituir la *república* á una *monarquía* que se ha negado á ser *republicana*.

Con el advenimiento de un príncipe francés, tomarían más decidido ascendiente sobre nosotros, ideas que ya lo tienen en demasía; la anarquía intelectual y moral de aquel país, comunicándonos más de lleno, acabara de disolver y adulterar los buenos elementos que nos restan para nuestra regeneración. *Se quitarían los Pirineos*, y nosotros deseamos que los haya.

El robustecimiento del poder es una de las primeras necesidades de la nación; y no acertamos á concebir cómo puedan encontrarse hombres de buena fe, que ó desco-



nozcan esta necesidad, ó se opongan á que se la satisfaga. El poder en España es el trono; y hasta que se le afirme cual conviene, hasta que su acción esté desembarazada de los obstáculos que le suscitan las facciones, cuyas insaciables exigencias hacen imposible todo gobierno, hasta que éste se sienta fuerte para hacer el bien, y en región bastante elevada para no hallarse tan á menudo con tentación de obrar mal, no saldremos jamás de esa incertidumbre, de esa ansiedad, que nos tienen sumidos en un estado de desesperada agonía.

De las urnas electorales esperan algunos el remedio de todas las dolencias y el feliz desenlace de tan lamentable situación. Lejos está de nuestro ánimo el intento de retraer de ellas á los hombres de bien; comprendemos cuán importante es bajo todos aspectos, que no se las deje abandonadas á merced de la ciega ambición y de pasiones ruines; pues que si no fuere posible otra cosa, al menos se evitará el mal, ó no se permitirá que se consume sin enérgicas protestas. Opinamos no obstante, que estos son remedios pasajeros, que no llegan á la raíz del daño; y cuando vemos á ciertas personas, cándidas en extremo, imaginándose que en las urnas electorales está todo nuestro porvenir, parécenos contemplar una de aquellas escenas supersticiosas en que un iluso se entrega á sus combinaciones de letras y de signos para adivinar los sucesos futuros.

Todavía no hemos visto unas Cortes que durasen todo el tiempo marcado por la ley; el Gobierno las ha despedido con más ó menos cortesía, cuando ha visto que no servían para el objeto que él intentaba; y si alguna vez no ha sido el Gobierno, la revolución ha cuidado de suplir la falta. ¿Dónde está la *omnipotencia parlamentaria*? ¿dónde los efectos de la *soberanía popular*? Si los cuerpos legisladores la representan, ¿cómo es que perecen, ora á manos de un ministerio, ora bajo los golpes de una insurrección? Los partidos trabajaron con ahinco repetidas veces para asegurarse una mayoría que fuese la expresión de sus ideas y realizara sus proyectos: un decreto ó un motín desvane-

cieron todas las esperanzas. Con afanes y sudores sin cuento habían subido el enorme peñasco por una rápida pendiente; ya tocaba á la cima, cuando escapándose de sus manos, rodó hasta el fondo del abismo. Es necesario comenzar de nuevo la dura faena.

La prerrogativa de la votación de los impuestos, único freno de asegurada eficacia que en el orden legal poseen los cuerpos legisladores en todo gobierno representativo, se ha hecho ilusoria en España, primero por los votos de confianza, segundo con la costumbre de cobrar las contribuciones no votadas: por manera que examinando á fondo la libertad positiva que nos queda después de tantos años de revolución, consiste en la facultad de desahogarse en quejas é invectivas, de palabra ó por escrito. La prensa es la personificación de esta libertad; lo agudo de sus acentos indica bastante que es el único desahogo. Se ha dicho infinitas veces que el Gobierno trataba de cerrar este respiradero; mucho dudamos que con semejante paso se acreditase de buen maquinista. En un artículo fulminante se exhala con frecuencia la indignación más acerba, y se consume una gran parte de temible energía; ¿qué ventajas podría acarrear el concentrarlas, el forzarlas á replegarse sobre sí mismas, y á producir vivos estremecimientos, ó explosiones estrepitosas? Verdad es que el desahogo debe de hacerse pesado á los gobernantes, pero algunos meses bastan para acostumbrarse á los apodos y caricaturas.

En medio de nuestras revueltas, disfrutamos de otro beneficio que algunos atribuirán á causas políticas, cuando en realidad dimana principalmente del espíritu de la época, de causas puramente sociales. A pesar de las molestias y persecuciones que por sus opiniones políticas han sufrido no pocas personas, nótase sin embargo la existencia de causas que tienden á suavizarlas, á quitarles aquella recrudescencia que tuvieran en otros tiempos. Cométese una violencia, pero desde luego se ve forzado á avergonzarse de ella el mismo perpetrador; quien se entrega



desatentado á la carrera de los desmanes, se encuentra bien pronto con robustos diques que la más impudente audacia no se atreve á salvar. Si bien se observa, no dimana este fenómeno ni de las formas políticas, ni de las calidades personales de los que ejercen el gobierno, sino del espíritu del siglo que tan decididamente se inclina á la tolerancia y á desterrar de la sociedad el imperio de la fuerza. Pasaron los tiempos en que ésta era uno de los principales medios con que contaran así los individuos, como los pueblos y los gobiernos: el bien tiene por instrumentos la convicción y la persuasión; el mal se sirve de la astucia, de la impostura, de amaños seductores, de palabras engañosas. He aquí la razón porque se verifican mudanzas profundas, y hasta formidables trastornos, sin que los individuos sufran lo que en apariencia debieran sufrir, ateniéndonos á lo que nos refiere la historia con respecto á otros siglos, y á lo que nos muestra la experiencia, en lo que toca á otras temporadas del nuestro. El estado social ha cambiado: va modificándose cada día; en esto deben buscarse las causas, no en las regiones de la política.

De esta suerte van haciéndose menos temibles las reacciones que algunos recelan para ciertas épocas de transición. Sean cuales fueren las vicisitudes que puedan sobrevenir, ningún partido, ninguna facción, por más osadía que se le suponga, será capaz de dominar esta irresistible tendencia de nuestro siglo. La tolerancia está en la sociedad, y ésta no se transforma con un decreto: la tolerancia está en las costumbres, y lo que está en las costumbres no ha menester que le comuniquen vigor las proclamaciones de la ley.

De los partidos militantes, ocupan los dos extremos el republicano y el moderado: aquél dice abiertamente que no se halla satisfecho con las formas existentes; éste protesta que las acepta, y que sólo trata de acomodarlas á sus ideas por medio de las leyes orgánicas. Sus adversarios ponen en duda la sinceridad de esta protesta acha-

cándole segundas intenciones dirigidas á derribar la Constitución de 1837, reemplazándola con el Estatuto, ú otra ley parecida. Dejaremos á los órganos de los diferentes partidos el cuidado de apoyar ó desvanecer la acusación, que ni á unos ni á otros les faltan plumas amaestradas en la polémica política. Observaremos, sin embargo, que dado caso de existir las supuestas intenciones, andaría muy errado quien creyese que con golpe semejante se aseguraría para siempre el triunfo de ciertas ideas. En efecto, los mismos partidos que existen ahora existieran entonces también: todos con pocas modificaciones emplearían idénticos medios que bajo el imperio de la Constitución; la nueva ley se suspendiera como ahora, siempre que necesario se creyese; la lucha se trabaría como ahora en la prensa, en la tribuna, en las urnas electorales; interminables disputas se suscitarían sobre las leyes de Ayuntamientos, de Diputaciones provinciales, de milicia nacional; en breve estaríamos como ahora en el terreno de la política, en ese círculo sin salida, en que tan inútilmente se consumen infinitas fuerzas individuales, en que tan estérilmente se gastan las del poder y de la nación. Diríase como en otros tiempos se decía: «la nueva ley es no más que el cimiento; construyamos el edificio:» en vano se le iría alzando de continuo; las exigencias no cesarían hasta que la cumbre tocase al cielo.

Intentamos con esto significar, que si como le achacan sus adversarios, las miras de cierto partido se dirigiesen á un proyecto semejante, mucho dudamos que alcanzase por este camino el objeto que se propone. Es indispensable, urgente, salir del terreno de la política; mientras veamos que así el Gobierno como las Cortes se ocupan de ella con preferencia; mientras en las discusiones de la prensa y de la tribuna, miremos arrumbadas las cuestiones de administracion y de mejoras positivas, para disputar sobre la legitimidad de este ó de aquel poder, la conveniencia de la mayor ó menor latitud en las leyes orgánicas, y otros puntos semejantes, estemos seguros que la re-



volución continúa todavía, que estamos condenados á presenciarse la lucha de las pasiones, no de la inteligencia, que no asistimos á una discusión de donde broten destellos de luz, sino á un choque violento que arroja chispas incendiarias.

Entre tantos gobernantes que bajo distintos pretextos han infringido la ley vigente, ninguno lo ha hecho de una manera grandiosa, que acarrese á la nación resultados positivos y universales; ninguno que al reconvenirle por su infracción pudiera decir como aquel romano: «Juro que he salvado la patria:» ninguno que concibiese un plan vasto, que lo realizase con energía y rapidez, allanando todos los obstáculos, superando todas las dificultades; ninguno que al presentarse ante el gran jurado de la nación cargado con inmensa responsabilidad pudiera decir: «Señores, la política era un caos, yo la he desembrollado; para ello he quebrantado la ley, es verdad; si queréis mi cabeza, tomadla, que ahora ya no es necesaria, ni para salvar la patria, ni para afirmar la ley; pero antes mirad mi obra, destruidla si os atrevéis; yo marcharé contento á la muerte, si vuestro corazón no os dicta que en vez de un cadalso debéis levantarme una estatua.» — *J. B.*

## LA SUERTE DE CATALUÑA.

Ya es tiempo que Cataluña piense con seriedad y detención en la suerte que le está reservada; ya es tiempo que conociendo á fondo su verdadera situación material, intelectual, moral y política, excogite los medios á propósito para procurarse el bienestar que en lontananza le sonríe, y precaverse de los males que en el porvenir la amenazan. La suerte próspera ó adversa de los individuos, de las provincias y de las naciones, está en las manos mis-

mas de quien ha de disfrutarla ó de sufrirla; cuando nos quejamos del infortunio, ó nos felicitamos por nuestra dicha, no hacemos por lo común otra cosa, que inculpar ó alabar nuestra conducta. Los pueblos, del propio modo que los individuos, son hijos de sus obras.

Nuestra situación es crítica, pero no desesperada; nuestros males son graves, pero no sin remedio; nuestros peligros son muchos, pero no tales, que sea imposible precaverlos. Es un error el creer que ni estos males, ni esos peligros, dimanen precisamente de las desgraciadas circunstancias políticas en que la España se encuentra. Estas hacen más difícil, más peligrosa la crisis, pero no la producen; agravan los males, aumentan la inminencia del peligro: pero sin ellas, existieran más ó menos, esa crisis, esos males y esos peligros.

El estado excepcional en que se halla Cataluña con respecto á las demás provincias, así en lo tocante á la riqueza pública, como en lo relativo á las ideas, costumbres, hábitos é índole de los habitantes; la rivalidad de una nación poderosa y astuta en grado eminente, he aquí las dos fuentes de donde nacen nuestros males; he aquí lo que nos crea esa situación penosa, que no nos permite disfrutar el bien que poseemos, ni entregarnos á las esperanzas halagüeñas con que nos brindan mil y mil circunstancias á cual más favorables.

Este estado excepcional no cesará en desapareciendo la actual situación política; ni es posible que cese, hasta que cambien las condiciones materiales de la sociedad inglesa, hasta que experimente completa mudanza buena parte del resto de las provincias de la monarquía española. Cuando la Inglaterra deje de estar sometida á la fatal alternativa de vender ó morir, entonces renunciará á su rivalidad; cuando las demás provincias del reino no encuentren ventajas en surtirse de las manufacturas inglesas, entonces se declararán en nuestro favor y se opondrán con nosotros á los proyectos mercantiles de la Gran Bretaña.



Esta es la verdad, pura, limpia, sin ambages, sin amañes ni lisonjas: persuádase de ella Cataluña, no la pierda nunca de vista; y tendrá no poco adelantado para el conocimiento de su situación actual, y de la venidera. Viva segura de que existe una opinión en contra de sus intereses, que tarde ó temprano se presentará tal cual es; viva segura, que ahora hay mucha adulación en el interés que por ella se muestra, porque se la necesita.

Con un cambio político la Inglaterra perderá mucho de su influencia, y disminuirán las probabilidades de que se nos sacrifique á sus exigencias con un golpe de mano; esto lo conoce Cataluña, esto lo palpa todo el mundo; pero no se crea tampoco, que en semejante circunstancia la política inglesa se retire de la arena; no se crea, ni que abandone sus proyectos, ni que deje de trabajar con ahinco, con perseverancia en la realización de sus planes. Mal conoce la historia europea quien con tales esperanzas se deslumbre; mal comprende la verdadera situación de las cosas quien se halague con tan hermoso sueño. El poder de la Gran Bretaña es inmenso, su astucia proverbial, su constancia es un modelo, sus adelantos industriales, las ventajas de su posición, indisputables, sus necesidades apremiadoras: y este conjunto basta y sobra para que del logro de sus planes no desista, haciendo si es necesario esfuerzos hercúleos.

Fijos en España sus ojos, contempla un país de catorce millones de habitantes, que en su mayor número no conocen la industria, y por lo mismo le salta á la vista que hay en la Península un inmenso mercado donde puede desahogar algún tanto sus repletos almacenes. Dominante en Portugal, y señora de Gibraltar, tiene dos excelentes puntos de apoyo para el sostenimiento de su poder y realización de sus miras; resuelta de un modo favorable la cuestión mercantil, se hermanan admirablemente sus intereses materiales y su ambición política: insensiblemente se convertirá la Península entera en abyecta colonia, y los Pirineos abatidos por la política de Luis XIV, se le-

vantarán más altos todavía que en tiempo de Carlos V y de Francisco I.

A vueltas de este porvenir tan halagüeño, divisa como muy posible otro, que le infunde los celos más vivos, que turba su sueño, que alarma su ambición y asusta su codicia.

Hay en el oriente de España una provincia, célebre por su gloriosa historia, temible por el valor, la intrepidez y la constancia de sus hijos, nombrada en todas épocas por la infatigable laboriosidad de sus habitantes. En brevisimo tiempo, se han levantado como por encanto en su populosa capital, cien y cien establecimientos fabriles, se han puesto en circulación cuantiosos capitales, el resto del Principado participa del movimiento; y en el mediodía de Europa se ha presentado el singular fenómeno, tanto más notable cuanto más aislado, de una provincia industriosa y floreciente semejante á las que admira el viajero en los países del Norte. Con la protección del sistema prohibitivo, ha podido extenderse á los mercados de la costa y del interior de la Península; y la industria inglesa que se ha encontrado con un rival que comenzaba á hacerse respetar, ha conocido desde luego la necesidad de abatirle. Si en vida le dejara, si permitiese su prosperidad, ó solamente su conservación hasta la época en que la España sometida á un gobierno estable entrara de lleno en el camino de una administración sabia y protectora, el fenómeno ahora aislado podría tomar mayores dimensiones: la industria es de suyo propagandista; y los reinos de Aragón, de Valencia, de Murcia, de Andalucía, podrían participar del peligroso contagio. Andando el tiempo pudiera la propaganda industrial extenderse hasta el territorio lusitano, y la moderna Cartago encontrarse cual la antigua Roma en presencia de nuevos Viriatos. La nación que á este punto podría llegar, posee todavía las preciosas Antillas, inestimable resto de una diadema hecha pedazos; excelente punto desde donde sería fácil abrir una vasta comunicación comercial con el continente americano, que para mayor in-



fortunio de la Inglaterra, habla en su mayor parte la misma lengua, y profesa la misma religión de los españoles. Sobre la costa de África se conservan todavía algunas islas, que la Gran Bretaña conoce lo que podrán ser con el tiempo, porque sabe lo que fueran ahora si en sus manos estuviesen; y por fin, hasta allá en la extremidad del globo, á la vista de las posesiones de la India, de los establecimientos de la Nueva Holanda, y de las recientes conquistas de la China, está mirando un precioso grupo de islas que siglos hace esperan que el gobierno español les dé impulso y fomento para convertirse en uno de los más brillantes florones de la corona de Castilla.

He aquí lo que está viendo la Inglaterra, lo que no olvida, lo que no olvidará nunca, sean cuales fueren los acontecimientos, y por más desfavorables alternativas que esté condenada á sufrir en su influencia política sobre los negocios de España. Ha ensayado el aliarse con la revolución, hasta ahora no ha conseguido completamente su objeto; prosigue con perseverancia su plan comenzado, y quiere llegar hasta la última extremidad para ver si en un momento de crisis se le brinda una coyuntura. Pero estad seguros que si un día llegase á convencerse de que ha errado el camino, si se persuadiera de que tal vez aquí como en Portugal, podría convenirle una política conservadora; cambiaría de rumbo con la mayor serenidad, predicaría con entusiasmo en favor de los intereses, del lustre, de la dignidad de la monarquía; y una vez hecha esa modificación en su política, se anotaría como condición necesaria en todas las carteras ministeriales, y no bastarían á cambiarla todas las vicisitudes y mudanzas que podrían sobrevenir en la prepotencia respectiva de los partidos que se disputan el mando. De la propia suerte que Peel y Wellington no se han avergonzado de seguir con respecto á nosotros la política revolucionaria de lord Palmerston, no se desdeñaría tampoco lord Palmerston de acomodarse á la política conservadora de lord Wellington y de Peel.

Queda pues en claro, que Cataluña si se empeña en proseguir en su noble tarea de adelantar en el camino de su prosperidad, ha de contar indispensablemente con un poderoso rival, sin que pueda mecerse en engañosas esperanzas de que un cambio político sea una suficiente garantía con que deba creerse segura contra tan temible adversario.

Por lo que toca al interés de otras provincias que dependen más ó menos al sistema de libertad comercial, y que por lo mismo favorecen los designios de la Inglaterra, tampoco es inconveniente que sea dable remover con facilidad; con él luchará la generación actual, y probablemente la venidera.

No se crean fácilmente los hábitos de trabajo que en Cataluña poseemos, no se improvisa una actividad como la que distingue al Principado. El catalán avezado á continuas faenas, acostumbrado á ser esclavo de las tareas de su oficio desde el rayar del alba hasta horas después de entrada la noche, no concibe cómo puede vivirse de otro modo; no acierta á explicarse qué género de vida es esa en que un hombre no tiene quizás de qué alimentarse ni vestirse, y sin embargo no piensa en mover sus brazos, capaces de producir todo cuanto necesita para ganar su subsistencia. Para el catalán pobre, pan es sinónimo de trabajo; y la miseria es sinónima de falta de trabajo. Cuando su apurada situación le fuerza á pedirnos limosna; si es viejo ó está enfermo, os indica la causa que le impide el procurarse el sustento; si es joven y goza de salud, se excusa con la falta de trabajo.

Pero esa manera de vivir que los catalanes no comprenden siquiera, la encuentran muy natural y muy agradable los que la disfrutan: decídselo á uno de esos hombres que envueltos en su manta y con su pañuelo en la cabeza, pasan las horas en la ociosidad; decidle que hay jóvenes, viejos, niños, mujeres, que no descansan durante el día sino algunos instantes para comer, y que sin embargo miran como la mayor de las calamidades el anuncio de que



el trabajo escasea; tampoco os comprenderán, tampoco trocarán su suerte con esa otra que fuera para ellos un pesado castigo.

Además, es necesario no hacerse ilusiones : estamos ya tan acostumbrados á ponderar el suelo de España cual si fuera un paraíso, que nos imaginamos posible que con un buen gobierno brotasen como por ensalmo en todos los puntos la agricultura , la industria y el comercio. Esto es un error : esas obras requieren largos años, y dilatadas comarcas existen en España donde se necesitan siglos.

La administración más activa, más atinada, que más impulse y fomente el desarrollo de la riqueza pública, ¿qué podrá hacer sino con muchísimo tiempo, en aquellos países donde faltan dos elementos tan indispensables, no sólo para el bienestar sino hasta para la subsistencia, como son el agua y el fuego? El agua se atrae con los arbolados, y éstos se fomentan con el agua, es cierto; pero donde faltan el uno y el otro, ¿qué remedio queda sino el trabajo y la constancia de los años que todo lo superan? Para acometer ciertas empresas, es necesario contar con una población numerosa y activa; donde ésta falta ¿cómo se suple? Es indispensable el transcurso de muchos años; es indispensable dirigir cual conviene la educación de los pueblos, porque es indispensable en muchos lugares comenzar en cierto modo la conquista de la naturaleza misma.

La afluencia de los capitales á los puntos en que ha de desplegarse la acción, es otra de las condiciones imprescindibles para llevar á cima las grandes empresas. Esos capitales no acuden tampoco fácilmente; son desconfiados, suspicaces, y se dirigen de mejor grado allí donde la experiencia demuestra que se emplean con provecho. La dificultad está en los primeros pasos; dados éstos, se aumenta la velocidad en proporción del adelanto, las fuerzas productivas se multiplican de una manera asombrosa.

Cabalmente tenemos en España un inconveniente gravísimo, que influye más de lo que se cree en paralizar nuestro desarrollo, y en hacer inútiles los mejores deseos. La

vida de España está en las extremidades: el centro está exánime, flaco, frío, poco menos que muerto. Cataluña, las provincias Vascongadas, Galicia, varios puntos del mediodía, os ofrecen un movimiento, una animación de que no participa el corazón de España. Londres es digna capital de la Gran Bretaña, Paris de Francia; en la actividad, en la vida de que rebosan aquellas ciudades veis las indispensables condiciones de la cabeza de un gran cuerpo. En Madrid, y en todos sus alrededores á larguísima distancia, nada encontráis de semejante. Ni agricultura, ni industria, ni comercio: á la primera ojeada conoceréis que allí hay una corte, que allí se han amontonado inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del país que gobiernan; os convenceréis de que es una conquista sobre el desierto, como ha dicho un escritor ingenioso, pero que esa conquista, muy propia para lisonjear la vanidad, de nada sirve para fomentar la riqueza; os persuadiréis de que aquel es un centro sin vida, incapaz de dar impulso y dirección al movimiento de un gran pueblo; y de que á pesar de todas las teorías, de todos los proyectos, es muy probable que si esperamos de allá la vivificación y fomento, tengamos que contentarnos con amontonar y archivar volúmenes de decretos, órdenes, instrucciones, circulares. «Lo que es papel el gobierno nos envía mucho,» decía con admirable buen sentido un sencillo aldeano.

Las necesidades de un objeto se aprecian mal por necesidad, en un país donde no existen; quien resuelve las cuestiones sin tener á la vista los hechos, sólo con la ayuda de expedientes, de cuyo contenido no se ven de cerca ejemplos semejantes, andará siempre á tientas, siéndole el acierto en extremo difícil. Véase lo que á todas las naciones del mundo les sucede en el gobierno de sus colonias, y háganse las convenientes aplicaciones en la proporción debida.

Las consideraciones que acabamos de exponer, todas fundadas en hechos de una evidencia incontestable, indi-



can á Cataluña el camino que ha de seguir para conservar lo que posee y adquirir lo que le falta.

Sin soñar en absurdos proyectos de independencia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situación europea, insubsistentes por la propia razón, é infructuosos además y dañosos en sus resultados; sin ocuparse en fomentar un provincialismo ciego, que se olvide de que el Principado está unido al resto de la monarquía; sin perder de vista que los catalanes son también españoles, y que de la prosperidad ó de las desgracias nacionales les ha de caber por necesidad muy notable parte; sin entregarse á vanas ilusiones de que sea posible quebrantar esa unidad nacional, comenzada en el reinado de los Reyes Católicos, continuada por Carlos V y su dinastía, llevada á cabo por la importación de la política centralizadora de Luis XIV con el advenimiento al trono de la casa de Borbón, afirmada por el inmortal levantamiento de 1808 y la guerra de la independencia, desenvuelta por el espíritu de la época, y sancionada con los principios y sistemas de las legislaciones y costumbres de las demás naciones de Europa; sin extraviarse Cataluña por ninguno de esos peligrosos caminos por los cuales sería muy posible que se procurase perderla en alguna de las complicadas crisis que según todas las apariencias estamos condenados á sufrir, puede alimentar y fomentar cierto provincialismo legítimo, prudente, juicioso, conciliable con los grandes intereses de la nación, y á propósito para salvarla de los peligros que la amenazan, de la misma manera que la familia cuida de los intereses propios sin faltar á las leyes, y sin perjudicar, antes favoreciendo el bien del Estado. En otro número expondremos nuestras opiniones sobre este particular; bástanos por hoy el haber descrito la situación de Cataluña, á lo que nos parece con el lenguaje de la verdad.—*J. B.*

## ESTUDIOS HISTÓRICOS FUNDADOS EN LA RELIGIÓN.

La Religión es la verdadera filosofía de la historia. Moisés nos da las primeras noticias sobre la creación y sobre la cuna del linaje humano; al propio tiempo que nos ofrece la única clave para descifrar el grande enigma del hombre y del Universo. Quitad la historia de Moisés, privad á la humana filosofía de las luces que la suministra aquella narración sublime, y volvéis á sumerjiros en el caos de los antiguos; la eternidad del mundo, la incertidumbre y las extravagancias sobre nuestro origen y destino, el fatalismo, todos los errores, todas las dudas, que trabajaron las escuelas filosóficas de la Grecia y Roma y de cuantos pueblos carecieron del faro de la revelación. vuelven á presentarse sobre la tierra, y hacen retroceder la ciencia y la sociedad larga cadena de siglos.

¿Queréis seguras, breves, universales fórmulas para resolver los grandes problemas de la historia de la humanidad? Leed la narración del inspirado por Dios, escuchad al hombre sublime á quien fué concedido hablar con Jehovah en la cumbre del Sinaí.

Hay en la vida del humano linaje un hecho tan doloroso como incontestable: la lucha del bien con el mal, la frecuente preponderancia de éste sobre aquél, así en lo moral como en lo físico; los horrendos crímenes que manchan las páginas de la historia de la prole de Adán, los indecibles padecimientos á que se halla condenada. ¿Cuál es el origen de tan triste fenómeno? ¿Cómo es compatible con la existencia de un Dios infinitamente sabio y bondadoso? La antigüedad creyó dar una explicación satisfactoria admitiendo bajo diferentes formas dos principios: uno



autor del bien, otro del mal. El dualismo de Manes era quizás una adulteración de las tradiciones sobre la caída del primer ángel, pero indicaba también un esfuerzo para explicar el enigma que nos presenta el mundo. Moisés asienta otro principio más sencillo: *pecado y pena*, es decir *justicia*. Con esto todo se explica, sin esto nada. Es un misterio, pero dichoso misterio que nos aclara tantos misterios; dichosa obscuridad de donde salen raudales de luz. Abramos la historia, recorramos sus páginas, conducidos por esa guía, que en su bondad nos enviara el mismo cielo.

## I.

Dios dijo al hombre: comerás el pan con el sudor de tu rostro; esta maldición ha caído sobre la humanidad entera. Seguidla en todos los períodos de su existencia, en su frente descubriréis sin cesar el angustioso sudor con que anda en busca de la dicha: porque la dicha es lo que busca el hombre, tras de la dicha se afana la sociedad; supuesto que ni aquél ni ésta viven de solo pan. En vez de frutos le produce la tierra espinas y abrojos; no alcanza jamás el bien, sino después de haber apurado hasta las heces el cáliz del mal. Lamentámonos nosotros de los infortunios de nuestra época, alzamos hasta el cielo un grito de dolor por las privaciones que nos vemos forzados á sufrir, los males que hemos de tolerar, y los costosos sacrificios con que compramos un momento de felicidad ó siquiera de reposo. ¿Y qué fué de las generaciones que precedieron? ¿disfrutaron quizás de blando sosiego, nadaron en la opulencia y en los placeres, y vivieron como hermanos en amable paz y armonía? ¿el siglo de oro fué para ellas una realidad, y los hermosos sueños de los poetas encontraron existente entre las mismas el objeto de sus cantos sublimes?

No, no es así: apenas criado el hombre, á pocos momentos de disfrutar de inefable dicha en el jardín de Edén,

surge á su lado el infortunio como una negra sombra que obscurece y mancha un bellissimo cuadro. La madre de los humanos contemplaba su hechicera hermosura en los cristales de la fuente deliciosa que con tan delicado pincel nos retrata el ciego de Albi6n, y tenia ya á su espalda el infame reptil, acechando malignamente el instante oportuno de sorprender el candor y la inocencia. Nuestros padres labraron su infortunio y el nuestro; su caida fué voluntaria, y la pérdida de su dicha se debió al extravío de su voluntad; mas ¿será por esto menos lamentable, será por esto menos sensible? ¿acaso no es igualmente digno de compasi6n quien recibe la muerte de mano ajena, que quien se la da con la propia? El ángel colocado á la puerta del Paraíso, blandiendo la espada de fuego para que no volvieran allí los culpables proscritos, es al par de un hecho histórico, un formidable emblema de que la humanidad mientras viva sobre la tierra, halla vedado el camino de una completa felicidad. «Y echó á Adán, y colocó delante del Paraíso de las delicias un querubín con tajante flamígera espada para guardar el camino del árbol de la vida.» «Ejecitque Adam, et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitæ.» (Genes. c. 3, v. 24.)

Poco sabemos de la vida de nuestros padres en los primeros días de su destierro: solos, errantes en la inmensidad de la tierra, rodeados de bestias feroces, de reptiles y de insectos, faltos de vestido, de techos donde guarecerse, escasos de medios para proveer á las primeras necesidades, debían de pasar una vida penosa, amargada más y más con el punzante recuerdo de su dicha perdida. Bien se concibe cuán fácilmente penetraría en sus corazones el más vivo arrepentimiento, logrando que les perdonase el Señor aquella falta que expiaron con siglos de padecimientos y de lágrimas. ¡Cuántas veces volverían los ojos hacia la región donde pasaron en la primitiva inocencia, momentos de bienandanza indecible! ¡Cuántas veces la



señalarían á sus hijos y les contarían las dulzuras de aquella morada venturosa, cuya memoria se ha transmitido de generación en generación, como los recuerdos de un sueño dorado!

Los primeros hijos de Adán y Eva de que nos habla el sagrado texto, nos presentan tristemente la continuación de la escena que comenzó á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal: el crimen y la pena, el fratricidio y la maldición estampada en la frente del fratricida, quien anda errante por el mundo en busca de una muerte que para su tormento no encuentra. La primera ciudad de cuyo origen tenemos noticia, es fundada por el impío asesino de su hermano, por el mismo Caín: triste auspicio de la vivienda del hombre que levantaban las manos teñidas con sangre inocente: manos temblorosas todavía, por haber oído la maldición del cielo provocada por el clamor de venganza que esta sangre daba desde la tierra: *la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra*

Corren los tiempos, la ciega prole de Adán olvida los tremendos castigos que ha podido oír de la boca de los mismos que los sufrieron: toda la carne corrompe su camino. Dios resuelve borrar al hombre de la faz de la tierra; y salvado el justo Noé con su familia, ábrense las cataratas del cielo, inúndase toda la faz del globo, perece todo viviente excepto las parejas encerradas en el arca, y el agua se levanta quince codos más alta que las más encumbradas montañas.

De dos grandes justos nos habla con singular recomendación el sagrado texto en lo perteneciente á la primera época del mundo: Henoch y Noé: ¡cosa notable! Noé fué salvado prodigiosamente en el arca: *Henoch no apareció porque se lo llevó Dios*. Admirables hechos históricos que simbolizan la justicia y la inocencia, salvándose á duras penas de la maldad y castigo de las generaciones abandonadas á sus caminos de perversidad.

Inagotable caudal de reflexiones suministran al filósofo

cristiano los primeros capítulos del Génesis; ellos y sólo ellos, rasgan el velo que cubre el mundo; ellos y sólo ellos, nos explican los secretos de nuestra existencia, y aclaran los incomprensibles misterios de la historia del género humano.

## II.

El mundo antiguo comenzó con el Paraíso, siguió con una maldición y acabó con el diluvio; el mundo nuevo comienza con la maldición de Cham, continúa con la torre de Babel, y sigue con una interminable serie de calamidades y desastres hasta el día en que llegado el fin del humano linaje rodará la tierra por la inmensidad de los cielos como un globo hecho ascua. Fijando la consideración en el colosal hecho del diluvio, clave de la explicación de grandes fenómenos terrestres, y padrón eterno de la cólera de un Dios Todopoderoso, asómbrase el espíritu y se sobrecoge de un religioso pavor. ¡Qué trastorno más espantoso resulta de aquella catástrofe en el hombre y en cuanto le rodea! la vida se abrevia, la naturaleza pierde de su fecundidad, se marchita su hermosura; y el hombre que antes del horroroso cataclismo era un proscrito ilustre á quien se permite gozar de algunas comodidades en clima templado y bajo un cielo sereno y apacible, es en adelante un desterrado sobre cuya frente pesa toda la execración de su crimen y que relegado á hórridos países arrastra una vida de miseria y de dolor, cuyo único consuelo es la esperanza de la muerte.

Siguiendo á grandes pasos la historia de la humanidad, hallamos por do quiera la traza lamentable que nos recuerda la degeneración primitiva: en todo la maldad, en todo el delito, en todo la pena, en todo la tremenda huella de la expiación á que está condenada la descendencia de Adán, en todo el no alcanzar la verdad sino después de tropezar en mil errores, de no obtener el bien sino después de haber sufrido el mal; en todo la ley inflexible de



no llegar á la perfección ni á la mejora, sino á costa de las más crueles fatigas.

¿Buscáis el origen de los grandes imperios? ¿pretendéis saber el curso que ya desde un principio tomaron las pasiones, con respecto al gobierno de la sociedad? la sagrada Escritura os lo indica en breves palabras. El hombre rebelde á Dios se hace esclavo; sacudió el suave yugo de la divina ley, y se encuentra sometido al imperio de la fuerza. «Chus engendró á Nemrod; éste comenzó á ser *poderoso* en la tierra.» ¿Sabéis cuáles son sus títulos? «Y era *robusto cazador* en presencia del Señor. Por esto salió el proverbio: como Nemrod robusto cazador en presencia del Señor.—Y el principio de su *reino* fué Babilonia y Arach, y Achad y Chalanne en la tierra de Sennaar.» «Porro Chus genuit Nemrod: ipse cœpit esse potens in terra.—Et erat robustus venator coram Domino.—Fuit autem principium regni ejus Babylon, et Arach, et Achad, et Chalanne in terra Sennaar.» (Genes. c. 10, v. 8, 9 et 10.)

Al lado de esta sublime sencillez, al lado de esta narración en cuya verdad y exactitud se compendia la historia de los grandes imperios, de los grandes conquistadores, de las guerras, de las vicisitudes que afligen á la triste humanidad; ¡cuán pequeño se nos presenta Rousseau con su pacto social, con sus vanas utopías tan distantes de la realidad, como contrarias al curso natural de las cosas! El hombre necesita vivir en sociedad, la existencia de esta es incompatible con un desorden incesante, y el orden no puede concebirse sin un poder público que lo afirme y conserve; esto dicen la razón y el buen sentido; pero al propio tiempo, la perversidad del corazón, la ambición desenfrenada, las pasiones ruines, abusan de todo cuanto hay sobre la tierra; y por lo mismo al formarse las sociedades, la fuerza debió de ser un elemento preponderante, la autoridad pública debió de ser á menudo usurpada con violencia, y Nemrod que fué *poderoso* porque era *robusto cazador*, es el tipo de cien y cien otros usurpadores que fundarían sus derechos en la pujanza de su brazo.

Hállanse los hijos de Noé en crecido número en las llanuras de la tierra de Sennaar, y temerosos de que las aguas de un nuevo diluvio inundasen otra vez la tierra, propónense edificar una ciudad y en ella una torre cuya cumbre toque al cielo. Así abrigan el designio de ilustrar su nombre, y asegurarle eterna duración antes que se dividan para andar ocupando el resto de la tierra. ¡Vanos consejos! como si Dios cuyo brazo todopoderoso inundó el mundo como inunda el labrador su pequeño campo levantando un ligero dique, no bastase á inundar la nueva ciudad, y á cubrir la gigantesca torre, como antes sepultara quince codos debajo de las aguas la cúspide de las montañas más elevadas.

Antes eran los hijos de Noé un solo pueblo, hablaban una misma lengua, eran de un mismo labio, según la bella expresión de la sagrada Escritura; el orgullo los ciega, buscan con afán una vana inmortalidad; desde entonces se confunde su idioma, y el hermano no entiende la palabra del hermano, y se ven forzados á abandonar la edificación de la ciudad y avergonzados se separan y marchan dispersándose por la faz de la tierra.

Los eruditos han buscado en los idiomas actuales la huella de un idioma primitivo; ¿puede conjeturarse si éste continuó en alguna de las fracciones en que se dividió la descendencia de Noé? ¿Sábese si los actuales presentan seguros indicios de haber salido de un tronco, y de ser otros tantos dialectos de una lengua matriz? No nos atreveremos á resolverlo: sólo haremos notar que de la misma suerte que se hallan en todos los puntos del globo infalibles señales de un gran trastorno en la naturaleza, así se encuentran claras pruebas de que el linaje humano experimentó una confusión, cuya historia nos ha conservado Moisés, refiriéndonos el insensato proyecto de la torre de Babel. Los tiempos históricos, como los heroicos, como los fabulosos, nos muestran al linaje humano dividido en innumerables tribus, de las que se verificaba que *el prójimo no entendía la voz del prójimo*; el origen común



estaba poco menos que borrado, y los hombres que debieran vivir como hermanos, se hallan unos en vista de los otros cual extranjeros en tierra conquistada; en violentos encuentros se disputan la presa, y mutuamente se destrazan con más rabia que no lo hicieran bestias feroces.

### III.

Separado de su casa y parentela el hombre escogido de Dios para fundar un nuevo pueblo donde se conservasen en toda su pureza las tradiciones primitivas, marcha errante por la tierra de Canaán, y en ella encuentra el hambre; huyendo de esta calamidad llega peregrinando á Egipto; ¿sabéis cuáles son las costumbres de aquel país? el adulterio y el crimen. Cercano á Egipto dirígese Abrahám á Sara su esposa y le dice: «Mujer, conozco que eres bella, y que al verte los egipcios dirán, —es su esposa,— y me matarán, y á ti te reservarán. Dí pues, te lo ruego, que eres mi hermana, para que en consideración á ti se porten bien conmigo, y por tu gracia conserve yo la vida.» Y habiendo entrado en Egipto, vieron los egipcios que la mujer era de extremada hermosura, y los cortesanos lo anunciaron á Faraón, y la alabaron en presencia de él, y la mujer fué llevada á su palacio.» Así ya desde la cuna del mundo euando al parecer debían reinar en todas partes la sencillez y la inocencia, el justo se veía precisado á encomendar en manos de la divina Providencia la honra de su esposa, esperando que el Señor qué le había sacado de la casa de su padre, castigaría á Faraón antes que su virtuosa consorte fuera víctima de la violencia y de la destemplanza.

Hechos semejantes, que esparcidos acá y acullá encontramos en el sagrado texto, son preciosos rasgos que nos pintan el espíritu de la época, que nos hacen asistir á las escenas de injusticia, de violencia, de obscenidad á que estaría entregado el mundo en aquellos siglos que nosotros

con poca reflexión podríamos creer de oro. Con lo que se echa de ver cuán infundado es todo lo que se imagina y tal vez se cree, sobre la inocencia de las edades primitivas; y cuán exagerados son los males que se suponen nacidos del adelanto de la sociedad. Donde quiera que encontramos al hombre, hallamos el mal á su lado; si es culto lo practica con astucia, si es bárbaro lo ejerce con violencia; si no queréis sufrir el brillante velo ocultando la corrupción, fuerza os será resignaros á contemplar las asquerosas formas de feroz brutalidad. Todo lo que dista de nosotros en espacio ó tiempo, nos complacemos en pintarlo con hermosos colores, en revestirlo de una belleza que no existe en la realidad: esto puede condonarse al poeta, no al filósofo; que la poesía se alimenta de encantadores sueños, la filosofía sólo se nutre con austera verdad. Séale pues permitido al vate el imaginarse que no había otras costumbres que las retratadas en la escena de las familias patriarcales, cuando un anciano cubierto de venerables canas narraba tranquilamente á sus hijos y nietos las tradiciones antiguas, bajo el aura apacible del caer de la tarde á la sombra de una palmera; pero el filósofo no debe contentarse con vanas ilusiones, dado que en cada objeto ha de ver *todo lo que hay, y nada más de lo que hay*. Triste necesidad por cierto la de contemplar las cosas en su negra realidad; pero no olvidemos que el error es también negro en su fondo por más brillante que sea el velo que le encubre; recordemos que la verdad por amarga y dolorosa no deja de ser saludable. Las escuelas más peligrosas, ¿qué son sino un tejido de bellas mentiras?

#### IV.

Salido de la tierra de Egipto Abrahám con su mujer, con sus riquezas, con su sobrino Lot, se dirige hacia el austro, llegando hasta el lugar donde fijara antes su tienda entre Bethel y Hai. La vida pastoril que ambos traían pa-



rece debía ponerlos á cubierto de toda mala inteligencia y discordia; sin embargo no fué así: los rebaños no cabían en el mismo país, la rivalidad comienza; los amigos siguen en buena armonía; pero los pastores riñen, y Abrahám deseando conservar la fraternidad y concordia que entre hermanos cumple, ruega á Lot que se separe de él en obsequio de la paz: « No haya, te ruego, le dice, rencillas entre yo y tú, y entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos; mira, á tus ojos está la tierra toda, apártate de mí, te lo suplico; si fueres hacia la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escogieres la derecha, yo marcharé hacia la izquierda.»

¿Qué encontramos en este pasaje? nada menos que la historia de los sucesos que desde el principio del mundo están desolando la humanidad. *No cabían en la tierra*: he aquí señalada con admirable concisión y exactitud la causa de infinitas invasiones, usurpaciones, revoluciones, guerras, trastornos y catástrofes. ¿Por qué los fenicios y cartagineses buscan con tanto afán nuevos países donde establecerse, donde enviar sus colonias, valiéndose de la fuerza cuando alcanzar no podían su objeto por medio de la astucia? porque no cabían en la tierra. ¿Cómo es que Roma naciente comienza su política de invasión y usurpación, ensayando sobre los pueblos comarcanos lo que después ejecuta sobre el mundo entero? porque sus habitantes no caben en la tierra; porque faltos de lo necesario se ven precisados á proporcionárselo, convirtiéndose en guerras formales lo que en un principio eran altercados y riñas sobre la pertenencia de algún objeto útil ó necesario á la vida. ¿Cuál fué la verdadera causa de la irrupción de los bárbaros del Norte? Preguntadlo á esos innumerables guerreros que rodeados de sus mujeres é hijos, se adelantan hacia el Mediodía en busca de clima más apacible y de regiones más feraces; preguntádselo, y os dirán que las selvas del Norte no les suministran lo que han menester para su sustento; que en su extraordinaria multiplicación han consumido y agotado cuanto había en su país

natal; que la necesidad, la imperiosa necesidad, los fuerza á usurpar para establecerse, á pelear para comer: no cabían en la tierra.

Hasta en los tiempos modernos, cuando se ha llevado al más alto punto el arte de encubrirlo todo con hermosos disfraces, ¿qué se encuentra en el fondo de las cuestiones más graves? Dejando aparte otros ejemplos, la Inglaterra revuelve el mundo con su diplomacia y lleva la desolación y la muerte á las regiones más remotas; ¿queréis impedirselo? ¿buscáis un medio seguro para disminuir la actividad de sus negociaciones, y la impetuosidad de sus armas? abridle fáciles y anchurosos mercados; desahogad sus almacenes de Manchester y Liverpool; ved que pueda alimentar tantos millones de hombres que perecen de miseria; cambiad su situación material, dadle pan. Los ingleses tampoco caben en la tierra.

## V.

Imposible parece que en tan poco tiempo transcurrido desde la horrible catástrofe con que Dios castigara los crímenes de la humanidad, las costumbres hubiesen llegado al exceso de infame depravación que vemos en las ciudades de Pentápolis; aquella tierra tan deliciosa que regada por las ondas del Jordán semejante al *Paraíso del Señor* fué sepultada en un mar hediondo después de haber llovido sobre ella torrentes de fuego. La narración que de este acontecimiento nos hace la sagrada Escritura, como y también de las circunstancias que le precedieron y las causas que lo motivaron, es otro precioso documento para formarnos una idea del infeliz estado en que volvió á sumirse el mundo, salido apenas de las aguas del diluvio vengador.

En el propio país antes de ser víctima de la horrorosa catástrofe, hallamos ya la guerra con sus matanzas, sus depredaciones, sus manadas de cautivos. Los reyezuelos



de Sennaar, del Ponto, de los Elamitas, de las Gentes, de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboim, de Bala y de Segor, encontrándose en el valle silvestre que después se llamó mar de sal, con sus pequeños ejércitos, eran tristes precursores de los poderosos monarcas que en los tiempos venideros habían de inundar el mundo de sangre y de lágrimas.

Si desaparece la guerra de ciudad contra ciudad, de familia contra familia, de hombre contra hombre, esa anarquía que desuela las más retiradas comarcas, si se crea un poder público capaz de mantener el orden de una gran sociedad, es á expensas de los tesoros, de la sangre, de la libertad de los gobernados que sirven para entronizar orgullosos tiranos, que no contentos con un mando sin límites, con un fausto escandaloso, se proponen hacerse adorar como dioses haciendo que se les levanten estatuas y se les tributen los homenajes y cultos sólo debidos á la divinidad.

¡Ah! La historia del humano linaje es una espantosa tragedia; y en el placer angustioso que experimentamos al asistir á esos espectáculos en que brota la sangre del corazón á vista de grandes infortunios, hay un profundo secreto que abre anchuroso campo á las meditaciones de una filosofía grave y sublime. ¿Cómo es que buscamos con tanto afán ese placer que nos atormenta? ¿por qué nos cebamos en esa curiosidad que nos hace verter amargas lágrimas, que nos hace suspirar y gemir tan sentidamente en presencia de infortunios fingidos cual pudieran hacerlo los verdaderos? ¿sabéis por qué? porque en aquellos contrastes en que el temor lucha con la esperanza, la dicha con la desgracia, la vida con la muerte, el corazón nos dice que está retratada nuestra existencia; los individuos como los pueblos sienten en el fondo de su alma una voz que les clama: «esta es vuestra vida, esta es la condición de vuestro paso sobre la tierra; llorad sobre el infortunio, que el infortunio es vuestro patrimonio.»

La historia entera no es más que una serie de terribles

contrastes; y no precisamente refiriéndonos á las épocas de la corrupción de sociedades caducas, sino trasladándonos á su infancia, á los tiempos de inocencia y candor, y fijando únicamente nuestros ojos sobre aquellos admirables cuadros de virtud, de santidad, favorecida por el cielo con inefables prodigios, y propuesta por el mismo Dios como modelo en que aprender debieran las generaciones futuras. Hasta allí donde al parecer no debiéramos encontrar nada que repugnara á nuestros ojos, que entristeciera nuestro corazón, tropezamos de continuo con esos horribles contrastes donde se pinta con viveza y elocuencia la ley de expiación y de castigo á que vive sometida la infortunada prole de Adán. ¿Veis al santo patriarca separado de la casa de sus padres y conducido en su peregrinación por la misma mano del Señor para fundar un pueblo escogido donde se conservaran las antiguas tradiciones y se perpetuara la esperanza de un Redentor? ¿véisle tranquilo en su tienda fijada en aquellos países que ha de ocupar un día su descendencia, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas de la mar? ¿véisle favorecido del cielo con milagrosas visiones y conversando con los ángeles y consolado con inefables promesas? á su vista arden las abominables ciudades que él con sus fervientes oraciones no ha podido salvar, la negra humareda sube en densas columnas obscureciendo la luz del sol. Emblema terrible de la justicia divina obrando sobre el mundo al mismo tiempo que la bondad y misericordia. Al lado de Sara está Agar, al lado del pacífico Isaac está Ismael que plantará un día sus tiendas contra las tiendas de sus hermanos; *su mano estará contra todos y las manos de todos contra él*. Al lado de Jacob bendecido por su padre está Esaú rugiendo de cólera como una fiera herida por la flecha del cazador; en un sueño misterioso descubre la escala que estribando en la tierra llega hasta el cielo; pero notadlo bien, esta visión se le presenta reposando del cansancio del camino mientras huye de la tierra de sus padres para salvarse de la venganza de su hermano.



¿Os enternecéis al leer la historia del inocente José? en ella encontráis la cruel envidia que le roba á su anciano padre, le vende á los ismaelitas y le envía á servir en tierras extrañas. La santidad del inocente mancebo resplandece en oposición con los impúdicos deseos de una mujer adúltera, y su prodigiosa elevación al lado del rey de Egipto comienza en las tinieblas de una cárcel. Principia la historia del gran pueblo; la primera escena es la esclavitud, la opresión más terrible, el infanticidio. Moisés ha de presenciar en el desierto la misteriosa zarza que arde y no se consume; antes de apacentar las ovejas de Jetro en los campos de Madián huye proscrito de Egipto, abandona el palacio de Faraón después de haber dado muerte á un egipcio desapiadado que maltrataba á un israelita. El pueblo sale de la esclavitud; pero su libertad es comprada á duro precio; la obstinación de Faraón atrae sobre el infortunado Egipto la divina venganza y hace que se derrame sobre aquel pueblo, como raudales de llama, la formidable copa de la indignación del Omnipotente. Pasa el pueblo de Israel el mar Rojo, y mientras las doncellas celebran con cánticos y danzas los beneficios del Señor, las aguas del Eritreo están cubiertas de carrozas, de caballos y de hombres que luchan con una muerte que no podrán evitar. La peregrinación por el desierto es una serie de favores y de castigos; el maná y las serpientes venenosas; las tablas de la ley y el degüello ejecutado por Moisés; los truenos y el fuego de la cumbre del Sinaí, la aparición de Jehovah y el becerro de oro y la infame idolatría. Penetra el favorecido pueblo hasta la tierra prometida, pero antes ¡cuánta sangre, cuánto exterminio, cuántos horrores sobre los pueblos culpables arrojados de un país contaminado con sus abominaciones y sus crímenes!

La civilización fenicia toma el camino de Occidente difundiendo por la Grecia, la Italia, la España y el África, y sólo se consigue este resultado á fuerza de calamidades sufridas por los pueblos civilizadores: después de veinte

siglos, aun existía un monumento para recordar que los cananeos fugitivos de la espada de Josué llegaron hasta las extremidades del África. Es muy probable que los antiquísimos viajes de los fenicios á las costas de España dimanaron del mismo motivo, ó fueron á consecuencia de la estrechez en que se hallaban esos pueblos acosados por el de Israel, y precisados á ocupar una estrechísima zona á las orillas del mar de Joppe, de Tiro y de Sidón.

Las letras importadas á Grecia por Cadmo procedente del mismo origen, reconocen quizás por causa de su peregrinación las mismas catástrofes; los hombres armados que nos presenta la fábula nacidos de los dientes sembrados por el fundador de la colonia y degollándose unos á otros, son un indicio de que los nuevos conquistadores llegaron al país acosados de infortunio y sedientos de venganza.

Dejando aparte las narraciones de la Biblia, y las demás en que se ha mezclado el espíritu de la fábula, si pasamos á tiempos más cercanos que abren por decirlo así las páginas de la historia profana, hallaremos consignado en todas ellas el mismo fenómeno que acabamos de indicar. Esta época se inaugura con una inmensa calamidad: el incendio de Troya. De manera que los beneficios acarreados á la civilización por la comunicación de los pueblos asiáticos y europeos, los adelantos de la navegación fomentados por la necesidad del transporte de numerosas expediciones marítimas, la perfección de las ciencias y de las artes, efecto natural de aquel gran movimiento comunicado á cien pueblos por aquella especie de cruzada, el desarrollo de la nacionalidad griega que debió de resultar de una guerra en que los reyes y los pueblos del país militaron en encarnizada y prolongadísima lucha bajo una misma bandera; todos estos beneficios, repetimos, se compraron con torrentes de sangre, con la ruina de infinitas familias, con el destrozo é incendio de una ciudad ilustre. Los bellos y sublimes cantos de Homero inspirados por aquellas horribles escenas no pueden pasar á nuestros ojos



sin retratarnos á un monarca anciano que *besa las manos salpicadas con la sangre de su hijo*. Singularidad notable, que la primera y quizás la más grande producción del genio reciba su inspiración de las pavesas de una inmensa ciudad, de la sangre de millares de valientes.

Fúndase en las costas de África una floreciente colonia que extiende sus conquistas al Norte, al Oriente y al Occidente, que envía sus velas comerciantes á las expediciones más atrevidas, que cuenta entre sus hijos audaces viajeros precursores de la osadía de Colón y Magallanes, que disputa durante largos años el imperio del mundo á la orgullosa Roma, que al desaparecer del número de las naciones nos ofrece á un Aníbal vencedor en Cannas, en Trasimeno, y asentando sus reales á la vista de Roma que tiembla al pronunciar el nombre del invicto héroe: ¿sabéis á qué debe el origen esa fundación gloriosa, Cartago, que por espacio de siglos fué el espanto de los conquistadores del orbe? Débelo á sangrientas discordias de familia, débelo á la sangre alevosamente derramada por el puñal fratricida.

Así vemos que ya en los más remotos tiempos la civilización y la cultura no se extienden, no se propagan sino á fuerza de sangre, á fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas á la triste humanidad: así vemos cuán terriblemente se cumple con todo el linaje humano lo mismo que en el individuo se verifica, de comer el pan con el sudor de su rostro, de cultivar una tierra que en vez de frutos le da abrojos y espinas, de no alcanzar mejora y perfección en ningún género sino á costa de los mayores sufrimientos, de los trabajos más arduos y constantes, de no disfrutar él propio de los bienes que produce, sino de legarlos á sus hijos si se limita á la esfera doméstica, ó de transmitirlos á las generaciones venideras si sus tareas trascienden á los intereses públicos.

Terrible consecuencia del desorden introducido en el individuo y la sociedad por la prevaricación primera; for-

midable resultado de la pérdida de aquella inefable armonía en que el mundo estaba sujeto al hombre, las pasiones á la voluntad y á la razón, y la razón y la voluntad á Dios. Quebrantóse el primer eslabón de esa cadena de oro, el hombre se rebeló contra Dios y las pasiones se levantaron contra la razón, y el mundo entero se alzó y se puso en combate con el hombre. Faltó la ley de armonía y la sucedió la ley de lucha; ley que se presenta bajo mil formas diferentes según lo son los objetos sobre que versa; ley de que no se exime ningún período de la vida, á que está sujeta la infancia como la adolescencia, la juventud como la vejez; ley indeclinable al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al magnate como al pequeño, al sabio como al ignorante, al monarca más poderoso como al más ínfimo de sus vasallos.

Échase de ver por ahí la profunda sabiduría y la verdad entrañadas por el cristianismo, por esa religión divina que en las primeras palabras que dice al hombre le intima la existencia de esta ley; que la vida del hombre es una milicia sobre la tierra; que le predica incesantemente la vanidad de sus esfuerzos para sustraerse á las terribles consecuencias de la maldición del Criador; que endereza todos sus trabajos á restablecer por medio de la gracia la armonía perdida por la culpa; que en la abnegación cristiana, en la sujeción de las pasiones á una voluntad ilustrada por la razón y por la fe, y dirigida y movida por la gracia, en la sumisión del entendimiento á la revelación divina, en la conformidad de la voluntad humana á la voluntad de Dios, en ese admirable conjunto que nos presenta realizado en sus grandes santos, muestra el sublime tipo de lo que el hombre debe ser, de lo que fuera un día antes que entrase el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Tipo sublime, repetimos, que nos trae á la memoria lo que fuimos en Edén, pero con las señales de la tremenda expiación, con la sangre que brota de los golpes descargados por la cólera divina: todo conforme al segundo Adán, al Hijo del hombre que carga-



do con nuestros pecados, y conducido á morir por la salud de los hombres, se dirigió cual manso cordero á la cima del Gólgota á consumir la más terrible de las expiaciones.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

### EL INDIFERENTISMO.

*Disputas religiosas...* con esta palabra pronunciada con énfasis, y con cierto aire de indiferencia ó desprecio, se eluden á menudo gravísimas cuestiones, y se pasa por encima de las materias más dignas de veneración y acatamiento; *Disputas religiosas...* con esta expresión se desdeñan ciertos hombres de atender siquiera á puntos de la más alta trascendencia, y relegan á las *escuelas de los teólogos* lo que hay de más elevado é importante en la tierra y en el cielo; *Disputas religiosas...* con esta fórmula se pertrechan los que atormentados por los remordimientos de su conciencia, se sienten llamados á examinar lo que ellos no quisieran ni aun recordar; *Disputas religiosas...* con esta solución tan sencilla, y sobre todo tan cómoda, responden los enemigos de la religión á los argumentos con que los estrechan los hombres amantes de la verdad, cual si fueran vanas sutilezas las razones más concluyentes; *Disputas religiosas...* con este maligno tema procuran los incrédulos presentar como de poco valer todo lo que han dicho en pro de la religión sus más ilustres apologistas, é indicar á los pueblos que nada les interesa cuanto en este sentido se exponga; *Disputas religiosas...* con esta frase cubren sus intenciones los gobiernos impíos que procuran desvirtuar ó destruir la religión, y desean per-

suadir á sus gobernados que las intrusiones más sacrílegas no son más que el ejercicio de una prerrogativa del poder para mezclarse en una cuestión de dogma, ni más ni menos que si se tratase de restablecer el orden en una escuela de sofistas que altercan sin entenderse; *Disputas religiosas...* con este velo encubren su escepticismo ó impiedad aquellos falsos hombres de Estado, aquellos filósofos superiores que desde su elevada cátedra fallan con tono magistral y decisivo, sobre las creencias de los pueblos como sobre juguetes de niños; que someten á su juicio todas las religiones, sin exceptuar ninguna; es decir, que llaman á Dios á su tribunal, condenándole ó absolviéndole, trazándole el camino que ha de seguir y los peligros que debe evitar, señalando límites á la sabiduría infinita, y cercenando el poder á la Omnipotencia.

No negamos que el hombre pueda caer en abusos en las disputas religiosas como le acontece en otras materias; pero no podemos consentir que el abuso destierre el uso, y que se gradúe como de poca importancia lo que la tiene inmensa. En efecto; ¿de qué se trata en las discusiones religiosas? ¿El objeto de la controversia es acaso de poca entidad, ó de pequeño interés para los mortales? Entrad en este linaje de cuestiones, acercaos siquiera al linde del palenque donde se agitan, y lo primero que se os ofrece es la existencia de Dios, la creación del hombre, su origen y destino, su felicidad ó desdicha, su inmortalidad ó su nada. Quien sostenga pues que las discusiones religiosas carecen de importancia, que no merecen la pena que de ellas nos ocupemos, sostiene también que nada importa saber si Dios existe ó no, si el mundo es creado por un ser inteligente é infinito ó si es efecto de la casualidad, si el hombre tiene un alma espiritual ó si sus pensamientos y voluntades son un simple resultado de la organización, si hemos de existir para siempre en otra vida ó si hemos de hundirnos en la nada. Por cierto que Dios, el hombre, la eternidad, son cosas de que no podemos desentendernos sin rayar en la demencia, sin negarnos á



nosotros mismos, sin abdicar nuestra inclinación vehemente, irresistible, que nos fuerza á vivir ansiosos de nuestra propia suerte, que nos impele á investigar lo que somos, de dónde salimos y á dónde vamos.

Si alguien hubiese con el privilegio de no morir, con entera seguridad de pasar en la presente vida una existencia sin fin, en este sería menos irracional el descuidar completamente la averiguación de estas verdades, el contentarse con lo que es y con lo que tiene, sin pensar en el ser de quien lo ha recibido; pero nadie puede lisonjearse de semejante seguridad; hay al contrario la certeza de un término cercano, el sueño más ligero no pasa más presto que nuestra existencia sobre la tierra. Sea cual fuere el plazo más ó menos dilatado que se nos ha concedido, es indudable que dentro un número muy reducido de años, no viviremos aquí; para nosotros estarán ya resueltos prácticamente los formidables problemas de nuestro destino: ó la nada, ó el fallo de un supremo Juez. Verdad tan pavorosa, como cierta, como indeclinable: en vano nos esforzamos en olvidarla, en vano nos sustraemos á su memoria, en vano intentamos atenuar con fútiles reflexiones todo lo que encierra de terrible, de espantoso: no hay medio, ó la nada ó el fallo de un supremo Juez. Cavílese cuanto se quiera; imagínense subterfugios, la verdad está ahí; no hay camino para eludirla; supuesto que existimos, nos es forzoso someternos á esta necesidad. Vendrá el día en que nuestro cuerpo se disolverá, vendrá un momento en que se dirá, *ya expiró*, y entonces, en aquel instante mismo, se realizará para nosotros uno de los extremos de la formidable alternativa. Entonces si suponemos el imposible de ser reducido á la nada este ser que piensa, quiere y siente, si suponemos que no siendo más que el resultado de la organización material, deje de existir tan pronto como la muerte lleve á la materia la descomposición, ya ni sentirá, ni querrá, ni pensará: un sueño profundo en que yacemos en la más completa insensibilidad, puede apenas suministrarnos una idea de aquel no ser, de

aquella nada á que estaremos reducidos. Pero si al contrario existe un Dios premiador de la virtud y castigador de la maldad, si nuestra alma sobrevive al cuerpo y está destinada á ser inmortal, entonces en aquel mismo instante en que los allegados contemplarán afligidos nuestros restos, se habrá presentado á nuestros ojos, en toda su desnudez, en todo su horror la tremenda verdad. A pocos pasos de nuestro lecho de muerte estará ese hombre á quien no hemos querido escuchar, esos libros que hemos dejado de consultar; éstos y aquél hubieran disipado nuestras dudas, ó nos habrían auxiliado para alcanzar aquella luz que no falta jamás á los que la buscan con voluntad sincera y decidida. Espanto causa el fijar la consideración sobre aquel formidable trance; los cabellos se erizan, la sangre se hiela en el corazón.

¿Y no es esto lo que acontece á muchos indiferentes al mirar cercano el momento fatal? ¿no desfallecen la mayor parte de ellos, si es que la enfermedad no embarga ó embota notablemente sus facultades mentales? Mientras el peligro es remoto ó nos lo parece, mientras el vigor de las fuerzas ó la lozanía de la juventud nos están alimentando con esperanzas de larga vida, apartamos la consideración del riesgo que corremos y procuramos distraernos con vanas ilusiones; pero cuando una muerte inminente nos avisa de la proximidad de nuestro fin, cuando nos hallamos al borde del abismo á que hemos caminado desde el principio de nuestra existencia, abocados á esa profunda sima que nos ha de tragar, entonces se presenta á nuestra vista con toda claridad, con viva lucidez lo insensato de nuestra negligencia; y mientras el frío sudor baña la frente del moribundo, le late sobresaltado el corazón con el horrible azar á que se abandona con ceguedad inconcebible, con el horrible azar cuyos resultados habrá experimentado dentro breves instantes.

El indiferentismo aplicado á la conducta es insensato, pero erigido en sistema es absurdo; porque si es el colmo de la insensatez el marchar con los ojos vendados hacia



un porvenir que no se conoce, es el mayor de los absurdos el sustentar que semejante proceder sea razonable. Y por razonable lo defienden cuantos se empeñan en persuadir que el hombre no debe curarse de la religión, ni investigar si hay alguna verdadera, ni cuál esta sea; sino prescindir de todas, ó acomodarse á la del propio país como cumpliendo con vana ceremonia, y sólo para no desagradar á aquellos con quienes se vive. ¡La religión reducida á una mera formalidad de buena crianza! es á cuanto puede llegar el extravío de la razón.

Los pueblos, más cuerdos que esa clase de degenerados filósofos, han mirado las cosas de otra manera: siempre y en todos los países del orbe ha sido considerada la religión como el negocio de la más alta importancia; y así lo han manifestado no sólo cuando han seguido el camino de la verdad, sino también cuando se han perdido por los senderos del error. Las aberraciones de la superstición, los excesos y los crímenes del fanatismo reconocen este origen. El sentimiento religioso extraviado, exaltando peligrosamente la imaginación del hombre, le ha conducido repetidas veces á las mayores atrocidades, ora vertiendo inhumanamente la sangre en los campos de batalla, ora sacrificando sin piedad á sus hermanos en horribles venganzas, ora inmolando sobre los altares de los dioses al hombre mismo. Se ha dicho que no hay guerras más terribles que las de religión; y es cierto que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continúan, y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. ¿Sabéis cuál es la causa? Es que en mediando los intereses religiosos siéntese el hombre impulsado por lo más fuerte y vivo que obrar puede sobre el corazón: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia, son nada á sus ojos, desde que se trata de lo más grande y augusto que haya en la tierra y en el cielo. Los intereses terrenos son cosa despreciable en comparación de los celestiales, la materia desaparece en presencia del espíritu, la criatura delante

del Criador, lo finito delante de lo infinito, el tiempo en vista de la eternidad. ¿Qué importan todas las declamaciones contra un hecho indudable, universal, indestructible? ¿De qué sirve el desahogarse en violentas invectivas contra las preocupaciones, contra la ceguera, contra la superstición y el fanatismo? ¿Qué significa un cargo que se dirige contra la humanidad entera? Significa que se desconoce la verdad, porque la verdad se desconoce cuando se protesta inútilmente contra la naturaleza de las cosas; la verdad se desconoce cuando se lucha con palabras contra hechos, cuando se quiere remediar con huecas peroratas lo que nace del íntimo de nuestro corazón. Incúlquese en hora buena al humano linaje la fraternidad universal, predíquese á los hombres la necesidad de recíproca indulgencia, insístase sobre la conveniencia de sustituir la convicción y persuasión á las violencias, evitando de este modo la efusión de sangre, y los sufrimientos inseparables del empleo de la fuerza; pero reconózcase el origen de donde dimana el mismo exceso, no se olvide que la religión es una necesidad para el hombre, procúrese satisfacerla proporcionándole la verdad y la virtud, para que en sus extravíos y frenesí no intente satisfacerla él propio con el error y el crimen.

Nuestros adversarios distinguirán sin duda dos estados muy diferentes: el de la infancia de las sociedades y el de su edad viril, de atraso y de civilización; refiriendo al primero la importancia de las cuestiones religiosas, y señalando como propia del segundo la indiferencia por las mismas. «Ved esa Europa, nos dirán, ved esa Europa, donde por espacio de largos siglos se ha vertido á torrentes la sangre en guerras religiosas, vedla en la actualidad sosegada y tranquila, sin curarse de lo que pasa ó pasar pueda allá en el otro mundo, y sólo atenta á proporcionarse bienestar en el presente, con el aumento de la riqueza material y con el progreso de aquellas artes que sirven á la comodidad y á los placeres. El sucesivo desarrollo de la civilización y cultura ha arrumbado todo lo



perteneciente á la religión, como el hombre en la edad viril olvida los juegos de la infancia y los arrebatos de la mocedad.» No negaremos que en Europa ha cundido el indiferentismo de una manera lastimosa; y cuando repetidas veces nos hemos lamentado de este hecho desconsolador, no procuraremos atenuarle ahora, sólo porque nos sale al paso como una dificultad con lo que estamos probando. Observaremos no obstante, que hay una notable exageración en lo que se afirma de la poca importancia que disfrutaban en Europa las cuestiones religiosas, y que se equivocan las dimensiones del hecho porque se le contempla bajo un punto de vista enteramente falso. Cuando se trata de apreciar debidamente esta clase de hechos que se refieren al entendimiento y voluntad del hombre, es necesario no perder de vista el espíritu de la época, pues según éste sea, la expresión de aquéllos será muy diferente; y por tanto se incurrirá en gravísimas equivocaciones, ateniéndose á señales que si en un tiempo dado pudieran ser infalibles, en otro nada significan. Es cierto que quien estime la importancia de la religión en nuestro siglo por las guerras que ó por motivo ó bajo pretexto de ella se suscitan, encontrará que la religión casi ha desaparecido de entre las naciones europeas; pero si se advierte que la Europa en todos los negocios, por más graves que sean, va apartándose cada día más del empleo de los medios violentos, si se observa que la discusión de la prensa ha sustituido á las vías de hecho, y las negociaciones diplomáticas á las guerras de nación á nación, se echará de ver desde luego, que la sangre derramada por motivos ó pretextos religiosos, es malísimo barómetro para apreciar cual conviene la importancia que disfruta la religión; y que si á él debiéramos atenernos, sería menester inferir que ni la industria, ni el comercio, ni el honor de las naciones, ni la libertad de los pueblos, tienen tampoco importancia en Europa, pues que nada de cuanto á estos objetos se refiere vemos que se resuelva por medio de las armas.

En la actualidad para apreciar debidamente la importancia de un objeto á los ojos de la opinión pública, es necesario atender al lugar que se le concede en las discusiones de la prensa. Prescindiendo de circunstancias excepcionales en que los intereses de un partido, de una facción, de un reducido número de personas, dan á ciertas cuestiones una importancia facticia que en sí mismas están lejos de merecer, es la prensa un barómetro bastante seguro para formarse idea aproximada del lugar que en el mundo ocupa un objeto cualquiera; especialmente si tratamos de obras serias en cuya composición y publicación influyen, menos que en las demás, las causas y circunstancias de momento. Así la extensión que en las publicaciones de varios géneros logre este ó aquel objeto, será, por decirlo así, la medida de la atención que el público le dispensa. Si ateniéndonos á esta regla tan sencilla como fundada en la misma naturaleza de las cosas, y en el espíritu del presente siglo, nos proponemos juzgar del ascendiente que sobre los ánimos ejercen las ideas religiosas, hallaremos que el indiferentismo por grande que sea, no lo es tanto sin embargo, como algunos indiferentes intentarían hacernos creer. Son innumerables las obras que se dan á luz sobre materias religiosas; y si incluimos en este catálogo las publicaciones periódicas, será difícil que se nos señale otro asunto social, político, administrativo, industrial, científico ni literario, que ocupe por sí solo igual número de páginas al que está reservado á los asuntos religiosos.

Y es necesario advertir, que esta consideración adquiere mayor peso si se observa, que en el catálogo de las obras que prueban la importancia que todavia disfruta la religión, deben contarse no sólo las apologías sino también las impugnaciones. Esto que á primera vista parecería quizás una paradoja, es sin embargo una verdad incontestable. Cuanto más vivos son los ataques que contra un objeto se dirigen, es más evidente que éste llama mucho la atención, que se le supone vigor y fuerza, y que se



conoce más la necesidad de abatirle y destruirle. Lo que es débil no vale la pena de ser atacado, sólo le corresponde el desprecio; lo que tiene en sí escasa entidad, no se le dispensan los honores de una impugnación detenida y trabajosa; porque los espíritus hallan otras materias en que explayarse con más provecho y gloria, y á que pueden dedicarse con la seguridad ó la esperanza de interesar á un crecido número de lectores. Nada de esto sucede con respecto á la religión: no sólo disputan entre sí los que la profesan diferente, sino que los que no creen en ninguna, se ocupan aun con notable ahinco en combatir los cimientos de todas, y particularmente de la cristiana. En Alemania y en Francia se presenta á la vista este doloroso fenómeno; si bien es verdad que la escuela de Voltaire propiamente dicha ha caído en gran descrédito, no faltan hombres que continúan á su manera la obra de impiedad, con métodos quizás menos repugnantes, pero por lo mismo tal vez más peligrosos.

Queda pues asentado que las guerras religiosas subsisten todavía en nuestro siglo, bien que con el carácter que les imprime el sello de la época; antes se peleaba, ahora se discute.

Hasta los mismos gobiernos en la apariencia tan tocados del indiferentismo, no viven tan olvidados de esta clase de negocios como algunos podrían creer. Échese una ojeada por toda la Europa, y se verá con toda evidencia la exactitud de esta observación. En Inglaterra, nadie ignora el lugar preferente que ocupan los asuntos religiosos, aun cuando no sea por otra causa que por la relación que los une con las grandes cuestiones pendientes entre el gobierno de la Gran Bretaña y la desgraciada Irlanda. Pero no se crea que este sea el único motivo que en Inglaterra da á las cuestiones religiosas elevada importancia; el gobierno piensa en ellas porque el pueblo no las ha olvidado; porque la nación inglesa adolece más bien de una anarquía de creencias, necesario efecto del protestantismo, que de una verdadera incredulidad.

En Francia, la famosa cuestión sobre la libertad de la enseñanza, por más que en la superficie pudiera parecer meramente científica y administrativa, es en el fondo religiosa; lo que allí se disputa no es precisamente la mayor ó menor extensión de las prerrogativas del gobierno y de los cuerpos científicos que de él dependen; lo que se agita es, si el clero ha de apoderarse ó no de la principal parte de la enseñanza, si se han de multiplicar ó no en crecido número los establecimientos donde predominen las creencias religiosas; es decir, que la contienda está trabada entre los discípulos de Voltaire más ó menos disfrazados que se empeñan en conservar sus usurpaciones, y los verdaderos católicos que han acometido la generosa empresa de arrebatárselas, sacudiendo una esclavitud que en este punto se les fuerza á sufrir bajo el mentido nombre de libertad.

Son recientes los ruidosos negocios que manifiestan la importancia que á la religión conceden los gobiernos de Alemania. Dejando aparte los católicos como y también los protestantes de escaso poder, nadie ha debido de olvidar el asunto del arzobispo de Colonia. El sistema de conducta del gobierno prusiano con respecto á los católicos es la mejor prueba de que se temen los progresos de esta religión, y que no se alarman menos fácilmente los ministros reformados de Berlín que los miembros de las iglesias establecidas de Londres y de Edimburgo.

Por lo tocante al gobierno ruso, bien sabido es que es tanto el empeño con que prosigue su obra impía de desecolizar á los súbditos del grande imperio, apartándolos de la obediencia del Sumo Pontífice y privándolos en cuanto le es posible de toda comunicación con la cátedra de San Pedro, que hasta ha llegado al extremo de arrojarse á medios muy impropios del espíritu del siglo, desplegando un lujo y refinamiento de persecución religiosa que recuerda aquellos desgraciados tiempos en que el Señor se propusiera purificar su Iglesia como el oro en el crisol.

Inferiremos de esto, que el indiferentismo por grande



que sea y por más extendido que se halle, no ha logrado sin embargo que se olvide la religión, y que la tienen todavía muy presente los ignorantes y los sabios, los pueblos y los gobiernos. Nos interesa demasiado de cerca para que nos sea dable desterrarla de nuestra memoria; afecta sobrado nuestro estado presente y sobre todo nuestro porvenir, para que alcancen su perverso intento los que se empeñan en extirparla del corazón del individuo, y en borrarla de las instituciones de la sociedad. En vano se despierta y aviva el egoísmo; ese egoísmo piensa también á menudo en lo que será mañana de ese ídolo que adora, de ese *yo* á quien todo lo sacrifica; ese egoísmo conoce también la insensatez de estrellarse contra hechos indestructibles, de arriesgarse á ciegas á un azar que una vez resuelto no será posible volver atrás. En vano se habla de valor, y se achaca á pusilanimidad el temor de lo que después de la muerte pudiera acontecernos; no hay valor cuando no hay adversario que vencer, sino una calamidad eterna que sufrir; no hay valor, cuando la presencia y serenidad de espíritu se emplean locamente contra un Dios todopoderoso, cuya voz fecunda la nada, y hace estremecer las columnas del firmamento. El valor, la fortaleza, el desprendimiento, la abnegación de sí mismo, son voces sin sentido cuando carecen de objeto, de esperanza, cuando no reciben impulso ni sostén de ninguno de los resortes que dan movimiento al corazón del hombre. ¡Eternidad!... ¡qué idea más espantosa! ¡Eternidad desgraciada! y sin gloria, sin fruto, sin esperanza! ¡Cómo queréis que el hombre no palidezca con su solo recuerdo! ¡cómo queréis que aparte de ella sus ojos azorados, que duerma tranquilo sobre el borde de un abismo, á cuyo fondo va en breve á rodar! Apagad la luz de su razón, privadle de su amor propio, sufocad hasta sus pasiones é instintos, es decir, destruid su naturaleza; entoncés y sólo entonces le será posible conformarse con vuestra insensata indiferencia.—*J. B.*

## ALBIÓN.

---

Albión! Albión; de la torva frente sombreada con eterna bruma! inhospitalarias fueron un día tus ateridas costas; arribando á ellas temblaba medroso el navegante arrebatado por brava tempestad. Hoy, señora de los mares, temida de las naciones, extiendes tu renombre y tu pujanza de Oriente á Occidente, de Aquilón al Sud. Mil y mil velas en tus puertos reposan, mil y mil despides á lejanas regiones, mil y mil te llegan conduciendo las riquezas de nuevos mundos, los tesoros de cien pueblos que orgullosa dominas. Jamás pujanza se igualara á tu pujanza, jamás altivez á tu altivez. Tiro, cuyas riquezas asombrada narra la docta antigüedad; Cartago, la rival de la soberbia Roma, la patria de Aníbal, nada fueran en presencia de ti. Nunca sus naves llegaron á tus naves, nunca sus obras á tus obras, nunca su imperio á tu imperio.

Babilonia, la ciudad de los jardines suspendidos, de las inmensas murallas, de los diques con cien puertas de bronce, comparable apenas fuera con la populosa ciudad sentada á las márgenes del Támesis. Majestuoso templo, de la Roma cristiana recuerda los prodigios con su magnífica fachada, sus altísimas torres, su soberbia cúpula. ¡Oh dolor! el cisma lo profana; con el nombre del Apóstol de las gentes en vano se intitula; que el apóstol de verdad homenajes del error no acepta. Westminster, de caprichosas labores con indecible trabajo enriquecida, con sus atrevidas pirámides, su viejo semblante, sus innumerables capillas, sus antiquísimos sepulcros, recuerda al viajero lo que fuiste un día, cuando de Patricio y Agustín conservarás intacta y pura la augusta enseñanza. ¡Quién con asombro y estupor no contemplara la línea de magníficos puen-



tes que enlazan los dos costados de la inmensa ciudad? ¿quién la cordillera de palacios, de soberbios monumentos que atestiguan el poder de un gran pueblo? ¿quién sus grandiosos parques, sus docks y sus inmensos astilleros? ¿quién las velas sin número que cubren las aguas del río, lleno un día de incultos cañaverales, ahora sulcado por humeantes caños que cual flechas verticales recorren el caudaloso cauce? ¿quién sin asombro atraviesa la prodigiosa arcada subterránea, que en sus hombros sostiene la desmesurada mole de arrebatada corriente?

Poderosa Albión, ni tu suerte te envidio, ni deseo tu ruina; que si á la patria mía males sin cuento acarrearle intentas, si recordando el poder de la invencible armada te vengas sobre el imperio del gran monarca, no satisfecha con el auxilio que en hora aciaga te prestó la tempestad, no á ti se encomendó nuestra defensa, no á ti nuestras glorias.

Si el pabellón lusitano se abate sumiso en presencia del tuyo, si altiva y desdeñosa los destinos riges de la patria de Gama, no es tuya la culpa. Pujanza y gloria buscan con afán las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: baldón á quien preparara ignominia tanta; baldón á quien la sufre. ¡Oh! ¡quién evocara de la tumba al héroe ilustre que con tanto brío y osadía zarpara de las costas lusitanas hacia las distantes regiones donde nace el sol! ¡quién al doblar el formidable cabo de las tormentas, guardado por la gigantesca sombra inmortalizada por el genio de Camoens, le predijera que su patria en tres siglos transformarse había en humilde colonia del poder britano! ¡quién le dijera que en medio de tanto abatimiento, se apellidaría libertad, y con desdén se condenaran la *ignorancia* y *fanatismo* de aquella generación gloriosa!

Si en las márgenes del Sena tus exigencias triunfan, si tus amenazas amedrentan á la *política modesta* (1) de los

---

(1) Expresión de Guizot en las últimas discusiones.

hombres que la gloria mancillan de Luis XIV y de Napoleón, si en Oriente tu pabellón prevalece sobre el pabellón de San Luis, si cada día más y más eclipsas los recuerdos de Godofredo y del Vencedor de las pirámides, no es tuya la culpa; pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú. No es tuya la culpa, si entronizada sobre las ruinas de las creencias de un gran pueblo, bastarda filosofía no acierta á darle actividad sin frenesí ni sosiego sin mengua.

De Isabel de Castilla la gloriosa enseña, el pabellón que triunfante paseara por mundos desconocidos, hallando el primero nuevos rumbos para medir la redondez del globo, que venciera en Pavía, en San Quintín y en Lepanto, ¡oh dolor! tampoco en tu presencia desplegarse osa con ufana gallardía; también en tu presencia se humilla en las mismas costas de donde salieron un día soberbias flotas para conquistar un mundo. También resuenan gritos de insensato alborozo, si alguno de tus magnates con premeditado intento suelta ambiguas palabras que interpretarse puedan en sentido propicio!... ¡Ilustre sombra del gran Gonzalo, cuya fulminante espada aterró un tiempo poderosos monarcas, insigne capitán cuyo nombre acata la Italia y venera la Europa; inmortal Cortés vencedor de cien pueblos, que amontonabas provincias como el soldado las prendas de un rico botín; Pizarro, Alba, heroico mozo Vencedor de Lepanto, sombras venerables que encumbrasteis un día el renombre hispano hasta donde no llegaran jamás las fábulas de los héroes hijos de dioses; ved si sufrirais vosotros insulto á vuestra patria, ved si mendigarais desdeñoso favor!...

Todo pasó; todo desapareció cual leve sueño que un momento embarga la encantada fantasía; y en pos de él no más se encuentra que triste realidad. ¿Y es tal nuestro destino que remedio no consienta, y que á ejemplo del infeliz lusitano, de colonia hasta el rango humilde hayamos de bajar? ¿Legado de esclavitud y envilecimiento transmitirá á las generaciones venideras, la generación que derroca-



ra al Vencedor de Europa, apellidando independencia? Nó, que la España conserva todavía hidalgos corazones donde el amor patrio se alberga; nó, que de Daoiz y de Velarde las ilustres sombras con semblante airado, con ademán fiero, turban el muelle descanso de ignoble servidumbre; nó, que de la invicta Zaragoza, de la inmortal Gerona los héroes, baldón y afrenta arrojaran sobre nuestro rostro, cual torpe lodo sobre frente infame; nó, que la memoria se conserva todavía, de cuando medrosas las armas del poder britano amparo buscaban en sus naves, á la vista de las águilas francesas, mientras el denodado español peleaba solo, sin más trinchera que su pecho, sin más auxilio que su valor, sin más sostén que su constancia, uno contra mil.

Allá en sus proyectos de insaciable ambición el formidable coloso, buscando en nuestro infortunio el secreto de nuestras fuerzas, cual agorero en las entrañas de víctima palpitante, descubre el hondo misterio, la mansión de la vida, y con mano trémula de temor y de esperanza, ansioso la señala y dice: «*extirpémosla*;» «ella triunfó de la barbarie de los hijos de Aquilón, y creó la gloriosa nacionalidad que pereciera á orillas del Guadalete; ella conservada cual sacro fuego en la cueva de Covadonga, inspiró y enardeció á los ínclitos fundadores de una nueva monarquía acaudillados por Pelayo; ella humilló en cien y cien combates la pujanza agarena, sostuvo una lucha de ocho siglos, triunfó en Granada, y llevó hasta las costas de África el pendón castellano; ella condujo á intrépidos marinos á playas desconocidas, abriendo nuevos mundos á la civilización; ella condujo á inmortales guerreros á la conquista de inmensas regiones, ella hizo formidable el nombre español en todos los ángulos de Europa, ella despertó el león dormido, y le hizo romper de un solo esfuerzo las cadenas con que le sujetara usurpación extranjera, auxiliada por traición aleve; ella... *extirpémosla*, propinemos á ese pueblo incauto el violento tósigo á cuya acción no resiste la complexión más robusta. El Libro

Santo que nuestras manos profanaran derramemos con profusión sobre ignorante plebe; de ilustración, de paz, de fraternidad los bellos nombres á sus oídos sin cesar resuenen; mentidos enviados, del Cristo augusta misión fingiendo, inspiren desprecio de la antigua creencia, odio á Roma.»

Pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: mas no del error y de la mentira ignobles armas blandir debiera un gran pueblo; la sangre que chorrea de impetuosa lanza ennoblece al guerrero, la que gotea de puñal aleve deja indéléble mancha. Cuando de lo alto brilla sobre ti prodigiosa estrella para iluminarte de nuevo, cuando la sangre de los mártires que inhumana vertiste en momentos de furor horrible, clama al cielo, nó venganza, sino perdón y luz, las tinieblas que en tu horizonte se esclarecen no arrojes con mano impía sobre un pueblo fiel. Tu orgullo no alces contra el cielo, que hay un Dios vengador; nada pudieran tus designios y esfuerzos contra la nave misteriosa protegida del Altísimo. También allá en remotos siglos, poderosas naciones con atentados sacrílegos la cólera provocaran de Aquel, cuya omnipotente palabra convierte en árida hondonada el cauce de los ríos, y deja en seco el mar; también contra el pueblo escogido la opresora mano extendieran, profanando el Santuario. ¿Sabes cuál fué su suerte? Abre los profetas, y escucha á tus viajeros que te narran asombrados el pavoroso cumplimiento. ¿Dónde está Nínive, la ciudad de Sennacherib, del orgulloso monarca contra quien descendiera con vibrante espada el Ángel del Señor? Más fueron sus *negociantes que las estrellas del cielo...* Eran sus guardas como langostas... No se halla el lugar donde estuvieron... La hermosa Nínive se ha tornado en soledad despoblada como un yermo. (Véanse los profetas Nahum y Sofonías.)

¿Dónde está Babilonia, la gloria de los reinos, la ciudad de oro, el orgullo de toda la tierra, del gigantesco templo, del alcázar murado, del lago igual á un mar? Las espantosas profecías se han cumplido. Destruiré el nombre de



Babilonia y los residuos. Será habitación de aves de rapiña, y mansión de dragones: una soledad, un país árido, un desierto, una llanura rasa, enteramente desolada, pantanosa, llena de montones de escombros y ruinas.—Todo el que pasa por ella se queda atónito.

La hez del cáliz no se ha agotado aún; el Señor indignado la derrama todavía sobre los pueblos que provocan su indignación todopoderosa; y si á expiación tremenda condenada está la triste Iberia, no insultes su llanto, su dolor no insultes, no le arrebatas ¡cruel! su único consuelo, su sola esperanza, la fe de sus mayores, la esperanza en Dios. Sonar pudiera para ti una hora terrible, que aleje Dios; sonar pudiera la terrible hora en que á discordia sangrienta abandonada, tu seno desgarraran esos hijos cuyos andrajos no cubre tu ostentoso lujo, cuya hambre no sacias, nadando en la opulencia. ¡Ay de ti el día en que el pueblo fiel cuya cerviz oprimes, hace largos siglos, lance el grito de *basta!*... y se levante, y se presente á tus ojos, cual sangriento espectro, demandando venganza, ya que le negaste justicia! ¡Ay de ti el espantoso día en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contemplen la turbación y el sobresalto pintados en tu frente por discordia intestina! el día en que las tempestades no encadenadas por la mano omnipotente no dispersen ya las flotas que á tus orillas se enderecen! ¡Ay de ti el día en que esos pueblos heroicos que impune molestas fiada en las ondas que te ciñen, saltar pudiesen sobre tu tierra, y medir sus fuerzas con las tuyas, brazo á brazo!

La patria de los Viriatos, de los Vascos, de los Pelayos, Guzmanes y Gonzalos, existe aún; doliente y abatida, espera tan sólo aquel momento en que la Providencia llama á los pueblos á nueva vida diciéndoles: «levantaos y marchad.» No en vano con la altísima muralla del Pirene resguardo y defensa la otorgara el cielo contra invasión extraña; no en vano los mares que la circuyen le indican que ser debiera tu más temible rival; no en vano se conservan

en la peña de Mauritania atalayas los soldados españoles, como esperando la seña de arrojarte de la opuesta fortaleza. ¡Delirio! ¡oh delirio, nó!... Hay un gran pueblo, sólo falta un grande hombre. ¿Ha nacido? ¿Nacerá? Adoraremos los arcanos del Eterno; y no abandonemos el último consuelo de los desgraciados: la esperanza. — *J. B.*



(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Abril de 1843.)

## LA FUERZA DEL PODER

### Y LA MONARQUÍA.

El poder que gobierna la sociedad ha de ser fuerte, porque en siendo débil tiraniza ó conspira. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; conspira, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte, y su imperio es suave; Tiberio se halla débil, y maquina y oprime: de los monstruos que mancharon el solio de los césares, fueron los más violentos é insoportables, los que oían ya cercano el ruido de los pretorianos que venían á degollarlos.

Recorred la historia, y encontraréis escrita por do quiera con letras de sangre esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!*

Esta es la clave para explicar los inconcebibles excesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tiranía: todos son tiránicos porque son débiles; y cuando los veáis tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por expirar. El moribundo me-

por que nadie, augura su próximo finamiento. La Convención presentía la dictadura. El temor aumenta la opresión, y la opresión acrecienta el temor, la impulsión es recíproca, y sigue la misma ley que el movimiento de un péndulo; el punto de elevación está en el mismo nivel que el punto del descenso; la oscilación continúa, hasta que media la única causa capaz de restablecer el aplomo: la justicia.

Estas reflexiones nos ocurrían meditando sobre los misterios de la monarquía; porque misterios tiene esa institución maravillosa, como los tiene todo lo grande. «La monarquía es el despotismo,» ha dicho una política superficial: ¿y por qué? «porque el monarca dispone de inmenso poder, y este poder es sobrado robusto y sólido, dado que las leyes lo aseguran al soberano para sí y para sus hijos.» Entonces no comprendéis la institución, pues señaláis por origen de la tiranía de los reyes, las causas que precisamente les impiden el ser tiranos.

¿Queréis un poder suspicaz? asentadle sobre un terreno minado, donde oiga á cada instante el golpe de la zapa que prepara la mina. ¿Lo queréis violento? presentadle enemigos que sin cesar le amenacen. Quitad hasta la idea del peligro, y tendréis la suavidad y la confianza.

La grayedad y trascendencia del asunto exigen que se explique con toda claridad lo que debe entenderse por fuerza de un poder; pues son muy distintas las acepciones de que esta expresión es susceptible.

La fuerza del poder consiste: 1.º en la seguridad de su existencia: 2.º en los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo. Supóngase un país donde llegue á establecerse y arraigarse una constitución mal combinada, viciosa, que no deje al poder bastantes medios para ejercer sus funciones en pro del común; de suerte que en el mantenimiento del orden público, en la administración, en la aplicación de las leyes civiles y criminales, en sus relaciones con las potencias extranjeras, carezca de los recursos que ha menester, y no tenga una acción eficaz,



expedita y pronta: en este caso, será posible que el poder disfrute del primero de los requisitos indicados: la seguridad propia; pero echará menos el segundo, y por tanto no será fuerte, en la verdadera acepción de la palabra.

Así, un rey de Esparta ó de Roma entre los antiguos, un monarca de los tiempos feudales en los siglos medios, un soberano con una constitución como la del año 12 entre los modernos, por mas que á causa de los hábitos, de las costumbres, ó de particulares circunstancias, alcanzaran toda la seguridad que imaginarse pueda, no fueran un poder fuerte. Un hombre falto de alguno de los miembros más precisos para ejercer la profesión á que se dedica, disfrutará tal vez de buena salud, prometiendo largos años de vida, y quizás se hallará en circunstancias á propósito para continuar en su ocupación todo el tiempo que le agrada; pero no dejará por ello de ser incapaz de ejercer muchos actos, y por consiguiente llenará de una manera muy defectuosa el objeto de sus tareas.

No obstante es menester advertir que la falta de los medios necesarios para cumplir el poder su misión, tarde ó temprano le acarrea la falta de la propia seguridad, amenazando su misma existencia: como el hombre que no puede desempeñar cual conviene el cargo que le incumbe, de grado ó por fuerza suele hallarse precisado á abandonarle.

De aquí resulta un fenómeno constantemente observado en todos los períodos de la historia y bajo todas las formas de gobierno, y es, que el poder que se halla sin los medios necesarios al ejercicio de sus atribuciones, trabaja sin cesar para procurárselos. Se dirige á su objeto por caminos diferentes, según la situación en que se halla: si abunda de acción material, emplea la violencia; si es rico, corrompe; si todo le falta, maquina villanamente como el último de los conspiradores.

En vano le exigiréis que obre de otra manera; esta es su posición, esta la ley indeclinable de su naturaleza; ni las calidades de las personas que ejerzan el poder serán

parte á evitarlo. Estas podrán quizás mantenerse extrañas al soborno y á la intriga, podrán hasta odiar semejantes medios, pero los emplearán por ellas los que están en su alrededor, los que gozan con los goces del poder, los que á la existencia de éste tienen vinculada la existencia propia.

Contribuyen á dicho efecto dos causas: 1.<sup>a</sup> La natural inclinación del hombre á la extensión y eficacia del mando que ejerce: 2.<sup>a</sup> El instinto de conservación. La primera no ha menester explicación ni comentarios; no así la segunda. Hemos observado que la falta de los medios necesarios al cumplimiento de las atribuciones del poder, compromete tarde ó temprano su misma existencia, y he aquí por qué en sintiendo esta falta los busca por todos los recursos que tiene á la mano. La cuestión que en apariencia versa únicamente sobre los límites de la esfera del mando, es en el fondo y para un tiempo más ó menos cercano, cuestión de vida ó muerte. Todo poder que se encuentra en semejante situación, conoce instintivamente esta verdad y obra en consecuencia.

Gracia nos hace la candidez de ciertos escritores que con la mayor seriedad del mundo echan en cara á Luis XVI y á Fernando VII el haber sido causa de que la revolución se desbocase, no resignándose á la posición que les habían creado las circunstancias, no dándose por satisfechos con las facultades señaladas por las respectivas constituciones: como si las condiciones de la existencia y de la acción de un poder dependiesen de la simple voluntad de la persona que lo ejerce; como si el poder público no fuese más bien una institución que un hombre; como si esta institución no estuviese sujeta á las leyes generales de todo ser, que se esfuerza siempre en procurarse lo que necesita para su existencia.

Casos hay, en que al parecer el hombre es la institución, y esta no es nada sin el hombre; pero en la realidad no es así: la institución existe, bien que de tal naturaleza que necesita una personificación, un representante que



no pueda dividirse ni compartirse. Entonces la institución en provecho propio, se absorbe en el hombre, se confunde con él, se vale de su prestigio, habla por su boca, como los sacerdotes del gentilismo se ocultaban tras el ídolo y comunicaban al pueblo los oráculos.

César vencedor de los galos, pasa el Rubicón, ahuyenta á Pompeyo, triunfa en Farsalia, y se levanta con el mando de la República: ¿creéis que en el dictador no hay más que la persona del general victorioso? Si así lo creyereis, recordad que la dictadura era una institución en Roma. Los sucesos presentan sin duda otro aspecto, las circunstancias son muy diferentes, pero el hecho es el mismo; sólo que los romanos mandados por el dictador Camilo, no eran los mismos romanos del dictador amante de Cleopatra.

Que la dictadura era necesaria, que César no era más que su personificación, que desapareciendo la persona la institución debía continuar, los sucesos lo demostraron hasta la evidencia. El puñal de Bruto rasga el pecho del dictador; Antonio ofreciendo á los ojos del pueblo la túnica ensangrentada de la ilustre víctima, inaugura el triunvirato, es decir, la nueva dictadura que no ha escogido todavía su representante, que no se atreve á identificarse con un solo hombre, que aguarda el curso de los acontecimientos, que atormenta atrozmente á los romanos para hacerse más necesaria, para conquistar la unidad. Bruto y Casio mueren, Antonio es vencido, la antigua libertad perece para siempre, la dictadura se organiza y perpetúa, se convierte en imperio, y se inaugura magníficamente en Augusto.

Resulta pues, que la dictadura, es decir, la institución que más parece confundirse con un hombre, prescinde de la persona; y de un modo ú otro, más ó menos poderosa, más ó menos brillante, más ó menos benéfica, se presenta siempre que la hace necesaria el estado de la sociedad. Tres grandes dictadores nos ofrece la historia: César, Cromwell y Napoleón. En cuanto á César, no queda difi-

cultad en la aplicación del principio asentado; y por lo perteneciente á los dos últimos, haremos una observación que lo dejará fuera de duda. La Inglaterra desde la época del Protector ha continuado en su estado normal á pesar de algún trastorno pasajero; y lo que es más singular, hasta mediando un cambio violento de dinastía. Veintiocho años hace que Napoleón fué vencido por última vez y confinado á Santa Elena; la Francia ha sufrido desde entonces revueltas de momento, pero el desorden no ha podido prolongarse: y es notable que habiendo realizado lo mismo que la Inglaterra una mudanza dinástica en 1830, ha continuado tranquila, se han hecho esfuerzos hercúleos para que la revolución no siguiese su carrera, y se ha conseguido. ¿Qué prueban estos hechos? en nuestro juicio la consecuencia es muy sencilla: prueban que en tiempo de los dos dictadores ambas naciones habían ya tocado al término de la revolución, que ésta había consumido sus elementos, que no podía continuar, que el orden se había hecho una necesidad indeclinable; y por lo tanto esos dos grandes hombres no fueron más que la personificación de esta necesidad social, sirviendo con su brazo de hierro á que de una situación se pasase á otra que parecía separada por un abismo.

Si la posesión de los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo es condición indispensable para que un gobierno pueda llamarse fuerte, lo es todavía mucho más la seguridad de su existencia. Y no le basta esta seguridad, sino que es menester que las personas que lo ejercen, abriguen sobre esto una convicción que los deje á cubierto de todo linaje de recelos. La mayor calamidad que sobre un país puede venir es un gobierno mal seguro, que esté en continuo acecho contra los conspiradores reales ó aparentes; en tal caso es imposible que el gobierno no tienda más ó menos á la tiranía, porque quien se ve atacado, natural es que se defienda. No le bastan las leyes comunes que regularmente hablando están fundadas en el supuesto de que se respeta el principio del gobierno; si



algunas existen que prevengan el caso de atentado contra este principio, están de suyo mal deslindadas, se rozan en diferentes puntos con los demás ramos de legislación; y el gobierno que ordinariamente pone su atención principal en cuidar de la conservación propia, se extralimita, se excede, y comienza á caminar por una pendiente en cuyo fondo se halla un abismo.

Cuando hablamos de los medios necesarios al gobierno para ejercer las funciones que le incumben, no entendemos limitarnos á las puramente materiales, no juzgamos que la fuerza de un poder se halle en proporción con la fuerza material de que dispone; antes al contrario, la sobrada abundancia de ésta suele enflaquecerle conduciéndole á la ruina. Un conquistador que acaba de tomar por asalto una plaza, tiene en su mano la vida y hacienda de los ciudadanos; nada puede resistirle, su ley es su voluntad: los medios materiales le sobran para oprimir y vejar, dado que ha sido bastante fuerte para derribar ó salvar las murallas; sin embargo nadie dirá que el gobierno fundado sobre aquella base tenga verdadera fuerza. Dejad que corra el tiempo; y así como un imperio que estriba en la justicia y las leyes, resiste al embate de largos siglos, el otro no será parte á durar algunos años atravesando los más insignificantes sacudimientos. Una circunstancia nueva, una combinación imprevista, una noticia que alarme al vencedor, que aliente al vencido, veréis que rompen cual endeble caña el cetro que creyerais de diamante.

En Turquía el soberano dispone á su voluntad de la vida de sus vasallos; manda, y las cabezas caen como las espigas segadas por la hoz; no obstante allí el poder no es fuerte, la mejor prueba de su debilidad son las catástrofes que experimenta. Luis XIV, joven é inexperto, hallábase un día rodeado de sus cortesanos, y llegó á decir que no conocía mejor gobierno que el establecido entre los musulmanes. «Señor, le respondió con hidalga entereza un magnate que se hallaba presente, tampoco conozco yo

país donde los soberanos sean degollados con más frecuencia.»

Durante el imperio romano, el hombre que ocupaba el solio disponía de innumerables legiones, los pueblos se inclinaban ante él, le ofrecían sus homenajes cual hacerlo pudieran á una divinidad; pero ¿sabéis cuál era la suerte de esos señores del mundo? Perekían casi todos á manos de la soldadesca.

El secreto de la monarquía europea, es decir, cristiana, consiste en que el soberano aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública; distinguiéndose de todas las monarquías de los países donde no ha reinado el cristianismo, en que entre éstos la palabra monarca es sinónimo de déspota, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo á las leyes.

Por estas consideraciones se echa de ver cuán lastimosamente se falsea la historia moderna cuando no se quiere reconocer esta importante verdad, obstinándose en no ver el poder limitado sino allí donde existen asambleas que de continuo le vigilan y censuran. Por más que se exagere el poder ejercido por Felipe II, por Luis XIV y Carlos III, nadie que no carezca de sentido común llegará á confundirle con el de los déspotas de Oriente. Poco importa que el freno no se vea si en realidad existe. En este punto menester es confesar que los adversarios del gobierno absoluto le han tratado con mucha injusticia, cuando se han empeñado en apellidarle con negros nombres que en la realidad está muy lejos de merecer. No pretendemos suscitar aquí la cuestión agitada entre los publicistas sobre las ventajas ó desventajas de estas ó aquellas formas; pero opinamos que aun los más ardientes apologistas de un extremo no pueden dispensarse de hacer al opuesto la justicia que le corresponda. Dígase enhorabuena que en el absolutismo hay peligro de que el poder se extralimite conculcando las leyes, y hasta sosténgase si se quiere que la mejor forma de gobierno es aquella en que se combina en



el mayor grado posible el elemento democrático, y si place, ofrézcase como el bello ideal en esta materia la república donde domine exclusivamente la democracia pura; pero ensalzando un principio no se lleve tan allá la intolerancia con los otros, que se les niegue lo que no puede disputárseles en el tribunal de la filosofía y de la historia.

Si bien se observa, la opresión dimana más bien del estado de las ideas y de las costumbres, que no de la forma del gobierno. En las repúblicas de América no predominan por cierto ni la monarquía ni la aristocracia; no obstante el más fiero despotismo devasta con frecuencia aquellos desgraciados países; y en época reciente hemos leído narraciones que nos han hecho estremecer con la increíble atrocidad de los hechos. ¿Quién prefiriera vivir en las repúblicas de América, si pudiese disfrutar de un gobierno como el de Austria ó el de Prusia? En la misma Inglaterra la verdadera libertad no data del establecimiento de sus asambleas; existiendo éstas la tiranía más cruel se ha entronizado más de una vez en la Gran Bretaña, y hasta en nuestros tiempos vemos á la Irlanda sometida á dura esclavitud, no obstante las formas representativas del gobierno que la domina.

La monarquía hereditaria tal como existe en Europa, ni deja al hombre celos, ni peligros á la institución, ni á la ambición estímulo: por esto es tan suave su acción, tan benéfico su influjo, su conservación tan preciosa para el sosiego y la felicidad de los pueblos. El monarca es un hombre colocado en región superior á la de todos sus súbditos, aun los más elevados por sus cualidades personales, ó por su nacimiento; nada tiene que esperar ni que temer: su juez no se halla entre los mortales, está en el cielo. Desde que abre los ojos á la luz descubre la carrera de su vida; en vano avivaría sus deseos para encontrarles nuevos objetos: autoridad, honores, riquezas, placeres, todo se halla ya al rededor de su cuna; no se pregunta lo que vale, sino lo que es; su mérito personal, si alguno posee, es no sólo estimado, sino encarecido, exagerado; la lison-

ja cuida de hacerle creer que aun no habiendo nacido en el regio alcázar fuera también digno de la corona; y los defectos más evidentes y palpables, se cubren con cien velos para que no ofendan ó entristezcan al mismo que de ellos adolece.

En pura teoría, nada más absurdo que una institución semejante: en la práctica nada más cuerdo: vano es luchar contra los hechos, pues los hechos están ahí. La historia entera, la experiencia de cada día, deponen de esta verdad; si la razón no la explica cual conviene, el buen sentido la comprende perfectamente. Pero no es exacto tampoco que la razón sea impotente á señalar las causas de este singular fenómeno; si bien quizás no llegara á tanto, entregada á la mera especulación, amaestrada empero con las lecciones de la práctica, conviene en la prudencia que á ésta preside, é indica los motivos del acierto que se patentiza en la felicidad de los resultados.

El problema del poder público envuelve tres partes: primera orden, segunda estabilidad, tercera hacer el mismo poder bondadoso. Estas tres condiciones se hallan satisfechas en la institución monárquica de una manera admirable. Para el mantenimiento del orden se depositan en manos del rey inmensos recursos; para asegurar la estabilidad se cierra la puerta á la ambición asegurando el mando no sólo al soberano, sino á toda su descendencia. Se quita al poder su malignidad, y se le hace bondadoso, no dejándole expuesto á las pasiones comunes. ¿Qué codiciará quien todo lo posee? ¿cómo tendrá cabida la envidia en el corazón del que es mirado poco menos que como una divinidad? ¿es fácil que conozca la venganza quien de nadie recibe injurias, quien halla siempre á su encuentro la veneración y el homenaje? ¿con quién alimentará rencorosas rivalidades quien se halla constituido sobre todos, mirando hasta á las clases más altas de la sociedad, colocadas en grado muy inferior al suyo, á larga distancia de su trono?

He aquí la razón por qué la historia y la experiencia de



la Europa moderna en los países donde la monarquía ha estado plena y sólidamente establecida, nos presentan á menudo soberanos débiles, pero pocos malvados. En efecto, la región en que moran, la educación que reciben, las ideas en que se les imbuye, si algún inconveniente tienen es el de enflaquecer su carácter, el de desarrollar aquellas pasiones que llevan al corazón la molicie, pero no la perversidad.

No ignoramos las excepciones que de esta regla se nos pueden objetar; pero lejos de ser verdaderas excepciones, son más bien una confirmación de la regla general. Casi todos los soberanos que se han distinguido por su perversidad, ó han vivido en medio de discordias intestinas, ó han sido conquistadores. En uno y otro caso, el principio se verifica; porque en el primero el monarca se veía mal seguro, hallándose en peligro, ó su persona, ó su dinastía, ó la institución misma; en el segundo, el soberano se hallaba agitado por una pasión vehemente; al lado del poder que gobernaba había el poder que invadía; y por tanto faltaba la condición que hemos indicado: el soberano todavía *deseaba*.

Este carácter benéfico de la monarquía hasta pudiera descubrirse en aquellos países donde reina el despotismo. La crueldad y demás vicios que allí deslustran el poder soberano, no tanto dimanar del exceso de los medios que en su mano tiene, cuanto de las ideas y costumbres de la sociedad que gobierna. Falta en ella el verdadero conocimiento de la dignidad del hombre, de las consideraciones que por sólo este título le son debidas, de las verdaderas relaciones de éste con sus semejantes, se tienen ideas muy equivocadas sobre el origen y objeto de toda autoridad. Cuando el soberano maltrata á sus súbditos, cuando abusa de su poder en contra de las vidas y haciendas que debiera ser el primero en proteger y respetar, aplica en la esfera de su acción las mismas reglas que halla establecidas en las demás clases de autoridad. En semejantes países la potestad patria es por lo común excesiva y tiránica; los

hijos viven bajo el dominio del padre como el esclavo del de su señor; y la mujer misma que nació para ser compañera del hombre, no es más que una de sus esclavas. Se ignoran los medios de conducir á los hombres por la razón y las persuasiones; sólo se conoce como medio eficaz la fuerza: se la emplea en todo, y no se concibe que un gobierno firme pueda ser otra cosa que un mando violento. La obediencia del súbdito, no fundada en motivos superiores, le envilece y degrada: ó se somete temblando como un animal doméstico al oír el chasquido del látigo, ó se levanta como fiera indómita y hace pedazos á su dueño.

Para comprender que no es la monarquía la causa de estos males, supóngase que en uno de estos desgraciados países sometidos á un régimen brutal y envilecido, se introducen por un momento las formas democráticas antes que se haya verificado un cambio en las ideas y costumbres. ¿No veis á la primera ojeada convertirse aquellos hombres en una infinidad de recíprocos tiranos, que se oprimen y se atormentan según prevalece la fuerza? El orden público, este orden semejante entre ellos al silencio de los sepulcros, pero que tal como sea es muy preferible á los aullidos de una manada de fieras, deja en el momento de existir, faltando el supremo poder que le sirve de centro y apoyo. Los malos tratamientos que reciben la mujer del marido, los hijos de los padres, y los esclavos de su señor, subirán á un punto más alto de crueldad, no mediando el recuerdo de que hay un poder superior al doméstico, capaz si le place de intervenir en la querrela y castigar al desmandado padre de familias. Los jefes inferiores que gobiernan las provincias ó las ciudades, se convertirán en otros tantos déspotas cuya tiranía será tanto más dura é insoportable, cuanto no reconocerán á un superior, que dada la oportunidad pueda hacerlos responsables de los daños que causen, de las injusticias que irroguen, de las arbitrariedades que cometan. El extravío de las ideas y de las costumbres se ofrecerá á la vista en toda su negrura y desnudez, echándose de ver que no es el poder soberano quien



oprime á la sociedad, que no nacen de la soberanía los males que ella causa; sino que de la sociedad misma corrompida y degradada se levanta el pestilente aliento que contamina el solio, y que cuando la persona que le ocupa se entrega á la crueldad y otros excesos abominables, recibe de la misma sociedad que le rodea sus inspiraciones perversas.

Esta es la causa porque natural y espontáneamente la monarquía europea se ha hecho tan suave y benéfica, hasta en aquellos países donde la falta de todo límite legal parecía deber arrastrarla á los mayores desmanes. Las ideas, las costumbres, las reglas de gobierno á que se amoldan los monarcas, las reciben de la misma sociedad gobernada: en ella domina la razón, prevalece la moral, levanta la conciencia pública su voz imperiosa; y si el orgullo y el desvanecimiento se obstinan en guiar al monarca por extraviados senderos, álzase de todos los puntos del reino, de todas las clases de la sociedad, un rumor sordo que atestigüa el descontento, que pone de manifiesto el escándalo, que es más eficaz para enfrenar al poder que las insurrecciones y los motines.

Los demagogos se sonreirán quizás de estas doctrinas con la sonrisa del desprecio; como quiera, nosotros les haremos observar; que hasta en los gobiernos fundados sobre las constituciones más latas y populares, se asienta como principio indisputable la inviolabilidad, la irresponsabilidad del monarca, ó del que ejerce sus veces. «Al rey, dicen acordes todos los publicistas constitucionales, sólo es lícito atribuirle el bien, nunca se le puede imputar el mal; constitucionalmente hablando, el monarca es impecable.» ¿Y de dónde creéis que se ha originado semejante teoría? ¿Os imagináis que es el producto de las combinaciones de los publicistas del *equilibrio*? Muy al contrario: todos sus principios, todas sus doctrinas, todas sus tendencias los guiaban en dirección opuesta; pero el buen sentido europeo, los hábitos de largos siglos, las lecciones de la historia, los escarmientos de la experiencia, los han

forzado en este punto á negarse á sí mismos, rechazando las consecuencias de la soberanía popular. Jamás los hombres de la antigua escuela se valieron de tantos circunloquios para nombrar al rey. «Persona sagrada,» «pensamiento irresponsable,» «voluntad superior,» «región elevada sobre la esfera de las pasiones,» y otras frases semejantes se pronuncian de continuo en la tribuna y en la prensa, esquivando el llamar al rey con el nombre propio. Diríase que se trata de una divinidad que los mortales no se atreven á tomar en boca temiendo profanarla. Pues bien, todo esto no es más que un sacrificio, un doloroso sacrificio que ha hecho la escuela democrática á las ideas antiguas; todo esto no es más que una proclamación de la impotencia de sus principios abandonados á sus fuerzas; todo esto es un plagio del antiguo sistema, al mismo tiempo que con tanta serenidad se le desacredita é insulta.

Se proclama como dogma indisputable que el poder supremo es un simple mandatario, un mero delegado del pueblo; y sin embargo se declara desde luego que este poder de nada es responsable á su principal, á su delegante: se recuerda con mofa el *derecho divino de los reyes*; y no obstante, se los apellida inviolables, sagrados, se los compara de continuo á una divinidad, que no puede obrar mal, que sólo es capaz de ejercer el bien: se establece como única tabla de salvación para la sociedad el principio de *elección*; y á pesar de esto, es rechazado este principio con respecto al poder supremo, y se inculca sin cesar la necesidad de la monarquía hereditaria: nada se quiere dejar al curso natural de las cosas, todo se ha de arreglar con la discusión, todo se ha de practicar por la *expresa voluntad* del hombre; y esto no embargante, cuando se trata de lo más importante que ofrecerse pueda en los negocios de la sociedad, se cierran los ojos, se huye de la deliberación, el hombre teme la razón y la voluntad propias, se abandona á todos los azares, para evitar la *elección*.

Hombres que tan inconsideradamente condenáis todo lo



antiguo, que creéis haber iluminado el mundo, que os figuráis á la humanidad envuelta en densas tinieblas hasta que vosotros las disipasteis con los vivos resplandores de la filosofía, no reprobamos, no, vuestra conducta, no os echamos en cara vuestra inconsecuencia para que obréis de otro modo; pero sí tenemos derecho á exigiros que meditéis algo más sobre vuestros principios, que no achaquéis tan livianamente á fanatismo y apocamiento lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imaginéis que la humanidad marchaba á la decadencia y envilecimiento si vosotros no hubieseis venido á torcer su carrera. Si demandáis tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros á las ajenas; ya que no os avergonzáis de tomar de vuestros adversarios doctrinas que repugnan á vuestros principios, al menos sed justos, decid de dónde las habéis recibido. Confesad que entre las ruinas que habéis amontonado, os halláis forzados á conservar un pabellón para guareceros contra las tempestades que braman sobre vuestras cabezas; engalanadle como os pluguiere, pero no neguéis que quien lo construyó tan sólido, quien lo recamó con tan preciosas labores, no fuisteis vosotros sino vuestros padres. Este pabellón es la monarquía. — *J. B.*

## MEDIOS QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y ACRECENTAR SU PROSPERIDAD.

---

Dijimos en el número anterior que no carecía el principado de Cataluña de medios para precaverse contra los peligros que amenazan su industria, á causa de la rivalidad inglesa, y de la oposición de intereses que tiene hasta cierto punto con algunas de las otras provincias. Vamos ahora á indicar cuáles son en nuestro concepto esos me-

dios, deseando que las indicaciones que emitamos, sean desenvueltas por hombres que con mayor caudal de conocimientos y de noticias puedan de ellas hacer las debidas aplicaciones.

Para mayor claridad esos medios los dividiremos en tres clases: materiales, morales y políticos.

*Medios materiales.* Por de pronto parécenos que la prudencia aconseja, que no se aboquen de tal suerte los capitales á la industria principalmente amenazada, que es la algodонера, que faltas de ellos las demás, ó se debiliten en demasía ó no tomen el desarrollo de que son susceptibles. Así se lograrán dos objetos: primero, el movimiento simultáneo y por decirlo así paralelo de todos los ramos industriales. Esto podrá ser ventajoso á la industria en general, la que estando desenvuelta en muy diferentes sentidos se hallará en contacto con mayor número de necesidades, y se abrirán naturalmente nuevos y más amplios mercados, siendo más fácil el cerrar la puerta á la importación de los géneros extranjeros. Segundo: si un tratado de comercio ó una reforma de aranceles modificase de tal manera el sistema prohibitivo que la industria algodонера sufriese considerable quebranto, no siendo este ramo más que uno de tantos como florecieran en el país, no sería el golpe tan ruinoso para el Principado; la novedad no produciría un desnivel tan sensible y afectadas por el daño menos familias así de fabricantes como de operarios, fuera más fácil atenuar las malas consecuencias y resarcir los perjuicios.

Bajo este aspecto debiera Cataluña portarse con la precaución de un capitalista avisado, que no suele aventurar toda su fortuna en un solo negocio por más lucrativo que se le presente, mucho menos si tiene fundados motivos para recelar que un golpe repentino no desbarate en un momento las mejores combinaciones.

Además, tal vez debiera procurarse con algún mayor cuidado, que la industria no fuera en Cataluña una mera importación del extranjero, y que echase raíces pro-



fundas con el competente adelanto de los conocimientos relativos á dicho ramo. ¿La enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas está montada cual conviene para la propagación de las luces necesarias al progreso de las artes que de ellas dependen? Mucho lo dudamos: y admirando como el que más la destreza y laboriosidad de nuestros paisanos, no podemos olvidar lo que ellos mismos están diciendo á cada paso, cuando se lamentan de que los extranjeros los aventajan en muchos puntos. La gente sencilla está hablando continuamente de *secretos*; pero los hombres que conocen la situación de Europa, saben que en el sistema de publicidad reinante en todas partes, hay pocos de esos secretos que no puedan descubrirse, ora sea por medio de libros, ora por los viajes, observando é inquiriendo con la debida actividad, y comunicando en seguida el resultado con sinceridad y buena fe.

Los operarios de la Gran Bretaña se distinguen por su habilidad, pero no se crea que esto dependa de la particular disposición de aquellos naturales, sino que contribuye mucho á ello la buena enseñanza con que se los prepara. A ejemplo del establecimiento para la instrucción de los operarios fundado en Glascow por el doctor Burbek, se han planteado otros en Londres, Edimburgo, Manchester, Birmingham, Newcastle, Liverpool, Lancaster, y otros puntos: en ellos aprenden los artesanos los principios de geometría, de mecánica, de física, de química, que luego les sirven en extremo para adelantar y perfeccionarse en sus respectivas profesiones. ¿Por qué no se procura con más ahinco que estos ejemplos sean imitados entre nosotros? ¿por qué no se trabaja con más asiduidad en que las operaciones delicadas cuyo acierto y perfección depende de los conocimientos químicos, no necesiten para su dirección operarios extranjeros? ¿por qué no se proporcionan á un crecido número de individuos, de una manera fácil y acomodada, las luces necesarias para que las construcciones que demandan conocimientos geométricos y mecánicos no queden abandonadas al talento natural, que

es como si dijéramos á la casualidad? Reflexionen sobre estas indicaciones los hombres que conocen la verdadera situación y las necesidades de Cataluña; y vean si no habría en este punto importantes reformas que emprender y notables mejoras que intentar.

No olvidemos que la industria no puede decirse que esté hondamente arraigada en un país, hasta que los conocimientos de sus habitantes se hallan en el conveniente nivel. No basta que se traigan máquinas, que se planteen establecimientos; es necesario cuidar al mismo tiempo de que se vayan formando operarios aptos, directores capaces, para que dentro breves años, no nos veamos ya precisados á recibir de los extranjeros esa clase de auxilios. Estos deseos no son arranques de orgullo nacional, son la verdadera expresión de las necesidades de la industria.

Tampoco creemos, á pesar del buen estado en que se encuentra la agricultura catalana, que se halle saturada de capitales hasta el punto de no poder invertirse en ella crecidas sumas con señalado provecho. La mayor parte de las aguas que bañan nuestro Principado descienden de las montañas, y corren hasta el mar por el cauce que les trazara la naturaleza. ¿Quién no ve con cuánto beneficio podrían emplearse capitales cuantiosos en la construcción de canales de riego, que trocasen en hermosas y feraces vegas, campos ahora estériles y agostados? Las solas llanuras de Urgel colocadas á breve distancia de poblaciones en extremo florecientes y ricas, donde abundan los capitales y se dirigen á empresas llenas de peligros, son una evidente prueba de que las cosas no han seguido su curso natural, y que nos hemos entregado con excesivo ardor al exclusivo fomento de un ramo, sin curarnos cual conviene de otros, que á más de ser productivos, estuvieran á cubierto de los tratados comerciales y de las revisiones del arancel.

Hemos recordado el canal de Urgel ciñéndonos únicamente al de riego, no porque sea lo único que hacerse pudiera en este género, sino por su extremada importan-



cia, tan generalmente reconocida como constantemente descuidada. Así por ejemplo, ¿cómo es que el antiguo proyecto de conducir las aguas del Ter por el centro de la llanura de Vich, de manera que fecundando aquella hermosa comarca ofreciese oportunidad de construir establecimientos fabriles cerca las murallas de la ciudad cabeza del partido, se ha quedado tan sólo en proyecto, como casi todas las cosas de España? Las demás provincias pueden señalar por excusa de descuidos semejantes la falta de capitales, la natural indolencia de los habitantes del país, quienes no se aprovecharían de los mismos beneficios que se les pondrían en las manos, y otras razones por el mismo tenor más ó menos sólidas y especiosas; pero en Cataluña no existen por fortuna estas circunstancias desgraciadas; sólo puede atribuirse al proverbial desgobierno de España, y á cierto aislamiento mal entendido, que se opone á la formación de las grandes asociaciones, indispensables para esa clase de empresas.

Se ha importado entre nosotros el espíritu industrial y mercantil, pero no ha prendido como era de esperar el espíritu de asociación; antes al contrario, se nota que exceptuando la existencia de las corporaciones creadas por la ley, no se ha tenido la idea de formar ni siquiera aquellas asociaciones que hubieran podido servir de dique á las codiciosas exigencias de la Inglaterra. Se han dirigido representaciones al Gobierno, ricas de noticias que aclaraban la situación industrial de Cataluña y fortalecidas con razones que desconcertaron á los enemigos del sistema prohibitivo; esto es verdad, pero nosotros añadiremos, que si una provincia de Inglaterra se hubiese hallado en situación semejante á la que aflige á Cataluña, si tan grandes intereses y la subsistencia de tantos millares de familias se hubiesen hallado amenazados por un tratado con una potencia extranjera, no sólo se hubiera practicado lo que aquí, sino que por los medios legales se hubiera formado una asociación colosal; y al más ligero rumor de que se trataba de proponer el bill de abolición del sistema

restrictivo se habrían hallado el gobierno y el parlamento con una petición apoyada por doscientas mil firmas.

El estado de las comunicaciones de lo interior del Principado dista mucho de ser satisfactorio; lo que produce retardo en el movimiento, recargo en los transportes, y por consiguiente una mayor dificultad de que se aprovechen en ciertos lugares la baratura del jornal de los operarios, el menor precio del terreno y de la construcción de los establecimientos, los saltos de agua y otras ventajas semejantes. De seguro que se nos dirá que estas empresas relativas á facilitar la comunicación son en buena parte de la incumbencia del Gobierno superior, y que al proponerse una provincia llevarlas á cabo, tropieza con un sinnúmero de inconvenientes y embarazos que acaban por desalentar y fastidiar á cuantos en ellas se comprometen. Pero á esto se puede replicar, que hace ya mucho tiempo que está acostumbrada Cataluña á hacer grandes cosas por sí misma, marchando por el camino de la prosperidad, aumentando y desarrollando su riqueza, sin que le sirva de mucho la dirección del Gobierno: lo propio pudiera hacerse en el caso dado; y si saliesen al encuentro graves dificultades, para las empresas arduas es la constancia.

La mayor perfección de los artefactos, sobre todo en el ramo de la industria amenazada, debe procurarse en Cataluña con especial ahinco; pues que median en ello no sólo los motivos generales que naturalmente impulsan hacia dicha perfección, sino la precaución prudente aconsejada por las circunstancias. En efecto, es regular que si podemos evitar un golpe de mano, que por más que se diga no le será tan fácil al actual Gobierno el descargarlo, se respetarán por algún tiempo los intereses de Cataluña, y se le dará el necesario plazo para prepararse á la competencia con las mercancías inglesas. Ora sea que ese plazo se conceda y señale expresamente, ora sea que la fluctuación de las negociaciones entabladas y por entablar, lo vaya por sí mismo otorgando, fuera muy del caso que los interesados en el asunto dieran por supuesto que ha co-



menzado ya, y se aplicasen á introducir en la fabricación todas las mejoras de que sea susceptible. Los ingleses se han esforzado en persuadir en España y en el extranjero que su causa era la de una nación entera contra el monopolio de un reducido número de fabricantes; y es menester, es indispensable, que éstos respondan con la evidencia de los resultados, demostrando en tiempo tan breve como posible fuere, que el beneficio reportado del sistema protector lo han recompensado con usura á la nación; no tan sólo ofreciéndole un modelo con el que se amaestrasen las demás provincias, sino también surtiéndolas de lo necesario con abundancia, belleza y baratura.

Lo hemos dicho y lo repetimos: la cuestión de los algodones ingleses se reproducirá bajo mil formas si es menester, y atormentará sin cesar la industria catalana, hasta que ésta pueda competir con su rival, ó desaparezca. Vano es hacerse ilusiones en sentido opuesto; el tiempo se encargaría de desvanecerlas, y la imprevisión y el descuido sufrirían duro castigo. Así, aun cuando se ofrecieran las circunstancias más satisfactorias, y en que se alcanzasen las mayores seguridades, conviene no dormir tranquilos; es necesario, urgente, el prevenirse para nuevas complicaciones que de un modo ú otro no dejarán de presentarse. Que prevalezcan los progresistas ó los moderados, que triunfe el absolutismo ó la república, la Inglaterra no abandonará su puesto; allí estará con su refinada diplomacia, con su astucia proverbial, con su oro seductor, con su paciencia incansable, y sobre todo con su excesiva abundancia de artefactos y por tanto con su imperiosa necesidad de vender.

Otra ilusión no menos dañosa, fuera el imaginar que las provincias ahora inclinadas á un tratado de comercio, se desviarán fácilmente de su propósito. Dos motivos las estimulan: la oportunidad de comprar más barato, y la esperanza de dar mejor salida á sus frutos. Lo que á esto objetan los catalanes es ciertamente muy sólido; se funda en la necesidad de los sacrificios recíprocos, en lo funesto

que sería para la prosperidad de la nación el destruir su naciente industria y otras razones semejantes; pero todo esto tiene el inconveniente de no ser tan fácil de comprender como la diferencia que vaya en precio y calidad de una vara de tejido catalán á otra de tejido inglés. En esto se debe fijar la atención, no apartarla nunca de aquí; combatir hechos con hechos: esta es la mejor lógica.

*Medios políticos.* En la exasperación á que han llegado en España los partidos políticos, una de las miras que no debe perder de vista el Principado, es el no constituirse ciego instrumento de ninguno de ellos. La fuerza de una causa, si ha de ser real y verdadera, si ha de extenderse á más que á circunstancias de momento, debe radicarse en su justicia intrínseca, y apoyarse para la propia defensa en los intereses que con ella están ligados. Cuando se la defiende sólo como un medio de oposición empleado contra el que ó la ataca en realidad ó se presume que intenta atacarla, adolece la defensa de un inconveniente gravísimo, cual es, el no estar hecha de buena fe, y por lo mismo el emplear contra el adversario todo linaje de armas. De esta manera se mezclan las lícitas con las vedadas; y el poco ó mucho efecto que estas últimas pueden producir, se compra bien caro con lo que aquéllas pierden de su temple. Pasadas las circunstancias de momento, la causa que indiscretamente se entregara en manos del primero que se presentara á defenderla, se halla de repente abandonada por muchos de los que más valerosamente pelearon en pro de la misma; y quizás ellos son los primeros en declarar, que los motivos de su anterior conducta no eran otros que la necesidad y conveniencia de echar mano de todo cuanto era á propósito para abrumar y aterrar al común enemigo. Las razones que expuestas y sostenidas en el terreno legítimo, jamás perdieran de su fuerza y ascendiente, se hallan desvirtuadas con el recuerdo de la indigna compañía con que en otro tiempo se ofrecieran al público; y quizás se llegue á decir, que también se emplea entonces con mala fe y



como simple arma de oposición, lo que en otro tiempo manejaran otras manos de la misma manera y con idéntico objeto.

Sin que reprobemos el que se procure sacar partido de las oportunidades que vayan ofreciendo las vicisitudes políticas, opinamos que no es la causa de Cataluña de tal naturaleza que haya menester identificarse con determinada bandería política; y aun añadiremos, que semejante conducta sería imprudente en extremo, á causa de exponerse con ella la industria catalana á los repentinos azares de pujanza y decadencia á que aquéllas se hallan y se hallarán expuestas por largo tiempo.

Tanto dista de convenir á los intereses de Cataluña el aislarnos en ningún sentido, que antes bien es de la mayor importancia quitarles ó disminuirles al menos, ese carácter de provincialismo que llevan en la actualidad: es necesario nacionalizarlos por decirlo así, manifestando á las demás provincias que lo que existe no es un monopolio sino un sistema de compensaciones recíprocas; y que cediendo á las exigencias de la Inglaterra, venderían por una comodidad y alivio pasajeros, la independencia de la Península y el porvenir de su prosperidad y grandeza. Es necesario demostrarles que bajo la solapada pretensión de un simple tratado de comercio ó de una modificación de los aranceles, está oculta la resolución de un inmenso problema, á saber: si la España á semejanza de Portugal, se ha de convertir en humilde colonia de la orgullosa reina de los mares; si nuestros negocios se han de decidir en el consejo de nuestros reyes ó en el gabinete de San James; si ese Gibraltar que nos está insultando con sus murallas y las escuadras de su puerto, ha de ser mirado como otra nueva capital, residencia de altivos señores, dispuestos á forzarnos á la ejecución de su soberana voluntad con sus cañones y bayonetas.

Ahora merced á los desastrosos acontecimientos que han pesado sobre esta infortunada ciudad, se ha despertado el orgullo nacional en el resto de la Península, y se ha de-

clarado en nuestro favor expresándose de una manera que alienta las esperanzas del país y honra singularmente el hidalgo corazón de los que sacrifican sus propios intereses en las aras del pundonor nacional y de la independencia de la patria. Pero estas circunstancias irán desapareciendo, como sucede ya en la actualidad; y pasado el calor del momento, las cosas volverán á su curso regular, obedeciendo al impulso de sus motores naturales.

No intentamos mostrar á Cataluña el partido político á que le conviene inclinarse, ni pretendemos indicarle que debe mantenerse ajena á todos ellos; esto fuera poco menos que imposible, y la dañaría en vez de favorecerla. Sólo hemos dicho que le importa no constituirse *ciego instrumento* de ninguno; significándole con esta expresión, el peligro que corre de ser explotada en diferentes sentidos, y de servir sin provecho propio á la ambición de nacionales y extranjeros. Cuando en momentos críticos y de exasperación oiga hablar de independencia, convénzase desde luego que se trata de engañarla con esperanzas imposibles de realizar; cuando se le insinúe la conveniencia de levantar otro pabellón como hiciera allá en los disturbios de 1640, no dude que se la seduce astutamente para hacerle cometer un acto de rebeldía que mancillara su honor y que pagarían con desprecio y desdén los dueños de la enseña enarbolada; cuando se le diga que es posible resucitar sus antiguos fueros, convocar sus Cortes y obligar á los monarcas de Castilla á que hagan pronunciar la antigua fórmula *plau al Senyor Rey*, crea firmemente que se la brinda con ilusiones, incompatibles con el espíritu del siglo y con nuestras propias costumbres; y por fin, cuando se intente persuadirla que el mejor modo de alcanzar justicia es la insurrección y la violencia, rechace con indignación las péfidas sugerencias, que quizás inducen al crimen para gozarse en el feroz placer de verle castigado con fuego y sangre.

A los pueblos como á los individuos, no los salvan los furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza



se arrojan á la violencia y al crimen; sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda convicción de que la razón les asiste y de que tarde ó temprano llegará el día de la justicia. O'Connell ha levantado la Irlanda de la abyección en que yacía sumida, la ha colocado en imponente actitud, haciendo temblar todos los gobiernos de la Gran Bretaña; y uno de los primeros pasos de su grande obra fué el reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos, y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna. Bastan por hoy estas indicaciones: otro día continuaremos nuestra tarea, explicando los medios morales que en nuestro concepto debe emplear Cataluña para precaver su desgracia y acrecentar su prosperidad.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

### ESCEPTICISMO. <sup>(1)</sup>

#### CARTA Á UN ESCEPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: difícil tarea me ha deparado V. en su última, hablándome del escepticismo: este es el problema de la época, la cuestión capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situación actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables

---

(1) Deseoso el autor de esta *Revista*, de que la *Polémica Religiosa* no adolezca de monotonía ni engendre fastidio, procura presentarla bajo diferentes formas, empleando algunas veces el

resultados que ha de acarrear á la causa de la religión? Todo esto quiere V. que le diga; á todas estas preguntas exige V. una respuesta cabal y satisfactoria; añadiéndome, que «quizás de esta manera se esclarezcan algún tanto las tinieblas de su entendimiento, y se disponga á entrar de nuevo bajo el imperio de la fe.»

Deja V. entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas; haciéndome la caritativa advertencia de que «es menester despojarse por un momento de las convicciones propias, y procurar que la discusión filosófica se resienta todo lo menos posible de la invariable fijeza de las doctrinas religiosas.» Asomaba á mis labios la sonrisa al leer las palabras que acabo de transcribir, viendo que de tal manera vivía V. equivocado sobre la verdadera situación de mi espíritu; pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía como me había encontrado en religión. Parece que á fuerza de declamar contra la esclavitud de entendimiento de los católicos, han logrado en buena parte su dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persuadiendo á los incautos de que nuestra sumisión á la autoridad de la Iglesia en materias de fe, quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anada tan completamente la libertad de examinar, hasta en los ramos no pertenecientes á la religión, que somos incapaces de una filosofía elevada é independiente. Así te-

---

estilo epistolar, que de suyo se brinda á mayor variedad y soltura. Bien penetrado además, de lo grave y espinoso de las materias que ha de ventilar, sobre todo en la indicada *Polémica*; y deseando precaver todo error ó desliz, que tan fáciles son en esta clase de discusiones, avisa á cuantos le favorezcan con su lectura, y muy especialmente á los señores eclesiásticos, que recibiera gustoso y agradecido las advertencias que se le dirijan, encaminadas á rectificar equivocaciones, á esclarecer pasajes oscuros, ó á retractar errores, si alguna vez incurriere en ellos. Los que defienden la religión católica no deben jamás perder de vista aquella máxima: *errare potero, hæreticus non ero.*



nemos por lo común la desgracia, de que sin conocernos se nos juzgue, y sin oírnos se nos condene. La autoridad ejercida por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los fieles, en nada cercena la libertad justa y razonable que se expresa en aquellas palabras del Sagrado Texto: *entregó el mundo á las disputas de los hombres.*

Todavía me atreveré á añadir, que seguros los católicos de la verdad en los negocios que más les importan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filosóficas con ánimo más tranquilo y sosegado, que no los incrédulos y escépticos; mediando entre ellos la diferencia que va de un observador que contempla los fenómenos terrestres y celestes desde un lugar á cubierto de todo peligro, á otro que se halla precisado á verificarlo desde una frágil tabla abandonada á la merced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de la religión, que la sumisión á la autoridad legítima nada tiene de servilismo, que el homenaje tributado á los dogmas revelados por Dios, no es torpe esclavitud, sino el más noble ejercicio que hacer podamos de la libertad? También los católicos examinamos, también dudamos, también nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir la fe; porque así en la luz del día como en las tinieblas de la noche, queremos saber dónde está el polo para dirigir cual conviene nuestro rumbo.

Habla V. de la flaqueza de nuestro espíritu, de la incertidumbre de los conocimientos humanos, de la necesidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada por el sentimiento de la propia debilidad; pues qué! ¿por ventura esas mismas reflexiones no son la más elocuente apología de nuestra conducta? ¿no es esto mismo lo que estamos continuamente encareciendo, cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir sometido á una regla? Supuesto que se ofrece la oportunidad, y que la buena fe exige que hablemos con toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi estimado amigo, que salvo en ma-

terias religiosas, me inclino á creer que no lleva V. tan adelante el escepticismo como este que V. se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nombres, el deslumbramiento producido por la radiante aureola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia del mundo científico, y sobre todo el fuego de la edad ávido de cebarse en algún pábulo noble y seductor, me habían comunicado una viva fe en la ciencia, y me hacían saludar con alborozo el día afortunado, en que introducirme pudiera en su templo para iniciarme en sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus adeptos. ¡Oh! aquella era la más hermosa ilusión que halagar pudo el alma humana: la vida de los sabios me parecía á mí la de un semidiós sobre la tierra; y recuerdo que más de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse á regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan á los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose á gozar de las delicias de un nuevo porvenir; estos creía yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia, nadando en esta felicidad contemplaba yo á los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria que á porfía los rodeaban, á solazarlos en los breves momentos en que descendiendo de sus celestiales excursiones se dignaban poner de nuevo sus pies sobre la tierra.

La literatura, me decía yo á mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán seguras reglas para producir en el ánimo del oyente ó del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica é ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu, y de la manera de combinarlas y conducir las para



alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias matemáticas y físicas, deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza; y la creación entera con sus arcanos y maravillas se desplegará á los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo á la vista de los favorecidos espectadores; la psicología los llevará á formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre éste su acción, y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas, les ofrecerán en vasto cuadro la admirable armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfección de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo, que la ciencia era un talismán que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase á poseerla, se levantaba á inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡Vana ilusión que bien pronto comenzó á marchitarse, y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto más dorados habían sido mis sueños, y mayor por consiguiente mi avidez de conocer lo que tenían de realidad, tanto más dura fué la lección que recibí y más temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principió mi espíritu á sentir una inquietud indefinible, á causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leía ni lo que oía. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgían incesantemente sin poderlo yo remediar; y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para más adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decía yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora más que los primeros rudimentos; y entonces á no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme á la sazón, que

hombres cuya vida se había consumido en ímprobos trabajos, y que con tal seguridad ofrecían al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan, poco más que el arte de hablar con facilidad en pro ó en contra de una opinión, metiendo mucho ruido con palabras huecas y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis dudas y escrúpulos, todo lo atribuía á mi inexperiencia, á mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decían autores tan respetables: por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso: y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuántos menos notables, cuyos nombres no recuerdo, no bastaban á satisfacer mi ardor. Quién me ocupaba y confundía con las mil reglas sobre los silogismos, quién señalaba mayor importancia á los juicios y proposiciones, quién á la claridad y exactitud de la percepción, quién me abrumaba con preceptos sobre el método, quién me llevaba de la mano á la investigación del origen de las ideas, dejándome más en obscuras que antes; en breve, no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que á quien en seguirlos se empeñase le habían de volver la cabeza.

Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua; con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusión, y aquí la confusión misma aumenta el orgullo, erigiéndose cada cual en único legítimo maestro, y pretendiendo que todos los demás no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo, iba notando que lo mismo con corta diferencia sucedía en los demás ramos del humano saber; con lo que entendí, que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusión que



sobre las ciencias me había formado. Estos desengaños habían preparado mi espíritu á una verdadera revolución ; y aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí á pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera, escribí en ella: *abajo la autoridad científica.*

Nada tenía yo para sustituir al poder destruido, porque si esos respetables filósofos sabían poco sobre las altas cuestiones cuya solución andaba buscando, yo sabía menos que ellos, pues que no sabía nada. Ya puede V. imaginarse que no dejaría de serme doloroso el consumir una revolución semejante ; y que á veces hasta me acusaba de ingrato, cuando llevando la revolución hasta sus últimas consecuencias, forzaba á emigrar de mi espíritu personas tan respetables como Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante ; pero yo me resignaba gustoso á ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento á estos señores que así me habían engañado. Además, que habiendo probado ya el placer de la libertad, no quería deslustrar el triunfo, pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de la verdad, no podía quedar en un estado de completa inercia ; y así es que emprendí buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado á ignorarla, mientras vive en este mundo. Sin duda creerá V. que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolución, y que concentrado dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que temeroso de que no se me escapara toda existencia y que á manera de encantamiento me hallase reducido á la nada, me apresuré á asirme del raciocinio de Descartes : *yo pienso, luego soy : ego cogito, ergo sum.* Pues nada de eso, mi estimado amigo ; que si bien tenía alguna afición á la filosofía no estaba sin embargo fanatizado por el filósofo ; y sin reflexionar mucho me con-

vencí de que dudar de todo es carecer de lo más precioso de la razón humana, que es el sentido común. No me faltaba la noticia del axioma ó entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones ó principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existía como de que pensaba, como de que tenía cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba; y por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda para cuando el ocio y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para éstas fui, y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el examen, la evidencia, la demostración; enhorabuena: pero sepa al menos que cuando seamos hombres y no más, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual á nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de examen, exigiremos evidencia, pediremos demostración seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne á sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas, no entraban las religiosas: éstas las había adquirido por otro camino, se presentaban á mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo á dirigir la conducta, á hacerme nó sabio sino bueno; de consiguiente contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pírrónica. Todavía más: tan lejos de que sintiera inclinación á separarme de las creencias que se me habían inspirado en la infancia, me convencí más y más de la necesidad, y hasta del interés propio que tenía en no perderlas; pues que comencé á mirarlas como la única tabla de salvación en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en la fe católica, cuando ocupándome algunos ratos, con espíritu de com-



pleta independencia, en el examen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me vi rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas; sin que descubriese más luz que algunas ráfagas siniestras, que sin alumbrar el camino, sólo servían para hacerme visible la profundidad de los abismos á cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fe católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecía que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestidigitador, daba una mirada á la fe, y su solo recuerdo era bastante á confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones, que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada á los misterios de la historia y á los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse á veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual monstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo tenía fe en la Providencia, la Providencia me salvó. He aquí cómo discurría para fortificar mi espíritu, dejando á la gracia que no dejara estériles mis débiles esfuerzos: «Si dejas de ser católico, no serás por cierto ni protestante, ni judío, ni musulmán, ni idólatra; estarás pues de golpe en el Deísmo. Entonces te hallarás con un Dios, pero no sabiendo nada sobre tu origen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en tí mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del

alma; nada sobre los motivos que haya podido tener la Providencia en condenar á sus criaturas á tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir que no hallarás la acción de la Providencia en ninguna parte, no hallarás por consiguiente á Dios; por tanto dudarás de su existencia, si es que no abracés decididamente el ateísmo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusión, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse; negro é insondable abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror.»

Así medía el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fe católica, si continuar intentara en el examen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentado en el momento de la defecación. A tanta insensatez no quería yo llegar, no quería suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un soplo la sola antorcha que alumbrarme podía en el breve trecho de la vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fe religiosa: llámelo V. pusilanimidad ó como más le agradare; no creo sin embargo, que me pese de la resolución cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse á vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario á los principios de la sana razón. Por esta causa, debe condenarse



como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas; sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta ó aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razón es en materias religiosas: porque siendo éstas de un orden muy elevado, y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazón, tan presto como la razón empieza á cavilar y sutilizar en demasía, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presunción y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postración indecibles, desde que se ha levantado contra el cielo; como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse á un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

¡Singularidad notable! el escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, sólo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal y pasar á otra vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades, como heraldos de la muerte, á indicarnos que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara, se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa á ser horroroso; y en su mortal postración busca el hombre la luz y no la encuentra, llama á la fe, y la fe no le responde; invoca á Dios, y Dios se hace sordo á sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de

un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos más comunes, siente mil veces el hombre cual cae gota á gota sobre su corazón el veneno de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazón, no es la tristeza abatiendo el espíritu, y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasión que nada tiene de vivo, de agudo, es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crisis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo, se dice el hombre á sí mismo? ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra, para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El día de hoy es insípido como el día de ayer, y el día de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza; ávida de dicha y no la alcanza; consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido V. repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿no asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperación que se ofrece al hombre como el único remedio á un mal tan insoportable? Pues sepa V. que uno de sus más funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza, esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, origen y destino del hombre. Vacío tanto más sensible, cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura oca que sólo se propone producir efecto, aunque sean los



sacudimientos de la electricidad ó las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz que les habla en todos los idiomas y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos.

He aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época, y uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? no lo sé; pero sí que me atreveré á decir que se pueden atajar algún tanto sus progresos; y me inclino á esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen orden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del individuo. El escepticismo no ha caído de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar también; y sería uno de los más estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente si para su curación no fuera menester el transcurso de muchas generaciones.

Así entenderá V., mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situación de las cosas; y que flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá á salvamento, no pierdo de vista el destrozo que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice V., que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores, y que de tal suerte su extravío sobre los puntos que más interesan? Esta dificultad no se limita á la permisión divina con respecto á las sectas separadas, sino que se extiende á las demás religiones; y como éstas han sido muchas y extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objeción abarca la historia entera, y el pedir su solución es nada me-

nos que demandar la clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adán.

No es este asunto que se preste á ser aclarado en pocas palabras, si aclaración llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando más ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene V. mi opinión sobre el escepticismo religioso, y declarado también cuál se aviene la fe católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado; y que cierto grado de escepticismo científico, hace más fácil y llevadera la fe religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva más de 18 siglos de duración, que tiene en confirmación de su divinidad su misma conservación al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevación de sus dogmas, la pureza de su moral, la admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime, los inefables beneficios que ha dispensado á la familia y á la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradación, el envilecimiento que sin excepción veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto á la fe, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razón, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé V. una ojeada en torno, mi estimado amigo: no verá más por doquiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhospitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad; arrójese quien quiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la



Providencia. Si algún día fatigado y rendido de luchar con las tempestades se aproxima V. á las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle tendiéndole una mano auxiliadora este S. S. S. Q. B. S. M.—*J. B.*

## LA RELIGIÓN EN BARCELONA.

---

Allá en tiempo de nuestros antepasados, cuando la fe reinaba en los entendimientos, y la esperanza en los corazones, cuando la sociedad entera se regía por la enseñanza de la Iglesia católica, cuando el poder y el pueblo, el rico y el pobre, y la ciencia y las artes demandaban á la Religión sus inspiraciones sublimes, sus ilustradores consejos, y sobre todo su protección poderosa, cuando los sucesos prósperos eran mirados como una gracia del cielo, y los adversos como un justo castigo, cuando se veía presente á Dios en todas partes, desde la cúpula del regio alcázar hasta lo más recóndito del humilde hogar doméstico, apenas se encontraban un reino, una provincia, una ciudad en peligro de grave daño, ó sufrían alguna de tantas calamidades como sin cesar afligen á la desgraciada prole de Adán, todas las miradas se levantaban al cielo, todas las almas se encumbraban sobre la región material y terrena, para implorar clemencia y alcanzar socorro. Los templos se llenaban de fieles que suplicaban con oración fervorosa; en los altares de los santos resplandecían en abundancia cirios y blandones, las imágenes se adornaban con preciosas dádivas, el sacerdote recibía cuantiosas ofrendas, celebrábase al augusto sacrificio con solemne pompa y majestad, los oradores sagrados predicaban con piadoso fuego la divina palabra, arrancando del numeroso auditorio el grito de compunción y de humildad,

que lanzara en otro tiempo el Rey culpable en presencia del profeta Nathán: *pequé!.....*

La religión, la piedad, la fe, la esperanza, no cabiendo en la casa del Señor, inundaban las calles, las plazas, los paseos; la sonora campana convocaba á los fieles al templo, la misma les daba la señal de desparramarse fuera de él, para que en graves y dilatadas hileras recorriesen los lugares públicos, invocando la misericordia del Señor del Universo, en ese inmenso templo que anuncia de día y de noche la gloria de su Criador, que tiene por antorcha la lumbrera mayor, el Sol, y por bóveda el firmamento. ¡Qué bello, qué sublime espectáculo, ofrecía entonces una ciudad populosa! Allí se veía el niño llevando en su tierna mano el cirio misterioso, y pronunciando con labio balbuciente la plegaria de perdón; plegaria de inestimable valor, que tomada de la boca de la inocencia por la mano de un ángel, era presentada ante el trono del Altísimo como el más agradable incienso que remontarse pudiera de la mansión del mortal. Allí se veían las clases con sus distintivos, las corporaciones, los gremios con sus enseñas; las autoridades con sus insignias; allí alternaban el artesano con el letrado, el rico con el jornalero, el noble con el plebeyo; allí se veían las órdenes religiosas con sus variados hábitos, su paso grave, su cantar solemne; el joven religioso, de los ojos modestos, de semblante humilde, de las mejillas sonrosadas con pudor virginal; el anciano venerable, de la frente calva, de la barba de nieve, del rostro surcado con largos años de austeridad y de penitencia, del cuerpo extenuado con dilatadas fatigas en misiones, en estudios, en peregrinaciones por lejanos países para ganar almas á Jesucristo; allí se veía el clero con sus majestuosos ornamentos, su blanquísimo y bordado lienzo, su seda recamada; allí por fin el augusto tabernáculo, á cuya presencia todas las frentes se inclinaban, se hincaban las rodillas, se herían los pechos con fervorosa compunción.

¿Qué se ha hecho de aquella fe, que de tal suerte nos



conservaba en presencia de Dios, que así nos detenía con el temor del castigo, ó nos alentaba con la esperanza del perdón? ¿Dónde están las piadosas costumbres de nuestros mayores? ¿Quién clama misericordia en la adversidad? ¿quién rinde gracias al Altísimo en la próspera suerte? ¿Se ha hecho atea nuestra sociedad? ¿hemos desterrado á Dios de nuestros corazones? ¿le consideramos relegado á los templos, como aquellos ídolos que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen? Estas son las reflexiones que ocurren al dar en torno de nosotros una mirada; estos son los pensamientos que afligen el ánimo, inundándole de un desconsuelo, de una amargura inexplicables. A primera vista, contemplando tan sólo en la superficie la sociedad que nos rodea, sólo ocupada de sus adelantos fabriles, de su movimiento mercantil, de su hambre de oro, de su sed de placeres, de su ostentoso lujo, de su disipación, de su vanidad científica y literaria, de su delirio político, de su refinado egoísmo, parece que la Religión ha desaparecido de la faz de la tierra, parece que empieza á cumplirse la terrible profecía sobre el enfriamiento de la caridad y la falta de fe, y que se acercan aquellos días que por demasiado formidables serán abreviados. Pero recobrado el espíritu de su primera sorpresa, calando más hondo en el corazón de la sociedad, siguiendo cuidadosamente los pasos de los que evangelizan la paz, observando la conducta de los que no doblaron la rodilla ante Baal, se reanima la confianza, se disipan los excesivos temores, se calma la desazón y el desconsuelo, porque se encuentra que todavía hay Dios sobre la tierra.

Pensamiento dulce, consolador, que mitiga en el ánimo fiel y piadoso el dolor causado por la vista de los estragos de la impiedad; pero que desgraciadamente es necesario buscar en las sombras del santuario ó en lo más retirado del hogar doméstico, donde se oculta la virtud orando al Padre Celestial, en el *apostento á puerta cerrada*, según la enseñanza del Divino Maestro. Sólo de vez en cuando se

complace el Señor en hacer más visible el crecido número de escogidos que se mantienen libres del contagio de la incredulidad y de las abominaciones del mundo; y entonces lejos de continuar el espíritu en la postración y el abatimiento, se siente reanimado con la agradable sorpresa que experimenta al ver que todavía puede decir: mayor es el número de los que están de nuestra parte que de la contraria; entonces adora humildemente la omnipotencia del Señor que tan admirablemente preserva del naufragio la combatida navecilla, y le rinde humilde acción de gracias, porque su misericordia nos ha librado de ser consumidos.

Barcelona, donde en tiempos de infausta memoria se presenciaron excesos que la pluma se resiste á trazar, donde el incendio de los templos y el degüello de los ministros del santuario se verificaron en presencia de las autoridades y del pueblo, donde en la apariencia debía la Religión haber llegado á ser para el mayor número, cosa de poco valer cuando no odiada; Barcelona, repetimos, se ha vindicado últimamente de tan negro cargo, manifestando á la faz de España y del mundo entero, que muchos de sus moradores no habían desterrado á Dios de su corazón, que conservan fe en la Providencia; manifestando que las augustas creencias de los antepasados se mantenían aún en el fondo de esa populosa ciudad, en cuya superficie no se descubriera tal vez más que incredulidad ó indiferencia; revelándose de esta suerte la misteriosa llama que se había creído extinguida, porque sus resplandores no alumbraban con tan hermoso brillo como en otros tiempos.

El infortunio, el infortunio que levanta el espíritu del hombre á meditaciones sublimes, que eleva el corazón á Dios como se alzan involuntariamente los ojos y las manos, el infortunio que recuerda á los individuos como á los pueblos, la vanidad de toda esperanza que no se funda en Dios, el infortunio que demuestra lo que debemos prometernos del afecto y de la gratitud de los hombres, el infor-



tunio ha sido quien ha venido á despertar el sentimiento religioso, á recordar la fe de nuestros padres, y á patentizar la necesidad de la Religión en todas las situaciones de la vida, y particularmente entre los rigores de adversa suerte.

Dudaríamos todavía de la realidad de lo que hemos presenciado, recelaríamos que nuestro buen deseo no abultase algún tanto los objetos, temeríamos que la viveza de la impresión no nos la hiciera parecer como más repetida de lo que haya sido en la realidad, si no tuviéramos á la vista un documento que no consiente réplica: la relación de las funciones religiosas que se han celebrado en esta ciudad, en acción de gracias por haberse dignado el Señor libertar á muchos de sus habitantes de los males que en las pasadas catástrofes amenazaban á sus bienes y personas. Si estas funciones se hubiesen celebrado en otras épocas, si viéramos aquí las insinuaciones y excitaciones de los poderosos, si se descubriera el más remoto indicio de espíritu de partido, no diéramos á estos datos tanta importancia; pero cuando vemos que son la espontánea expresión de la fe, cuando vemos en ellos la cándida efusión de un religioso agradecimiento á las bondades del Señor, cuando vemos que ni siquiera es posible señalar como circunstancia que disminuya su valor el apremiador agobio de los momentos de peligro, sino que se han celebrado pasado éste, en la mayor seguridad, en la expansión de los ánimos que acababan de salir de un terrible conflicto, y hasta largo tiempo después, cuando han podido ya debilitarse las impresiones que produjeran las catástrofes, las miramos como una especie de barómetro que nos hace sensible la disposición de los espíritus.

Consideramos este hecho como de mucha importancia para apreciar debidamente cuánto es todavía el poder de la Religión, hasta en aquellos puntos donde circunstancias calamitosas debían al parecer haberla debilitado de tal manera, que quedase reducida á la nada; por cuyo motivo, creemos hacer un bien á la santa causa de la verdad,

y complacer al propio tiempo á nuestros lectores, ofreciéndoles la siguiente relación, que dice más por sí sola que todos los discursos y encarecimientos.

## SOLEMNES Y PIADOSOS CULTOS

*celebrados en acción de gracias á Su Divina Majestad, Nuestra Señora la Virgen María y á varios Santos, en las diferentes iglesias de la presente ciudad, por haberse librado los fieles de las próximas pasadas calamidades (1).*

### PARROQUIAS.

#### SANTA MARÍA DEL MAR.

Misas solemnes con <i>Tedéum</i> ó <i>salve</i> al fin en los más de ellos. . . . .	42
Id. con exposición del SS. Sacramento y con toda iluminación.. . . .	2
Novenarios con música. . . . .	2
Rosario con id. y sermón. . . . .	1
Exposición del SS. Sacramento por espacio de trece horas. . . . .	1
Cirios, los más de media libra, y los otros de una y de dos.. . . .	1230
Octavario al SS. Sacramento con exposición y sermón todos los días. Esta función continúa hoy día 5 de Marzo y durará por tiempo indefinido. . . .	1
Triduos á id. con id. é id. todos por tres días. . . .	1

(1) Esta relación sólo llega hasta el día 5 de Marzo. Debémosla á la piadosa diligencia del Rdo. D. Jaime Ros, Pbro., religioso que fué del convento de Padres Dominicos de la presente ciudad, quien se ha tomado la pena de recoger estas noticias y arreglarlas de la manera conveniente. Aprovechamos esta ocasión para manifestarle nuestro agradecimiento por su cristiana laboriosidad.



En muchas de las capillas de dicha iglesia, alumbran de continuo cirios en abundancia, principalmente al Beato Oriol, Ntra. Sra. de los Dolores, S. Antonio, Virgen del Rosario, Concepción y Santa Filomena. Y se están aún preparando algunas novenas para igual objeto.

### SANTA MARÍA DEL PINO.

En el día 8 de Enero, misa solemne con exposición del SS. Sacramento. Por la tarde ejercicios espirituales, procesión, <i>Tedéum</i> , bendición y reserva de S. D. M. . . . .	1
Cirios que quemaron durante dicha función. . . . .	264
Misas solemnes al Beato José Oriol con 30 cirios. . . . .	3
A Santa Filomena con sermón por la mañana, rosario y sermón por la tarde, quemando 60 cirios. . . . .	1
A Ntra. Sra. de los Desamparados con 40 cirios en cada uno. . . . .	3

### SANTOS JUSTO Y PASTOR.

Desde la primera dominica de Adviento á la antevigilia de Navidad, rogativas con exposición del SS. Sacramento por la tarde, quemando cirios. . . . .	16
Día 1.º de Enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con sermón. Por la tarde ejercicios espirituales, sermón y <i>Tedéum</i> , alumbrando cirios. . . . .	124
En seguida el octavario con exposición de S. D. M., quemando cirios. . . . .	40
Días de acción de gracias con sermón por la tarde, iluminando en dos de ellos 22 cirios. . . . .	11
Luego después un septenario á Ntra. Sra. de los Dolores con el <i>Stabat</i> cantado, sermón y corona cantada también en uno de los siete días, quemando cirios. . . . .	10

Concluído el septenario, se hará una novena á S. Antonio y otra á S. Vicente Ferrer con cirios. . . . . 20

### SAN PEDRO DE LAS PUELLAS.

Misas solemnes en varios altares con regular iluminación. . . . .	13
Día 8 de Enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y <i>Tedéum</i> . Por la tarde, trisagio con música, quemando durante dicha función, cirios. . . . .	40
Día 22 de Enero. Trece horas con exposición del Santísimo, misa solemne y <i>Tedéum</i> por la mañana, y sermón por la tarde, quemando cirios. . . . .	70
Día 19 de Febrero. Trece horas con exposición del Santísimo, misa solemne y sermón por la tarde, quemando cirios. . . . .	70

### SAN MIGUEL EN LA IGLESIA DE LA MERCED.

Oficios matutinales. . . . .	31
Misas solemnes, una de ellas con exposición y dos con sermón. . . . .	22
Quemaron en dichos oficios matutinales, cirios. . . . .	40
En los solemnes. . . . .	105
De continuo á la Virgen de la Merced. . . . .	20
Día 15 de Enero. Trece horas con exposición del Santísimo Sacramento, misa solemne con música y sermón por la mañana; trisagio, oración y sermón por la tarde, quemando de continuo durante el día, cirios. . . . .	70
Y en la misa y función de la tarde. . . . .	304
Reservado el SS. Sacramento, los monacillos entonaron la salve. . . . .	
Otra misa solemne con sermón y cirios. . . . .	80
Funciones por la tarde con exposición de S. D. M.,	



sermón en cada día, entre novena y triduos seguidos, días. . . . .	20
Quemando en todos ellos, cirios. . . . .	70

SAN JAIME.

Día 7 de Diciembre. Misa solemne á San Rafael con cirios. . . . .	18
Día 8. Misa solemne á la Virgen del Pilar con <i>salve</i> al fin; cirios. . . . .	20
Día 10, otra id. á la Virgen del Remedio con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	12
Día 11, otra id. á la Virgen del Pilar con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	30
Día 12, otra id. á San Antonio, con cirios. . . . .	14
Día 14, otra id. á la Virgen del Remedio con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	14
Día 15, otra id. á la Virgen de los Dolores con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	30
Día 16, otra id. á la Virgen del Pilar con <i>salve</i> y <i>Tedéum</i> , quemando todo el día cirios. . . . .	50
Día 19, otra id. á la misma con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	12
Día 20, otra id. á la Virgen del Remedio con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	12
Día 21, otra id. á la Virgen del Pilar con <i>salve</i> y <i>Tedéum</i> ; cirios. . . . .	20
Día 21, otra id. á la Virgen del Remedio con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	30
Día 26, otra id. á id. con <i>salve</i> y <i>Tedéum</i> , quemando todo el día cirios. . . . .	60
Día 27, otra id. á la Divina Pastora con <i>salve</i> , y cirios. . . . .	20
Día 29, otra id. á Jesús Nazareno; cirios. . . . .	16
Día 31. Novenario á la SS. Trinidad con exposición, misa solemne y sermón por la mañana, y por la tarde ejercicios espirituales, y trisagio cantado, concluyendo con las letanías de los Santos.	
Día 8 de Enero. <i>Tedéum</i> con sermón un día por otro.	

En el mismo día hubo exposición de S. D. M. por trece horas, velando en todas ellas cuatro sacerdotes que iban entonando los himnos del Santísimo, y además misa solemne con sermón por la mañana, y *Tedéum* por la tarde, con cirios. . . . . 250

*Rasgo de devoción.*

Es de advertir que algunas buenas almas estuvieron perennes todas las trece horas sin comer ni beber.

Día 9. Misa solemne á la Divina Pastora con *salve*, y cirios. . . . . 20

Día 10. Otra id. á la Virgen del Pilar con *salve*, y cirios. . . . . 45

Día 12. Otra id. á San Antonio con cirios. . . . . 14

Días 14 y 15. Misa solemne cada día con cirios. . . . . 20

Se han cantado además otras muchas misas solemnes hasta el 5 de Marzo.

**SAN CUCUFATE.**

Misas solemnes á varios santos de dicha iglesia. . . . . 6

Con cirios. . . . . 20

Día 5 de Marzo. Trece horas con exposición, misa solemne, y sermón mañana y tarde con cirios.. . . . 56

**SANTA ANA.**

Misa solemne con exposición, y cirios. . . . . 30

**SAN PABLO.**

Misa solemne con exposición, y otra sin exposición á Ntra. Sra. del Carmen, con cirios. . . . . 20

**SAN AGUSTÍN.**

Misa solemne con exposición, sermón mañana y tarde, y procesión, con cirios.. . . . 200



Un octavario al SS. Sacramento con exposición, misa  
solemne, y sermón todas las tardes, con cirios. . . . . 60

**BELÉN.**

Día 15, misa solemne con música, sermón mañana y  
tarde, con cirios. . . . . 350  
Misas solemnes á varios santos. . . . . 3

**SAN FRANCISCO DE PAULA.**

Día 11 de Diciembre. Misa solemne á San Francisco  
de Paula, con cirios. . . . . 24  
Día 19, otra id. á San Antonio, con cirios. . . . . 10  
Día 21, otra id. á San Francisco de Paula, con cirios. . . . . 24  
Día 26, otra id. con exposición y *Tedéum*, y cirios. . . . . 68  
Día 27, otra id. con id., y cirios. . . . . 68  
Día 28, otra id. con exposición hasta las 6 de la tarde,  
tres días seguidos, con cirios. . . . . 68  
Día 30, otra id. id., con cirios. . . . . 28  
Día 31, otra id. con exposición, y cirios. . . . . 28  
Día 1 y 2 de Enero. Misa solemne con cirios. . . . . 68  
Día 6. Trece horas con exposición, misa solemne y  
completas, con cirios. . . . . 340  
Y en el resto del día, cirios. . . . . 32  
Además 3 misas solemnes con exposición, y cirios. . . . . 20  
Oficios matutinales con regular iluminación. . . . . 3  
Día 22. Misa solemne con cirios. . . . . 70  
Día 23. Misa solemne con cirios. . . . . 70

**SAN JOSÉ.**

Cuatro misas solemnes á Ntra. Sra. del Carmen, con  
cirios. . . . . 16  
Otra con cirios. . . . . 30  
Día 19 de Febrero. Trece horas con exposición, misa  
solemne y sermón con cirios. . . . . 80

### NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Día 25 de Diciembre. Dos misas solemnes y ejercicios por la tarde con exposición, y cirios. . . . .	60
Día 26. Misa solemne y ejercicios por la tarde con exposición, y cirios. . . . .	60
Día 1 y 2 de Enero. Otra id. con id., y cirios. . . . .	60

### IGLESIA DE SAN ANTONIO.

Día 13 de Diciembre. Misa solemne con cirios. . . . .	40
---	----

### CASA DE CARIDAD.

A expensas de las <i>hermanas</i> . Misa solemne con música, y sermón por la tarde, y cirios. . . . .	100
A expensas de los <i>hermanos</i> , otra id., id. y cirios. . . . .	200

### HOSPITAL.

Misa solemne á Santa Elena á expensas de los hermanos; cirios. . . . .	50
Otra id. á Ntra. Sra. de la Merced á expensas de las hermanas, con cirios. . . . .	50
Otra. id. con exposición y sermón por la tarde; cirios. . . . .	60

### CASA DE LA MISERICORDIA.

Otra id. con música y exposición, y por la tarde rosario con música; cirios. . . . .	130
Otra id. por tres días consecutivos, con sermón, trisagio y gozos cantados por las niñas de dicha casa; á cuyas expensas y de las de las religiosas sus directoras se hizo la función, con cirios. . . . .	130

### HOSPITAL DE PEREGRINOS EN SANTA MARTA.

Otra id. á la Virgen del Rosario, con cirios. . . . .	26
Día 19 de Febrero. Trece horas con exposición, misa	



solemne, y ejercicios espirituales, sermón y *Tedéum* por la tarde, con cirios. . . . . 39

**BEATERIO DE DOMINICAS.**

Día 8 de Diciembre. Misa solemne con exposición, <i>Tedéum</i> y <i>salve</i> por la mañana; y ejercicios espirituales con exposición y trisagio cantado por la tarde, con cirios. . . . .	27
Día 18. Otra id. con menos el <i>Tedéum</i> ; cirios. . . . .	25
Día 26. Otra id. id. con cirios. . . . .	26
Día 27. Otra id. id. con cirios. . . . .	31
Día 1.º de Enero. Otra id. con exposición, y trisagio cantado por la tarde, con cirios. . . . .	25
Día 6. Otra id. id. con cirios. . . . .	25
Día 8. Otra id. id. con cirios. . . . .	25
Día 15. Trece horas con exposición, misa solemne, rosario y trisagio cantado, sermón y letanías, con cirios. . . . .	31
Día 22. Misa solemne á la Virgen del Rosario, con cirios. . . . .	22
Día 29 de Enero. Misa solemne con cirios. . . . .	18

**NUESTRA SEÑORA DE LA AYUDA.**

Novenario á Maria Santísima con exposición de Su D. M., y cirios. . . . .	20
Misas solemnes á Sto. Tomás con sermón y <i>Tedéum</i> , y á Ntra. Sra. de la Merced; cirios. . . . .	32
Cuatro misas solemnes á S. Antonio, con cirios. . . . .	20
Otra id. á Santa Filomena, con cirios. . . . .	20
Otra id. á S. Rafael, con cirios. . . . .	24
Otra id. á Ntra. Sra. de la Guía, con cirios. . . . .	26
Día 22. Trece horas con exposición y misa solemne, y por la tarde rosario cantado, trisagio, completas y letanias, con cirios. . . . .	37
Habiendo algunas personas estado todas las trece horas velando y sin tomar alimento. . . . .	

## NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES.

Quince misas solemnes, algunas con <i>Tedéum</i> , con cirios. . . . .	40
Día 29 de Enero. Solemne y devoto septenario á la Virgen, con mucha iluminación, mayormente el último día en que hubo exposición de S. D. M., y sermón cada día, con cirios. . . . .	160

## SAN JUAN DE JERUSALEN.

Después de una larga serie de días de rogativas al SS. Sacramento con exposición de S. D. M. y misa solemne cada día por la mañana y completas por la tarde con 20 cirios; ha seguido la misma función por espacio de otros siete días.	
Día 3 de Febrero. Trece horas con exposición, misa solemne, ejercicios espirituales, <i>Tedéum</i> y completas al órgano, con cirios. . . . .	46

### NOTA.

El día 8 de Enero quemaban en el Santuario de Nuestra Sra. de la Bona Nova, pueblo de San Gervasio, cirios. . . . .	213
Y el día 22. . . . .	220

## CATEDRAL.

En el trecenario acostumbrado de Santa Eulalia trece señoras pagaron el aceite necesario para alumbrar durante el mismo 13 lámparas, además de las 5 que hay al rededor del sepulcro de dicha Santa, aumentando considerablemente la cera que los devotos en acción de gracias iban ofreciendo todos los días.	
Día 24 de Febrero. Misa solèmne á Santa Eulalia, rosario con música, y cirios. . . . .	196
Día 26. Otra id., con cirios. . . . .	70



Creemos que la simple lectura del estado que antecede, basta para convencer con cuánta verdad hemos afirmado, que la Religión conserva todavía profundas raíces en esta populosa capital, y que estaban muy lejos de haber alcanzado á extirparla los esfuerzos de la impiedad y los desastres de la revolución. Hemos querido ser hasta minuciosos en la *relación*, porque deseamos que no se nos pueda tachar de exagerados; y el mejor modo de disipar semejante cargo, es presentar á la vista los datos que prueban victoriosamente la verdad y exactitud de las aserciones, y no dejan efugio ni consienten replica.

Los antiguos cronistas, al escribir la narración de algún suceso notable, solían esmerarse en detallar particularidades, que para los hombres de su tiempo debían de pasar desapercibidas, y que sin embargo la historia ha cuidado de aprovechar, echando menos con dolor, que circunstancias al parecer pequeñas no fuesen explicadas todavía con mayor detenimiento. De aquí á algunos siglos, las generaciones venideras leerán con asombro y espanto los trastornos, las catástrofes, los crímenes de que ha sido teatro esta capital. Se hallará escrito el incendio de los templos, el degüello de los religiosos, las profanaciones de la casa del Señor, se encontrarán algunos libros impíos donde se ataca lo más santo y augusto que hay en la tierra y en el cielo; entonces se levantará contra la generación presente un grito de reprobación, se dirá que la incredulidad y la indiferencia debían de reinar sin rivales, cuando tan horrendos atentados se perpetraban. Quizás se hallará entre nuestros acusadores, alguna persona amiga de revolver curiosidades antiguas, que habrá tropezado en algún polvoriento estante con un fragmento del presente número y satisfecha con el descubrimiento inclinará los ánimos á ideas menos tristes, y atenuará los cargos que se nos hagan, diciendo: «Me parece que se exagera un tanto la perversidad de ideas y costumbres de aquella época: yo tengo entre mis papeles un trozo de un escrito que se publicó en Barcelona en 1843 por el cual se ve, que ha-

biendo sido víctima esta ciudad de alguna terrible catástrofe, que yo calculo que sería el bombardeo que sufrió en el reinado de Isabel II durante la Regencia que en su menor edad ejerció un general llamado Espartero, que tenía además el título de Duque de la Victoria, se celebraron muchísimas funciones religiosas en las diferentes iglesias; de lo que infero que no debía de estar tan perdida la fe como se quiere ponderar.» Y los curiosos leerán con gusto la parte que se haya conservado de la relación, y sentirán un pesar al ver que la injuria de los tiempos haya destruido una parte de ella, y que no les sea dable el enterarse de todos los pormenores con la misma minuciosidad con que aquí se hallan consignados.—*J. B.*



(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Abril de 1843.)

## SITUACIÓN DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

---

### ARTÍCULO 1.º

Vamos á ventilar una cuestión tan grave como espinosa, y que no es posible resolver á gusto de todos los partidos, ni en armonía con encontrados intereses; tal es sin embargo la importancia de la materia, que nos obliga á prescindir de todo linaje de consideraciones, abordando la dificultad sin rodeos, de frente, y exponiendo nuestro parecer con claridad y lisura.

Además, que la ocasión se brinda á esta clase de escritos, supuesto que la prensa periódica comienza á manifestarse inclinada á encararse con las graves cuestiones que envuelven un interés nacional; y que por consiguiente dominan por su trascendencia y magnitud aquellas otras, que no se elevan sobre la estrecha esfera donde se agitan los bandos. Sin que pretendamos juzgar la reciente coalición de la prensa de Madrid, ni la famosa declaración que fué su resultado, observaremos que sea cual fuere la opinión que se forme sobre este negocio, ora se

vitupere la conducta de los asociados, ora se la encomie, no puede negarse que tamaño suceso es de mucha gravedad, y que en su fondo se trasluce un vivo sentimiento de la alta importancia de ciertos problemas, que en plazo no muy distante deben resolverse en nuestro país. Así, cuando los escritores de opiniones tan diferentes se aunan para manifestar su sentir sobre puntos muy vitales en el terreno de la política, no será inoportuno arrojar en el campo de la discusión el negocio del concordato, supuesto que difícilmente cabe encontrar otro que afecte más profundamente los intereses del país, en lo interior y en lo exterior. Las cosas han llegado á tal extremo, que se ha hecho necesaria la unión de todos los hombres de bien para sacarlas del mal estado en que se hallan; deponiendo en obsequio del bien público, todo espíritu de parcialidad, y hasta los sentimientos de antipatía, que por una ú otra causa se abriguen, con respecto á un amistoso arreglo de los asuntos religiosos.

Cual sea la situación del culto y clero en España, nadie lo desconoce: todos los partidos lo confiesan; y acordes en el hecho, sólo discuerdan en el señalamiento de sus causas. No se trata aquí de examinar cuáles sean éstas, ni á cuál de los partidos contendientes le quepa mayor ó menor parte de culpa; esto nos empeñaría en otras discusiones ajenas de nuestro objeto, forzándonos además á inculpaciones y cargos, que por justos, no dejan de ser desagradables. En la actualidad, no tanto conviene investigar las causas del mal, como andar en busca de su remedio: dado que no estarían en su lugar las discusiones analíticas sobre la conducta de los partidos, cuando el mal se ha hecho tan grave, que no consiente perder un tiempo precioso que tanto se ha menester para excogitar medios de atajar pronto su progreso. No son estos vanos temores, no son declamaciones infundadas, no exageraciones de un celo asustadizo; son hechos reales, públicos, notorios, lamentados por los hombres de todas opiniones, que se interesan en el porvenir de su patria.



Los obispos van faltando en casi todas las diócesis; unos comen el pan de la emigración en tierra extranjera, otros sucumben bajo el peso de sus años y achaques; y si los negocios van siguiendo el mismo camino que ahora, no está lejos el plazo en que habrán desaparecido todos. No es necesario entrar en pormenores para confirmar lo que se acaba de decir: basta recordar los muchos años que lleva ya la interrupción de las relaciones con la Santa Sede, y la edad que suelen tener los nombrados cuando se los eleva á tan alto puesto, y calcúlese con estos datos, cuál debe ser la situación del cuerpo episcopal en España.

En las diócesis, donde por una ú otra causa se han suscitado dudas sobre la legitimidad de los gobernadores eclesiásticos, se ha introducido la turbación de las conciencias, de una manera lastimosa; y con más ó menos estrépito ha comenzado el cisma. Y como quiera que las serias polémicas que sobre esta gravísima materia se han trabado en la prensa, no han permitido que nadie quedase ignorante de la cuestión que se agitaba, y de las consecuencias que envolvía, se ha creado una situación en extremo penosa, cuya terminación urge sobre manera, cuando no fuese por otra causa, que por evitar á un gran número de personas la inquietud y las angustias de espíritu. En aquellos países donde falta la libertad de discusión, donde nadie se atreve á censurar por escrito las providencias del gobierno, puede éste arrojarse con menos miramiento, á medidas que no estén en armonía con las ideas dominantes en el país, y empeñarse con menos inconvenientes, en prolongar la situación violenta que de ahí resultare: porque ahogada la discusión pública, y no dejando al pensamiento otra expresión que la de palabra, puede siempre contar con el engaño y el adormecimiento de un considerable número de conciencias; pero ¿cómo lograr esto, allí donde la prensa recuerda la misma idea, á todas horas, bajo todas las formas, en todos los tonos y estilos; ora asiéndose de una providencia del gobierno supremo, ora de alguna medida de una autoridad

subalterna, ora de la instrucción de un proceso, ora del fallo de una causa; y todo esto vivamente pintado con los colores que encontrar sabe el verdadero celo religioso, y cuya fiel imitación no se oculta á la destreza de los partidos políticos, interesados en aprovechar las armas de oposición que les vienen á la mano?

En aquellos obispados donde por afortunadas circunstancias no se ha podido suscitar ninguna duda sobre la legitimidad de la jurisdicción, no se verifica un mal tamaño; pero viudas las iglesias de su pastor, ó desterrado ó difunto, están muy lejos de hallarse en situación á propósito para que la religión pueda progresar, ni aun conservarse cual conviene, atendidas las dificultades que tiene que superar, y los enemigos con quienes se ve forzada á combatir. La autoridad eclesiástica como todas las otras, nunca puede ser ni tan respetada ni tan eficaz, en manos del que la ejerce interinamente, como del que la posee en propiedad, y además, el carácter episcopal imprime á los actos del gobierno de las iglesias, un sello tan superior, que no bastan á suplir esta falta, todo el celo y la ciencia de los gobernadores eclesiásticos. Honor y prez á los hombres que penetrados de la altura de su misión, y de lo crítico de las circunstancias, han sabido conducirse con la debida prudencia, sin cejar un paso de la línea del deber, consolando de esta suerte con su atinado gobierno, una iglesia viuda, y en peligro de verse desolada; pero á su testimonio apelamos para que nos digan, si no han sentido mil y mil veces pesada en demasía la carga que sobre sus hombros sustentaban, y si no han ansiado otras tantas, la venida de un legítimo pastor, de aquellos á quienes *puso el Espíritu Santo por obispos para regir la Iglesia de Dios.*

Resulta de ahí que la instrucción eclesiástica está descuidada, que la disciplina se relaja, que muchos males quedan sin remediar, que las pérdidas no se reparan, que sólo se atiende á salir de los apuros de momento, y que aquel admirable sistema contenido en los sagrados cánones para el gobierno de las iglesias, se deja en su mayor



parte sin aplicación, marchando las providencias sin el debido plan y concierto, sin la precisa unidad, á merced de las circunstancias; y si á esto se añade la prohibición de conferir órdenes que lleva ya más de ocho años de duración, espanto causa el considerar cuál podrá ser el estado de la Iglesia española en un tiempo no muy lejano.

En vista de cuadro semejante, y que nadie por cierto podrá tildar de exageración, pregúntase uno naturalmente, ¿cómo es posible salir de situación tan penosa, y al propio tiempo tan funesta? Porque, bien se echa de ver que no se trata aquí de la subsistencia del clero, ni del mayor ó menor esplendor del culto, sino de la existencia de la religión misma; supuesto que no habrá religión sin Iglesia; y la Iglesia española se endereza rápidamente, no á la ruina, sino al anonadamiento. Sean cuales fueren los males que sobre una Iglesia graviten, son empero mucho menos temibles, si ésta no carece de medios para ir reparando sus pérdidas; mas, cuando éstos faltan, cuando la muerte va acabando con los obispos y demás ministros inferiores, sin que se llene de ninguna manera el vacío, fácil es prever que ha de venir un día en que desaparezca todo.

Ya que acabamos de tocar este punto de la prohibición de ordenar, no será fuera del caso decir dos palabras sobre un negocio que repetidas veces ha dado lugar á medidas ruidosas. El gobierno se ha quejado de que sus disposiciones para impedir la ordenación de españoles en Roma, no son obedecidas; y ha mandado en consecuencia que se tratase con rigor á los contraventores. Si nos hubiésemos hallado en posición á propósito para aconsejar al gobierno, le hubiéramos recordado una regla que nunca debe perder de vista la autoridad, á saber, que en viendo el que manda muy tenazmente desobedecido alguno de sus mandatos, su deber le prescribe examinar si en las disposiciones desobedecidas se encerraría algo, que estuviese en contradicción con necesidades muy apremiadoras, públicas ó privadas. Este examen suele conducir al descu-

brimiento de las causas que motivan la desobediencia, é inclina al legislador á echar mano de modificaciones, que devolviendo á las cosas su curso ordinario, eviten á las personas situaciones violentas. Y díganos de buena fe los hombres imparciales y juiciosos, si no es una tentación bien difícil de resistir, la de marcharse á recibir órdenes en otra parte, hallándose un joven con la carrera terminada, en edad competente, y teniendo en su presencia vacíos los puestos que el nuevo ordenado pudiera ocupar. Los hombres de gobierno deben mirar las cosas, no al través de la calurosa niebla de las pasiones, sino con razón fría, con espíritu sosegado, con imparcialidad completa, colocándose en cuanto cabe en el lugar de aquellos que deben obedecer, y pesando en fiel balanza los motivos que los impulsan á cumplir la ley, ó los incitan á eludirla. Dicta la prudencia que se abstenga la autoridad de ponerse en abierta lucha con inclinaciones muy fuertes, que no le es dado destruir ni sofocar; mayormente cuando aquel que manda puede conducirse con esta medida, sin ofensa de la justicia, ni menoscabo de los intereses públicos. Pero volvamos á nuestro intento.

Se hace tanto más difícil el salir de la situación que estamos lamentando cuanto existe una íntima relación entre la cuestión religiosa y la política; y antes que se resuelva ésta, es poco menos que imposible el terminar completamente aquélla. No puede negarse la existencia de esta íntima relación, y está muy lejos de nuestro propósito el combatir una verdad, que por desgracia salta á los ojos con demasiada evidencia; permítasenos sin embargo indicar, que quizás no esté lejos la época en que sea preciso meditar seriamente, si sería posible excogitar algún medio para separar estas dos cuestiones; pues que continuando el empeño de considerarlas como del todo inseparables, podriase conducir á la nación á tal estado, que conviene sobre manera evitar. Hasta aquí se ha mirado la cuestión religiosa como una especie de apéndice de la política; dando por supuesto que no se debe pensar siquiera



en la posibilidad de un arreglo de los negocios eclesiásticos, hasta que se haya dado completa cima á las dificultades que impiden la cabal solución de las cuestiones interiores, y el restablecimiento de las relaciones internacionales. Menester es confesar, que en este modo de mirar las cosas hay un gran fondo de verdad y de prudencia; pero conviene tener presente, que se encuentran á veces los pueblos en situaciones tan anómalas, que quien se proponga sacarlos de algún atolladero donde los hayan sumido largos años de revolución y de disturbios, se halla forzado á discurrir medios extraordinarios, desviándose de aquellas reglas que servir pueden en casos diferentes.

A quien se empeñe en sostener, que será en adelante indispensable de todo punto el considerar unidas las cuestiones indicadas, y que es en vano pensar en el arreglo de la eclesiástica hasta que se haya llevado la política á solución cabal y definitiva, le haremos observar, que esta opinión por más razonable que á primera vista se presente, adolece de un inconveniente gravísimo, cual es, el que deja en riesgo á la Iglesia española de continuar larguísimo espacio en los males que la afligen; aplazando para un tiempo quizás muy remoto el cumplimiento de la única esperanza, que en su infortunio la alienta y conforta. En efecto, ¿quién es capaz de decir cuándo se resolverá completamente en España la cuestión política? ¿quién sabe cuándo saldremos de esa incertidumbre, que tiene en ansiedad á los hombres y en zozobra las instituciones? ¿quién puede pronosticar cuando entraremos en ese orden regular, fijo, en que veamos definitivamente señalada nuestra suerte sin oír á cada paso los clamores de los partidos, achacándose mutuamente tramas y conspiraciones que tiendan á cambios fundamentales en la ley política del Estado? ¿cuándo será admitida la España en el congreso de las naciones europeas, saliendo de esa situación de frialdad con unas, y de antipatía y completo aislamiento con respecto á otras? Sean cuales fueren las vicisitudes que estemos condenados á sufrir, ¿será conveniente, ni nece.

sario, que todos los hombres que en el mando se vayan sucediendo, lleven como idea dominante la inseparabilidad de las cuestiones religiosa y política?

Tal debe ser en nuestro juicio, la opinión de muchos; nosotros empero, confesando los sólidos fundamentos en que pueden apoyarla, nos reservamos el derecho de dudar sobre el acierto y conveniencia de la misma. Y tales son las consecuencias á que en nuestro entender puede ser por ello conducida la religión en nuestra patria, que el corazón se nos apesadumbra al considerar que siendo muchas las circunstancias favorables á la indicada opinión, es temible no se conforme á ella la conducta de los hombres que se irán sucediendo en el gobierno. Como quiera, y por más infructuosas que recelemos hayan de ser nuestras palabras, las arrojamos en el campo de la discusión, asemejándonos al labrador que esparce la simiente en un terreno agostado y estéril, levantando los ojos al cielo, y encomendando el resultado á la bondad de la Providencia. Que en la mayor parte de los humanos negocios cábele al hombre más escasa influencia de la que él se imagina; Dios va conduciéndolos por senderos ocultos á término donde no alcanza nuestra menguada previsión; y sobre todo en tratándose de salvar la Iglesia católica, ó alguna parte considerable de su vasto patrimonio, sabe el Divino Fundador echar mano de medios extraordinarios é imprevistos, diciéndonos en seguida: «*hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*» «*Modicæ fidei, quare dubitasti?*»

Pero volviendo al punto capital de la cuestión, y mirando las cosas bajo un aspecto puramente humano, estremece el porvenir de la Iglesia española, si en efecto no puede esperar remedio á sus males, hasta el definitivo arreglo de los muchos y complicadísimos negocios pendientes en el terreno de la política. Y á la verdad, aun cuando sea muy posible que con algunos acontecimientos imprevistos, ó quizás por el natural curso de las cosas, se dé cumplida solución á las muchas dificultades que actualmente nos abruma, y á otras no menores, que se colum-



bran en lontananza, no obstante, fuerza es convenir, que la situación de los negocios se halla tan enmarañada que es muy de temer no queden frustradas esperanzas tan halagüeñas.

Aun suponiendo que todo se realizará tan prósperamente como esperan algunos, faltan todavía dos años hasta que llegue el ansiado plazo de la mayoría de la Reina, esto es que durante cerca de dos años continuará la Iglesia de España en el fatal estado de miseria é incertidumbre, de postración y decaecimiento en que ahora se encuentra. Hasta cumplir el indicado término es poco menos que imposible que se añuden las relaciones con la corte de Roma. ¿Y se ha reflexionado bastante lo que representa este tiempo por más breve que parezca, cuando viene á reunirse á la serie de calamitosos años transcurridos desde 1834? ¿Ignórase que en casos semejantes se cumple en cierto modo la ley del descenso de los cuerpos graves que bajan con tanta mayor rapidez, cuanto más distantes se hallan del punto de partida y más cercanos al suelo?

El sentimiento religioso se ha desplegado y avivado en estos últimos tiempos de una manera consoladora, el espíritu de irreligión ha perdido mucho de su fuerza, la antipatía contra el clero ha menguado tan notablemente que el año 43 dista medio siglo del 35; pero esto no hace que la miseria en que se le tiene sumido no continúe progresando, que el número de los ministros de la religión no se reduzca cada día más y más, que los obispos no vayan faltando, que la instrucción eclesiástica no esté desatendida, que la disciplina no sufra lamentables quebrantos; en una palabra, que la Iglesia de España no experimente sin cesar nuevas pérdidas, cuya reparación sea tal vez más difícil de lo que generalmente se piensa.

Sucede en estos asuntos que el mal acarreado por una funesta combinación de circunstancias no se conoce en toda su extensión y gravedad, hasta que se trata seriamente de remediarlo, hasta que se descubre, por decirlo así, la llaga, y se la ve en toda su profundidad é irritación. Día

vendrá en que la Providencia se apiade de nosotros; y entonces, cuando el celo y la inteligencia de los obispos examinen la situación de las respectivas diócesis, cuando acometan la empresa de curar radicalmente los males causados á las iglesias respectivas por tantos años de guerra, de revolución, y por ese estado de ansiedad y de incertidumbre poco menos fatal que las mismas persecuciones, y sobre todo por la dilatada viudez en que muchas de ellas se encuentran privadas de sus legítimos prelados; entonces se oirán en las pastorales dolorosos lamentos que nos harán estremecer, entonces se comprenderán los incalculables daños acarreados por la indefinida continuación de situación tan funesta.

Lo repetimos, aun dando por supuesto que existiese la seguridad de que en llegando á la mayoría la reina Isabel, el arreglo de todos los negocios así políticos como religiosos se habia de presentar muy llano y expedito, fuera un deber de los hombres amantes de su patria el andar preparando la opinión pública y disponer el terreno de una manera conveniente, para que en ofreciéndose la oportunidad saliese la Iglesia española del fatal estado en que se halla. Es necesario no perder de vista, que el arreglo de los asuntos eclesiásticos, aun en el caso más favorable, pudiera diferirse tres ó cuatro años; porque bien claro es, que llegada la Reina á mayor edad, será regular que transcurra un tiempo muy considerable desde el comienzo de las negociaciones hasta su terminación; y más todavía, hasta que sea dable reducir á la práctica las medidas que en ellas se acordaren. Esto se verificaría, aun suponiendo que las negociaciones se entablarán al momento, seguirán sin obstáculo y acabarán con felicidad, y que en la ejecución no se encontrarán tropiezos de ninguna clase. Si á tales resultados nos conducen las suposiciones más felices, vean los juiciosos si no hay graves motivos para alarmarse al considerar la presente situación y el porvenir de la Iglesia de España.

Pero ¿se cumplirán suposiciones tan halagüeñas? Cuan-



do la guerra civil estaba tocando á su término, no eran en escaso número los que opinaban que con ella habían de acabar todos los males de la nación. Los evidentes síntomas de un próximo trastorno, los clarísimos anuncios precursores de gravísimos acontecimientos, nada era bastante á sacarlos de su ilusión, nada les abría los ojos; no veían otro mal que la guerra, no acertaban á temer otro peligro que las contingencias de que ella se prolongase; todo lo demás eran pequeñas dificultades que muy fácilmente debían allanarse, melancólicos recelos de hombres sombríos y suspicaces que la próxima bonanza se encargaba de disipar bien pronto. Los acontecimientos sin embargo se verificaron de otra manera: la guerra terminó, y sin mediar siquiera breve espacio que permitiese á los ánimos algunos momentos de quietud y reposo, sobrevinieron las ocurrencias y mudanzas más trascendentales que de muchos años á esta parte presenciara la nación: tan poco valen las previsiones del hombre!

Con nadie disputaremos sobre lo más ó menos fundado de gratas esperanzas; dejaremos á los partidos que continúen meciéndose en ellas, prometiendo á la nación el siglo de oro, el día que les sea dado poner en planta su respectivo sistema, y desenvolver sus medios de gobierno: por nuestra parte, seguiremos en las convicciones que nos inclinan algún tanto á la desconfianza; y sin perder la fe en el porvenir de la España, nos reservaremos el juzgar á los hombres por sus obras, y á los sistemas por sus resultados. Por lo demás, creemos que la época que estamos atravesando lo es de transición, y por consiguiente de mal-estar é incertidumbre, y los hombres que en ella viven, mucho harán si atenúan en cuanto posible sea los males en lo presente, preparando á la generación venidera un tiempo más venturoso. Decimos esto para combatir la idea bastante generalizada, de reservar siempre para el día de mañana el hacer el bien, y de perder de esta suerte un tiempo precioso. Cuando duraba la guerra, el arreglo de la hacienda, de la administración, de todo, se guardaba

para cuando viniese la paz: vino la paz y nada se ha hecho. Ahora los más graves negocios se aplazan también para tiempos más tranquilos, en que hayamos salido de interinidades; sin reflexionar que atendida la situación social y política de España y de Europa, estas interinidades, ora bajo una forma, ora bajo otra, podrán prolongarse medio siglo. Cuando se alcanzan tiempos tan agitados, es una ilusión el prometerse completa bonanza y seguridad; y menester es resignarse á trabajar en medio de esa misma agitación y de las vicisitudes; como el navegante prosigue en sus tareas, en medio de las alternativas de la mar.

Inferiremos de esto, que siendo muy dudosa la completa solución de las cuestiones políticas para de aquí á dos años; si las eclesiásticas han de andar siempre identificadas con ellas, es bien posible que su término se aplaze para mucho más adelante. Porque aun cuando se suponga que los acontecimientos caminen por un cauce sosegado y ordinario, no vemos tampoco, cómo las vicisitudes, ó al menos la incertidumbre política, hayan de encontrar su fin en la mayoría ni en el casamiento de la Reina. Verdad es, según ya llevamos indicado, que entonces se ofrecerá una nueva oportunidad, donde se combinarán muchas circunstancias para crear una situación enteramente nueva, y abrir una era que no se parezca á las anteriores; pero desgraciadamente estamos ya tan acostumbrados á ver esas oportunidades desaprovechadas, que si lo pasado hubiese de servirnos de luz para pronosticar lo venidero, escasas esperanzas deberíamos tener de alcanzar mejor ventura. Cuando uno recuerda los años de 1810, 1814, 1833, 1840, difícil es conservar ilusiones que luego crudos escarmientos se apresuran á desvanecer. ¿Quién nos asegura que los consejeros de la Reina dominarán las circunstancias, comprendiendo plenamente la situación, y dándole un desenlace tranquilo y afortunado? Pero, habrá el marido de la Reina, se nos dirá; y nosotros responderemos que este marido sea cual fuere, será un mozo de pocos años, quizá



extranjero, y que por consiguiente, en lo que de sus prendas personales dependa, alcanzará á poco más que su Real Esposa que será una niña de 14 años.

Imaginándose enteramente desenlazada la situación política, y suponiendo que por uno ú otro medio se hubiese apoderado del poder un partido que se muestre favorable á un arreglo de los negocios eclesiásticos, todavía no estamos seguros de que el concordato con Roma fuera el inmediato resultado de la nueva situación. Lo que está aconteciendo en Portugal es un anuncio de lo que podría suceder en España; pues que nuestros vecinos á pesar de haber vencido la revolución en el campo de la política, dan no obstante tantas largas al suspirado arreglo, que hasta podrían haberse concebido algunas sospechas sobre la sinceridad de los deseos de aquel gobierno. No se nos oculta lo que se ha dicho de que el Papa era muy exigente; no sabemos hasta dónde llegan sus exigencias, porque no existen documentos oficiales que las manifiesten; pero ciertamente que será difícil que el Nuncio exceda en este punto á cierto empleado de aquel gobierno, cuyo voto tuvimos por casualidad algunos momentos á la vista. El lenguaje y las obras de los partidos son muy diferentes, según se hallan en la oposición ó en el gobierno: en el primer caso, halagan cuanto puede auxiliarlos para subir al poder; en el segundo no recuerdan sus doctrinas, y siguen más ó menos abiertamente sus instintos. Es necesario no perder de vista esta observación si se quieren apreciar en su justo valor las palabras y las protestas.

Impide no pocas veces el que lleguen á buen término las negociaciones de esta clase, no precisamente la mala voluntad de los hombres políticos que en ellas intervienen, sino la preocupación ó la mala fe de aquellos á quienes consultan como inteligentes. Los hombres más eminentes en política pueden ser muy medianos en historia eclesiástica y en legislación canónica; y tienen no pocas veces la mala ventura de dirigirse cándidamente á personas que ellos juzgan imparciales é ilustradas, entregándose

en sus manos quizá con buena fe, pero que no deja por esto de ser altamente funesta á la religión y al Estado. ¿Hubiera Napoleón firmado el concordato, si hubiese escuchado los consejos de hombres preocupados de lo que se llamaban las libertades de la Iglesia galicana, y que celaban con más cuidado contra las pretensiones de la Curia, que contra las doctrinas de Lutero, ó la filosofía de Voltaire? es bien cierto que no. Lo propio sucederá á nuestros gobernantes, sea cual fuere el color político á que pertenezcan: mientras intervengan en el negocio hombres que sepan de memoria para recitarlos á cada paso todos los motivos de queja que han tenido contra Roma los reyes de España, desde Pelayo hasta Isabel II; mientras los encargados de negociar reciban sus inspiraciones de teólogos cavilosos, de canonistas tercos, que quizás al discutirse los grandes intereses de la nación saquen á plaza sus pequeños rencores, queriendo también poner en balanza los agravios que se imaginen haber recibido; mientras esto se verifique, los negocios con Roma no se arreglarán jamás; á unas desavenencias seguirán otras, y no se alcanzará otro resultado que enconar los ánimos y aplazar indefinidamente un arreglo decisivo. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que en semejantes circunstancias no se trata de disputar sino de negociar, que no se trata de salir airoso en los escaños de una academia, sino de sacar una nación de un estado sumamente peligroso, restituyendo á las conciencias la calma perdida, extirpando un vivo germen de discordias civiles.

En vista de lo que está sucediendo en Portugal, y teniendo en cuenta otras consideraciones que no es oportuno exponer aquí, abrigamos algún recelo de que aun cuando se suponga resuelta la cuestión política en un sentido favorable á lo que desean las altas potencias de Europa, no fuera tan seguro como algunos se figuran el feliz desenlace de la cuestión eclesiástica. Mucho nos engañamos si los manejos de la Inglaterra y las susceptibilidades de un monarca del Norte, heridas por la reciente alocución



del Sumo Pontífice, no se hacen sentir algun tanto en este negocio; y hacemos de antemano esta observación para que no se extrañen las nuevas complicaciones que impensadamente se podrían ofrecer. ¿Quién sabe cuál es la mano oculta que impide la definitiva reconciliación de Portugal con la Sede Apostólica? Esta misma mano, ¿no podría también dañarnos á nosotros? ¿Sería imposible que existiese un plan de arrancar la Península entera á la influencia de Roma, ora introduciendo abiertamente el cisma, ora procurando el establecimiento de diferentes religiones, que aun cuando no encontrasen ningún eco en la generalidad de la nación, sirviesen á lo menos para quebrantar esa inestimable unidad que es tan precioso tesoro, hasta limitándonos al orden puramente social y político?

Lo hemos dicho y lo repetimos, consideramos como poco menos que imposible el restablecimiento de las buenas relaciones con Roma, hasta llegada la mayor edad de la Reina; pero opinamos que es muy prudente y hasta necesario el preparar con tiempo los ánimos para que entonces se verifique el ansiado acuerdo con la mayor prontitud posible. En otro artículo desenvolveremos más extensamente nuestras ideas sobre tan grave é importante materia.—*J. B.*

## MEDIOS MORALES QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y PROMOVER SU FELICIDAD.

Explicando en otro lugar la verdadera inteligencia de la palabra *civilización*, y señalando un tipo al que debiera encaminarse la sociedad para perfeccionarse más y más cada día, dijimos que esta perfección consiste: *en la ma-*

*yor inteligencia posible, para el mayor número posible; en la mayor moralidad posible, para el mayor número posible; en el mayor bienestar posible, para el mayor número posible.* La sociedad que descuida uno cualquiera de estos extremos falta á su instituto y labra su propia ruina. La inteligencia no está reñida con la moralidad, y ambas pueden enlazarse con el bienestar; en desapareciendo uno de ellos la sociedad está enferma, y para más ó menos tarde, su sosiego está en peligro.

Sin la inteligencia falta la luz, y por consiguiente el acierto en la dirección; sin la moralidad, falta la ley, es decir la regla; sin bienestar, hay descontento, desazón, inquietud, gérmenes de injusticia, violencias y trastornos.

Recorriendo la historia á la luz de estos principios echaríase de ver, que no pocos de los males que han afligido la humanidad, han tenido su origen en el descuido del simultáneo fomento de cada uno de estos bienes, y de que se promovía el uno, sin dar al otro el conveniente impulso. No es menester un profundo conocimiento de las ciencias sociales y políticas para convencerse de la verdad y exactitud de estas observaciones; basta el simple sentido común, y una mediana atención á lo que nos está enseñando la experiencia. Tomad un individuo cualquiera, y suponed que en él se haya desarrollado mucho la inteligencia, sin que al propio tiempo se haya arreglado y fortalecido su espíritu con las creencias religiosas y las máximas morales; ¿qué sucederá? es muy obvio: cuanto mayor sea su inteligencia, mayores serán los recursos que sabrá excogitar para satisfacer sus pasiones; y por consiguiente, á igualdad de circunstancias, será más perverso que otro que no posea en tanto grado la inteligencia. Imaginaos ahora un individuo en quien la moralidad se halle muy arraigada, pero que esté falto de las luces necesarias para el desempeño de las funciones de su profesión ó estado: este individuo podrá ser tan apreciable, tan respetable como se quiera, por las buenas calidades de su corazón; pero adolecerá del inconveniente de no servir para el objeto á que



está destinado: no obrará mal, pero tampoco producirá bien, á no ser en la esfera de su persona, y con relación á aquellos actos para los cuales bastan la rectitud de intención y los buenos deseos. Dad á un individuo la inteligencia ó la moralidad, pero de manera que le falte el bienestar y que se halle acosado por imperiosas necesidades; si posee la inteligencia sola, estad seguros que echará mano de cualquier medio para procurarse lo que necesita; y si tiene la dicha de hallar un freno en la moralidad, no dejará por esto de sentirse vivamente tentado de desviarse de sus reglas, y corre no poco peligro de sucumbir tarde ó temprano. Si al contrario suponéis en un hombre el bienestar, faltándole empero la inteligencia y la moralidad, entonces veréis la brutal estupidez que se entrega sin tasa á todo linaje de placeres, que no levanta su vista más alto de lo que le señalan sus goces, y que considera limitado el mundo entero al estrecho ámbito en que se revuelve su miserable egoísmo. Aun cuando el bienestar se considere unido con la inteligencia, es un germen de vicios y de maldades, si está separado de la moralidad. Disfraces astutos cubren entonces la corrupción más asquerosa; pero el mal nada pierde de su repugnante realidad, por más que se le apellide con hermosos nombres, y se le oculte con velos brillantes.

Fácil es inferir que los resultados que dan para un individuo las combinaciones arriba indicadas, deben producirlos igualmente con respecto á la sociedad; y que una vez conocida la dirección que á ésta se comunica en uno y otro sentido, puédese conjeturar el término á que será conducida.

Aplicando estos principios á Cataluña, claro es que no debe satisfacerse con el empleo de los medios materiales, ni limitarse á una prudente conducta en el orden político; pues que ni uno ni otro de ambos extremos llenan las condiciones requeridas para la perfección de su estado social. El fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, si bien no dejará de contribuir al desarrollo intelec-

tual de los moradores del Principado, considerándole empero aisladamente, quedará circunscrito á determinada esfera, servirá á lo más para aumentar algún tanto el bienestar material; mas no conducirá por sí solo á la mejora de las costumbres, ni á extender y afirmar la moralidad entre los pueblos. El mismo adelanto creará nuevas necesidades, ofrecerá complicaciones difíciles, presentará problemas de escabrosa resolución relativos á la organización del trabajo, y á la justa y equitativa distribución de sus productos, sin que por esto suministre por sí solo ninguna precaución contra los peligros, ni remedio ó alivio en los males que de él se habrán originado.

Conviene pues sobre manera no limitar la vista al orden puramente material, es preciso extender más allá la mirada, y ver si mientras es tiempo, nos sería dable preservarnos de las calamidades que por semejantes causas están sufriendo otras naciones. La experiencia que nos ofrece la Europa en aquellos países donde más se han desarrollado los intereses materiales, puede servirnos de mucho, recibiendo escarmiento en cabeza ajena.

Generalmente hablando, puede decirse que las sociedades modernas se ocupan con demasiado ahinco del desarrollo de la inteligencia y del bienestar material, sin atender cual conviene al fomento de la moralidad. Y aun no es exacto el decir que se afanan por adquirir ese bienestar, entendiéndolo con relación al mayor número; pues si bien se observa, lo que procuran es *producir*, y miran como objeto secundario la saludable y equitativa distribución de los productos. No desconocemos los muchos trabajos que han visto la luz pública en estos últimos tiempos para remediar un mal de tanta gravedad y trascendencia; pero es preciso confesar que el movimiento está por ahora limitado en demasía á la región de las ideas, que no ha descendido bastante á la práctica, y que las sociedades obedeciendo al funesto impulso que se les ha comunicado, prosiguen en su peligrosa carrera.

La Inglaterra y también la Francia nos dicen lo que se-



rá de nosotros, si continuando empeñados en promover exclusivamente la industria y el comercio, nos olvidamos de comunicar al pueblo una ilustración sana, fundada en principios religiosos y morales; si no atendemos como es menester á la preparación de combinaciones justas y oportunas, que sin atacar la propiedad, sin herir ningún derecho, sin menoscabar intereses legítimos, no permitan que la clase pobre se sumerja en aquel estado de abatimiento, postración y miseria, en que la contemplamos sumida en las naciones que se jactan de marchar á la cabeza de la civilización, y particularmente en aquella que se aventaja á las demás en adelantos industriales.

Aun prescindiendo de los inconvenientes y peligros que semejante situación acarrea, es doloroso por cierto que los adelantos y prosperidad de la industria hayan de comprarse con la miseria de infinidad de familias. Desgraciado progreso de la sociedad el que produce la desdicha de tan crecido número de individuos; triste aumento de la población si se aumenta proporcionalmente el número de los infelices. A pesar de toda la brillantez, de todo el oropel que en los países muy adelantados oculta el infortunio del mayor número, á pesar de la prosperidad y poderío que ostentan esas naciones, nosotros no concebimos la humanidad sin los hombres, no vemos verdadera prosperidad y ventura en aquélla, cuando éstos viven sumidos en la postración y abatimiento de la miseria.

Afortunadamente no existe todavía entre nosotros el pauperismo propiamente dicho: el país no está saturado de población, y los abundantes veneros de riqueza que nos restan aún por explotar, serán bastantes á preservarnos de este mal durante largos años. Si nos referimos á la generalidad de las provincias del reino, dedicadas casi exclusivamente á la agricultura, claro es que no encontraremos ni aun la posibilidad del pauperismo moderno, hasta que comiencen á tomar movimiento y á dar alguna mayor importancia al desarrollo y aumento de la riqueza. No sucede empero así con respecto á Cataluña; y si bien es cierto

que el Principado participa todavía de ese desahogo en que vive la clase popular en España, es evidente también que andando los años se presentarán entre nosotros los mismos problemas sociales que agobian á otros países y amenazan comprometer su porvenir.

Ni será parte á librarnos de esta calamidad la situación excepcional en que nos encontramos con respecto á las otras provincias de la monarquía; antes bien esta circunstancia podría agravar el mal y dificultar su remedio. En Inglaterra notamos que en ciertos distritos manufactureros se experimentan á menudo la mayor carestía y miseria, cuando otras comarcas distan mucho de hallarse con necesidades tan apremiadoras; y hasta en Francia se echa de ver, que en los departamentos del Norte donde ha progresado la industria, sufre la clase pobre privaciones mucho más duras que la del Mediodía, ocupada principalmente en el cultivo de los campos. De la propia suerte fuera muy posible, que mientras las provincias del centro y norte de España, y las de Andalucía, Valencia y Aragón se encontrasen á corta diferencia con los mismos medios que disfrutaban ahora, hubiesen sobrevenido en Cataluña complicaciones graves é infaustas que le acarreasen la miseria que tan lastimosamente aflige á otros países.

La España se ha quedado muy rezagada en todo lo relativo al fomento de los intereses materiales y particularmente de la industria; y si bien es verdad que semejante atraso es bajo ciertos aspectos un mal, podríase fácilmente trocar en un bien; pues que de esta manera tendremos la oportunidad de observar lo que ha sucedido á los que iban delante, y tomar, con tiempo, las debidas precauciones. No cabe duda en que la necesidad estimula y precisa á resolver las más difíciles problemas, y que no siempre es ventajoso para ocuparse cual conviene de ellos, el mirar todavía muy lejos los peligros; pero también es cierto que los apuros y agobios extravían no pocas veces el juicio, y hacen cometer las mayores imprudencias. Además que el ser tan lejanos los males indicados sólo tiene



lugar por lo que toca al resto de España, pero nó por lo relativo á Cataluña, pues aquí van ya tomando las cosas el mismo sesgo que en los demás países. Por lo que está sucediendo ahora, no es difícil calcular lo que sucederá en lo venidero cuando la gravedad del daño venga á exasperar los ánimos, agriando las querellas presentes y suscitando otras nuevas.

Los hombres que se interesan por el bienestar y prosperidad de la industriosa Cataluña, aquellos que sin olvidar su título de españoles, recuerdan con orgullo y placer el de catalanes, es necesario que atiendan con particular cuidado á los indicados riesgos; mayormente siendo muy probable que en España no se verificará lo que en otras naciones, á saber, que de la capital salen los proyectos, los planes, los medios de ejecución para remediar ó atenuar esta clase de males; sino que es muy regular y poco menos que cierto, que los catalanes seremos entregados á nuestra propia suerte, sin que haya siquiera quien nos aconseje y dirija. Conviene no perder de vista que Cataluña es la única provincia que participa propiamente hablando del movimiento industrial europeo: y así solo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; nó en las demás, que á excepción de cierto movimiento febril y somero que se observa en la estrecha esfera de la política, continúan en todo lo demás como allá en el reinado de Carlos II. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero, nada se observa que no sea una especie de continuación de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se hace dentro una misma nación, de una á otra provincia; pero al salir del Principado para lo interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la patria y se entra en países extraños.

Desgraciadamente se ha introducido en Cataluña el germen de funesta discordia, y se ha presentado de esta suerte bajo aspecto muy difícil y en extremo desagradable, el problema de la organización del trabajo, aun antes que lo apremiador de las necesidades nos pusiese en apuros se-

mejantes á los que están sufriendo otros países. A pesar de esta observación no desconocemos la gravedad del mal, y conceptuamos que quizás no siempre le han comprendido en toda su extensión, aun los mismos que más han declamado contra él. Por de pronto se echa de ver, si se reflexiona sobre el negocio con ánimo sosegado, con sinceridad y buena fe, que han andado muy errados los que han pretendido encerrar en la esfera política la cuestión que aquí se agitaba. Verdad es que las circunstancias en que se ha encontrado y se encuentra todavía la nación, y la posición excepcional de Cataluña, hacen excusable la equivocación indicada; pues que han dado margen á que se confundiesen las ideas y no pudieran deslindarse cual conviene dos órdenes de hechos, que á pesar de haber estado y estar todavía contiguos, son no obstante del todo diferentes.

Las revoluciones son para los pueblos una escuela de durísimos escarmientos, y así no pocas veces aprenden en ellas lo que de otra suerte hubiera sido difícil enseñarles. Por desgracia es muy raro que la generación que las atraviesa pueda aprovecharse de la costosa lección; porque envuelta en la polvareda de los disturbios y aturdida con la gritería de los combatientes, se le hace muy difícil el ver las cosas como son en sí, y mucho más el poner en planta los consejos de la prudencia. Los hechos desfilan á sus ojos en tan confuso tropel, tan desfigurados por la exaltación de las pasiones y de los intereses de los partidos, que llega á serle tarea extremadamente penosa el empeño de formar juicio verdadero y cabal sobre lo mismo que está presenciando.

Es muy dañoso al tratarse de aplicar un remedio, el no conocer debidamente el carácter y la extensión del mal, y sobre este particular llamamos muy especialmente la atención de todos los interesados en este asunto, amonestándolos de la necesidad en que se encuentran de examinar á fondo la situación y relaciones de las dos clases: ricos y pobres, amos y jornaleros. El error arriba insinuado ha hecho



que en ciertas ocasiones las miradas de unos y otros se fijasen quizás demasiado en la arena política, esperando que de la derrota ó victoria en este palenque habia de resultar por precisión la resolución adversa ó favorable en todo lo demás que se disputaba. No altercaremos sobre las ventajas ó desventajas que á estos ó á aquellos traer pudiera este ó aquel sistema político; no nos detendremos en señalar los yerros que en esta materia se hayan cometido, ni tampoco queremos entrometernos en dar consejos á ninguno de los contendientes, sobre la línea de conducta que les importa seguir; pero sí que nos permitiremos observar á unos y á otros, que no deben alimentar esperanzas de encontrar en el terreno de la política la resolución del problema, y que es menester buscarla en otra parte.

Se nos dirá que en vano nos empeñaríamos en separar estas dos cuestiones, puesto que es más claro que la luz del día haber corrido parejas repetidas veces, sirviendo ora de lazo de fraternidad para unirse y formar alianzas más ó menos duraderas, ora de palanca para conmovier y de ariete para derribar. Por andar juntas dos cosas, no se infiere que sean una misma, ni que la existencia de la una tenga con la otra necesario enlace. Las turbulencias y revoluciones políticas no siempre crean los hechos que en ellas se presentan; sucede á menudo que no hacen más que revelarlos, aumentarlos, irritarlos tal vez; pero tanto distan de ser aquéllas las causas de éstos, que antes al contrario éstos son las causas de aquéllas. Así por ejemplo, nos lamentamos del despilfarro de la administración, del sinnúmero de empleados, de la infinidad de cesantes, achacando á la revolución el habernos traído tan funesta plaga; pero no advertimos que si bien esto es verdad hasta cierto punto, no lo es menos que ese desgobierno, ese desorden administrativo, esa muchedumbre de empleados han originado en buena parte las revoluciones mismas, y son en la actualidad su pábulo principal, cuando no el único. Quien confundiese el sistema administrativo con el sistema político por haberlos visto siempre juntos durante

nuestras discordias, se equivocaría lastimosamente cuando buscase el remedio de nuestra administración en el terreno de la política. De la propia suerte acontece en lo demás; siendo de advertir que en tiempo de discordias, se emplea para herir al enemigo lo que primero viene á la mano; y es necesario distinguir siempre lo que hay de verdad en el fondo de las cosas, y lo más ó menos que se las exagera cuando se les hace servir como arma de oposición. Ni conviene dar excesiva importancia á la hiperbólica ponderación de los partidos ó facciones, ni es justo ni prudente despreciar lo que sus quejas y reconvenciones encierren de fundado y verdadero.

No basta hacerse ilusiones achacando á hombres turbulentos las conmociones populares, ni tampoco el atribuir á interesados designios de nacionales y extranjeros la discordia funestamente introducida; todo esto podrá ser tanta verdad como se quiera, pero quejas semejantes adolecen del inconveniente de no ser más que palabras, de no conducir á nada.

Si se examinan á fondo todas las revoluciones, todas las turbulencias que nos presenta la historia, notaremos que siempre se ha verificado que algunas cabezas volcánicas y ambiciosas les daban el primer impulso y les comunicaban movimiento y brío; que las naciones rivales ó enemigas, interesadas en dividir para debilitar, se aprovechaban de las coyunturas y procuraban atizar el fuego de la discordia. Pero ¿cuál es el deber, cuál el interés, cuál la necesidad de los que sufriendo el daño tratan de evitarle ó atenuarle? este deber, este interés, esta necesidad, son el buscar con la detención debida las causas interiores del mal, aplicarle el conveniente remedio, que si radicalmente no lo cura y extirpa, al menos lo alivie y disminuya. Así, y sólo así, se neutralizan, se desbaratan las intrigas interiores y exteriores; así, y sólo así, se remedian los males presentes y se precaven los futuros.

La clase rica de Cataluña y particularmente la de Barcelona, debe elevarse á la altura indicada en las observacio-



nes que preceden, considerando que su situación es más crítica de lo que á primera vista pudiera parecer. Si la industria catalana recibe el temido golpe; si un tratado de comercio ó una imprudente modificación del arancel, destruyen en un día el fruto de tantos sudores, y disipan el objeto de tan halagüeñas esperanzas; si en consecuencia se halla Cataluña en apremiadora estrechez, en agobiador apuro, no sabiendo en qué ocupar á millares de brazos, ni cómo acudir al socorro de innumerables familias condenadas á perecer de hambre, atravesaremos necesariamente una crisis formidable que no nos dejará siquiera el consuelo de su brevedad. Los capitales que no naufraguen se verán precisados á tomar nueva dirección ó á esconderse volviendo otra vez á las arcas; pero el desgraciado jornalero que no cuenta con otro recurso que el trabajo de sus manos, que para sustentar su numerosa familia no tiene otro auxilio que sus brazos, este infeliz no podrá aguardar en calma el fruto que resulte de las especulaciones que en adelante se excogiten, no podrá suportar largo tiempo la incertidumbre, las dilaciones, los sacrificios que exigirá la creación de nuevas industrias; al día siguiente de faltarle el trabajo se hallará sin pan: y entonces volviéndose á las clases ricas les dirá: « mis hijos tienen hambre y yo también: ni yo ni ellos debemos perecer. »

Si al contrario la industria catalana se salva, si atraviesa sin notable daño la crisis que sufre y el riesgo que corre, si alcanzando los capitales alguna mayor seguridad, afianzándose algún tanto el orden público, y presentando la generalidad de la nación un aspecto lisonjero ó siquiera menos repugnante, llegamos á tener un gobierno sabio y previsor, firme sin obstinación, fuerte sin violencia, prudente sin debilidad; si á favor de tal conjunto de circunstancias la industria catalana es protegida y fomentada cual conviene, y se desarrolla y progresa en el alto grado de que todas las apariencias la muestran susceptible, entonces la clase rica de Cataluña y especialmente la de Barcelona, podrá encontrarse en nuevos compromisos que le

importa precaver á tiempo. Entonces conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la población, será mayor el número de los pobres, y más dura su pobreza. No es este el lugar, ni cumple tampoco á nuestro propósito, de señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bastanos consignarle aquí para llamar la atención de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto á los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver más nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *hacerlos buenos, y hacerles bien.*—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

### SEGUNDA CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

#### MULTITUD DE RELIGIONES.

Voy á pagar, mi querido amigo, la deuda que en mi anterior contraje de responder á la dificultad que V. me proponía, relativa á la permisión de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religión, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mi-



larla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la encubran y disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré además, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objeción indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos más mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religión católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay más que una religión verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvación, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios, y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa que consideramos como una inmensa calamidad la alteración de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo más mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religión que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distinción de razas, pue-

den contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos, para quienes no hay verdad ni salvación fuera de la Iglesia, y que además están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazón que abran los ojos á la luz de la fe, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato como suele decirse de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice, *quot nimis probat nihil probat; lo que prueba demasiado no prueba nada*; lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no sólo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino también lo que á las claras es falso, de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razón en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso también; luego por más especioso que sea un argumento, por más apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que, ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algún vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deducción á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostración pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostración de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser; y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vacío en la demostración, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razón crítica, de la que resulten condenados también, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que debo



apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido; prueba demasiado y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narración de un viajero me empeño en que se ha de dar fe á sus palabras alegando razones de las que se infriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas; mi manera de discurrir sería mala también, porque probaría demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algún tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestión que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, como si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí puedan resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no sólo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además: si la dificultad que se levanta contra la permisión de este mal significa algo, es nada menos que una completa negación de toda providencia, es decir la negación de Dios, el ateísmo. La razón es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos: si se pretende pues que la Providencia no puede permitirlo, se pretende también que la Providencia no existe, es decir que no hay Dios.

Infiérese de aquí que la permisión de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulmán, al hombre

que admite una religión cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcorán y su Profeta, pretendiendo que su religión es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: «si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? si se engañan miserablemente los que viven en religión diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateísmo en todo su horror y negrura, que no la opinión que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pie la misma dificultad arriba propuesta: ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio más grave é importante que es la religión? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto que le tribute la expresión de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos, ¿cómo es posible que á los ojos de un ser de infinita verdad sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominación? ¿cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente pródigo, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones sólo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas



ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creación, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios pueda darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestión el principio dialéctico que más arriba he recordado; y cómo una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religión, y aun á los puros deístas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? He aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente: he aquí la manera de discurrir más conforme á razón: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe también, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradicción no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda desaparecer esa contradicción; y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios más comunes de la vida, hacemos á cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible; á nuestro juicio se excluyen, se repugnan: pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. «Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo; me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la

cosa vale la pena, buscamos la razón secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho de desechar aquellos extremos de cuya existencia no podemos dudar, por más que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo el emplear en el examen de las verdades más importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios más comunes; y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razón, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la dirección y arreglo de nuestros más pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica y por la más sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religión, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la obscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones más espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y la predestinación? Si el hombre no atiende á más que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos á la sola consideración de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él ya sabía Dios cuál había de ser su paradero; pero, tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperación que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegar; halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

«¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? sí, dudarle no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razón; lo experimentas por un sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas



más cierto de tu existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios.»

«Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y por qué? porque lo que prueba demasiado no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se seguiría que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos más de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razón, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuerto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaría de sentido común, hasta de juicio, haría de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incomprendibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente.»

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religión se proponen: miradas superficialmente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razón y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razón de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que más interesa al humano linaje. La explicación de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la Religión católica sobre la prevaricación y consiguiente degeneración de la descendencia de Adán. *El pecado, y co-*

mo su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupción en la voluntad*; he aquí la fórmula para resolver el problema; revolved la historia, consultad la filosofía; nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienen á este hecho misterioso, obscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incomprendible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; sólo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad: no hay otro medio de dar una explicación plausible á esta calamidad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprendible, es verdad; pero atreveos á desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es más que una serie de catástrofes sin razón ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontráis por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensación; todas las ideas de orden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creación, acabáis por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental: el edificio se levanta por sí mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisáis razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia, ó acaso; y la serie de los acontecimientos desde la creación hasta nuestros días se desarrolla á vuestros ojos, como un magnífico lienzo donde encontráis las obras de una justicia inflexible y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntáis ¿por qué tan considerable porción de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte? os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha transmitido á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado



de ceguera. Esta calamidad grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adán cuando le dijo Dios: «Adán, ¿dónde estás?» resuenan dolorosamente todavía después de tantos siglos; y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del Paraiso. El *sudor del rostro, la muerte*, se os ofrecerán por do quiera; en ninguna parte notaréis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y la expiación.

Cuanto más se medita sobre estas verdades, más profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane*, comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, haced las aplicaciones á cuantos objetos os plazca, y no hallaréis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*; no se verifica pues la terrible pena sólo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfección. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos; no llega jamás al punto que desea, sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos le da *espinas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino después de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores; ¿ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organización social y política? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneración; y á menudo, después de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemían. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilización ó cultura de otro? la inoculación se hace con hierro y fuego: generaciones en-

terras se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No veréis al genio sin grandes infortunios; nó la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; nó el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; nó el heroísmo sin la persecución; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiación, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adán hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, porqué no ha llamado más la atención este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religión que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada día. La prevaricación y degeneración del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio de la reparación, comprada con la sangre del Hijo de Dios, forma el más admirable conjunto que imaginarse pueda; un tan sublime sistema, que á la primera ojeada manifiesta su origen divino. Nó, no pudo nacer de cabeza humana combinación tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupendo, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su obscuridad pavorosa arrojan rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el origen y destinos del hombre andaba hacinando la filosofía.

Esto es lo principal que tenía que decirle sobre las dificultades propuestas: ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y convicción de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platón hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular nada con que un espí-



ritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religión. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningún confín del horizonte un rayo de luz; y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres. Si su alma es nacida para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus días con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazón.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero día vendrá en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. No, no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religión, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al origen, vida y destino del hombre. ¿Qué más? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestibulo del mismo templo de la filosofía encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles, y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada preterición las cuestiones que más de cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes

sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la obscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad; y que poco fía de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del día. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro día, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusión; entre tanto disponga de su afectísimo.—*J. B.*

## EL DOCTOR NEWMAN,

EL PUSEÍSMO,

Y UNA RETRACTACIÓN EXTRAORDINARIA.

---

Repetidas veces hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la revolución religiosa que se está verificando en Inglaterra, cayendo más y más en descrédito la iglesia establecida, y aumentándose las tendencias hacia el catolicismo. Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford, y sabio distinguido, ha dado el nombre á una escuela, que sin condenar decididamente el anglicanismo le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo en cierto modo la apología de la Iglesia católica, sin que se resuelva á entrar en su seno. Al lado de Pusey figura un escritor que se ha señalado sobre manera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma uni-



versidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posición para servir de instrumento á la Providencia, el día que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer á la Inglaterra y á la Europa, un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos á decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título *Lyra Apostólica* había llamado á la Iglesia romana *iglesia perdida*; en una obra sobre los Arrianos había hablado de la *apostasia papal*; en otra titulada *Tracts for the Times* declaraba que Roma era *hereje*, que había apostatado en la época del Concilio de Trento, que la *comunion romana se habia ligado para siempre con la causa del Anti-cristo, que habia sustituido la mentira á la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste*. Las expresiones que se acaban de leer no las había soltado el autor en sus más recientes publicaciones, dadas á luz con más conocimiento de causa y con más espíritu de justicia en favor de la verdad. Sin embargo lo que había dicho en los últimos años en favor del catolicismo, no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto á lo que se había permitido en las anteriores; y así ha creído de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores. Para esto ha apelado al medio más sencillo y expedito, y al mismo tiempo muy honroso á la rectitud de sus intenciones, publicando en los periódicos una solemne retractación de cuanto había dicho.

Conócese que el doctor Newman sentía no leves escrúpulos al permitirse tan destempladas expresiones contra la Iglesia romana; y es curioso el oírle cuando nos explica con cándida sencillez lo que á la sazón pasaba en su espíritu. «Si me preguntáis cómo puede permitirse un simple individuo pensar y mucho menos publicar semejantes cosas, sobre una comunión tan antigua, tan extendida, y

que ha producido tantos santos, responderé con el mismo lenguaje de que me valía entonces para mí mismo, cuando me decía: «las palabras que yo publico no son más, yo no hago más que seguir las opiniones de los teólogos de mi iglesia, quienes sin exceptuar ni aun los más distinguidos y más sabios, han hablado siempre contra Roma en términos extremadamente violentos; yo deseo adoptar su sistema; cuando repito lo que ellos han dicho estoy en toda seguridad, pues que en nuestra posición el abrazar sus miras es cosa poco menos que necesaria.»

«Tengo también, continúa el doctor Newman, razones para temer que este lenguaje pueda ser atribuído en gran parte á un carácter ardiente, y á la esperanza de ver mi conducta aprobada por personas que respeto. Además, quería al mismo tiempo ponerme á cubierto de la nota de *romanismo*.»

Las palabras que preceden no necesitan comentarios, mayormente cuando se sabe que este hombre no se ha convertido todavía al catolicismo; mientras hace estas confesiones tan consoladoras, oímosle que dice, que no entiende por esto retractar lo que ha escrito en defensa de la iglesia anglicana. Tal vez nos engañamos, pero nos parece columbrar aquí algunos indicios de vastos designios de la Providencia. Los enemigos del catolicismo siguiendo su acostumbrado sistema de infamación y calumnia, se empeñan en presentar los triunfos de la religión verdadera como resultado de sórdidas intrigas, ó efectos de un fanatismo desatentado. Si la Inglaterra se hubiese convertido repentinamente, hubiérase dicho á no dudar, que no mediaba el dedo de Dios, que no debía atribuirse á la gracia el prodigioso acontecimiento, sino que era necesario buscar su origen en miras y combinaciones políticas, que con más ó menos especiosidad se hubieran indicado desde luego, dejando al porvenir la aclaración de lo demás que se habría supuesto oculto entre las sombras. La Providencia ha querido que las cosas marchasen por otro sendero: se hubieran atribuído las conversiones á la



influencia política, y Dios ha mantenido tan separados estos extremos, que lejos de aliarse han vivido enemistados. Se hubiera dicho que el cambio se había verificado por medio de sorpresa, que los ánimos no habían podido prepararse, que el tiempo no había madurado las cosas, y que por tanto las nuevas convicciones se resentirían de la precipitación con que habían sido concebidas; y Dios ha querido que el tiempo demandado transcurriese en abundancia, que despues de siglos de error y de fanática exaltación, comenzase la saludable mudanza, primero calmándose los ánimos, cediendo de su primitiva irritación, examinando con menos parcialidad é injusticia la causa de los católicos, y llamando al tribunal de una razón ilustrada las calumnias de que se los agobiaba; que en seguida se pasase á investigar los motivos que se habían tenido para separarse de la Iglesia romana, y que se palpase la sinrazón de un cisma que sólo han podido sostener las imposturas de los interesados en prolongarle; y que en fin ora por abiertas conversiones, ora por confesiones más ó menos explícitas, se anduviese propagando la doctrina católica, preparándose el afortunado día en que, según la expresion de un grande escritor, la Inglaterra se hará católica, y deshecho también el cisma de Oriente, la Europa asistirá al Tedéum que se cantará en Santa Sofía.

Ved lo que está indicando la célebre universidad de Oxford, lo que nos está diciendo la escuela de Pusey, lo que nos está revelando la notable retractación del doctor Newman. Las palabras, las ingenuas confesiones del distinguido escritor, nos hacen asistir á una conversión sosegada, lenta, en que la Providencia se complace en manifestar la transformación que se va realizando en los espíritus con el auxilio de las luces y de la gracia. En efecto: notamos en primer lugar que el doctor Newman al escribir sus invectivas contra la Iglesia católica, al llamarla iglesia perdida, apóstata, y de la cual era necesario huir como de la peste, siente ya en el fondo de su alma una voz que está clamando contra tanta injusticia; puede apenas

sosegar su espíritu agitado por un vivo remordimiento, viéndose precisado á apoyarle en la autoridad de los hombres más *distinguidos de la iglesia anglicana, quienes al hablar de la Iglesia católica se han expresado con la mayor violencia.* Es decir que el doctor no se sentía ya con bastantes fuerzas para atacar por sí solo la Iglesia romana, ya no estaba seguro de lo mismo que decía, sus convicciones eran tan débiles que habían menester el sostén de la autoridad ajena. Además ya no procedían de lo íntimo del alma, ya no eran la expresión del pensamiento, eran un medio para congraciarse con las *personas á quienes respetaba, y para precaver la tacha de romanismo.* Malo como era semejante proceder, anunciaba no obstante que la obstinación no tenía asiento en el ánimo del escritor, que sus ojos comenzaban á abrirse, que la luz de la verdad descendía del cielo sobre su cabeza; y que Dios al permitir su extravío, no quería sin embargo dejarle en aquella horrible tranquilidad, que disfrutada en medio del mal, es señal funesta de que el nombre del culpable está borrado del libro de la vida.

La retractación que acaba de hacer el doctor Newman, de las proposiciones vertidas contra la Iglesia católica, tiene más peso en la actualidad, que si lo hubiese verificado después de su conversión que con tan fundados motivos esperamos. Si un paso semejante lo hubiese dado después de abrazada decididamente la fe de la Iglesia romana, sería una consecuencia muy legítima de su cambio de religión, y quizás no ofrecería tan abundante pábulo de serias reflexiones á los que están observando la marcha de los espíritus. Un hombre que se acabe de hacer católico, natural es que manifieste profundo respeto á la verdadera Iglesia, y que repruebe lo que antes había aprobado. Pero un protestante, que permaneciendo todavía en su falsa secta, retracta lo que ha dicho contra la Iglesia católica, y lo retracta de una manera pública y solemne, es el espectáculo más raro que en este género pueda ofrecerse, es una clarísima señal de que la verdad se va abriendo



paso al través de todos los obstáculos, y que la Providencia va adelantando su admirable obra por caminos incomprensibles al hombre.

Y esta resolución del doctor Newman es de tanta más importancia, cuanto que atendida la situación de los espíritus en Inglaterra, no podrá menos de acarrearle un diluvio de insultos y sarcasmos por parte de los protestantes, que vivamente alarmados del progreso del catolicismo en aquel país, y de las buenas tendencias que se manifiestan en la escuela puseista, claman con la mayor violencia contra los males que están amenazando á la iglesia anglicana. Se ha trabado ya una ardiente lucha sobre este punto; y los escritos contra los católicos y los puseistas se derraman con gran profusión para atajar la corriente de las sanas ideas, que de tal modo perturba el reposo de los discípulos del error. Entre los muchos folletos publicados últimamente, se nota uno que merece ser copiado por lo que dice y por lo que deja entender. Lo insertamos tal como lo hemos visto en periódicos extranjeros: «Miembros de la Iglesia: llamamos seriamente vuestra atención sobre una confesión hecha recientemente con respecto al verdadero objeto que se propone el partido cismático, que de algún tiempo á esta parte ha perturbado y dividido de una manera tan lamentable la iglesia nacional. Este manifiesto se encuentra en el *British Critic*. número 59, p. 45. Helo aquí :

«Nosotros debemos separarnos más y más de los principios, si tal nombre merecen, de la Reforma inglesa.» «El que lee, entienda; en vano se para la red á la vista de las aves.»

Continúa el celo protestante recomendando la circulación de dicho folleto, el que se halla de venta en todas las librerías de Londres, á razón de un schelling cada cien ejemplares, para hacer frente de esta manera y á favor de la baratura, á las tentativas de los agitadores eclesiásticos, que no se avergüenzan de comer el pan de la iglesia protestante mientras trabajan para arruinarla. Manifestando finalmente

en cuánto apuro se halla la causa del error, exclama el autor del folleto: «Dios, en su misericordia, conserve entre nosotros la verdadera religión protestante.»

Échase de ver la indignación con que se levantarán contra el doctor Newman los sostenedores del anglicanismo, y que agotarán el diccionario de injurias de la rencorosa Reforma, para presentarle á los ojos del público con los más negros colores. Pero Dios, cuya gracia le ha dado fuerza bastante para dar en el camino de la verdad un paso tan costoso, se la otorgará también para sufrir con resignación los insultos que se le prodiguen, preparando poco á poco su espíritu para que se decida de una vez á abrazar la fe de esta Santa Iglesia, á cuyo seno el Señor le está llamando con tan patentes señales. Entre los que participan de las ideas puseistas, la resolución del doctor Newman ha encontrado muy lisonjera acogida, y hasta se añade que ese acto tan recomendable hallará bien pronto imitadores. Ya que la infinita misericordia sufre tan benignamente las dilaciones y la indecisión de esas ovejas extraviadas, sufrámosla también nosotros; aguardemos con paciencia el día de bendición en que brillará con toda claridad á sus ojos la luz divina, y entre tanto oremos por ellos, como están orando los católicos de aquel país, y de otras partes, para que el Señor se digne consolar su Iglesia con la conversión de tantos desgraciados, tanto más dignos de compasión, cuanto han nacido en un reino envuelto en las tinieblas del error, y donde las preocupaciones contra la fe católica habían echado más profundas raíces. No preguntemos por qué tarda tanto el cumplimiento de nuestros deseos y esperanzas: ¿qué es el hombre para pedir cuenta á Dios?

La retractación del doctor Newman nos ofrece un modelo que debieran imitar todos los católicos que, habiéndose deslizado en algún error ó permitido expresiones mal sonantes, han podido escandalizar á los sencillos, poniendo quizás en peligro su fe, ó disminuyendo el respeto que deben profesar á la Iglesia. Si Newman, todavía protes-



tante, que declara expresamente no ser su ánimo el cambiar de comunión, reprueba de una manera pública y solemne las expresiones vertidas contra la Iglesia romana, no porque esté ya adherido á ella, sino por conceptuar injustos los cargos que le había hecho, y calumniosas las calificaciones con que la había ofendido; ¿con cuánta más razón deberán los verdaderos católicos proceder con mucho cuidado en desfigurar la historia eclesiástica, desencadenándose contra los sumos Pontífices y contra la Sede Romana ó contra el cuerpo del Episcopado en general? Por desgracia no siempre se anda en estas materias con el tiento debido, y libros existen de autores que se apellidan católicos, y á quienes nosotros no negaremos tampoco este título hasta que la Iglesia se lo haya tambien negado, que se expresan con tanta desenvoltura en estas materias, que difícilmente pudiera creerse que fuera autor católico quien no ha reparado en consignar semejantes palabras en sus escritos. Y no pretendemos por esto que al examinar la historia de la Iglesia, se proceda con parcialidad, ni se dispensen elogios á quien no los merezca, ó se trate con excesiva indulgencia al que de ella se haya hecho indigno por su conducta; pero sí es bien claro, que al tratarse ciertos puntos delicados, no asienta bien á un hombre que se apellida hijo de la Iglesia, el desatarse en invectivas contra este ó aquel Pontífice, esta ó aquella clase. Conviene recordar que sin faltar en nada á la verdad histórica, sin torcer la rectitud del juicio, y hasta sin escasear el correspondiente vituperio de las malas acciones, cabe emplear cierto lenguaje en que se trasluzcan á un mismo tiempo el amor de la verdad y el celo de la justicia, hermanados con el cuidado de conservar el decoro y buen nombre de la Iglesia; cabe emplear cierto lenguaje en que se conozca que al narrar los excesos, al exponerlos á la reprobación pública, se cumple con un deber doloroso, como el hijo que se ve precisado á confesar la ignominia de su padre. Los que conocen estas materias juzgarán si es oportuno lo que acabamos de indicar. El curso de los aconte-

cimientos ha puesto demasiado en claro los resultados de semejante conducta para que sea excusable nadie que en adelante la siga. Hubo un tiempo en que algunos católicos poco avisados, ó seducidos quizás por el prurito de hablar con entera libertad manifestando un espíritu superior á las preocupaciones vulgares é inaccesible á la lisonja, pudieron creer que no era mucho el daño que ocasionaban, dando á luz escritos que sin reparo habrían podido adoptar como suyos los protestantes y los incrédulos. Pero en la actualidad la situación se ha aclarado de tal manera, se ha manifestado con tanta evidencia cuál era el blanco de los que aplaudían estrepitosamente estas publicaciones, que la falta de circunspección es un verdadero delito á los ojos de Dios.

Es ya muy consolador para un ánimo fiel y piadoso, el observar que se van convenciendo de estas verdades todos los hombres de intenciones leales y sinceras. Fijese la atención sobre el lenguaje de los escritores católicos, y se notará que se van desviando del errado camino de insistir demasiado sobre ciertos puntos en los que les parecía desahogar inocentemente su celo, cuando en realidad contribuían al descrédito de las instituciones más augustas, y por tanto dañaban gravísimamente los intereses de la fe católica. Antes de los horrorosos acontecimientos presenciados en revoluciones recientes, habían llegado las cosas á un punto escandaloso; siendo difícil de concebir cómo se había apoderado de los ánimos tan funesto prurito de exageración y maledicencia.

Es menester desengañarse; si se declama mucho contra los Papas, al fin se vendrán á suscitar dudas sobre la legitimidad del vicariato que ejercen; si se habla incesantemente contra sus pretendidas usurpaciones temporales y espirituales, al fin se llegará á poner en cuestión su primado de jurisdicción y de honor. No ignoramos lo que á esto suele responderse, no desconocemos que los vicios y las faltas de un Papa nada tienen que ver con el pontificado; pero tampoco se nos oculta que cuando las cosas se



llevan hasta cierto punto, hay distinciones que es más fácil hacerlas de palabra que de corazón, y que cuando nos hayamos acostumbrado á mirar á una serie de hombres con aversión y desprecio, no se nos hará difícil el atacarlos como Vicarios de Jesucristo.

Cuando ocurra calificar los procedimientos de este ó aquel Papa, cuando sea menester designar y condenar un abuso que en este ó aquel tiempo se hubiere introducido, quien sienta que su pluma destila amarga hiel, quien llevado por el celo indiscreto se exalte en demasía, y se deje arrastrar á expresiones exageradas, recuerde que un protestante nos ha dado el ejemplo del respeto con que debe hablarse de la Iglesia, y que no sólo no ha tenido reparo en desaprobando su anterior conducta, sino que antes bien ha llegado á exponernos con la mayor sencillez los motivos que le hacían obrar de aquella suerte, sin callar ni aun aquellos en cuya ocultación se interesaba vivamente su amor propio. Al reflexionar sobre la elocuente y saludable lección que resulta de hecho tan singular como el que hemos consignado, ocurrenos naturalmente aquella profunda sentencia de S. Agustín, á saber: que Dios es tan bueno, que no permitiría el mal, si del mismo mal no pudiera sacar un bien.

## EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

### I.

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecía en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteón, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el bri-

llo del astro nocturno; la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algún reflejo, como feble llamada que se exhala de la lobreguez de las tumbas, ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedrón murmuraban sordamente, y los ecos del valle respondían al ruido: hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedían algún lamento desde la hondura de sus sepulcros.

## II.

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divisanse tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿son viajeros extraviados á quienes sorprendiera la noche en medio de su camino? ¿abrigaban quizás malvada intención, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante?... Más allá, no muy lejos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil.... Acercaos; veréisle en humilde compostura, hincado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristura y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el cáliz do rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al Padre celestial, con inefable ternura le dice: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya»; así dijo, y sumido otra vez en el silencio de la meditación, apuraba ya en espíritu las acerbos heces del cáliz más terrible.



III.

Entre tanto no olvida su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviniéndolos con dulce cariño, les exhorta á que velen con él siquiera un momento: «¿Una sola hora no pudisteis vigilar conmigo?» Indulgente, se aparta el mansísimo Cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras él para salvarnos tiene destrozado el corazón. Enderézase de nuevo al punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su Padre celestial para que aparte si es posible el formidable cáliz. Y otra vez se les acerca, y los encuentra también dormidos; y dejándolos, torna de nuevo á orar, para que pase de él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera, que no se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre.

IV.

¡Qué pensamientos tan dolorosos ocupan su mente! ¡qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¡qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ay! que está viendo del Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del despiadado fariseo! ¡Ay dolor! y está viendo también las angustias de una Madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! De una Madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas, y sufriendo el brutal empujón del satélite que con desprecio y altivez le veda acercarse al Ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero conserva apenas la figura de hombre; no tiene parte sana, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus

huesos de manera que pudieran contarse; echan la suerte sobre sus vestidos, le retan á que descienda de la cruz y se salve.....

V.

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va á sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebosar el terrible cáliz de amargura. El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía triunfos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesús; y la luz divina que penetra hasta lo más hondo de aquella obscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitud y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

VI.

¿Veis cuál destrozan la túnica inconsútil las sacrílegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemando de aquella *Generación* que la lengua del mortal no *puede narrar*, de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿no veis cómo en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero, y asombrado del error en que ha caído, se apesara y gime? ¿no veis cómo beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepción vasta y elevada: el Hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambición se conjuran para hacer inútiles tanta dignación y misericordia!.....



## VII.

Allá en la ilustre Bizancio, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdición que vano de su saber ostenta los dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de almo templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbola el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos que, extraviados por la señal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la Cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! ¡quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaría el corazón del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusión y seducción, tantos medios, tantos afanes y fatigas para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la disipación, la corrupción, el fraude, la violencia, la injusticia, los odios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos; ellos que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

## VIII.

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires; del Occidente desvía tus ojos; no contemples cual rompen con desprecio tus leyes más sagradas, cual despedazan de tu Esposa el seno, cual ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste en la víspera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cual dispersan tu rebaño lobos rapaces; cual en nombre tuyo siembran entre hermanos discordia horrible; cual á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando días de luto y llanto.

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? no: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la visión maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la misión tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos..... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....—*J. B.*



(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Mayo de 1843.)

## SITUACIÓN DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

---

### ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Dijimos en el número anterior, que era conveniente separar en cuanto posible fuese, las cuestiones eclesiásticas de las políticas; y que era muy arriesgado el asentar por inmutable base, la necesidad de aplazar la resolución de las primeras, hasta que las segundas estuviesen decididas en todas sus partes. Las razones que á esto nos inclinan están ya expuestas; y resumiéndolas en dos palabras pueden reducirse á que no existe una necesaria dependencia entre estas dos cuestiones; que las políticas podrían prolongarse indefinidamente, y llevan visos de no tocar todavía á su fin; que la misma resolución de las políticas no fuera una segura garantía de la satisfactoria resolución de las eclesiásticas; que en esto podríamos tener adversarios en lo interior, y recibir dañosas influencias de lo exterior.

Ha llegado el abatimiento del culto y clero á un punto tan alarmante, es tal la complicación que se ha formado

en los negocios eclesiásticos, son tantos y tan varios y tan difíciles los asuntos que se han de arreglar, que ya se ha hecho imposible salir de situación tan apurada, sin mediar la autoridad pontificia, sin preceder un amistoso acuerdo con la Santa Sede. Mírese la cosa bajo el aspecto que se quiera, dése rienda suelta á la imaginación, entregándose á las suposiciones más caprichosas, prescíndase, si place, de los intereses de la religión misma, atendiendo tan sólo á las miras de conveniencia pública; no hay tranquilidad posible para las conciencias, ni seguras garantías de una paz sólida y duradera, sin el restablecimiento de las relaciones con la corte de Roma. Esto no es simplemente la expresión de los deseos de un espíritu católico; es, además, un pensamiento social y político, cuya realización reclaman de consuno las necesidades más apremiadoras y urgentes que afligen nuestra desgraciada patria; pensamiento que ha servido de guía á las naciones católicas cuando han tratado de repararse de dilatadas catástrofes; pensamiento que concebido y ejecutado por Napoleón á pesar de los murmullos de los volterrianos y de otros enemigos de la Santa Sede, sirvióle admirablemente para restablecer y asegurar el orden en Francia, para calmar la irritación de los ánimos é inclinarlos á la concordia, levantando de esta manera el robusto pedestal desde el que sojuzgó la revolución é impuso respeto á todas las potencias de Europa. Tan pronto como se desvió de esta línea de conducta, empezó su decadencia. Si esto se verificó en Francia, ¿qué no sucedería en España, donde la religión católica se conserva todavía con tanta fuerza, donde la inmensa mayoría no ha participado aun de las ideas impías?

Es por consiguiente de la mayor importancia que todos los hombres amantes de su patria aunen sus esfuerzos para que se calme la irritación que en este punto se había introducido; haciendo de manera que los gobiernos, sean cuales fueren sus ideas en política, vayan participando del mismo espíritu que se observa en la sociedad; el cual con-



siste en que la inmensa mayoría de la nación desea vivamente la reconciliación con la Silla de Roma, y el resto, aunque poco ocupado de los intereses religiosos, lo desea también, para asegurar la tranquilidad de las conciencias, afianzar el orden público, y acabar de una vez con esa serie de altercados, que sólo sirven á nutrir la discordia, y á perpetuar el predominio de pasiones y rencores que debieran haberse olvidado para siempre.

A los que juzguen que lo que estamos escribiendo son meras utopias, que sólo tienen posible su realización en los deseos del escritor y en su anhelo para que la religión salga de la penosa situación en que se encuentra, les recordaremos el ejemplo de América, donde las cuestiones políticas se han separado de las eclesiásticas, donde á pesar de la anarquía de las guerras civiles y hasta de las pretensiones de los monarcas de Europa, se halla afianzada la unidad católica, y en buen pie las relaciones de los gobiernos con la cátedra de San Pedro. ¿Qué sería de la religión en América, si los asuntos eclesiásticos se hubiesen vinculado con las cuestiones interiores y exteriores, de manera que no se hubiesen restablecido las relaciones con la Sede Apostólica hasta haberse decidido cuál había de ser la forma de gobierno que en definitiva debía prevalecer, cuál el partido que debía dominar, cuál el resultado de las negociaciones con los gobiernos de Europa al efecto de alcanzar el reconocimiento de la independencia? Estas cuestiones no se han resuelto todavía completamente; y si á este paso hubiera debido caminar la cuestión eclesiástica, no estarían ahora las repúblicas de América enviando á Roma sus embajadores para alcanzar del Padre Santo colonias de misioneros, con la mira de fecundar de nuevo aquella tierra que tiene sed de verdad, y que no se la puede proporcionar cual desea, por falta de operarios que el suministren la divina palabra.

No desconocemos que la situación social y política de España, por lo tocante á lo interior y exterior, es muy diferente de la de las repúblicas de América; pero no por

esto deja de ser verdad, que es tal la complicación de nuestros negocios, que bien posible sería que al fin se haga necesario prescindir aquí, como se hizo allí, de las cuestiones políticas en el arreglo de las eclesiásticas.

Preciso es no perder de vista que la religión católica tiene en España bastante vigor para sostenerse por sí misma, sin que haya menester como auxiliares indispensables, las ideas y los intereses políticos de ningún partido. La Providencia se ha dignado manifestarlo de una manera admirable; Dios se ha complacido en hacernos palpar, que para conservar su obra no necesitaba de nuestro débil concurso, que le bastaba su omnipotencia. Véase lo que nos enseñan los acontecimientos que hemos presenciado, y dígame si no ofrecen un cúmulo de graves reflexiones á un espíritu que contemple las cosas bajo un punto de vista religioso. ¿Dónde están los auxilios materiales con que haya podido contar la Iglesia de España de muchos años á esta parte? ¿dónde el escudo humano que la haya cubierto contra los formidables golpes que ha tenido que sufrir? ¿dónde el valimiento de los partidos que le prometieron apoyo? Perdidos sus bienes, destruida su influencia política, contrariado su ascendiente sobre el pueblo, blanco de innumerables ataques, se ha encontrado sola, abandonada á todo el rigor de su suerte, sin más esperanza que la misericordia del Dios, cuya fe proclamaba y cuya causa defendía. Y sin embargo, á pesar de tanto desamparo, á pesar de tantos enemigos, no ha perecido; consérvase todavía en medio de la sociedad; y sus mismos adversarios se llenan de asombro al contemplar cual sale radiante y pura de en medio de tan amargas tribulaciones.

Infiérese de lo dicho, que la fuerza de la religión católica en España es muy superior á la de todos los partidos políticos; y que ninguno de ellos puede gloriarse de que sin su apoyo y auxilio esté necesariamente condenada á perecer. Con lo que se manifiesta más claro, que no es tan extraña la idea que hemos emitido, de la separación de las cuestiones eclesiásticas y políticas, y de que las cosas pue-



den llegar á tal extremo, que bajo una ú otra forma se haga preciso resignarse á adoptarla.

Quizás sea más hacendera esta separación, de lo que algunos se figuran; pues que es evidente que se va realizando por sí misma, antes de que en ella hayan pensado los hombres. Al principio de la revolución, las cuestiones eclesiásticas eran el caballo de batalla de los partidos; en todo entraba el clero, en todo figuraban sus rentas, en todo se mezclaban las desavenencias con Roma; en la actualidad sucede muy de otra manera; y si bien los mismos objetos se ofrecen á la vista todos los días cuando se abraza el conjunto de la situación, se conoce inmediatamente que no figuran como principales, y que no pocas veces, no tienen más que un valor aparente y facticio, que les dan el interés y las miras de los partidos. Este fenómeno es muy natural: la revolución destructora por esencia se ensañó contra todo lo que presentaba cuerpo y ofrecía algún cebo á las pasiones que ella representaba. En este caso se encontraba el clero; y así es que fué la primera víctima del empuje revolucionario. Pero las circunstancias han variado completamente; las comunidades religiosas han desaparecido, sus bienes se hallan en buena parte en manos de nuevos poseedores, y sus individuos andan dispersos, ó peregrinando en país extranjero, ó viviendo en su patria en la obscuridad y en la miseria. El clero secular ha sufrido también dolorosos quebrantos, no tan sólo con la supresión del diezmo y con la incorporación de sus propiedades al erario, sino también por el abatimiento á que le llevara el ascendiente de las nuevas ideas, el cambio del sistema político, la falta de sus pastores, el decremento del número de sus individuos, la falta de medios para procurarse la instrucción correspondiente, la imposibilidad de repararse con nuevos ordenados, y los cien y cien contratiempos y humillaciones que ha tenido que sufrir durante los calamitosos y turbulentos años que hemos atravesado. Ha resultado de aquí, que la revolución no ha visto ya en el clero, ni un enemigo que abatir, ni un opu-

lento que despojar; y por lo mismo enderezando sus miras á otros puntos, á ellos ha dirigido sus golpes cuando le ha sido posible, y sus dicterios y amenazas cuando para más no se ha sentido con fuerza.

Es digno de notarse el curso que en este particular han seguido las ideas y los acontecimientos. Luego de la muerte del Rey, al comenzar la guerra civil, cuando se temía que la generalidad del clero no se abalanzase á la causa de D. Carlos, y estaba muy reciente el antiguo orden de cosas, mostraron cierta antipatía contra el clero todos los matices más ó menos subidos del partido liberal; creemos que nadie lo habrá olvidado; pero si alguien llevase á mal nuestro aserto, le remitiremos á los periódicos de la época y á los hechos del gobierno y de sus subalternos. Arrecciando la revolución, enardeciéndose la guerra, y presentándose la situación de una manera muy distinta de lo que se había esperado, comenzó á cejar una parte considerable del partido liberal, y á manifestar simpatías que antes no se le habían conocido. Anduvieron en aumento estas simpatías, á medida que la división entre los liberales se hacía más fecunda; siguiendo en progresión ascendente con notable rapidez, según en sentido opuesto se desenvolvía con más fuerza el elemento revolucionario. No sabemos si se ha parado bastante la atención en este movimiento, que más ó menos se verifica y debe verificarse en todos los países colocados en situaciones semejantes; pero á quien no recordare cuáles han sido las sucesivas transformaciones que en esta parte se han presenciado le aconsejamos que recorra las sesiones de Cortes del año 35, 38 y 40. Tres épocas en que dominó el mismo partido, y en que por los mismos ó por distintos órganos pudo manifestar sus ideas, sus instintos, sus medios de gobierno. En el año 35 era poca la distancia que separaba los dos partidos; atrevíanse apenas á confesar diferencia en las doctrinas, ni divergencia en el objeto; sólo disputaban sobre los medios, la cuestión era únicamente de oportunidad; en el año 38 se habían alejado ya mucho más; y en el año 40



difícilmente se hubiera podido señalarles algunos puntos en que estuvieran de acuerdo. De donde ha resultado, que el partido conservador ha ido apartándose de la escuela en que más ó menos se habían formado sus principales individuos; hallándose por fin en tal situación, que lejos de mostrar contra el clero ninguna antipatía, se ha declarado su ardiente defensor, dejando entrever que no se desdénaría de contraer con él una verdadera alianza.

Por lo que toca al partido opuesto, abrazando en él todos los matices más subidos del partido liberal, también son notables las variaciones que ha ofrecido con respecto al clero. En el año 35, colocado á la cabeza del arranque revolucionario, dirigía sus esfuerzos contra la existencia del clero regular, y contra las propiedades y el poderío del secular; como que en esto veía un recuerdo de lo pasado, y un obstáculo á las innovaciones en el porvenir. En el año 37 cuando destruídas ya las comunidades religiosas, y quebrantada la influencia del clero secular, la revolución triunfante no veía delante de sí un adversario temible, contentábase con apoderarse de sus propiedades, sin valerse ya de aquel sañudo lenguaje que poco antes empleara. Ya en las Cortes constituyentes se pronunció por uno de los principales prohombres de este partido, un notable discurso en favor de la unidad religiosa, que indicaba el nuevo curso que iban tomando las ideas. Posteriormente, y dejando aparte la cuestión de las propiedades en que la naturaleza del asunto debía ofrecer un carácter especial, por más esfuerzos que se hayan hecho no se ha podido recabar que la revolución propiamente dicha, escogiese al clero por blanco de sus ataques. Todo cuanto se ha visto en esta parte ha sido facticio, no ha sido popular, no ha participado de aquel calor que en un círculo más ó menos extenso se veía en el año 35; no parece sino que la revolución ha dicho: «los que quieren atizarme contra el clero, tratan de distraerme; yo me complazco en derribar al poderoso, y el clero ya no lo es.»

A este propósito es sumamente digno de observarse lo

que sucedió con el proyecto del señor Alonso. Prescindamos de cuál sería la mira del señor ministro en arrojar en medio de la nación esa tea incendiaria; dejemos aparte, si efectivamente abrigaba la idea de captarse popularidad, halagando las ideas revolucionarias, y mostrando que el gobierno se proponía marchar á la cabeza del movimiento arrojándose de golpe á los últimos extremos en las materias más delicadas; pero de cierto que si tal fué su intención, halló un amargo desengaño, así en la prensa como en la tribuna. Donde no encontró oposición el malhadado proyecto, fué recibido con frialdad, con indiferencia; y la más suave lección que alcanzó el desacuerdo del ministro, fué el silencio. Este fenómeno es grave, gravísimo, sumamente significativo, pues que indica la situación de las ideas, y que toda tentativa de cisma no encontraría el apoyo que algunos creen, ni en el mismo elemento revolucionario. Desde los acontecimientos del año 40, se han presentado desembozadamente en la arena política los partidarios de una libertad más lata, llegando hasta el punto de proponer la abolición de la monarquía y el establecimiento de la república; pues bien, esos nuevos campeones, á quienes de seguro no se puede aplicar el título de retrógrados, tampoco se han dirigido contra el clero, tampoco han mostrado particular tendencia á envenenar las cuestiones religiosas.

Esto demuestra la exactitud de lo que hemos observado, de que naturalmente, por el mismo peso de las cosas, va separándose la cuestión religiosa de la política; y que los partidos y las personas contendientes se inclinan á mirar aquélla, como ajena á sus altercados y enconos. Y de esto nos alegramos sobremanera, porque así se logrará que ningún partido explote la influencia del clero en provecho de intereses mezquinos, y los ministros de la religión podrán quedar en una posición alta é independiente de que nunca deben descender. El clero en España no ha de perder nunca de vista esta verdad; y sus deberes y hasta su interés exigen, que sordo á los halagos como á las



amenazas no se prostituya jamás á las exigencias de ningún partido, que no se presente como instrumento de ambiciones de ninguna clase. Porque conviene no olvidar, que la influencia del clero, aun caído como está, es mucha, muy poderosa; y los partidos, que no carecen de sagacidad y previsión, no ponen en olvido este elemento con la idea de aprovecharle cuando les sea útil ó necesario.

Importa tanto más que el clero siga esta conducta, cuando disueltos en la guerra y revolución todos los partidos, han venido á parar en buena parte en facciones y pandillas, sin que se descubra ninguna que pueda gloriarse de poseer un pensamiento verdaderamente nacional y que cuente con los medios para realizarle. Pero con la disolución de los partidos no ha muerto la nación; conserva todavía en su seno un fondo de vitalidad y energía; y observando atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos, se nota que se va rejuveneciendo aún en medio de los desastres y de ese marasmo en que actualmente se halla, presentando no escasas esperanzas de que volverá á recobrar un día el puesto que le corresponde en el congreso de las naciones.

Las grandes ideas, que para su triunfo no han menester sórdidos manejos, ni mezquinos apoyos, deben reservarse puras, intactas, sin descender al inmundo fango de las pasiones, seguras de que la Providencia les tiene señalado en el porvenir la hora en que hayan de brillar de nuevo con todo su esplendor y hermosura. Y entre tanto no quedan estériles, obran todavía en el corazón de la generalidad de los españoles, y su influencia es tanto más eficaz, cuanto se ve con toda claridad que sacan de sí mismas toda la fuerza, que no la mendigan á los gobiernos, que no la obtienen de los recursos materiales, pues que se ven obligadas á ejercer su acción en medio de la pobreza y del abandono de la clase que las representa.

Tan profundamente convencidos estamos de estas verdades, y de que las ideas religiosas no deberán su triunfo á combinaciones políticas, que antes bien esperamos, que

si la lenta reacción que decididamente se ha manifestado en su favor, fuese secundada por una medida que tranquilizando las conciencias, hiciese desaparecer de una vez todos los temores del cisma, proveyese á las iglesias de pastores, fijase definitivamente la suerte del clero, y restableciese en todos los puntos la buena armonía con la corte de Roma, podría esta reacción aprovechar sobremanera para calmar la irritación política, conciliar los ánimos, y preparar un desenlace pacífico al gran drama que estamos presenciando. Porque, no se curan los males de una nación con golpes de Estado, no se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas, no se cambia la situación social de un pueblo con una intriga diplomática ó con un meditado protocolo, no se allanan como por encanto todos los obstáculos, ni se salvan todos los inconvenientes, ni se sueltan todas las dificultades con la mayoría de un monarca, ó con su casamiento; el mal que tiene causas profundas, necesita duraderos y eficaces remedios; lo que trae su origen del estado social de un pueblo no se muda por un simple cambio de personas.

Encarados unos con otros los partidos, librándose reñida batalla en el campo de la discusión, no sin riesgo una que otra vez de llegar á las manos, no suelen expresar con toda franqueza sus principios y sus proyectos, porque están recelosos de que los adversarios no tomen acta de las palabras, sacando de ellas consecuencias que pudiesen perjudicar la causa que respectivamente defienden. Pero si fuera posible oír á los prohombres de todos ellos, formulando cada cual su sistema de gobierno, y manifestando cándidamente la mayor ó menor confianza que del buen éxito alimentan, á buen seguro que no se encontraría ese tono decisivo que parece indicar una inalterable certeza de los principios y una firme seguridad de alcanzar felices resultados. Todos andarían perplejos, vacilantes, todos participarían de esa incertidumbre, de esa ansiedad sobre el porvenir, que todo el mundo siente, aun cuando sean muchos que no acierten á darse razón de sus causas.



No es la política la que ha de salvar la religión, antes bien la religión ha de salvar la política; y bajo este supuesto deben caminar todos los hombres leales y concienzudos que de una ú otra manera pueden influir en los destinos de la nación. Cuando los pueblos han llegado á la triste situación en que se encuentra el nuestro, es necesario obrar sobre ellos por medios más eficaces que los suministrados por la política. Véase cómo es esta la senda que sigue la parte más escogida, la menos preocupada, la menos corrompida, la juventud; véase cómo en su afición al estudio, en su alejamiento del bullicio político, en su templanza precoz, está dando una lección severa á los hombres que en edad más proveya la están escandalizando con sus doctrinas disolventes, con sus máximas de desgobierno, con sus odios, rencores y venganzas; véase cómo la juventud se está preparando en silencio para una nueva era que más bien presente, que prevé; y cómo apartada de todos los partidos, ó más bien despreciándolos, les deja que se la apropien, reservándose desmentirlos solemnemente el día que se encuentre llamada á hablar y obrar.

Que los hombres sedientos de oro y de mando continúen disputándose el poder cubriéndose con este ó aquel distintivo, que las pasiones políticas prosigan revolviéndose en la arena que les es propia, tan manchada ya con lodo y con sangre; pero al menos que se extienda, que se generalice por la nación la idea de que conviene, de que urge pensar seriamente en separar la cuestión religiosa de la política, de que es altamente dañoso el mirar aquella como un apéndice de ésta, y de que tan lejos está la primera de ser dominada por la segunda, que antes bien ella prepondera sobre todas las demás, y su resolución podría quizás conducir á un desenlace suave y venturoso.

Lo repetimos, alimentamos pocas esperanzas de que por ahora nuestras palabras produzcan ningún fruto; y tal es la situación de las cosas que estamos bien seguros de que es poco menos que imposible que los negocios sigan un

curso diferente. Pero en el arrebatado torbellino que lleva revueltos los acontecimientos, son tantas las situaciones que pueden presentarse, que quizás en alguna de ellas podría aprovecharse alguna de nuestras indicaciones. Por lo mismo que ofrecen algo de singular, tememos que con el tiempo no sea menester apelar á algún medio más ó menos análogo á los aquí apuntados; pues que tan anómala consideramos la situación, tan negro el porvenir, que dudamos mucho que se desenvuelva sin sucesos extraordinarios; y nos quedaríamos agradablemente sorprendidos, si como esperan cándidamente algunos, todos nuestros males se hubiesen de remediar con el simple advenimiento de una época no muy lejana. No podemos participar de opinión semejante, pero envidiamos la dicha de los que se deleitaren con ese hermoso sueño.

No concluiremos este discurso sin insistir en lo que de suyo está indicando su título; á saber, que para remediar los males de la Iglesia de España no hay otro remedio, que el restablecimiento de las buenas relaciones con la Santa Sede, que un *Concordato*. Tal es la complicación de los negocios, tales son las novedades ocurridas, que el concordato es absolutamente necesario: si alguien ha podido imaginarse que hay otro camino para salir del mal estado en que nos encontramos, se engaña lastimosamente; y todo proyecto basado sobre persuasión tan funesta conduciría la nación á un abismo. No ignoramos del todo lo mucho que se ha disputado sobre las modificaciones sufridas por la disciplina eclesiástica en el negocio de la confirmación de los obispos, no nos son enteramente desconocidas las cuestiones que sobre este particular se han ventilado entre los canonistas; pero sea de esto lo que fuere, no concederemos jamás, que pueda sobrevenir una extrema necesidad que legitime el proceder á dicha confirmación sin la autoridad pontificia. Esto lo consideramos ilegal, injusto, subversivo de la disciplina general de la Iglesia, atentatorio á los derechos de la supremacía de la Sede Apostólica, y un medio seguro para dar principio al



cisma y hacer de la Iglesia española una Iglesia semejante á la anglicana. Y en efecto, cuando todas las naciones católicas del mundo reconocen en el Soberano Pontífice este derecho de confirmación, cuando se ejerce aun en los países donde mandan gobiernos de otras sectas, cuando sean cuales fueren las discusiones que sobre gravísimos puntos han mediado entre los soberanos y los Papas, al fin siempre se ha venido á parar en reconocer este derecho, dejándole libre y expedito; ¿qué papel representaría una iglesia particular, que contra la disciplina de la Iglesia universal se propasase á darse obispos, haciéndolos confirmar por el metropolitano ó por otro, so pretexto de extrema necesidad? Desde entonces, ¿qué vinculo le quedaría que la enlazase con la Santa Sede? ¿dónde estaría la unidad? Una medida semejante, lejos de tranquilizar las conciencias, lejos de curar los males de la Iglesia, perturbaría más y más las primeras, y agravaría é irritaría los segundos, arrojándonos de golpe á una sima de la que no saldríamos sin un milagro de la Providencia. Estaríamos abiertamente en el cisma; sí, en el cisma; y no bastarían á variar la naturaleza del hecho, ni en sí ni á los ojos de la generalidad de los españoles, todos los recuerdos de antigua disciplina, todo el aparato doctrinal que tan fácil es ostentar en este linaje de materias.

Al tratarse del arreglo de los negocios eclesiásticos, y de las desavenencias con la corte de Roma, han hablado algunos de *necesidades extremas*, de *restablecimientos de la antigua disciplina*, de *confirmación de los obispos por el metropolitano*, recordando hechos intempestivos, y permitiéndose indicaciones altamente dañosas. Lo hemos dicho y lo repetimos, no se trata de investigar cuáles son las modificaciones que sobre puntos semejantes haya podido sufrir la disciplina de la Iglesia, sino de saber cuál es la actual de la que no es lícito desviarse: no se trata de disputar sino de negociar; no se trata de traer á colación particulares rencores ó resentimientos en los que nada tiene que ver el público, sino de buscar los medios á propósito para

tranquilizar las conciencias y asegurar sobre bases sólidas la paz de la nación. Que no lo olviden los hombres que en adelante hayan de mediar en este gravísimo negocio; mientras no se eleven sobre esa esfera, que lo menos malo que tiene es ser mezquina, nada se conseguirá, no será posible dar un paso en el camino de la reconciliación deseada.

Aun prescindiendo de los principios de dogma y de disciplina, aun dejando aparte el cisma, el evidente cisma en que se precipitaría la Iglesia española si consintiese la alteración de la disciplina universal sobre el negocio de la confirmación de los obispos; aun olvidando por un momento la aflicción que acongoja á todo espíritu católico á la sola idea de que pudiera intentarse un paso tan criminal; parécenos imposible que semejante medida ocurra como realizable á nadie que conozca medianamente la situación de España. En efecto, suponed que se acomete la desatentada empresa, que se procede á la confirmación de los obispos por medio de los metropolitanos. En primer lugar, ¿cuáles serán los metropolitanos que á tanto lleven su atrevimiento, que hasta tal punto prostituyan su conciencia, que de tal suerte arrosten la fea responsabilidad en que incurren á los ojos de Dios, de la Iglesia y de la nación? ¿conocéis muchos metropolitanos, ni lo que se llama *obispos antiquiores*, que á esto se prestasen? Dificil es penetrar en el corazón de los hombres; sólo Dios sabe lo que alcanzarían á recabar las promesas ó las amenazas; pero nosotros tenemos la firme convicción de que fueran muy contados; y abrigamos la esperanza de que no se hallaría ni uno solo. Sí, ni uno solo; porque sean cuales fueren las doctrinas particulares que profese esta ó aquella persona, cuando se llegaría al caso de aplicarlas, cuando se alzaría la voz del Vicario de Jesucristo condenando el atentado y á los que de él se hiciesen cómplices, cuando de todos los ángulos de la nación eminentemente católica se levantaría un grito de reprobación y de horror, cuando la totalidad del clero, fiel á sus deberes, se resignaría al destierro an-



tes que hacer traición á su conciencia, entonces, no lo dudamos, también se sentiría detenida la mano preparada para consumir el sacrilegio, también el hombre extraviado cejaría del camino de perdición, y se reuniría de nuevo al redil de la Iglesia, si es que por algunos momentos en su corazón se hubiese apartado de ella.

Pero, demos por supuesto que no se verificase de esta suerte, y que además hubiese algunos hombres bastante obcecados para recibir la confirmación de una mano cismática; ¿qué sucedería? Cuando se presentarían á las diócesis para regir una grey que no les fuera encomendada por el Espíritu Santo, ¿cómo los mirarían los pueblos? ¿cómo se acatarían sus disposiciones? Ni los sacerdotes ni los fieles consentirían en rendir obediencia á un intruso, que sin más mérito que su ambición, ni más títulos que los librados por potestades incompetentes, se sentaría en la cátedra episcopal, siendo de continuo una manzana de discordia y una piedra de escándalo. Y acaeciendo lo mismo no tan solamente en esta ó aquella diócesis, sino en casi todas las de España, pues son ya muy pocas las que no cuentan ó difunto ó ausente su legitimo pastor, ¿quién no concibe el desorden, la confusión, el caos que se introduciría por todas partes? ¡Cuánta turbación de conciencias! ¡cuántos y cuán violentos esfuerzos para sostener la desatentada medida! ¡cuántas delaciones, cuántos procesos, cuántas persecuciones, cuántos desastres! Vano fuera hablar de *necesidades extremas*, vano recordar la antigua disciplina, vanos todos los preámbulos de los decretos en que se prescribiese la sumisión á los intrusos, vanas todas las pláticas y pastorales y discursos de éstos para convencer de su legitimidad; mil y mil plumas demostrarían la infracción de los sagrados cánones, la subversión de la disciplina, el quebrantamiento de la unidad; mil y mil lenguas se emplearían pública ú ocultamente en combatir el funesto error; y el pueblo español, católico por ideas, por costumbres, por hábitos; este pueblo dotado por la Providencia de un admirable tino para discernir al lobo

aun cuando se cubra con la piel de oveja; el pueblo, repetimos, dirigiéndose á los falsos pastores les diría: «nosotros no sabemos de estas cosas tanto como vosotros; pero lo que no podemos ignorar es, que no os hemos visto entrar por la puerta; y quien por ella no entra, es un ladrón, según la enseñanza del Divino Maestro.»

He aquí los resultados que sin duda alguna acarrearía el arrojarse á resolver las cuestiones eclesiásticas sin la intervención de la Santa Sede: he aquí una perturbación universal, profunda, duradera, á la que no sería dable ponerle término sino volviendo las cosas á su estado primitivo. Porque en vano esperan algunos que se pudiese consolidar entre nosotros el establecimiento cismático, formándose una iglesia separada á manera de la de Inglaterra; los tiempos han cambiado, el violentar las conciencias se ha hecho más difícil, las circunstancias en que se encuentra la España en nada se parecen á las del reinado de Enrique VIII. Además, para mudanzas de esta naturaleza es preciso contar con la prevaricación de una parte considerable del clero; sólo de esta manera se consigue arrastrar numerosos partidarios del pueblo incauto, que extraviado traidoramente por sus guías, abraza la destrucción bajo el nombre de la reforma, y se entrega á la licencia apellidando libertad. Gracias á la infinita bondad del Todopoderoso, esto no se verificaría en España; y cuando lo decimos, no hablamos con ánimo de lisonjear al clero, ni con la mira de alentarle para las crisis que puedan sobrevenir; consignamos un hecho generalmente reconocido, y que la desgracia de los tiempos ha evidenciado hasta el más alto punto, cubriendo de gloria á la Iglesia de San Leandro y de San Isidoro, consolando el corazón de todos los fieles del orbe católico, é infundiendo las más legítimas esperanzas de que todos los sufrimientos que ha padecido esta escogida porción de la sagrada grey, servirán para sacarla triunfante de todos sus enemigos, y prepararla más y más para cumplir la divina misión que le está encomendada.



Convénzanse de estas verdades todos los hombres públicos que fueren en adelante llamados al gobierno de la nación, sean cuales fueren sus opiniones políticas, y hasta sus ideas religiosas, penetrándose de que este complicadísimo problema que aqueja y abruma á la nación española no tiene otra solución posible que un concordato. Y ya que desde luego se echa de ver el punto á que es necesario enderezarse, conviene caminar hacia él con sinceridad y buena fe, cuando se trate seriamente de poner término á los males de nuestro infortunado país.

Por de pronto, fuera de la mayor importancia, que todos los órganos de la opinión pública, sean cuales fueren sus diferencias políticas, se pusiesen francamente de acuerdo sobre este punto, asentando el concordato como una de las bases primordiales de los programas que vayan formulando. Han llegado ya las cosas á tal extremo, son tantos los desengaños y escarmientos que se han recogido, es tanto el cansancio que produce en los espíritus una situación tan penosa, es tan profunda la convicción que se han formado todos los hombres pensadores de que los asuntos eclesiásticos no pueden continuar en esta lamentable interinidad, sin resultar daños de gravísima trascendencia, es tan decidida la reacción que del modo más natural y espontáneo se está verificando en los ánimos hacia las ideas religiosas, que sería muy agradable á la inmensa mayoría, mejor diremos á la totalidad de la nación, el que por medio de declaraciones francas, explícitas, terminantes, se manifestase la decidida voluntad de una reconciliación con la Santa Sede, cerrando de esta manera la puerta á toda tentativa cismática. ¿Quién puede tener interés en oponerse á esa reconciliación? sólo cabe suponer tan maligna voluntad en quien se complazca en tiranizar las conciencias, en oprimir á un clero abatido y despojado, en ver cómo se desmoronan los magníficos templos que nos legara la piedad de nuestros mayores, en detener el torrente de las ideas de la generalidad de la nación, en falsear la libertad, en violentar el curso de los acontecimientos,

en envenenar todas las cuestiones esparciendo abundante semilla de agitación estéril, de discordia funesta.

Nuestras palabras indican bastante que no hablamos con designios interesados, ni con intento de secundar las miras de ninguna bandería política: el amor á la religión católica, el vivo deseo de que se conserve y prospere entre nosotros, el anhelo de que se restablezcan la paz y la concordia entre los españoles, afianzándose sobre bases sólidas y duraderas, he aquí los motivos que nos han impulsado á dar á luz estos artículos, he aquí el norte que ha guiado nuestra pluma. Si de algo pudiese servir alguna de las indicaciones emitidas, rogamos á los aventajados escritores que se distinguen en nuestra prensa, que procuren desenvolverlas y aclararlas con mayor felicidad de la que á nosotros nos fuera dado; entre tanto los invitamos á que secunden nuestras miras de reconciliación, y que no se avergüencen, viviendo en la patria de Recaredo, de proclamar altamente que la nación española no ha olvidado todavía la sublime escena del Pontificado de San Gregorio, y que desea presenciar otra semejante en el de Gregorio XVI.—*J. B.*

## CATALUÑA.

### CONSIDERACIONES SOBRE LA CONDUCTA QUE DEBEN OBSERVAR LAS CLASES RICAS CON RESPECTO Á LAS POBRES.

En el mundo social como en el físico, todo está ordenado admirablemente por la mano de la Providencia; sólo que, así como en éste reina una absoluta necesidad, por estar compuesto de seres que faltos de razón y por consiguiente de elección, obedecen ciegamente al impulso de



las leyes á que están sometidos; en aquél, estando de por medio el libre albedrío del hombre, se ha dejado al ejercicio de esta facultad una anchurosa esfera, donde pudiese obrar con entero desembarazo, escogiendo el bien ó el mal, la vida ó la muerte. No marchando el mundo á merced del acaso, sino bajo la dirección de aquella mano todopoderosa que se extiende de *uno á otro extremo, y lo dispone todo con suavidad*, claro es que la sociedad ha de estar regida por ciertas leyes, que establecidas por el mismo Criador, sean independientes de la razón y de la voluntad del hombre. Estas leyes pueden ser quebrantadas; pues que Dios imponiéndolas no quiso despojarnos de la libertad, y nos ha dejado lugar para tomar el camino que más nos agradare; pero también se ha reservado el restablecer el equilibrio perdido por la infracción de la ley, castigando severamente al culpable, ora fuese el individuo, ora una clase, ora la sociedad entera.

Así vemos que de la propia suerte que el individuo comienza en esta misma vida á experimentar las funestas consecuencias de su mala conducta, ya echándose á perder su salud, ya mancillándose su honor, ya disipándose su fortuna, ya con los padecimientos del corazón, que vive atormentado de agudos remordimientos y angustiosa pesadumbre; así también la sociedad tan pronto como se aparta del camino que le señalaran la infinita sabiduría y la inagotable bondad del Criador, sufre desde luego la pena merecida; comenzando primero á sentir la inquietud, la desazón, los disturbios pasajeros; hasta que al fin si se empeña en no volver de su extravío, en no tornar al buen sendero, se llena la medida de la indignación del Altísimo, y la terrible copa de la justicia divina se derrama sobre las generaciones culpables como torrentes de encendida lava.

Entre estas leyes impuestas por el Criador á la sociedad, figura una cierta, clara, evidente, indeclinable, y es la obligación de las clases poderosas de emplear en bien de las necesitadas, los medios de que disponen. Ley inspira-

da por la misma naturaleza, dictada por la razón, enseñada por el cristianismo, purificada, sancionada, elevada á un orden superior por esa religión divina en la que *toda la ley y los profetas penden del amor de Dios sobre todas las cosas, y del amor profesado al prójimo como á nosotros mismos.* Ley formulada en una palabra sublime, que un mundo orgulloso y ciego se desdeña de emplear; en una palabra cuyo alto significado en vano se intenta suplir con los nombres de humanidad y filantropía; en una palabra que abarca lo terreno y lo celeste, que no cabe en los límites de la vida, que se extiende hasta las regiones de la eternidad, que es dulce en rededor de la cuna, consoladora en las angustias del lecho de muerte, que atraviesa como brillante centella la lóbreguez de las tumbas, que une á los vivientes con los finados, que enlaza la presente Jerusalén con la Jerusalén de la gloria, que une á las generaciones presentes con las pasadas y las venideras, que intenta dar á todo el linaje humano un solo corazón, una sola alma, sumergiéndole en un piélago de luz y de amor en el seno del mismo Dios; esta palabra es la *caridad*.

Recórrase la historia, consúltese la experiencia, y se echará de ver, que todas las clases que han alcanzado riqueza, comodidades, honores, influencia y predominio en los negocios de la sociedad, han recibido estas ventajas y prerrogativas, como una especie de compensación de los beneficios á ella dispensados; y tan pronto como olvidaron las causas de su elevación y el objeto á que ésta debía servir, comenzaron á enflaquecerse y al fin perecieron.

Aquí, como en muchos otros puntos del mundo civilizado, el ascendiente y la pujanza del elemento popular han ido abatiendo todas las eminencias, echando sobre todos los rangos sociales un verdadero nivel; por cuyo motivo, consérvanse á duras penas leves vestigios de la antigua aristocracia, como trozos de vieja armadura que más bien sirven de objeto á la curiosidad de un arqueólogo que á los usos del guerrero. Esto no embargante, existe todavía una verdadera aristocracia, que cuenta poco



tiempo de duración y funda las razones de su superioridad en otros títulos que su antecesora. Bien se deja entender que hablamos de la industrial y mercantil, de la aristocracia del oro; cuyos blasones se consideran tanto más ilustres cuanto mayores son los capitales de que dispone, cuyos pergaminos son los billetes de banco; y que en vez de presentar como los antiguos nobles un salón cubierto de armas y otras insignias que recordaran los hechos y hazañas de sus ascendientes como medida de la nobleza de la alcurnia, muestran cual decisivo título de hidalguía, las grandes dimensiones de la caja de hierro donde guardan el numerario.

Por la misma naturaleza de las cosas, y especialmente por la organización de la sociedad actual, la existencia de dicha clase es una verdadera necesidad, un hecho que no fueran parte á destruir los trastornos de cualquiera clase, cuanto menos las vanas declamaciones. Aplicad los principios más injustos, valeos de las teorías más absurdas, ensayad los sistemas más insensatos, nivelad en consecuencia todas las fortunas repartiendo entre los pobres los bienes de los ricos, estableciendo la más completa igualdad; cuando ésta se lograra, que lograrlo no es posible ni por un solo momento, cuando se realizase este delirio criminal, al día siguiente, mejor diremos á pocas horas de la repartición, la igualdad hubiera desaparecido, existiera de nuevo un monstruoso desnivel, la prodigalidad y la codicia, la necesidad y la prudencia, el juego y otros vicios se encargaran de destruir bien presto la insensata igualdad; las riquezas habrían cambiado de manos, algunos de los antiguos ricos quedarán tal vez pobres para siempre, así como otros alcanzarán quizás en poco tiempo el restablecimiento de su primera fortuna; pero hecha abstracción de las personas, la situación de las cosas quedara en realidad la misma; entonces como ahora, habría pobres y ricos.

Resulta de estas observaciones, que no se ha de buscar el remedio de los males de la sociedad en descabelladas

doctrinas que atacándola en sus fundamentos tienden á destruirla y hacerla imposible. Sean cuales fueren las teorías con que las diferentes escuelas pretendan explicar el derecho de propiedad, y dejando aparte las modificaciones que en su aplicación hayan sufrido ó puedan sufrir; lo cierto es que este derecho existe, que es inviolable, sagrado, reconocido en todos tiempos y países, fundado en la ley natural, sancionado por la divina, consignado en todas las humanas, y reclamado por los más caros intereses del individuo y de la sociedad. Así es que en tratándose de mudanzas, de reformas, de innovaciones de cualquier clase, es importante y muy necesario el tener siempre los ojos fijos en este precioso derecho, no atacarle nunca, guardarse hasta de herirle en lo más mínimo; que una vez pisado el delicado linde, se encuentra una pendiente rapidísima en la que es muy difícil sostenerse.

Pero la misma importancia del derecho de propiedad, es decir la misma altura del trono en que se encumbra la justicia, hace más patente la necesidad de que al lado de esa diosa inflexible, tome su asiento otra más dulce, más amable, más benéfica, la *caridad*. Dios no ha criado el humano linaje, no ha cubierto esa tierra que habitamos de tantos objetos indispensables á nuestra conservación, y útiles á nuestras comodidades y regalos, para que un reducido número se aproveche de estas ventajas, sin ni aun pensar en el socorro de los infortunados á quienes adversa suerte colocara en posición diferente. Los que poseen tienen un derecho de justicia á conservar su propiedad, pero también pesa sobre ellos la rigurosa obligación de cumplir aquellos deberes que les impone el amor de sus semejantes.

La religión cristiana se ha adelantado de muchos siglos á la filosofía en la proclamación de la fraternidad universal; y al paso que se declaró siempre, y se declara todavía, y se declarará hasta la consumación de los siglos, contra todo atentado en que se violen los santos derechos de la justicia, así también inculca incesantemente la obli-



gación en que están los ricos de hacer participantes de sus bienes á los pobres, por medio de la caridad. Al infeliz y necesitado le dice: «Sufre con paciencia;» al rico le dice: «Da con largueza;» si éste se niega, la religión no irrita á aquél, no le excita á la usurpación y á la venganza; pero volviéndose al hombre de entrañas duras, le recuerda que su Señor y su Juez está en los cielos, que hay un Dios vengador que escucha hasta los *deseos de los pobres*, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y la miseria, sube hasta las gradas del trono del Altísimo; y que el Altísimo presta atento y bondadoso oído á los lamentos del infortunio, y se reserva castigar en la otra vida los corazones desapiadados; si es que ya en esta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo espantosas catástrofes.

La rivalidad entre las clases pobres y las ricas, no es un hecho peculiar de nuestra época, sino general á todos los tiempos y países; sólo que en la actualidad la discordia es más ruidosa, á causa de la mayor libertad que se disfruta para levantar el grito, exponiendo cada cual las sinrazones é injusticias que en realidad sufre ó se imagina sufrir. Media además otra causa nacida de los mismos principios difundidos en la presente época, en los que se inculca continuamente la igualdad, no consintiéndose que asome siquiera nada que pueda presentar alguna semejanza con las antiguas clases. Es de aquí, que los pobres no ven en los ricos, ni títulos de nacimiento, ni prerrogativas originadas de privilegios, ni un tenor de vida que ofrezca la idea de un apartamiento premeditado que impida la mezcla de lo noble con lo plebeyo. El pobre no descubre entre él y el rico otra diferencia que la del oro; extendiendo su vista por los distintos órdenes que forman la jerarquía social, salta á sus ojos que las gradaciones que en ella existen dependen únicamente del oro; y está seguro, que si mañana un golpe de próspera fortuna le proporcionase en abundancia ese precioso metal, pasaría de repente, sin

preparación, sin títulos de ninguna especie, de la clase más inferior á la más encumbrada. Esto engendra por necesidad en el ánimo de las clases menesterosas un deseo ardiente de mejorar de fortuna, cierta envidia hacia las acomodadas; y faltando los motivos que en otro tiempo inspiraban respeto y veneración, se originan fácilmente el desprecio, el rencór y el odio.

Cuando las clases superiores se hallan sostenidas en su respectiva posición por el ascendiente de las ideas de una época, por la organización social, ó por el sistema político, pueden por algún tiempo descuidar sus deberes con respecto á los inferiores, sin verse amenazadas de inmediata ruina. El reparo que las cubre suple, por espacio más ó menos dilatado, el vacío que deja su negligencia; pero no mediando estas circunstancias, cuando las clases se hallan unas en presencia de otras sin mediador, sin valla que las separe, sin más vínculo que el formado por los respectivos intereses, es indispensable que procuren estrechar estos lazos, combinando y aliando sus intereses, y promoviendo el espíritu de fraternidad á fuerza de beneficios.

Claro es que este impulso debe partir principalmente de las ricas, puesto que ellas tienen á la mano los medios de darle; cuando las otras, faltas de recursos, y atareadas en procurarse el sustento de cada día, no tienen lugar comunemente de pensar en proyectos de mejora, y mucho menos el poder de ejecutarlos. Fuera de desear que los hombres inteligentes y honrados que abriga esta capital se ocupasen detenidamente en examinar la verdadera situación de las cosas, reflexionando si tal vez no habría varios medios justos y suaves para hacer el bien á las clases pobres, previniendo desavenencias desagradables que dañan así á éstas como á las ricas.

No es poco el interés que en este punto tiene todo gobierno que en algo estime la felicidad, ó cuando menos la tranquilidad pública. Las lamentables escisiones que se han visto en esta capital, hubiéranse podido quizás evitar,



saliendo al paso á las causas que las motivaban; siendo esto tanto más hacedero, cuanto que afortunadamente las clases pobres, si bien sufrían algunas privaciones, inseparable patrimonio de su posición desgraciada, estaban empero muy lejos de encontrarse sumidas en aquella espantosa miseria que aflige á las de otros países, no dejándoles más que dos extremos: ó un estúpido embrutecimiento ó el furor de la desesperación. Hasta ahora la Providencia nos ha librado de esta horrible plaga; y por lo mismo conviene sobremanera aprovechar el tiempo en que viviéndose con menos escasez y ahogo, se hallarán más dispuestos los ánimos á escuchar los consejos de la prudencia. Un gobierno cuerdo y previsor debiera tomar la iniciativa en este negocio, planteando por sí mismo los establecimientos é instituciones conducentes al deseado fin, y fomentando y protegiendo los proyectos y tentativas que á este saludable objeto se encaminasen. Porque no basta sojuzgar con la fuerza de las armas; es necesario ejercer ascendiente sobre los espíritus, convenciendo el entendimiento, cautivando el corazón, y obligándole á reconocer los beneficios, á fuerza de dispensarlos grandes y en crecido número.

Pero si sería muy lisonjero que nuestros gobernantes fijasen sobre este particular la consideración, dándole toda la importancia que merece, fuéralo todavía mucho más, el ver que las clases interesadas en este asunto se adelantasen al mismo gobierno, comenzando de propio movimiento la obra de su salvación. Cuanto dimana del gobierno, adolece del inconveniente de ser cosa mandada; y por tanto corre inminente riesgo, que su ejecución ande descuidada y floja, si es que no se olvida y abandona del todo. En España el desgobierno se ha hecho ya tan habitual y se ha mostrado tan de bulto á los ojos de los pueblos, que apenas se presentan una ley, un decreto, orden, circular ó un mandato en la forma que se quiera, cuando ya se trata de arrumbarlos ó se excogitan artificios para eludirlos. Las palabras, *reformas*, *mejoras*, y otras de esta na-

turalidad, han llegado ya á ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos sólo se emplean á manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos á promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivinase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comisión compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público*; que en otro artículo se encarga á las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que en efecto la comisión se reunirá, que comenzará á recoger noticias, á recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente: que hasta se llegará tal vez á extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábese con no menos certeza, que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad, que por ligera que sea, será obstáculo bastante á volver ilusorios los mejores proyectos, á desbaratar los planes más bien concertados, á inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observación y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie, y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situación le aconseja. Que no olvide la verdad que otro día le dijimos, y que todavía le repetiremos más de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad; y cuando de esta hablamos, entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza mis-



ma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos á la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educación y colocación de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano á quien se quebrantan las fuerzas, y tarde ó temprano recogeréis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad.— *J. B.*

## UN CRISTIANISMO EXTRAÑO.

---

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo orden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesión y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podían negarle: hasta si queréis se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, re-

firiéndoos empero á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad: tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las veréis acogidas con ardor, y oiréis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un día, un afortunado día, en que reinarán señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad predicadas por el Hijo del hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado después, notadlo bien, esterilizado después por la superstición y el fanatismo, y explotado en provecho de la ambición, de la corrupción y de la holgazanería. ¿Comprendéis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabéis lo que con ellas indican esos filósofos, que á su manera se pretenden cristianos? helo aquí.

Según esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hacia la perfección, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos; destinos ignorados de todo el mundo excepto de algunos genios privilegiados á quienes concediera el cielo, en momentos de sublime inspiración, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere á la Providencia trocar en encantado paraíso esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzáis todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atináis qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linaje humano que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilización que se transmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilización, ese precioso



depósito encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís esas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oído, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila que con el cabello desordenado, y los ojos desencajados, os clamaba señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios he aquí el Dios; Deus ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiasse lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. Cosa singular! extraordinaria coincidencia! Moisés y Homero, Salomón y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullía en sus cabezas como un mal formado embrión; tenía ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentía. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivían en tanto aislamiento, era tal la imperfección de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas é injustas las condiciones del poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilización, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los pies de animales inmundos.

La antigua filosofía, á pesar de sus errores, de sus extravagancias, de sus absurdos, y, lo que es todavía más doloroso, de sus infames doctrinas repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promoción y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicación de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, sólo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas,

podría salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase empero para la grande obra un hombre extraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificación de la misma, y que antes de descender al sepulcro acertase á cubrirla con misterioso velo que dejando entrever su hermoso resplandor la salvase de la profanación de manos impuras. He aquí el mote del enigma, he aquí el secreto de esa funesta escuela. Según ella, la religión no es más que la filosofía, Jesucristo no es más que un hombre, los dogmas por él establecidos no son más que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el día en que habiendo progresado bastante el humano linaje sea capaz de contemplarla cara á cara como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el Divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las herejias que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razón contra la fe, de la filosofía contra la religión, de la legitimidad contra la usurpación, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazón de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir á la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos extravíos. Los arrebatos de su cólera no son más que el noble acento de una indignación justa, generosa y santa; sus esfuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del Romano Pontífice corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteración de los dogmas, la destrucción de toda dis-



ciplina, la relajación de costumbres predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las más elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la jerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazón era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el extremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religión cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto, á los ojos de la escuela que nos está ocupando; la filosofía del siglo xviii con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su odio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo existente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansión de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es también un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendían la usurpación de las poderosas, que servían para la opresión de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto

del trabajo de todos, que explotaban en beneficio de los goces del fuerte los sudores y las penalidades del débil. Los mayores extravíos, los más grandes excesos, los más horrendos crímenes, todo se excusa, todo se disculpa, con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo xviii desconocieron no sólo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado ningún género de beneficios á la sociedad, á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera más atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la más indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenajes, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud, con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las herejías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Queréis conocerla á fondo? ¿queréis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿queréis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo excusa, todo lo tolera, sólo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le concede tregua ni descanso; fortuna si se otorga que á pesar de su superstición, su fanatismo, su corrupción, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no mentéis ni catolicismo, ni Iglesia católica tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada expresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilización, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo



de oro á que se encamina el humano linaje, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el examen protestante y el análisis filosófico: ese cristianismo, esa religión inconcebible, que carece de dogma, es decir de doctrinas, que no admite formas exteriores, es decir que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltase bajo ese indigesto farrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la más profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoísta encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazón de las naciones europeas y de cuantas han participado de su espléndida civilización; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la herejía, y arrojados después en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano; echan menos la verdad que perdieron en aciago día, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y sedientos aquellas páginas divinas, ininteligibles á sus ojos velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: «no hostilicemos cara á cara el cristianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura experiencia que nos ofrece la filosofía del pasado siglo, que por su frenesí anti-cristiano, manifestado de una manera prematura é imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada día más la execración universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquélla como desprecio manifestamos por éstas, inculquemos la necesidad de mudarlas según las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de símbolos, de emblemas, de enigmas, de transformaciones, hagamos que en todo interven-

gan los arcanos del porvenir; así confundido y mezclado en inextricable laberinto lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos á nuestro sabor á los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo que cual otro fénix ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicación de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el origen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinización del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; más breve, en la ruina de toda religión y de toda moral.»

No es menester mucha penetración para conocer lo que se abriga bajo el transparente velo; y descubierta la farsa hipócrita, deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela á que nos referimos, queda evidente su error y su mala fe; y por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofía. Sin embargo y á pesar de que estas consideraciones podrían dispensarnos de impugnarla, lo haremos á continuación atacando sus dos ideas capitales: primera, la transformación sucesiva que según ella ha experimentado el cristianismo: segunda, la necesidad de que el catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generación presente y de las venideras.

Para transformarse una cosa es menester que exista: los aristotélicos admitiendo las formas substanciales suponían una materia prima que las perdía ó adquiría, experimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si pues hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se transfiere, es decir que muda de formas, les preguntaremos á los pretendidos filósofos exigiéndoles que nos respondan categóricamente á la pregunta: ¿en qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿qué se entiende por estas formas? Conse-



cuentas á sus principios que están en oposición con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son más que puras formas, que lo son ahora como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones no fueron más que la transmisión de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar, que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas expresiones de la realidad, fueron ó engañados ó engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamás el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores, á quienes en mala hora dispensáis no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos donde se declara la fe de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas que tan afectadamente se califican de poseedoras de la verdad primitiva; á cada paso se conocerá, se palpárá, que los hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos á una entienden que esos dogmas expresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negación ó la duda, todos se estremecerían al oír que sus creencias versan sobre cosas sujetas á reformas y mudanzas.

Además, ¿qué son los dogmas de una religion? son sus doctrinas; la que los tiene falsos tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religion, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en racionios, no finge revelaciones, apellidase hija del entendimiento, no del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña: pero una religion falsa es un tejido no sólo de errores sino de imposturas; es un insulto dirigido á un tiempo contra Dios y los hombres, pues que á éstos los engaña abusando sacrílegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para excusar esa impostura el decir que allí hay alegoría, y que ésta significa, mas no engaña; ¿qué será una alegoría que nadie entiende, de la

cual nadie sospecha que no sea la sencilla exposición de la realidad de las cosas? ¿podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sabios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versa sobre objetos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase á proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia, entonces sería menos absurda la suposición que estamos impugnando; pero se trata nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que, en cuanto al mísero mortal le es dado entender, explican la Divina Naturaleza, las Personas, las relaciones de éstas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su origen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si existe una prevaricación primitiva, si de ella ha participado todo el humano linaje, si en efecto sufrimos ó no la pena de un primer pecado, si hay ó no una degeneración del estado en que Dios nos criara, si la Redención es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros á la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del Paraíso: se trata de saber si existen algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redención; en una palabra, en los dogmas se encierra lo más grande y más importante que el hombre puede imaginar, lo que más de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que ésta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que á tales puntos se refieren puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran más que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena que el mundo hasta ahora no conoce y que sólo columbran ciertos filósofos; dígame que por espacio de diez y ocho siglos una considerable porción de la humanidad ha sido



víctima del más grosero engaño, añádase que todavía lo es; y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera más que un conjunto de extravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indiscifrables, estériles, completamente estériles para producir la verdad. Al error no se añada el amaño, á la falsedad la astucia seductora. Si no creéis en el cristianismo, si os empeñáis en combatirle continuando la impía tarea de la escuela de Voltaire, no digáis por lo menos que os proponéis explicar lo que tan abiertamente negáis, que intentáis perfeccionar lo que deseáis destruir. Entonces si conquistáis alumnos, sabrán al menos á qué atenerse; y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas no podrán ignorar que abandonan su fe.

«La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religión; esa moral pura, santa, sublime, es lo único que conviene salvar; no debe á la humanidad pesarle de haber vivido en piadosos errores, si con éstos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo, digna de señorearle, digna de reinar sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir á la resolución de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia.» Óyense á cada paso estos encomios tributados á la moral cristiana, hasta por los más declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿salen del fondo del corazón? ¿No podrían á veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿Es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectáis? Si es así, ¿cómo no andan más conformes con ella vuestras doctrinas? vosotros divinizáis la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicáis incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la absti-

nencia; vosotros excusáis todos los extravíos del corazón, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzáis y excitáis el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcáis como base de la moral el amor propio, el egoísmo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegación, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizáis, ó al menos tacháis de extremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una de las ofrendas más agradables al Señor, como el incienso más puro que alzarse pueda del humano corazón hacia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? la de éste formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de éste corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual; la de éste desterró el egoísmo para entronizar la caridad, la vuestra protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de éste organizó la familia, santificó el matrimonio, la vuestra desordena la familia, y relaja ó quebranta el lazo conyugal; donde quiera que ha prevalecido la moral evangélica, se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupción de entre los fieles; donde se ha introducido vuestra filosofía, han degenerado las costumbres de una manera lastimosa, distinguiéndose en la perversidad, á proporción de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra; no os señalaremos un punto obscuro, donde alegar pudierais que no ha penetrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijéis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las cien-



cias, orgullo de una gran nación, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, allí ha resonado y resuena todavía vuestra voz con más elocuencia, con más seductor acento, que en ningún punto del globo; allí habéis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzarais con la persuasión lo conseguisteis con la fuerza de las armas, allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos y el estruendo del cañón en sostén del clamoreo de vuestra prensa, allí triunfasteis, y sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habéis hecho de aquella sociedad? ¿en qué habéis convertido aquel gran pueblo? ¿queréis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? no, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podréis contestarnos, que es público, que depone del modo más concluyente contra vuestros sistemas: en París la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

Id ahora y predicad la excelencia de vuestra moral, decid si os place que está conforme con la del Evangelio; ¿creéis por ventura que las máximas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de corrección? ¿creéis que la civilización es la cultura, que la perfección de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿Creéis que desaparece la corrupción por solo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razón, no es esto lo que enseña la religión cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazón del hombre y conservar en él las mejoras, no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones; sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la

voluntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su impetu y abatan su vuelo! Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores á los que se encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que éste se entroniza, se concede á las pasiones rienda suelta. La razón y la religión están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido; pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, exige una y mil veces el sacrificio del placer de momento, de la utilidad presente, y tal vez de la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral para ser firme, sólida, duradera, á la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas más allá del sepulcro, debe salir del tiempo y extenderse á la eternidad; no debe limitarse á la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es esta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descended al examen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada á las aplicaciones que de ellas hacéis; jamás habláis sino de la tierra, jamás habláis de los destinos del hombre, sino ciñéndoos á esa vivienda pasajera; habláis siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama á sí; y cuando una que otra vez mentáis el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciáis ó escribís Providencia, bien se conoce que tributáis un estéril homenaje á una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordáis los destinos del hombre más allá del sepulcro, y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo hacéis de paso, sólo para hermosear vuestras páginas, para dar realce á vuestra palabra, porque no ignoráis que la tumba, la inmortalidad, la eternidad,



encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anti-cristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de lejos, negras y repugnantes de cerca: desásese á cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra, y á su turno la engaña. Varía sin cesar, continuamente se transforma, y por lo mismo pretende que todo se transforme y varíe como ella; por esto no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duración, decide que esta ha muerto ya, que aquella está en agonía, que la una ha menester cierta transformación, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no entorpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado texto; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. También en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el orden público y la existencia de la sociedad, como religión despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo el cristianismo vió disiparse á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del solio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y creó la Europa moderna. También en otro tiempo el mismo orgullo con la Biblia en la mano pretendía marcar la caída de la Ciudad eterna, el fin de la Cátedra de San Pedro, con la misma precisión y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y

no obstante esa Cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. También en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora extrema para la *superstición y el fanatismo*: sonó sí una hora terrible, pero no fué más que la hora de persecución, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla más resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto más vivo, cuanto eran más anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

SOLUCIÓN DE LA DIFICULTAD QUE SE OBJETA AL CATOLICISMO  
SOBRE LA DOCTRINA QUE NO CONCEDE SALVACIÓN SINO Á LOS  
QUE PROFESAN LA RELIGIÓN VERDADERA.

Combatido ya en los números anteriores el escepticismo religioso, y deshecha la dificultad que se objeta á la religión verdadera fundándose en la pretendida imposibilidad de que Dios permita la existencia de tantas otras, vamos ahora á examinar la fuerza de otro argumento que es el Aquiles de todos los incrédulos y escépticos. Sin fe, decimos los católicos, no hay salvación; en no perteneciendo á la Iglesia, nadie puede entrar en el reino de los cielos. Contra estas verdades levantan nuestros adversarios un sentido grito de reprobación, achacándonos que presenta-



mos á Dios como un tirano que erige la ignorancia en crimen, y que se complace en castigar la inocencia con eternos tormentos. En verdad que si semejante cargo no careciese de fundamento, bastaría él solo para derribar y anadar nuestra religión convenciéndola de falsa; dado que no sería posible que fuese verdadera la que adorase un Dios cruel é injusto. La bondad y la justicia son atributos tan esenciales á la divinidad, van de tal modo embebidos en la idea que de ella nos tenemos formada, que quien intenta separarlos destruye la idea misma de Dios. Hasta los discípulos de Manes admitiendo dos principios, uno bueno, otro malo, han tributado en cierto modo un homenaje á la verdad arriba indicada, cuando al parecer la contrariaban con su errónea doctrina. Admiten un principio causa de todo mal; pero ¿sabéis por qué? porque no conciben cómo el principio bueno, es decir Dios, puede causar el mal, sea del género que fuere; porque confunden y adulteran las antiguas tradiciones del ángel caído, obstinado en su perversidad, en hacer daño por todos los medios posibles, en oposición, en insensata lucha con un Dios de infinita bondad é inefable amor. Así, cuando los incrédulos llegasen á probarnos que nuestro Dios es injusto y cruel, quedaríamos convictos de no tener ninguno; la religión católica sería falsa por absurda; y como las demás religiones que tributan homenaje á dioses imposibles, sería imposible también por ser atea.

Veamos pues en qué estriba el cargo con que se intenta abrumarnos, examinándolo por partes y sujetándolo á riguroso análisis.

En primer lugar, se nos dice que Dios no puede castigar al inocente, que muchos hombres se encuentran en imposibilidad de conocer la verdad católica, y que por tanto no deben ser condenados por esta falta de conocimiento. Esa dificultad que tan fuerte parece á primera vista, es sin embargo de ningún valor; pues que toda ella estriba en un falso supuesto, atribuyendo á los católicos una doctrina que no profesan, y que antes al contrario les está pro-

hibido el profesarla. En efecto, no sólo reconocen los católicos que sería injusto condenar á un inocente, sino que además tienen por cierto que la infidelidad puramente negativa, no es pecado; esto es, que aquellos que carecen de fe, porque no tienen conocimiento de la verdadera religión, no son por esta falta culpables á los ojos de Dios. Échase de ver que con esta sola observación viene al suelo toda la dificultad que se nos objeta: se nos dice que Dios es justo, que no puede condenar al inocente; y nosotros convenimos que fuera una blasfemia afirmar lo contrario: se nos opone, que quien ignora invenciblemente la religión no puede ser castigado por esta ignorancia; y nosotros estamos de acuerdo en esta verdad, y condenamos á los que se atreven á decir que la infidelidad negativa es un pecado. Se nos calumnia pues achacándonos errores que somos los primeros en reprobar.

Para mayor inteligencia de lo arriba dicho, conviene distinguir la ignorancia de una cosa, en vencible é invencible: nombres por los cuales se expresa lo que ellos ya de suyo están indicando, á saber: la ignorancia vencible es aquella que el hombre puede desterrar de su entendimiento empleando la correspondiente diligencia; y la invencible es aquella que no está en mano del hombre el evitarla. Cuando se falta al cumplimiento de un deber ignorado con ignorancia vencible, ésta no excusa de la culpa; de otra suerte fuera muy fácil eludir todas las obligaciones, privándose con plena voluntad del conocimiento de ellas. Este es un principio fundado en el derecho natural y reconocido por todas las leyes divinas y humanas; en ningún tiempo, en ningún país, en ninguna sociedad, se ha creído nunca que la ignorancia voluntaria de un deber eximiese de su cumplimiento, ni excusase de la culpa al transgresor.

Al contrario, cuando la transgresión es de un precepto que involuntaria é invenciblemente se ignora, no es ni puede ser culpable á los ojos de Dios. La razón de esto es muy y sencilla: el pecado, según enseña san Agustín, *ha de*



*ser voluntario, de suerte que si no es voluntario ya no es pecado; y esta voluntad no existe, ni aun puede concebirse, donde hay absoluta falta de conocimiento, donde la adquisición de éste no estuvo en la facultad del transgresor, donde por consiguiente no hay ningún acto ni omisión en que pueda suponerse contenida la voluntad expresa ó tácitamente, ni como suele decirse en términos teológicos, formal ó virtualmente.*

Aplicando esta doctrina á la cuestión que nos ocupa, diremos que es enteramente cierto que el infiel que ignora la religión cristiana con ignorancia invencible, no será castigado de Dios por no haberla abrazado. Con esta aserción se desvanece en primer lugar la dificultad que con tal aire de triunfo proponen los incrédulos. No, el Dios de los cristianos no castiga al inocente. Nosotros creemos que nuestra religión es la única verdadera, creemos que sólo en ella hay salvación; pero como al mismo tiempo nuestra fe nos enseña que Dios es infinitamente justo, miramos como horrenda blasfemia el decir que pueda imponer penas al que no es culpable, aun cuando se trate del caso en que no se profese la verdadera religión.

« Pero entonces, se nos dirá, ¿ qué destino señaláis á tantos desgraciados, que por no profesar la religión verdadera, no pueden según vosotros mismos entrar en el reino de los cielos? » Esta es una nueva fase que presenta la objeción; la juzgamos de tan alta importancia que nos esforzaremos en presentar las ideas con la mayor claridad y precisión que alcanzar pudiéremos. En primer lugar, nos dice expresamente el sagrado texto que no se ha dado á los hombres otro nombre en que puedan salvarse sino el de Jesucristo; de lo que se infiere, que no es posible entrar en el reino de los cielos sino por la fe en el Mediador, y que por tanto todos los que de ella carecen no tendrán parte en la heredad celestial. Asentada esta verdad, de la que á ningun católico es lícito dudar, pasemos ahora al examen de lo que sucede á los que se hallan fuera del redil de la Iglesia. Para mayor claridad los distinguiremos

en dos grandes clases: 1.<sup>a</sup>, los que han llegado al uso de la razón, desarrollada lo bastante para hacerlos capaces de la deliberación y consentimiento, necesarios para cometer pecado grave, es decir digno de eterna condenación; 2.<sup>a</sup>, los que no llegan á dicho estado. Por lo que toca á los primeros, decimos, que no se condenarán por no haber profesado la fe; se hallarán en el mismo caso de los niños que fallecen sin bautismo; los cuales si bien no disfrutaban de la gloria del cielo, tampoco sufren las penas del infierno. Cuál es el estado de estas almas en la otra vida, cuál será la suerte de esa inmensa muchedumbre después de la resurrección de los cuerpos, dónde vivirán, cómo correrá su existencia, esto Dios no lo ha revelado; espesas sombras encubren tales misterios sólo conocidos del Altísimo; por ellos nada puede objetarse contra la fe católica; pues que la fe nada nos dice sobre los mismos, manteniéndose en una prudente reserva. Establece sí, que no gozarán de la visión beatífica, esto es, que no verán á Dios cara á cara, que no gozarán de aquella inefable dicha de conocer intuitivamente la esencia divina; pero como este conocimiento, esta visión, son de todo punto sobrenaturales al hombre, perteneciendo á un orden á que sólo podemos elevarnos porque el Señor se ha dignado otorgárnoslo con inestimable dignación, se sigue que el hombre que no alcance tanto beneficio por hallarse falto de las condiciones señaladas por Dios como indispensables, nada puede objetar á la justicia divina; porque no es injusto quien deja de satisfacer lo que no debe; no cabe tampoco la queja de que haya mediado acepción de personas, pues que ésta supone que se hallan algunas injustamente postergadas, y atendidas otras por sola la consideración á títulos ilegítimos ó inconducentes; tampoco el hombre tiene derecho á lamentarse de que se le haya aplicado una pena sin haberla merecido, porque dejando aparte el castigo general que sufre el linaje humano por la prevaricación del primer padre, de la que son aplicaciones y consecuencias estos daños, no hay aquí una pena especial



impuesta por actos personales; hay el cumplimiento de una condición que el Eterno ha tenido á bien establecer, y de la cual nadie será bastante temerario para pedirle cuenta.

Infiérese de lo dicho últimamente que una inmensa muchedumbre de individuos que mueren sin haber profesado la religión católica, no quedan condenados á las penas del infierno. Échase de ver que se comprenden en este número no sólo todos los niños que fallecen entre los cristianos antes de haber recibido el bautismo, sino también los del universo entero.

Además, surge aquí otra cuestión importante, que según se resuelva con más ó menos latitud, puede ofrecer pábulo á reflexiones muy consoladoras. Pueblos hay en muchas regiones del globo donde la inteligencia tiene un desarrollo escasísimo, donde aun atendiendo á la edad en que aquélla se encuentra en el grado de mayor actividad y desenvolvimiento, es tan poco el brillo que despide esa hermosa centella que nos asemeja á la divinidad, que de ahí han tomado origen erradas teorías que suponen á aquellos hombres de especie diferente é inferior, colocándolos en un grado intermedio entre nosotros y los brutos. Claro es que no puede admitirse esta suposición sin destruir la verdad de la narración del Génesis, y por tanto sin minar por su misma base todo el edificio de la religión católica. En otro lugar, y cuando el orden de esta *Polémica religiosa* lo exija, demostraremos á la luz de la filosofía y de la historia de la naturaleza, lo falso é infundado de dicha doctrina; mas no por esto nos es dable poner en duda el hecho en que pretende apoyarse, á saber: el escasísimo desarrollo que en aquellos desgraciados pueblos tiene la inteligencia, y la inmensa distancia en que se halla el estado de su espíritu comparado al del nuestro. Cuando toda la industria de algunos de ellos para proporcionarse habitación consiste en guarecerse debajo los árboles, doblando sus ramas y fijándolas en el suelo; cuando para procurarse alimento no alcanzan á más que á coger los frutos

que espontáneamente les ofrece la naturaleza, ó á tender emboscadas á los rinocerontes y elefantes, matándolos y haciendo secar su carne al sol, á perseguir los avestruces, á recoger los enjambres de langostas arrojados por el viento y á buscar los inmundos restos de los cocodrilos y caballos marinos; ¿cuál será el estado de su entendimiento con respecto al orden intelectual y moral?

Entre nosotros, un niño no se considera que haya llegado á este punto, aun cuando se vea chispear su inteligencia en muchos de los actos que ejerce, y se trasluzca cierta especie de deliberación que sus padres y maestros juzgan á veces necesario reprender y corregir con severidad. Compárese un niño de cuatro ó cinco años que comienza á leer con bastante perfección, que sabe ya los rudimentos de la doctrina cristiana, que responde atinadamente á las preguntas que se le hacen sobre sus obligaciones con respecto á Dios, á sus padres, á sus superiores de todas clases, á sus iguales, á los dependientes de su familia, sobre los premios y los castigos reservados al hombre después de esta vida según haya sido buena ó mala su conducta; compáresele, repetimos, con uno de esos salvajes á que poco antes estábamos aludiendo, y véase si fuera una paradoja el decir, que atendido el estado de embrutecimiento en que viven, para muchos de ellos llega muy tarde el uso de la razón necesario para hacerse reos de culpa grave á los ojos de Dios; que el número de los que nosotros apellidamos imbéciles y fatuos, sea quizás entre ellos mucho mayor de lo que pudiéramos imaginar; y que por consiguiente es muy aventurado el determinar con alguna precisión, ni el número de los que entre ellos se condenan por la infidelidad, ni cuándo comienza para gran parte de los mismos el uso completo de la razón, ni si son muchos los que viven en tal estupidez que no llegan jamás á disfrutarlo. Estas consideraciones son aplicables no sólo por lo tocante á la falta del conocimiento de la verdadera religión, sino también por lo perteneciente á otras clases de pecados; porque es cierto que no puede



cometerlo grave quien no tiene el correspondiente uso de las facultades necesarias para deliberar y consentir.

Ciñéndonos empero al punto principal que consiste en la pena que pueda provenir de no profesar la religión verdadera, claro es que tienen más aplicación las observaciones que se acaban de hacer; dado que es más difícil que el hombre distinga cuál es la verdadera religión, que no el conocer que es malo el robar, el matar, y el cometer otros actos semejantes. De lo que inferiremos, que siendo tan escaso el desarrollo de la inteligencia en los hombres de quienes estamos tratando, la infidelidad puramente negativa y por consiguiente sin culpa, tendrá lugar para gran número de ellos; y así no hay motivo de achacarnos que los condenamos siendo inocentes; pues que al contrario, somos los primeros en afirmar que por este solo motivo, ni se condenan ni pueden condenarse.

Si se pregunta qué destino señalamos á aquellos hombres, la respuesta es muy sencilla. O llegaron al uso de la razón ó no; si no llegaron, están en el caso de los niños que mueren sin bautismo, de los cuales afirmamos que no entrarán en el reino de los cielos; pero guardándonos de establecer que por la simple culpa original, única de que están infectos, hayan de ser entregados á eterno suplicio. Estarán privados de un gran bien, es decir de la vision de Dios; pero hasta qué punto les afligirá esta privación, hasta qué punto se les hará sensible, cuál es la clase de vida que les está reservada á aquellas almas inmortales, de qué manera existirán con sus cuerpos por toda la eternidad, son cuestiones que no resuelve el dogma católico, sobre las cuales guarda la Iglesia un prudente silencio, dejando libre campo á las opiniones y conjeturas. Si estos hombres han alcanzado el uso de la razón, tal como se necesita para que sean capaces de hacerse reos de pecado grave á los ojos de Dios; entonces, ó lo han cometido ó no; si lo primero, y continúan en la impenitencia hasta la muerte, por esto se condenarán, y no por haber dejado de profesar la religión verdadera, en el supuesto que no les

haya sido dable el conocerla; si no lo han cometido, volvemos á un caso semejante al anterior, sólo que en este último supuesto, por lo mismo de no obrar el mal, se deja entender que de un modo ú otro el individuo de que se trata practicará el bien, no omitiendo el cumplimiento de aquellos deberes cuya omisión basta para constituir el mal. ¿Qué hará Dios con ese hombre? no lo sabemos á punto fijo. Es conocido el célebre dicho de Santo Tomás, quien afirma que de un modo ú otro no dejaría Dios de iluminarle, aun cuando fuera enviándole un ángel. Si esta iluminación extraordinaria que expresa en general el Santo Doctor por la misión de un ángel, se ha verificado pocas ó muchas veces, no es dado al mortal conocerlo; pero fuera también presunción temeraria el decir que esto no se realiza nunca, ó que sólo tiene lugar muy contadas veces. ¿Quiénes somos nosotros para señalar límites á la omnipotencia de Dios, ni á su inagotable misericordia? ¿qué sabemos nosotros de la profundidad de sus insondables arcanos, y sobre los infinitos medios, que ocultos á nuestra vista, están patentes á sus ojos, para alcanzar objetos que en nuestra pequeñez consideramos inasequibles? Todos los teólogos están de acuerdo que un hombre que desee sinceramente recibir el bautismo, puede salvarse y se salva en efecto, si mediando imposibilidad de obtener el objeto de su ardiente deseo, ofrece á Dios un corazón humillado y contrito. Ahora bien, ¿qué derecho tenemos para negar que la infinita misericordia de Dios haya otorgado este beneficio tal vez á mayor número del que nosotros pensamos? Estos son secretos acerca de los cuales debemos nosotros mantenernos en sobria y prudente reserva, sin arrojarnos á decidir temerariamente en ningún sentido, ya que el Señor no se ha dignado aclararnoslos satisfaciendo nuestra curiosidad. Como quiera, bastante terribles son de suyo estos misterios; no procuremos aumentar el pavoroso horror que los circuye; reconozcamos nuestra ignorancia y flaqueza, y adoremos con humildad los designios del Altísimo.



Volviendo á la dificultad que á los católicos se objeta, y resumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, estableceremos algunos puntos de doctrina, que rogamos al lector no pierda nunca de vista, siempre que se trate de esta grave é importante materia.

1.º Es falso que el dogma católico condene á ningún inocente, por ningún título, por ningún motivo, bajo ningún pretexto. Rechazamos como una calumnia lo que nos achacan nuestros enemigos, de que adoramos á un Dios injusto y cruel. La justicia y la misericordia son atributos que reconocemos como inseparables de la idea de Dios; y que están manifestados de una manera sublime en el augusto misterio de nuestra redención, donde un Dios con infinita *misericordia* muere para salvarnos, satisfaciendo con su muerte á la infinita *justicia*.

2.º Los infieles que no han tenido conocimiento de la religión católica, no se condenarán por el mero hecho de no haberla profesado. Si cometen pecados graves, por esto sufrirán el infierno, no por la falta de una fe cuya existencia no hayan conocido.

3.º La infidelidad voluntaria es un pecado gravísimo; pero está sujeto á las mismas condiciones generales de todos los demás, es decir que no existe sin conocimiento, deliberación y consentimiento.

4.º La fe católica no determina á punto fijo, ni cuándo llega para este ó aquel individuo el uso de la razón necesario para cometer el pecado de infidelidad, ni señala con precisión cuáles son las circunstancias en que el individuo ha de encontrarse para que pueda decirse que ha llegado el caso de hacerse reo del mismo. Estas son cuestiones de moral práctica, ajenas al dogma y susceptibles de varias modificaciones, por la misma variedad de las cosas.

5.º De lo dicho se infiere, que el dogma católico bien mirado, enseña una doctrina que ningún hombre razonable puede desechar. No condena la infidelidad, sino cuando es voluntaria, y por consiguiente culpable; es decir que

no aplica á este punto otro principio que el que tiene establecido en general, á saber, la responsabilidad que el hombre por sus actos *libres* tiene á los ojos de Dios.

6.º Cuando no exista culpa en la infidelidad, por ser involuntaria, cuando por otra parte el infiel no se haya hecho reo de pecado grave á los ojos de Dios, entonces la fe católica no dice que el infiel será entregado á las penas del infierno. De qué manera obrará Dios en semejante caso, permite que los teólogos lo conjeturen; pero ella se abstiene de decirlo.

Meditad sobre esta doctrina, y ved si algo se encuentra en ella que no pueda sufrir el examen de la sana razón.— *J. B.*

---



(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Mayo de 1843.)

## ALIANZAS DE ESPAÑA.

---

### ARTÍCULO 1.º

#### ALIANZA CON LA INGLATERRA.

Se ha difundido bastante en España la dañosa persuasión de que estamos precisados á tener alianza con la Francia ó con la Inglaterra. De los dos partidos que actualmente se disputan la arena, ninguno está exento de haber contribuído á la propagación y arraigo de tan funesto error; dado que por más protestas que hayan hecho, es claro como la luz del día que uno de ellos se ha inclinado excesivamente á la Gran Bretaña, mientras el otro ha manifestado demasiado sus simpatías en favor de la política francesa. Los términos que empleamos son por cierto los más comedidos que usarse pueden; y hacemoslo de propósito, porque deseando esclarecer la cuestión y no ensañar las pasiones, no queremos, sea cual fuere nuestra opinión sobre este asunto, echar en cara á ninguno de los contendientes la dependencia, el servilismo, el absoluto abandono del honor nacional, de que recíprocamente se acusan. Y cuando esta conducta observamos, no lo hacemos ciertamente para blasonar de una imparcialidad que tenga

por objeto conciliarse la benevolencia de ninguno de los adversarios; nuestras convicciones son conocidas; cuando se trata de decir la verdad sabemos expresarnos sin rodeos, y decirla toda entera. Pero como en la materia que nos ocupa, de la propia suerte que en tantas otras, nos parezca que ambos anduvieron desacertados, necesario se nos hace no ponernos del lado de ninguno de ellos.

La alianza con la Inglaterra está ya desacreditada hasta tal punto, y tiene en contra de sí tan fuerte antipatía en la inmensa mayoría de la nación, que no es necesario esforzár mucho el discurso para convencer y persuadir, que á más de inútil, nos es en extremo perjudicial y peligrosa. A excepción de un número muy reducido de hombres, que por sus principios, antecedentes ó particulares desig-nios, muéstranse decididos sostenedores de la influencia inglesa, la generalidad de España sin excepción de ningún partido, se manifiesta abiertamente contraria de toda alianza con Inglaterra, y propende visiblemente á desconfiar de aquella potencia, aun cuando no se mantengan con ella más que las indispensables relaciones de buena armonía. Y no es difícil descubrir la causa de semejante aversión, puesto que no es menester un profundo conocimiento de la política y de la diplomacia, para ver desde luego lo que puede prometerse la Península de su intimidad con la Gran Bretaña.

Examinando la respectiva posición de las dos naciones, échase de ver que no existe ningún vínculo que pueda mantenerlas unidas, y que todo cuanto en esta materia se intentase, ha de ser por necesidad facticio, y por consiguiente poco duradero. Porque conviene no perder de vista, que la solidez y estabilidad de las alianzas no depende de la voluntad de los gobiernos aliados; entran para mucho los pueblos, y no es posible de ellos desentenderse, si se ha de conseguir algo que ofrezca garantía de buenos resultados.

Aplicando este principio á la alianza de la España con la Inglaterra, notaremos que no existe ninguna de las con-



diciones que en semejantes casos conducen á estrechar y fortificar los lazos que pudieran formar los gobiernos.

En primer lugar, los dos pueblos no sólo hablan idioma muy diferente, sino que también ha faltado entre ellos la comunicación precisa para difundir algún tanto la inteligencia de la lengua respectiva. Esto es no leve obstáculo para la buena amistad de pueblo á pueblo; obstáculo que no existe con la Francia por la propagación de su idioma entre nosotros, originada de la menor dificultad que de suyo presenta, de la mayor frecuencia de relaciones de unos naturales con otros, y muy especialmente del predominio alcanzado en España por la literatura francesa desde que ocupara el trono la descendencia de Luis XIV.

La religión profesada por los españoles es diferente de la que en Inglaterra domina; mediando además la particular circunstancia de las tradiciones poco favorables á la amistad que todavía conservan ambas naciones: no se han olvidado aún los reinados de Felipe II, defensor acérrimo del catolicismo así en España como en el resto de Europa; y el de Isabel, encarnizada perseguidora de la religión católica en sus dominios, que afirmó además la iglesia anglicana, y apoyó el protestantismo en los demás países, cuanto le fué posible.

Las costumbres de las dos naciones no tienen ningún punto de semejanza: al pisar el suelo de la Inglaterra, se conoce, se siente instintivamente esta diferencia profunda. Como quiera que los dos pueblos han vivido en completo apartamiento el uno respecto del otro, no se encuentra ningún punto de contacto ni aproximación; las leyes de los dos países, el sistema de gobierno á que durante largo tiempo vivieron sometidos, la ninguna analogía de su administración, vienen á sancionar esta diferencia que otras causas de suyo harto poderosas tienen establecida, resultando que así se parecen en lo intelectual y en lo moral, ingleses y españoles, como las nebulosas orillas del Támesis á las risueñas márgenes del Guadalquivir y del Tajo.

A pesar de tamaños inconvenientes, no se podría lla-

mar temeraria la tentativa de acercar á las dos naciones, fomentando la amistad y fraternidad entre los dos pueblos, y preparando de esta suerte alianzas sólidas y duraderas entre los dos gabinetes, á no mediar otras circunstancias que las hacen de todo punto imposibles.

Nunca, durante la situación actual de las dos naciones, podría ser la alianza de la España con la Inglaterra otra cosa que la sumisión del gabinete de Madrid al gabinete de San James, que el sacrificio de nuestros intereses á los intereses de la Gran Bretaña. Las compensaciones recíprocas no serán otra cosa que velos más ó menos transparentes para cubrir este sacrificio de nuestro bienestar y prosperidad á los intereses de la pretendida amiga.

La razón de lo que se acaba de decir no es difícil de adivinar: existe una verdadera oposición de intereses entre las dos naciones; el progreso de los unos será por necesidad en menoscabo de los otros. No ignoramos las hermosas utopías de la comunidad é identidad de intereses de todas las naciones; nosotros sin negar que hay ciertos puntos generales en que efectivamente esta utilidad se enlaza y hermana, opinamos que hay muchísimos otros en que se hallan necesariamente encontrados; y por tanto siendo indispensable la rivalidad, cada cual debe procurar sacar de su posición el mejor partido posible, promoviendo su conveniencia sin apartarse de la justicia. Tan sencilla es la razón en que se funda la verdad de las observaciones que preceden, como lo es que están en oposición los intereses del vendedor y del comprador, los de dos vendedores que concurren á un mismo mercado, los de dos aspirantes á un mismo empleo, los de dos ambiciones que tienen fija su mirada en un destino en que ambas no pueden tener cabida á un mismo tiempo.

La Inglaterra bajo el aspecto político y mercantil, está en oposición con la España; el aumento y desarrollo de los verdaderos intereses de la una, dañará por indeclinable necesidad los de la otra. Dejemos aparte por un momento los mercantiles, por no repetir lo que mil y mil veces se



ha dicho ya, y miremos la cuestión bajo un punto de vista de mayor extensión y altura, y en que no sea dable sospechar interesadas miras de provincialismo. ¿Conviénele á la Gran Bretaña que la nación española se levante de la postración en que yace, que tome aliento y brio para ocupar de nuevo el rango que le corresponde entre las naciones europeas? ¿no es cierto, ciertísimo, que no? Quien lo contrario pretenda, si quiere dar á su opinión tan sólo un débil viso de probabilidad, necesario es que borre del mapa de la Península el importantísimo punto de Gibraltar, en cuyas fortalezas ondea el pabellón británico; necesario es que haga desaparecer del mismo mapa el vecino reino de Portugal, casi reducido á una simple colonia de Inglaterra; menester le será probar, que nada le importan á la Inglaterra tan preciosas joyas, ó que sus hombres de Estado serán tan imbéciles que no prevean el peligro que les amenazaría, desde que la España recobrase su antigua pujanza; menester le será probar que aun dado caso que no se hallara en la misma situación topográfica del país una razón poderosísima para formar de toda la Península una sola nación, no es al menos la influencia española la que por todos títulos debiera prevalecer en Portugal; menester le será probar que un reino que se sintiese con fuerzas bastantes para arrostrar grandes compromisos, no excogitaría todos los medios, no tantearía mil y mil combinaciones, no emplearía cuantos recursos tuviese á la mano, no andaría á caza de favorables coyunturas para apoderarse nuevamente de Gibraltar, echando de la propia casa ese centinela de vista.

Aun cuando no mediaran otras causas que engendrasen oposición de intereses entre ingleses y españoles, las indicadas fueran por cierto poderosas en demasía para producirla fuerte, viva, intransigible. La historia y la experiencia enseñan de consuno, que motivos de muchísimo menos valer ocasionan rivalidades inextinguibles, acarreado á menudo guerras sangrientas. La posesión de una pequeña isla en lugares al parecer insignificantes, la de-

marcación más ó menos escrupulosa de una frontera, una fortaleza colocada en un punto de suyo poco influyente en las operaciones militares, un pedazo de tierra junto á una remotísima ensenada, el mayor ó menor ascendiente en los negocios del gobierno de un país situado á larguísima distancia, cien y cien otras causas menos poderosas, motivan los mayores esfuerzos de la diplomacia, y provocan estrepitosos rompimientos; ¿qué será pues tratándose de la influencia sobre un reino situado en posición ventajosísima para todas las operaciones políticas, militares y mercantiles que se intenten sobre el occidente de Europa, Mediterráneo y costas de África? de un reino, que entre los restos de su pasada grandeza, conserva todavía grupos de preciosas islas, muy bien situados para servir de escala en el tránsito de Europa á América, al África y al Asia? ¿qué será tratándose de un punto como Gibraltar, llave del Mediterráneo, punto de apoyo para operar sobre la Península, el África y el Atlántico? No; la astuta, la previsora Inglaterra no es tan torpe, tan ciega, que no vea lo que es más claro que la luz del día; á saber, que desde el instante que la España volviese á su antiguo esplendor y poderío, desde el instante que el león de Castilla pudiese medir sus fuerzas con el leopardo britano, comenzaría la rivalidad, siguiendo después las hostilidades hasta haber reconquistado lo que la naturaleza misma le está indicando como de su pertenencia. Cuando lord Clarendon y sir Roberto Peel nos están halagando con sus sentidas promesas del deseo que abrigan de nuestra prosperidad, de nuestra dicha, de nuestra libertad é independencia; reflexionemos que los que hablan no son escritores entusiastas, no son poetas de quienes pueda suponerse que se mecen en doradas ilusiones, en sueños cándidos y puros, en galanas utopías por el bien de la humanidad: reflexionemos que son hombres de Estado de la Gran Bretaña, encargados de la defensa y fomento de los intereses de su país, colocados á manera de atalayas para acechar cuanto puede favorecerle ó dañarle: reflexionemos que son hombres que



consagran su vida entera á combinar, á negociar, á intrigar, á maniobrar en pro de la prosperidad, de la grandeza, de la influencia y poderio de su patria; fijemos entonces nuestras miradas sobre Portugal y Gibraltar, y de seguro que sin necesidad de otra consideración, se disiparán en un momento las impresiones agradables que causarnos pudieran las más graves protestas, las más ardientes expresiones de buen afecto y desinteresada amistad.

Si lo dicho hasta aquí basta y sobra para convencer de que la Inglaterra tiene un interés poderoso en que la España no se levante del abatimiento en que yace, existen todavía otras razones que llevan la expresada verdad á una evidencia que no consiente réplicas de ningún género. Hasta ahora nos hemos ceñido á considerar los intereses británicos y españoles con relación á Europa; pero extendiendo nuestras miradas á la América y al Asia, encontraremos no menos graves motivos de incesante rivalidad.

¿Quién podrá persuadirse que sea conveniente á la Inglaterra que la isla de Cuba esté bajo el dominio del gobierno español? ¿Quién no ve que debe de encontrar en esto un obstáculo, un estorbo, que de todos modos le importa remover? Si no le es posible adquirir aquella preciosa colonia por medio de negociaciones ó de un golpe de mano, ¿no sería para ella muy ventajosa la emancipación, que produciendo primero larga serie de desastres y turbulencias, viniese á parar al fin á una independencia precaria, forzada á demandar humildemente el acogerse á la sombra de un alto protectorado? ¿no abriría de esta suerte la Inglaterra un nuevo desahogo para sus sobreabundantes productos? ¿no mejoraría la situación de sus colonias destruyendo la prosperidad de un rival temible? Las tentativas que se están haciendo para arrebatarnos aquel inestimable tesoro, los tenebrosos manejos que se emplean para provocar una insurrección, cubriéndolos con el hermoso velo del amor de la humanidad, y aparentando un entusiasmo por el bien de sus semejantes que

raya en la demencia, como hemos visto recientemente en el ex-cónsul Turnbull, son la respuesta más decisiva que darse pueda á las indicadas cuestiones; esto revela bien á las claras, cuáles son en las Antillas los intereses de España y cuáles los de Inglaterra.

Volviendo al Oriente nuestros ojos, nos encontramos con el pabellón de la Gran Bretaña flotando victorioso en los puertos de la China, y descubrimos vivo movimiento de sus diplomáticos y de sus emisarios para aprovechar lo que tan felizmente ha comenzado la suerte de las armas, y explotar las riquezas de aquellos inmensos países, cerrados hasta el presente á la ambición y codicia de los europeos. Un ancho porvenir extendiéndose en vasto horizonte cuyos límites no alcanza la vista, se abre de par en par á la actividad, al febril ardor de esa gran nación que no cabe en el mundo. Las puertas de hierro que mantuvieran á los innumerables habitantes del Imperio celeste separados del resto del mundo durante treinta siglos, cayeron bajo los cañonazos de la armada inglesa; y los mandarines que creyeran inexpugnables sus baluartes, viéronse obligados á pedir de rodillas la paz, y á pasar á bordo de las vencedoras naves para firmar los tratados que con altivo ademán les prescribiera el almirante.

El interés de la Gran Bretaña después de tan señalado triunfo, consiste en asegurar por todos los medios posibles esa nueva conquista, continuando las negociaciones, y empleando de nuevo si menester fuere las armas para ir recabando cada día concesiones más ventajosas. Conviénele no dejar encomendado á la buena fe de los chinos el cumplimiento de los tratados; y así es probable que discurrirá todos los medios imaginables para estar pronta á todo linaje de complicaciones que puedan ocurrir. Si bien para granjearse el renombre de filantrópica, y adquirir el título que ambiciona de protectora de la causa de la civilización y de la humanidad, aparenta procurar que las ventajas que reporte se extiendan también á los demás pueblos civilizados, esforzándose en acallar de esta suerte



las quejas y murmullos que de todas partes se levantan contra su ambición y codicia; no dejará de cuidar que le quede la mayor parte del pingüe botín, y de vigilar cautelosamente los pasos de cuantas naciones se presenten en la nueva arena. El mismo movimiento europeo que allá en Oriente se promoviere, no se olvidará de explotarlo en provecho de los intereses propios, y mucho será si su diplomacia apoyada en las colosales posesiones de la India y en los ventajosos tratados de la China, no tiende á sus adversarios y rivales nuevas é inextricables redes.

En vista de esta posición de la Gran Bretaña en los países y mares de Oriente, ¿hállanse por ventura sus intereses hermanados con los nuestros? Aun cuando se suponga que no le conviene la posesión de las islas Filipinas, y que prefiere dejarlas en nuestro poder á cargarse con los compromisos de otra colonia, siempre es cierto que no puede serle agradable que la nación que las posee levante demasiado el vuelo convirtiéndose en rival temible.

De la reseña que acabamos de presentar, se deduce con toda evidencia, que la Inglaterra tiene en todas partes sus intereses en oposición con los nuestros; resulta que es un absurdo el suponerle sinceros deseos de nuestra prosperidad, y que por tanto es preciso escuchar con la mayor desconfianza sus protestas de amistad afectuosa, no hacer ningún caso de sus ardientes votos por el fomento y desarrollo de nuestra riqueza, por el aumento de nuestro bienestar, por el restablecimiento de nuestra independencia y poderío. En todas las alianzas que con ella hagamos, llevaremos por necesidad la peor parte; ella poderosa se aprovechará de nuestra debilidad; ella rica se aprovechará de nuestra pobreza; ella codiciosa explotará nuestro suelo todavía virgen; ella previsora y astuta se aprovechará de nuestra imprevisión; ella activa se aprovechará de nuestra negligencia; ella interesada en nuestro abatimiento y postración, procurará envolvernos más y más en la red que nos tiene tendida, y en la que están ya nuestros pies; ella sagaz concedora de nuestro orgu-

llo nacional, disfrazará con brillantes y seductores velos los progresos de su usurpación, como el reptil que con mirada fascinadora va atrayendo á su inflamada boca la cándida avecilla.

Cuando sostenemos los daños que nos traería toda alianza con la Inglaterra, y los peligros que consigo lleva su amistad demasiado íntima, no es nuestro ánimo inducir á que se ponga España en desacuerdo con aquella nación, provocando su enemistad y su odio. Muy al contrario, creemos que semejante conducta sería imprudente en extremo; y hasta nos atrevemos á indicar, que entre las faltas cometidas por el partido moderado en España, haya sido quizás una y no despreciable, el no observar con respecto á Inglaterra una conducta más atinada y previsora. En efecto: si la amistad de aquella gran nación no nos es provechosa, tampoco nos es favorable su enemistad, y así fuera una imprudencia en los hombres que dirigiesen los negocios del país, el darle, por causas livianas, motivos de queja y descontento, y el herir su susceptibilidad, inclinándose á favor de otra nación, que ella ha mirado siempre y mira todavía, cuando no como enemiga, al menos como rival.

Al débil no le es regularmente muy provechosa la alianza con el fuerte, porque acontece casi siempre lo que se significa en la famosa fábula que anda en boca de todo el mundo. Los escasos recursos de que el débil puede disponer, se aprovechan para el logro del objeto; pero cuando se trata del repartimiento de los beneficios obtenidos, cabele al fuerte la parte principal cuando no la totalidad, por la sencilla y convincente razón de que es fuerte. Por más que esto sea de una verdad incontestable, no se sigue que al débil le sea provechoso el excitar contra sí la animadversión del fuerte; la prudencia aconseja la línea de conducta que debe observarse cifrada en dos palabras: ni alianza ni enemistad.

Basta tener una idea del inmenso poderío de la Gran Bretaña para convencerse de cuán imprudente fuera, ni



provocar abiertamente su cólera con atrevidos desmanes, ni irritar su orgullo otorgando á otra potencia cualquiera, no diremos decisiva preponderancia, pero ni aun una predilección demasiado marcada. La Inglaterra tiene á la mano muchos medios de dañarnos; y si bien estamos convencidos que en todo evento los empleará porque así cumple á sus intereses, opinamos no obstante que no es poco lo que pueden contribuir la sagacidad y cordura del gobierno español, en que ni se empleen en tanta abundancia esos medios, ni se active con tanto ahinco su eficacia. Desde el momento que el gabinete de San James se convenza que el de las Tullerías predomina en el de Madrid, y que la política de Luis XIV se ha restablecido abatiendo de nuevo los Pirineos, desde entonces será no sólo nuestro rival, sino nuestro enemigo, tenaz, irreconciliable: pues que su interés y hasta su honor no le permitirán contemplar sin indignación profunda un estado de cosas que tan mal parados los dejara. En tal caso echaría mano de todos los medios imaginables para perturbar nuestra tranquilidad en lo interior, para insurreccionar nuestras colonias, para destruir nuestra industria y comercio, apelando quizás á recursos que en las carteras ministeriales deben de tener apuntados sus hombres de Estado para sacarlos á plaza en último extremo.

¿Qué interés podemos tener nosotros en prestarnos á servir de arena en la lucha de dos poderosos rivales, en entregarnos como un cordero á quien dos fieras que se disputaban la presa matan y descuartizan? Si no nos conviene la alianza de la Inglaterra, ¿podrá sernos útil la de la Francia? ¿será verdad que restableciendo la política de Luis XIV, trabajemos por nuestra dicha, por nuestra prosperidad é independencia? ¿será verdad que ni en el estado normal ni en situaciones extraordinarias, pueda sernos útil el constituirnos en satélites de la política francesa? Mucho lo dudamos; ó mejor diremos, opinamos en sentido muy diverso. Creemos que por muchas razones le importa á la España el no vivir en amistad demasiado íntima

y exclusiva con la Francia; creemos que lejos de sernos provechosa esta línea de conducta podría acarrearlos perjuicios de mucha cuenta; y que fuera lo más á propósito para empeñarnos en una nueva serie de calamitosas consecuencias. Hemos manifestado nuestro pensamiento sobre la alianza inglesa, y por cierto que no la hemos favorecido; pero debemos añadir, que poco falta si con igual aversión no miramos la francesa. También de ésta opinamos, que bienes no puede traérselos; males sí, y de mucha gravedad. El examen de la respectiva situación de las dos naciones, y los escarmientos de la historia y de la experiencia vendrán en confirmación de lo que acabamos de decir.

La demasiada extensión que va tomando este artículo nos impide desenvolver estas indicaciones en el presente número; harémoslo en uno de los inmediatos, con la extensión y detenimiento que reclama la importancia de la materia. — *J. B.*

## LA PRENSA.

---

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan á Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan á los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por existir mamarrachos en patios y esquinas; tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El



abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamás; si para destruir aquél se debiera prohibir éste, apenas existiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputación, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea: porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarrar un pecho inocente, es un abuso de la mano y de un metal; instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es más que una manera de hablar: es una especie de lengua que sólo se diferencia de la común, en que suena más alto, se hace oír con más rapidez y universalidad, y deja consignado é indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfección del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento á su debilidad, á su poco alcance, á la breve duración de sus sonidos; como lo es también la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para extender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el más perfecto entre estos signos, una manera más perfecta de escribir y por tanto de hablar. La imprenta es á la escritura lo que son al dibujo el arte daguerreotípico, y todos los demás que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel ú otra tabla cualquiera, lo que la mano del dibujante no podría hacer sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los días: es un hecho como los demás que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal; si por esta razón se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música; condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese

todo cuanto hay más respetable, más santo, más augusto sobre la tierra; pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes: ¿y dónde no existen? se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa ó indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje cuyo auxiliar es la prensa, á la par de sus buenos efectos ¿no los produce también malos, y de trascendencia incalculable? ¿han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que hace la lengua, según el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose á cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que más, los daños acarreados á las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento, é imagen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increíble rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudores las ciencias, las artes, la sociedad, la religión misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiración que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran papa León X en el concilio de Letrán celebrado en 1515, cuando proponiéndose remediar y precaver los males acarreados por la prensa ya en aquella sazón, tributaba no obstante los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: *ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolitata, plurima mortalibus attulerit commoda*, etc. Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparición del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan próximo á su cuna, se cometían notables y numerosos excesos, que la autoridad apostólica se ve precisada á reprimir. En diversas partes se publicaban *libros en omidia latino y vulgar, ya originales, ya traducidos del griego,*



del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas, contrarios á la religión cristiana, y lo que es todavía más particular, se dirigian ataques contra las personas aun las más condecoradas por su elevada dignidad; resultando de esto grandes errores en la fe, y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores. Ya entonces se recelaba que una invención saludable, destinada á la gloria de Dios, al robustecimiento de la fe, y á la propagación de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando á la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas, y mezclando el veneno con la medicina. No cabe apreciar con más pulso, con más prudencia, los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe más moderación en distinguir el abuso del uso, y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, á pesar de la manera dañosa con que de él se servía la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestión de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de más grave y juicioso los publicistas y legisladores, lo había compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta previsión manifestaron en este negocio los Romanos Pontífices. Es por cierto muy curioso é interesante el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad los mismos que mirarán tal vez como horrendos atentados contra la libertad humana, las providencias de los Papas en que se procuraba contener el abuso de esta arma terrible, poniendole algunas limitaciones para que no atacase la fe, no corrompiese las costumbres, y respetase el decoro de las personas constituidas en dignidad. Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la Cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad, y vigilante atalaya de los más sagrados intereses de las naciones, las amonestaba

de los riesgos que consigo traeria esta invención en los siglos futuros (1).

(1) Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderación y previsión que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo.

LEO X. IN CONCILIO LATERANENSI.

Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia) valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostræ mentis sedulo destinamus affectum, ac circa ilud studiosa diligentia vigilamus. Sanè licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, *ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere, fideliumque collegio, per doctrinam christianæ fidei salubriter aggregare: quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicæ pulsavit auditum, quod nonnulli hujus artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus, libros, tam Græcæ, Hebraicæ, Arabicæ et Cædeæ, linguarum in latinum translatos, quam alios latino, ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide, ac perniciosæ dogmata, etiam Religioni Christianæ contraria, aut contra formam personarum, etiam dignitate fulgentium continentes, imprimere, ac publice vendere præsumunt, ex quorum lectura non solum legentes non ædificantur, sed in maximos potius tam in fide, quam in vita et moribus prolabantur errores, unde varia sæpe scandala (prout experientia rerum magistra docuit) exorta fuerunt et majora in dies exoriri formidantur. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium salutis detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore duximus, ne de cætero cum bonis seminibus spinæ coalescant vel medicinis venena intermiscantur.*



La acción de la imprenta se ha extendido á todos los órdenes, ha obrado en los sentidos más diferentes, no siendo posible señalar ninguna institución sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religión, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invención; todo tiene mucho que agradecerle, y no poco de qué acusarla. Mas por lo mismo que la acción del nuevo agente era tan universal y eficaz, que necesario es resignarse á encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbraba, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolación y la muerte por extendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religión, pero en cambio, no poco de qué alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores, y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos; también lo es, que la ciencia religiosa se ha levantado á un punto á que de otra manera le fuera difícil llegar; y que la misma contradicción que ha sufrido la fe católica, ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudición y de saber, que sin el poderoso vehiculo de la imprenta quizás no se hubiera logrado. Sin este auxiliar, ¿cómo sería posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siriacas, griegas, y en tantos otros idiomas? ¿cómo sería dable que los sabios tuviesen á la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen á manifestar la verdad de nuestra santa religión, su augusta antigüedad, y los demás títulos que la acreditan de divina? ¿y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el sagrado texto por los Santos Padres y Doctores eclesiásticos? ¿cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos, ni tal vez conservar, sin el socorro de la imprenta? ¿y qué diremos de las ediciones

de los concilios, de las obras de los Santos Padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religión que la han defendido á la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado á las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos, con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religión del Crucificado, y desbaratar á sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, también ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagación de los malos libros? pero ¿quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Extendiéronse las obras de Lutero, de Calvino, de Melancton, de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu; pero á su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suárez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet, y otros innumerables con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos más cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado también de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las bellas artes, é inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religión de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros: ¿qué obras se han difundido más; las del filósofo de Fer-



ney, ó las del Cantor de los Mártires? ¿cuáles se han traducido á mayor número de lenguas? en igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y expendido mayor número de ejemplares? esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera á leer. Entrad en un gabinete, ora pertenezca á un sabio, ora á una persona medianamente instruída; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontraréis á Voltaire, casi siempre á Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta había sido un golpe de muerte para la causa de la *superstición y del fanatismo*, es decir, según ellos, para la causa de la religión católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa desde la invención de Guttemberg. Sucédeles á no pocos de los adversarios de la religión, que habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando á menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la región en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor extensión de noticias y más elevación de ideas. No les habléis á esos hombres de tal ó cual ilustre apologista de la religión, no les mentéis los trabajos que se están haciendo en este ó aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creían *fallada sin apelación*. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oído apellidar su escuela, ó porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciáis el nombre de Belarmino? quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal; ó si á tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oído hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de

los Papas. Si recordáis el nombre de Santo Tomás de Aquino, notaréis desde luego que no lo reputan por bueno para otra cosa que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citáis algún Santo Padre, conoceréis que sin haber visto nunca sus obras, las miran como antiguallas, sólo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transecurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares ó de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados*, que sostengan ó *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamás.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad, y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religión católica, y es en la actualidad y será en adelante la más segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme convicción de que la misma imprenta será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religión verdadera, haciéndola reconquistar el terreno perdido; esperamos, que así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las más profundas cuestiones, y se diese solución cabal á las dificultades con que los enemigos de la religión se proponían abrumarla, así también hará en adelante, que en la profusión con que se derraman los libros de todas clases, prevalezcan en número y en atractivo, los útiles y los saludables; y pues que atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulación del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo, con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver sustituido á la fuerza del hombre el vapor dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantá-



nea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escasísimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educación donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera ley, la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos la gloria del Señor, y anuncian como el firmamento las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse á la vista de semejante movimiento, y el abrigar desmedidos temores con respecto á las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumación de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por Aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir á confirmar y demostrar verdadera; no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer á la vista de los peligros, por más insuperables que se ofrezcan á nuestra pequeñez y debilidad.

Cuando el Divino Fundador de nuestra religión envió á los apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas de que el mundo había de ser teatro. Patente estaba á sus ojos cuanto había de suceder en los siglos venideros; y veía ya el momento en que surgiera de la cabeza de Guttemberg la sublime invención, y veía el profundo cambio que esto había de producir, el irresistible impulso que con esto habían de adquirir las ideas, y los abusos á que se habían de arrojar

la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veía los peligros que la fe estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debía acarrear á su religión sacrosanta; veía todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiramos pues con humilde reconocimiento su inefable dignación en salvar la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecía los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendía el cielo como un magnífico pabellón, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religión católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusión, antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habían escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religión, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos lá asombrosa propagación que obtienen ahora, ni habría sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudición y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato de que la religión católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente después de la inven-



ción de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religión de Jesucristo, de las demás que han existido y existen todavía. En éstas, la discusión religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Obscuras en su origen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones más vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religión: sin admitir al desatentado y funesto principio de examen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma faltando á la institución del Divino Fundador, ha procurado no obstante que no cesase nunca la discusión sobre las materias más graves, fomentando ella misma la fundación y progresos de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservación y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos pues de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extensión las controversias sobre las cuestiones más importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagación secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el papa León X, al propio tiempo que se proponía reprimir los que ya en aquella época se introducían. Examinense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la Cátedra de san Pedro no forceja como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la ci

vilización, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, si, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan á la religión y á la sociedad si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquél, y reconoce de la manera más clara y terminante que la invención de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine*; que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sabios católicos de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt*; que este descubrimiento había sido para la gloria de Dios. apoyo de la fe y propagación de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum*. De esta suerte se habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los más notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una acción muy poderosa, también es cierto que había menester vincularse con algunos intereses é instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica también ahora, pues que también ahora como antes las ideas necesitan hacerse por decirlo así palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa más que



la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresión, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y por tanto llegan con mucha más facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vida están destinadas á pasar como ligera exhalación que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás, y que obra más ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su acción será oculta, lenta, indirecta: habrá menester más tiempo para consumir sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravíe de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio, lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose más partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecución, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo xviii, estuvo la imprenta sujeta á la censura; y sin embargo difícil fuera señalar una época en que su acción hubiese sido más terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con más abundancia y se leían con mayor avidez? Al estallar la revolución de 1789, se proclamó la libertad de la

prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habían por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, é inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida también á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generación actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, también es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmación de este aserto véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes ó habían fallecido, ó comían el pan de la emigración en países extraños; esto no embargante, se hallaron imbuídos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habían podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto debieron de haberlos bebido en libros, que leerían con tanto mayor placer y con más viva curiosidad, por lo mismo que veían su contenido en oposición con todo cuanto les rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; sólo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

*La opinión pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinión de unos pocos que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el



pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinión pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinión pública la de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinión, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervención de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho más continua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido más fácil ejercer su acción directa ó indirectamente, según las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la opinión pública sobre los más graves negocios; y ora se publiquen con permisión del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusión el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan el poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervención popular que las formas políticas más liberales.

Estas llenan tanto más cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas*, cuanto más expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas.

Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo cómo no depende su existencia de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institución política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este orden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboración de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invención ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales é l que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante á la difusión, no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos, por medio de los simples manuscritos; de suerte que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera es indudable que éstos debían limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en este ó aquel punto, se asombrarían de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razón se nos achaca un superficialismo què nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esta, como en todas aquellas pro-



posiciones generales que expresan el resultado de la inducción de una infinidad de hechos difíciles de reunir y más todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa: y la razón y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva, para no encarecer con demasiado entusiasmo, ni vituperar con excesiva acritud. Por más que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamás ni en los días más nombrados de Grecia y Roma. La admiración que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior, á quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que más el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho más grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platón, en Aristóteles, en Cicerón, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía, ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto, pudieron aventajar á los modernos, éstos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensación es sobreabundante, y el parangón no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas, sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad

del pensamiento, que distingue á los pueblos que le profesan. Así es de notar, que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado por decirlo así á familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero, se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese Proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinión, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento, y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano.—*J. B.*



## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

### CARTA TERCERA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi querido amigo: cuando, según me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino á la discusión, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusión era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de más que mediana instrucción, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque

cuando menos ha producido un gran bien, cual es, el que V. se explica sobre este particular de tal modo, que revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leído aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permítame V. que se las reproduzca en la mía, y que le recomiende encarecidamente que no las olvide jamás. «Nunca me he devanado mucho los sesos en buscar pruebas de la existencia de Dios: la historia, la física, la metafísica servirán para esta demostración todo lo que se quiera, pero yo confieso ingenuamente que para mi convicción no he menester tanto aparato científico. Saco la muestra de mi faltriquera, y al contemplar su curioso mecanismo y su ordenado movimiento, nadie sería capaz de persuadirme que todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo de un artífice: el universo vale, á no dudarlo, algo más que mi muestra, alguien pues debe de haber que lo haya fabricado. Los ateos me hablan de casualidad, de combinaciones de átomos, de naturaleza, y de qué sé yo cuántas cosas; pero sea dicho con perdón de estos señores, todas estas palabras carecen de sentido.» Nada tengo que advertir á quien con tanto pulso aprecia el valor de los dos sistemas; estas palabras tan sencillas como profundas, las estimo yo en más que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla V. en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que V. abra la discusión religiosa, atacando el dogma de la eternidad de las penas. No esperaba yo que acometiera V. tan pronto por este flanco; y vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado á entender que V. le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos; y el negocio es grave, urgente; de aquí á pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice V. muy bien, que «para los que se en-



gañan en esta materia, el chasco debe de ser pesado en demasia.»

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas; pero no puedo menos de observar que no es este el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado, y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas; y al contrario, admitidos ciertos puntos capitales, es imposible resistirse á la admisión de los demás. Sucede muy á menudo, que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento, y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. «Esto es inconcebible, exclaman, la religión que lo enseña no puede ser verdadera;» como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religión están al alcance del hombre; como si no estuviéramos asegurando continuamente que son muchas las verdades á cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprensión.

Al leer ú oír la relación de un fenómeno ó suceso cualquiera, nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador; y en estando bien asegurados por este lado, por más extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo, pocos eran los que comprendían cómo era posible que volviese por oriente la nave que habia dado la vela para occidente; pero ¿bastaba esto para resistirse á dar crédito á la narración de Sebastián de Elcano, cuando acababa de dar cima á la atrevida empresa del infortunado Magallanes? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores, oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados ¿debería por ventura andar mirando detalladamente la relación que se le hace de las funciones de esta ó aquella máquina, de los agentes que la impulsan, de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que á él le parecie-

se incomprendible? Por cierto que no: y procediendo conforme á razón y á sana prudencia, lo que debiera hacer fuera asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados, ó si podrían tener algun interés en engañar, y cuando estuviese bien cierto que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podría sin temeridad rehusar el asenso á lo que se le refiriera, por más que á él le fuera inconcebible, y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es, si existe ó no la revelación, y si la Iglesia es ó no depositaria de las verdades reveladas: en teniendo asentadas estas dos bases, ¿qué importa que este ó aquel dogma se muestren más ó menos plausibles; que la razón se halle más ó menos humillada, por no llegar á comprenderlos? ¿Existe la revelación? ¿Esta verdad es revelada? ¿Hay algún juez competente para decidirlo? ¿Qué dice sobre el dogma en cuestión el indicado juez? He aquí el orden lógico de las ideas, he aquí el orden lógico de las cuestiones, he aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias: lo demás es divagar, es exponerse á perder tiempo en disputas que á nada conducen.

Lejos de mí el intento de huir por medio de estas observaciones, el cuerpo á la dificultad; pero nunca habrá sido fuera del caso el emitir las para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice V. que «se le hace muy cuesta arriba el dar crédito á lo que nos están diciendo los predicadores sobre las penas del infierno, y que repetidas veces ha oído cosas que de puro horribles rayaban en ridículas.» Resérvome para más allá el decirle á V. cosas curiosas sobre esos horrores; por ahora, y no sabiendo á punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene V. sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico con esta ó aquella ocurrencia que haya podido venirle á un orador. Lo que enseña la Iglesia es, que *los que mueren*



en mal estado de conciencia, es decir en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin. He aquí el dogma; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fe: pertenece á aquellos puntos sobre los que es lícito opinar en diferentes sentidos, sin apartarse de la fe católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es, que estas penas serán horrorosas: y bien, ¿para qué necesitamos saber lo demás? ¡penas terribles y sin fin!.... ¿no basta esta sola idea para dejarnos con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se puedan ofrecer?

«¿Cómo es posible, dice V., que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor?» ¿Cómo es posible, contestaré yo, que un Dios infinitamente justo, no castigue con tanto rigor, después de haber procurado llamarnos al camino de la salvación por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende á Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama pues un castigo en cierto modo infinito. En el orden de la justicia humana es más ó menos criminal el atentado, según es la clase y la categoría de la persona ofendida: ¿con qué horror no es mirado el hijo que maltrata á sus padres? ¿qué circunstancia más agravante que la de ofender á una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre á Dios, hay la rebelión de la nada contra un ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano del cielo y tierra: ¡cuántos motivos para afear la culpa! ¡cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida ó la propiedad de un individuo castiga la ley humana al reo con la pena de muerte: es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito,

*El gob. ingl. en una v. de Portugal;  
de cuando del representante no se des cubre  
el peso de una posición, le imputa de  
falso al comb.*

pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad para siempre; ¿por qué pues el Juez Supremo no podrá castigar también al culpable con penas que duren para siempre? Y nótese bien, que la justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crimen le sigue la pena, y no basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazón contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal, sin haberle puesto á la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la elección, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿A quién pues podrá culpar el hombre sino á sí mismo? ¿Qué tienen de repugnante, ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar á los incautos, pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas*, y de *misericordia infinita*; pero examínese á fondo la materia; atiéndase á todas las circunstancias que la rodean, y se verán desaparecer como el humo las dificultades que á primera vista se habían ofrecido. El secreto de los sofismas más engañosos consiste en el artificio de presentar los objetos no más que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas, que si parecen contradictorias, es porque no se atiende á las intermedias que las entazan y hermanan. Es fácil observar, que los autores más célebres entre los enemigos de la religión resuelven á menudo las cuestiones más graves y complicadas, con una salida ingeniosa, ó una reflexión sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil á un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el ánimo de los lectores; y si á esto se añade algo que pueda interesar el corazón, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el ánimo de los incautos, con el sistema de doctrinas más bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos, dirigiéndose al corazón en muchos casos en que sólo se debe hablar al entendimiento. Así en el asunto que



nos está ocupando, ¿cómo resiste un corazón sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado á padecer para siempre? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad; porque si bien es cierto que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender á fondo ciertas verdades, también lo es que no debe nunca tomársele por principal guía, y que no se le ha de permitir jamás que llegue á dominar los eternos principios de la razón. Los derechos y deberes de padres é hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si analizados á la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazón; pero en cambio, también se trastornarán los sanos principios de la moral, y se introducirá el desorden en las familias, si prescindiendo de los severos dictámenes de la razón, sólo nos empeñamos en regirnos por lo que nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño, si no se encuentra aquí uno de los más fecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano está atravesando un período, que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorbiendo la una gran porción de las fuerzas y energía que en otra situación corresponderían á las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento; no en la parte que tiene de desprendimiento y elevación, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginación, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus más raros y extravagantes matices, llamando en su auxilio la razón y la fantasía, no como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente también del mismo defecto; y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral

eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa á todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caídas más ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos, y ofrece al corazón humano un solo idolo, el placer; una sola regla, el egoísmo.

Ya ve V., mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia; pero el error de los hombres no destruye la realidad de las cosas; si el infierno existía en tiempo de nuestros padres, existe todavía en el nuestro; y en nada inmutan el hecho, ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molicie de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal se encontrará en presencia del Supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo, con su conciencia desplegada, patente á los ojos de Aquel, á cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relación entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo, y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones á otras materias análogas. El hombre ha creído poder cambiar y modificar las leyes divinas, del modo que lo hace con la legislación humana; y como que se ha propuesto introducir en los fallos del Soberano Juez la misma suavidad que ha dado á los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislación criminal tiende claramente á disminuir las penas, haciéndolas menos aflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso, y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Más ó menos, todos cuantos en esta época vivimos, estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa ó aflictiva, es para nosotros insuportable, y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía, y todos los consejos de la prudencia, para que se conserven en los



códigos criminales algunas penas rigurosas. Lejos de mi el oponerme á esta corriente: y ojalá fuera este el día en que la sociedad no hubiese menester para su buen orden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera también que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida, es algo más noble y elevado que aquel sentimiento débil y egoísta, que no nos permite ver sufrir á los otros, porque nuestra flaca organización nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya á la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargarle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? la primera, un efecto de la organización; la segunda, puro egoísmo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos á los caprichos de nuestra enfermiza razón: y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno é infinito, que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar á nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo á excusar el crimen, á interesarse por el criminal, que se olvida de la compasión que con título, sin duda más justo, es debida á la víctima; y de buena gana dejaría á ésta sin reparación de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar á aquél los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos, que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen orden del universo, la falta de este castigo; diremos que el mundo estaría encomendado al acaso, que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera la más repugnante injusticia, si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable más allá del sepulcro, para pe-

dirle cuenta de su perversidad durante su peregrinación sobre la tierra.

Y qué! ¿no vemos á cada paso ufana y triunfante la injusticia, burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, é insultando con su lujo y disipación la miseria y demás calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelías y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas, que con su conducta disipada, llenan de angustia la familia de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro á una consorte virtuosa, dejando á sus hijos en la miseria, y no transmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran á veces hijos desnaturalizados, que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo, y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los días de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que después de haber sorprendido el candor y mancillado la inocencia, abandonan cruelmente á su víctima, entregándola á todos los horrores de la ignominia y de la desesperación? La ambición, la perfidia, la traición, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde tan poco alcanza la acción de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignación? ¿no ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Que no es verdad, no, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atórméntanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrímanle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero tampoco le faltan medios para embotar al-



gún tanto el punzante estímulo de su conciencia, tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales, tampoco escasea de recursos para salir airoso de los malos pasos á que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparación de los que sufre también el justo? Las enfermedades le abruman, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecución no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan también, y semejante al divino Maestro sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta á resignarse como verdadero cristiano, hace algún tanto más llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y á menudo más duros de los que han caído sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios de la otra vida ¿dónde está la justicia? ¿dónde la Providencia? ¿dónde el estímulo para la virtud, y el freno para el vicio?

Pregúntame V., mi estimado amigo, si comprendo perfectamente, cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados; y adelántase á contestar á la razón que podría señalarse de que así se satisface la divina Justicia, y se aparta á los hombres del camino del vicio, con el temor de tan horrendo castigo. Dice V. por lo tocante al primer punto, «que jamás ha podido concebir la razón de tanto rigor; y que aun cuando no deja de columbrar la relación que existe entre la eternidad de la pena, y la especie de infinidad de la ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna obscuridad que no acierta á disipar.» Muy errado anda V., mi apreciado amigo, si se imagina que á todos los demás no les sucede lo mismo; pues que sabido es, que el entendimiento humano se nubla, tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir, que tampoco concibo estas verdades con entera claridad; y que por más firme certeza que de ellas abrigue, no pue-

do lisonjearme que se presenten á mi espíritu con aquella evidencia que las pertenecientes á un orden finito y puramente humano; pero lejos de que me desanime esta niebla, que procede al propio tiempo de la debilidad de nuestros alcances, y de la sublime naturaleza de los objetos, he considerado repetidas veces, que si por este motivo debiera negar mi asenso no podría prestarle tampoco á muchas otras verdades de las que me sería imposible dudar, aunque á ello me esforzara. Estoy seguro de la creación, no sólo por lo que me enseña la religión revelada, sino también por lo que me dicta la razón natural: y no obstante, cuando medito sobre ella, cuando quiero formarme una idea clara y distinta de aquel acto sublime en que Dios dijo: *hágase la luz, y la luz fué hecha*, siéntese mi entendimiento con cierta flaqueza, que no le permite comprender con toda perfección el tránsito del no ser al ser. Estoy cierto, y V. conmigo, de la existencia de Dios, de su infinitad, eternidad, inmensidad, y demás atributos; pero ¿nos es dado acaso formarnos ideas bien claras de lo que por estos nombres se expresa? Es bien seguro que no; y lea V. todo cuanto han escrito sobre ello los más esclarecidos teólogos y filósofos, y echará de ver que, más ó menos, adolecían del mismo achaque que nosotros.

Si quisiera dar más amplitud á estas reflexiones, fácil me sería encontrar mil y mil ejemplos de esta debilidad de nuestro entendimiento, hasta en las cosas físicas y naturales; pero esto me empeñaría en largas discusiones sobre las ciencias humanas, alejándome del principal objeto. Además, que no dudo bastará lo dicho para dejar sentado que no debe hacer mella en un espíritu sólido esa obscuridad de que están rodeados á nuestra vista algunos objetos; y que mientras sobre ellos podamos adquirir por conducto seguro la competente certeza, no conviene abstenerse de prestar asenso por el solo asomo de algunas dificultades más ó menos graves, más ó menos embarazosas.

No son muchas las materias en que puedan señalarse, en apoyo de la verdad, razones más satisfactorias que las



arriba indicadas en pro de la justicia de la eternidad de las penas; sea cual fuere el concepto que V. forme de mis reflexiones, al menos no podrá negarme que no son para despreciadas por el simple obstáculo de una dificultad, que más bien se funda en un sentimentalismo exagerado que en un raciocinio sólido y convincente. Por tanto, sólo me resta recordarle, que no se trata de saber si nuestro entendimiento comprende ó no con toda claridad el dogma del infierno, sino de averiguar si en realidad este dogma es verdadero, y si los fundamentos en que le apoyamos sus sostenedores tienen las señales características que puedan convencer de que realmente ha sido revelado por Dios. ¿De qué nos serviría el comprenderlo más ó menos claramente, siuviésemos el tremendo infortunio de haberle de sufrir?

Por lo que toca al segundo punto que V. indica en su apreciada, no estoy de acuerdo en que una pena de duración limitada pudiese ejercer sobre el ánimo de los hombres una impresión equivalente y de idénticos resultados en cuanto al arreglo de la conducta. Pretende V. que en estando acompañada la pena de mucha duración, ó de un tormento muy terrible, bastaría para enfrenar las pasiones, poniéndose un límite á los malos deseos; con cuya observación se da por el pie á la razón que señalamos los cristianos de que la existencia del infierno es una salvaguardia de la moral. Pero á mí me parece que V. no ha sondeado lo suficiente este asunto; y no ha reparado en que si bien es verdad que la idea del tormento nos espanta y aterra cuando se ha de sufrir en esta vida, nos causa muy ligera impresión si se ha de reservar para la otra. Dos pruebas daré de esto, una experimental, otra científica.

El dogma del purgatorio lleva ciertamente una idea terrible; y así los libros de devoción, como los predicadores, están pintando continuamente aquel lugar de expiación con los colores más espantosos. Los fieles lo creen así, lo están oyendo sin cesar, oran por los parientes y amigos difuntos, que puedan estar detenidos en él; pero hablando

ingenuamente ¿es mucho el miedo que se tiene al purgatorio? por sí solo ¿fuera un dique bastante robusto para oponerse al impetu de las pasiones? Dígalo cada cual por experiencia propia; díganlo también por la ajena, cuantos han tenido ocasión de observarlo. Las penas que para aquel lugar se nos anuncian son terribles, es verdad; su duración puede ser mucha, es cierto; el alma no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante, no tiene duda; pero aquella tendrá fin, estamos seguros de que no puede durar para siempre, y colocados en medio del riesgo de largos padecimientos en la otra vida, y de la necesidad de suportar leves molestias en la presente, repetidas veces preferimos aventurarnos á lo primero para preservarnos de lo segundo.

De esto, que la experiencia nos está mostrando á cada paso, nos señala la razón las causas; bastando para conocerlas una sencilla consideración de la naturaleza humana. Mientras vivimos en esta tierra, se halla nuestro espíritu unido al cuerpo que nos transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee á la verdad nuestra alma algunas facultades que elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre más altos objetos, y habitan por decirlo así en una región que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer empero la dignidad de estas facultades, ni la altura de la región en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un orden inferior, que á menudo las hacen descender de su elevación, y en vez de obedecerlas como á señoras, las reducen á la clase de esclavas. Cuando las cosas no llegan á este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia, que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en obscura lontananza las verdades que forman su más noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con el mayor descuido y flojedad.



Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto es en la otra vida, se reserva para una época más distante; son cosas que pertenecen á un orden enteramente distinto, á un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas, de momento; y así es que necesitamos hacer un esfuerzo de concentración y reflexión para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen, y de que en su comparación es nada todo cuanto nos rodea. Viene entretanto á herir nuestra imaginación, á excitar nuestros sentimientos algún objeto de la tierra, ora inspirándonos algún temor, ora halagándonos con algún placer; el otro mundo desaparece á nuestros ojos, como objetos que perdiéramos de vista en un remoto confin, el entendimiento vuelve á entrar en su entorpecimiento, la voluntad en su languidez; y si uno y otra se excitan de nuevo es para contribuir al mayor desenvolvimiento de las otras facultades.

El hombre se guía casi siempre por las impresiones de momento; sacrifica lo venidero á lo presente; y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una acción le puede acarrear, la distancia ó la proximidad de la realización de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias más influyentes en su elección. ¿Cómo no ha de suceder esto en lo tocante á los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto á los de la presente? ¿No es infinito el número de los que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, á un placer de momento? y esto ¿por qué? porque el objeto que halaga está presente, y los males distantes; y el hombre se hace la ilusión de evitarlos, ó bien se resigna á sufrirlos, como quien se arroja á un precipicio con los ojos vendados.

De esto se infiere no ser verdad lo que V. afirma, que bastase el temor de una pena muy duradera para que produjese un mismo ó semejante efecto que la eternidad del infierno. No es verdad; antes al contrario, puede asegu-

rarse que desde el momento que se separase de la idea de las penas la de eternidad, perderían la mayor parte de su horror, y quedarían reducidas á la misma línea que las del purgatorio. Si los castigos de la otra vida han de producir un temor bastante á contenernos en nuestras depravadas inclinaciones, han de tener un carácter formidable, espantoso, que su mero recuerdo ofreciéndose de vez en cuando á nuestro espíritu, le produzca un saludable estremecimiento que dure aun en medio de la disipación y distracciones de la vida, como el pavoroso sonido de sonoro metal que retiembla largo rato después de recibido el golpe.

No pondré fin á esta carta sin contestar á la objeción insinuada por V., y de que en apariencia se halla muy satisfecho, porque según dice, «si bien no es más que una conjetura, no puede negársele que es muy especiosa, muy filosófica, y quizás no destituida de fundamento.» Explica V. en seguida el sistema que tan en gracia le ha caído, y que consiste en considerar el dogma del infierno como una fórmula en que se expresa el pensamiento de intolerancia que preside á las doctrinas y conducta de la Iglesia católica. Permitame V. que transcriba sus propias palabras, que de esta suerte no mediará el peligro de una mala inteligencia: «Ya se ve: se quería sujetar el entendimiento y el corazón del hombre ciñéndolos con un aro de hierro: faltaban en lo humano los medios de realizarlo, y ha sido preciso hacer intervenir la justicia de Dios. ¿No se podría sospechar que los ministros de la religión católica, quizás más engañados que engañadores, han apelado al recurso común entre los poetas, de desenlazar una situación complicada llamando en su auxilio algún Dios; ó hablando en términos literarios, empleando la máquina? Mucho me engaño, si en la pretendida justicia de un Dios inexorable, no se trasluce el sacerdote católico con su terquedad inflexible.» Algo duro se muestra V., mi estimado amigo, en el pasaje que acabo de insertar, y por más sorpresa que le hayan de causar mis palabras, me atrevo



á decirle que lejos de encontrarle filosófico como acostumbra, le hallo aquí, primero muy inexacto, y después en demasía ligero. Inexacto, porque supone que el dogma de la eternidad de las penas pertenece exclusivamente á los católicos, cuando le profesan también los protestantes; ligero, porque ha pretendido convertir en expresión del pensamiento dominante en el cristianismo un hecho generalmente creído por el humano linaje.

El prurito, tan común en nuestra época hasta entre los escritores de primera nota, de señalar una razón filosófica fundada en una observación nueva y picante, le ha extraviado á V. de una manera lastimosa, haciéndole perder de vista por un momento lo que no ignoran cuantos saben medianamente la historia. En resumen, quería V. significar que esto era una invención de los sacerdotes cristianos, bien que salvando su buena fe, con suponerlos víctimas de una ilusión; pero ¿cómo ha podido olvidar que siglos antes de aparecer el cristianismo estaba la creencia del infierno generalmente extendida y arraigada?

Algo satírico está V. con los «buenos frailes que se com-  
»placen en asustar á niños y mujeres con las horrendas  
» descripciones de tormentos fraguados en imaginaciones  
» descompuestas y groseras, y que difícilmente puede su-  
» portar sin reirse ó sin fastidiarse un hombre de sana ra-  
» zón y de buen gusto.» Bien se conoce que quiere V. ha-  
cer pagar caros á los pobres predicadores los ratos que le  
llevaba al sermón su buena madre, y que sin duda hubie-  
ra V. empleado de mejor gana en sus juegos y entretenimientos; pero sea dicho sin ánimo de ofender, y únicamente en defensa de la verdad, da V. aquí un solemne tropiezo, en que sólo puede consolarle el tener muchos compañeros de infortunio, entre los que se proponen burlarse con demasiada ligereza de los dogmas y prácticas de nuestra religión. V. se ríe de las *exageraciones de los frailes* en esta materia, que se le hacen insuportables por descabelladas y de mal gusto; pues bien, yo le emplazo á V. á que me cite la descripción que le parezca más descabella-

da entre las que haya oído de boca de un predicador, y me obligo á presentarle otra sobre el mismo objeto que no le irá en zaga á la primera, ni en lo feo, ni en lo extravagante, ni en lo horrible. ¿Y sabe V. de quién serán esas descripciones y rasgos? nada menos que de Virgilio, de Dante, de Tasso, de Milton. No advertía V. que á la espalda del buen capuchino á quien tan desapiadadamente acometía, tropezase con una reserva tan respetable, en materias de razón y de buen gusto. A veces la precipitación en el juzgar nos es más dañosa que la misma ignorancia. Sucédenos á menudo que despreciamos una expresión, en odio ó desprecio de la persona que la dice; expresión que nos pareciera admirable, si la oyésemos en boca de otro que nos inspirase más respeto. Por esto decía graciosamente Montaigne que se divertía en sembrar en sus escritos las sentencias de filósofos graves, sin nombrarlos; con la mira de que sus lectores críticos creyendo habérselas sólo con Montaigne, injuriasen á Séneca, y dieran de narices sobre Plutarco.

No es fácil decir á punto fijo la variedad de horrores del infierno, pero lo cierto es que así cristianos como gentiles han convenido en mostrárnoslo con espantosos colores. Virgilio no era ni fraile, ni predicador, ni cristiano, ni escaseaba de *buen gusto*, y sin embargo difícil es reunir más horrores de los que nos presenta, no sólo en el infierno, sino ya en el camino.

Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci,  
 Luctus et ultrices posuere cubilia curæ:  
 Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,  
 Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,  
 Terribiles visu formæ: Letumque, Laborque;  
 Tum consanguineus Leti Sopor, et mala mentis  
 Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum  
 Ferreique Eumenidum thalami, et Discordia demens  
 Vipereum criem vittis innexa cruentis

.....  
 Multaque præterea variarum monstra ferarum,  
 Centauri in foribus stabulant, Scyllæque bifformes,



Et centum geminis Briareus, ac bellua Lernæ  
Horrendum stridens flammisque armata Chimæra:  
Gorgones, Harpyæque, et forma tricornis umbræ.

Antes de llegar á la fatal mansión, nos encontramos ya con *cabelleras de víboras*, con *hidras que rugen con horrible estridor*, con *monstruos armados de fuego*, y juntos con los *gotos vedados*, *mala mentis gaudia*, el llanto y los remordimientos vengadores, *luctus et ultrices curæ*.

Pero sigamos adelante, y el horror se aumenta hasta el extremo.

.....  
Hinc via Tartarei quæ fert Acherontis ad undas  
Turbidus hic cæno vastaque voragine gurges  
Æstuat, atque omnem Cocyto eructat arenam  
Portitor has horrendus aquas et flumina servat  
Terribili squalore Charon: cui plurima mento  
Canities inculta jacet stant lumina flamma,  
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.

.....  
Respicit Æneas subito; sub rupe sinistra  
Mœnia lata videt, triplici circumdata muro:  
Quæ rapidus flammis ambit torrentibus amnis  
Tartareus Phlegeton, torquetque sonantia saxa.  
Porta adversa, ingens, solidoque adamante columnæ.  
Vix ut nulla virum, non ipsi excindere ferro  
Cœlicolæ valeant: stat ferrea turris ad auras:  
Tisiphoneque sedens, palla succinta cruenta,  
Vestibulum insomnis servat noctesque diesque.  
Hinc exaudiri gemitus, et sæva sonare  
Verbera: tum stridor ferri, tractæque catenæ.

.....  
Gnossius hæc Rhadamanthus habet durissima regna:  
Castigatque, auditque dolos: subigitque fateri  
Quæ quis apud superos, furto lætatus inani,  
Distulit in seram commissa piacula mortem.  
Continuo sontes ultrix accincta flagello  
Tisiphone quatit insultans: torvosque sinistra  
Intentans angues, vocat agmina sæva sororum.  
Tum demum horrisono stridentes cardine sacræ  
Panduntur portæ. Cernis custodia qualis  
Vestibulo sedeat? facies quæ limina servet?

Quinquaginta atris immanis hiatibus Hydra  
Sævior intus habet sedem :

Necnon et Tityon terræ omniparentis alumnum  
Cernere erat: per tota novem cui jugera corpus  
Porrigitur; rostroque immanis vultur obunco  
Immortale jecur tundens, fœcundaque pœnis  
Viscera rimaturque epulis, habitatque sub alto  
Pectore: nec sibiris requies datur ulla renatis.  
Quid memorem Lapithas, Ixiona, Pirithoumque?  
Quos super atra silex jamjam lapsura, cadentique  
Imminet assimilis Lucent genialibus altis  
Aurea fulcra toris, epulæque ante ora paratæ  
Regificò luxu: Furiarum maxima juxta  
Accubat, et manibus prohibet contingere mensas,  
Exurgitque facem attollens, atque intonat ore.  
Hic quibus invisi fratres, dum vita manebat,  
Pulsatusve parens, et fraus innexa clienti;  
Aut qui divitiis soli incubuere repertis,  
Nec partem posuere suis, quæ maxima turba est;  
Quique ob adulterium cæsi, quique arma seouti  
Impia, nec veriti dominorum fallere dextras;  
Inclui pœnam expectant. Ne quære doceri  
Quam pœnam, aut quæ forma virus fortunave mersit.  
Saxum ingens volvunt alii, radiisque rotarum  
Districti pendent: sedet æternumque sedebit  
Infelix Theseus; Phlegyasque miserrimus omnes  
Admonet, et magna testatur voce per umbras:  
Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.  
Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem  
Imposuit: fixit leges pretio atque refixit  
Hic thalamum invasit natæ vetitosque hymenæos.  
Ausi omnes immane nefas, ausoque politici.

*Triples murallas bañadas con un río de fuego, gemidos, ruido de azotes, estrépito de cadenas, serpientes y la Hidra con cincuenta bocas, buitres que roe las entrañas, y otros objetos semejantes: he aquí lo que nos presenta el poeta en la mansión, según él mismo dice, de los defraudadores, adulteros, crueles con sus padres, incestuosos, traidores á su patria, y culpables de otros crímenes. Mucho dudo que V. haya oído cosas más horribles. Y como si no le bastara el es-*



pantoso cuadro que acaba de pintar con inimitable pincel, exclama:

Non, mihi si linguæ centum sint: oraque centum,  
Ferreæ vox, omnes scelerum comprehendere formas,  
Omnia pœnarum percurrere nomina possim.

(*Eneid. L. 6*)

*Cien lenguas, cien bocas, férrea voz*, no le bastarían para nombrar siquiera la variedad de penas de aquella mansión de horror!

Como quiera: dentro medio siglo la cuestión del infierno estará prácticamente resuelta para los dos: ruego al cielo que lo sea felizmente para ambos; pero si V. tiene la temeridad de aventurarse á lo que pueda suceder, me quedaré llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle antes no llegue el día de la ira, en que á la presencia del Juez Supremo, velarán su faz los ángeles tutelares no sabiendo qué alegar en descargo de V. para libertarle de la tremenda sentencia. M. de su affmo.—*J. B.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

Páginas.

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE MARZO DE 1813 )— <i>Situación de España</i> Dos polítics. Dificultad de encontrar la verdad. Los partidos. El despotismo ilustrado. La Reina y D Carlos. La revolución francesa y la española. La ausencia de la ley Breve reseña de los principales acontecimientos desde 1833 hasta 1840. Mayoría y enlace de la Reina Destino de Isabel segunda.	7
<i>La Ciencia y la Sociedad.</i> Hombres de lo pasado y hombres del porvenir. Destinos de la Sociedad Falta de buena fe en las discusiones La prensa. La oposición. La revolución de 1789. La inteligencia por sí sola erigida en poder. Caracteres de las revoluciones inglesa, americana y francesa La Francia y la Alemania; diferencia entre sus filósofos.—El genio y la pobreza. Intervención popular en todo linaje de negocios. Carácter distintivo de los escritos de nuestra época. Cotejo de éstos con los antiguos. Desarrollo simultáneo de las facultades del espíritu humano. Parangón de dos escuelas. . . . .	17
X <i>Frenología.</i> Examen de los principios fundamentales asentados por el Sr. Cubí. Aclaraciones sobre las relaciones entre el cerebro y el alma. Notable pasaje de Santo Tomás . . . . .	29
X <i>La palabra filosofía.</i> Su verdadero significado. En qué consiste la verdadera filosofía. El charlatanismo. El talento y el genio. El verdadero filósofo. . . . .	42
<i>Polémica religiosa.</i> Objeto y plan de este trabajo. Los dos enemigos capitales de la religión, <i>el error y el vicio.</i> Los	



- incrédulos, los indiferentes, los escépticos, los herejes. Carácter distintivo de todos esos enemigos de la verdad. Prudencia que se debe observar en las discusiones religiosas. Los sostenedores de la religión y sus enemigos. 43
- Un castillo y una ciudad.* O sea diálogo entre Monjuich y Barcelona. . . . . 53
- (NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 15 DE MARZO DE 1843.)—*Más sobre la situación de España.* La tolerancia política. Lo crítico de nuestra situación. Falta de poder. Necesidad de establecerlo. Las minorías. El enlace de la Reina. Posibilidad de un caso funesto que se debiera precaver. Ley de regencia en Francia. Inconvenientes del enlace de nuestra Soberana con un príncipe de la casa de Orleans. Las urnas electorales. La omnipotencia parlamentaria. La soberanía popular. La suerte que ha cabido á nuestras Cortes. La votación de los impuestos. La prensa. La tolerancia que se va introduciendo en la sociedad. El partido moderado y el republicano. Urgencia de salir del terreno de la política. Una gloriosa infracción de la ley. . . . . 59
- La suerte de Cataluña.* Crítica situación del Principado. Peligros y esperanzas. La Inglaterra. Sus miras con respecto á Cataluña y España. Las demás provincias de la Península y sus relaciones con Cataluña. La capital de la monarquía. Daños que acarrea el que esta sea Madrid. Pérfidos amaños de que debe preservarse Cataluña. . . . . 69
- Estudios históricos fundados en la religión.* La religión es la verdadera filosofía de la historia. Moisés. Maldición primitiva. El Paraíso. Los hijos de Adán y Eva. Henoch. Noé. Nemrod. Su poderío. Observación sobre el origen de muchos gobiernos. La torre de Babel. Abrahán y Sara en Egipto. Los siglos de oro. Abrahán y Lot. Admirable sentido de la expresión: *no cabían en la tierra.* Aplicaciones á los fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros del Norte, y sociedades modernas. Pentápolis. La historia del humano linaje es una espantosa tragedia. Reflexiones sobre el angustioso placer que experimentamos asistiendo á espectáculos dolorosos. Terribles contrastes de la historia. Hechos históricos de la más remota antigüedad. Consideraciones filosófico-religiosas. La humanidad y el Calvario. . . . . 78
- Polémica religiosa. El Indiferentismo.* Disputas religiosas.

Sentidos malignos que se dan á esta palabra. Elevada importancia de las disputas religiosas. La muerte y la eternidad. El indiferentismo es insensato y absurdo. Los pueblos más cuerdos que ciertos filósofos. Sentimiento religioso Guerras de religión Superstición. Fanatismo. Vanidad de ciertas declamaciones contra la humanidad entera. La Europa actual y el indiferentismo. Pruebas de la importancia que tiene todavía la religión en Europa. Reflexiones sobre el insensato egoísmo de los indiferentistas. . . . .

95

*Albió*n San Pablo. Westminster. El Tunnel. El Támesis La patria de Gama. *La política modesta* de las orillas del Sena. España. Sus recuerdos y sus destinos. Proyectos de Inglaterra. Su porvenir. . . . .

106

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE ABRIL DE 1843 )—*La fuerza del poder y la monarquía*. La debilidad del poder es un manantial de tiranía. Principio importante escrito con letras de sangre en todas las páginas de la historia La monarquía y el despotismo. En qué consiste la fuerza del poder. Reyes de Esparta, de Roma, de los tiempos feudales. Tendencias naturales del poder. La candidez de ciertos escritores cuando juzgan á Luis XVI y Fernando VII. La dictadura. Cesar y Camilo. Antonio y Augusto. Cromwell y Napoleón. La monarquía europea. Felipe II. Luis XIV. Carlos III. Las repúblicas de América. El absolutismo de Austria y de Prusia. La opresión dimana más bien del estado de las ideas y costumbres que de la forma de gobierno. Reflexiones sobre la monarquía hereditaria. Tres partes que envuelve el problema del poder público. Observación sobre los defectos de los monarcas modernos. La monarquía. Oriente. Contradicciones de los demagogos modernos. El derecho divino. La elección. Apóstrofe á los hombres que condenan todo lo antiguo. . . . .

113

*Medios que debe emplear Cataluña para evitar su desgracia y acrecentar su prosperidad. Medios materiales*. Observaciones sobre la buena inversión de los capitales. Observaciones sobre la enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas. Sistema de Inglaterra en la instrucción de los operarios. La agricultura catalana. Canales de riego. Espíritu industrial y mercantil del Principado. Estado de sus comunicaciones interiores. Necesidad de perfeccionar las manufacturas. La cuestión de los algodones



ingleses es independiente de la política. Medios políticos. Prudente conducta que debe observar Cataluña. Cuánto debe guardarse de constituirse ciego instrumento de ningún partido. De qué manera se salvan los individuos y los pueblos . . . . . 127

*Polémica religiosa. Escepticismo. Carta á un escéptico en materias de religión. Protesta del autor de esta Revista. Cuestiones importantes sobre el escepticismo. Carácter de la autoridad ejercida en la Iglesia católica. La fe y la libertad de pensar. Vano prestigio de las ciencias. Un pronunciamiento científico. Naufragio de las convicciones filosóficas. Sistema para aliar cierto escepticismo filosófico con la fe católica. El escepticismo y la muerte. El escepticismo origen de un tedio insuportable. Es una de las plagas características de la época. Motivos de la permisión divina. La fe contribuye á la tranquilidad de espíritu. . . . .* 137

*La Religión en Barcelona. Costumbres antiguas. La religion se conserva todavía dominante en los corazones. Estado de los solemnes y piadosos cultos celebrados en acción de gracias á Su Divina Majestad, á Nuestra Señora la Virgen María y á varios santos, en las diferentes iglesias de la ciudad de Barcelona, por haberse librado los fieles de las desgracias consecuentes al bombardeo del día 3 de Diciembre de 1812. Lo que dirá la posteridad al leer este documento . . . . .* 151

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 15 DE ABRIL DE 1813.)—*Situación del clero español y urgente necesidad de un concordato. Artículo 1.º* Gravedad é importancia del asunto. Oportunidad de su exámen. Triste situación del culto y clero en España. Falta de obispos. Turbación de las conciencias por motivo de la ilegitimidad de algunas jurisdicciones. Los gobernadores eclesiásticos no llenan ni pueden llenar el vacío que deja la falta de obispos. Descuido de la instrucción eclesiástica. Relajación de la disciplina. La religión en peligro. El gobierno y los ordenados en Roma. Examen de las relaciones entre la cuestión religiosa y la política. Necesidad de separar estas dos cuestiones en cuanto sea posible. Inconvenientes que resultan de mirarlas como inseparables. La mayoría de la Reina y el arreglo de los negocios eclesiásticos. Fundados temores de que se presenten nuevos obstáculos. Ejemplos de Portugal. Aviso á los hombres po-

Iticos sobre las personas de quienes deben guardarse en estos negocios Influencias extranjeras que pueden retardar un arreglo definitivo. . . . . 167

*Medios morales que debe emplear Cataluña para evitar su desgracia y promover su felicidad. En qué consiste la civilización. Inteligencia, moralidad y bienestar. Aplicación al individuo y á la sociedad. Cataluña no debe contentarse con producir. Debe escarmentar en cabeza ajena. Estado excepcional del Principado. Excesiva importancia que se ha dado á la política. Es necesario atender á la cuestión social. Deber é interés de la clase rica de Cataluña y particularmente de la de Barcelona. La conducta que ha de observar con respecto á las clases pobres. . . . . 181*

*Polémica religiosa. Carta segunda á un escéptico en materias de religión. Multitud de religiones Profundo misterio que aquí se envuelve. Los católicos reconocen y lamentan este daño mucho más que todos los sectarios. Explicación del principio «quod nimis probat nihil probat,» lo que prueba demasiado no prueba nada Aplicación de este principio á la dificultad presente. Reglas de prudencia que conviene no perder de vista Motivos de la permisión divina. Fatales consecuencias del pecado del primer padre. Impotencia de la filosofía en la explicación de los misterios del hombre. . . . . 192*

*El doctor Newman, el Puseísmo y una retractación extraordinaria. Narración curiosa y edificante. Admirables designios de la Providencia. Lección severa para algunos escritores católicos. . . . . 204*

*El Huerto de Gethsemani. Meditaciones religiosas. . . . . 213*

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE MAYO DE 1843.)—*Situación del clero español y urgente necesidad de un concordato. Artículo 2.º y último. Necesidad de la intervención de la Santa Sede para el arreglo de los negocios eclesiásticos. Napoleón. La América. Arraigo del catolicismo en España. Posibilidad de separar la cuestión eclesiástica de la política Fases de la revolución con respecto á la Iglesia. Actual situación de los partidos. Proyecto de Alonso. Conducta que debe observar el clero. La religión para salvarse no necesita de la política. Funesta doctrina la que pretende legitimar la confirmación de los obispos sin la autoridad pontificia. Reflexiones sobre una insinuación alarmante. Resultados que daría su aplicación. . . . . 219*





*Cataluña. Consideraciones sobre la conducta que deben observar las clases ricas con respecto á las pobres. Orden admirable establecido por la Providencia. Ley de caridad. Nueva organización social. La aristocracia del oro. Absurdo de los proyectos de completa igualdad. Cómo entiendo el cristianismo la fraternidad universal. La rivalidad entre las clases pobres y las ricas es un hecho muy antiguo. Circunstancias que la distinguen en la época presente. Deberes de las clases ricas. Escisiones de Barcelona. Lo que podemos esperar del Gobierno. Los ricos con respecto á los pobres deben observar la regla siguiente: *Hacerlos buenos y hacerles bien.* . . . . .*

236

*Un cristianismo extraño. Descripción de una escuela funesta. El modo con que esta escuela explica el origen y progresos de todas las religiones. Su manera de considerar el cristianismo. Infalible señal de cuáles son las intenciones de dicha escuela: su odio á la Iglesia católica. Las transformaciones. Impugnación de los errores sobre la pretendida transformación del cristianismo.* . . . . .

245

*Polémica religiosa. Solución de la dificultad que se objeta al catolicismo sobre la doctrina que no concede salvación sino á los que profesan la religión verdadera.* . . . . .

260

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE Á 15 DE MAYO DE 1843.)— *Alianzas de España. Artículo 1.º Alianza con la Inglaterra. Los partidos y las alianzas. Descrédito de la alianza inglesa. Los gobiernos y los pueblos con respecto á las alianzas. No existe ninguna de las condiciones necesarias para estrechar y fortificar los lazos que pudieran formar los gobiernos. La ninguna analogía del idioma. La diferencia de religión. La diversidad de costumbres. Oposición de intereses. Portugal. Gibraltar. Las Antillas y las Filipinas. Nuestra alianza sería provechosa á la Inglaterra; dañosa á nosotros No conviene tampoco irritarla, atrayéndose su enemistad. Es impolítico manifestarnos inclinados á la Francia, excitando los celos de la Gran Bretaña.* . . . . .

271

*La Prensa. El uso y el abuso. La prensa es una nueva lengua. Palabras notables de León X. Universal influencia de la prensa. Sus relaciones con la religión y con la impiedad. Ignorancia de muchos incrédulos. Bienes que resultan de la prensa. Es necesario confiar en Dios. La discusión y la religión. Observaciones sobre el texto citado del Papa León X. Previsión y prudencia del Sumo*

Pontífice. Fuerza que el pensamiento ha adquirido por medio de la prensa. Hechos históricos. La opinión pública. Influencia de la prensa en arraigar, fortalecer y extender la intervención popular en los negocios públicos. Los antiguos y los modernos: excelencia de éstos sobre aquéllos. Influencia del cristianismo en el desarrollo del espíritu humano. . . . . 282

X *Polémica religiosa. Carta tercera a un escéptico en materias de religión.* Sencilla demostración de la existencia de Dios. Eternidad de las penas del infierno. Errado método que suelen seguir en las disputas los enemigos de la religión. Método que debiera observarse. Dogma de la Iglesia sobre la eternidad de las penas. La misericordia no excluye la justicia. *El sentimentalismo.* Abuso que de él se hace. Reflexión sobre su influencia en los errores de nuestra época. Aplicación al dogma de la eternidad de las penas. Razones naturales que apoyan el dogma. Imposibilidad de comprender los misterios. Nuestra ignorancia hasta en las cosas naturales. La duración eterna y la temporal. El purgatorio. Observaciones sobre un carácter distintivo del hombre en esta vida con respecto á las cosas futuras. Necesidad de una impresión aterradora. La explicación filosófica. Los frailes y los poetas. Magnífico pasaje de Virgilio. . . . . 301



LA SOCIEDAD.

~~~~~  
REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA Y LITERARIA.

—————  
**Tomo II.**





Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

---

# LA SOCIEDAD.

---

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLITICA  
Y LITERARIA.

---

Tomo II.

---

QUINTA EDICION.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

*Calle de las Tapias, núm. 4.*

---

1889.

Impreso en el Establecimiento de la Imprenta Nacional, Madrid.

LA SOCIEDAD

DE ECONOMIA POLITICA Y ESTADISTICA

---

ES PROPIEDAD.

---

VOL. II

SEGUNDA PARTE

DE ECONOMIA POLITICA

Y ESTADISTICA

1852



---

---

(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Junio de 1843.)

## ALIANZAS DE ESPAÑA.

---

### ARTÍCULO 2.º

#### ALIANZA CON LA FRANCIA.

Cumpliendo lo que en el número anterior tenemòs prometido, vamos á tratar de las ventajas ó inconvenientes que puede ofrecernos la alianza francesa. Y para que no se dé á nuestras palabras un sentido que no tienen, advertiremos, que al rechazar la indicada alianza, ni siquiera pensamos en los hombres que actualmente empuñan las riendas del gobierno en aquel país y en el nuestro, y hacemos completa abstracción del estado actual de las relaciones del gabinete de Madrid con el de las Tullerías. Colocamos la cuestión en terreno más anchuroso: cosas de suyo grandes deben ser contempladas en un cuadro más extenso, en horizonte más vasto; y se las desnaturaliza y mutila, cuando se tiene empeño en circunscribirlas al estrecho ámbito de las banderías políticas y de los intereses personales.

Parécenos que la cuestión quedará planteada en los términos convenientes, formulándola de la manera que sigue: *¿qué bienes puede traernos la alianza francesa? ¿qué males*

*puede acarrearlos?* Para mayor claridad procuraremos examinar por separado los dos puntos; bien que se roza de tal manera el uno con el otro, que no siempre será fácil conservar el deslinde.

¿Qué bienes puede traernos la alianza francesa? Volvemos los ojos á todas partes, consideramos los objetos bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político, bajo el industrial y mercantil, divagamos por todas las regiones, interrogamos la historia, consultamos la experiencia, conjeturamos sobre el porvenir; en ninguna parte, en ningún sentido, acertamos á ver que pueda sernos provechosa la alianza con la Francia; no descubrimos ninguna utilidad en relaciones demasiado íntimas: sólo encontramos que nos es conveniente el vivir en paz con ella, con la buena armonía que de suyo demanda la vecindad.

Nuestra independendencia para nada necesita de la Francia; dado que el espíritu del siglo, la actual diplomacia, una posición peninsular y en el último extremo de Europa, nos ponen á cubierto de todo ataque de la ambición extranjera. La Inglaterra misma, ni piensa, ni pensar puede en atacar nuestra independendencia, sino por medios indirectos, disfrazados, dirigiendo con sus consejos y mandando con sus exigencias. Podría parecer á primera vista que para este objeto es necesaria la alianza francesa, pues que el contrapeso de ésta destruiría la preponderancia del gabinete de San James. Pero bien miradas las cosas no es esta la consecuencia que de ahí se infiere: porque no sería dable lograr que desapareciese la preponderancia inglesa, queriéndola matar con el ascendiente de la francesa, sino otorgando á esta última un desmedido valor; lo que por necesidad nos acarrearía una dependendencia indigna de una nación grande y pundonorosa; por sacudir un yugo nos someteríamos á otro no menos ignoble y pesado.

La política española tiene en esta parte bien trazada la línea de conducta que le conviene seguir: mantener en equilibrio las dos influencias rivales. Y cuando de este equilibrio hablamos, no entendemos aconsejar una políti-



ca vacilante entre los dos impulsos opuestos, que ora se incline á una parte, ora se abalance á la contraria, convirtiéndose la nación en un campo de intrigas, y el gobierno en miserable juguete de ambiciones extranjeras: empleamos la palabra equilibrio para significar aquella actitud independiente é hidalga que cumple á la monarquía de Isabel y de Felipe II; aquella actitud que escucha con prudencia y cortesía los consejos ajenos, pero que los rechaza con desdén tan luego como toman el tono de la superioridad; aquella actitud que hace justicia á las reclamaciones fundadas en derecho, pero que responde con generosa indignación á exigencias injustas, y que venido el caso sabe tirar la pluma y desenvainar la espada.

Y cuenta que semejante política no es un sueño dorado, es muy realizable siempre que tengamos al frente de los negocios, verdaderos hombres de Estado, que comprendan la verdadera situación de las cosas, y se emancipen completamente de las influencias de las pandillas y hasta de los partidos; que ante todo sean españoles, y únicamente celosos del honor y de la independencia de su patria. Esta misma rivalidad que existe entre la Francia y la Inglaterra, es un excelente elemento para sostenernos en una posición libre, desembarazada, propiamente española. Si sólo tuviéramos á nuestras inmediaciones una de las dos potencias, fuéranos muy difícil, atendida nuestra desgraciada situación, que no nos viéramos precisados á rendirle cierta especie de homenaje. Pero ahora, cada una de las fuerzas se hallaría neutralizada por la contraria; y cuando en un sistema existen dos de esta naturaleza, nada queda que hacer para mantenerlas en equilibrio, sino cuidar que la una se halle siempre al encuentro de la otra. ¿Pensáis que la Inglaterra se empeñaría fácilmente en desavenencias con España que pudiesen acarrear un rompimiento? ¿Pensáis que en caso de enemistad con la Francia, viera el gobierno de la Gran Bretaña que el gabinete de las Tuilerías toma con nosotros una actitud amenazadora, sin ponerse más ó menos abiertamente de parte del de Madrid?

¿Pensáis que lo propio no sucediera á la Francia en caso de hallarse en situación semejante? Claro es que repugnando á los intereses de las dos potencias el que su rival alcanzase sobre la España ningún triunfo decisivo que pudiese acarrear un exceso de influencia, procurarla evitarlo por todos los medios posibles, apelando si necesario fuese á la guerra.

Ambas naciones lo meditarían muy detenidamente antes de empeñarse en una lucha con nosotros; pues que aun prescindiendo del temor que mutuamente se inspirarían, la guerra de la independencia ha dejado profundos recuerdos que no hacen muy agradable una tentativa de invasión. El sembrar discordia, el promover intrigas que no nos dejen nunca en sosiego, son cosas muy hacederas, y que no cuestan más que el tiempo que en la tarea emplean los agentes, ó cuando más algún sacrificio pecuniario; pero intentar una guerra es asunto más serio, en que no darían voto favorable, ni Wellington ni Sout. Empresa de que saliera malparado el Capitán del siglo, no es para acometida livianamente.

Aquella guerra inmortal reveló en los españoles una energía y tenacidad que no se ha visto en ningún pueblo de Europa. Se dirá tal vez que la nación de ahora no es la de 1808, que los elementos constitutivos de nuestra robustez se han debilitado mucho, que las discordias intestinas han trabajado la nación incapacitándola para grandes esfuerzos; pero sin que pretendamos poner en duda la parte de verdad que en estas observaciones se encierra, no nos parece sin embargo que sean de tanto peso como algunos podrían creer. En primer lugar, no es exacto que nuestros elementos de robustez hayan perecido en su mayor parte; existen todavía, pero dispersos, desparramados, sin punto de apoyo ni reunión, esperando para mostrarse y obrar, el que se adopte un sistema de política nacional, grande, generosa, cual cumple al decoro y prosperidad de tan ilustre monarquía. Y cuando de política nacional hablamos, entendemos que quien ha de adoptarla ha de ser un go-



bierno verdaderamente nacional, que si propende más ó menos á las doctrinas de este ó aquel partido, no consienta en ser instrumento de ninguno de ellos, ni olvide que los hombres que gobiernan no deben tener otra guía que las reglas de justicia y las miras de conveniencia pública. En semejante estado de cosas, es evidente que se trabajaría sin descanso en debilitar y extirpar, si posible fuese, los gérmenes de discordia, en restablecer la nacionalidad, en avivar el espíritu patriótico, en procurar que los partidos si continuasen en su existencia, tuvieran al menos el desprendimiento necesario para acallar la voz del resentimiento y sacrificar sus particulares intereses en las aras del bien común, siempre que así lo reclamaran la independencia y el decoro del país. A este punto va dirigiéndose el espíritu de la inmensa mayoría del pueblo español, por más que la fiebre política que le agita y perturba parezca indicar lo contrario. Si bien se observa esta fiebre está limitada á un círculo muy pequeño; la generalidad de los españoles no ha adolecido nunca del frenesí revolucionario, ni aun en las épocas en que éste se presentaba como más extendido. Hasta aquellos mismos que participaran de ilusiones, van volviendo en sí; el escarmiento engendra en los ánimos el desengaño, y con el desengaño viene la sensatez, que aprecia los hombres y las cosas en su justo valor.

Tampoco es verdad que la energía de los españoles haya menguado desde 1808, hasta el punto que se quiere suponer. Reflexionando sobre la última guerra de los siete años, y poniendo de un lado todo espíritu de parcialidad, contemplando con los ojos de un extranjero la arena del combate, échase de ver que difícilmente se encontraría pueblo en el mundo que ofreciera por espacio de tantos años y en número tan crecido, las escenas de heroico valor, de inalterable fortaleza, de invicta constancia que se presenciaron entre nosotros. Olvidemos los actos de barbarie y de atrocidad inspirados por la sed de venganza y por la frenética exaltación de los partidos que atizaban á los

combatientes; olvidemos aquellas catástrofes cuya memoria pasará á la posteridad como negra mancha en las páginas de nuestra historia; que á pesar de semejantes crueldades de que no está exenta ninguna guerra civil, descubriremos en los principales sucesos de la formidable lucha, un fondo de valor, de hidalguía y heroísmo que recuerda los descendientes de los vencedores de Pavia y de San Quintín.

Estos hechos no han pasado sin fruto á los ojos de la Europa; ella ha tenido el bárbaro placer de contemplar la sangrienta arena sin tomar ninguna medida para restañar la sangre que corría en abundancia, antes bien atizando á los combatientes; pero no lo dudemos, en medio de su aparente indiferencia, se ha estremecido. En Navarra, en Aragón, en Cataluña, ha conocido todavía á los hijos de la nación impertérrita, que sola, sin más recursos que su valor, arrojó impávida la colosal pujanza del Capitán del siglo, que no dejó las armas de la mano hasta verle derribado de su solio. Así, por más que se nos haya motejado, ha conocido la Europa lo arriesgado de una tentativa de invasión; y ni la Francia ni otra potencia cualquiera se atreverían á semejante paso, en viendo, no diremos una unión completa entre todos los españoles, sino tan sólo una mayoría algo respetable decidida á oponer resistencia.

Estas consideraciones dejan bien en claro que nuestra independencia no corre riesgo de recibir ataques de mano armada; y así nada tenemos que recelar de la Francia ni de la Inglaterra; ni para sostenernos nos es necesario mendigar el apoyo de ninguna de estas dos potencias. Todo lo cual adquirirá mayor fuerza si se advierte, que el contrapeso de las grandes naciones del Norte contribuye sobre manera á ponernos á cubierto de todo ataque por parte de las naciones vecinas; porque es claro que no pudieran consentir ni el desmembramiento del territorio de la Península, ni la sujeción violenta del pabellón español al de Francia ó Inglaterra, sin dar por el pie á la obra del



equilibrio europeo, para cuyo sostenimiento se han hecho y se hacen aún tan costosos esfuerzos.

Supuesto que la alianza francesa de nada puede servirnos por lo que toca á la conservación de nuestra independencia, que es lo que pudiera halagar algún tanto, y hasta autorizar ciertos sacrificios, veamos ahora si considerando la cuestión bajo otro punto de vista será dable encontrar otros motivos que nos impelan á continuar la obra de Luis XIV. Se está diciendo á cada paso que brilló en ella el genio de un gran rey; y si mucho no nos engañamos, esto equivale á significar que la Francia salió muy gananciosa con la desaparición de los Pirineos. Mas como quiera que nosotros no debemos mirar las cosas bajo el punto de vista de la conveniencia francesa, sino española, es necesario, si á la alianza se nos quiere inclinar, que se nos muestren las ventajas que de la misma nos han resultado, manifestándonos por ahí las que en adelante podrían resultar. Concíbese muy bien que á la Francia separada de la Inglaterra sólo por un brazo de mar, fronteriza al Norte y al Oriente con poderosas naciones, expuesta á menudo á gravísimos compromisos y á conflictos arriesgados por su misma posición topográfica y por el estado de las relaciones de las potencias europeas, puede interesarle el tener á sus espaldas un resguardo en la alianza de una nación respetable, de carácter leal y generoso; alianza que en ningún caso podrá acarrearle daño, ni empeñarla en lances desagradables, antes sí servirle de mucho en las eventualidades de un rompimiento con el resto de Europa. Pero no es así por lo tocante á España; y recorriendo la historia desde el entronizamiento de la casa de Borbón, dudamos que pueda señalarse un solo hecho en prueba de lo contrario. La España se ha visto repetidas veces empeñada en compromisos por motivo de la Francia; el pacto de familia nos ha traído gravísimos males que no han sido compensados por ningún bien.

Federico el Grande decia, que si él se hallase rey de Francia, no se dispararía en Europa un solo cañonazo sin

su permiso: este pensamiento expresa la necesidad en que se halla aquella nación de estar continuamente mezclada en todas las grandes cuestiones europeas, de resentirse y aun participar vivamente de cualquiera agitación ó acontecimiento que tuviere lugar en las demás naciones, y de producir á su vez estremecimientos ó trastornos en las otras, cuando ella sufra alguna revolución ó considerable mudanza. Si otras circunstancias no mediaran bastarían las indicadas para demostrar cuán imprudente fuera el mantener relaciones demasiado íntimas con esta nación: en tal caso nuestra conducta se asemejara á la de aquellos hombres indiscretos que pudiendo vivir tranquilos en el seno de su familia, se entrometen en casa ajena arrojando disgustos y exponiéndose á perjuicios.

Las razones arriba expresadas, militan también con respecto al tiempo anterior á la revolución de 1789, pero desde aquel colosal acontecimiento, y particularmente desde la última de 1830, son tantas y tan graves las consideraciones que aconsejan prudente cautela, que en presencia de ellas parecen de poca importancia las que acabamos de exponer. Una dinastía nueva, y con ella un orden de cosas enteramente nuevo, traen siempre consigo complicaciones tan difíciles, pueden acarrear eventualidades tan varias é imprevistas, que es menester precaverse con mucho cuidado contra sus consecuencias.

La Europa entera ha reconocido los hechos que fueron el resultado de la revolución de Julio; pero semejante reconocimiento no le ha impedido el mantenerse en cierta actitud de prevención y desconfianza, cual si temiera, que de un momento á otro, no viniesen sucesos inesperados á dar á las cosas un sesgo peligroso. Y no se crea que siga la Europa esta línea de conducta por motivo de las mayores ó menores simpatías que conserve con la rama caída, ni porque dude de las miras pacíficas y tendencias conservadoras de la reinante; en cuanto á lo primero, pesa muy poco en la balanza de la política actual de los gabinetes el interés de un individuo ni de una familia, para



que alcancen á recabar tanta consideración, ni influyan en el curso general de los acontecimientos: y por lo que toca á lo segundo, trece años de trabajos y de fatigas en contener la revolución, y de concesiones y deferencias á los deseos y susceptibilidades de los gobiernos extranjeros, son prueba nada inequívoca de que se tiene la voluntad de no permitir, en cuanto posible sea, el desbordamiento de las ideas revolucionarias, y que lejos de pensar en propaganda ni en resucitar cuestiones resueltas en 1815, sólo se trata de no perder lo que posee, añadiendo lo presente con lo pasado, y esforzándose en hacer más y más respetable el hecho, haciendo en cuanto cabe olvidar el origen. Infiérese de aquí, que la desconfianza que abriga la Europa, y tan visible se presenta á cada oportunidad que se ofrece, nace de la misma naturaleza de las cosas, y de que la Francia está muy lejos de dar sólidas garantías de orden y estabilidad.

Háblase continuamente de la extraordinaria capacidad de Luis Felipe, de los inmensos resultados de su habilidad y previsión; no negaremos al jefe de la nueva dinastía las eminentes calidades que le honran, ni pondremos en duda que la Francia le debe quizás el no haberse despeñado hasta el fondo del abismo hacia donde empezara á rodar con la revolución de 1830; pero si no nos engañamos, los mismos elogios tributados á Luis Felipe son un tristísimo indicio del mal estado social y político en que debe de encontrarse la nación que aquel monarca gobierna. En efecto: ¿por qué se pondera tanto su talento? por que ha sostenido el orden: ¡desgraciado pueblo que para sostener el orden necesita un hombre extraordinario!

Reflexionando sobre la línea de conducta seguida por Luis Felipe, notaremos que todo el secreto se reduce á lo que vulgarmente hablando, se llama *tira y afloja*. Hay al rededor del trono dos docenas de hombres de principios más ó menos parecidos, pero que divergen un tanto en la aplicación, como deben diverger por necesidad, no cabiendo todos juntos en el ministerio. Quién se arrima un

poco más á la derecha, quién se inclina un tanto á la izquierda, quién procura mantenerse equilibrado y aplomado en el centro, quién no contento de su posición, pasa de una á otra fila como villano desertor, quién se coliga con opiniones las más contrarias para el santo objeto de derribar un ministerio con la piadosa intención de ocupar las sillas vacantes: estos hombres por circunstancias particulares tienen en su mano los destinos de la Francia; el rey que los conoce y conoce también la situación propia y la del país que gobierna, cree que es necesario contemperar, sufrir, tolerar, hasta que á él, ó á sus hijos, ó nietos, se les ofrezca la ocasión de obrar de otra manera; y así se mantiene paciente en esta desagradable situación, sacrificando los unos á las exigencias ambiciosas de los otros, para sacrificar luego á estos últimos á la ambición de los primeros. ¿Dudáis tal vez de la verdad y exactitud de lo que se acaba de decir? á la mano está un medio muy fácil de comprobarlo: contad los muchos ministerios que se suceden, y notad las pocas personas á que los cambios se reducen, y de quiénes procede la influencia.

Este hecho revela otro nada lisonjero. Estos hombres algo representan, algún motivo existe para que por espacio de tantos años les esté encomendada la suerte de la Francia; esta situación algo significa. ¿Sabéis quiénes son esos hombres? examinadlo, y veréis lo que pueden representar y lo que representan en la realidad. Nos ocuparemos de ellos algunos momentos, no por lo que son en sí, sino por lo que expresan, por lo que de este conocimiento podemos inferir para formarnos idea de la situación de la Francia; que si considerarlos debiéramos en su individualidad, y atendiendo á que sean estos ó aquellos quienes en la actualidad ejerzan el mando, ya hemos dicho desde un principio, no ser nuestro ánimo el limitar las miras á un ámbito tan reducido. Además, cuando hablamos de las notabilidades influyentes en los destinos de aquel país, no negamos que existan excepciones honrosas; sólo tratamos de los hombres en general, atendiendo más bien á la at-



mósfera en que viven, que al pensamiento y voluntad de los individuos.

¿Quiénes son esos hombres que desde 1830 rigen los destinos de la Francia? ¿de dónde vienen? ¿á dónde van? ¿cuáles son sus principios? ¿cuál la norma de su conducta? ¿cuáles sus lazos con lo pasado, sus miras sobre lo presente, sus trabajos para las generaciones futuras? ¿representan un sistema estable, marchan á un blanco determinado, tienen sus ojos fijos á lo que en pos de ellos ha de venir? Desconsoladoras reflexiones se agolpan á la mente al proponerse las indicadas cuestiones; tristes pensamientos se apoderan del alma al considerar la terrible evidencia con que se manifiestan los funestos resultados acarreados á una gran nación por un siglo de impiedad y medio siglo de ensayos revolucionarios. Las bases sobre que se asienta toda sociedad son los principios religiosos y morales, las buenas ideas sobre el poder, y las relaciones legítimas de éste con los súbditos. Ahora bien, ¿qué piensan sobre la religión los hombres que presiden á los destinos de la Francia? para ellos la indiferencia es un progreso social, para ellos las naciones han dado un paso inmenso en la carrera de la civilización, cuando se ha desterrado á Dios de la sociedad, cuando la ley se ha hecho atea. ¿Qué piensan sobre el poder? ¿viene de Dios, dimana de los hombres, se origina de la simple naturaleza de las cosas? ¿cuáles son las condiciones de su legitimidad? preguntádselo, y de todo os hablarán excepto de Dios: *la voluntad del pueblo, la razón pública, la expresión de los intereses procomunales, la necesidad social*, y otros nombres semejantes, serán las respuestas que oiréis; y en el fondo de todo ¿qué encontráis? nada más que el simple reconocimiento de un hecho; hecho que tratan de modificar como mejor les agrada, sobre todo de explotar cual mejor cumple á sus miras é intereses, á su sed de riquezas, á su ambición desmedida. ¿Dónde están *la filosofía, y la historia, y la humanidad, y el honor de la Francia, y el orgullo nacional, y el hermoso porvenir*, y tantas bellas palabras con que du-

rante quince años se halagaban la razón y las pasiones, inspirándoles fuerte aversión á todo lo presente, y preparando la explosión que había de volcar el antiguo poder, por el altísimo motivo de que en él no tenían cabida algunos periodistas, unos cuantos profesores, y cierto número de comerciantes y banqueros? Cambiadas las condiciones de los hombres, es un mal lo que antes era un bien; es un bien, y un bien necesario á la conservación de la sociedad, lo que antes fuera un horrendo crimen. Antes la prensa era la voz del pueblo, el eco de la nación entera, el órgano de la razón pública, la expresión de los intereses más legítimos, el clamor de las necesidades más urgentes; el poder que la desoyera se hacía reo de alta traición, digno de que se le arrojara con violencia é ignominia: ahora es la prensa el alarido de las pasiones bastardas, el grito de la ambición chasqueada, el respiradero de las sociedades secretas que sólo se proponen provocar horrorosos trastornos; el poder que la desoye hace un acto de heroica firmeza, los hombres que se levantan á la altura conveniente sabiendo despreciarla, son los únicos dignos del título de hombres de Estado: el honor nacional, la independendencia del país, sus relaciones con el extranjero, son cosas que el público no entiende, son palabras cuya interpretación está exclusivamente sujeta al juicio del gobierno y de sus dependientes. La opinión de éste debe ser preferida siempre, aun cuando lo contrario sea más claro que la luz del sol en el medio día. Si la Francia ha descendido del rango de nación de primer orden, si contempla humillado su pabellón en España y en Siria, si los gabinetes europeos resuelven las grandes cuestiones sin el voto de la Francia y á pesar del voto de la Francia, si los comodoros ingleses ejecutan los acuerdos de la Europa, asistiendo las flotas francesas á las operaciones que destruyen el poder del protegido de la Francia, si en España no se levanta el dedo sin preceder las insinuaciones de lord Aberdeen, si no se hace caso de las reclamaciones de las Tullerías hasta que en San James se ha dado la se-



ñal de que conviene una ligera contemporización; todo esto en nada se opone al honor, á la dignidad, al orgullo de la Francia: un elocuente discurso pronunciado por Guizot, y unos cuantos artículos del Diario de los Debates, bastan para curar el mal en su raíz; y si quedan todavía algunos incrédulos que se obstinen en decir que la Francia no ocupa el alto puesto en que la colocaran Luis XIV y Napoleón, oigan el concluyente argumento de los elogios que tributan á cada instante en presencia de la Europa entera los desinteresados ministros ingleses á la *política modesta* del gobierno francés.

He aquí lo que son esos hombres, he aquí las manos á que está encomendada la suerte de la Francia, he aquí la situación lamentable á que se halla conducida una gran nación, merced á los que derribando todo lo existente sin edificar nada nuevo que ofreciese suficientes garantías de estabilidad y duración, han dejado la sociedad como casa cimentada sobre la arena, expuesta á caer á la primera arremetida de los vientos.

Esos hombres gobiernan la Francia, porque en algún modo representan la Francia. Ellos son hijos de la revolución, y discípulos más ó menos encubiertos de la escuela filosófica del pasado siglo; y la Francia tal como existe, es también hija de la revolución, y formada también en buena parte en la misma escuela: ellos profesan odio á todo lo antiguo, y gran parte de la Francia ha cambiado también de ideas y costumbres, apartándose del camino que siguieran sus antepasados; ellos no se atreven á sacar todas las consecuencias de los principios que profesan, y la Francia tampoco se atreve á hacerlo, también retrocede espantada á la vista del fantasma aterrador que amenaza arrebatarse su bienestar material, destruyendo el orden público; ellos desean enlazar en apariencia lo presente con lo pasado, sin abjurar empero sus erróneas doctrinas; la Francia se inclina también á rehabilitar los siglos anteriores, en la literatura, en las ciencias, en las artes, á manera de distracción y pasatiempo, no concediéndoles

empero sino un lugar muy secundario en las regiones del entendimiento, mas no ascendiente sobre el corazón; ellos están inciertos, la Francia está incierta; ellos fluctúan, la Francia fluctúa también; ellos no piensan en el día de mañana porque los ocupa el día de hoy; ellos descuidan la gloria nacional y se ocupan principalmente de los intereses materiales, y en esto imitan á la Francia que trabajada y maleada por una filosofía irreligiosa, ha visto entronizar en su seno el egoísmo, que no conoce otros medios que el oro, ni otro fin que el goce. Nó, no tienen la culpa los gobernantes, si aquella nación desciende del alto puesto que le corresponde. En trece años de paz, con un gobierno representativo de tanta latitud, la prensa libre, la guardia nacional, un numeroso ejército, con un monarca de alta capacidad, no es posible que prevalezca una política que no esté adaptada á las circunstancias del país, no es dable que se sostengan en el poder unos hombres, si existen otros que posean un sistema mejor, y que al mismo tiempo sea realizable. La Francia sufre esa política, porque la merece.

Ahora bien: ¿qué ventajas puede acarrearlos la íntima alianza con una nación que en tal estado se encuentre? ¿Qué fruto debemos prometernos de la desaparición de los Pirineos? Es evidente que el único resultado probable, fuera el contraer compromisos que podemos evitar muy bien, y el de introducirsenos más y más la manía de gobernarnos á la francesa. Ambos extremos nos serían sumamente dañosos, afectando el uno nuestras relaciones internacionales, y atacando el otro la organización social y política.

Por lo que toca á lo primero, claro es que pudiera traernos males de mucha trascendencia el ligar nuestro porvenir con el de una nación, que por su posición topográfica, y por sus revoluciones tan recientes, puede verle gravemente comprometido, ya sea por el curso ordinario de las cosas, ya por algún acontecimiento imprevisto, que obrando, ó bien directamente sobre la Francia, ó sobre el



resto de Europa, cambiase la presente situación, é hiciese imposible la duración de ese *statu quo* que tan penosamente se prolonga. La guerra de los Estados- Unidos, la batalla de Trafalgar, la expedición del marqués de la Romana, son hechos que conviene no echar en olvido.

A pesar de la mucha sagacidad y paciencia del monarca reinante, hemos visto más de una vez bastante cercano el peligro de un rompimiento; estos peligros volverán á presentarse, porque están pendientes gravísimos negocios, cuya complicación los puede acarrear. Supóngase que la lucha se traba en las márgenes del Rhin, ya sea que la Francia quiera desbordarse, ya sea que los ejércitos aliados intenten marchar de nuevo sobre París: ¿cuáles serían para nosotros las consecuencias de semejantes acontecimientos? claro es, que todo dependería de la actitud que hubiésemos tomado con respecto á la nación vecina. Si tuviésemos con ella alianzas, pactos de familia, ó relaciones demasiado íntimas por un motivo cualquiera, se nos haría en extremo difícil, si no imposible, conservar la neutralidad, y nos halláramos precisados á pelear por intereses que no fueran los nuestros. Todos los recursos terrestres y marítimos, los consumiríamos inútilmente, con el desprendimiento que caracteriza el leal y generoso carácter de los españoles: y ¿para qué? quizás para recoger en recompensa la más negra ingratitud.

Al contrario, si sabemos mantenernos en la actitud que nos corresponde, si procuramos conservar con la Francia las relaciones de buena vecindad, sin otorgarle empero ninguna influencia en nuestros negocios, ni ligar nuestros intereses con los suyos, entonces la neutralidad se nos haría no sólo posible, sino fácil, natural, y en cierto modo necesaria. Colocados á larga distancia del campo de batalla, y á las espaldas de la misma nación que en tal caso fuera ó invadida ó invasora, pudiéramos señalar razones gravísimas que nos aconsejarían el abstenernos de tomar parte en la contienda, y satisfacer de esta suerte á las incitaciones que para empeñarnos en la lucha nos dirigieran

las demás potencias. La posición peninsular y en el último extremo de Europa, si bien bajo ciertos aspectos quizás no nos es favorable, puede no obstante servirnos mucho para observar esa conducta neutral que tanto nos interesa, y para librarnos de que á los daños sufridos por tan dilatados trastornos, no se agregasen nuevos conflictos traídos por las complicaciones que pueden sobrevenir, y que á no dudarlo sobrevendrán en el continente.

La España, si bien debe procurar alzarse de nuevo al rango que le corresponde entre las grandes naciones, ha de guardarse con cuidado de tomar parte en los negocios que no le interesan, aun cuando el recobro de su antiguo poderío le brindase con oportunidades halagüeñas. Justo era y muy natural, que la nación que poseía dilatadas provincias en Italia y en el norte de Europa, se hallase también mezclada en todas las grandes cuestiones continentales, apoyando con respetables ejércitos las negociaciones de sus diplomáticos; pero ceñidos como en la actualidad nos hallamos á nuestros límites naturales, y quizás con grandes ventajas para nuestro sosiego y prosperidad; ¿por qué nos mezclaríamos en las cuestiones europeas que en nada afectan nuestros intereses? Enhorabuena que la Inglaterra, la Francia, el Austria, la Prusia, la Rusia, arrostran graves compromisos para hacer que prevalezcan su opinión y voluntad en la resolución de los negocios que forman el objeto de la diplomacia europea; no es de extrañar que cada cual procure entrometerse en los asuntos que le importan muy de cerca, en cuyo caso se encuentran las indicadas naciones: pero nosotros que nada tenemos que ver con la Alemania, ni con la Polonia, ni con la Italia, ni con la Siria, ni con el Egipto, ni con la India, ¿no cometeríamos la mayor imprudencia si no procurásemos conservarnos en estricta neutralidad, y precavernos ya de antemano de compromisos ulteriores, apartándonos en la actualidad de alianzas y amistades que pudieran traérnoslos?

Por lo que toca á los efectos que nos produciría en lo



interior una relación demasiado íntima con la Francia, que tendiese á asimilar las dos naciones, creemos que fueran también sumamente dañosos. Por desgracia, la misma vecindad, la frecuente comunicación de los naturales de ambos países, el ascendiente de la literatura francesa sobre la española, y otras causas análogas, reunidas á tradiciones y hábitos arraigados en nuestro suelo desde el advenimiento de la casa de Borbón, predisponen demasiado las cosas para hacernos ciegos imitadores de la Francia, aplicando sin tino y discernimiento lo que allí vemos, sin reparar en la profunda diferencia que media entre nuestra civilización y la del reino vecino.

A primera vista el español que visita la Francia y estudia su organización administrativa, quédase agradablemente sorprendido al contemplar la admirable regularidad con que funciona aquella inmensa y complicada máquina que lleva el sello del genio, y conserva todavía las señales de la férrea mano que la construyó y le dió movimiento. La centralización por la cual todo sale de un punto y converge al mismo, es una de las calidades que más deslumbran al observador; y como las ideas de unidad y de orden ejercen tanto ascendiente sobre los espíritus capaces de abarcar grandes conjuntos, se pega fácilmente á los hombres de gobierno la manía de arreglarlo todo conforme al tipo admirado. Así se inclinan fácilmente á soñar muy hacedero lo que es imposible, y á considerar como muy útil lo que tal vez fuera dañoso.

Dos naciones se distinguen en Europa por la centralización y unidad administrativas; la Francia y la Prusia: ambas suelen ser citadas como modelos, sin advertir que las dos han estado sometidas á condiciones excepcionales, que no se han verificado en ninguna otra, y en España menos que en las demás. La Prusia es una fundación militar en un país civilizado, como la Rusia lo fué en un país bárbaro; siendo tal vez esta diferencia la que da tan distintos caracteres á Federico y á Pedro I. Es verdad que la Francia no se ha creado de esta suerte, y que su monarquía

cuenta catorce siglos de duración, pero esta larga cadena se ha roto; la unión de lo presente con lo pasado es sólo aparente; la Francia actual es una nación nueva. Con la inauguración de la Asamblea constituyente se confundieron en indecible caos todos los elementos constitutivos de la sociedad antigua, combinándose para aumentar la confusión, los que se presentaban para formar la moderna. Contrarios como eran, y enemigos irreconciliables, incapaces por de pronto de transigir, trabóse una lucha desapiadada y sangrienta. Fué necesario, por decirlo así, tomar en manos todos los elementos, y arrojarlos en un crisol para que disueltos con el fuego se amalgamasen y llegasen á formar un todo. Esta es la obra de la Convención. Bonaparte la recibió de sus manos en bruto; pero fundida ya: todo su trabajo consistió en pulirla y cincelarla. Napoleón pudo establecer lo que quiso, porque nada existía de lo antiguo, ni era posible restaurarlo en su forma primitiva. El nuevo edificio nunca se levanta con más unidad y regularidad de plan, que cuando el viejo se ha derribado hasta los cimientos.

En situación semejante, la centralización es no sólo posible, sino necesaria, so pena de perecer la sociedad. Cuando los vínculos sociales han desaparecido, natural es que se busque un medio de suplir su falta. La administración *vigorosa y una*, es entonces un poderoso recurso; así como en los ejércitos se hace tanto más indispensable la severidad de la disciplina, cuanto son más numerosos, más heterogéneos en sus partes, cuanto más expuestos están á la influencia de elementos disolventes, cuanto más críticas son las circunstancias que los rodean, haciendo más peligrosa la insubordinación.

Una de las diferencias capitales entre la España y la Francia, consiste en que allí la fuerza se halla en el Estado, aquí en la sociedad; allí la administración es lo principal, aquí lo accesorio; allí casi podría decirse que la sociedad se conserva interinamente por la fuerza de la administración, aquí se conserva y se salva, á pesar de la



ausencia de todo sistema administrativo. Si fuera posible que la Francia se hallase algunos días con una minoría, con una regencia de breve plazo, con gobernantes desacreditados, y con el desorden total que á nosotros nos aqueja, sumiríase de repente en una nueva revolución cuyas últimas consecuencias no se divisan.

Con las observaciones que preceden, no intentamos elogiar ni vituperar á ninguna de las dos naciones; sino hacer sentir la inmensa distancia que las separa, y ofrecer pábulo á la reflexión de los hombres pensadores, que con la mejor buena fe podrían creer factible lo que en la práctica encontrarían irrealizable. Quisiéramos que aprovechándose lo bueno que haya en el país vecino y que sea aplicable al nuestro, se desterrase la peligrosa manía de pretender que cosas tan diferentes se asimilen del todo; y que no se dieran pasos que luego se haga preciso deshacer, consumiendo inútilmente recursos y malgastando un tiempo precioso.

Y á la verdad, ¿sería posible plantear en nuestro suelo una centralización semejante á la de Francia? ¿hállanse en España las mismas condiciones que facilitaron y prepararon en el país vecino el establecimiento de aquel sistema? es evidente que nó. La revolución que pasó sobre aquel país con terrible fuerza arrolladora, ha sido entre nosotros un fenómeno débil, que sólo ha podido destruir á fuerza de largo tiempo, más bien con el auxilio de estremecimientos repetidos, que no á impulso de rudos é irresistibles golpes. En Francia la revolución pudo obrar con fuerza propia, sin necesidad del trono, antes bien comenzó por derribarlo; en España, la revolución ha sido débil, siempre que no se ha guarecido á la sombra del mismo trono; cuando no se ha combinado con ella un interés dinástico ha perecido en breve; sólo ha podido alcanzar el triunfo cuando ha sabido tomar el título de defensora del trono de la excelsa Hija de cien reyes. ¿Qué es una revolución que necesita obrar por medio de reales órdenes?

Échase de ver por ahí que nuestro estado social y político es muy diferente del en que se encontraba la Francia al salir de su colosal revolución de 1789; y que por tanto fuera grave desacuerdo tomar por pauta lo que allí se hizo, cuando se trate de plantear el nuevo sistema, que la lenta descomposición del antiguo ha hecho en cierta manera indispensable.

No abrigamos contra la Francia prevenciones injustas; y nos parece muy ajeno de la razón y de la imparcialidad el rencor que le profesan ciertos hombres; de la propia suerte juzgaríamos si se tratase de otra nación cualquiera, pues que no creemos que ningún pueblo en masa sea digno de aversión. Pero es preciso tener en cuenta una muchedumbre de circunstancias atendiendo á los resultados que pueden producir, para inclinarse más ó menos á determinadas alianzas. Y como quiera que el estado político de la Francia nos parezca poco satisfactorio, y mucho menos todavía el social, es de aquí que consideramos muy dañoso para la España el que resucitando una política que en la actualidad no podría justificarse por ningún título, se establezcan relaciones demasiado íntimas con aquella nación. Ora procediesen éstas del enlace de S. M. la Reina con un príncipe de la dinastía de Orleans, ora dimanasen simplemente de un sistema político, las consideraríamos siempre como nocivas; y tanto más, cuanto se fundasen en un hecho indestructible. Tal sería un casamiento de Isabel II con uno de los hijos del monarca reinante.

Al parecer no faltan algunos que á esto se inclinan, creyendo sin duda que con apoyo tan poderoso, y con las buenas calidades que se suponen en los candidatos, obtendríamos una prenda de estabilidad y de buen gobierno. Sin disputar ninguna de dichas calidades, de las que, por decirlo de paso, no fiamos mucho hasta que se hayan probado con la piedra de toque de la experiencia, parece que los partidarios de semejante enlace no han meditado bastante sobre sus resultados.

Ante todo, es muy probable y casi cierto que no lo per-



mitirían ni la Inglaterra ni las potencias del Norte, y si por medios imprevistos allanarse pudiera tamaño obstáculo, lejos de alcanzar así un principio de estabilidad lo tendríamos de incertidumbre y vaivenes; pues que se combinarían para producirlos, la rivalidad de la Inglaterra, y los riesgos á que está sujeta y lo estará por mucho tiempo, la dinastía de Orleans.

Si la intimidad de dichas relaciones estribase en la semejanza de conducta de ambos gobiernos la consideraríamos tan dañosa como el principio en que se fundaría; que para nuestra patria no deseamos un gobierno de miedo, que ni se atreva á ser revolucionario, ni á defender las grandes tradiciones nacionales; que se limite á un reducido número de ambiciosos cuyas hazañas consistan en derribar á sus rivales por medio de intrigas, y cuyos grandes pensamientos de Estado consistan en combinar una mayoría á fuerza de brindar con los atractivos de que nunca están faltos los que disponen de todos los recursos de una gran nación, que halague por una parte á la religión de la mayoría de los gobernados, y sostenga de otra á los encarnizados enemigos de la misma; que se apellide conservador porque conserva lo que hay, formando gran porción de estas exigencias los empleos, los honores, las condecoraciones, y sobre todo los pingües sueldos de unos cuantos hombres que se juegan la nación á dados, por valernos de la enérgica expresión de Mirabeau. A la monarquía de Isabel, de Carlos V, de Felipe II, le deseamos otra suerte; y por muchas que sean las dificultades que en la actualidad la rodean, no miramos como imposible un grandioso porvenir, nuestro único consuelo en medio de tanto infortunio. No, no creemos que nuestra prosperidad dependa de alianzas de ninguna clase, ni de imitaciones rastreras; hay todavía en la nación un fondo de vida, de fuerza, de energía, que explotado y dirigido cual conviene, puede de nuevo levantarla al alto rango que le corresponde.

Otras veces lo hemos dicho y lo repetimos aquí: á esta

sociedad no le faltan elementos de buen gobierno, tiénelos quizás en tanta abundancia como cualquier otro pueblo de Europa; pero echa menos una feliz combinación de circunstancias en que pueda hallarse un punto donde se reúnan y armonicen los muchos elementos de bien que posee. Cuando esto se verifique, no se hará esperar mucho un gobierno verdaderamente nacional. Hemos oído repetidas veces que en España es imposible un buen gobierno; y que ese desorden en que hace tantos años nos hallamos sumidos, es una dolencia que no es dable remediar; descohecemos los fundamentos en que se apoya esta opinión, pero nos parece que entra en ella no poco de aquel abatimiento que presenta los objetos más tristes de lo que son en la realidad. Entre tanto, es de la mayor importancia el nutrir y fomentar en los ánimos este presentimiento de tiempos más felices; conviene no atajar el vuelo que á ellos nos impulsa, haciendo mediar protectores de ninguna clase. La Inglaterra y la Francia sean para nosotros una misma cosa: interesados extranjeros cuya amistad no nos traerá ningún bien, y nos puede acarrear muchos males. No consintamos en servir de campo, donde por medio de intrigas, se disputen la preferencia. La arena de sus rivalidades que la establezcan en otro lugar; y en lo que directamente nos pertenezca, sostenemos nuestro derecho con decoro, pero con dignidad y firmeza. No olvidemos en todos los conflictos que ofrecerse puedan, que las amenazas de una ni de otra, de amenazas no han de pasar: que si pasasen, nunca se muestra más grande el pueblo español que cuando pelea.—*J. B.*

---



## LA POBLACIÓN.

### ARTÍCULO 1.º

La población: he aquí uno de los objetos más difíciles que ofrecerse puedan á la ciencia. ¿Cuáles son las leyes de su aumento ó disminución? ¿cuáles los efectos que produce, según el modo con que se multiplica? he aquí dos cuestiones á cual más interesantes, y que sin embargo están muy lejos de haber alcanzado una solución completa. Los economistas modernos se han dividido en este punto como en tantos otros: asentando cada cual ciertos principios, á los que en su opinión estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad. Antes de manifestar nuestras opiniones sobre este punto, se hace necesario dar una ojeada á alguno de estos sistemas, para que conociendo los errores y equivocaciones de los otros, sea más fácil, al tantear otro camino, encontrar la deseada verdad.

Un distinguido economista español, el Sr. D. Ramón de la Sagra, observa con mucha exactitud que se encuentran en esta materia dos opiniones directamente opuestas: la primera que cuenta entre sus defensores á Montesquieu, Neckér, Mirabeau, Adam Smith, Everett, Morel de Vindé, sostiene que la fuerza y riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la población, por considerar á ésta como un elemento productor. La otra que defienden Ortés, Ricci, Franklin, J. Stewart, Arthur-Young, Townsend, Malthus, J. B. Say, Ricardo, Destutt Tracy, Droz, Duchatel, Blanqui, Sismondi, de Coux, Godwin, conside-

ra el aumento de la población como un verdadero mal; y así lejos de buscar medios para acrecentarla indefinidamente, los excogita para detener su excesivo desarrollo. De una y otra parte es posible que haya error, como suele acontecer siempre que se trata de opiniones extremas. Lo que importa es fijar el estado de la cuestión; que según como se la presenta, es tan sencilla que apenas admite dificultad.

¿Es saludable el aumento de la población? no creemos que á esta pregunta pueda responderse sin hacer algunas distinciones. Si la población nueva ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educación, y por consiguiente, si aumentándose la población, deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad, es decir los males del cuerpo y los del espíritu, entonces mejor será que no haya tal incremento; pues que hombres miserables y malos, mejor fuera que no hubieran nacido, ya atendiendo al bien de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho, se hallan acordes la razón y la religión; pues que á una existencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y á los demás, es preferible la no existencia.

No es necesario elevarse á consideraciones de alta filosofía para comprender la verdad de estas observaciones; basta el simple buen sentido. ¿Qué dice un hombre cuerdo al oír que trata de contraer matrimonio un individuo pobre, y discolo por añadidura? «Esto es aumentar el número de los desgraciados, es un germen de males para la sociedad; ¿qué provechos pueden resultar de que tenga hijos un infeliz que sólo puede darles dos consejeros tan pésimos, como son hambre y escándalo?» Resulta de esto, que no puede establecerse en general que el aumento de la población sea un bien; pues que aun cuando no mediaran otras consideraciones, las precedentes bastarían para convencer que en ciertos casos es un mal, y un mal gravísimo.

No siempre se verificará que el resultado probable del



aumento de la población se presente con tanta claridad y limpieza como en la hipótesis anterior; pero de propósito hemos escogido un extremo para que nos sirviese de norma, pudiendo graduar con respecto á él, lo más ó menos bueno ó malo que será el aumento de la población, según tienda más ó menos á producir aquel funesto efecto. Casos hay en que el resultado pernicioso no se palpará inmediatamente; y entonces toca á la prudencia del legislador, ó de aquellos que por cualquier título ejerzan influencia sobre la sociedad, el precaver á tiempo el daño, no promoviendo imprudentemente un desarrollo progresivo, antes impidiéndolo por medios racionales, legítimos, y sobre todo morales.

Cuando, por ejemplo, un país agricultor se halla saturado de población sin que sea dable aumentar el producto de las tierras, ¿no dicta la prudencia que se procure mantenerla estacionaria, si para ello hay algún medio? ¿no fuera insensato el empeño de aumentar el número de los hombres para aumentar en la misma proporción el de los infelices? Hállase entonces la sociedad en el mismo, mismísimo caso de una familia, que teniendo los recursos necesarios para vivir con decencia y comodidad, desease una desmedida multiplicación de sus individuos, hasta el punto de no sufragar para su subsistencia los medios de que dispone. No creemos que á verdades tan sencillas y tan claras pueda oponerse nada sólido ni razonable siquiera. La naturaleza ofrece á la humanidad un magnífico banquete; pero sujeto á ciertos límites, á ciertas condiciones: si aumentamos indiscretamente en este ó aquel punto el número de los convidados, nuestra será la culpa cuando la escasez produzca efectos desagradables.

Infiérese de lo dicho, que no pudiendo establecerse en tesis general que el aumento de la población sea saludable ó dañoso, pues que traerá bienes ó males según la suerte que haya de caber á los nuevos individuos, y los efectos que produzca sobre los existentes anteriormente, lo que principalmente debe investigarse es, cuáles serán

esta suerte y estos efectos, dado que una vez resuelta la segunda cuestión, lo quedará también la primera.

Los economistas que como acabamos de ver, no han sabido convenirse en lo concerniente á la utilidad ó á los perjuicios que acarrea el aumento de la población, tampoco han acertado hasta ahora, á señalar un principio que pudiese servirnos de regla segura para conocer la ley á que están sometidos, ni ese aumento ni el decremento. Se ha dicho repetidas veces que la población es proporcional con los medios de subsistencia; de lo que se inferiría que donde éstos abundan, debe aquélla crecer hasta tocar el límite que los mismos le prescriben; y que en menguando éstos, debe también ella disminuirse hasta que se establezca el correspondiente equilibrio.

A primera vista, nada más sencillo, ni más especioso que aquel principio; pero en la realidad no parece que pueda sostenerse, al menos sin algunas limitaciones. Es cierto que en los Estados-Unidos donde por largo tiempo han sobreabundado los medios de subsistencia, la población ha crecido asombrosamente; pero no lo es menos que en Irlanda donde el hambre devora anualmente millares de víctimas, la multiplicación ha continuado de una manera notable, contribuyendo este fenómeno á agravar los males que afligen aquel infortunado país. ¿Cómo es que la población no se haya disminuído hasta nivelarse con los medios de subsistencia? Ni vale el replicar que estos medios existen, pero escasos y groseros; pues que á más que esto es falso, como lo demuestran los que perecen de hambre, esta reflexión podría servir para probar que en todos los países del mundo la población ha de multiplicarse como en Irlanda, dado que no hay ninguno habitado, del cual no pudiese decirse lo mismo.

Es necesario también observar, que al tratarse de medios de subsistencia, no se habla tan sólo del alimento indispensable para la precisa conservación, sino que se comprende en esta palabra, todo cuanto el individuo necesita, no sólo para no morir de miseria, sino para vivir con



algún desahogo y comodidad. El vestido, la habitación, los medios para curarse de las enfermedades, son cosas que la subsistencia del hombre ha menester; y cuando éstas falten ó escaseen, no puede decirse con propiedad que tenga lo necesario para subsistir. Entre perecer de hambre ó andar desnudo, y el vivir cual conviene para conservar la salud, las fuerzas y la energía, hay una extensa escala en la cual se hallan distribuidos los necesitados. Verdad es que no puede señalarse á punto fijo, cuándo llegan las privaciones al límite de que no pueden pasar; pero hay un cierto espacio en que la prudencia no se equivoca, cuando las conceptúa dañosas, colocando al que las padece en la clase de aquellos de quienes puede afirmarse que no tienen los medios de subsistencia.

El principio que estamos analizando, adolece del inconveniente de todos los demasiado generales; en los que acontece muy á menudo, que aun cuando parezcan muy verdaderos, si se los considera en abstracto, al probarlos con la piedra de toque de la experiencia, resultan ó falsos del todo, ó al menos muy inexactos. Es cierto, que si para determinar la ley que rige en el aumento ó decremento de la población, atendemos tan sólo á los medios de conservarse, se presentará el indicado principio como indisputable; pero si reflexionamos, que no sólo debe tenerse en cuenta la conservación sino el número de los nacimientos, y que éste depende de muchas causas independientes de los mayores ó menores medios de subsistencia, echaremos de ver que abundando de esos medios puede no verificarse un aumento tan grande como sería de esperar, y que escaseando, es dable que concurran otras circunstancias que impidan al decremento el llegar al punto que sería menester, si cumplirse debiera la proporción contenida en dicho principio.

La verdad de las observaciones que preceden puede demostrarse de varias maneras; pero escogeremos los argumentos más sencillos, y por tanto más convenientes. Vemos á cada paso que familias pobres en extremo, abundan

de hijos, mientras otras que disfrutan de pingüe fortuna, ó no tienen ninguno, ó los cuentan en número muy reducido. Aquí se presenta un ejemplo muy obvio para evidenciar que es cuando menos inexacto el decir que el aumento de la población sea proporcional con los medios de subsistencia; pues que en este caso no se hallan en razón directa, sino en inversa. Si se objetare que esto no sucederá generalmente hablando, y que los efectos de una que otra excepción quedarán compensados con el curso regular de la totalidad, responderemos dos cosas: 1.º que dudamos mucho de que esto sea una excepción rara, antes la creemos muy frecuente; y que tal vez podría decirse que la excepción está en el sentido contrario; 2.º que por más general que sea la regla, y aun cuando fueran no muy comunes las excepciones, siempre deberían tenerse en cuenta para averiguar, cuáles serán los casos en que resultará fallido el principio; pues que es evidente que suponiendo una sociedad en que se reúnan circunstancias análogas á las que producen en una familia el aumento en desproporción con los medios de subsistencia, se verificará de una manera semejante en aquélla lo que acontece en ésta.

Quizás en estas materias el gusto de mirar las cosas en grande, calculando por los resultados que ofrecen las colecciones de muchos datos, datos siempre sospechosos de inexactitud, ha hecho que se descuidase en demasía el análisis de lo que sucede en cada familia; lo que si bien más sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. De la propia suerte que para conocer bien la naturaleza de un cuerpo es necesario descomponerle en sus partes y elementos, así en el estudio de la sociedad es preciso no descuidar un riguroso análisis de los individuos y familias. Las leyes de la naturaleza suelen ser muy sencillas; no pocas veces nos las hacemos invisibles, á fuerza de sutilizar y cavilar.



Este olvido ha extendido sus efectos no tan sólo por lo respectivo á la investigación de la ley que rige en el aumento ó decremento de la población, sino también en lo tocante á saber si aquél era siempre provechoso ó no. En efecto: para demostrar las ventajas de una población numerosa se ha dicho: «Ved esa Francia, esa Inglaterra, donde los habitantes no caben en el país, cuán ricas y poderosas se ostentan. Los talleres rebosan de operarios, los campos abundan de labradores, á todas las carreras les sobran los hombres; ¿no es esto una prueba evidente de que la prosperidad y ventura de un país está en proporción con el número de sus moradores? Suponed por un momento que á las indicadas naciones, y á otras que se hallan en el mismo caso, les falta una parte de su población; bien pronto veréis yermas las más hermosas campiñas, desiertos los establecimientos fabriles, escasas de concurrentes las profesiones todas; es decir que la sociedad perderá su vida, el Estado su nervio; y cayendo rápidamente del alto punto de esplendor y de pujanza en que ahora se encuentran, vendrán á colocarse en el nivel de aquellas, donde la falta de hombres ha producido de mucho antes los mismos deplorables efectos.»

Fácil es, y muy peligroso en semejantes materias, el confundir las causas con los efectos, y viceversa; el suponer íntimas relaciones entre fenómenos que en la realidad no tienen ninguna; y trastornar de tal modo las ideas, que bajo la apariencia de discursos los mejor trabados y más exactos, no se viertan más que palabras sin sentido. Esto se verifica sin duda en la plática que acabamos de suponer en boca de los partidarios de una multiplicación ilimitada, y sostenedores de que la fuerza y la felicidad de las naciones están siempre en proporción con el número de sus individuos.

Por de pronto se padece en este caso una equivocación, confundiendo la sociedad con el Estado: cosas de suyo muy diferentes. Bajo el nombre de sociedad entendemos el conjunto de los individuos que componen una nación,

considerándolos con sus necesidades. La palabra *Estado*, significa una cosa muy distinta; pues que haciendo abstracción de la situación intelectual, moral y material de los individuos, expresa, propiamente hablando, la organización política y administrativa, es decir, el conjunto de medios de gobernar y administrar, ó en otros términos, *Estado* significa la sociedad, no considerada en sí, sino en cuanto funciona como un cuerpo moral, ora sea en sus relaciones con los mismos miembros que la componen, ora con respecto á otras sociedades.

Asentada esta diferencia que nunca debe perderse de vista, es claro que puede acontecer muy bien que una sociedad considerada simplemente como tal, se halle decadente y desgraciada, mientras sea próspera y feliz, considerada como Estado. Si el poder público tiene mucha fuerza, si el erario abunda de caudales, si el ejército es numeroso, disciplinado y aguerrido, si las leyes son robustas y respetadas, si el influjo sobre las otras potencias es extenso, arraigado y bien sostenido, el Estado es sin duda alguna próspero y feliz; pero ¿siguese de esto que la sociedad deba serlo en la misma proporción? Es cierto que nó: y en apoyo de esta verdad están la historia y la experiencia.

En las civilizaciones antiguas existieron Estados que se hallaban en la ventajosa situación que acabamos de describir: prescindiendo de los reinos de Oriente y de los de Egipto, ahí están la Grecia, Cartago y Roma; y sin embargo de ninguna de aquellas naciones, aun refiriéndonos á las épocas de mayor pujanza y ventura, se pudiera decir que la sociedad era próspera y feliz. Sabido es que la base de la antigua organización era la esclavitud, y excediendo asombrosamente el número de los esclavos al de los libres. Este solo hecho demuestra que la mayor parte de los hombres que formaban parte de aquellos Estados, no alcanzaban las ventajas de que el todo disfrutaba; pues que no siendo considerados ni siquiera como *personas*, sino como *cosas*, estaban excluidos no tan solamente del goce de las comodidades y placeres, sino también de los más



sencillos derechos, que como á hombres les pertenecian. Se dirá que estos esclavos no se entendía que formasen parte de la sociedad, y que por consiguiente, el medir la desdicha de ésta por la que sufrían aquéllos, es sacar la cuestión de su propio terreno. Pero fácilmente se conoce, que con esta réplica tan lejos está de desvirtuarse lo que acabamos de establecer, que antes bien se confirma más y más. En efecto: por lo mismo que no se consideraba á esos infelices como miembros de la sociedad, por lo mismo que á pesar de que trabajaban en provecho de ella, no participaban del fruto de sus sudores, sino lo indispensable para que subsistiendo pudiesen derramarlos con más abundancia, por lo mismo que siendo hombres como los demás, iguales á ellos por los dotes de la naturaleza, eran no obstante equiparados con los brutos, por esto mismo, repetimos, se hace más patente que la sociedad era desgraciada por más venturoso y pujante que se hallara el Estado. Si por sociedad se ha de entender el conjunto de hombres que en ella viven, ¿cómo se podrá apellidarla feliz, mientras la mayor parte de éstos arrastren una existencia agobiada con todo linaje de infortunios? Para disminuir la negrura del hecho ¿basta alegar que no se los contaba como miembros de la sociedad? ¿cambian los nombres la realidad de las cosas?

Pero, no es sólo la esclavitud lo que en las antiguas civilizaciones hacía que á pesar de la prosperidad del Estado no pudiese llamarse feliz la sociedad. ¿Ignórase el envilecimiento en que se encontraban los que, aun cuando no gimiesen en la esclavitud, se veían en la necesidad de ejercer oficios mecánicos? Aristóteles, oráculo de la filosofía pagana, y en cuyas obras se refleja todo el pensamiento que animaba las civilizaciones antiguas, considera como despreciables y viles las indicadas profesiones; y no otorga el título de ciudadano, sino á quien, absteniéndose de ellas, puede dedicarse al cuidado de los negocios públicos. Así todo individuo que carecía de medios de subsistencia, ó se veía precisado á abdicar en cierto modo el

título de ciudadano, si es que se resolviese á ganar el sustento con el trabajo de sus manos, ó á vivir mendigando, ó á mover tumultos en la plaza pública, vendiendo su voto y sus pulmones á los ambiciosos.

Examínese á fondo las civilizaciones antiguas, y se palpará, que aquellos grandes pueblos que han llenado el mundo con la fama de su nombre se reducen en realidad á un pequeño número que teniendo á sus órdenes una inmensa muchedumbre, ora con el título de esclavos, ora con el de plebeyos, se aprovechaba de sus trabajos y fatigas, explotando en propia y exclusiva utilidad los sudores y la sangre de aquellos infelices. *Humanum paucis vivit genus*, dijo profundamente Julio César.

Con la nueva organización social introducida por el cristianismo, con lentitud, pero con justicia y suavidad, se han remediado en parte esos males; y si bien bajo ciertos aspectos es todavía verdadera la sentencia que acabamos de citar, no puede negarse que la suerte de la humanidad ha mejorado en gran manera, y que participa de las ventajas de la sociedad un número tan crecido que á los gentiles les hubiera parecido fabuloso. Abolida la esclavitud, mejor distribuída la propiedad, organizado sobre otras bases el trabajo, quitada la nota de ignominia á las profesiones manuales, establecida y generalizada la beneficencia pública, se ha mejorado considerablemente el estado de las clases más numerosas; que por más que se ponderen sus males presentes, que repetidas veces hemos también deplorado, es cierto que no salieran gananciosas si cambiaran su suerte con la de los esclavos de la antigüedad ó de los negros de las colonias.

Esto no obstante, todavía se puede palpar con ejemplos de nuestra época la diferencia arriba indicada entre el Estado y la sociedad; y naciones hay donde tan de bulto se presenta que casi es inútil indicarla. Considerada como Estado, ¿qué nación hay más grande, más poderosa, más rica, más feliz que la Inglaterra? Sus soberbias flotas cubren el Mediterráneo, el Atlántico, los mares del Norte, el Pa-



cífico, los de Oriente; su pabellón es respetado y temido en todos los puntos del globo; sus dominios tienen una extensión mayor que no alcanzarán los de la antigua Señora del mundo; en una palabra, no se vió jamás entre las naciones antiguas ni modernas, una potencia que por tan dilatado tiempo se sostuviese en tan alto grado de pujanza; dueña de los mares, señora de inmensos territorios, y prepotente en la mayor parte de los negocios que se agitan en los diversos continentes. Pero este aspecto tan grandioso, tan envidiable que nos ofrece la Inglaterra mirada como Estado, ¿nos lo presenta si la consideramos como sociedad? No es necesario insistir en lo que tantas veces se ha repetido sobre la situación de sus clases pobres, situación que se agrava cada día más, y que tarde ó temprano es muy de temer que no le abra profundas, y quizás incurables heridas.

Lo que de la Inglaterra se ha dicho podriase también aplicar á la Francia, bien que con las debidas modificaciones. Pero dejando esta última nación, ¿qué espectáculo no nos ofrece la Rusia, ese coloso que amenaza en el porvenir la independencia de Europa? La sociedad, pobre, abatida, esclava en buena parte, ¿es por ventura rica, floreciente, lozana como el Estado? y haciendo por decirlo así la contraprueba, la sociedad española ¿es acaso tan infeliz y miserable como el Estado? Luego los que para apreciar los efectos que el aumento de la población produce atienden tan sólo á una de ellas, yerran.

Los límites de la *Revista* nos precisan á interrumpir nuestra tarea, que continuaremos en los números siguientes.— *J. B.*

---

## POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA CUARTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

### FILOSOFÍA DEL PORVENIR.

Mi estimado amigo: mucho me complace que me haya V. ofrecido la oportunidad de manifestarle mi parecer sobre la filosofía que V. apellida *del porvenir*; que si bien V. la critica hasta motejarla, traslúcese no obstante que no ha dejado de hacerle mella, mayormente en lo que ella dice sobre los *destinos* del catolicismo. Llámala V. *filosofía del porvenir*; y en efecto, no cabe nombre más bien adaptado para calificar esa ciencia estrambótica que sin resolver nada, sin aclarar nada, sólo se ocupa en destruir y pulverizar, respondiendo enfáticamente á todas las preguntas, á todas las dificultades, á todas las exigencias, con la palabra *porvenir*. A juicio de esta filosofía, la humanidad ha errado siempre, yerra todavía actualmente; esta filosofía lo sabe, y al parecer es ella sola quien lo sabe; tan grave y magistral es el tono con que lo anuncia. Demandadle ¿dónde está la verdad, cuándo será dado al hombre encontrarla? en el *porvenir*. Como se supone, todas las religiones son falsas, todas son obra de los hombres, un ardid para engañar á las masas, un objeto de risa para los sabios, y muy particularmente para los profesores de esa *elevada filosofía*, únicos que merezcan tal nombre; ¿dónde estará pues la religión verdadera? ¿cuándo podrán los hombres profesarla? en el *porvenir*. Ningun filósofo alcanzó á descifrar el enigma del universo, de Dios, y del hombre; ¿vendrá un día afortunado en que se verifique el hallazgo de la de-



seada clave? en el *porvenir*. La organización social y política se ha de cambiar radicalmente, se ignora lo que se ha de substituir á lo que actualmente existe; ¿quién nos ilustrará para resolver acertadamente tan espinoso problema? el *porvenir*. Las masas populares sufren atrozmente en los países más cultos; la desnudez, el hambre, la más repugnante miseria, contrastan de una manera escandalosa con el lujo y los goces de los potentados, y la *vita bona* de los filósofos: ¿de dónde saldrá el remedio para situación tan angustiosa? del *porvenir*. El porvenir para la historia, el porvenir para la religión, el porvenir para la literatura, el porvenir para la ciencia, el porvenir para la política, el porvenir para la sociedad, el porvenir para la miseria, el porvenir para sí mismo, el porvenir para lo presente, el porvenir para lo pasado, el porvenir para todo. Panacea de todas las dolencias, satisfacción de todos los deseos, cumplimiento de todas las esperanzas, realización de todos los sueños; siglo de oro cuyos radiantes albores, ocultos á los ojos de los profanos, sólo se revelan á algunos espíritus que alcanzaron el inefable privilegio de leer escrita en letras divinas la historia del porvenir. Por esto le saludan con alborozo, por esto se abalanzan á él como niño á los brazos de la madre que le acaricia; por esto atraviesan con irónica sonrisa por en medio de este siglo que *no los comprende*; por esto vivirían gustosos la vida de los desprendidos filósofos de la Grecia, y se retirarían del mundo á guisa de anacoretas, si no fuera necesaria su presencia para anunciar la verdad, si pudiesen prescindir de la *misión* que han recibido sobre la tierra. ¡Desgraciados! víctimas de un destino infausto, no les es dado conceder á su entendimiento todo el vuelo á donde lo ensalzara su *profética inspiración*, no les es permitido desahogar su pecho con una expansión *humanitaria*, y pegados á esa época de barro, se encuentran forzados á vivir en espléndidos palacios, á ocupar elevadísimos puestos desde donde puedan comenzar á dirigir acertadamente esa sociedad, y no les queda otro consuelo que solazarse algunos mo-

mentos, *cantando* lo que su mente divisa y su corazón augura.

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo,  
Jam redit et virgo redeunt saturnia regna:

.....  
Occidet et serpens, et fallax herba veneni  
Occidet: Assyrium vulgo nascetur amomum.

.....  
Molli paulatim flavescet campus arista,  
Incultisque rubens pendebit sentibus uva,  
Et duræ quercus sudabunt roscida mella.

.....  
Non rastros patietur humus, non vinea falcem;  
Robustus quoque jam tauris juga solvet arator.  
Nec varios discet mentiri lana colores:  
Ipse sed in pratis aries jam suave rubenti  
Murice, jam croceo mutabit vellera luto,  
Sponte sua sandyx pascentes vestiet agnos.  
Talia sæcla suis dixerunt currite fuis  
Concordes stabili fatorum numine parcæ.

No les pregunte V., mi estimado amigo, cómo han descubierto tantos prodigios, quién les ha revelado tan admirables arcanos: sobre todo no les exija V. pruebas de lo que asientan, ni tratándolos cual si fueran adocenados pensadores, se atreva V. á requerirles para que demuestren lo que afirman. Estas son cosas, que más bien se *presienten* que no se *conocen*; tienen algo de poético, de aéreo; son previsiones envueltas en figuras simbólicas; y quien con esto no se satisface, es indigno de la filosofía, la llama del genio no ha tocado su frente, no ha brotado en su espíritu la inspiración creadora. Por lo demás, ¿quién no ve algunas señales de esa transformación maravillosa? No todos alcanzan á preverla con tanta claridad como aquellos á quienes ha sido revelada en misteriosas apariciones; pero á nadie pueden ocultarse los infalibles síntomas que anuncian una próxima y universal mudanza.

Aspice convexo nutantem pondere mundum,  
Terrasque tractusque maris cælumque profundum:  
Aspice, venturo lætentur ut omnia sæclo.



Menester es confesar, que el expediente ideado por estos filósofos no es lerdo, y que además tiene la indecible ventaja de ser muy cómodo. Maldito el provecho que sacaron los que se propusieron arreglar el mundo presente; lo que conviene es endosarlo todo al porvenir, que al buen pagador no le duelen prendas. Sócrates con su manto rasgado y luego con su cicuta, Diógenes con su tonel y su arena abrasada, Heráclito con sus lágrimas, y Demócrito con su risa, no entendían una palabra en achaque de filosofía. Burlarse de lo pasado, gozar de lo presente, y alucinar á todo el mundo con la esperanza de un bello porvenir: he aquí la fórmula más cabal que se encontrara jamás para evitarse disgustos y salir airoso de todo linaje de compromisos. ¿Y si el porvenir no corresponde á los pronósticos? objetarán algunos escrupulosos. Medrados estamos, si hemos de darnos pena por lo que sucederá: el negocio consiente largas, el plazo que tomamos no es breve, y para no aventurar nada lo dejamos indefinido; siempre podremos solicitar una nueva dilación, y si alguien de nosotros hasta se adelanta á fijar tiempo, no tengáis cuidado que no debe de ser tan olvidadizo que no recuerde aquello de

No temáis, señor mío,  
Respondió el charlatán, pues yo me río.  
¿En diez años de plazo que tenemos,  
El rey, el asno ó yo no moriremos?

Hecha la debida justicia á la filosofía del porvenir, réstame el *nutantem pondere mundum*, quiero decir, la gravísima complicación de los problemas que pesan sobre la sociedad, y ver hasta qué punto tienen fundamento los filósofos para hablarnos de las trascendentales mudanzas que las futuras generaciones están destinadas á presenciar. Por de contado, muchos de éstos dan por supuesto que no se verificarán estos cambios bajo la influencia de la religión; que al contrario ésta va perdiendo terreno, y que una de las principales condiciones de la renovación del

mundo, ha de ser el substituir á ella la filosofía. Ya se ve, como en sentir de ciertos hombres las religiones, y particularmente el cristianismo, no son otra cosa que «una producción espontánea de las ideas de las masas, abriéndose paso y encarnándose cuando son maduras, en una imaginación exaltada, á menudo alucinada por la revelación que ella anuncia (1);» se dará un paso agigantado en la carrera de la perfección social, cuando las masas sean bastante ilustradas para contemplar la verdad en toda su pureza, cara á cara, sin necesidad de los símbolos y envolturas que sólo convienen á la flaqueza de inteligencias limitadas. Inútil es decir que no convengo yo con M. Jouffroy en tan peregrina definición; y que por consiguiente tampoco puedo admitir las deducciones á que ella se brinda. No creo pues que jamás puedan dirigirse bien las masas (y en esta palabra masas comprendo la sociedad entera), sin la influencia de la religión; y que tan absurdo me parece el que la filosofía llegue nunca á llenar el vacío ocupando su puesto, como el que la religión sea una producción espontánea de las ideas de las masas.

En este siglo de análisis filosófico-histórico, sería muy curiosa la demostración en que se produjesen los datos fehacientes de que el cristianismo fué el producto espontáneo de las masas. ¿De qué masas salió el Evangelio? ¿eran las judías ó las idólatras? Si de las primeras, ¿cómo es que los acérrimos defensores de la ley de Moisés fuesen los capitales enemigos de Jesucristo? ¿Dónde hay un solo hecho, una sola palabra, un leve indicio, de que Jesús aprendiese de los judíos su sublime enseñanza? ¿No es al contrario patente que las palabras del Divino Maestro eran recibidas como enteramente nuevas, y que llenaban de asombro y estupor á cuantos le oían, escandalizándose los unos de la novedad, y acogiénolas otros con transportes de admiración y con entusiasta acatamiento? ¡Hombres ciegos!

---

(1) Jouffroy, Lección sobre el destino humano, recogida en sus primeras Misceláneas.



Si habéis leído el sermón sobre la montaña, si habéis reparado jamás en aquel raudal de sabiduría y de amor, que fluye de los labios de un hombre que no había aprendido las letras, decidnos: ¿dónde estaban las doctrinas que en él se vierten? Desparramadas, nos diréis, en medio del pueblo; pero dejando aparte la convincente reflexión que se acaba de indicar, ¿qué prueba señaláis para asentar tan extraña paradoja? ¿Mentaréis por ventura la filosofía de la época? pero ¿acaso sois únicamente vosotros los que de ella tenéis conocimiento? ¿creéis que se ha perdido en el mundo la historia científica contemporánea? Además, que ni siquiera otorgáis á la religión este honor de nacer de la filosofía; la hacéis brotar de la cabeza de las masas! Recuérdese pues para no olvidarse jamás, que la religión más admirada hasta de sus propios enemigos, por la sabiduría y santidad de que rebosa, fué un producto espontáneo de las ideas de las masas del tiempo de Tiberio y de Herodes. ¡Lo ridículo compite con lo sacrilego!

Hasta ahora se había creído que las masas estaban en posesión de la ignorancia, que la presunción en materia de grandes pensamientos estaba en favor de algunos genios privilegiados, y que de éstos debía derramarse sobre aquéllas la luz de que necesitaban. Ahora sabremos que esta luz preexiste en ellas, y nó como quiera, sino preparada para ejercer sus efectos, como fruta *madura*, y que cuando un hombre extraordinario surge de en medio de la muchedumbre, á esta muchedumbre debe todo cuanto piensa y todo cuanto hace. Sin duda que ni aun á los ojos de sus enemigos será el cristianismo menos admirable que los más elevados sistemas filosóficos; de lo que podremos inferir que éstos habrán de tener el mismo origen. En efecto: la religión no es en tal caso más que una filosofía disfrazada con símbolos y enigmas; de suerte que la invención de aquélla tiene sobre ésta una dificultad particular, que consiste en excogitar acertadamente los velos con que se ha de cubrir. Podremos pues afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que la filosofía de Sócrates, de Platón, de

Aristóteles, de Bacon, de Descartes, de Malebranche, de Leibnitz, no era otra cosa que una producción espontánea de las masas; y ¡cosa rara! también habrá de caer la misma suerte á la tan ponderada de Kant, Hegel, Cousin, y del mismo Jouffroy.

Bien haya quien tales descubrimientos nos proporcione, quien revele con tan estupenda sagacidad el camino que se ha de seguir para llegar á la más alta sabiduría. ¡Oh! ¡cuán errado andaba Descartes cuando se condenaba á tan dilatadas meditaciones, comenzando ya desde el colegio á obtener la dispensa de no madrugar demasiado, y fomentar así con el suave calor, la fuerza de la contemplación á que se abandonaba! muy tonto era Malebranche que pasaba sus días en el mayor retiro, sepultado en su gabinete, y cerradas las ventanas para que la luz no le distrajesse! A estos pobres filósofos, y á sus menguados maestros y discípulos, se les había metido en la cabeza que es *infinito el número de tontos*, y que quien deseaba ser sabio, ó menos tonto, debía andar cuidadoso en no dejarse contaminar demasiado de la atmósfera del vulgo, y hasta contando por vulgo á tantos como se eximen de este dictado, por más legítimos títulos que justifiquen su pertenencia á la misma clase. Ignoraban estos buenos señores, que ora sea para idear un sistema de filosofía, ora para inventar una religión, es necesario mezclarse entre las masas, nó precisamente para observarlas en sus extravíos, en sus errores, en sus pasiones, en sus caprichos, y estudiar así los resortes del espíritu humano, y aprender á dirigirle, que esto ya lo sabíamos de muy antiguo; sino para ver las ideas que en ellas germinan, para seguir las en su crecimiento y desarrollo, y en notando que están *maduras*, aprovechar el momento crítico, formularlas, haciendo que se *encarnen*, y presentar luego el resultado á las mismas masas asombradas, diciéndoles: «he aquí un presente del cielo.»

¡Pobres masas! Y no sabrán que adoran un ídolo que ellas han fabricado; que comen cual maná bajado del cie-



lo, la misma fruta que de ellas ha nacido; y de tal manera, que para ofrecérsela el mentido impostor, apenas ha tenido ningún trabajo, sólo el de cogerla, pues que ya estaba *madura*.

Si los católicos nos hubiéramos permitido tamañas paradojas, si nos hubiéramos atrevido á emitir semejantes aserciones, contrarias á la buena filosofía, en oposición con la historia, repugnantes al sentido común, sin pruebas de ninguna clase, sin indicios los más leves, sin el más remoto fundamento para apoyar la conjetura; si mal hallados con el lenguaje ordinario, hubiéramos echado mano de expresiones simbólicas, haciendo *encarnar* ideas, y con la peregrina ocurrencia de aplicarles la metáfora de *maduras*, ofreciendo de esta manera un estrambótico contraste, todos los diccionarios de la sátira no hubieran sufragado los apodos necesarios para cubrir de burla semejante atentado contra la filosofía y el buen gusto. Juzgue V., mi estimado amigo, entre nuestros adversarios y nosotros; y juzguen con V. todos los hombres de sana razón.

Infero de lo que acabo de exponer, que es una pura quimera la profecía de algunos filósofos de nuestra época de que el cristianismo esté destinado á morir, y de que haya de recoger su herencia esa filosofía, de que todos hablan, sin decirnos en qué consiste. En este punto, paréceme astuta y todavía más cómoda, la conducta de M. Cousin, fundada en los motivos que nos ha revelado M. Pedro Leroux en un número de la *Revista independiente*. El pasaje es curioso, y merece la pena de copiarle. «Hace ya muchos años, dice M. Leroux, que conversando con M. Cousin sobre su apología, nó de Sócrates, sino de los jueces de Sócrates, extraña paradoja escrita á lo que parece para hacer una mueca á Platón y á Jenofonte, le echábamos en cara este acto irracional que mirábamos como un crimen de lesa filosofía. Interrumpióse M. Cousin en su respuesta, para preguntarnos: ¿cuánto tiempo os parece que á la religión de nuestro país le queda de vida? — No es esta la

cuestión, le dije yo, trátase de la filosofía, de la verdad; jamás los filósofos hubieran hecho nada bueno, si en vista de la realidad, se hubiesen interrogado de esta suerte para saber lo que debían hacer. — Yo, replicó M. Cousin, creo que el catolicismo tiene todavía alimento para trescientos años (en a encore pour trois cents ans dans le ventre); en consecuencia, me quito humildemente el sombrero en presencia del catolicismo, y continuó la filosofía.»

Hubo un tiempo en que cundió entre los protestantes la manía de anunciar la caída del catolicismo, fijando con tanta precisión la época, como pueden hacerlo los astrónomos con un eclipse, ó el paso de un cometa. Seguros de la predicción, la pregonaban con gran ruido; pero las cuentas debían de estar mal ajustadas, que la época fatal llegaba, y el pronóstico no se cumplía. Esos profetas eran á veces sobrado indiscretos; pues se atrevían á señalar un plazo breve, cuyo transcurso no era bastante á que se hubiese olvidado el anuncio. M. Cousin recordaría sin duda estos chascos proféticos, y no queriendo llevar las cosas á un extremo á guisa de buen conservador, y proponiéndose por otra parte evitar la burla de ser desmentido, escogió un medio término, entre *los siglos de los siglos de los católicos*, y el corto espacio de los profetas protestantes, y le otorgó al catolicismo un plazo de trescientos años. De esta manera, cuando en todo el presente siglo, y en el siguiente, se admiren algunos de que vaya durando el catolicismo, estará muy á mano la satisfactoria respuesta de que, «esto ya lo había pronosticado M. Cousin;» y cuando pasados los trescientos años, al expirar el plazo fatal, se vea que el catolicismo no muere por inanición, y que le queda todavía alimento; entonces ya nadie se ha de acordar de M. Cousin, cuando menos de su profecía.

En lo moral como en lo físico, el primer síntoma de estar tocado de muerte un ser cualquiera, es no crecer, no producir; la cercana extinción de la vida se muestra siempre por la falta del desarrollo y de la acción del ser que



muere. Sécanse al árbol sus hojas, se le marchitan las flores, no le nace el fruto; al animal se le retira el calor, sus facultades funcionan con lentitud, su obrar es lánguido, su fecundidad cesa. Observad el mundo intelectual y moral, y notaréis los mismos fenómenos. Cuando un sistema filosófico caduca, pierde su acción propagandista; lejos de aumentarse el número de sus prosélitos se disminuye: no se hace nueva aplicación de sus doctrinas, se arrumban las que se han hecho, todo se prepara para hacerle caer en desprecio, y luego en olvido. Una legislación próxima á perecer, es con frecuencia desobedecida, sus propios sostenedores no se atreven á hacer uso de ella; no se extiende á otros pueblos, es ya un cuerpo exánime á quien sólo faltan los honores de la sepultura. Lo propio sucede con las instituciones, sean del orden que fueren, y por más que haya sido su importancia. La muerte que les amenaza de cerca, se manifiesta por síntomas infalibles. Recórrase la historia entera, fijese la vista en todas las instituciones sociales y políticas, que por una ú otra causa hayan aminorado de achaque mortal, y se verá que en los últimos períodos de su existencia, se parecían á aquellos edificios ruinosos, de los cuales huyen á toda prisa los habitantes para no ser sepultados en sus escombros.

Nada de esto se verifica con el catolicismo. Arraigado en España, Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Austria, en varios países de Alemania, en Polonia, en Irlanda, con dilatados dominios en la América, progresando en Inglaterra, en los Estados Unidos, desplegando vivísima actividad en las misiones de Oriente y Occidente, difundiendo de nuevo en distintas regiones los institutos religiosos, sosteniendo vigorosamente sus derechos, ora con enérgicas protestas, ora arrojando la persecución, defendiendo sus doctrinas con grande aparato de saber y de elocuencia en los principales centros de inteligencia del mundo civilizado, contando entre sus discípulos hombres esclarecidos, que no les van en zaga á los de otra secta cualquiera, ¿dónde están los síntomas de una muerte

cercana? ¿dónde las señales que indican la caducidad?

Ya preveo, mi estimado amigo, la dificultad que me va V. á objetar; y por si no le ocurriese, yo mismo cuidaré de presentarla sin quitarle nada de su fuerza. Si tanta es la vida entrañada en el catolicismo, si tan claras y evidentes son las señales con que se muestra; ¿por qué estáis lamentándoos de los males que afligen á la Iglesia en este siglo? ¿por qué se recuerdan á cada paso aquellos días de gloria, que alcanzara en épocas más felices? A esto responderé en primer lugar, que yo no he dicho que el catolicismo no haya sufrido grandes quebrantos; sino que únicamente he sostenido que en su situación actual no se descubrían anuncios de muerte. Estas dos aserciones son muy diferentes, nada tiene que ver la una con la otra. Esta contestación basta y sobra para desvanecer la dificultad propuesta; pero á mayor abundamiento me permitiré añadir, que también suele haber alguna exageración de los actuales males de la Iglesia, en comparación de los que sufrió en otros siglos. La decadencia de la fe y de las costumbres, es á menudo ponderada en demasia, no sólo por los enemigos de la Iglesia, sino también por sus hijos más predilectos. Éstos por celo y por un santo pesar, aquéllos por espíritu de maledicencia y por un secreto placer de anunciar el desmoronamiento de lo que desean ver arruinado, todos contribuyen á que suenen muy alto los ayes en que se lamentan los males de la época, y á que los hombres ignorantes ó poco advertidos se imaginen que, comparado con los antiguos tiempos, el catolicismo ha pasado á ser, de un reino pacífico, rico, poderoso, floreciente, una miserable comarca, entregada á un reducido número de moradores, víctimas de la degradación y de la anarquía.

Con perdón de los que así opinan, y para consuelo de los que desearían ver en la Iglesia un cuadro más halagüeño, diré que no es esto lo que enseña la historia; y que cuando tan sentidamente se lamentan los males de nuestro tiempo, es por la sencilla razón de que siempre la enfermedad presente es la peor.



Cuantos deseen comprender algún tanto la historia del cristianismo, y no escandalizarse á cada paso por los acontecimientos adversos que en tanta abundancia nos ofrece, no deben jamás perder de vista que la religión de Jesucristo lo es de sufrimientos, de contrariedades, de persecuciones, es una religión de sacrificio, que se inauguró sobre la tierra con la inmólación del Cordero sin mancilla. Todo lo que á ella pertenece lleva este formidable sello: el Bautista precursor, es decapitado, y su cabeza sirve de presente en una orgía para abreviar de sangre una horrible venganza; los apóstoles sufren el martirio en las diversas partes del mundo; y viene tras ellos una muchedumbre que nadie puede contar, de todas lenguas, tribus, naciones, condiciones, edades, sexos, que sufren los tormentos y la muerte por la fe, y lavan sus estolas en la sangre del Cordero. ¿Os desalientan las apostasías que estáis presenciando, los errores que pululan, el extravío de tantos que ó por interés ó por vergüenza, ó por otras pasiones, niegan al Divino Maestro? pero ¿olvidáis acaso la traición de Judas y la negación de S. Pedro?

Vemos, es cierto, muchedumbre de sectas separadas, vemos cual se asestan contra la Iglesia los tiros del sofisma y de la calumnia; pero ¿es esto otra cosa que una repetición de lo que ha sucedido en todos los siglos desde su fundación? En el primero, brotan como inmundos insectos las inmorales herejías de Simón, Cerinto, Menandro, Ebión, Saturnino, Basíldes y Nicolao. En el segundo aparecen los Gnósticos, Valentinianos, Orfitas, Archonticos, Cayanos, Helcesitas, Encratitas, Marcionistas, Montanistas y otros. En el tercero encontramos los sectarios de Praxeas, de Sabelio, de Paulo de Samosata, de Novato, de Manes; de suerte que mientras la Iglesia tenía contra si los potros, los caballetes, la cuchilla, las hogueras, y todo linaje de horrendos suplicios, veía salir de su propio seno hijos ingratos que le despedazaban las entrañas, corrompiendo la pureza de la moral y del dogma, levantando cátedra contra cátedra, y propalando cual doctrinas emana-

das del cielo, los sueños de la ilusión y de la impostura.

Y ¿qué diremos de los siglos siguientes? Se habla de la paz de Constantino, se ponderan las ventajas que de ella resultaron á la Iglesia; es cierto; pero no lo es menos que aquella paz fué á menudo interrumpida, con frecuencia muy amargada, y que el Divino Esposo no le dejó olvidar un momento que estaba en tierra de peregrinación, que era militante, y que no le era dado disfrutar aquí bajo de la calma y felicidad que le están reservadas para cuando la Jerusalén de este mundo esté absorbida en la celestial. En el mismo siglo que la cruz se enarboló sobre el trono de los Césares, experimentó la Iglesia tantos sinsabores, que difícilmente se los causaron más dolorosos los rigores de la persecución. ¿Quién ignora la turbación y desastres acarreados por los cismas de los Donatistas, Melecianos y Luciferianos? Las iglesias de Africa, de Egipto, de Asia, vieron erigido altar contra altar, divididos escandalosamente los fieles, hecha pedazos la túnica inconsútil de Jesucristo. Y ¿qué será si recordamos las muchas herejías que á la sazón se levantaran, y particularmente las de Arrio y Macedonio? Penosas son en nuestra época las tareas de aquellos á quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; pero penosas eran también las de los obispos que formaban los concilios de Nicea y Constantinopla. Y no faltaban también emperadores que afligian la Iglesia, extralimitándose de sus facultades, y entrometiéndose en los negocios puramente eclesiásticos; y había también un Juliano apóstata que se complacía en abatirla y humillarla, y había también escritores venenosos que derramaban por todas partes sus funestas doctrinas: y los apologistas de la religión se veían precisados á trabajar sin descanso, á multiplicarse, por decirlo así, para hacer frente á los muchos puntos que reclamaban el auxilio de su saber y de su elocuencia en defensa de la religión. San Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, los dos Gregorios, S. Epifanio, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo, y otras lumbreras de aquel siglo, recuerdan los em-



peñados combates que á la sazón sostuvo la verdad contra el error, supuesto que para alcanzar la inmortal victoria se empeñaron en la lucha tantos gigantes.

Sigue luego la irrupción de los bárbaros, y la Iglesia, lejos de disfrutar la época bonancible que parecía necesitar para su descanso, se encuentra entre la ferocidad de los invasores, los estragos que en ellos había hecho el arrianismo, el ciego y caviloso prurito de disputa de los emperadores de Oriente, y el espíritu de resistencia á la autoridad que se desenvuelve en diferentes herejías. ¡Cuántos concilios! ¡Cuántas decisiones de los papas! ¡Cuántos escritos de varones eminentes por su santidad y sabiduría! ¡Cuántos vaivenes en los pueblos sometidos á la Iglesia! ¡Cuántas oscilaciones en la fe! ¿Dónde está esa calma que algunos echan menos; ese predominio no disputado, esa envidiable bonanza en que se imaginan la barquilla de san Pedro, surcando un mar sosegado y tranquilo?

De esta suerte, y con varia pero siempre agitada fortuna, se llegó al siglo x; en él no hubo herejías; pero en cambio había una profunda ignorancia madre de la corrupción, que á su vez engendra también los más detestables errores: «*æternam timuere sæcula noctem.*» Tomaron cuerpo entonces las violencias de los príncipes salidos de la barbarie, entronizóse el feudalismo, siguió la lucha de los pueblos contra los señores, y de éstos entre sí y con los reyes; brotando de ese caos, nuevas herejías con un carácter más práctico, más invasor, más amenazador que las antiguas. No necesito recordarle á V., mi estimado amigo, los nombres de los que ora con las armas, ora con la pluma, ora con la predicación, se desencadenaron contra la Iglesia; la historia de estos errores y contiendas es inseparable de la de Europa; sólo diré que la aparición del protestantismo, si bien fué una catástrofe de imponderables consecuencias, no fué sin embargo un hecho del todo nuevo, sino que tomó un carácter peculiar á causa de la época en que nació.

Grandes males tiene que llorar actualmente la Iglesia;

pero mucho dudo que sean iguales á los del siglo décimo-sexto y siguiente; ni en errores, ni en desastres, parece que nada dejaban que desear al genio del mal. Por lo que toca al siglo pasado, está demasiado cerca de nosotros para que sea necesario mentarle siquiera; baste recordar, que se abrió con las disputas y la terquedad del jansenismo, y se cerró dignamente con la Constitución del clero y las persecuciones de la Convención.

No me he propuesto hacer ni un ligero bosquejo de las contrariedades que en todos tiempos ha sufrido la Iglesia, para que pudiesen compararse con las que padece en el nuestro: y sí únicamente echar acá y acullá algunas plumadas, que al menos recordasen los principales acontecimientos que tan trabajosa y gloriosa á la vez nos presentan su historia. Con esto desearía que se consolasen los fieles que con excesiva aflicción contemplan los males de nuestra época, reflexionando que no es tan cierto como ellos quizás se imaginan, que este sea el tiempo en que Dios ha permitido que campease con más audacia el poder del príncipe de las tinieblas. Al menos por mi parte, abriego sobre este particular fuertes dudas, que se ofrecerán á cualquiera que repase con atención los anales eclesiásticos.

Ateniéndonos á lo sucedido durante el siglo pasado y el presente, se me dirá que en Francia la fe ha perdido mucho, y se me recordará que lo propio acontece en Portugal, España é Italia; pero yo replicaré que también ha crecido en Irlanda, que ha ganado mucho en Inglaterra y Escocia; y sin empeñarme en discusiones sobre la exactitud de la compensación, observaré que la Iglesia ha conquistado en nuestra época una ventaja inmensa, cual es, que entre los países más civilizados y cultos, no hay ninguno donde se la mire con hostilidad perseguidora. Y no se me cite en contrario el ejemplo de la Rusia, ni un extravío pasajero del gobierno de Prusia, ni las anomalías de otros países; la causa de la religión parece más bella cuando se enlaza con los recuerdos de nacionalidad de un



pueblo desgraciado; y la Iglesia se presenta más hermosa y lozana, cuando tiene por perseguidores el raquitismo en política, y la nulidad en filosofía.

Calculan algunos incrédulos la decadencia de la fe, por lo que observan en las personas de su trato; y como éstas son á menudo de las mismas ideas, deducen que la incredulidad es el estado normal de los entendimientos. Acontece en este punto lo mismo que en los relativos á costumbres. El inmoral halla la inmoralidad en todas partes: no hay para él un hombre honrado, una mujer honesta, un magistrado íntegro, un comerciante de buena fe: la perfidia, la corrupción, el soborno reinan en todas las almas; y si bien reparáis en su manera de discurrir, sus propios vicios no son más que el resultado de la profunda convicción de que es enteramente imposible el ejercicio de la virtud. No le faltan, ni excelente índole, ni buenos deseos, ni la fuerza de ánimo necesaria para practicar el bien; pero ¿qué fruto sacaría de constituirse en única excepción sobre la tierra? Víctima de las malas artes y de las pasiones de sus semejantes, fuera un estéril holocausto ofrecido en las aras de la virtud, de esa diosa que de tan antiguo abandonó para no volverlas á ver las moradas sublunares. ¿No es verdad, mi estimado amigo, que así hablan los hombres inmorales, que tienen bastante conocimiento para reflexionar un poco sobre su estado, creando una especie de filosofía que les sirva de comodín contra los remordimientos de su conciencia? Aplique V. á la incredulidad lo que acabo de decir, y hallará una perfecta analogía. Habla el incrédulo con hombres que comparten sus errores, echan una ojeada sobre el estado de las creencias, y como cada cual recuerda haberse hallado con otros de la misma opinión, cuando menos sus maestros ó discípulos, llevan todos su contingente de incredulidad observada en distintos lugares, é infieren sin vacilar, que la inducción es cumplida, que todos los votos están recogidos, que la fe no tiene un solo partidario, y está condenada irremisiblemente, desterrada para siempre del mundo. Fulano,

dicen, aparenta creer, pero es hipocresía; Zutano lo finge por interés, Mengano por no contristar á una madre, á una esposa devotas; por lo demás, todos los hombres que piensan están acordes en este punto, el hecho es tan cierto que se halla fuera de discusión.

Con esta seguridad he oído hablar, estos discursos he oído hacer; pero yo que no podía olvidar lo que he visto con mis ojos, yo que tampoco había descuidado observar y recoger hechos sobre la misma materia, no podía resignarme á abdicar mis opiniones y á suponer errados todos mis cálculos. Además, encontraba también otro motivo para no dar mucha importancia á las inducciones de mi adversario; sin apariencias de contradecirle, daba á la conversación un giro que indicarme pudiera las fuentes donde había bebido ese profundo conocimiento del mundo, el teatro donde había hecho sus observaciones sobre el estado actual de las creencias. Desde luego echaba de ver, que de las personas y círculos á que se refería, aun cuando él no me lo hubiera dicho, á la legua hubiera yo sospechado que no abundaban de fe; si es que de antemano no me constaba lo mismo que él me estaba revelando. Hablábale entonces de otra sociedad, como suele decirse, de otros hombres, de otras reuniones; no tenía noticia de ellos, no estaba en su cuerda. Traía la conversación al movimiento religioso de este ó de aquel país, pronunciaba el nombre de un autor distinguido en esta materia, recordábale un pasaje interesante de una obra escogida; á esta literatura no se había dedicado mucho; siquiera por amor propio, afectaba tener de esto algunos conocimientos, bien que con la modestia de no manifestarlos; pero yo para mis adentros infería, que aquel hombre hablaba de lo que no sabía, que en sus cálculos deducía de lo particular lo universal, y que todo su aparato de observación sobre el estado de las creencias se reducía á noticias de que no carece ninguna persona entendida.

Ni la sociedad, mi estimado amigo, está toda en las capitales, ni las capitales se forman exclusivamente de un



determinado número de reuniones, por más que éstas sean á menudo las más presumidas y pretensiosas; necesario es extender la vista algo más allá, cuando se quiere formar juicio sobre el estado de las creencias. No sucede con ellas lo que con el movimiento político ó mercantil. Estos se limitan á círculos por lo común muy estrechos; y para juzgar de su situación y tendencias, basta regularmente colocarse en algunos de los centros en cuyo torno se verifican. En negocios de religión es muy de otra manera; sus ramificaciones son inmensas, sus raíces calan hasta las entrañas de la sociedad; la soberbia capital como la miserable aldea, no se eximen de su influjo; y así es harto arriesgado el juzgar de ellas por lo que se ha notado en círculos reducidos.

Pero ya esta carta va tomando más ensanche del que conviene; y así resumiendo mis ideas, diré que lo que V. llama tan acertadamente la filosofía del porvenir, es una de tantas quimeras como sueña el espíritu humano; que ningún problema resuelve, que nada nos dice sobre las altas cuestiones que se propone ventilar; que sus pronósticos no llevan camino de cumplirse, y el catolicismo no presenta señales de muerte ni caducidad. Por lo tocante á las profundas mudanzas que en sentir de esos filósofos se han de verificar en la sociedad, convengo con ellos; pero no creo que sea de la manera que los mismos se figuran. No tengo dificultad en reconocer que estamos en una época de *transición*; pero me inclino á pensar que esta transición lejos de ser característica de nuestra época, es en cierto modo general á toda la historia de la humanidad; porque es evidente que el género humano está *pasando* continuamente de un estado á otro. La perfectibilidad indefinida de que nos están hablando sin cesar los *filósofos del porvenir*, es también asunto sobre el cual abrigo yo mis dudas; así como sobre lo que dan por supuesto y enteramente incuestionable, de que la humanidad aun aquí en la tierra, adelanta siempre hacia la perfección, haciendo sin cesar nuevas conquistas. El escepticismo *filosófico* de

que, como le dije en una de mis anteriores, estoy algo tocado, hace que al oír enunciar alguna proposición demasiado general, no me deje alucinar ni por la celebridad ni el tono magistral de quien la emite; y que en uso de mi independencia, examine si el acreditado maestro podría haberse equivocado. Esto me ha sucedido con la *transición* actual, y con la *marcha* continua de las sociedades, y con las mudanzas que para lo venidero se nos pronostican; sobre todos estos puntos le diré mis opiniones en otra que pienso escribirle otro día. Ahora no puedo hacerlo; ya por no alargar demasiado la presente, ya porque «non tantum est otii.» Queda de V. su affmo. — *J. B.*

---



(Número de la *Revista* correspondiente  
á 15 de Junio de 1843.)

## ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

---

### ARTÍCULO 1.º

En el primer número de esta *Revista* nos ocupamos de la ciencia frenológica en sus relaciones con la espiritualidad del alma; estableciendo algunos principios para precaver que los poco versados en estas delicadas materias, incurriesen en equivocaciones sobre un punto de tan elevada importancia, por afectar muy de cerca uno de los principales fundamentos de la religión, cual es, la distinción entre el espíritu y el cuerpo. Explicamos allí cómo pudiera entenderse en un sentido razonable y nada dañoso, la doctrina que establece que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales; y con esta ocasión expresimos también, cuál era la acepción legítima que podía darse á la proposición en que se asienta que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro; aduciendo autoridades respetables, así en el orden religioso, como en el puramente filosófico. Ofrecimos entonces á nuestros lectores el volver otro día á la discusión de este asunto; y si bien hubiéramos deseado hacerlo cuando se hubiese publicado una obra más extensa cuyo prospecto ha visto

ya el público, no obstante con la mira de que no nos veamos precisados á dilatar demasiado el cumplimiento de lo que tenemos prometido, entraremos hoy en amplio examen de la materia. Es tal su importancia, y tan graves y delicados los puntos á que se refiere, que habiéndose ventilado extensamente en esta capital, en ocasión muy reciente, no podemos permitir que las graves cuestiones que de ella surgen, pasen desapercibidas y sin las correspondientes aclaraciones.

Seis principios asienta el Sr. Cubí, apoyándose en la autoridad de Gall, y mirándolos como la base de toda la ciencia frenológica.

1.º Las facultades ó potencias del alma son innatas.

2.º El cerebro es el órgano del alma ó mente.

3.º El cerebro es múltiplo; esto es, el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades.

4.º El tamaño de un órgano cerebral, *siendo todo lo demás igual*, es una medida positiva de su potencia mental.

5.º El tamaño y forma del cerebro es, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza.

6.º Toda facultad del alma tiene su lenguaje especial; esto es, todo órgano cerebral, cuando se halla predominantemente activo, produce un movimiento, expresión, gesto ó actitud, que se llama su lenguaje especial ó natural. (*Manual de Frenología.*)

Antes de pasar á otras consideraciones, examinaremos rápidamente estos seis principios, ó axiomas, ó como se quiera llamarlos. El primero es: las facultades ó potencias del alma son innatas. En esto nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubí; y creemos que en el mismo caso se encuentran todas las escuelas filosóficas. El hombre obra ejercitando sus facultades, pero no produce el mismo principio de su acción, pues que ésta supone la existencia de aquél. Es cierto que ora consideremos las facultades del alma identificadas con su esencia, ora admitamos que son



cosa distinta, la razón y la experiencia nos están diciendo que no podemos dárnoslas á nosotros mismos; lo que en ellas podemos hacer es avivarlas, perfeccionarlas y pulirlas, nada más. Todo cuanto en este sentido hacemos, supone un cierto fondo de la naturaleza, que nos ha sido otorgado gratuitamente por el Criador, y que si no nos hubiera sido concedido, tan lejos estuviéramos de poderlo producir, que ni siquiera alcanzaríamos á formarnos de él una idea.

El segundo principio es: el cerebro es el órgano del alma ó mente. Como en el discurso citado nos detuvimos en explicar el sentido en que debía tomarse esta proposición, si se quería evitar el que se le dieran acepciones peligrosas, bástanos transcribir aquí lo que entonces decíamos.

«Que hay una relación entre el entendimiento y el cerebro, que éste es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposición natural ó accidental, resultan los más variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada día. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su origen en afecciones cerebrales; de éstas dimanan también los sueños más ó menos variados, más ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo esta ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienación mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltación de las facultades del alma que se sigue á la inmutación del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso, á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frío.

» Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relación entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre ésta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis más ó menos análogas á las sobredichas, todas dimanán de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relación, de una comunicación, de una reciproca influencia, tan ciertas como incomprensibles.

» Así, pues, ciñéndose como manifiesta ceñirse el indicado profesor á establecer este fenómeno generalmente reconocido, estamos de acuerdo con él en que es un hecho incuestionable.

» Bonald copiando á Platón, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre éstos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna función; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la visión, el tímpano será el órgano del oído, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusión de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocación. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser com-



prendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

»El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este sentido se dijese que el cerebro ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresión sería no sólo inexacta sino falsa; porque entonces se daría á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que éste contribuye inmediatamente á la formación de aquéllos; lo que daría por el pie á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquél es esencialmente simple, ésta esencialmente compuesta; aquél supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce, ésta es por necesidad múltipla, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes; aquél existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud pueda decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en ésta es imposible encontrar ese ser *uno*, indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

»Esta es la razón profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la unión del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con

que recíprocamente se comunican y se afectan. Veían el hecho, lo palpaban en sí y en los demás, el fenómeno de la acción del alma sobre el cuerpo y de éste sobre aquélla, se les ofrecía fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la acción recíproca, no comprendían cómo lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto, entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocían toda la extensión y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar; y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario, indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

»Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera, resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo esto se verifica, ni de señalar preferencia á ningún sistema filosófico; y si únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestión frenológica, ó sea en el examen de los hechos cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.»  
(Véase tomo I, página 38.)

El tercer principio es: el cerebro es múltiple, esto es,



el cerebro es un compuesto ó agregado de varios órganos por medio de los cuales manifiesta el alma sus varias facultades. En esta proposición se contienen dos aserciones: multiplicidad de órganos del cerebro, y variedad de las facultades del alma. Examinémoslas por separado. En cuanto á la variedad de facultades, la experiencia propia y la ajena nos la dejan fuera de duda, aun refiriéndonos á un mismo individuo; que si se trata de diferentes personas, entonces el fenómeno se presenta tan de bulto que no consiente réplica ni necesita explicación. Y esto no se verifica solamente con respecto á las facultades cuya variedad está fundada en la misma diferencia de su naturaleza, como por ejemplo el entendimiento y la voluntad; sino que es muy fácil observarlo hasta en aquellas que perteneciendo á un mismo orden debieran al parecer presentarnos, si no completa uniformidad, al menos mucha analogía. Así, es sobremanera curioso el notar los diferentes caracteres que ofrecen las inteligencias, y la asombrosa variedad que en ellas se descubre, no tan sólo por lo relativo á sus grados de alcance y de fuerza, sino también por lo tocante á su capacidad y disposición para estos ó aquellos objetos. Hombres hay, y los conoce el que esto escribe, de talento felicísimo en todo lo que concierne á las ciencias políticas y morales, y que sin embargo lo poseen muy escaso en tratándose de las naturales y exactas. Hasta ciñéndonos á un solo género se observa una variedad singular cuando se desciende á las especies. ¿Quién no diría, por ejemplo, que uno que posea feliz disposición para una parte de las matemáticas debe poseerla igual para todas? no obstante la experiencia está demostrando que no es así; y concretándonos á la aritmética universal, se encuentra que unos tienen muy buenas disposiciones para la numérica y no tanto ni de mucho para la algebraica, mientras otros se familiarizan sin ningún trabajo con la expresión abstracta del álgebra, y se sienten embarazados con la concreta minuciosidad de los números. Si comparamos la aritmética universal con la geometría, la diferen-

cia se hace mucho más sensible; sucediendo á veces que una persona sobresaliente en uno de dichos ramos, no pase en otro de mediana.

En el trato común de la vida es fácil observar esta misma variedad, ora se pongan en cotejo personas de cortos alcances, ora se comparen hombres de conocido talento. Aun cuando estén acordes en sus principios, y hayan recibido una educación muy parecida, es sin embargo tan diferente su modo de mirar las cosas, que se muestra clarísimamente la diferencia de facultades de que están dotados. Quién penetra hasta el corazón de los objetos, complaciéndose en desentrañarlos, en analizarlos hasta en sus más recónditos pliegues; quién saca luego deducciones, atendiendo menos á la solidez de los principios ó á la verdad de los hechos, que á las consecuencias que de los mismos pueden inferirse; quién se entretiene en minuciosidades, ajenas quizás del punto principal, mientras otro que las descuida, se ocupa especialmente del conjunto de las cosas, dirigiéndose como suele decirse al blanco de la dificultad; quién práctico y positivo, prescinde de todo linaje de abstracciones aplicando su atención á los objetos tales como son en sí; quién eleva al instante su pensamiento sobre lo que tiene á la vista, y pasa á reflexiones generales que hacen perder á la cuestión su aislamiento y la levantan á la región científica: en una palabra, son tantas y tan variadas las gradaciones que ofrecen los ingenios, que quien las haya observado, se habrá convencido de cuán difícil es, no diremos contarlas, pero ni aun clasificarlas. Asi opinamos que la palabra *talento* es lo más vago que darse pueda; y estamos en la profunda convicción de que sería de la mayor importancia para los adelantos de las ciencias, literatura, industria, y de todo cuanto ocupa el humano entendimiento, el atender algo más de lo que comunmente se hace, á las disposiciones particulares con que el Autor de la naturaleza ha favorecido á cada individuo. Se abandonan ciegamente los hombres á la carrera que les viene á la mano, sin pensar que quizás se echa á



perder un talento superior, que consume toda su vida en trabajar con escaso fruto en un ramo para el cual no habia nacido.

Por más cierta que sea la multiplicidad de las facultades del alma, y por consiguiente muy verdadera y exacta una de las partes de la proposición que estamos examinando, no parece que lo sea en igual grado la segunda. Y si bien este punto no pertenece propiamente á nuestro objeto, diremos dos palabras sobre él; no pretendiendo decidir la cuestión, sino manifestando nuestras dudas, en uso del derecho que la prensa adquiere sobre lo que se sujeta á la discusión pública. En cosas puramente naturales, nos guardaremos de decir *imposible*, á no tener para ello fuertes motivos; ¿qué no sabemos de los caminos incomprendibles del Criador y del infinito alcance de su omnipotencia? pero esto no nos dispensa de proceder con la debida circunspección aconsejada por la sana lógica; y de que al tratarse de dar asenso á una doctrina no nos demos por satisfechos, hasta verla apoyada en observaciones imparciales, numerosas y ajustadas. Se ha dicho que «nuestra conciencia nos hace sentir que observamos con la parte inferior, y reflexionamos con la superior de la frente:» ¿quién es capaz de fijar esta clase de fenómenos? es verdad que cuando para la observación necesitamos ejercer el sentido de la vista, parece que hasta el pensamiento se agolpa, por decirlo así, sobre la parte cercana á los ojos, y que los movimientos que en aquella región se notan, podrían indicar que en ella se verifica no sólo el acto de sentir sino también el de observar. Pero ¿cómo se deslinda en tal caso lo que toca al sentido y lo que corresponde al pensamiento? ¿quién podrá decir si la reflexión y la observación se ejecutan por un mismo órgano, aun cuando á causa de las circunstancias indicadas, se note alguna diferencia exterior que podría hacer sospechar distinta localidad en las funciones?

Los sentidos tienen órganos diferentes, y en esto puede fundarse un argumento de analogía para probar que lo

mismo ha de suceder en lo tocante á las operaciones íntimas del alma. Sin negar lo plausible que es el argumento indicado, parécenos no obstante que pueden dársele dos respuestas. Es la primera, que las razones de analogía por sí solas valen muy poco; necesitando para que alcancen consistencia, observaciones que manifiesten que es un hecho lo que se tomaba como una hipótesis. El motivo de la debilidad de esta clase de argumentos no es difícil de conocer: estriban en la semejanza, y como esta sea una idea que siempre trae consigo alguna vaguedad, mayormente cuando se trata de fenómenos complicados, resulta muy á menudo que se juzga equivocadamente del uno por el empeño de colocarlo en la misma clase del otro, que á pesar de algunas apariencias, pertenece á un orden muy diferente. Tal vez no será fácil señalar esta diferencia; pero aun cuando no la veamos no quedamos exentos de la obligación de mantenernos en prudente desconfianza sobre la verdad y exactitud de lo que se nos probare con argumentos de pura analogía. Si empero aconteciere descubrir esta diferencia, entonces sube de punto la necesidad de estar prevenidos contra la ilusión. No nos lisonjemos de haberla encontrado en el caso presente; pero sí que nos atreveremos á presentar una observación que podría hacer sospechar que la naturaleza ha tenido razones particulares para multiplicar los órganos de los sentidos, las que no existen con respecto al que sirve á las funciones íntimas del alma. Esta será la segunda respuesta que al argumento de analogía vamos á dar.

Sea cual fuere la teoría que se adopte para la explicación de los fenómenos que nuestros sentidos ofrecen, resulta indudable que los órganos que sirven para el ejercicio de la función que apellidamos *sentir*, reciben inmediatamente sus impresiones de los cuerpos que los rodean. De este hecho tan palpable se infiere, que siendo diferentes las impresiones que se habían de recibir, debían serlo también los órganos afectados; por manera que á los frenológicos se les puede hacer aquí una reflexión nada despreciable, á



saber, que la diferente construcción de los órganos puede haber sido motivada no tan sólo por la función que se había de ejercer, sino también por la impresión que se había de recibir. Y como es bien claro que la luz, que el sonido, que los olores y cuanto afecta los sentidos externos, son cosas entre sí muy distintas, aun considerándolas prescindiendo de sus relaciones con todo ser viviente, y mirándolas tan sólo como meros cuerpos ó movimientos corpóreos, salta á la vista que en la naturaleza misma de las cosas se encuentra la razón de la multiplicidad de los órganos de los sentidos externos. Ahora bien: cuando se trata de las funciones internas, ¿existen las mismas causas para que debamos suponer una multiplicidad semejante? ¿En el ejercicio de éstas se reciben por ventura impresiones de los cuerpos externos directa é inmediatamente? Es cierto que nó, y por tanto queda desde luego evidente una disparidad, que si no destruye de raíz la analogía, al menos la hace muy dudosa.

En prueba de que el cerebro es multiforme se citan también los ejemplos de *Vito Mangiamele, que resuelve intuitivamente los más intrincados problemas de aritmética, de Lope de Vega que escribía buenos versos á los cinco años de edad, de Gall que á los seis ya formaba raciocinios acertados sobre el carácter de las personas, de Mozart que á los cuatro ya tocaba admirablemente el violín*; « si el cerebro, continúa el citado escritor, fuese uno y simple, y nó múltiple y complejo como es, una parte sería absolutamente igual á las demás partes; y por consiguiente Mangiamele debiera ser tan maravilloso poeta como es aritmético: y vice-versa Lope de Vega tan asombroso aritmético como era poeta, lo que dista mucho de la realidad. Igual observación puede hacerse respecto á cuantos están dotados de ingenio especial y particular. La pujanza maravillosa que alcanzaron los sabios jesuitas, fué resultado, de haber cimentado la educación que daban sobre este tercer principio frenológico. » (*Man. de Fren.*)

Parécenos que estos hechos, si bien notables por mu-

chas razones, no prueban sin embargo lo que se propone el escritor. El Sr. Cubi afirma que si el cerebro fuese uno y simple y nó múltiplo y complejo como es, una parte sería absolutamente igual á las demás; esto no es verdad, porque la discrepancia entre los frenologistas y sus adversarios, no está en que éstos nieguen y aquéllos afirmen la diferencia de perfección que puede existir y existe en la totalidad ó en determinada porción de cerebro; sino en que los unos le suponen compuesto de partes, de las cuales cada una es un órgano destinado á una función particular, lo que niegan los otros. Resulta de aquí que los anti-frenologistas cuando establezcan que el cerebro es órgano único, no se verán precisados á conceder que los cerebros hayan de ser iguales absolutamente, ni en su totalidad, ni en sus partes; de la propia suerte que por ser órgano único el del paladar no se infiere la igualdad de todos los paladares. Es necesario llamar la atención sobre las equivocaciones á que podrian inducir las palabras *uno y simple*; es cierto que los seres simples en todo el rigor de la expresión, es decir no compuestos de partes, siendo de una misma especie, serán iguales entre si, en cuanto á su esencia; pero la *unidad y simplicidad* del cerebro no pertenecen á esta clase, pues es bien patente que el cerebro es una cosa extensa, compuesta, y que por tanto no se le puede llamar *simple*, sino en sentido muy impropio; es decir, en cuanto se le supondría órgano único y no formado de otros destinados cada uno á su función respectiva.

Nadie niega que no existiese diferencia entre el cerebro de Mangiamele y el de Lope de Vega, así como es indudable también que el de los hombres vulgares no debe de asemejarse al de aquellos prodigios de la naturaleza. Creemos que hasta ahora ha estado de acuerdo todo el mundo en dichas verdades; mas de esto no se infiere la variedad de órganos, sino la mayor ó menor perfección de uno mismo. Pero entonces, se nos replicará, ¿cómo es que Mangiamele no era tan maravilloso poeta como aritmético, y Lope de Vega tan asombroso aritmético como poeta? Si el



órgano es uno, y la perfección es grande en ambos, ¿por qué no producía los mismos efectos? Pero ¿por ventura, responderemos nosotros, la perfección no puede entenderse en muchos sentidos? ¿acaso comparados los órganos únicos de dos personas no puede suceder que bajo cierto aspecto cada cual lo tenga de mayor perfección? ¿de dos paladares muy delicados no acontece con frecuencia que el uno es más propio para cierta clase de sabores? Si esto se verifica en el órgano de un sentido externo, sin que por esto se infiera la multiplicidad, ¿quién sabe lo que podrá acontecer tratándose de los que sirven para las operaciones interiores?

«El soñar, dice el Sr. Cubi, es inexplicable sin suponer múltiplo el cerebro. Si esta víscera fuese una y simple, debiera estar ó toda despierta ó toda dormida á la vez; en cuyo caso el soñar se desconociera. Suponiéndola múltipla, ya no es ningún misterio; porque los órganos de la razón pueden estar, y en realidad están dormidos, cuando los de la imaginación están despiertos, que es lo que en efecto constituye el soñar.» Este argumento, á la verdad muy especioso, tampoco parece concluyente del todo. Para que lo fuese, sería necesario demostrar que no es posible que una víscera esté afectada de tal suerte que resulte incapaz de una determinada función; mientras al propio tiempo pueda servir para otra. Una observación muy sencilla arrojará abundante luz sobre la presente materia. El cerebro de un hombre sumido en un profundo letargo no está por cierto destituido de toda función, pues que ejerce cuando menos las necesarias para la conservación de la vida. En tal caso, el individuo no tiene despierto el cerebro lo bastante para pensar ni imaginar, y sin embargo lo conserva con la acción necesaria para vivir: luego no es imposible lo que hemos dicho de que una misma víscera se halle afectada de tal manera, que estando despierta ó en actividad para ciertas funciones, esté dormida ó en inacción con respecto á otras.

La misma respuesta puede darse á los argumentos que

se fundan en la existencia de «la manía y de heridas parciales y afecciones cerebrales en que sólo se ven afectadas algunas potencias del alma, quedando las demás en un estado de completa salud.»

Hasta ahora nadie ha podido explicar satisfactoriamente el modo con que es afectado el cerebro á consecuencia de las impresiones de los sentidos y de las operaciones del alma; ni tampoco cómo se verifica que dichas impresiones lleguen á ésta por conducto de aquél; así no podemos tampoco determinar los diferentes estados en que se encuentre y encontrarse puede nuestro cerebro, ni hasta qué punto será dable que hallándose en buena disposición para un orden de funciones, esté impedido para el ejercicio de otras. Pero sea como fuere, no es difícil concebir que este fenómeno puede muy bien acontecer. Lo haremos sensible con algunos ejemplos. El órgano del paladar es *único*, y no obstante vemos á cada paso, que conservando las funciones vitales, tiene trastornadas las sensitivas; y una cosa semejante se observa en los demás sentidos.

Aplicando al cerebro estas observaciones, inferiremos que es muy posible y hasta probable, que acontezca con respecto á él un fenómeno semejante. Atendidos los inconvenientes que consigo trae el sistema en que se pretende explicar las impresiones del cerebro suponiéndolas como una especie de *huellas* que corresponden á las varias sensaciones é ideas, parece más conforme á razón el decir que sólo consisten en movimientos y vibraciones, que modificándose de infinitas maneras llenan el objeto que les ha destinado el Criador de servir para las muchas funciones cuyo auxilio necesita el alma cuando ejerce las suyas. En esta hipótesis, es claro que podrá muy bien suceder que el cerebro esté dormido para una cosa y despierto para otra; porque no hay inconveniente en que se halle afectado de tal manera, que sea capaz de ejercer ciertos movimientos y vibraciones que corresponden por ejemplo á la *imaginación*, y no lo sea con respecto á movimientos y vibraciones que se refieren á un orden diferente.



El cuarto principio es el siguiente: el *tamaño de un órgano cerebral, siendo todo lo demás igual, es una medida positiva de su potencia mental.* «Este principio, continúa el Sr. Cubi, es en sí mismo evidente. De dos listones de madera aquel tendrá más fuerza que más grande sea. Por supuesto, si uno de los listones es de pino y el otro de roble, el tamaño ya no puede servir de norma de comparación respecto á fuerza. Por esto nunca debe perderse de vista el *siendo todo lo demás igual*, cuando se quiere que el tamaño sea la medida del poder.» Si suponemos que dos cerebros son en todo iguales excepto en el tamaño, de suerte que en perfección y delicadeza el uno no aventaje al otro, parece en realidad que podrá inferirse que el mayor es un indicio de potencia mental más grande, sobre todo si tenemos presente lo que se observa en el del hombre comparado con el de los brutos animales. Esto, sin embargo, no lo vemos evidente sino probable; porque ignoramos si podrían venir casos en que un tamaño excesivo diese lugar á ciertas afecciones más ó menos constantes que impidiesen el buen ejercicio de las facultades del alma. Pero la principal dificultad la tenemos en aquellas palabras que restringen la generalidad de la proposición, *siendo todo lo demás igual*; porque nos parece imposible el determinar cuándo se verificará ó nó semejante condición. Aun concediendo que el tamaño y forma del cerebro sea, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza; es claro que la inspección de un cráneo sólo puede darnos conocimiento del tamaño, pero de ninguna manera nos indicará si todo lo demás es igual ó nó. ¿Quién es capaz de conocer el conjunto de circunstancias de que depende la mayor ó menor perfección de un cerebro? y debiendo ser éstas tan delicadas, ¿qué indicios externos pueden existir que nos conduzcan á adivinarlas? Si por la inspección de una cabeza no podemos inferir otra cosa relativamente al cerebro que su tamaño y configuración, resulta evidente que aun dada como indisputable la verdad de dicho principio, no puede servirnos de guía para con-

jeturar las facultades mentales. Los ejemplos aducidos por Gall tampoco prueban lo que se propone. No nos opondremos á lo que dice el Sr. Cubí «que una lengua cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, conduce á colegir con certidumbre que el sentido del gusto es más delicado; que narices grandes y bien abiertas anuncian un olfato exquisito; que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos, y que la respiración es libre; que al contrario un pecho pequeño, hendido y estrecho, indica pulmones chicos y una respiración difícil; que la anatomía comparada nos enseña que en todos los animales, mientras sean de más fuertes y gruesos nervios tanto más finos son sus sentidos,» pero tampoco se disipan con estos hechos las dudas que llevamos expresadas. En primer lugar salta á los ojos, que no es lo mismo observar la lengua, ó el cerebro; aquélla la tenemos á la vista, y no se halla, como éste, encajonada y oculta en el robusto receptáculo dispuesto por la naturaleza. Además ¿podría decirse que el sentido del gusto sea proporcional con el tamaño de la lengua? parece que nó; y ni el mismo Gall indica semejante idea, pues que sólo habla de la que está cubierta de mamilas nerviosas y prominentes, lo que nada tiene que ver con el tamaño del órgano. No sabemos lo que habrá de cierto en que unas narices grandes y bien abiertas anuncien un olfato exquisito: pero aun cuando esto sea así, ¿qué paridad hay entre las narices y el cerebro? En cuanto á lo que se añade de que un pecho elevado y abovedado nos hace deducir que los pulmones son voluminosos y que la respiración es libre; así como al contrario, un pecho pequeño, hendido y estrecho indica pulmones chicos y una respiración difícil, nada tenemos que objetar; pero desde luego ocurre que el argumento no es concluyente; porque si bien es claro que el aire circulará con más desembarazo en proporción de la magnitud de los conductos que atraviesa, también lo es que no se trata aquí del tamaño del órgano precisamente, sino de su mayor ó menor perfección; y no creemos que ni aun ateniéndonos



á los pulmones, pueda asegurarse que la perfección sea proporcional á la magnitud.

El quinto principio es: el tamaño y forma del cerebro es, con rara excepción, idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza. Sobre éste nada tenemos que observar, por cuanto hemos emitido ya nuestra opinión sobre las consecuencias que podrían inferirse del mismo, aun en el caso en que se le suponga indisputable, y no se levante contra él ninguna dificultad, de las que quizás podrían levantar los peritos en la materia. Lo propio diremos del sexto, pues también nos hallamos de acuerdo con el Sr. Cubí en que las facultades del alma cuando están predominantemente activas, tienen su lenguaje especial ó natural, mayormente si se trata de las que tienen relación con las pasiones; pues en cuanto á las demás, el principio debiera quizás modificarse: ¿cuál será el lenguaje especial y natural de aquellas facultades que tienen por objeto ideas abstractas?

Por lo que toca á pronosticar las facultades mentales, ateniéndose á la simple inspección de la superficie exterior del cráneo, parece que, aun suponiendo verdaderos los principios frenológicos, es operación sujeta á muchas equivocaciones. El mismo Sr. Cubí confiesa ingenuamente que son trascendentales los efectos que produce el temperamento sobre el tamaño cerebral; que una cabeza proporcionalmente chica, pero que esté bajo el influjo de un temperamento nervioso sanguíneo muy activo, manifiesta más actividad y fuerza mentales, que otra proporcionalmente grande, embotadas sus funciones por la demasiada grasa de un prepotente temperamento linfático, ó de un temperamento general poco activo; de lo que inferiremos que cuando se examina una cabeza es preciso no atender únicamente al tamaño de los órganos sino también al temperamento de la persona; y como los temperamentos aunque en general reducidos á pocas clases son sin embargo variables en gran manera, combinándose de mil modos el nervioso, el sanguíneo, el bilioso y el linfático, y siendo

infinitas las graduaciones de todos, y las proporciones en que respectivamente pueden encontrarse, resulta que dado el tamaño de un órgano, será muy aventurado el determinar la facultad mental á que corresponde. Preciso es hacer justicia á la ingenuidad del Sr. Cubí en este punto, pues que confiesa sin ningún rodeo que « conviene mucho formarse idea cabal y completa del influjo favorable ó desfavorable del temperamento; de lo contrario se cometerán errores crasos al querer pronosticar carácter y disposiciones mentales por el examen de la externa superficie de la cabeza.» (*Manual de Frenología*, pág. 20.) Esta observación del Sr. Cubí levanta una gravísima dificultad contra los pronósticos sobre las facultades mentales, formados por el examen del cráneo; porque siendo indispensable atender al temperamento, es claro que el simple tamaño no es para el acierto una guía segura.

No se escapó al Sr. Cubí esta consecuencia, y así conociendo el uso que de su confesión pudiera hacerse, trató de prevenir la objeción añadiendo: «que como el temperamento sea el que fuere, es idéntico en todos los órganos cuyo conjunto forma el cerebro, *su tamaño* es casi siempre una medida exacta de la potencia mental que manifiestan.» Pero esta prevención del Sr. Cubí no basta á desvanecer la dificultad; y esto por varias razones. Aun siendo idéntico el temperamento en todos los órganos que forman el conjunto del cerebro, podrá resultar que la actividad que les comunique sea igual, comparados entre sí los de una misma cabeza, mas de esto no se sigue que el tamaño sea una medida exacta; pues aquí no se trata de comparar los órganos de una misma persona sino los de diferentes. Expliquémonos con más claridad, hasta admitiendo hipótesis favorables á la opinión contraria. Supondremos dos individuos de los cuales el uno tenga el temperamento linfático y el otro nervioso; si damos que el temperamento es igual en todos los órganos de cada uno de ellos, y que el efecto que produce con respecto á la actividad es idéntico, resultará que si en el primero el órga-



no del cálculo numérico por ejemplo, ateniéndonos sólo al tamaño, es como 4, y el efecto causado por el temperamento es como 3, la actividad del órgano vendrá expresada por el producto de los dos factores, y por consiguiente será igual á 12. Entonces si examinamos otro órgano cualquiera del mismo individuo, por ejemplo la localidad, si el tamaño nos da 5, estribando en la misma hipótesis de la igualdad de la influencia del temperamento expresada por el factor 3, la actividad total estará representada por el producto de 5 por 3, ó sea 15, y así sucesivamente se irían determinando las demás facultades; pero cuando pasemos al examen de la cabeza del otro individuo, ya no nos servirán para nada las suposiciones anteriores; entonces habrán cambiado los dos datos del problema; será preciso atender á nuevos tamaños y á nuevo temperamento, y así aun suponiendo que en el primero lo hubiésemos hecho con la precisión que se ha dicho, lo que es más fácil de imaginar que de ejecutar, ¿cómo podría verificarse en el otro? Nada importaría que se dijese que en cada uno todos los órganos tienen un mismo temperamento; pues que tratando de diferentes individuos, lo que al uno se aplica podrá no ser aplicable al otro. Así pues según esta doctrina siempre será preciso atender, á lo menos, á dos cosas: al tamaño y al temperamento, y combinar acertadamente la respectiva influencia; operación que, según parece, no ha de ser nada fácil.

Contra la indicada prevención del Sr. Cubí milita además otra razón nada despreciable. Dada la igualdad de temperamento en todos los órganos de una misma cabeza, ¿es bien cierto que la influencia de éste sea igual también sobre todos ellos, de suerte que pueda estar expresada por un factor constante como más arriba suponíamos? Esto es lo que nos debería probar. Personas conoce el que esto escribe, en quienes se nota para muchas funciones una inacción, una especie de postración, que quizás dimanen del temperamento linfático que en ellas predomina; y sin embargo para otras muestran una facilidad, una viveza que

contrastan de una manera singular con la apatía de las primeras. Esto, ¿no podría indicar que ciertos órganos se resienten más del temperamento que otros? y entonces ¿cómo será posible graduar estas diferencias? Es muy natural que el temperamento influya también sobre los órganos de los sentidos externos, pero no lo es tanto que esta influencia sea igual para todos. ¿Quién no ve, por ejemplo, lo mucho que va de la vista al oído, y lo muy diferentes que deben de ser las causas que contribuyan á la perfección respectiva? ¿y qué diremos comparando estos dos sentidos con el del paladar, el olfato y el tacto? ¿por qué no podrá suceder lo mismo con respecto á los órganos internos? Si realmente existiesen los dos órganos de la *alimentividad* y de la *sublimidad*, ¿no es muy probable que las causas que los modificarían serían de orden muy distinto? En el caso de influir al mismo tiempo sobre ambos una misma causa, ¿no puede conjeturarse que este influjo obraría sobre el uno de muy diferente manera que sobre el otro? ¿no podría también acontecer que lo que para aquél fuese favorable, para éste fuese dañoso? Vemos á cada paso que cierta disposición del cuerpo desarrolla ciertas facultades, mientras embota ó adormece las otras; lo que se verifica accidentalmente, ¿por qué no podrá suceder por ley constante?

Y cuando esto decimos, no pretendemos establecer nuestra opinión sobre ninguno de estos extremos; desde un principio hemos confesado nuestra incompetencia para el fallo, y así sólo nos proponemos apuntar las dificultades que nos van ocurriendo, deseosos de que una discusión más abundante deje en su puesto la verdad.

Además, que el mismo Sr. Cubí conviene expresamente en que es muy difícil el pronóstico, cuando después de haber sostenido que el tamaño y forma del cerebro es con rara excepción idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza, restringe de tal suerte el principio que hace nacer la mayor incertidumbre sobre las probabilidades de acierto del arte en que dicho señor se ejercita.



Sus palabras son las siguientes: «Pero no siempre se desarrola el cráneo de manera que se haga tan patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó más órganos cerebrales. Las fibras que los constituyen pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen más ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con sólo adelgazar el cráneo por la parte interior, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible: bien así como la textura de una pierna, que se vuelve con el bien dirigido y continuado ejercicio, más apretada, más compacta, más fuerte, sin que de golpe lo perciban los sentidos.» (*Ib. p. 20.*)

Aquí tenemos que el Sr. Cubí confiesa dos cosas á cual más notables: 1.<sup>a</sup> que en ciertos casos la fuerza de un órgano puede no depender del tamaño sino del mayor vigor de las fibras que lo constituyen, y del mayor ensanche y actividad de las venas y arterias que lo reponen. Luego al menos en estos casos el tamaño es un signo falible. Lo que sucede en éstos ¿por qué no podrá suceder en otros y otros? ¿por qué se ha de suponer que el fenómeno sea extraordinario? ¿no vemos á cada paso que la fuerza de los miembros y de los órganos que tenemos á la vista no es proporcional con el tamaño de los mismos? ¿No es ley general de todos los seres corpóreos, que su actividad y demás calidades no dependen precisamente de su magnitud, sino también de la clase de partes y elementos que los forman, y de la manera con que aquéllas y éstos se arreglan y combinan? 2.<sup>a</sup> Que el cráneo puede adelgazarse por la parte interior, dejando mayor espacio á los órganos, sin que en la exterior se haga sentir el aumento. Otra prueba de que la configuración del cráneo puede conducirnos á equivocación, si por ella queremos pronosticar las facultades del alma.

El Sr. Cubí trata al parecer de disminuir el mal efecto que pudiera producir una confesión tan terminante, continuando: «Digo de golpe; porque á poco que se examine, deben percibirlo; puesto que una pierna, ó una cabeza, ú

otro órgano cualquiera, si se ejercitan mucho, tienen otra apariencia y son más calientes al tacto por la más rápida circulación de sangre que hay en ellos, que una pierna, una cabeza ú otro órgano cualquiera, que se mantienen inactivos.» No negaremos que una parte muy ejercitada adquiere mayor fuerza, y que hasta presenta señales que no la dejan equivocar con otra que se mantenga inactiva; como vemos á cada paso comparando las manos que sólo manejan libros ó plumas, con las que se ocupan en faenas penosas. Pero fácilmente se echa de ver que lo que puede conocerse muy bien con respecto á miembros, cuya textura interior se presenta á la vista y al tacto, sólo cubierta con endeble cutis, no es ni siquiera posible tratándose de órganos metidos dentro de una cavidad tan robusta y tan bien forrada como es el cráneo. No quedará pues otro medio que el mayor ó menor calor que se observe en la parte; pero ¿quién no ve á cuántas y cuán varias causas puede estar sujeto este fenómeno y cuán difícil es apreciar por este medio el desarrollo de los órganos internos? Enhorabuena que una cabeza muy caliente indique el estado de viva acción en que se hallen las funciones cerebrales; mas ¿qué sacaremos de aquí para formar juicio sobre el estado habitual de las mismas, ni sobre la mayor ó menor extensión de las facultades mentales?

El mismo Sr. Cubí, tratando de *las condiciones desconocidas*, viene á confirmar lo mismo que estamos diciendo. «Nótanse á veces fenómenos de prodigiosa, sana actividad, especialmente en los órganos de la región superciliar, *cuyas causas no pueden hallarse ni en su tamaño, ni en ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo*. Comparado por ejemplo el tamaño del órgano del cálculo de Vito Mangiamele con el de otra persona que lo tenga normalmente desarrollado, lo consideraremos algo grande, sí, pero de ninguna manera se presentará tan desmedido como debiera esperarse de su milagroso y sobrehumano vigor y rapidísima actividad. *Blaise Pascal* es otro singular fenómeno. A los once años encerrado en un



cuarto sin que jamás hubiese saludado á la geometría, inventó casi todas las proposiciones de Euclides, y á los diez y seis ya había escrito una obra excelente sobre secciones cónicas. Bellini, Paganini y Rossini, no tienen al parecer los órganos, ni las favorables circunstancias conocidas, de cuya combinación nace la música, más desarrollados que otras personas, las cuales después de haber pasado toda su vida estudiando aquella noble arte, nunca llegaron á ser más que buenos compositores ó ejecutores.» ¿Puede darse argumento más fuerte para hacer bambolear todo el edificio de la Frenología? Si en los casos más notables y característicos, donde no caben ilusiones sobre la mayor ó menor fuerza de una facultad, la naturaleza nos muestra que no hay proporción entre dicha fuerza y el tamaño del órgano cerebral, ni ninguna de las favorables circunstancias que puedan modificarlo, ¿cómo podremos estar satisfechos con los principios establecidos? Esto, se nos dirá, son raras excepciones; pero ¿quién nos lo asegura? ¿quién sabe si se repiten con tanta frecuencia, que lleguen á formar una regla? ¿cabalmente las leyes frenológicas salen fallidas en los casos en que más de bulto debieran presentarse?

Pero oigamos de nuevo al Sr. Cubí. «Se cuentan casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios. A ninguno de estos portentos les he hallado ni el órgano correspondiente cerebral, ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido, á no mediar para aquella poderosa retentiva, alguna otra causa ó condición auxiliar, que aun desconocemos. Walter Scott jamás se olvidaba de lo que había una vez oído. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó un día con mucha pesadumbre por haber perdido un poema que hacía algún tiempo había compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creía poderle ser útil en recobrarlo; y en efecto á pesar de que no lo había oído más que una sola vez en su vida, lo dictó entero á su mismo autor quien lo había olvidado. Para tamaña retentiva, con-

fiesa francamente Combe, *no tenemos ninguna señal externa*; si bien depende indudablemente de alguna condición especial del cerebro.» Nuevos motivos para aumentar las dudas sobre los principios frenológicos. Y nótese bien, que hablando el Sr. Cubí de los casos milagrosos de memoria verbal, dice que el órgano correspondiente cerebral ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido, no lo ha hallado en *ninguno* de estos portentos. Esta confesión que honra mucho la ingenuidad del Sr. Cubí, pues que da una prueba de que no repara en dar armas á sus adversarios cuando lo exige la verdad, ataca los fundamentos de la Frenología, porque nos inclina á creer que debe de ser una ley bastante general el que los principios de esta ciencia no son aplicables cuando se trata de facultades extraordinarias.

«El presentarse de vez en cuando estos casos milagrosos, dice el Sr. Cubí, en nada afecta ni la utilidad, ni los principios de la Frenología. Nunca se ofrecen donde no existe un desarrollo más que regular y casi siempre grande de los órganos cerebrales y de las circunstancias favorablemente modificativas, de que les supone depender la Frenología, y de que en gran parte realmente dependen.» No podemos convenir en la opinión del citado escritor; y para que se vea la razón en que estribamos, preguntaremos ¿cuál es el principio fundamental de la Frenología? Si no nos engañamos, consiste en suponer el cerebro compuesto de muchos órganos, con cierta proporción entre el tamaño de éstos y las facultades mentales; es así que según vosotros mismos una experiencia constante atestigua que esta proporción no existe en los casos en que precisamente debiera hacerse más sensible, luego tenemos grandes motivos para recelar que los principios frenológicos no están fundados en la naturaleza.

Parécenos que si en esta materia se han de hacer experimentos que puedan conducir á resultados verdaderamente científicos, conviene que se escojan objetos en que



las cualidades sean algo singulares; del contrario hay el riesgo de no determinar bien ningún fenómeno. En efecto: supongamos que para examinar el órgano del cálculo numérico se eligen cabezas comunes donde esta facultad no tiene más que un desarrollo ordinario; será imposible adelantar nada. En primer lugar, ni el mismo que la posee es capaz de darse cuenta á sí mismo de la graduación más ó menos alta que disfruta. Sabrá que aprendió con más ó menos facilidad, que calcula de la propia manera; pero ¿quién es capaz de formarse ideas exactas sobre esos *más ó menos*? En segundo lugar, es necesario atender al tiempo gastado en aprender, al empleado en ejercitarse, la clase de operaciones en que se ha verificado la práctica, y á las circunstancias de vida, de fortuna, de carácter, que pueden haber avivado ó debilitado la atención; es preciso pesarlo todo, combinarlo, compararlo, y viendo finalmente la destreza adquirida, cotejarla con el tamaño del órgano. ¿Quién es capaz de prometerse ni mediano acierto, teniendo que llevar en cuenta tantos y tan diferentes datos, á no ser que se trate de fenómenos muy marcados, y que ofrezcan, por decirlo así, abultado cuerpo á la observación?

«De lo que acaba de exponerse, continúa el escritor, no es difícil deducir que existe la posibilidad de pronosticar fuerza mental por el volumen, configuración y apariencia de la cabeza. Porque, si se sabe que el cerebro es la máquina que mueve el alma para manifestarse; si se sabe que las varias facultades del alma se manifiestan por medio de varias partes constitutivas del cerebro; si se sabe que el tamaño de un órgano es una indicación segura por lo común de su fuerza mental, y si por fin se sabe que lo mismo es ver ó palpar la superficie externa de la cabeza, para juzgar de la forma y volumen del cerebro, que el mismo cerebro, salta á los ojos que según sea el tamaño de un órgano cerebral, examinado en el exterior de la cabeza, así será la fuerza mental que él sea capaz de manifestar.» Respetamos las convicciones del Sr. Cubí en pun-

to á la certeza de la ciencia frenológica, pero quizás en este pasaje se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que hasta tal punto lleva la seguridad de los pronósticos que se formen por el mero examen de la superficie externa de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al menos pueden hacerla vacilar algún tanto; y sea cual fuere el juicio que de las mismas se forme, al menos será preciso convenir en que no son para despreciadas.

Y todavía conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al examen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideración las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el examen de muchos órganos á la vez, infiriendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podía examinarse tal como era en sí; suposición que permitíamos, pero que estamos muy lejos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinión. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuración exterior corresponda exactamente á la interior, no podrá inferirse que se haya determinado el tamaño del que ocupa la localidad examinada. Para que esto pudiera inferirse con certeza, sería necesario saber si á más de la parte del cerebro contenida en la concavidad indicada por la convexidad, no hay otra que se prolonga hacia lo interior, en esta ó aquella dirección, aumentándose así el tamaño del mismo órgano. Aclararemos nuestra idea con un ejemplo. Supongamos que examinando el órgano de la destructividad, hallamos una convexidad en el cráneo, que nos presenta un volumen de media



pulgada cúbica: en la hipótesis de que la parte interior corresponde exactamente á la exterior, deduciremos que existe un órgano del mismo volumen. Pero como no sabemos que este órgano acabe allí, á no ser que supongamos también que todos estén tan limitados á las concavidades del cráneo, como si pasasen planos secantes que les impidiesen extenderse por la parte de dentro, resultará que tendremos muy poco adelantado cuando conozcamos la parte indicada por la convexidad exterior.

Es evidente que así el cerebro como todas sus partes no son una mera superficie sino un volumen; y que cuanto más múltiplo se le suponga, tanto más difícil se hará el determinar la porción que de dicho volumen corresponde á cada uno de los órganos. Considerando el cerebro como órgano único sería el examen mucho más sencillo; y si el tamaño debiese indicar las facultades mentales, los pronósticos estuvieran menos sujetos á error. Así por ejemplo, si diésemos que midiendo las dimensiones de un cráneo nos resultasen  $N$ . pulgadas cúbicas, para el volumen del mismo, el valor de  $N$ . expresaría también el volumen del cerebro; y como en tal caso no tuviéramos que distribuir esta cantidad entre los demás órganos, sólo podríamos incurrir en la equivocación que proviniese de la poca exactitud de la medida de las dimensiones, ó de la falta de correspondencia que hubiese entre lo interior y lo exterior de la cabeza. Pero suponiendo múltiplo el cerebro, cuando tengamos su volumen total, nada habremos adelantado para determinar la fuerza respectiva de los órganos; porque el valor del volumen expresado por  $N$ ., será menester distribuirlo entre muchos, siendo evidente que semejante distribución puede hacerse con más ó menos igualdad y de infinitas maneras.

Para los que gusten profundizar más la materia, y formarse ideas precisas y exactas, presentaremos la dificultad, valiéndonos de términos geométricos. Supongamos que examinando la superficie, hallemos que un órgano ocupa un casco ó casquete esférico de unas dimensiones

cualesquiera; ¿conocemos por esto el tamaño del órgano? ciertamente que no: porque no sabemos si está limitado precisamente al segmento esférico, ó si extendiéndose por lo interior, se aproxima más ó menos á un sector esférico, ó se prolonga en configuraciones irregulares. Y como es evidente que si esto se verifica será mucho mayor el tamaño, resulta que en no teniendo observaciones que nos demuestren cuál es la configuración de cada uno de los órganos, cuanto se diga sobre el volumen respectivo estará tan destituido de fundamento, como si por la superficie de un casquete esférico pretendiésemos averiguar el volumen que corresponde á porciones heterogéneas de una esfera, no sabiendo si por la parte interior se limitan al segmento, ó si llegan á formar sectores, ó conos truncados, ó si toman otras formas regulares ó irregulares.

Cuenta el Sr. Cubí 39 órganos, correspondientes á otras tantas facultades del alma; y como es probable que no se hayan descubierto todos, debemos inferir que en caso de que el cerebro fuese múltiplo, existirían otros que no conocemos, y que nos iría revelando la experiencia. Reflexione el lector si ha de ser poca la dificultad de deslindar los unos de los otros tratándose de una superficie tan reducida como es nuestro cráneo; que si á esto añade las precedentes consideraciones que se refieren á la configuración interior, á las ramificaciones con que pueden enlazarse, particularmente los que ocupan lugares inmediatos, echará de ver la necesidad de mantenerse en prudente reserva, siguiendo la regla que debe siempre guiar á quien se ocupe del estudio de la naturaleza, no prestar fácilmente asenso hasta verse obligado á ello por el número y certeza de las observaciones, y por la exactitud de los raciocinios que manifiesten la legitimidad de las consecuencias.

Pues bien, se nos dirá, ¿pensáis que la Frenología es una teoría destituida de todo fundamento? ¿Opináis que no es más que un sueño de algunos entusiastas? ¿Creéis que todos los hechos que exponen, que todas las razones que aducen son puras falsedades y quimeras? No decimos tan-



to: insiguiendo en nuestro sistema de respetar las convicciones ajenas, nos hemos abstenido de calificaciones duras, y hemos hablado de las personas con el debido decoro. Más diremos: si se nos pregunta si estamos convencidos que el cerebro sea órgano único, responderemos que en nuestra opinión este es todavía un secreto de la naturaleza; si se nos pregunta, si juzgamos imposible la multiplicidad de los órganos cerebrales, responderemos que nó; pues de la propia suerte que todos estamos acordes en que el cerebro es órgano del alma, entendiendo esta expresión en el sentido arriba explicado, tampoco es lícito negar que Dios en vez de darle uno solo, podría haber formado el cerebro compuesto de varias partes de tal manera que cada una ejerciese su función peculiar; si se nos pregunta si creemos que bajo este aspecto nada tenga que hacer la ciencia, y que la observación de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, responderemos que nó; porque es indudable la relación entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios, está indicando que hay aquí algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia ¿por qué no podrían dárnoslas otras facultades?

Esta confesión está manifestando que escribimos con imparcialidad, con buena fe, deseosos de que la verdad brote radiante y pura del mismo choque de las discusiones. Pero por lo mismo que este fin guía nuestra pluma, somos enemigos de la exageración, y no podemos consentir que pase por cosa cierta lo que es muy dudoso, y que se dé por fallada la causa cuando pende todavía en el tribunal de la razón.

¿Quién negará que la observación de las fisonomías no pueda servir en algunos casos para conjeturar sobre algunas cualidades personales? Nadie ignora lo mucho que se ha escrito sobre este particular; como y también que la

demasiada importancia que se quiso dar á este arte, contribuyó á su descrédito. Somos amigos de la verdad, y por lo mismo no lo somos de la exageración: que la exageración mata las doctrinas como los partidos.

*No alas, sino plomo*: máxima que no nos cansaremos de repetir, porque jamás la tiene demasiado inculcada el espíritu humano. Si Bacon volviese al mundo todavía encontraría en qué ocuparse. Hablando el Sr. Cubí de la filosofía de Descartes, dice que si la Frenología no hubiese hecho más que ahorrar en lo sucesivo el precioso tiempo que ingenios privilegiados emplearían en fútiles especulaciones de esta clase, todavía sería acreedora á las alabanzas que se le tributan; creemos que el Sr. Cubí hace á la Frenología un honor que no le corresponde, pues no ignora dicho señor que no es Gall quien ha desterrado los sistemas hipotéticos. Como quiera, conviene guardarse de ellos, y en tratando de establecer proposiciones en materia de ciencias naturales, lo que importa son hechos, y no más que hechos. Esta es nuestra opinión, la misma que manifestamos ya en el primer artículo cuando decíamos: «Como las ciencias naturales, á las que ésta pertenece también, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía más ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester, primero: que se nos pruebe que el cerebro está distribuído en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una función determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que se nos muestre que por la simple inspección ó contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educación, de la instrucción, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pue-



den resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineación: ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.»

Por lo tocante al modo con que debe hacerse uso de la ciencia, repetiremos también aquí lo que dijimos allí. «En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningún pretexto á que se la pueda tachar de ilusión y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se le quite nada de lo que le corresponde, ni se le atribuya lo que no le pertenece. La exageración excita quizás un entusiasmo momentáneo; sólo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.»

Otro día nos ocuparemos de la Frenología en sus relaciones con la religión y la moral. Procuraremos aclarar las ideas para que los incautos no incurran en errores peligrosos. Ni disimularemos la verdad, ni reprenderemos sin motivo: porque deseamos que nuestros escritos lleven el doble sello de la austeridad de la razón, y de la imparcialidad de la justicia.—*J. B.*

---

## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

CARTA QUINTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

---

### LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES.

Ya veo, mi estimado amigo, que me ha de ser muy difícil realizar el pensamiento que en un principio me proponía, de dar cierto orden á la discusión religiosa que íbamos entablando, encerrándola en un cauce del cual no pudiese salir, sin perjuicio de dirigirla por países amenos, y permitiéndole tortuosidades caprichosas, que le quitasen la apariencia de la regularidad escolástica, y diesen á la materia un aspecto agradable y entretenido. Inútiles son todos mis conatos para hacerle entrar en este plan; pues según parece, le gusta más el tratar puntos inconexos, divagando como abeja entre flores. Aun cuando conozco muy bien los inconvenientes de este sistema de conducta, y si mal no me acuerdo se los llevo ya indicados en una de mis anteriores, preciso se me hace el seguirle á V. por el camino que le place señalarme, para que no le venga á V. á la mente que trato de esquivar cuestiones delicadas, y que envolviendo á mi contrincante en una nube de autoridades y raciocinios teológicos, me propongo ocultar puntos flacos apartando de ellos el peligro de un ataque. Sin embargo esta necesidad fuera para mí más desconsoladora, si V. no se sirviese advertirme que «no carece del conocimiento de las mejores obras que se han escrito en defensa de la religión, y que reservándose estudiarlas para cuando haya más tiempo y paciencia, sólo intenta en la actualidad aclarar por vía de recreo y espar-



cimiento algunos puntos difíciles, como quien quita la broza que impide la entrada á un camino anchuroso.»

A decir verdad, no me desagrade que V. haya traído la discusión sobre el punto de la *sangre de los mártires*, pues es asunto sobre el cual hay mucho que decir, y en el que tarde ó temprano hubiéramos tenido que entrar, si la controversia hubiese seguido el curso que yo deseaba. Esta *sangre* es, á no dudarlo, uno de los argumentos más firmes en apoyo de la verdad de nuestra santa religión, y así el examinar las razones que los cristianos podemos alegar en defensa de nuestra fe, ó como suele decirse, los *motivos de credibilidad*, tampoco hubiera yo olvidado el presentarle á V. ese prodigio, en que personas de todas edades, sexos y condiciones, mueren con heroica fortaleza, por no profanarse ni con un solo acto que no estuviese conforme con la fe del Crucificado.

Pero antes de hablar yo, quiero que hable V.; y así para no confundir las ideas, y con la mira de que uno ni otro olvidemos el verdadero estado de la cuestión, y de que por consiguiente la respuesta pueda ser más cabal y ajustada, reproduciré lo que me dice V. en su apreciada. «Respeto como el que más la fortaleza de ánimo donde quiera que la encuentro; y confieso ingenuamente que el heroísmo del sufrimiento es á mis ojos mucho más sublime que el heroísmo del combate. Con esto le ahorraré á V. no poco trabajo, pues que así conocerá desde luego, que no tiene necesidad de fatigarse en ponderarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo, poniéndome delante de los ojos, caducos ancianos, débiles mujeres, tiernos niños, marchando impávidos á morir por su fe. Dudo mucho que en esta parte me exceda V. en sentimientos de respeto y admiración, así como no tiene V. que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borra-

rían por cierto las páginas de la historia. Pero dejando aparte y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que Vds. los cristianos pretenden; porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto á la propagación de las creencias cristianas que resultó de la persecución, bien sabe V. que el secreto de prosperar una causa es el hallarse contrariada, combatida, el poderse presentar sus defensorés con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, é invicta constancia en sustentarlas.» No he querido cercenarle á V. ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo más mínimo el valor de la dificultad; pero también me ha de permitir que me extienda en la solución de la misma, cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesión de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo menos las circunstancias de su martirio, ora se atienda á los tormentos, ora á las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto, es solamente por la complacencia que me causa el ver que V. no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad; pero no porque sea esta una confesión á que yo no pudiese obligar á mi adversario: para lograr mi objeto no hubiera debido hacer más que abrir las páginas de la historia, y como observa V. muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones*. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleury, Tillemón, Papebroche, Holstenio, y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudición y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran venido en mi ayuda, si V. no hubiese tenido la prudente precaución de abstenerse de una contienda, en la que no hubiera llevado ventaja, á pesar



de toda la brillantez de su talento: ¿qué valen los raciocinios contra hechos más claros que la luz del día? Sólo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmación de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la ciudad eterna eran un gran sepulcro: ¡digna peana de la Cátedra de San Pedro! «Vimos en la ciudad de Rómulo, decía Prudencio, innumerables cenizas de Santos; si preguntas, ó Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte: ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que sólo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre! Acuérdomeme que en solo un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres sólo conoce Cristo.»

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe  
 Vidimus, o Christo Valeriane sacer  
 Incisos tumulis titulos; et singula quæris  
 Nomina? Difficile est, ut replicare queam,  
 Tantos justorum populos furor impius hausit  
 Quum coleret patrios Troya Roma Deos.  
 Plurima litterulis signata sepulcra loquuntur  
 Martyris aut nomen, aut epigramma aliquot,  
 Sunt et muta tamen tacitas claudencia turbas  
 Marmora, quæ solum significat numerum,  
 Quanta virum jaceant congestis corpora acervis  
 Nosse licet, quorum nomina nulla legas,  
 Sexaginta illic defossas mole sub una  
 Reliquias memini me didicisse hominum,  
 Quorum solus habet comperta vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo cuarto este insigne español; por donde se echa de ver, que ya en aquellos tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiración que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores

gentiles , que son las de Nerón , Domiciano , Trajano , Antonino Vero , Severo , Maximino , Decio , Valeriano , Aureliano y Diocleciano ; en todas se cometieron horrendas atrocidades ; y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecución á pocos puntos , sino que se extendía por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecia á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires : jamás religión alguna se vió sometida á tan dura prueba , jamás se mostró con más evidencia la humanidad elevada á una altura inmensamente superior á sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice V. que puede producir semejantes efectos : esta dificultad exige una respuesta detenida. No negamos nosotros que no puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea , afecto , ó interés , que sea capaz de sacrificar su existencia : los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados , y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energía moral de este ó aquel individuo , vivamente poseído de un objeto ; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él , y hasta de sufrir atroces tormentos ; la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones desmentidas por la razón y la historia ; lo que decimos nosotros es , que atendida la humana flaqueza , no es posible sin particularísima asistencia del cielo , que por espacio de tres siglos , en todos los puntos del orbe conocido , se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades , sexos y condiciones , que hayan perdido alegres su hacienda , su honor á los ojos del mundo , y acabado finalmente su vida entre los tormentos más crueles , sólo por no querer abandonar la fe del Crucificado ; esto decimos , y á quien nos contradiga , le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante ; no contentándonos con este ó aquel ejemplo aislado , le pediremos que nos los



presente á millares de millares como podemos presentarlos nosotros; y seguros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos, que nuestra religión tiene un carácter de que están destituidas las otras.

Me dice V. « que todo país ha tenido sus mártires, pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia á la felicidad de sus compatriotas; y que sin embargo no se ha creído nunca que para semejantes actos fuese necesaria una gracia especial del cielo.» Esta observación, mi estimado amigo, me hace sospechar que V. no ha meditado mucho sobre el corazón humano, en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas, y no distingue cuáles son los que se nos hacen más costosos. ¿No ha pensado V. nunca en lo que va de valor á fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro ó esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero, y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido; pero son muy contados los que alcanzan á lo segundo. La razón lo convence: la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el orden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazón está frío; la razón combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo, no me refiero tan sólo á inclinaciones malas, ni á movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado, que pierda de vista los principios de la sana razón y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones comprendo también todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las más tranquilas y templadas; con tal que no pertenezcan al orden de la pura razón, y á los actos de voluntad que sólo dimanar de aquélla; comprendo todos los impulsos espontáneos

que nos llevan á un objeto como instintivamente, prescindiendo de la dirección del entendimiento; en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero más llano y quizás más acomodado al común de los espíritus; por pasiones entiendo, todo lo que suele llamarse movimientos del corazón.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena, que cuando estos movimientos existen, nos hallamos más dispuestos á obrar en el sentido en que ellos nos impulsan; y que cuando faltan, por más profundas que sean nuestras convicciones, y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia, que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlas, si la acción de que se trata se opone en algo á nuestras inclinaciones naturales. Supónganse dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazón bondadoso y compasivo, mientras el otro lo tenga naturalmente frío. La parte superior del alma, es decir la razón y la voluntad, se hallan en el mismo estado en el primero que en el segundo; y sin embargo ¿quién no ve que para aquél será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para éste será un sacrificio? El uno tendrá una pasión, sentimiento, movimiento del corazón, ó llámese como se quiera, que le impulsa á la beneficencia; padecerá si no hace bien, la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compartir el sufrimiento del desgraciado; cuando le dispense el auxilio, experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfacción de haber cumplido un deber, que sentía como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazón frío, por más recta que sea su razón, por más ajustada que á ella conserve la voluntad. Si so-



corre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de ésta, no sentirá aquella expansión, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazón compasivo; antes al contrario, se verá precisado á luchar con la dificultad, que más ó menos siempre trae consigo, el desprendernos de lo propio para darlo á los otros,

Este ejemplo hace sensible, y por decirlo así, palpable, la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazón. De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasión cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que preponderando sobre las demás, y hasta sobre el instinto natural de la propia conservación, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar que se halla en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus inmediaciones á sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se arroje á la muerte gloriosa; mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla, y conquistando con su valor el aprecio y la admiración de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados, el amor de la patria, el de la gloria, la ambición halagada con el premio, obrando todos á la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la disposición más favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitación y el calor de la refriega. En casos semejantes, hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones; y natural es que prevalezcan aquellas que estando más en armonía con la situación, son más á propósito para estar en movimiento, influir sobre la voluntad, y

sufocar las demás que tiendan á parar ó moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa; y no porque deba entenderse que para llegar á este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltación que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera más ó menos semejante. Así, un joven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor*, no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por más que en apariencia la situación se muestra muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupación funestísima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer, que si no aceptá el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafía á su adversario, según es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldón, y no podrá presentarse á la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituido en esta alternativa, no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan á arrostrar el peligro, como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitación del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por más vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud, ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte é instantáneo. Dejando aparte el examen de las causas, consignó aquí el hecho, para manifestar que en el caso supuesto hay también una verdadera exaltación de ánimo, una pasión fuerte que sojuzga las demás, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando el corazón dominado



hasta el deplorable extremo de exponer la vida como cosa liviana.

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que acabo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza, y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca, y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno á una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos más atroces. En el primer caso, vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan, y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima á la empresa. Padecimientos, ó no los hay, ó son muy breves, ó compensados con alternativas ó esperanza de recreo, de placeres, de gloria. En el segundo, vemos la razón y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposición con el hombre inferior; aquél pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; éste con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa región tempestuosa, que no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazón.

No intento decir con esto, que no pueda hallarse en el orden puramente natural, un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heroicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles, ni tantos otros héroes pertenecientes á falsas sectas; sin embargo encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo á Cartago después de haber dado un consejo que le había de costar la vida, Scévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado á sus fuerzas naturales; pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumera-

bles; los héroes eran por lo común hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervención en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones más humildes, que no habían ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habían podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones más poderosas de nuestro corazón, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos una idea del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoría es obscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasión, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los más feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busquéis en su situación nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reacción contra los males que le abruma. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postración á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religión y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacía llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolución de sacrificar á lo futuro



todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolución, repito, se descubre la acción sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra Religión, viven tan olvidados de ellas, cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decisión tan heroica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la región natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del orden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leído, y no encontrará nada que á tamaño prodigioso sea comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? ¿El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecían sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso joven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al

sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por más poderoso que sea sobre nuestro corazón el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habitado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su Religión muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razón el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltación de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma fortaleza, y siempre la misma constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observación, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagación del cristianismo, á pesar de la horrible persecución á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la auréola del sufrimiento, excitan la admiración y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Más de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecución; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofía, ora me haya atenido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusión de ideas y de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolución depende el



formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecución excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente, ó como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo más que podrá inspirar será compasión, pero ésta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecución honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y sólo con respecto á los que le consideran como tal; sólo á los ojos de éstos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecución, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecución contra una causa ó una doctrina, si éstas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien común, entonces el castigo de los criminales lejos de excitar semejante admiración y respeto, inspirará á lo más sentimientos de estéril compasión en favor de los que se supongan ilusos, ó como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situación favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religión diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era más que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversión, con odio, con execración; se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebración de sus misterios cometían

horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedía la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego*: éste era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras espiraban entre los tormentos más atroces, teniase á gran dicha si en las tinieblas podían salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oír que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situación en que se hallaban en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veían en torno de sí ese respeto, esa admiración que nosotros ahora les ofrecemos; veían sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es más doloroso para el corazón humano, la burla y el desprecio. Sólo Dios era su consuelo, sólo Dios era su esperanza; sólo Dios era su sostén en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os halláis de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagros cosas tan milagrosas:

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiración y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecución ilustrando á las victimas, contribuían á destruir el objeto que se proponía.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio



para propagarla? La pregunta se presenta ya algo extraña á primera vista; sin embargo esto es lo que se dice á cada paso, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecución, el aserto sería muy diferente; pero pretender que la persecución misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlos. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante auréola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad, pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazón poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heroicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y no las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiración que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heroica fortaleza no es el patrimonio común de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abrevie de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la auréola de

una vida de padecimientos y de una muerte afrentosa.

A decir verdad, no creía yo que debiese hallarme en la precisión de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico debía de ser algo más *positivo*; y que viviendo en épocas de vicisitudes, habría aprendido á conocer mejor á los hombres, y á formarse ideas más exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazón.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invención filosófica de las ventajas de la persecución: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecución en pro de la cosa perseguida; y no los encuentro. Hallo una excepción en el cristianismo, pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excepción está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de S. Esteban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase á los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platón al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de cubrirlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fenómeno: así por ejemplo la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que más extensión han alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecución, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del Mediodía de la Francia en tiempo de los Albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contra-



riedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada dia hasta llegar á un estado de postración y casi aniquilamiento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado Vds. estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los jeroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantismo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadas persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparición, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos varios principes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusión y el arraigo de las nuevas doctrinas, ora apelando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demás países del continente, más ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á más de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo con uno que valía para todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega pasión; y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual sino con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenía en su favor grandes ejércitos, poderosos principes, naciones enteras; ¿qué punto de comparación hay entre la propaga-

ción de la llamada reforma y la de la religión cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaría actualmente? ¿Queréis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor, pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿A qué estaba reducido algún tiempo después de la revocación del edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, después de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecución. Sabido es que á mediados del siglo xvi había alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto más peligrosos, cuanto pertenecían á categorías distinguidas. La Inquisición sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habían logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisición; este rigor no podía por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por más



horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera S. Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia; por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparición. En confirmación de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que después de haberlas leído, se le habrá presentado á V. algo más robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detención é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez honrosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo de maravilloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedían á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestión bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo más mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precisión de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearía que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la

polémica, no sé si después de haber andado V. primero por el infierno, y después por los cadalsos de los mártires, otro día se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. S.—*J. B.*

---



(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Julio de 1843.)

## LA POBLACIÓN.

---

### ARTÍCULO 2.º

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el examen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien más sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos también, que el deslumbramiento producido por el oropel científico acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia: esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razón.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Preguntad al hombre más rudo si conviene que se aumente la población, y desde luego os dirá, que según cómo y de qué manera. ¿Estáis en un país donde hay

muchos terrenos que beneficiar y capitales que emplear? desde luego os responderá que sí, que faltan brazos, que si no pueden salir del país es menester atraerlos de fuera; es decir, os aconsejará la *inmigración*. ¿Os halláis en una tierra estéril, ó exhausta, ó saturada de hombres? Sin vacilar os dirá, *lo que sobra son brazos, ¿qué haremos de la gente si la que hay no puede vivir?* Todavía más: continuad preguntándole sobre las demás condiciones del problema de la población, y veréis cómo acierta tan bien como el más sabio economista. —¿Hay mucha gente en estas comarcas? —Mucha: ¿no ve V. que como es terreno de mucho pan?... —¿En tal otro país no debe de haber tanta? —Hay poca: pero aun hay demasiado; como la tierra no produce... He aquí que el rústico lo habrá dicho todo, resolviendo con las primeras respuestas, las cuestiones sobre las ventajas ó desventajas del aumento de la población; y estableciendo con las segundas, el principio de que este aumento se verifica hasta llegar al nivel de los medios de subsistencia, y que desgraciadamente por lo común lo excede, produciendo calamidades y miseria. Por lo mismo no nos cansaremos de inculcar que es preciso que la ciencia, sobre todo cuando se trate de estas materias, no se desentienda de ese buen sentido, tanto más digno de que se le escuche con respeto, cuanto no se ha formado en la engañosa región de la filosofía sino en el terreno de la práctica, con los hechos á la vista, sin vanidad, con buena fe, con aquel deseo del acierto que lleva consigo el hombre en los negocios que le interesan de cerca.

Aprovechándonos de estas indicaciones, ensayemos en este artículo el examen de la importante cuestión que nos ocupa, sin descuidar empero las luces que nos ofrezca la observación científica.

Ante todo, propongámonos resolver el primer problema que aquí se presenta sobre las ventajas ó inconvenientes del aumento de la población. Para hacerlo con toda claridad, hagamos diferentes suposiciones. Trasladémonos al hogar de una familia muy pobre, que alcance con difícil-



tad á proporcionarse los indispensables medios de subsistencia. ¿Le conviene el aumento de sus individuos? Para saberlo, veamos lo que le sucederá en caso que este aumento se verifique. Por de pronto es evidente que crecerá el número de los consumidores, quedando estacionaria la producción, si es que no disminuye. Un niño necesita durante muchos años cuidados asiduos, que absorben una parte del tiempo que las personas útiles gastarían en producir, lo que hace que sea en esta línea lo que se llama una cantidad negativa; y por tanto lejos de traer ningún provecho material á la familia, le acarreará perjuicio. Es claro que no es fácil señalar ni siquiera con alguna aproximación á cuánto ascenderá el tiempo perdido, ó en otros términos, cuánto trabajo habrán impedido los cuidados que se deben prodigarle; pero es cierto que esta pérdida existe, y que no es de poca consideración.

Alléganse á esto los gastos de manutención y educación, lo que cuando el niño llega á la edad en que puede empezar el trabajo, sube á una cantidad mayor de lo que quizás comunmente se cree. El tierno amor de los padres á sus hijos no permite que se noten los continuos sacrificios que se están haciendo; pero no deja por ello de existir la realidad con todas sus consecuencias. En los hospicios del reino de los Países-Bajos todos los gastos de un niño desde el nacimiento hasta la edad de doce ó diez y seis años se calculó que ascendían á 1110 pesetas. Para tomar un número redondo fijémoslo á 1000 pesetas, y tendremos que una familia que haya tenido que sostener cuatro por ejemplo, habrá invertido un capital de 4000 pesetas ó sean 16000 reales: capital que para una familia pobre es de mucha consideración, y de cuya existencia ó déficit están pendientes las fortunas de esta categoría.

Supongamos en dos situaciones diferentes la familia en cuestión: una en que no hubiese tenido más que dos hijos; otra en que le hayan cabido seis. Es evidente que así para los padres como para los hijos, será mucho más ventajosa la primera situación; pues que los 16000 reales que

habrían servido para la manutención de los cuatro, habrán refluído sobre los dos, sirviendo al propio tiempo para que los padres vivieran con más desahogo.

*Estas reflexiones fundadas en datos tan sencillos y tan claros, manifiestan hasta la evidencia, que en el caso de existir en cantidad muy limitada los medios de subsistencia, lejos de ser saludable el aumento de la población, es perjudicial á los preexistentes y á los nuevamente nacidos.*

*Se alegrará quizás en contra de lo dicho, el que si bien por algún tiempo se verifica que este aumento es una carga, se compensan después estos daños con la mayor producción que se alcanza, tan pronto como llegado el niño á la edad de trabajar, no sólo gana lo necesario para su subsistencia, si que también reintegra á sus padres de los sacrificios que por él han arrostrado.*

Es necesario observar, que cuando llega un niño á la edad en que puede ganar su sustento, adquiere desde luego mayores necesidades, en las que se invierte lo que podría sobrar si se tratase únicamente de atender á los medios más indispensables de subsistencia. Sin que sea menester mucho cálculo basta dar una ojeada á lo que está pasando continuamente á nuestros alrededores para convencernos de cuán ficticia es la pretendida compensación. ¿Queréis saber lo que hay en esto de verdad? no apeléis al juicio de los economistas; preguntádselo á los padres de familia.

Sin embargo, si por guarismos se quiere resolver la cuestión, tampoco rehusaremos el considerarla bajo este aspecto. Y para que no se diga que exageramos tomaremos por base del cálculo las suposiciones que menos puedan favorecernos: dividiremos la edad de un niño de doce años en tres períodos, desde el nacimiento hasta cumplir los cuatro, después hasta los ocho, y finalmente hasta los doce. Demos que en los primeros cuatro años, todos los gastos acarreados á la familia no excedan de 200 reales al año, lo que da para cada día poco más que la insignifican-



te cantidad de medio real. Nadie dirá que el presupuesto sea desmedido, pues al contrario parece cierto, que contando alimento, vestido, gastos de enfermedades, pérdida de tiempo y por consiguiente de trabajo, la indicada cantidad es insuficiente, aun suponiendo no más que aquellos cuidados que se dispensan á la infancia en las familias más miserables. En esta hipótesis tendremos que al llegar el niño á los cuatro años habrá consumido..... 800 reales.

En los cuatro sucesivos es claro que los gastos crecen considerablemente; y aun cuando no sea fácil determinar á cuánto ascienden, ni la proporción en que se aumentan, por depender de mil circunstancias diferentes, creemos no obstante que no se nos tachará de exagerados, si suponemos que llegan á 400 reales al año, lo que da para cada día poco más de un real.

En este caso desde los cuatro á los ocho habrá consumido el niño..... 1600 reales.

Por razones análogas podremos suponer que el niño en el tiempo transcurrido desde los ocho á los doce necesita para su manutención y demás necesidades, poco más de un real y medio al día, lo que importa anualmente unos 600 reales; así en los últimos cuatro años habrá consumido 2400 reales.

Reuniendo estas cantidades resultará:

|                                                             | GASTOS.  |
|-------------------------------------------------------------|----------|
| Primer período del nacimiento hasta cumplir 4 años. . . . . | 800 rs.  |
| Segundo período de 4 á 8.. . . .                            | 1600 »   |
| Tercer período de 8 á 12.. . . .                            | 2400 »   |
| TOTAL. . . . .                                              | 4800 rs. |

No es régular que nadie sospeche exageración en este cálculo; pues que muy al contrario, según todas las apariencias no llega ni de mucho al presupuesto indispensable, aun cubriendo las atenciones con la mayor estrechez y mezquindad; siendo de notar que no iguala al de los hos-

picios del reino de los Países-Bajos. Como quiera, no insistiremos mucho sobre este particular, porque los raciocinios que en esto fundaremos, pueden muy bien prescindir de la mayor ó menor aproximación, estando seguros de que generalmente hablando, la hipótesis peca más bien por defecto que por exceso.

Tenemos, pues, que el niño al cumplir los doce habrá gastado 4800 reales; desde los doce á los diez y seis, puede suponerse que ocupándolos en aprendizaje gana su alimento: y tomamos por tipo esta ganancia porque sirve algunas veces de regla en nuestro país. Entonces no entran en cuenta ni el vestido, ni las enfermedades, ni otros gastos que nunca faltan, y que reduciéndolos á su menor expresión siempre pasarán de 200 reales; con lo que al encontrarse el niño en los diez y seis tendrá contraída una deuda que excederá de 5000 reales.

En semejante edad, aun suponiendo las circunstancias más ventajosas, el jornal no será crecido; y casi puede darse por seguro que durante los dos ó tres años sucesivos será muy escaso el ahorro que podrá hacerse; mayormente teniendo en cuenta que el alimento ha de ser más abundante y de mejor calidad, y que es preciso que el traje sea cuando menos decente.

Por ahora ño hemos encontrado medio de compensación, ni sabemos cómo podrán amortizarse los 5000 reales.

No faltando el trabajo y siendo regulares los salarios, puede en algunos lugares el jornalero ahorrar una parte del fruto de su sudor; pero entra luego la edad de las pasiones, apodérase del ánimo el deseo de lucir: á proporción que cesan las privaciones y la estrechez del tiempo anterior crecen las necesidades, multiplícanse los caprichos, de suerte que generalmente hablando no hace poco el trabajador si alcanza á nivelar los gastos con los ingresos. Esta es la historia de los primeros veinticinco años de todo joven perteneciente á la clase pobre, esto es la pura verdad, esto enseña la experiencia y estamos seguros



de alcanzar en este punto el asenso de todos los hombres juiciosos. Mas que nadie pudiera la clase pobre confirmar la verdad y exactitud de estos cálculos, poniéndonos á la vista su triste experiencia.

Resulta pues que cuando un individuo perteneciente á la clase menesterosa llega á la edad de veinticinco años, si trata de contraer matrimonio, su existencia deja en la familia ó en la sociedad un vacío que representa el valor de 5000 reales; vacío que probablemente no llenará debiendo atender á los gastos que le imponen las necesidades de su nuevo estado.

Además, infiérese de lo dicho, que cuando un país se encuentra escaso de recursos, el aumento de la población no hace más que acrecentar su miseria. Figurémonos que los nuevos nacidos estén en mucha desproporción con los que mueren; al cabo de algunos años ¿qué llaga más profunda no se abrirá á la prosperidad pública teniendo la riqueza total un déficit tan grande como es el que resulta de la multiplicación de los 5000 reales por el número de individuos que hayan llegado á mayor edad? Ni vale el decir que el trabajo de éstos aumentará sucesivamente la misma riqueza, porque en cambio los nuevos matrimonios con sus hijos irán consumiendo el producto, y dando sucesivamente la desproporción que por necesidad hemos visto que resulta de la existencia de los consumidores improductivos.

En esta materia se padece una equivocación por suponerse con harta facilidad que para producir bastan los brazos, cuando al contrario sucede muy á menudo que son los brazos lo que más abunda, y que lo que falta son capitales y demás circunstancias favorables á la creación y aumento de la riqueza. Echemos una ojeada sobre lo que acontece á la generalidad de las familias pobres, y nos convenceremos de esta verdad. Vemos á cada paso que así en la agricultura como en la industria, hay familias donde tres ó cuatro individuos robustos alcanzan á duras penas á procurarse los indispensables medios de subsisten-

cia; ¿son brazos por ventura lo que echan menos? es cierto que no: lo que les hace falta es la oportunidad de emplearlos con el capital necesario para fecundar sus sudores, es un mercado donde puedan vender lo poco que han producido. He aquí en pequeño lo que en la sociedad se verifica en grande: el hombre está condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, y para mayor infortunio le acontece muy á menudo, que se ve precisado á derramarlo sobre un terreno que en vez de trigo sólo le produce abrojos y espinas.

El aumento de la población en un país donde escaseen los medios de subsistencia produce resultados tan dolorosos como acabamos de ver; y esto se verifica aun no llevando en cuenta una de las condiciones que más aumentan la infelicidad, contribuyendo á destruir la riqueza. El cálculo precedente ha estribado en el supuesto de que los nacidos llegan á mayor edad, y que por tanto la sociedad si no consigue otra cosa, al menos adquiere brazos que podrá emplear cuando la oportunidad se le brinde. Pero desgraciadamente no se cumple semejante condición con tanta generalidad como pudiera creerse; porque la miseria produciendo sus naturales efectos, acrecienta el número de las enfermedades, las que no pudiendo ser atendidas de la manera conveniente, aumentan la mortandad de los nacidos, sepultándose con ellos todo el capital invertido en su manutención. En tal caso, aun suponiendo que la vida de los nacidos se prolonga más ó menos, aproximándose á la edad en que serían útiles para el trabajo, tendremos que todo el aumento de la población será un verdadero daño; pues que al fin no conducirá á más que á multiplicar gastos, que serán tanto mayores cuanto el consumidor improductivo haya vivido más largo tiempo.

Se comprenderán más fácilmente estas verdades, si ateniéndonos al sistema que estamos siguiendo las consideramos con respecto á una familia. Es evidente que lo que á ésta conviene en caso de haber tenido muchos hijos, es que lleguen á mayor edad, porque si mueren antes, no



quedará ni siquiera la esperanza de que se cubran los gastos de la manutención. De esto se infiere que si en un país se verifica el aumento de la población de tal suerte, que solamente crezca el número de los niños, sin que suceda lo mismo con respecto á los adultos por fallecer aquéllos antes de llegar á mayor edad, semejante incremento lejos de producir ningún bien sólo le acarreará perjuicios. El aumento de los hombres puede compensar el déficit que su manutención ocasiona, proporcionando brazos aplicables al trabajo, ó á otros destinos del servicio público, que aun cuando no lleven aquel nombre contribuyen al logro del mismo objeto: es decir que la compensación se verifica, ó aumentando directamente la producción, ó supliendo á los que se ocupan en aumentarla. Por lo que si damos que gran parte de los nuevos nacidos mueren antes de llegar á la edad competente, todo el incremento que resulte en la estadística de la población, no será un signo ni de riqueza ni de fuerza, sino la expresión de una nueva necesidad, que no lleva consigo ningún medio de satisfacerse.

Por estos motivos es indispensable atender no sólo al número sino también á la clase de la población, pues de otra suerte estaríamos tan en obscuras con respecto á los resultados que puede producir, como si sabiendo que en una familia hay seis personas, ignorásemos si son aptas todas para trabajar, ó si son niños y ancianos.

Y no se crea que en esta materia se hallen las diferentes edades en una razón fija, de manera que en conociendo los individuos de una, pueda sacarse por regla de proporción cuántas existen de la otra, ni siquiera con alguna aproximación; como son tantas las causas que modifican las condiciones de la vida, y que pueden influir en el número de los nacimientos y muertes, conócese desde luego que no hay en este punto una ley constante, y que en los varios países debe de observarse muy notable diferencia. Así es en efecto, y los datos recogidos por los economistas han venido á confirmar las conjeturas de la razón. Sería conveniente que distribuídas las edades en una es-

cala de muchos grados se estableciesen con alguna aproximación las relaciones en que se encuentran; pero dado que un trabajo semejante para hacerse con alguna perfección exige no poco tiempo, será preciso contentarnos con lo que poseemos.

Se han formado estados comparativos entre los individuos de más de cinco años, y los que no han llegado á esta edad, y por ellos se echa de ver la enorme diferencia de la relación en los diferentes países. No deja de ser curioso el que damos á continuación.

|                                                        | INDIVIDUOS<br>DE MENOS<br>DE 5 AÑOS. | INDIVIDUOS<br>DE MAS<br>DE 5 AÑOS. |
|--------------------------------------------------------|--------------------------------------|------------------------------------|
| Gran Bretaña (1821). . . . .                           | 4,241                                | 5,758, 5 (1)                       |
| Irlanda (1821). . . . .                                | 4,108                                | 5,895, 5                           |
| Inglaterra (1821). . . . .                             | 3,891                                | 6,105, 8                           |
| Inglaterra y país de Ga-<br>les (1813 á 1830). . . . . | 3,908                                | 6,092, 2                           |
| Francia (antes de 1789). . . . .                       | 2,121                                | 6,879                              |
| Bélgica (1829). . . . .                                | 3,332                                | 6,668                              |
| Suecia (1820). . . . .                                 | 3,211                                | 6,782                              |
| Estados-Unidos (1830). . . . .                         | 4,498                                | 5,500, 2                           |

Buscando ahora la razón en que están los individuos de dichos países, y expresándola también por decimales, nos da la siguiente tabla :

|                              |      |
|------------------------------|------|
| Gran Bretaña (1821). . . . . | 1,36 |
| Irlanda (1821). . . . .      | 1,43 |
| Inglaterra (1821). . . . .   | 1,57 |

---

(1) Por si este cuaderno parare á manos de algún lector que no conociese el sistema decimal, advertiremos para facilitarle la inteligencia, que este 5 y los demás guarismos que le corresponden en la misma columna, á la derecha de la segunda coma, son quebrados decimales que pueden respectivamente expresarse por  $\frac{1}{2}$ ,  $\frac{4}{5}$ ,  $\frac{1}{5}$ , cantidades que, como veremos después, casi pueden despreciarse, cuando se trata de buscar la relación, que es lo que conviene averiguar.



|                                                   |      |
|---------------------------------------------------|------|
| Inglaterra y país de Gales (1813 á 1830). . . . . | 1,56 |
| Francia (antes de 1789). . . . .                  | 2,20 |
| Bélgica (1829). . . . .                           | 2,00 |
| Suecia (1820). . . . .                            | 2,11 |
| Estados-Unidos (1830). . . . .                    | 1,22 |

De la tabla anterior resulta, que los países donde en las épocas respectivas era mayor el número de los individuos que pasaban de 5 años, son la Francia, la Bélgica y la Suecia, figurando en el extremo opuesto la Gran Bretaña y los Estados-Unidos. En 1789 la Francia contaba 25 millones de habitantes, y en la actualidad cuenta más de 34 millones; pero sería un error el pensar que la fuerza de su población esté ahora con respecto á dicha época en la razón de 34 á 25, pues antes sería preciso investigar la razón en que se hallan los adultos con relación á los niños; y como es muy probable que la diferencia estaría en favor del tiempo de 1789, no resultaría ni de mucho lo que á primera vista arrojarían los números donde se hiciese abstracción de clasificaciones.

En todo país donde se ha verificado muy recientemente un rápido aumento de la población debe ser por necesidad muy crecido el número de los niños y jóvenes, lo que vemos confirmado con los ejemplos de Inglaterra y de los Estados-Unidos; así como debe ser comparativamente mucho mayor el de los adultos en las naciones que no hayan tenido este rápido aumento; lo que acontece en las que han continuado sometidas á circunstancias regulares por no haber tenido ninguna revolución industrial ni social. Con el mismo sistema de observación, no perdiendo de vista los datos recogidos por la ciencia económica, continuaremos otro día el examen de tan importante materia.—*J. B.*

---

## ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

---

### ARTÍCULO 2.º

Achaque es y muy antiguo el deseo de conocer las disposiciones intelectuales y morales del hombre, guiándose por señales exteriores: lo que no es de extrañar, porque siendo la curiosidad una de nuestras inclinaciones más vivas, natural es que se investigue con empeño, qué es lo que se encierra en ese interior que con tantos velos se encubre. Aristóteles, Aulo Gelio, Cicerón y otros escritores antiguos, nos hablan de los fisonomistas y astrólogos de su tiempo; y el pobre Sócrates á quien parece que los adivinos profesaban enemiga, se vió tratado de necio por un tal Zopiro á quien se le antojó regalarle este dictado, porque diz que tenía la parte anterior del cuello muy carnuda.

Teniendo presente sin duda aquello de

El mentir de las estrellas  
Es muy seguro mentir,

se dieron muchos á pronosticar por lo que de sí arrojaban los astros, suponiendo no sé qué relaciones entre ellos y nuestras inclinaciones naturales; y para contrariar este peligroso error, que podía conducir al *fatalismo*, se dijo aquella profunda sentencia *sapiens dominabitur astris*. Contra la vanidad de semejantes supersticiones nos previno la Sagrada Escritura condenando de la manera más explícita y terminante las insensatas prácticas de los gentiles, con respecto á pronosticar, por medio de los astros, aquellos acontecimientos que dependen de la libre voluntad del hombre.

Las historias antiguas y modernas están llenas de relacio-



nes en que se echa de ver con cuánto ahinco se ha procurado en todos tiempos excogitar expedientes para aventurar pronósticos sobre los actos de nuestra voluntad; pero ha sucedido con harta frecuencia que la realidad ha venido á disipar las vanas predicciones de la preocupación ó de la mala fe. Ya entre los mismos gentiles habían caído en mucho descrédito estas artes; y cuéntase que en Roma no podían los agoreros mirarse recíprocamente sin reirse. «¡Cuántos y cuántos arúspices tuve yo! decía donosamente Plauto; si me prometen bien, llega muy tarde; si mal, lo tengo luego encima.»

He heu quam ego habui hariolos aruspices,  
qui si quid boni promittunt, pro spisso eventit,  
id quod mali promittunt, præsentiarum est.

Estos hechos nos indican la viva inclinación que se abriga en el corazón humano de buscar por medios extraordinarios el conocimiento de las cosas ocultas, por lo cual es de la mayor importancia aclarar bien las ideas sobre todos los puntos que puedan tener algunas relaciones con cualquier linaje de pronósticos. Aun en nuestros tiempos, estamos viendo que el vulgo se deja alucinar fácilmente, cuando el que augura sabe hacerlo con sagacidad; no siendo raro que algunas personas busquen por caminos tenebrosos y extravagantes, noticias y previsiones á que el hombre no puede alcanzar por sus propias fuerzas.

Por lo que dijimos al fin del artículo anterior, se deja conocer, que no consideramos como del todo inútil el estudio y la observación sobre la configuración del cráneo en sus relaciones con el tamaño del cerebro y con las facultades del alma: pero en materias tan delicadas conviene no olvidar que es muy fácil que se traspasen los límites debidos, y que salvando los de la ciencia, se entre en el terreno de la ilusión. Por esto hemos indicado la raíz del mal; pues que una vez conocido su origen se hace más fácil atajarle.

Propuestas ya las dificultades que se ofrecen con res-

pecto á la proporción del tamaño de las partes del cráneo con las potencias del alma, nada nos queda que decir sobre este particular; porque lo que se lleva aplicado á la parte intelectual, puede decirse también de la moral; y militará en pro ó en contra de ésta lo que milite en pro ó en contra de aquélla.

Sin embargo, como la cuestión puede ser mirada bajo distintos puntos de vista, y además es mucha la trascendencia de todo cuanto concierne á relaciones morales, bueno será que examinemos la Frenología con respecto á la moral; no sea que deslizándose equivocaciones peligrosas sufra menoscabo alguno de los grandes principios sin los cuales no puede vivir ni la sociedad ni el individuo. En su lugar procuramos evitar que la mala inteligencia no introdujese el *materialismo*; ahora nos proponemos cerrar la puerta al *fatalismo*.

Oigamos primero al Sr. Cubí. «Son las facultades impulsativas i afectivas unos instintos ziegos, que nos impelen i conmueven. Su atribuzion no es perzibir o dar conozimiento de los objetos esternos ni de sus relaciones, sino producir una tendénzia o propension házia una aczion determinada, i una conmozion o afecto correspondiente al resultado de la misma aczion. La filojenitura, por ejemplo, produce una propension a estar en la compañía de criaturas, i un afecto al mismo tiempo que llamamos «amor de hijos,» que corresponde al resultado de aquella propension satisfecha.» (*Manual de Frenología, pág. 25.*)

La experiencia de lo que sentimos en el fondo de nuestra alma nos está diciendo que en realidad tenemos ciertos movimientos interiores de que no podemos darnos completa razón, sin que sepamos de ellos otra cosa sino que son unos impulsos que nos llevan á buscar un objeto ó á huir de él, aun antes de que hayamos reflexionado. ¿Quién no se ha encontrado de repente con la presencia de una persona amada, de un padre, de un hijo, de un hermano, de un amigo, y no ha tendido involuntariamente los brazos para estrecharle contra su corazón? ¿Quién



ignora el hechizo instantáneo con que obra sobre un pecho juvenil una pasión fascinadora? ¿Quién al verse acometido, no se ha colocado instintivamente en actitud de defensa ó apelado á la fuga? Que si hablar quisiéramos de los apetitos puramente animales, y exclusivamente dirigidos á la conservación del individuo ó de la especie, se hace más sensible, si cabe, la existencia de estos instintos. Sin que hayamos menester reflexión, el hambre nos inclina al alimento que tenemos á la vista, y la sed nos hace tender la mano á la copa en que ondea el licor con que podemos apagarla.

Así, no tenemos inconveniente en confesar la existencia de esas *facultades impulsativas y afectivas*, ó *instintos ciegos*, ó como se quiera apellidarlos; y aun creemos que nadie podrá oponer reparos á una verdad que todo el mundo conoce y á cada paso señala. «Las pasiones son ciegas,» «los apetitos deben ser gobernados por la razón, si no queremos asemejarnos á los brutos» y otras expresiones por el mismo tenor, se oyen continuamente hasta en boca de los más ignorantes.

Pero no podemos estar de acuerdo con el Sr. Cubí en lo que afirma á continuación, y nos parece que ó este señor se expresa con inexactitud ó que su doctrina entraña errores muy graves. «Las facultades impulsativas, dice, son: unas, animales, i otras, religioso-morales. Las facultades animales no deséan sino una satisfaccion puramente egoista o individual, i momentánea. Las facultades religioso-morales deséan una satisfaccion que tambien se refiere al bien ajeno o al tiempo futuro, o a ámbos. Las primeras residen en la parte inferior de la cabeza desde las sienes házia atras, i las segundas, en la parte superior de la cabeza, segun se ve marcado en la figura que está en frente de la portada. Los órganos limítrofes partizipan mas o menos de la naturaleza moral i animal, segun su posicion relativa. Entre los impulsos animales i los religioso-morales, esto es, entre el deséo de mirar esclusivamente para sí en el momento actual, i el deséo de mirar prinzipalmen-

te para otros i lo futuro, hai en el hombre una constante lucha mental. Si sobrepujan esclusivamente los primeros impulsos, es el hombre absolutamente egoista, obra solo para sus intereses i fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, i no obra mas que para el interes ajeno. En uno i otro caso se obra mal, i se sufre el irremisible condigno castigo. Ambas rejiones deben obrar simultáneamente, preponderando la relijiosa-moral dirijida por un conozimiento positivo de resultados, que lo subministra el intelecto perzeptivo i reflexivo bien intelijenziado. Solo en este último modo de obrar se zifra la relijion, la virtud i la moral; lo demas es debilidad, vizio o crimen.» (*Ibid.*)

Como son muchas las ideas contenidas en este pasaje, será conveniente examinarlas por separado. En primer lugar parece muy impropio, por no calificarlo de otra manera, el poner las *facultades religioso-morales* en la clase de los *instintos ciegos*; esto cuando menos exigía una aclaración de que no se debía prescindir. Si se hubiese dicho que nuestra alma abriga naturalmente sentimientos que pueden apellidarse religiosos y morales por el objeto á que se enderezan, hubiérase dicho lo mismo que tal vez desearía significar el Sr. Cubí; pero la expresión habría sido más propia, y sobre todo más acomodada á la capacidad del común de los lectores, no permitiéndoles confundir cosas que pertenecen á un orden muy distinto. Preséntase de improviso á nuestros ojos un infeliz que nos tiende la mano en actitud suplicante; nuestro corazón se siente herido, y ó buscamos desde luego el medio de socorrerle, ó tratamos de apartarle de nuestra vista para no padecer. En esta afección que experimentamos hay dos cosas que deslindar: la impresión primitiva, dolorosa, que nos hace compartir en algún modo el sufrimiento del desgraciado, sin que nos sea posible evitarlo; y en esto no hay propiamente hablando ni relijion ni moral, es una sensación como las demás, y cuya mayor ó menor viveza depende de la organización y otras circunstancias, más ó menos cono-



cidas. Con aquel sufrimiento que experimentamos á la vista del infortunio, nace en nuestro pecho el deseo de *socorrer*; socorriendo nos sentimos aliviados, desahogados, el corazón late dulcemente, y asoman á nuestros ojos lagrimas de apacible ternura. He aquí otra inclinación natural, que puede denominarse moral y religiosa, porque nos impulsa á llenar un deber que nos prescriben la religión y la moral; pero que no será verdaderamente digna de tal nombre, hasta que obre dirigida por la razón y gobernada por la libre voluntad. Creemos que esta será la mente del señor Cubí; y en tal caso lejos de dirigir un ataque á su doctrina, no habremos hecho más que aclararla.

Nadie ha negado nunca la existencia de estos sentimientos naturalmente buenos; nadie puede dudar que la inefable bondad del Criador nos ha favorecido con ellos para que nos sirviesen de impulso en el camino de la virtud, para que nos guiasen, recordándonos la senda del deber, cuando nos empeñamos en abandonarla. Vive el rico en medio del lujo, de la disipación y de los placeres, consumiendo lastimosamente una fortuna que, bien empleada, llevaría el alivio y consuelo á centenares de familias; al ostentarse ufano y rozagante con soberbio ademán y costosos aderezos, le sale inopinadamente al encuentro un infeliz cubierto de andrajos y transido de miseria, haciendo resonar á sus oídos un penetrante plañido; el semblante del rico se demuda, y muestra que el corazón padece; ¿negamos nosotros este sentimiento natural, instantáneo? no; antes decimos que es la voz de la misma naturaleza, que obedeciendo al precepto del Criador le dice: « cumple con tu deber, ó sufre. »

Establece el Sr. Cubí una diferencia muy notable entre las facultades animales y las religioso-morales, la cual consiste en que aquéllas no *desean sino una satisfacción puramente egoísta, individual y momentánea, y éstas desean una satisfacción que también se refiere al bien ajeno, ó al tiempo futuro, ó á ambos*. Si no nos engañamos, esta misma distinción está indicando que tan pronto como obran estas [fa-

cultades en lo que tienen de instintivo se les agregan algunos actos de la razón y voluntad. En efecto: si así no fuese, ¿cómo sería dable concebir que tuviesen por blanco el bien ajeno, ó el tiempo futuro, de tal suerte que entrasen ya en algún modo en el orden de la religión y de la moral? Tanta verdad es lo que acabamos de decir, que si la doctrina del Sr. Cubí no se modificase con este correctivo, se seguiría de ella que también los brutos tienen instintos religioso-morales. La razón de esta consecuencia está en que también los brutos están dotados de ciertos instintos, que miran al bien ajeno ó al tiempo futuro: por lo que si estas circunstancias bastasen para constituir el carácter religioso-moral, también lo disfrutarían algunos instintos de los brutos. Entre los animales, la madre que da la leche ó de comer á sus pequeñitos, no busca el bien propio, sino el ajeno; así como el ave que forma su nido no mira al tiempo presente, sino al futuro.

No hay pues religión ni moral propiamente dichas en los instintos, en cuanto se consideran con abstracción de todo acto de razón y de voluntad; y si se quiere darles tal nombre, es preciso no confundir las ideas, no atribuyéndoselo en otro sentido, sino en cuanto son una especie de agujones y auxiliares que para obrar el bien nos ha otorgado el Criador.

Todavía, á pesar de estas aclaraciones y correctivos, párecenos que resulta muy inexacta la doctrina que estamos examinando; y no podemos convenir en que estén bien calificados ni designados los instintos religioso-morales diciendo que son los que miran al bien ajeno, ó al tiempo futuro ó á ambos. ¿Por qué se honra con el dictado de religioso morales tan sólo á los instintos que reúnen estas circunstancias? ¿Por ventura no existen otros que no mirando directamente al bien ajeno ni al tiempo futuro, se enderezan no obstante á un objeto que puede estar muy acorde con la religión y la moral, y hasta ser un riguroso precepto, de que al hombre no le sea lícito dispensarse? El instinto de apartarnos de un inminente peligro de la



vida, ¿no lleva al hombre á un acto á que le obligaría también la razón, si mediase el tiempo de reflexionar? Y sin embargo, entonces no se trata ni de bien ajeno, ni de tiempo futuro. En la inclinación á comer, ó como la llama el Sr. Cubí, la *alimentividad*, se verifica lo mismo que en el deseo de conservarse ó *conservatividad*, y por cierto que tan obligatorio es á los ojos de la religión y de la moral el apartarse de debajo de un edificio que se desploma, ó el comer cuando es necesario para conservar la vida, como el dar limosna al pobre que se halla en la necesidad más extrema.

Si bien se observa, no hay instinto ó sentimiento en el hombre que no pueda servir para el bien como para el mal, según el uso que de él se haga; y por tanto lejos de calificar á estos ó aquellos de religioso morales, hablaremos más exactamente diciendo, que en sí son indiferentes, pero que sus actos son buenos ó malos según se conforman ó nó con la razón, ó lo que es lo mismo con la ley eterna. ¿Qué cosa más moral á primera vista que la compasión? y sin embargo en ciertos casos el escuchar sus inspiraciones podría ser una infracción de las leyes, un atentado contra la sociedad. ¿Qué diríamos de un juez que declarase inocentes á los grandes criminales, por compadecerse del mal que les irrogaría con la aplicación de la pena? La *acometividad*, que pudiera comprenderse en el nombre de ira, ó en el de alguno de sus efectos, podrá llevar al crimen ó al heroísmo según las circunstancias que la acompañen. El soldado que cumpliendo con su deber acomete decididamente al enemigo arrostrando todo linaje de peligros, ejerce un acto de *acometividad*, virtuoso y heroico. El mismo soldado arrojándose con espada en mano sobre el compañero de quien se cree ofendido, ejerce un acto de *acometividad* criminal, digno de ser castigado por las leyes divinas y humanas. La *filogenitura*, ó amor de los hijos, puede ser también virtuosa ó culpable según la manera con que se la pone en práctica. Si conduce á cuidar bien de la manutención y educación de los hijos, es digna

de alabanza; pero si los echa á perder con desmedidas consideraciones, si permite ó causa que se desarrollen sus inclinaciones malas y que vegeten en la ignorancia, entonces es merecedora de duro vituperio.

De esto se infiere con toda evidencia, que hay cuando menos mucha inexactitud en la clasificación del Sr. Cubí, y que la denominación de *religioso-moral* está aplicada con impropiedad. Supuesta la inteligencia y el libre albedrío, es moral todo lo que se conforma con la ley eterna, es inmoral todo lo que se opone á ella: he aquí en breves palabras cuanto puede decirse en esta materia; lo demás es divagar apartándose de lo que enseña la sana filosofía y de lo que nos está dictando el sentido común del humano linaje. Sin inteligencia no es posible concebir moral, y por esto no se la encuentra en los brutos: cuando el hombre obra sin el uso de ella, no obra como hombre, sus actos no podrán nunca ser considerados como morales. Todas las inclinaciones son buenas y por tanto morales, si de ellas usamos bien, si no les permitimos que nos impulsen á ejercer actos contrarios á la ley eterna, si las empleamos para mayor cumplimiento de nuestros deberes; todas son malas, é inmorales, si dejándolas cual caballo sin freno, consentimos que nos arrastren al olvido de nuestras obligaciones y á la infracción de la ley.

Nunca se percibe mejor la inexactitud de una definición fundamental, que á medida que se van desarrollando las doctrinas que en la misma estriban, haciéndose de ellas algunas aplicaciones: entonces se experimenta el vacío ó el error que no se había conocido á primera vista; como acontece con los instrumentos mal contruídos que engañan quizás con su hermosura, pero que ponen de manifiesto sus defectos tan pronto como se los usa. Esto se verifica cabalmente en la definición del Sr. Cubí: mirada superficialmente es muy especiosa, encierra un no sé qué de filosófico que deslumbra y seduce; pero examinada á fondo se descubre que lo interior no corresponde con la superficie. Vamos á probarlo.



Explicando el citado escritor la lucha de inclinaciones que siente el hombre, dice que esta es constante entre los impulsos animales y los religioso-morales, esto es, *entre el deseo de mirar exclusivamente para sí en el momento actual, y el deseo de mirar principalmente para otros y lo futuro*. Hagamos resaltar toda la falsedad que aquí se encierra recordando un ejemplo doloroso y harto frecuente. Hállase un hombre con una pistola en la mano, y se siente inclinado á dispararla contra su frente; el instinto de conservación le detiene, y hasta, prescindiendo de toda idea de la otra vida, le retrae de su atentado, le aconseja que  *mire exclusivamente para sí en aquel momento*: ¿por ventura son inmorales en este caso las inspiraciones del instinto? ¿Dejando de mirar *por sí en aquel momento*, no ejercería un acto muy malo?

«Si sobrepujan exclusivamente los primeros impulsos (los animales), continúa el escritor, es el hombre absolutamente egoísta, obra sólo para sus intereses y fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, y no obra más que para el interés ajeno. *En uno y otro caso se obra mal*, y se sufre el irremisible castigo.» He aquí la chocante consecuencia á que se halla conducido el Sr. Cubí por la mala definición de los términos. Siempre se ha creído y se cree todavía, que el absoluto predominio de la parte moral hacía el hombre bueno, perfecto; pero según se acaba de ver, la preponderancia absoluta de los instintos morales hace también que el hombre obre mal, que sea digno de irremisible castigo. ¿Querrá significar el Sr. Cubí que el hombre llegue á ser malo obrando muy bien? Estamos seguros que nó; pero antes había sentido que los instintos religioso-morales eran los que miraban al bien ajeno y al tiempo futuro, y como es evidente que por este camino podemos obrar mal, pues tenemos también rigurosos deberes que cumplir con respecto á nosotros mismos y al tiempo presente, resulta que tomada la moralidad en sentido tan impropio, podía un hombre hacerse inmoral á fuerza de ser

moral. Expresión absurda, á no ser que se hablase con aquella discreta indulgencia que empleaba el papa Inocencio XII cuando después de haber condenado la obra del inmortal Fenelón decía, *que el piadoso arzobispo había pecado por un exceso de amor de Dios.*

La belleza y sublimidad de las acciones que suponen gran desprendimiento de sí mismo, resplandecen sin duda en primera línea cuando se trata de apreciar acciones morales; pero esto no autoriza para trastornar las ideas hasta tal punto, que no se vea moral allí donde el hombre piensa para los otros ó para el tiempo futuro. Debemos amar á los demás, pero tampoco estamos obligados á olvidarnos de nosotros mismos; y esto es tanta verdad, que la ley de Dios al prescribirnos el amor del prójimo, nos dice que lo amemos como á nosotros mismos: *sicut te ipsum.*

No creemos que pueda sostenerse sin restricción lo que asienta el Sr. Cubí de que el hombre obre mal cuando no obra *sino para el interés ajeno*; porque semejante doctrina pudiera conducirnos hasta el extremo de condenar aquellas vidas heroicas que se consagraron enteras al servicio y consuelo de la humanidad. ¿Y quién á tanto se atreviera? ¿quién no pronuncia con respeto los nombres de aquellos Santos, que fijo su corazón en el cielo, se miraban á sí mismos como una víctima que se debía sacrificar en provecho de sus hermanos? El cimiento de la Religión cristiana, el augusto misterio de nuestra redención, ¿no es por ventura un acto de sublime desprendimiento, de negación de sí mismo, para entregarse sin reserva á los tormentos y á la muerte?

Resulta pues que el error contenido en la definición del Sr. Cubí, ora le lleva á trastornar la verdadera idea de la moral, no condecorando con este nombre sino aquellas inclinaciones que tienden *al bien de los otros* ó al tiempo futuro, ora le conduce á condenar (sin intención, sin duda) aquellas vidas que se consagran enteras al interés ajeno. Pero, se nos dirá, esos hombres de heroico desprendimiento



también miraban en algún modo para sí mismos, pues obraban con la esperanza de alcanzar el galardón en la morada de los Santos; mas esta réplica en nada obsta á las dificultades objetadas á la doctrina del Sr. Cubí; porque este escritor cuando habla de mirar *para sí*, se refiere á los instintos *animales, egoístas* que sólo tienden á objetos presentes; luego, según él, los hombres que no los hayan satisfecho, que los hayan combatido mientras vivieron sobre la tierra, que murieron según la carne para vivir sólo en espíritu, se excedieron dejando prevalecer únicamente los instintos morales, y por lo mismo *obraron mal*. Esto es un error, grave, gravísimo, porque destruye nada menos que el espíritu de perfección, aparta á los hombres de la práctica de las virtudes austeras, se opone directamente al Evangelio que no se contenta con imponernos los preceptos cuyo cumplimiento nos es necesario para alcanzar la vida eterna, sino que nos indica el camino de la perfección que consiste en desprenderse de sí mismo, en *negarse á sí mismo, en abrazar la cruz y seguir á Jesucristo*. ¿Quién no recuerda los muchos pasajes del Evangelio donde se inculca tan sublime doctrina? ¿Quién ignora que la vida de los Apóstoles y de todos los Santos fué una imitación del ejemplo que les dió el divino Maestro, *siendo el primero en practicar lo que enseñaba*?

Dice el Sr. Cubí que *en uno y otro caso*, ora prevalezcan exclusivamente los instintos animales, ora los morales, *se obra mal*, y se sufre el *irremisible castigo*. ¿De qué castigo habláis, cuando son los morales los que predominan? ¿Os referís tal vez á la extenuación y á las enfermedades del cuerpo? En tal caso, si no hay más que una sobreabundancia de moral, el resultado dañoso al cuerpo será un mal físico, mas no un castigo. Si tuvierais á la vista una hermana de la Caridad con el semblante flaco y demudado, por haber pasado muchas noches á la cabecera de un enfermo, ¿osaría pensar en castigo descargado por el Criador sobre aquella heroica y angelical criatura? Lejos de hablar de pena hablaríais sin duda de altas recom-

piensas, y por vuestra parte se las ofrecierais ya, tributándole la expresión de vuestra admiración y entusiasmo. Que si se nos dijese que la naturaleza contrariada y trastornada en sus funciones, reclama sus derechos, haciendo sufrir al imprudente que atenta á la armonía de sus leyes, entonces responderemos que no hay culpa y por consiguiente ni castigo, cuando se quebranta la armonía de la naturaleza en fuerza de otra armonía superior, que es á la primera lo que el espíritu al cuerpo, lo que el cielo á la tierra.

Si bien se observa, la admirable armonía de la creación se sostiene con esos aparentes trastornos que subordinados al plan del Supremo Hacedor contribuyen á la perfección y hermosura del Universo. Pierden su vida las plantas, y esta pérdida sirve á conservar la de los animales; de éstos, algunos se sustentan con la destrucción de los demás; y el hombre para su alimento y otros usos, se ve precisado á dar la muerte á los brutos y á los vegetales. Así no hay falta de armonía, no hay culpa, no hay merecimiento de pena, cuando un ser que por su naturaleza está destinado á sacrificarse por otro ser, cumple el objeto que le ha señalado el Criador; y por consiguiente cuando los instintos animales se comprimen y hasta se ahogan en obsequio de grandes fines morales, no hay desorden, no hay falta, no hay nada que castigar; hay sí un desprendimiento loable, una abnegación sublime, que lejos de que merezcan ser calificadas de *mal*, deben al contrario ser miradas como un *bien*; y *bien* muy raro que dispensa Dios á los hombres privilegiados á quienes se propone distinguir del común de los mortales.

Es esto tan cierto, tan conforme á la sana razón y á los sentimientos del corazón humano, que tan pronto como se ofrece á nuestra vista un fenómeno semejante, le admiramos, le contemplamos con entusiasmo; y el solo pensamiento de condenarle, nos pareciera una profanación sacrílega.

En todos los pueblos de la tierra se ha reconocido esta



verdad, porque en todos se ha rodeado de veneración y acatamiento la austeridad de la vida, la práctica de las virtudes más contrarias á las inclinaciones de nuestra naturaleza. Recorred las páginas de la historia, atended á las lecciones de la experiencia, prestad oído á las voces más íntimas del alma, y en todas partes hallaréis la misma enseñanza de que el hombre moral es aquel que domina los instintos animales, el que los sojuzga de tal suerte que nada les consiente de contrario á la ley eterna: y que el hombre perfecto, el hombre por excelencia, es aquel que llega á sufocar esos instintos hasta tal punto, que se olvida de su cuerpo, y sólo piensa en el cumplimiento de sus deberes, en sacrificarse por Dios y por sus hermanos.

Y entonces, se nos dirá, ¿cómo se cumplen los deberes que cada cual tiene consigo mismo? ¿Cómo? muy sencilla es la respuesta. La historia está llena de vidas consagradas al culto de Dios y al servicio de la humanidad, y que sin embargo no duraron menos que las del común de los hombres. Y es que el ardor de la caridad no destruye la prudencia; ni el secreto de conservar la salud y alargar la vida está en la satisfacción de los instintos animales.

Casos hay ciertamente en que el hombre entregado á los impulsos de virtudes superiores quebranta su salud y abrevia su vida; pero recuérdese que no hay profesión, no hay ocupación de ninguna clase en que no pueda suceder lo mismo. Dominado el hombre por un vehemente deseo, no siempre advierte que se daña á sí propio; pero ¡dichoso daño el que se acarrea al cuerpo por querer caminar más aprisa en el camino de la virtud! ¡dichosa abreviación de la vida, la que nos hace entrar más pronto en la mansión de los justos! A los hombres de caridad ardiente que sacrificaron sus vidas por el bien de sus semejantes, la religión los coloca sobre los altares, la humanidad agradecida les consagra monumentos y les erige estatuas.

A pesar de la inexactitud de su definición, el Sr. Cubí ha tributado un homenaje á nuestra doctrina. A los instintos que sólo miran al interés propio y presente, los apellida

*animales*; á los que atienden al ajeno ó futuro, los denomina *morales*; esto, como hemos visto ya, es inexacto y hasta falso; pero ¿qué es lo que ha dado ocasión al error? es, sin duda, el carácter de sublime moralidad que consigo lleva la abnegación y el desprendimiento.

No creemos que el Sr. Cubí tenga nada que objetar á lo que acabamos de exponer; esperamos que abundará en los mismos principios; porque no podemos persuadirnos que profese doctrinas que tiendan á quebrantar el vuelo del espíritu y á sufocar los más nobles sentimientos del corazón.

Otro día proseguiremos nuestra tarea, escribiendo sobre la Frenología el tercero y último artículo.—*J. B.*

## POLEMICA RELIGIOSA.

---

No siendo fácil proporcionarse ejemplares de un escrito sobre el Celibato del Clero Católico, publicado por el autor de esta *Revista* en 1839, y sabiéndose que algunos señores suscritores desearían su lectura, se inserta á continuación, tal como en aquella época salió á luz en el periódico de Madrid, que había publicado una especie de programa invitando á discutir la importante cuestión sobre las ventajas religiosas, morales y políticas de dicho celibato.

### REFLEXIONES SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO CATÓLICO

EN PARANGÓN CON LA FACULTAD DE CONTRAER DE LOS PROTESTANTES.

#### I.

Alzado en Alemania el grito de revolución religiosa, proclamada la libertad de conciencia, hollada la autoridad del Sumo Pontífice, niveladas las jerarquías, y quebrantados enteramente todos los lazos de la disciplina eclesiás-



tica, fácil era prever que, abandonadas las pasiones á la merced de sus violentos impulsos, sacudirían desde luego el molesto freno de una santa austeridad; y que no serían parte á contener sus arrebatos las consideraciones de puro miramiento. Así fué en efecto; y el hombre que se había puesto al frente de la pretendida reforma no tardó en dar tan escandaloso ejemplo, consumando con impudente osadía el nefando atentado de un doble sacrilegio. ¡Baldón eterno para la enseña del error y del cisma, que desde el momento de enarbolarse se viera ya rodeada del asqueroso cortejo de la corrupción y del escándalo! Desbordáronse sin freno las pasiones, quitáronse la máscara hipócrita con que se habían encubierto, y tratóse de erigir en doctrina lo que no había sido más que un crimen. Tal es la condición del hombre: las pasiones le arrastran hasta el fango de la corrupción y de la miseria; vuelto en sí se avergüenza de su ignominia; y entonces el orgullo, siempre fecundo en recursos para disculpar un extravío, llamando en su auxilio las cavilaciones de una razón veleidosa y flexible, improvisa un sistema, crea una doctrina, esforzándose de esta manera en sustraer la afrenta del culpable á la severa y penetrante mirada de la virtud y del buen sentido.

A la luz de estas reflexiones, que presentan en toda su desnudez el verdadero origen del matrimonio de los ministros protestantes, debiera de parecer extraño que se haya querido parangonar semejante miseria con la veneranda austeridad del clero católico. Infiérese también de aquí, que á la supresión del celibato entre los ministros protestantes no presidió ningún pensamiento de reforma religiosa, moral ni política; sino que todo fué obra del desfreno de las pasiones, un efecto muy natural de la relajación que debía de introducirse entre los reformados, una vez sacudido el yugo de la autoridad; siendo después muy consecuente el que declamasen con furor contra el celibato del clero católico, por la misma razón que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente.

Tal vez no sea por demás el haber presentado estas reflexiones antes de entrar de lleno en la materia; no fuera que ciertos miopes, que sobre la palabra de *adocenados escritores*, están acostumbrados á mirar la reforma protestante como un pensamiento generoso y fecundo, que derramó sobre la Europa un inagotable raudal de preciosos beneficios, hubieran también sospechado en el matrimonio de los ministros protestantes alguna idea sublime y misteriosa, que envolvía en su seno el germen de grandes mejoras religiosas, morales y políticas.

Pero entremos en materia: ¿*El celibato del clero* (prescindiendo de las leyes canónicas y civiles) *es más conducente, política, moral y religiosamente al bien de la sociedad, que la facultad de contraer de los protestantes?*

El sacerdote ¿quién es? ¿cuál es su carácter? ¿cuáles son sus funciones? ¿cuál su misión sobre la tierra? Es un medianero entre Dios y los hombres, un encargado de ofrecer al Dios de Majestad el sacrificio y el incienso, de elevar al trono de la infinita Misericordia las oraciones de los mortales, de aplacar la cólera de la Divina Justicia provocada por el crimen, y de recibir de la mano del Eterno las prendas de sus inagotables bondades, para derramarlas en seguida sobre la tierra como un rocío de consuelo y esperanza. Contempladle al ejercer las funciones de su augusto ministerio: rodeado de un pueblo numeroso que humilla compungido su frente ante la majestad del Santo de los Santos, revestido de un ropaje misterioso, en pie sobre la grada del altar resplandeciente, envuelto en la nube aromática que se eleva de sus manos hacia el trono del Eterno, articulan sus labios una palabra de oración, entona con augusta majestad un himno al Dios de Sabaot, levanta con sus manos la Hostia de salud, y presenta á la adoración del pueblo al Cordero sin mancilla que borra los pecados del mundo. ¿No eleva vuestra alma aquel espectáculo sublime? ¿no os sentís penetrados de un sentimiento religioso que os humilla ante el Señor de Majestad, y á la vez os inspira un profundo respeto á la



dignidad del ministro? ¿no os place distinguir en el semblante del sacerdote los rasgos de santa austeridad, figurándoos un corazón inundado de bendiciones celestiales, puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso? ¿Sí? pues introducid en el cuadro á la mujer, haced que se os ofrezcan los lazos de amor que unen al ministro con hermosura pasajera; y desde aquel momento el cuadro desaparece, el sacerdote se abate, su dignidad se humilla, su gravedad se amengua, su austeridad se relaja: y en aquellos mismos ojos en que poco antes contemplabais conmovidos el divino fuego de un amor celeste, descubriréis un viso de liviana languidez, un reflejo de la llama mundanal que el esposo abriga en su pecho.

Que no debe tacharse, no, semejante razonamiento de idealismo poético, ni apellidarse vana declamación sustituida á la solidez del raciocinio, cuando se ajusta exactamente con la experiencia de cada día, con los sentimientos más indelebles del alma, con las grandes lecciones de la historia, y con el pensar del linaje humano. Es preciso confesarlo: la religión cristiana conoce profundamente el corazón humano, sus pliegues más secretos, sus relaciones más delicadas, sus instintos más misteriosos: todo lo tiene previsto, todo calculado, todo sujeto á una combinación profunda, de manera que bien podría asegurarse que, estudiando una cualquiera de las instituciones religiosas, se estudia á la vez algún arcano del corazón del hombre. Un instinto, una tradición, ó sea lo que fuere, había enseñado al linaje humano la existencia de una estrecha relación entre la continencia y las funciones religiosas; los antiguos pueblos del Asia, los egipcios, los griegos, los romanos, los chinos, hasta los sectarios de Mahoma, los moradores del Nuevo Continente, en una palabra, cuantos pueblos antiguos y modernos nos han dejado algún recuerdo de sus usos y costumbres, todos han manifestado un misterioso acatamiento ante esa sublime virtud, todos han convenido en mirarla como un aroma precioso, sin cuya exquisita fragancia no podían ser agra-

dables al Eterno las ofrendas presentadas ante su trono por la mano de los mortales. Este es un hecho universal, constante, atestiguado por la historia de todos los pueblos, tiempos y países; y sin duda que por esta causa, y en obsequio de la brevedad á que debe circunscribirse este discurso, se me permitirá el omitir la muchedumbre de citas con que podría llenarlo, aun contando con un caudal de erudición mucho menos que mediano.

Ahora bien: ¿qué enseña este hecho? ¿prueba algo en favor de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico? Si estuviese aun en su auge la funesta costumbre introducida por los sofistas del siglo xviii de ventilar las cuestiones religiosas, morales y políticas á la sola luz de especiosas teorías, y prescindiendo completamente de la realidad de los hechos, sin duda que mi pregunta podría contar con resueltas y numerosas negativas; y tal vez por haber tenido el linaje humano semejante convicción, se le prodigarán los apodos de iluso é ignorante. Pero felizmente para esa clase de estudios, las ideas se han modificado algún tanto; y aunque sea lamentable que no esté extendida y arraigada cual debiera la importante verdad de que para conocer la religión, la moral y la política, y para deslindar las profundas y delicadas relaciones que las enlazan entre sí y con el corazón del hombre, no basta soñar en un gabinete, sino que es preciso, indispensable, escuchar, consultar, analizar las grandes lecciones de la historia y del tiempo; sin embargo, también se ha de confesar que la frívola escuela del siglo xviii cauduca rápidamente con sus teorías, sus abstracciones y sus nombres; y que empieza á propagarse la saludable convicción de que fuera vano empeño buscar aquel linaje de conocimientos por medio de las cavilaciones de los filósofos; á la manera que nadie estudia ya el mundo físico apoyándose en los sistemas de Descartes, ó en las teorías de Buffon.

Dable será pues alegar con firme confianza en pro de las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católi-



co, las convicciones y sentimientos del linaje humano, y el presentar en consecuencia esa institución veneranda como la realización de una idea sublime, de un sentimiento misterioso, que anteriormente al establecimiento del cristianismo, se hallaban ya difundidos por todo el ámbito de la tierra. ¡Cómo es posible que se haya echado en cara al catolicismo el haber pensado y sentido con respecto á la continencia, lo mismo que de antemano pensarán y sintieran todos los pueblos del orbe! ¡El haber erigido en ley universal y constante lo que antes era un sentimiento vago y confuso, expresado en diferentes formas por mil leyes, usos y costumbres! Estaba reservado al catolicismo el acometer tamaña empresa, y el conducirla á cabo con aquella dignidad y sabiduría que corresponde á la religión de Jesucristo. El celibato del clero católico es lo que debía ser la continencia en manos de una religión divina; una continencia austera, sin la barbarie con que la afeaban algunos sacerdotes del paganismo, libre de toda superstición, pura de toda mancha, elevada á una esfera sobrehumana, y sellada con aquel carácter de santidad y pureza, que forma el distintivo de las instituciones católicas. ¿Con qué osadía se ha notado como un lunar del catolicismo uno de sus más bellos adornos, una de las perlas más preciosas que esmaltan su auréola brillante? Que en contra del celibato del clero católico declamaran los corifeos de la reforma, que declamen aun hoy día sus discípulos los ministros, nadie tiene de extraño: los primeros debían de esforzarse para encubrir los vergonzosos motivos de su apostasía, y procurar escudarse en algún modo contra la picante sátira que con tanto desenfado les dirigiera Erasmo; y los segundos, porque es muy natural que miren con aversión y aborrecimiento esa austera institución del catolicismo, que es y será siempre su reprensión más elocuente, y su condenación más severa; pero ¿qué podían encontrar en el celibato del clero católico esos declamadores apellidados *filósofos*, que se preciaban de observadores imparciales, y con cuya regla de vida nada tenía que ver el celiba-

to del clero? ¡ Ah ! No es difícil atinarlo; es que en él veían un muro de bronce contra la corrupción de costumbres del clero, un baluarte de la pureza de la moral y de la severidad de la disciplina, un elemento de respeto y veneración hacia el sacerdocio, un abundante manantial de ventajas religiosas y morales para todos los pueblos que cobija en su seno la Esposa de Jesucristo.

## II.

Pero ¿cuál es el origen, cuál el fundamento de esa íntima relación que existe entre la continencia y el ministerio religioso? Reflexionemos sobre ello un momento. Por más que las pasiones del hombre tengan entre sí muchos puntos de semejanza en su origen, tendencia y desarrollo, difieren sin embargo en gran manera, no precisamente por la naturaleza de las acciones á que inducen, sino por el modo particular y característico con que afecta cada una el corazón, por aquella fisonomía, digámoslo así, que cada una comunica al hombre; resultando de aquí que aun en igual grado de culpabilidad de las acciones, es muy diferente el aspecto con que se presenta á sus semejantes el hombre que de ellas se halla dominado, y de consiguiente que es muy diverso el influjo que sobre ellos puede ejercer en la variedad de posiciones sociales en que pueda colocarle su destino. Unas elevan el ánimo, otras le abaten; esta comunica al espíritu vigor y energía, aquella le enerva y enflaquece; tal ensancha el corazón y enardece su fuego, tal otra le apoca, le estrecha, y como que ahoga todo germen de sentimientos generosos; en una palabra, todas presentan caracteres tan distintos, cuanto es su número, su combinación, sus relaciones y circunstancias. No sería difícil el hacer de esta verdad numerosas aplicaciones, y tal vez no dejaría de ser interesante un cuadro en que se viera, con respecto al individuo y á la sociedad, el complicado juego de tan varios y poderosos resortes. Mas como quiera que el solo bosquejo de semejante traba-



jo excedería los límites á que debe ceñirse este discurso, será preciso contentarse con un solo punto de vista y comparación, con cuyo medio, á más de llenarse lo principal del objeto, no se traspasarán los lindes prefijados al escrito.

Funestas como son á la moral y felicidad del individuo, y fatales no pocas veces al sosiego y bienestar de la sociedad, la ambición y el anhelo de la gloria, ejercen no obstante sobre el corazón del hombre un mágico influjo, que agranda sus ideas, ensancha sus planes, multiplica su actividad y osadía, é inspirándole á menudo grandiosos proyectos, le hace capaz de sostener los trabajos más penosos, y de acometer impávido las más arriesgadas empresas. El amor, fiebre ardorosa cuando carece del objeto amado, pueril cuando le posee, frágil y mudable como la hermosura que idolatra, inspira al corazón del hombre la veleidad y la inconstancia, debilita su vigor, alloja su energía, y absorbiendo en liviano sueño todas las potencias, echa á perder con frecuencia el más exquisito temple de alma. El hombre que trabaja por adquirir un nombre ilustre, ó que abriéndose paso por entre la obscura muchedumbre se esfuerza por ocupar un alto destino, marcha tal vez por el sendero de la violencia y del crimen, y deja en pos de sí un reguero de sangre y de lágrimas: es verdad; pero hácelo al menos con la cerviz erguida, con el orgullo en la frente, afligiendo á las personas juiciosas con el amargo pesar de ver extraviadas de un modo lamentable grandes calidades dignas de mejor objeto, é inspirando á los demás hombres ora la admiración y entusiasmo, tal vez el terror y el odio; mas no la burladora sonrisa, no la indiferencia y el desprecio. El amante, olvidado de sí mismo, sin más objeto que su ídolo, sin más dicha que el placer, se arrastra con abatimiento y languidez á merced de los caprichos de la belleza que adora; y como que prefiere á cuanto hay de brillante, grande y estimable sobre la tierra los hechiceros halagos de obscuridad voluptuosa, sólo ofrece á sus semejantes la imagen de la abyección y

debilidad; sólo les inspira una compasión estéril, si no es que con sus gemebundos plañidos no provoque de vez en cuando la picante sátira del gracejo, ó la penetrante malignidad de mirada burlona. Y he aquí la causa por qué están reñidos con esa pasión muelle y enervante todos aquellos cargos cuyos objetos sean algo de arduo, de grave ó importante: he aquí por qué ha sido necesario levantar una robusta valla, un muro de bronce entre sus halagos seductores y las funciones religiosas. ¿Y qué? ¿hay acaso algo en el mundo que demande más elevación de ideas, mayor pureza de corazón, más gravedad de carácter, y más circunspección, dignidad y rectitud en toda clase de procedimientos?

Pero bien, se me dirá, si el sacerdote fuera un ángel, si en su pecho no hirvieran las pasiones como en el pecho de los demás hombres, estaría muy puesto en su lugar cuanto se acaba de aducir en favor del celibato; pero el sacerdote es un hombre, y si no dais al fuego de sus pasiones un respiradero legítimo, provocaréis una explosión criminal; cuando creeréis haberle levantado al nivel de la perfección, le veréis precipitarse por la carrera de la corrupción y del escándalo. Objeción especiosa sin duda por imitar el circunspecto lenguaje de la prudencia y buen sentido; pero que es muy fácil disipar con abundantes y robustas reflexiones, y que sobre todo se desvanece en humo con el concluyente testimonio de los hechos.

Si el matrimonio del clero fuera un saludable y precioso desahogo, si el celibato católico fuera una comprensión imprudente y peligrosa, obrando de continuo estas dos causas, la primera sobre el clero protestante, y la segunda sobre el católico; se habría establecido entre la conducta de ambos un terrible desnivel, quedando incalculable ventaja á favor de los ministros protestantes. Ahora bien, ¿existe el desnivel? Sí, y muy grande; pero es todo á favor del clero católico. Diganlo si no cuantos hayan viajado por los países protestantes, ellos que habrán sido testigos oculares de la poca estimación en que son tenidos por sus



pueblos, de la indiferencia y hasta desprecio con que son mirados en todas partes: y dígalo ese respeto, esa veneración con que es obsequiado por los católicos el clero católico; y eso á pesar de los inauditos esfuerzos que de un siglo á esta parte se están empleando á porfía por desconceptuarle y envilecerle. Aun hay más, y sobre este hecho, aunque muy sabido, llamo muy particularmente la atención de mis lectores. Cuando la terrible explosión de la revolución francesa dispersó por toda Europa á los ministros católicos, una porción considerable de ellos buscaron en Inglaterra un asilo contra el furor que los perseguía en su patria. No era seguramente la Inglaterra un país en que se hubiese calumniado á medias al clero católico; presentáronse allí los sacerdotes emigrados: ¿y qué sucedió? Sucedió lo que sucederá siempre cuando las declamaciones se sujeten á la piedra de toque de los hechos: admiraron los ingleses la santa gravedad, la intachable pureza de aquellos sacerdotes que habían visto retratados con tan negros colores; y, á pesar de la extrema suspicacia de los habitantes de aquel país con respecto á los célibes, se estableció en favor de los sacerdotes católicos la honrosa excepción de franquearles libre entrada en las casas, y de permitirles con entera confianza la comunicación con las esposas y las hijas. ¿Dónde están pues los funestos resultados del celibato del clero católico, cuando en país extranjero, á la sola vista de sus virtudes, se disipan preocupaciones tan arraigadas, se acallan resentimientos tan inveterados y nutridos, y se tranquiliza completamente la delicada suspicacia de sus mayores adversarios?

### III.

Cuando las cuestiones se sacan de su verdadero terreno se miran bajo un punto de vista falso; y cuando en la resolución de un problema se hace abstracción de ciertos datos que están por necesidad embebidos en su naturaleza, en vez de dar en el blanco de la cuestión, no se hace otra

cosa que derramar vaciedades y desaciertos. El celibato del clero católico cuenta por principales adversarios á aquella clase de filósofos que no conocen otra basa de la moral que el interés privado, y que desprecian como vana ilusión á cuantos otros agentes se quiera atribuir influjo sobre el corazón humano. Mirados bajo este punto de vista la sociedad y el individuo, reguladas por esta norma las conductas privadas, basadas sobre este cimiento las leyes, sin más influjo sobre el corazón que los alicientes de los goces materiales, ó el temor de penas pasajeras, sin más freno para la violencia de las pasiones que los consejos de una razón estéril y helada, ó la flaca contextura de una legislación, obra de combinaciones puramente humanas, en teniendo que luchar con aquellas pasiones que por la naturaleza de la mayor parte de sus extravíos están fuera del alcance de las leyes del hombre, si no dan por imposible el contenerlas, apelan á vanos paliativos, á remedios ineficaces, á desahogos, á condescendencias funestas: y, en medio de la impotencia y nulidad de sus medios, culpan de vana temeridad las severas disposiciones de una legislación sabia y profunda. ¿Quiérese una confirmación de la ligereza con que se ha echado en cara al catolicismo la austeridad de sus instituciones en materia de celibato? Recordaré pues un hecho reciente, público, ruidoso, ya que por su estrecha relación con la materia que nos ocupa no podría omitirse sin dejar un considerable vacío. ¿Qué no se había dicho, cuánto no se había declamado antes de la revolución francesa sobre la austeridad de vida de las vírgenes consagradas á Dios, de las pretendidas víctimas del claustro? Estalló la revolución, cayeron de repente al suelo las puertas de los pretendidos calabozos; ¿y qué sucedió? Dígalo la nación francesa: cuando muchas se hallaban todavía en la edad lozana en que la naturaleza no ha perdido aun su hermosura, las ilusiones su brillo y el placer sus hechizos, ¿viéronse acaso aquellos escándalos que con tanta impudencia se prometieran la impiedad y la malicia? Fieles á la santidad de sus votos, sordas



á las seducciones de un mundo que las brindara con la dorada copa, retroceden horrorizadas á la sola vista del peligro, y cubriendo sus rostros virginales con el velo misterioso, corren á llorar en soledad los extravíos de aquella generación delincuente. Pero ¿á qué citar países extraños? En España ¿no hemos visto nosotros á esas vírgenes heroicas arrostrar generosamente la estrechez, y hasta la miseria, antes que abandonar aquel asilo de soledad y de penosas privaciones? ¿No las hemos visto conservarse en sus retiros corriendo gravísimos peligros sus vidas inocentes, cuando desde la obscuridad de los ángulos del claustro oían la confusa gritería de los asesinos, veían el siniestro reflejo de la tea incendiaria, y llegaba hasta sus oídos el estruendo de los aceros homicidas? ¿Dónde está pues la opresión, dónde la violencia, dónde la imprevisión del catolicismo, dónde los funestos resultados de sus instituciones severas?

Cuando se quieren examinar las leyes más santas y sublimes al través de un prisma ennegrecido por la corrupción y los placeres; cuando no se cuenta con otros medios de acción sobre el corazón del hombre que el aliciente de los goces voluptuosos, ó el temor de padecer momentáneos, nada extraño es que no se comprenda una palabra de esa profunda legislación, grandiosa en su plan, prudente en sus detalles, fuerte sin violencia, suave sin relajación, sólida, estable y permanente para resistir á los embates de las pasiones y trastornos, como á la acción roedora de los siglos.

La religión de Jesucristo, como emanada del seno de Aquel en cuyas manos están los corazones de los mortales, se dirige en derechura al corazón, le ocupa, le ablanda, le señorea; y como ejerce sobre todos sus resortes un impulso inmenso, le impera sin vacilar las acciones más difíciles, le exige los sacrificios más arduos y penosos; y si tal vez trata de condescender algún tanto á la flaca condición del hombre, no es doblegándose al gusto de las pasiones, nó relajando la severidad de sus leyes, ni amanci-

llando la pureza de su doctrina, sino que tiene á la mano una infinidad de recursos con que endulza las más agrias austeridades, siembra flores celestiales en los más ásperos caminos, é inunda las angustias del corazón con balsámicos lenitivos de amor, de consuelo y esperanza. Enlazando el tiempo con la eternidad, la vida con la muerte, las sonrisas de la cuna con el llanto del sepulcro; sorprendiendo al hombre en medio de su frívola alegría y de sus placeres livianos, vierte en la copa de los goces una gota de saludable amargura, levanta el engañoso velo que encubre la nada de las cosas humanas, recuerda de continuo al mortal la eternidad de su destino, mostrándole con severa mano el polvo de su ser y la lobreguez de la tumba. ¡Cadena misteriosa que une la tierra con el cielo! ¡Digna obra de la omnipotente palabra que crió la luz, que estableció la armonía del firmamento, y que asentó sobre su basa los cimientos de la tierra!

#### IV.

Cuantos han impugnado el celibato del clero católico se han manifestado muy ligeros en el estudio de la religión, y mostrado conocer muy poco su verdadero espíritu y sus más naturales y espontáneas tendencias. A no ser así, habrían confesado al menos que el catolicismo en el establecimiento del celibato del clero ha sido muy consecuente, y que ha planteado una institución que no podía menos de brotar en su seno. Es esto tan cierto, que aun cuando se supusiera abolido el celibato del clero, en floreciendo algún tanto la religión, volvería á presentarse desde luego bajo la forma de costumbre venerable; permaneciera más ó menos en aquel estado, pero puede asegurarse que al cabo de cierto tiempo se colocaría de nuevo en la esfera de las leyes.

Desenvolvamos este pensamiento. Cuándo una institución tiene en sí misma un poderoso elemento de vida la comunica sin cesar á cuantos gérmenes se abrigan en su



seno, y si tal vez deja á la acción de largo tiempo el desenvolverlos completamente, no obstante, si la institución matriz es bastante robusta, nunca deja de llevarlos á completa sazón y desarrollo. Distínguese muy particularmente por este carácter la religión católica, la que, aun mirada bajo un punto de vista meramente humano, es sin disputa la obra más robusta que se ha visto sobre la tierra. Así es que cuantos elementos lleva en su seno, tarde ó temprano llega á desenvolverlos, sin que puedan jamás impedirselo, ni los planes y pasiones de los hombres, ni la confusión y el trastorno de los siglos. Como el espíritu de esa religión divina es de sublime elevación á Dios, y por consiguiente de completa abstracción de las afecciones terrenas, tiene por su misma naturaleza una fuerte tendencia á la vida continente; y si bien ha dejado el ejercicio de esta virtud en los límites de puro consejo, la ha siempre distinguido con particular predilección, y mirádola como una de las bellas azucenas que orlan la hermosa frente de la perfección cristiana. Y es muy de notar, que siempre, por do quiera que esa hija del cielo haya fijado su pisada, se ha visto brotar esa virtud como una flor olorosa que naciera al solo contacto de su planta, y que marcara con aromáticos perfumes el sendero de su huella vivificante. Nada han podido contra su acción poderosa, ni la corrupción más arraigada, ni el clima más rebelde; por manera que allí mismo se admiraron los más inauditos ejemplos de austera continencia, en donde se habían combinado más eficaces causas para la molicie del corazón y la corrupción de costumbres.

Asentada esta verdad de hecho, preguntaré ahora: si era posible que el clero, esa porción predilecta y escogida, que por razón de su augusto ministerio debía de sentir más de cerca todo linaje de influencias religiosas, pudiera desentenderse de esa tendencia tan marcada que manifestaba el cristianismo, y si no era imposible que con tan irresistible impulso dejasen de enlazarse de un modo inseparable la continencia y el sacerdocio. ¿Cómo era dable que se ocul-

tara á la Iglesia la estrecha relación que las unía, que desconociera lo que demandaba de sus ministros el espíritu de la religión, y que no aprovechara este medio tan obvio, tan natural y edificante de presentar á los fieles una muestra viva, universal y duradera, para que á su imitación pudieran ellos arreglar y modelar su conducta? ¿No hubiera sido bien extraño, bien irregular, y de consiguiente poco duradero el que se hubieran visto entre el común de los fieles, numerosos ejemplos de continencia edificante, mientras que se hubieran entregado á las ilusiones del placer los sacerdotes, ellos que estaban encargados de ofrecer á Dios las oraciones y virtudes de sus hermanos, de dirigirlos por el camino de la perfección, y de preservarlos de los amaños y asechanzas de la antigua serpiente? Con un corazón plagado de afecciones voluptuosas, con una fantasía sembrada de imágenes seductoras, y disipada por recuerdos livianos, ¿cómo hubieran comprendido el lenguaje puro y celestial de una virgen cristiana? ¿Cómo hubieran podido elevarse á la necesaria altura para dirigirla con saludables consejos, para confortar su corazón inocente combatido por recios embates, afligido con amargas tribulaciones y angustias? Y si miramos al sacerdote como depositario de los secretos más sagrados del corazón; cuando se hubiera postrado á sus pies un cristiano humillado que acababa de mancillar su inocencia con un desliz de la debilidad humana; cuando se hubiera dispuesto para comunicar al sacerdote aquel secreto que le era más caro que su misma vida, ¡cuál se hubiera angustiado su pecho, cuál se hubieran anudado en la garganta sus palabras al pensar en la curiosidad y ligereza de la mujer, dueña de aquel corazón que iba á recibir el depósito de tan delicada confianza!

Subirá de punto la importancia de las ventajas que consigo lleva el celibato del clero católico, si se considera que el ministro de la religión debe ser todo para todos, y que uno de los mayores embarazos para cumplir este destino hubieran sido ciertamente los lazos del matrimonio.



Sojuzgado el corazón del esposo por las gracias de su amable compañera, embelesado con las caricias de los hijos de su corazón, lleno de ilusión y esperanzas por sus disposiciones precoces, y de temores y recelos por su suerte venidera, siente que se despiertan en su pecho una muchedumbre de afectos tan tiernos y solícitos, como fuertes é irresistibles; pero todos aislados, concentrados en la esfera de su familia, todos convergentes, por decirlo así, en la dirección del bienestar y felicidad de su esposa y de sus hijos. Sus necesidades se aumentan, sus afanes se multiplican, cobra á los intereses materiales un apego increíble; y mientras absorben su atención las ocurrencias de lo presente, atormentan á la vez su ánimo con inquietudes y zozobras los azares del porvenir. Nada más á propósito para corroborar estas aserciones que las siguientes notables palabras del doctor King, ministro de la reforma protestante: «No fué poca desgracia (dice) para la causa del cristianismo en Inglaterra el permiso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio cuando la reforma nos separó del papismo, porque ha sucedido precisamente lo que debía necesariamente suceder, y lo que se debería haber previsto. *Desde aquella época nuestros eclesiásticos no han pensado más que en sus mujeres y en sus hijos.*» Estas palabras no necesitan comentarios; y ellas dicen de un modo elocuente la elevada prudencia del catolicismo en vedar el matrimonio al clero, cuyos bienes deben destinarse particularmente á saciar el hambre del pobre, á cubrir la desnudez del mendigo, al socorro de la estrechez de la viuda, y al amparo de la orfandad desvalida: ellas dicen si hubiera sido prudente el embarazar al clero con las atenciones siempre crecientes de la esposa y de los hijos, para que á este solo recuerdo se helara su corazón y se cerrara su mano.

Que si miramos el celibato del clero en cuanto le deja con aquella independencia, con aquella fortaleza de ánimo, con aquel temple elevado, vígoroso y enérgico que requieren las grandes acciones y las empresas arriesgadas,

encontraremos mucho más que admirar en los profundos designios de la Iglesia católica. Una vez enlazado el hombre con los vínculos conyugales, mira la conservación de su existencia como una condición indispensable para la felicidad de su familia; y aun cuando quepan en su pecho sentimientos nobles y elevados, aun cuando palpiten de entusiasmo su corazón á la vista de una empresa arriesgada, generosa y heroica, al pensar en el desconuelo de su esposa, en la orfandad de sus hijos, siente relajarse aquel esfuerzo varonil que se desplegara en su pecho en un momento de arrebató, y tiembla pavoroso á la vista de los azares y peligros. Y he aquí por qué entre los católicos, y solo entre los católicos de ambos sexos que profesan la vida continente, se ha visto esa no interrumpida serie de personas dedicadas al consuelo y alivio de la humanidad doliente en los hospitales, en esos admirables establecimientos hijos exclusivos de la caridad cristiana, en esas moradas de dolor en que quedan sepultadas en el olvido tantas acciones heroicas, porque la muerte viene á cerrar los labios del agradecimiento, y el mundo no se digna siquiera dirigir su altanera vista hacia aquellas mansiones de dolor, de miserias y lamentos. He aquí por qué sólo entre los católicos se han visto verdaderas misiones dignas de este nombre; sólo entre los católicos se han visto aquellos ejemplos de inalterable fortaleza, de heroico valor y generoso desprendimiento, en que hombres criados entre las comodidades y suavidad de costumbres de las naciones civilizadas, se despiden para siempre de su patria, de sus amigos y familia para atravesar la inmensidad de los mares, y sepultarse en seguida entre los laberintos de desiertos inmensos, en busca de un hombre á quien no conocen, y que en el exceso de su degradación y barbarie, pagará con una muerte cruel y horrorosa el celo caritativo que le llevaba el bienestar sobre la tierra y la eterna felicidad después de la muerte.

Figuraos ahora á un misionero protestante embarazado con el vínculo conyugal; al abordar una playa lejana y des-



conocida, teniendo á la vista la inmensidad de un desierto, sin divisar en ninguna parte la más leve seña de la mano del hombre; rodeado de las colosales producciones de la naturaleza, que en medio de una soledad sublime y de un silencio imponente, despliega á sus ojos una majestad aterradora; si al trepar por fragosos barrancos y entrecortadas malezas, oye el destemplado aullido de la horda salvaje, ¿creéis acaso que tendrá valor para dirigirse á su encuentro, cuando en aquel instante no podrá menos de asaltarle el angustioso recuerdo de las lágrimas de su esposa, del llanto de sus hijos, que tal vez en aquel mismo momento lloran en torno de la desolada madre la ausencia de un padre á quien no volverán á ver, y de un padre que va en busca de una muerte obscura, sin testigo siquiera, sin consuelo ni gloria? No extrañemos pues la incomparable distancia de los resultados de las misiones protestantes al fruto de las misiones católicas; pues que á más de la esterilidad que será siempre el patrimonio de las iglesias separadas del fecundo seno de la Iglesia, tienen los misioneros protestantes la gran desventaja de presentarse en las misiones rodeados de sus esposas y de sus hijos, ocupados antes de empezar sus tareas en proporcionar cómoda vivienda á su familia; y con tamaños antecedentes, bien se les ha de alcanzar á los infieles, que aquellos hombres tienen también sus aficiones y sus apegos terrenos; y á buen seguro que tampoco encontrarán entre ellos ningún émulo del gran Javier, ni celosos imitadores de los mártires del Japón.

Allégase á cuanto se ha dicho en pro de las ventajas del celibato del clero, que no sólo las empresas arriesgadas y heroicas se avienen muy mal con el estado del matrimonio, sino también todo linaje de tareas muy asiduas y de trabajos muy penosos, al paso que se hermanan admirablemente con el estado del celibato eclesiástico. Basta haber reflexionado muy ligeramente sobre el renacimiento y progresos de las letras, para conocer los inestimables beneficios de que la sociedad le es deudora. Sin él no hubie-

ra tenido la Europa en medio de la confusión de los siglos bárbaros aquellas reuniones de hombres que en el silencio de sus claustros se ocupaban infatigables en conservar, copiar, ordenar el precioso depósito de los manuscritos antiguos, amontonando un inmenso caudal de materiales científicos que pudieran aprovecharse en tiempos más felices para derramar una ráfaga de luz sobre las tinieblas que envolvían la Europa. Sin él no se hubieran visto aquellos portentos de laboriosidad, aquellas bibliotecas vivas de costosa erudición que se admiraron en Europa al renacimiento de las letras, y cuya mayor parte pertenecían al estado eclesiástico.

Aun hay más: cuando al decaer rápidamente la grandeza del imperio romano, caducaban también á igual paso todo linaje de conocimientos, ¿quién sostuvo el brillo de las letras y la dignidad del saber, sino aquellos grandes hombres llamados por nosotros los Padres de la Iglesia? ¿Y no eran ellos los que mientras llenaban el mundo con la fama de su sabiduría, le edificaban con sus virtudes eminentes y con la estricta observancia de una continencia severa?

Y adelantando un paso más en aquella época: ya estaba completamente derribado el imperio romano, y los bárbaros del Norte hollaban con su robusta planta la enervada cerviz de los señores del mundo; ya flotaba sobre las ruinas de los antiguos palacios una tienda salvaje cubierta de polvo y salpicada de sangre; ya estaban sepultados entre montones de escombros y cenizas los monumentos del antiguo saber, y en medio de tanta confusión y tinieblas, inevitable resultado de tan espantoso trastorno, cuando tan difícil debía de ser el procurarse cualquiera clase de conocimientos, aun vemos con admiración cuál resplandecían por su vasto saber un número considerable de eclesiásticos ilustres, que sacando de la austeridad de sus costumbres una infatigable laboriosidad y un elevado temple de alma, habían sabido crearse una posición tan alta como difícil y aislada, conservándose en pie como robus-



tas columnas de un edificio derribado, como luminosas antorchas que brillasen entre las densas tinieblas de un espacio inmenso.

V.

Pero basta ya de esa clase de reflexiones, es necesario acercarse al fin del escrito; que la sobrada extensión que va tomando recuerda de continuo la estrechez de los lindes prefijados en el programa. Bajemos ahora á un terreno más llano y más al gusto de nuestro siglo : no huyamos de una arena en que rato há que nos estarán aguardando nuestros adversarios, esperanzados quizá de abrirnos herida de muerte. Bien se les alcanzará á los lectores que vamos á ventilar el punto en sus relaciones con el aumento de la población, y tal vez esperen ya con impaciencia el ver cómo se sincera el celibato del clero de los terribles cargos que se le han hecho en tan delicada materia. Por más que sea bien conocido el saludable influjo que ejerce sobre el aumento de la población la moralidad del pueblo, y por más que se desprenda de cuanto se lleva dicho la poderosa influencia que sobre esta moralidad debe tener el celibato del clero; prescindiremos sin embargo de estas consideraciones, no sea que se diga que huimos el cuerpo de la lucha que nos espera en un terreno material y positivo. El celibato del clero (dicen nuestros adversarios) es altamente nocivo al bien de la sociedad, porque, disminuyendo el número de los matrimonios, es por su naturaleza contrario al aumento de la población. He aquí su Aquiles; veamos sin embargo si tendrá tal vez algo de flaco y vulnerable. Por de pronto salta á los ojos que la objeción estriba en el supuesto de que el aumento de la población es proporcional al número de matrimonios; pero este supuesto es falso, y juzgado como tal por los más adelantados conocimientos de la ciencia económica; luego carece de solidez cuanto se edifica sobre semejante cimiento. Por más que no sea ahora posible el desenvolver la materia

con aquella extensión que demandan su gravedad é importancia, será no obstante preciso el dar por lo menos una ojeada á sus principales puntos de vista, ya que serán bastantes pocas palabras para que allí reciban mayor descalabro los enemigos del celibato del clero, donde se habían prometido más cumplido triunfo.

Como para aumentarse la población no basta el que sea mayor el número de nacidos, sino que es necesario que lleguen éstos á sazón completa, y esto no puede verificarse en careciendo de los medios de proveer á sus necesidades, resulta de aquí que, cuando el número de matrimonios, y por consiguiente el de los nacidos, no esté en proporción con los medios de subsistencia, fallecerá el excedente de la proporción; permanecerá la población estacionaria, y aun al cabo de cierto tiempo podrá retrogradar de un modo considerable, por las funestas consecuencias que debe de llevar consigo el supuesto desnivel entre los medios de subsistencia y los individuos que han de consumirlos. Es ya una verdad reconocida por los economistas que la población es siempre proporcional á los medios de subsistencia; y Destutt de Tracy afirma resueltamente que están de acuerdo sobre el particular todos los que han meditado y profundizado completamente esta materia. Es muy digno de observarse que al linaje humano lo mismo que á las demás especies que se multiplican por reproducción, no es nunca la falta de gérmenes lo que se opone á su aumento, sino la escasez de medios para conservarlos, nutrirlos y llevarlos hasta el último término de sazón y desarrollo. Infiriéndose de todo esto que para aumentar la población nunca deben dirigirse los esfuerzos á multiplicar los matrimonios, sino únicamente á que abunden los medios para proveer á las necesidades de los nacidos; pues en este caso es bien seguro que crecerá rápidamente la población hasta ponerse al nivel de los medios de subsistencia. No quiero omitir una reflexión que me ocurre con respecto á los que juzgan el aumento de la población proporcional al número de matrimonios, y es que me parecen compara-



bles al que tratase de evaluar los productos de varias posesiones agrícolas no atendiendo á la fertilidad y naturaleza de las tierras, ni á los medios del labrador para cultivarlas, sino únicamente al número de las fincas y á la extensión de su terreno. He aquí á qué se reducen en último punto tantas declamaciones; he aquí lo que valen examinadas á la luz de la razón ilustrada con el análisis de los hechos.

Para que se vea más y más la profunda sabiduría con que está concebida la ley del celibato del clero, y para desvanecer más completamente la tacha de anti-social con que se ha querido afearla, será bien, antes de terminar la materia, llamar la atención de los lectores sobre un punto de vista en que se presenta la cuestión bajo un aspecto tan hermoso como importante. Demos de barato que el celibato del clero pudiera mirarse como una fuerza reprimiente del aumento de población, ¿será por esto una institución nociva á la sociedad? No seré yo quién me encargue de responder á la pregunta, ni será ninguno de cuantos por profesar este estado podríamos tal vez ser tachados de preocupación y parcialidad; será el protestante Malthus, será el filósofo Destutt de Tracy; dos economistas cuyas simpatías es bien seguro que no estaban á favor del celibato del clero.

Malthus, es decir, el escritor que ha tratado con más tino, profundidad y maestría el punto de la población, observa que, aun en el caso más favorable para su aumento, se halla éste con respecto á la multiplicación de los medios de subsistencia en razón de dos proporciones, la una geométrica, la otra aritmética; sentando en consecuencia que la población es siempre tan grande como puede ser, habida razón de los medios de subsistencia, y que su exceso es el origen de todas nuestras miserias. Destutt de Tracy coincide enteramente con el parecer de Malthus, y después de haber observado con el citado escritor que, aun considerada la población con respecto á la fuerza no aumenta la de los gobiernos que la favorecen, porque no pu-

diendo mantenerse más hombres que los que permite la cantidad de los medios de subsistencia, no se hace más con aumentar los nacidos que aumentar á proporción las muertes prematuras, y el número de niños con respecto al de los adultos, debilitándose de esta manera la población á proporción de su número, concluye con las siguientes palabras: «Así pues es una verdad demostrada que el interés del hombre, mírese como se quiera, consiste en disminuir los efectos de su fecundidad.»

Infiérese de aquí que existe una fuerte tendencia á elevarse la población sobre el nivel de los medios de subsistencia, y que sería una prenda de seguridad para los Estados y de felicidad para los pueblos, una institución que, hermanando la pureza de la moral con los intereses sociales, fuera una fuerza reprimente de aquella tendencia peligrosa, un preservativo contra aquel funesto desnivel que podría llevar consigo tan aciagos resultados. Ahora bien, todo cuanto haya de provechoso, de posible, de aplicable en esta idea, ¿no está realizado de un modo admirable en el celibato eclesiástico, y combinadas las miras religiosas y morales con los intereses sociales y políticos? Díganlo la buena fe, la imparcialidad y el buen sentido.

Reflexionando Malthus sobre la alta importancia de una restricción moral que neutralice suavemente el progreso de aquel peligroso aumento, y confesando la dificultad que hay en encontrarla, no se acuerda del celibato del clero, y apela al establecimiento de ciertas escuelas morales, en que se instruya al pueblo sobre este punto: si no ocurriera desde luego el desagradable pensamiento del lamentable influjo que ejercen sobre las ideas de los hombres más eminentes, y más tal vez sobre sus palabras y escritos, las miserables preocupaciones de secta, sería cosa risible por cierto el ver que á la pasión más violenta é indomable del hombre, y cuyo desarrollo se verifica cabalmente en la edad de la inexperiencia y desacierto, se le opone por un hombre como Malthus el endeble freno de ciertas escuelas morales.



VI.

Siempre que uno examina alguna de esas grandes instituciones levantadas por la religión cristiana con tan sabia construcción y sobre tan robustos cimientos, cuando las mira atravesar inmutables los trastornos y revoluciones de tantos siglos, sosteniendo de continuo los recios embates de cuantas pasiones se agitan en el corazón humano, se siente sobrecogido de un religioso estupor, y brotan á porfía en el ánimo las reflexiones más graves, al par de los sentimientos de una veneración profunda. ¿Quién no recuerda los encarnizados ataques de que ha sido objeto el celibato eclesiástico? Seguros sus adversarios de arrancar numerosos aplausos, supuesto que hablan en pro de las pasiones, manejando una materia que por su elevada esfera no presenta sus más hermosos puntos de vista á los ojos del común de los lectores, y que por la profunda sabiduría con que se halla concebida tiene sus delicadas relaciones fuera del alcance de una observación superficial y pasajera; ofrecíaseles ancho campo para esgrimir sus armas favoritas: la declamación y el sofisma. Indignación causa y desprecio el oír de la boca de Rousseau que « para saber lo que debe pensarse con respecto á la ley del celibato eclesiástico, basta considerar que si ella se generalizase destruiría el linaje humano; » como quien dijera que es muy perjudicial la agricultura, porque si todos los hombres se dedicasen al cultivo de la tierra, al fin vendrían á perderse todas las otras profesiones. Cuando un escritor se atreve á estampar semejantes racionios, es bien seguro que cuenta mucho con la estupidez ó condescendencia de sus lectores.

¶ Pero ¡vanos esfuerzos! las verdades religiosas que se habían señoreado del mundo á pesar de los violentos esfuerzos y de la obstinada resistencia de las potestades de la tierra, no eran para destruídas aun cuando se levantara en contra de ellas el adversario más poderoso y temible:

el orgullo del saber. Al vivo y disolvente fuego del crisol de las ciencias, no resisten jamás las mal trabadas partes del error y de la mentira; pero, impotente ese fuego cuando se aplica sobre la verdad, sólo sirve para aumentar su brillo y hermosura, y para que se eche de ver más y más la solidez de su masa y la compacta trabazón de su estructura inalterable. Así es como se halla sobre el horizonte la religión católica, bella y radiante á pesar de la obstinada avilantez con que sus enemigos se han empeñado en ofuscarla; así es como fija aun las miradas en todos los observadores como un rayo de luz consoladora, como un astro de ventura anuncio de halagüeñas esperanzas. Circula, es verdad, circula por todas las sociedades civilizadas la duda, ese germen de muerte inoculado en sus venas por plumas engañosas y aleves; pero nótase al menos una tendencia al examen de las grandes cuestiones religiosas y sociales: nótase que la religión es de nuevo el objeto de profundos estudios, y que en torno de esa virgen bajada del cielo se apiñan presurosos un número considerable de observadores para admirar su amabilidad y hermosura, ya que no para tributarle el homenaje de la fe y los obsequios del corazón. ¿Y quién dijera que no sea esto un preludio de más venturoso porvenir para la religión, que, emanada del seno de las luces, inunda con la luz de sus rayos á cuantos se detienen á contemplarla? ¡Ah! abandonémonos un momento á tan gratas esperanzas, que parece que embalsaman el corazón endulzando la amargura de tan acerbadas desdichas. — *J. B.*

---



(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Julio de 1843.)

## ¿Y DESPUÉS?

---

### I.

Los sucesos se precipitan, el desenlace se acerca; ¿el dedo misterioso habrá escrito en la pared las palabras fatídicas? Mientras los vencedores entonan ya el himno del triunfo, y los pueblos se entregan al entusiasmo y alborozo, necesario es dar una mirada al porvenir, preguntando, ¿y después? Porque después de haber derribado, es necesario construir; después de removidos los obstáculos, y limpiado el terreno, es indispensable levantar un edificio sólido, regular, acomodado á su objeto; y que de aquí á poco tiempo no se vea la nación en la triste necesidad de derribarle también. Que semejantes derribos salen muy caros, y una nación no puede subsistir en medio de tan crueles alternativas. La administración se disloca y trastorna lastimosamente, la hacienda se dilapida, la disciplina militar se relaja, el pueblo se acostumbra á la insurrección, la autoridad se envilece, las ambiciones se desplegan, y con el tiempo.... ¡Ah! las fronteras y las playas españolas han oído un doloroso adiós de tantos y tan diferentes proscriptos!... En el curso de las revoluciones el observador filósofo descubre un fatal encadenamiento de su-

cesos formidables; el hombre religioso una serie de expiaciones tremendas: ¿habremos llegado al último eslabón? Dios no nos ha revelado sus arcanos.

## II.

Un viajero que abandonó hace pocos años el pacífico techo de la casa paterna, sufre una larga cadena de vicisitudes é infortunios; con malos encuentros en la tierra y tempestades en la mar, salva con trabajo su existencia, merced á su complexión robusta, á su constancia invencible, á su intrepidez: pero acabando de superar los peligros de la más deshecha tormenta, se halla arrojado sobre una playa solitaria; allí después de haber recogido á duras penas algunos restos de su antigua fortuna, se concentra, medita, echa una ojeada sobre los caprichos de su suerte, recorre con plácida melancolía los azares de su vida, acabando por preguntarse, *¿y ahora?*

¡Cuántos cambios, cuántos trastornos desde la muerte de Fernando! La Monarquía pura, el Estatuto, la Constitución de 1812, la Constitución de 1837, dos regencias, diversos sistemas, innumerables ministerios... Se ha destruído todo lo antiguo: ¿dónde están las creaciones nuevas? ¿Se ha mejorado la administración del reino ni de las colonias? ¿ha dado un paso nuestra hacienda? ¿se gloria de un adelanto la instrucción pública? ¿Y continuaríamos en tanta mezquindad de pensamiento, en tanta nulidad de ejecución? Hay un gran pueblo que sólo espera una voz para levantarse y hacer prodigios reconquistando su primitivo grandor; pero esta voz le ha faltado, anda errante, sin guía. ¿Quién se lo dará?

## III.

Todavía existe el trono: ¿cómo se ha salvado?

Tal vez los huracanes se desencadenan y barren los bosques de pinos y de encinas; la lluvia cae á torrentes, los



riachuelos se convierten en ríos, y los ríos en mares, las comarcas se inundan, los viejos castillos bambolean, y la vivienda del labrador es arrebatada por la corriente como pequeña góndola que el pescador se olvidara de amarrar á la orilla; una cuna va flotando sobre las aguas, y en aquella cuna hay un niño que duerme tan tranquilo como en el regazo de su madre. Así al fijar la vista sobre las tormentas de la revolución española, nos hemos figurado á la inocente Isabel, respetada por las borrascas, medida por la tempestad.

Poesía!... ¡Oh! poesía, séalo; pero en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la más alta importancia, en esa poesía viene expresado el fenómeno que revela uno de los principios que pueden reorganizar la España; en esa poesía se manifiesta uno de los más poderosos sentimientos que se albergan en el corazón de los españoles; en esa poesía está la clave de la situación, nuestra estrella política; quien la pierda de vista sumirá el país en nuevos abismos; quien se guíe por ella, lo salvará.

Se lo habíamos dicho, y no lo escucharon; así lo esperábamos, porque bien sabíamos que « cuando las pasiones rugen con feroz bravura, cuando los partidos se disputan la arena con tanto encarnizamiento, difícil es que puedan hacerse escuchar ni siquiera oír los templados acentos de la razón y de la imparcialidad. » Mas, ¿qué importaba? lo que convenía era decir la verdad; las palabras desoidas tenían un seguro garante que debía justificarlas: *el tiempo*. Para acertar no siempre es necesario ser profeta: fundad vuestras convicciones sobre principios eternos, y sea vuestra lengua el órgano fiel de vuestro espíritu: este es un talismán muy sencillo, pero seguro.

#### IV.

A los tribunos de los pasados tiempos, á los paladines de la libertad, se les apareció una visión aterradora. Han salido corriendo de la mansión sombría. Azorados, fuera de

si, gritando: lo vimos, lo vimos! He aquí lo que refieren. Al hombre á quien levantarán hasta la cumbre del poder, al hombre á quien desposaran con la diosa *libertad*, le sorprendieron que había destrozado á su consorte. Rodeado de los miembros palpitantes de la victima, desgarrando hojas del pacto que se creyera sagrado, revoloteaban sobre su cabeza genios maléficos, que es fama le fueron enviados de la región de las nieblas. Inquieto, agitado, atormentado por un pensamiento terrible, cuentan que estaba acechando con ávida y devorante mirada, el regio dosel á cuya sombra dormía la inocencia. Recuerdan que son españoles; se horrorizan al ver que el sangriento espectro les hace algunas señas como invitándoles á ser cómplices en la obra nefanda: entonces se estremecen, dan un grito, y ¿qué grito? ¡Dios salve la libertad, Dios salve la Constitución?... No... Dios salve el país, Dios salve á la Reina!

Antes hablabais como hombres de partido; entonces hablasteis como españoles; la nación oyó el grito, no se curó de quién lo daba. «¿Oís? dijo; nos venden á los extranjeros, la Reina está en peligro, corramos; Dios salve el país, Dios salve á la Reina!» El león de Bailén ha sacudido su melena, y el viento de las bonanzas y del cielo sereno no disipa más pronto la huella de la tempestad.

¡Qué cuadro para los corazones generosos! ¡qué lección para los hombres políticos!

## V.

Hemos visto muchos alzamientos; pero ¿quién se atreverá á decir, «yo he visto otro como el presente?» ¿Quién habrá visto, mezclados, confundidos, al hombre de las ciudades con el hombre de los campos, al morador de las campiñas feraces con el habitante de las horribidas montañas? Sólo se vió tamaño entusiasmo en la inmortal lucha contra el Capitán del siglo; y es que entonces se gritó también: ¡nos arrebatan la independendia! ¡nos han robado el rey! También entonces se decía: «talaremos vuestros



campos, destruiremos vuestros hogares;» « ¡qué importa! contestaba el generoso español: nuestros hogares están en nuestro corazón; nuestra patria estará allí donde podamos vivir con independencia.» También ahora se ha dicho: «incendiaremos vuestras riquezas, arrasaremos vuestra capital;» y el entusiasmo ha respondido: «pegad fuego á las mechas, ¡qué tardáis!...» ¡Dios salve el país, Dios salve á la Reina!

## VI.

Todos saben ahora lo que no quieren; pocos saben bien lo que quieren; en lo primero no hay discordancia, en lo segundo sí: pero en el fondo de todos los espíritus honrados y sinceros se agita un deseo que presentado bajo mil formas, y revestido de diferentes colores, viene á parar á una misma cosa: á la satisfacción de una necesidad que todo el mundo siente, aunque no se la explique: *igobierno*.

¿Sabéis lo que significa la situación actual? os alucináis mucho si pensáis que hay entusiasmo por estas ó aquellas personas, que hay predilección por uno ú otro sistema; la situación actual, esa agitación que con tanta fuerza tiende á derribar lo existente, es la expresión del profundo malestar en que la nación se encuentra, es la condenación de todos los ensayos que se han hecho hasta aquí. Hombres apellidados de gobierno, á vosotros os tocaba enseñar á la nación su camino, pero ella ha tenido que enseñároslo á vosotros: ¿qué? ¿os atreveréis á negarlo, ni á dudarle siquiera? Ved ahí la prueba. Hasta ahora habíais adoptado nombres exclusivos, os habíais envanecido con ellos cual con nobles blasones; y la nación acaba de decir: «no quiero más dictados propios, no quiero otro que el de *españoles*:» el más lato que se había oído hasta aquí, era el de *liberales*. Cotejad y juzgad.

«Pero nosotros, diréis, hemos levantado esta bandera de reconciliación, y la nación acogiéndola con entusiasmo, ha sido dirigida por nosotros:» no es verdad; antes que

vosotros enarbolaseis la enseña, el hermoso nombre de reconciliación estaba escrito en todos los corazones generosos, se albergaba en todos los entendimientos pensadores, y se agitaba en el seno de las masas haciéndolas más dóciles y suaves, como el aura benéfica que aplaca y extiende sobre el lecho las olas alborotadas. En una revolución reciente, que quizás no esté bien juzgada, se notó este fenómeno de un modo admirable. La sangre había corrido en abundancia, los enemigos estaban á la vista, las intrigas contra el movimiento eran más claras que la luz del día; todo al parecer debía contribuir á exasperar los ánimos, á irritar los enconos, á crear una situación suspicaz y perseguidora; y sin embargo sólo se habló de *españolismo*, de *reconciliación*, de *unión*: comparad el noviembre de 1842, con el noviembre de 1841.

## VII.

No nos hacemos ilusiones con la palabra *reconciliación*; creemos que expresa un sentimiento hermoso, un pensamiento de alta política, pero no un sistema de gobierno; y quien la adopte por bandera diciendo que basta predicar la *fraternidad* para hacer una obra maestra de política, bien puede asegurarse que ó procede de mala fe, ó que vive en las poéticas regiones de la fantasía.

El exclusivismo es aborrecido, los partidos son detestados por su perversidad ó despreciados por su impotencia; los nombres con que procuraban engalanarse á sí propios ó denigrar á sus adversarios, van cayendo en desuso, son mirados como enseña gastada por el tiempo, y manchada además con polvo y sangre; pero no deja por esto de existir la diferencia de opiniones, la oposición de intereses; y éstos y aquéllas saldrán de nuevo á la arena tan pronto como hayan derribado al que miran como enemigo común. De aquí la necesidad de pensar en el porvenir, de no fiar la reconciliación á sentimientos que por generosos, no dejan de amortiguarse tan pronto como desaparecen las



circunstancias que los inflaman. Conviene excogitar un sistema que ofrezca garantías de protección á todo lo bueno, á todo lo legítimo; conviene aprovechar los primeros momentos, porque la ocasión pasa como un relámpago. Los hombres políticos no deben confiar en esas reconciliaciones de teatro, que se ejecutan entre los aplausos de una entusiasmada asamblea, los brindis de un banquete, y las orquestas de un festín. Hállanse tal vez frente á frente ejércitos enemigos; algunos soldados salen de las opuestas filas, se adelantan unos hacia otros, se saludan, se estrechan la mano, se abrazan, comen, beben, danzan en la más perfecta armonía; ¿sabéis lo que vale tanta cordialidad? un momento después, cada cual vuelve á estar en su puesto; en toda la línea resuena un recio *quién vive!* y el fuego se rompe, y la refriega se empeña, y la batalla se hace general, y los mismos hombres que se abrazaban, se disparan con encarnizamiento el plomo mortífero, ó se pasan á cuchillo. Fiaos en apariencias.

### VIII.

Es preciso no perder de vista que en la actualidad (tén-gase presente que no hablamos de la nación sino de los partidos) hay *coalición*, lo que es muy diferente de *fusión*; los coligados pueden tener muy bien largas cuentas que liquidar; el reservarlas para después, no es lo mismo que darlas por saldadas.

«Pero ¿no veis, se nos dirá, qué actividad ha desplegado la *coalición*? ¿os parece que ha trabajado poco?» No por cierto; mas ¿no veis de qué se trataba? ¿no veis qué clase de trabajo es el que os alucina? Muy torpe fuera, ó muy corto de vista, quien creyese que van á levantar algún grande edificio los cuerpos de ingenieros, de zapadores y de artilleros cuando construyen baterías.

### IX.

Si queréis comprender á fondo una situación, examinad

también á fondo el estado de las opiniones , indagad todavía más á fondo , qué intereses juegan , y cuál es su posición respectiva; atended en fin á los medios de que disponen los campos opuestos; juzgad por los datos que sobre estos extremos recojáis: lo demás son bellas palabras, que el tiempo cuida de desmentir con hechos bien feos. Esto es triste , desconsolador; pero la realidad suele serlo tantol... Por lo demás , si alguien gustare de correr sin tino por un camino hermosamente tapizado, es un deber advertirle el abismo que pueden encontrar sus pies. Las víctimas iban al sacrificio coronadas de flores.

### X.

Hay en España un hombre que durante el curso de la revolución ha representado un papel singular. Siempre en las Cortes , siempre en los círculos políticos , siempre en las filas ó á la cabeza de partidos ruidosos. Se han sucedido innumerables ministerios, se han librado para escalarlos reñidas batallas, ora en el parlamento , ora en las calles y plazas; una secretaría del Despacho ha sido el bello sueño de todas las ambiciones; varias oportunidades se han ofrecido á este hombre para sentarse en una de las codiciadas sillas , que más de una vez hubiera podido ser la de la presidencia. A pesar de todo , este hombre no ha querido ser ministro. ¿Será por no abandonar el puesto de tribuno? nó: pues ha sabido resignarse á perder la popularidad, á eclipsarse por algún tiempo, no haciendo resonar su voz sino de vez en cuando, como para impedir que la posesión de sus rivales no prescribiese. ¿Será porque desprecie los puestos elevados, y no quiera percibir nada del erario? nó: largo espacio ha estado ocupando uno, en el cual el brillo de la categoría compite con el emolumento del sueldo.

Se ha dicho que este hombre está dotado de un gran talento; es bien posible que así sea, y nos inclinamos á otorgárselo; no por sus discursos parlamentarios , en los que aun juzgando favorablemente , no le conocemos superior-



dad con respecto á muchos otros; no por su táctica en las negociaciones, pues no sabemos que hasta ahora haya llevado á cabo ninguna que merezca la pena de anotarse en los fastos diplomáticos: no por la voz y fama pública, pues sabemos que en materias de reputación, sobre todo por breve tiempo, no faltan numerosos ejemplos de usurpaciones: talento político se lo reconocemos en no haber querido ser ministro. Siéndolo, es preciso *gobernar*; y cuando el *gobernar* es muy difícil, el *descrédito* es inminente. Este será sin duda el pensamiento dominante del Sr. Olózaga: habrá dicho para sí: «tienes reputación de hombre de gobierno; el mejor medio de conservarla, es no ponerla á prueba.» El penetrarse de la verdadera situación de las cosas, el conocerla con claridad, con limpieza, es uno de los caracteres distintivos del talento: estas cualidades las ha manifestado el Sr. Olózaga en su obstinado alejamiento de las sillas ministeriales: si semejante conducta es una señal de franqueza y desprendimiento, esta es otra cuestión.

El derribar en España, suele ser muy fácil: pero no lo es tanto el acertar en el momento oportuno. ¿El Sr. Olózaga no carece de tacto en esta parte: en ciertas ocasiones su aparición en la escena ha tenido algo de fatídico. Todos sabemos la historia de los años pasados: cuando ahora dió el famoso grito: ¡Dios salve el país, Dios salve á la Reina! Espartero y sus amigos debieron de comprender perfectamente lo que aquello significaba.

En los días de crisis se dijo que Olózaga era el hombre de la situación; y su nombre andaba siempre al lado del de López: sería curioso saber los pormenores de la negociacion entre los caudillos de las fracciones del Congreso. Como quiera, siempre es muy notable que un ministerio López-Caballero encontrase un ardiente defensor en el Sr. Olózaga. ¿Sería posible que en las entrevistas con Espartero se hubiese convencido de que el ministerio debía ser de breve duración, y que el programa no tendría más efecto que el de una gran palanca?

Se entenderá mejor la verdadera posición del Sr. Olózaga, si se observa que el Sr. Sancho, quien en las filas del progreso comparte con él la nombradía de hombre de gobierno, ha seguido una línea de conducta bastante parecida. La oposición siempre, el ministerio nunca. La presidencia del consejo para D. Antonio González ú otro cualquiera; las embajadas de Londres y de París, para Sancho y Olózaga. Esta conducta es sagaz y sobre todo muy cómoda; pero los hombres de todos los partidos deberían saber también á qué atenerse. Nuevas complicaciones sobrevendrán, para las que conviene estar en guardia. «Señores embajadores, sería menester decirles, ó gobernad ó dejad gobernar; el criticar es muy fácil; el ejecutar no tanto; aquello de Talleyrand: *Servidor fiel, pero reservándose el derecho de mudar al amo*, no queremos que se aclimate en España.»

## XI.

Se habla mucho del *despotismo*, de la *tiranía* de Espartero, se pinta con fuertes colores la opresión en que gemía el pueblo; se habla de infracciones de la Constitución, de ataques á la libertad de imprenta, de planes ambiciosos, de designios encubiertos, de venta de las colonias, de sacrificio de la industria: cuando venga la historia con su calma imparcialidad, buscando una calificación con que caracterizar la época de la Regencia única, no hallará en la figura de Espartero aquellos rasgos terribles pero grandes, que suelen distinguir á los hombres de fortuna que se apellidan *déspotas* y *tiranos*. El carácter dominante de la Regencia única no ha sido la tiranía, sino la *impotencia gubernativa*. Nada de osadía, nada de arrojo; el valor que según es fama tenía Espartero como soldado, no lo ha tenido como gobernante.

A esta impotencia gubernativa deberá Espartero su caída; y en el peligro inminente en que se halla de verse precisado á buscar un asilo en país extranjero, puede



agradecer su desgracia á los hombres que le han rodeado en su fortuna. Consejeros hay excelentes para ayudar á subir al poder; pues para esto basta *intrigar*; logrado el objeto es necesario *gobernar*: cosas por cierto muy diferentes.

El espíritu de pandilla lleva consigo la impotencia gubernativa; y esta impotencia fomenta á su vez el espíritu de pandilla. Quien no gobierna no tiene ni tener puede el apoyo de la nación: el instinto de conservación propia hace buscar ese apoyo que se echa menos; y de aquí el pandillaje que es una compañía de seguros mutuos: la fórmula del contrato es: «apóyame, y te dejaré hacer.» Pacto sencillo, pero peligroso.

Dicen que en España todo ha de ser anómalo; y ciertamente que lo ha sido hasta el extremo la Regencia única. Creemos que este período es realmente original, al menos no es conocido el tipo. Un general que por un conjunto de circunstancias afortunadas logra colocarse á la cabeza de una gran nación, contando con medios tan poderosos como supone el haber lanzado á tierras extranjeras á la Gobernadora del Reino, viuda del Rey, y madre de la Reina; este general, repetimos, inaugurar la época de su mando con un ministerio que se presenta á las Cortes diciendo, que quiere gobernar con ellas y sólo con ellas, sufriendo en seguida repetidas humillaciones, hasta que al fin no dándose por entendido, se le dijo: «anda que no te queremos;» este general continuar con paliativos, como prolongando las horas de la agonía; y por fin, en el momento crítico, decisivo, al sonar la hora de la insurrección, dar golpes de Estado tan estupendos como nombrar su ministerio Mendizábal-Becerra, resignarse á no cobrar contribuciones, abolir los derechos de puertas, y acabar con la prensa de la oposición, *no admitiendo el franqueo*; todo este conjunto es incomprensible, parece un absurdo. Algún periódico ministerial habló de *gobierno á caballo*; mejor hubiera dicho *gobierno en cama*.

## XII.

Hace diez años que todos nuestros gobiernos adolecen del mismo mal: *la impotencia*. Todos han caído bajo el dictado de *tiránicos*; y en realidad más bien podían llamarse *débiles*. Y es cierto que tiranizaban en pequeño, que oprimían á su modo, que á veces hasta hacían algún esfuerzo algo alarmante: pero todo era facticio. Sentían que se andaban muriendo de languidez, y era muy natural que se irritasen algún poco contra los que les entonaban el canto fúnebre, y con mofa y sarcasmo les mostraban la tumba. Del mismo modo perecerán en adelante todos los gobiernos que imiten semejante conducta. Si en vez de colocarse á la cabeza de la nación, se hacen jefes de partidos; si en vez de apellidar vagos nombres, no invocan la ley y la justicia; si en vez de fomentar ambiciones halagando servilmente al primero que ofrece apoyo, no trazan con mano fuerte un círculo del cual no permitan á nadie salir, y en el que se encierren ellos mismos; si en vez de contar con propios actos merecedores de la aprobación y del aplauso, cuentan con la fidelidad y decisión de este ó aquel general, con el respeto que impone tal ó cual fortaleza, con el auxilio parlamentario de este ó aquel orador, perecerán como sus antecesores, perecerán bajo la execración y el desprecio público.

## XIII.

Imagínanse algunos que el medio de prevenir los levantamientos y perpetuarse en el poder es lisonjear á los pueblos con palabras blandas, humildes, que más bien que órdenes parezcan súplicas. Grave error: los pueblos no sufren el ser oprimidos; pero tampoco quieren un gobierno que les hable de rodillas: las humillaciones rastreas les hacen creer que hay traición y perfidia; y cuando nó, piensan con razón que es incapaz de mandar quien no abriga el sentimiento de la dignidad propia.



«Pertrechémonos en el terreno de la ley, dicen otros; con la ley seremos fuertes, sin la ley caeremos.» Esto es una verdad, pero susceptible de sentido mezquino, miserable, que lejos de producir la salvación causará la ruina. Habláis sin duda de la ley fundamental; y bien, hemos visto caer gobiernos que la respetaron; más diremos, ninguno ha caído por haber faltado á su letra. «Pero faltaron á su espíritu.» ¿Cuál es este espíritu? el respetar las mayorías; Cristina fué echada por haberse conformado á la voluntad de las mayorías parlamentarias; Espartero es derribado por haberlas desoído; ¿á qué se reducen pues las mayorías? ¿Sabéis cuál será el gobierno que las tendrá en su favor, nó facticias, nó aparentes, nó prontas á caer al primer golpe? Será el que se apoye en principios é intereses verdaderamente nacionales, que arregle la administración, que saque del caos la hacienda, que afiance el orden, que afirme el poder, cerrando para siempre el cráter de las revoluciones. Mientras todos los destinos de la nación estén á merced de un corto número de hombres que distribuidos en las capitales puedan con facilidad ponerse de acuerdo para promover nuevas insurrecciones; mientras la masa de la nación sea mirada con desdén, tratada como ilota, vedándosele de diferentes maneras el tomar parte en los negocios que le interesan, y esto, cuando se pronuncian incesantemente las palabras *libertad, igualdad*; mientras no se procure que entren como elemento de gobierno, opiniones razonables é intereses legítimos, que hasta aquí han llevado un sello de condenación inapelable, por la sencilla razón de que esta política era necesaria para sostener y fomentar el exclusivismo; mientras, repetimos, se siga esta deplorable línea de conducta, los gobiernos caerán, ó combatidos por la voluntad nacional, ó abandonados por ella. En el primer caso el levantamiento será poderoso por su fuerza intrínseca; en el segundo, lo será por no haber quien lo contrarreste. En ambas suposiciones, el resultado será fatal para los gobernantes.

XIV.

Se habla mucho de la *Constitución verdad*; si esto significa algo, expresará sin duda, *cumplimiento exacto de lo que la Constitución prescribe*. Mas como quiera que ahora se distingue *entre la letra y el espíritu* de la ley fundamental, y entre el *texto y las prácticas*; como además se ha dicho, que *dentro de la Constitución se puede perder el país*, y como se ha establecido por principio que las mayorías pueden ser *facticias*, si la cosa no se remedia, lleva camino de hacerse más difícil el acierto que el descifrar los enigmas del esfinge.

Si os apartáis de la letra de la ley, se os dirá que la infringís; si os atenéis estrictamente á sus palabras, se os achacará que cumpliéndola la falseáis; ¿cómo será posible gobernar? Aclaremos las ideas, ateniéndonos á los últimos sucesos.

Supongamos que en las últimas elecciones el ministerio hubiese llevado la mejor parte, logrando una mayoría tan indulgente que lo hubiese absuelto del bombardeo, de la *erogación* de los doce millones, y de las demás medidas arbitrarias; viniendo por fin á declarar solemnemente, que el gabinete merecía la confianza de las Cortes, y que aquellos hombres eran los verdaderos salvadores de la patria. El jefe del Estado conformándose con el voto de los cuerpos legisladores y conservando á su lado á los ministros, hubiera seguido las prácticas parlamentarias, observando la ley de las mayorías, y ateniéndose rigurosamente á la Constitución. Supongamos además que mientras ministros y diputados se habrían dado recíprocamente gracias y enhorabuenas, algunos hombres de cabeza ardiente y corazón audaz se hubiesen presentado á Cataluña, y dando el grito de alarma, hubiesen levantado una nueva bandera: á pesar de las *mayorías* y de las *prácticas*, ¿os parece si habrían encontrado simpatías? creemos firmemente que las mismas que ahora; y estará con nosotros quien conozca la



opinión del país. ¿Qué significa esto? una cosa muy sencilla. Significa que sobre las mayorías, sobre las prácticas, sobre la Constitución, está la evidencia de los hechos.

Hagamos la contraprueba. Demos que un Congreso corrompido y un ministerio apoyado por él, ambos dominados por pasiones ignobles, y vendidos al oro extranjero, se hubiesen propuesto sacrificar nuestras colonias á la ambición inglesa; demos que Espartero resistiéndose á tamaña vileza hubiese disuelto las Cortes, pero que por un fatal concurso de circunstancias hubiese prevalecido la intriga, presentándose de nuevo en los escaños del Congreso los mismos hombres apoyando con el mismo calor á los ministros traidores. Si entonces Espartero dejándose de rodeos y contemplaciones hubiese disuelto de nuevo las Cortes, y dispersado con una compañía de granaderos á los diputados renitentes; si levantando su voz hubiese dicho al país: «se me quiere forzar á ser traidor, se quiere que venda á los extranjeros la independencia de la nación; los traidores abusando de la Constitución se han parapetado en ella, yo no he tenido otro medio de salvar la patria que pasar por encima de la ley;» ¿pensáis que el país se hubiera sublevado para castigar semejante acto de dictadura? Es evidente que nó: y ¿por qué? por la misma razón arriba indicada; porque sobre las leyes escritas y las prácticas más arraigadas, están la conveniencia pública y los principios de eterna justicia.

«Entonces, ¿qué se habrá hecho de la *legalidad*?» no lo sabemos; tiempo hace que la estamos buscando; apenas descubrimos su huella en ninguna parte: al parecer habrá seguido el camino de Astrea. En los tiempos que corren es gracioso oír que se habla de legalidad. Van ya largos años que la situación es *extraordinaria*, y bajo mil formas diferentes, á la sombra de distintos velos, siempre las cuestiones vienen á decidirse en el terreno de las medidas *excepcionales*. La excepción se ha elevado á regla. Ni es probable que salgamos de semejante estado tan pronto como fuera de desear. Bermúdez cayó legalmente, merced á in-

dicaciones que podían hacerse respetar; Martínez de la Rosa sucumbió bajo la legalidad de los amagos de levantamiento y de las insinuaciones del puñal; Toreno fué derribado con la legalidad de la insurrección; Istúriz en fuerza de la legalidad, tuvo que salvarse disfrazado de correo y con él vino á tierra el Estatuto revisado y por revisar; Mendizábal dejó legalmente su silla, porque los sables le hicieron una seña desagradable; Castro se embarcó legalmente por una significativa renuncia apoyada por cien mil bayonetas; y dejando cien otros incidentes que se han visto en el gran drama, á la hora en que escribimos estas líneas, estarán sobre Madrid los ejércitos pronunciados; si Espartero no ha tomado el camino de la emigración, estará también allí con el resto de sus fuerzas, y se probará la legalidad con lo certero de las descargas y lo recio de los sablazos.

Asombro nos causaba la candidez de ciertos hombres que consideraban posible un desenlace legal y tranquilo. No fuera poca fortuna que á tanto alcanzase la situación venidera. Van ya nueve años que la España está en revolución; las revoluciones para cambiar la organización del país, comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley. Ahí está la historia. ¿Queréis columbrar el porvenir? dad una ojeada sobre ese suelo volcanizado; y recordad que la Excelsa Huérfana que ocupa el trono no llega todavía á los 13 años.

## ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

---

### ARTÍCULO 3.<sup>o</sup> Y ÚLTIMO.

En el artículo anterior indicamos que la Frenología, según como se la explicase, podía conducir al *fatalismo*; va-



mos ahora á desenvolver aquella indicación, procurando aclarar las ideas, y dejando en su puesto la verdad

Dicen los frenologistas que el hombre está dotado de diferentes propensiones, inclinaciones, instintos ó llámen-se como se quiera; que á cada una de estas facultades corresponde un órgano cerebral, y que del tamaño y demás calidades de éste dependen la mayor ó menor energía de aquéllas. Cuando asientan la diversidad de inclinaciones, nada afirman los frenologistas en que no estén de acuerdo, no diremos las escuelas filosóficas, sino el linaje humano. Escuchad al padre de familia más sencillo y más rudo, y le oiréis que hablando de sus hijos os dice: «este es de un genio pronto y ardiente, que por una friolera se irrita:» «aquel es terco, que no sabemos cómo regirle, ni desviarle de sus temas;» «ese otro es dócil, blando como una cera, se deja llevar como uno quiere.» Quién se queja de que tiene un niño atolondrado, quién se congratula de que el suyo es sosegado y quieto; quién se lamenta de que en tierna edad ya se descubren los gérmenes de vicios funestos, que podrán perder al individuo y quizás cubrir de afrenta á la familia; quién se complace en hacer notar cómo despuntan ya en un corazón infantil los pimpollos de virtudes generosas y bellas.

No hay pues aquí nada que combatir, ni tienen los frenologistas nada que probar: los hombres nacen con inclinaciones muy varias, que influyen mucho sobre el curso de su vida. La instrucción y la educación fundadas en la religión y en la moral, son las que han de corregir lo malo, y fomentar y perfeccionar lo bueno. En esto nos hallamos de acuerdo; y con nosotros el mundo entero. La Frenología no puede lisonjearse de haber descubierto estas verdades, sin ponerse en ridículo por su vanidad.

Además, que á dichas inclinaciones correspondan órganos diferentes, que haya cierta relación entre aquéllas y éstos, que existan ó no ciertas señales para conjeturar en este punto, nada tienen que ver con ello la religión y la moral, como no tienen que ver en las opiniones de los que

fundan la diferencia de inclinaciones é índoles en las diversas clases de temperamento, atribuyendo á este la melancolía, á aquel la alegre vivacidad; á uno la ira, á otro la pacífica calma, y otras cosas por este tenor. Cuestiones semejantes pertenecen á las ciencias puramente filosóficas; cada cual puede abundar en su sentido, sin herir los principios religiosos y morales. Pero desde el momento que la Frenología nos quiera explicar los fenómenos del orden moral y religioso como simples resultados de la organización, desde el momento que nos quiera explicar la vida entera del hombre como el simple efecto de las combinaciones de las partes del cerebro, desde aquel momento será la Frenología contraria á la sana razón, á la experiencia, á la historia, á la religión y á la moral, destructora de todos los cimientos de la sociedad, opuesta á lo que nos dicta el sentido íntimo, repugnante á la dignidad humana, merecedora de que la rechacen todos cuantos abrigaren en su pecho el noble sentimiento del grandor de su naturaleza, de la altura de su origen y de la elevación de su destino.

Los hombres dominados de una idea suelen echar á perder lo que podría encerrarse en ella de verdad ó utilidad, exagerándola, y haciéndola por lo mismo inadmisibile. Forman un sistema, y todo ha de caber en él:

Cual refiere la fama de un tirano  
Que á su bárbaro lecho de tormento  
Ajustaba por fuerza el cuerpo humano.

Disimúlenos el Sr. Cubí si le decimos francamente que ha caído en este defecto: defecto de que no hablaríamos siquiera si en ello no se interesasen los principios fundamentales de la sociedad. ¿Quién por ejemplo podrá sufrir que ponderando la fuerza de la organización, se llegue al extremo de afirmar que *la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia es inmoral á la par que injusta?* Sabemos lo que se ha dicho sobre la abolición de la pena de muerte, sabemos lo que se ha trabajado y se trabaja pa-



ra suavizar la legislación penal, sabemos lo muy conveniente que es el procurar que los encerrados en cárceles y presidios no se desmoralicen más, y la necesidad de hacer de manera que la pena sirva al propio tiempo de escarmiento á los demás y de corrección y enmienda al que la sufre; pero de aquí á declarar *inmoral é injusta y en oposición directa á lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Legislador, la costumbre de quitar la vida á los que cometen actos de violencia, ni aun de encerrarlos en cárceles y presidios*, hay una distancia inmensa que no se puede salvar sin atacar la moral, sin combatir todas las legislaciones que han existido inclusa la de los israelitas, sin ponerse en abierta contradicción con la misma Biblia, con esa Biblia que manifiesta acatar el Sr. Cubí y en la cual pretende apoyarse una que otra vez.

Pero dirá el Sr. Cubí: «yo hablo del caso en que la destructividad *está enferma ó muy pervertida*;» pero bien; ¿habláis del hombre en sano juicio ó del hombre loco? si del primero queda en pie la objeción; si del segundo, ninguna legislación lleva al suplicio á los dementes. Es cierto que al principio habla de la destructividad *enferma ó muy pervertida*, y por consiguiente se podría entender que se refiere tan sólo á un estado de exaltación cerebral que ó constituya la demencia, ó esté muy próxima á ella; pero luego arrastrado por su pensamiento dominante se expresa en general con las palabras que acabamos de citar, hasta adelantarse á decir que «ha visitado presidios, cárceles, penitenciarías en todas las naciones del mundo civilizado, y apenas ha hallado en *cada cien presos convictos, uno solo de cuyo crimen real ó imputado no tuviese la culpa la misma sociedad, por su desgobierno y voluntario moral desquiciamiento.*» Todos cuantos se interesan en los progresos de la religión y de la moral se lamentan de que no sean más favorecidos los establecimientos en que se las fomenta; pero ¿qué tiene que ver esto con descargar tan ligeramente de la culpa al individuo, y achacarla toda á la sociedad? ¿puede avenirse semejante doctrina ni con el libre albedrío del hom-

bre, ni con la seguridad pública? Así podrá el criminal marchar al patíbulo con la frente erguida diciendo á la sociedad: «yo soy inocente, el verdadero culpable eres tú; yo no soy más que una víctima, á quien con refinada crueldad haces expiar tu propio crimen.»

Tan penetrado está el Sr. Cubí de que la culpa de los criminales debe recaer sobre la sociedad, hasta tal punto hace pesar sobre ella la responsabilidad de los delitos, que llega á afirmar que está en manos de la misma el evitarlos todos. «Los inútiles millones, dice, que hoy se gastan en levantar monumentos que deberian caer en desuso, *después de los descubrimientos frenológicos*, sobrarían para establecer instituciones correctivas y educativas, cuyo sostenida costaría al erario nacional, y *desterrarían de una vez y para siempre hasta el nombre del crimen.*» ¿A tanto alcanzar pueden los descubrimientos frenológicos? ¿Se ha olvidado el Sr. Cubí de que el corazón del hombre está *inclinado al mal desde su adolescencia*? ¿Hasta tal punto desconoce la naturaleza humana? Al leer semejantes expresiones, nos sentimos inclinados á recordarle aquellas palabras que le decía Demodoco á su hija, cuando en los días de invierno, apoyada en una columna se ocupaba en hilar á la luz de una lámpara resplandeciente. «Oh hija de Epicaris, *temamos la exageración que destruye el buen sentido*: pidamos á Minerva que nos conceda la razón que formará en nosotros aquella moderación, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira (1).»

---

(1) Para que en ningún caso sea dado tacharnos de que alteramos ó truncamos el texto del autor, fingiendo adversarios á quienes podamos combatir, insertamos por entero el pasaje á que nos referimos. «Cuando la destructividad está enferma, dice el Sr. Cubí, ó es mui pervertida, produce una acción ec-saltada, i entónzes no se respiran sino muertes, asesinatos, i destrucción, ni se profieren mas que maldiciones, blasfemias, i terribles desatinos. Muchos han sufrido un castigo infamante en un patíbulo por algun acto producido a causa del estado anormal de este órgano. Mientras dure la inmoral a la par que



Si algo de verdad se encerrase en la Frenología sería la multiplicidad de órganos cerebrales correspondientes á otras tantas facultades y propensiones, siendo la utilidad

---

Injusta costumbre de quitar la vida a los que cometen actos de violencia, o de enzarzarlos en cárceles i presidios donde todavía se desmoralizan mas, en vez de colocarlos en instituciones represivas, educativas, i curativas, haciéndoles producir un valor igual o mayor al que consumen, la legislación criminal se hallará en un lamentable estado de atraso, i en oposicion directa á lo que claramente se ve ser la voluntad del Supremo Legislador. Los inútiles millones, que hoy se gastan en levantar monumentos, que deberían caer en desuso, despues de los descubrimientos frenológicos, sobrarían para establecer instituciones correctivas i educativas, cuyo sosten nada costaría al erario nacional, i desterrarían de una vez i para siempre hasta el nombre de crimen. Yo he visitado presidios, cárceles, penitenciarías en todas las naciones del mundo zivilizado, i apenas he hallado en cada cien presos convictos, uno solo de cuyo crimen, real o imputado, no tuviese la culpa la *misma soziedad*, por su desgoberno i voluntario moral desquizamiento. ¿Hasta cuando, hasta cuando creerán los legisladores que pueden hacer leyes para el gobierno moral del hombre sin conozer ni estudiar su naturaleza? Jamás podrá repetirse bastante que ahora, el legislador militar solo considera al hombre como una máquina de destruir; el legislador economista, como una máquina que es tanto mas perfectamente organizada cuanto mas produce i ménos consume; el legislador despótico, como una máquina de pasiva obediencia; el legislador cortesano, como una máquina de disimular i engañar; pero la realidad del hecho es, que el hombre es una criatura animal religiosa-moral e intelectual, quien, aunque debe constantemente activar sus pasiones sin que jamás salgan del dominio de la razon i la moral, está sujeta á veces, por la ignorancia de la soziedad que no ha sabido o querido dirigir bien su educacion o colocarla en el propio lugar donde la tenía Dios destinada, a lo que se llama *crimen*. Toda legislación cuyas tendencias no conduzcan á hacer las pasiones del hombre mas potentes i enérgicas, sus sentimientos religioso-morales mas fuertes i vigorosos para que puedan siempre dominar a las pasiones, i el intelecto mas ilustrado, para guiar todas las potencias mentales a los fines de satisfacion i dicha porque fuéren creadas, es una legislación imperfecta.» (*Manual de Frenología*, pág. 15.)

que podría reportar, un conocimiento conjetural de las disposiciones intelectuales y morales otorgadas por la naturaleza á cada individuo. Es claro que nada de esto llegaría á más que á ilustrar sobre el modo con que se debiera instruir y educar á los hombres según su índole y capacidad; pero no desaparecieran la ignorancia y las malas inclinaciones, no sería dable satisfacer todas las necesidades; por tanto quedarían los gérmenes de vicio y de crimen, que mientras viva el hombre sobre la tierra, se podrán debilitar, mas no destruir.

Dése á la instrucción y educación moral y religiosa toda la importancia que se quiera, nadie nos excede en encarcelarla; pero no debemos olvidar que sus saludables lecciones encontrarán siempre grandes obstáculos con que luchar, y que por más puras y elevadas que se las suponga, su aplicación dependerá del *libre albedrío*, de esa noble facultad de que el hombre tan á menudo abusa.

Si directa ó indirectamente se ataca el *libre albedrío*, si atribuyendo sobrada influencia á los órganos cerebrales, se establece la existencia de propensiones *irresistibles*, la buena moral se destruye, la sociedad pelagra, la dignidad del hombre desaparece. Nada importa que se diga que en tales casos el individuo está tocado de una especie de demencia; porque en extendiendo esta enfermedad más allá de los límites que le señalan la razón y el sentido común del humano linaje, se viene á parar al *fatalismo orgánico*, sean cuales fueren los nombres con que se le revista. En tal caso los asesinos de profesión estarán tocados de la demencia que procederá de la preponderancia del órgano de la *destruibilidad*; los rateros y los salteadores de caminos, de la demencia que dimanará del órgano de la *adquisibilidad*; los licenciosos, de la que resultará del órgano de la *amatividad*; los glotones y borrachos de la que nacerá del órgano de la *alimentividad*; y así andaremos excusando todos los crímenes, declararemos injustas todas las leyes penales, se convertirán los hombres en máquinas, que si funcionan mal, será porque se ha desarreglado alguna rueda.



¿A qué castigar una máquina? sólo se debe tratar de componerla.

Ese *fatalismo* que estamos combatiendo se derrama por diferentes partes de la ciencia frenológica; y se lo haremos notar al Sr. Cubí con tanta mayor confianza, cuanto nos inclinamos á creer que dicho señor quizás no haya reparado en ese veneno que se va filtrando en su doctrina. Así, cuando le parece que asienta principios favorables á la religión, la hiere sin advertirlo.

Pondera mucho el Sr. Cubí los beneficios que la Frenología ha dispensado á la religión, probando que el hombre está dotado de una *tendencia innata á adorar*; sin duda que al decir esto se habrá olvidado de que hace ya más de diez y seis siglos que proponiéndose Tertuliano expresar la inefable armonía que existe entre la religión y el alma, dijo que esta era *naturalmente cristiana*; y que mucho antes Cicerón y Platón y todos los filósofos de la antigüedad, habían reconocido que los hombres tenían sentimientos naturales que los impulsaban á la adoración de un Ser Supremo. Al través de los extravíos de la superstición y de las groseras falsedades y ridiculeces de la idolatría, no hay quien no descubra una idea verdadera pero adulterada y desfigurada, una inclinación buena pero pervertida; si esto nos ha enseñado la Frenología, nada nuevo nos ha enseñado. ¿Qué añade á la realidad del hecho, bajo su aspecto moral y religioso, el que se nos diga que en tal ó cual lugar de la cabeza hay un órgano que corresponde á estas facultades que nos inclinan á reconocer y adorar al Criador?

Establece el Sr. Cubí diferentes grados de *veneración*, ó como él la define, *propensión religioso-moral á obrar con deferencia, sumisión ó respeto hacia nuestros semejantes, á obedecer á los que tienen autoridad, y adorar un Supremo Hacedor*. Del tamaño y demás calidades del órgano cerebral hace depender el que esta veneración sea grande ó pequeña, llamándola *devoción*, cuando se halla en *vigorosa actividad*. Nadie desconoce las equivocaciones á que puede prestarse

una explicación semejante. Según ella, la reverencia que tributamos á Dios nace de un órgano, que del mismo modo nos inclina á respetar á nuestros semejantes; la diferencia está en que el órgano se halle en un grado más ó menos alto de la escala.

La misma conciencia se reduce á una función orgánica; los remordimientos no son el resultado natural de las malas acciones, son una función de un órgano que se apellida *concienciosidad*; y el Sr. Cubí se adelanta á decir, que *nada es más erróneo que la idea de que todo el mundo padece remordimientos después de haber cometido una acción mala*. Hasta aquí se había creído que esos remordimientos eran el gusano roedor del corazón de los mayores criminales, las furias que los perseguían de día y de noche, sin otorgarles tregua ni permitirles descanso; en adelante habremos de decir, que los hombres faltos ó escasos de cierto órgano, pueden arrojarse á los más horribles delitos sin que padezca su alma después de haberlos cometido. ¿Quién os ha asegurado que haya hombres que no sienten remordimiento después de haber obrado mal? los grandes criminales ¿los han abierto su corazón? ¿Ignoráis por ventura que todos cuantos han cambiado de vida, han confesado unánimes que habían recobrado la tranquilidad, que sentían en el fondo de su alma un placer indecible, que habían alcanzado una felicidad desconocida?

Si tanta influencia se atribuye á los órganos, no siendo posible que éstos sufran notable alteración en muy breve tiempo, ¿cómo será dado explicar las mudanzas, ora lentas, ora súbitas, que estamos viendo á cada paso, ya en bien, ya en mal? ¿cómo es que el hombre que ayer era religioso se ha hecho hoy incrédulo, el que poco tiempo antes era devoto ha pasado después á ser un impío que se burla de todo dogma y de todo culto? Y al contrario: ¿no se ha visto y no se está viendo todavía, que hombres que han pasado largo tiempo en la incredulidad y en el libertinaje, se mudan de repente, abrazan la religión, lloran sus extravíos, y pasan quizás á expiarlos con una vida de



penitencia en las soledades del claustro? ¿quién se atrevería á explicar esos fenómenos, aplicando los dedos á esta ó aquella parte de la cabeza?

«*La maravillosidad, dice el Sr. Cubí que es la realización y consiguiente creencia en lo nuevo, lo grande, lo sobrenatural, lo misterioso, lo extraordinario, lo incomprensible; añadiendo que la maravillosidad pone al hombre en relación con cuanto el intelecto no puede comprender, que realiza los misterios que Dios no ha querido revelar á su razón, y que sin embargo existen; que por ella cree el hombre lo que no puede probarse, ó cuyas pruebas no puede comprender.*» ¡También un órgano para la fe! ¿qué significa el realizar misterios que Dios no ha querido revelar á la razón? ¿cómo será que el hombre crea hoy y no crea mañana, y que hoy tenga fe viva y ardiente el que ayer se mofaba de ella? «Hay en el hombre, dice el Sr. Cubí, y por lo tanto en la sociedad, una natural tendencia á excitar y aplicar órganos especiales en épocas determinadas, lo cual explica las guerras políticas y las religiosas, los tiempos de escepticismo, de fanatismo, y de verdadero espíritu religioso, el ensalzamiento y derribo de personas determinadas, las opiniones ya en favor ya en contra de una misma institución.» Está visto: todo se explica por los órganos; lo hemos dicho y lo repetimos, se quiere hacer de la Frenología el lecho de Procusto.

Sería curioso el investigar la diferencia que va de las cabezas de ahora á las de los siglos medios, siendo nuestra época de duda y escepticismo, y aquélla de fe apasionada y viva. Por cierto, que si tanto valen los órganos hasta en materias religiosas, los de veneración y de maravillosidad deben de haber sufrido una disminución considerable: si entonces eran tamaños como una nuez, no serán ahora como una almendra.

Hablando el citado escritor de la *individualidad ó sea facultad intelectual que percibe aquella cualidad de los objetos que los separa unos de otros, dando á cada uno de ellos una existencia particular, única, aislada, individual*, explica el origen de las visiones de un modo alarmante, no tan sólo

para los católicos, sino también para cuantos acatan las narraciones de la Biblia. Después de haber observado cómo se concretan las ideas abstractas, cómo se crean imágenes que no se apartan de lo verosímil, ó que corresponden á un estado de adelanto realizable, después de haber dicho que la virtud, la belleza, la esperanza, son sentidos abstractos, impulsos ciegos á que las facultades intelectuales movidas ó inspiradas por la idealidad, la sublimidad, dan una bella y sublime existencia individual, material y positiva, continúa: « estas pocas observaciones explican el hecho real y verdadero de que podemos tener y hay quien en efecto ha tenido visiones. » Dejemos aparte la incalificable proposición, que cuenta la virtud, la belleza, la esperanza entre los impulsos ciegos, y parémonos tan sólo en la manera peregrina de explicar las visiones. Al parecer, no serán éstas otra cosa que un simple efecto de los órganos; pues que las observaciones que sólo versan sobre ellos, explican el hecho real y verdadero de que podemos tenerlas, y hay quien en efecto las ha tenido. Podríamos tolerar muy bien, que se disputase sobre la mayor ó menor autenticidad de visiones particulares de esta ó aquella persona virtuosa, y que se atribuyese á una imaginación exaltada lo que parecía efecto de la revelación divina: semejantes cuestiones son del dominio de la crítica, y la misma Iglesia nos enseña con su ejemplo á no entregarnos imprudentemente á una credulidad excesiva. Pero pretender explicar por meros principios frenológicos todo linaje de visiones, contarlas entre las funciones de un órgano, sin hacer ninguna excepción, es cosa que no debiera hacerse, siquiera por respeto á la Biblia que con tan terminantes palabras nos refiere muchos prodigios de esta clase. Las visiones de los apóstoles, de los profetas, de los patriarcas del antiguo Testamento, ¿deberán explicarse por el órgano de la maravillosidad? quien lo tuviese como Isaías, Jeremías, Ezequiel ó Daniel, ¿disfrutaría también de las mismas visiones de que ellos disfrutaron? Para saber si un hombre será favorecido del cielo con misteriosas apariciones, ¿será preciso examinar su cabeza para conocer has-



ta qué punto está desarrollada su maravillosidad? O bien, todo cuanto se nos refiere en el sagrado texto sobre estas materias, ¿deberá ser considerado como la simple narración de meras ilusiones, que sólo tenían de real y efectivo el ser uno de tantos fenómenos de la naturaleza? No podemos creer que á tal extremo quiera llegar el Sr. Cubí, mayormente cuando en su *Manual* protesta tan á menudo de su afecto á la religión, empeñándose además en persuadir, que entre ésta y las doctrinas frenológicas existe una íntima alianza. Pero esto no nos dispensa de hacer notar las funestas consecuencias de su doctrina, si no se la entiende con las debidas restricciones; porque con buena intención se confunden á veces lastimosamente las ideas, se destruyen las creencias, y se introducen errores de gran monta.

No reprobamos que se encarezca que la religión es en cierto modo natural al hombre; al contrario consideramos muy saludable que se hagan resaltar las sorprendentes armonías que existen entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia; obras inmortales se han escrito bajo este punto de vista; y cada día están saliendo á la luz pública en todos los países, innumerables escritos que tienden al mismo objeto; pero guardémonos de hacer de la religión un simple juego de sentimientos naturales, de *impulsos ciegos*, nacidos de la disposición más ó menos favorable de estos ó aquellos órganos. En hora buena que reconozcamos la hermosa índole de algunas almas privilegiadas, que con su candidez nativa y sus inclinaciones rectas, parecen destinadas de una manera particular á recibir los favores del cielo; no negamos nosotros estas verdades; no decimos que el Criador en sus profundos designios no disponga de una manera privilegiada la naturaleza que intenta inundar con los raudales de su gracia; no decimos que por ejemplo el alma de santa Teresa no fuera naturalmente más hermosa, no estuviera enriquecida de más preciosos dones naturales que la de Jorge Sand; en una palabra, no nos proponemos limitar en nin-

gún sentido la omnipotencia del Criador; pero no luchando con la evidencia de los hechos naturales, sean los que fueren, no podemos consentir que la religión y la moral se conviertan en fenómenos físicos, es decir, que se las destruya por su base.

Sobre todo recelamos mucho que la exageración del poder de los órganos no conduzca á la negación del libre albedrío, y que caiga de esta suerte toda religión, toda moral, toda ley, toda sociedad. Así temblamos por estos sagrados objetos cuando después de lo notado más arriba, vemos que el Sr. Cubí dice sin rodeos: «La demencia, el *vicio*, el *pecado*, las impropiedades de *toda clase*, son hijas de la acción de algún órgano ú órganos, al cual la voluntad ó intelecto *no puede* poner coto ó freno, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por enfermedad del órgano afectado.» (*Ibid. pág. 72.*)

Resumiremos en breves palabras lo dicho hasta aquí. En primer lugar: *la espiritualidad del alma*, dogma de la religión y teorema filosófico, debe quedar á cubierto de todo ataque. Nada prueba contra ella la multiplicidad de órganos cerebrales que intenta demostrar la Frenología. La experiencia enseña que existe una relación entre el cerebro y algunas funciones de nuestro espíritu. Que este órgano sea uno ó múltiplo, nada tiene que ver ni con la naturaleza del alma, ni con el carácter de sus operaciones. No se pierdan nunca de vista estas ideas; distíngase bien entre el órgano y el ser que se sirve de él, entre el cuerpo y el espíritu; en lo demás queda expedito el camino al raciocinio y á la observación, sin que tengan de qué quejarse ni la religión ni la psicología.

En segundo lugar, es necesario respetar delicadamente la existencia del *libre albedrío*. Admitanse diferentes inclinaciones, distribúyase las en tantas clases como se quiera; señálese la causa de esta diferencia en los órganos, en el temperamento, ó explíquese por otro sistema que plazca imaginar: todo esto poco importa: sobre semejantes puntos se ha disputado siempre; si por medio de sus ob-



servaciones la Frenología puede suministrarnos más luces de las que se han tenido hasta ahora, se lo agradeceremos. Establézcase que hay hombres que tienen fuerte propensión á determinados vicios; pero no se llegue al extremo de suponerles *imposibilidad de resistir*; á no ser que estén en la imbecilidad, ó en la demencia. Encárguese á la sociedad la instrucción y educación moral y religiosa, encarézcase la conveniencia de atender á la capacidad y á la índole de cada individuo; añádase, si se quiere, que la Frenología puede suministrar luces para conjeturar ó pronosticar las disposiciones naturales; échese en cara con generosa libertad á los gobiernos y á la sociedad, el descuido de la instrucción y de la educación, permitiendo el desarrollo de las inclinaciones perversas; pero, por un celo excesivo, no se llegue hasta el punto de disculpar al criminal, no se le suponga sometido á una necesidad *orgánica*, no se diga que no *pudo* resistir á la propensión, no se ensanche tanto el número de los dementes que la mayor parte de los hombres culpables de un delito puedan alegar el descargo de que al cometer un acto criminal obraban por *necesidad, estaban faltos de razón*.

Asiéntese, si place, que entre las razas humanas hay diferencias notables, hijas de la acción del tiempo, de los climas, ó de otras causas; dígase que unas están dotadas de mayor inteligencia que otras; afirmese que las semillas naturales de virtud ó de vicio, se hallan en más actividad en estas que en aquellas: lo que sucede entre los individuos de una nación y aun de una familia, no negaremos que acontezca ó acontecer pueda entre razas diferentes. Lo que haya en esto de verdad ha de decirlo la observación. Pero no se condene á vivir en la estupidez y en el embrutecimiento á ninguna de las ramas que, por más que se diferencien en la actualidad, sabemos que procedieron todas de un mismo tronco. La luz de la razón, el libre albedrío son patrimonio de la humanidad entera; son facultades del alma que Dios nos comunicó al *inspirar en nuestros rostros el soplo de vida*. El hombre puede en diferentes

países encontrarse degradado, mas no deja por eso de ser hombre. Cuando suene la hora señalada en los arcanos de la Providencia, no lo dudéis, levantará al cielo su frente, diciendo con nobleza: «yo también fui criado por Dios y para gozar de Dios; mi destino en la tierra es un viaje de breve duración, mi fin es Dios en las inmensidades de la eternidad.»

Advertimos esto porque sabemos que el Sr. Cubí ha dicho que ciertos misioneros, hablando de pueblos cuyo nombre no recordamos, habían afirmado que *era imposible cristianizarlos antes de civilizarlos*; nosotros creemos al contrario, que el orden es inverso, y que el medio más seguro para introducir en un pueblo la *civilización* es hacerle *cristiano*; si se nos contradice, ahí están la filosofía y la historia que vienen en nuestro apoyo. Por lo que toca al dicho de los expresados misioneros, preguntaremos si eran católicos, ó si pertenecían á alguna de las sectas separadas; en este último caso no respondemos nada, porque entre los disidentes hay tantas opiniones como cabezas; pero si eran católicos, exigiremos las pruebas del hecho, y hasta que se produzcan no daremos fe á semejante relación. El señor Cubí no lo habrá oído de boca de los mismos misioneros, su buena fe habrá sido engañada. Que si se nos demostrase que realmente uno ó más misioneros católicos han soltado semejante expresión, tampoco se concluye nada contra esta doctrina. Jamás los católicos han dicho que este ó aquel misionero particular fuesen infalibles.

Jesucristo al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, no les previno que mirasen si los pueblos eran civilizados ó nó; no les encargó que examinasen la forma de las cabezas para ver si los órganos de la religión estaban desarrollados ó no; sino que les dijo que *fuesen por todo el universo, que enseñasen á todas las gentes, que predicasen el Evangelio á toda criatura, que bautizasen, sin distinción de razas, en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*. La Iglesia católica no ha olvidado nunca esta sublime doctrina. Cuando la codicia y la crueldad han querido supo-



ner á los negros ó á los indios como de una especie inferior, como de una raza destinada á servir á las demás, «nó, nó, ha respondido la Iglesia, esto no es verdad, esto es una infamia; todos los hombres son iguales ante Dios, todos son hermanos en Jesucristo, por todos vertió la sangre el Salvador en la cima del Calvario; los desgraciados que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte, son por esto mismo más dignos de que la caridad cristiana redoble su solicitud y su celo para llevarles las luces de la fe, y con ellas el sentimiento de su dignidad.» Que no lo olvide el Sr. Cubí: estas son las doctrinas verdaderamente generosas; los que por codicia ú otros motivos están interesados en que continúe el infame tráfico de los negros y el embrutecimiento de otras razas, pueden sostener lo contrario; los cristianos, los verdaderos amantes de la humanidad, nó.

La idea de Dios, y los eternos principios de la moral, son de todos los tiempos y de todos los climas: donde hay hombres, allí están, porque allí ha llegado el soplo del Criador, allí ha hecho descender la luz para que pudiera ser reconocida su augusta imagen. ¿Qué importan contra esta verdad algunos tristes ejemplos de embrutecimiento y degradación? ¿Qué importan esas hordas que al parecer han caído del rango de hombre para colocarse entre los brutos? Nada; porque también en otros tiempos y en otros países andaban otros hombres con el entendimiento en tinieblas y el corazón en el polvo; compadeciósese de ellos el cielo, iluminólos con un rayo de sus inefables resplandores, y de en medio del caos salió de repente un mundo lleno de orden, de regularidad y hermosura. Nó, no debemos atrevernos jamás á decir «estos hombres son incapaces de la religión cristiana: en ellos no tienen cabida ideas tan sublimes como en la misma se encierran:» no olvidemos que la sublimidad de la religión está hermanada con la sencillez; grande con los grandes, sabe en cierto modo hacerse pequeña con los pequeños. El que dijo de los niños, *dejadlos venir á mí, de ellos es el reino de los cielos*, se com-

place en acomodarse á todas las inteligencias, no se desdenea de hablar con lenguaje que comprendan los más rudos é ignorantes. No busquéis pues si el órgano está muy desarrollado, si será capaz de recibir estas ó aquellas impresiones; recordad que el Todopoderoso sabrá *suscitar de las mismas piedras hijos de Abrahán*; no digáis: «el alimento es demasiado fuerte, esos hombres no podrán digerirlo.» Dios hará que el pan de los adultos sea leche para los niños.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

---

### CARTA SEXTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi apreciado amigo: si no tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos, de que *la fe es un don de Dios*, no me inclinaria poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en V. y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van á rendirse á la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frío *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada. Así lo hace V. en su última: nada tiene que objetarme á lo que he dicho sobre la *Sangre de los Mártires*, confiesa que ninguna religión puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto á los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba el corazón de alegría pensando que iba V. á decidirse, no



diré á entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero si á engolfarse más y más en la discusión con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. « ¿Qué nos sabemos nosotros, dice con un abatimiento que me penetra el corazón, qué nos sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!... volvemos la vista en redor y no vemos más que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumación de los siglos? Yo no desprecio la religión, veo que el Catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer*. Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolución intelectual y moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que transcurra esa época de transición, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma. »

En medio de mi aflicción, no crea V., mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oído; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace más que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hacia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice « *no puedo*. » Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reía en una de sus anteriores,

habla de esa *transición* que no sabe en qué consiste; duda, fluctúa, aguarda para más allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos ¡ay! en que V. habrá ya dejado de existir!... ¡Triste consuelo! ¡Engañosa esperanza!

Pero si V. desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, él la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que V. no morirá en brazos del escepticismo. V. dice que desea de corazón encontrar la verdad; persevera V. en su propósito; yo confío que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por V. en la cima del Calvario.

Bien se deja conocer que no estará V. muy dispuesto para recibir una contestación que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto á ejercer su ascendiente sobre V. de una manera lastimosa, y saliendo de golpe del terreno de la discusión se ha echado á divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de *época crítica*, y de no sé cuántas cosas por este tenor. Dicho le tengo que le seguiré por donde á V. le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos á un lado; y toda vez que me habla de *transición*, de *transición* le hablaré yo.

Díjeme á V. en una de mis anteriores que no creía característico de nuestra época la *transición*, y que ésta había sido común á todos los siglos; por lo que no puedo convenir en que bajo este concepto se verifique ahora algo que con más ó menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo, hablo principalmente de los pueblos que se mueven en uno ú otro sentido, nó de aquellos que helados en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si á estos exceptuamos, y dirigimos á los demás nuestras miradas, veremos en primer lugar, que los griegos y romanos vivieron en perpetua *transición*. Nada tiene que ver el siglo de Dracón con el de Solón, ni el de éste con el de Alci-



biades; y ni á uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y sin embargo estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado á otro muy diferente. No es muy largo el espacio transcurrido entre Bruto que arrojó á Tarquino y Bruto matador de César; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrían hacerse con respecto á otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante á los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar, que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataría sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organización social, su legislación, ha quedado en la mayor parte oculta á nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las transmitidas por historiadores extranjeros, que nunca pudieron tener del verdadero estado de aquellos pueblos, más que un conocimiento muy superficial y ligero. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto, pero ¿cuán difícil no es acertar en la verdad, á tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavía puede afirmarse que dichos pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad; y que además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexión sobre la naturaleza de las cosas es bastante para inducirnos á conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos, y de mayor importancia de la que nosotros calculamos; y que por tanto se ha verificado también entre los mismos el hallarse á menudo en estado de *transición*.

Pero dejando los pueblos antiguos ó poco conocidos, y pasando á los modernos á contar desde la aparición del cristianismo, salta á los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado; sin que sea

dable pronosticar ninguna mudanza á la sociedad actual, que no se haya realizado equivalente ó mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las más exageradas predicciones de algunos socialistas, y poner en ejecución los planes que nos parecen más descabellados, no fuera más diferente del actual el estado social nuevo, del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivían cuando la esclavitud era general, y se la consideraba como una condición indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oído hablar de un estado semejante al que disfrutaban los pueblos europeos, no habrían acertado á concebir ni cómo podía mantenerse el orden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres á las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria é imprescindible. Decid á un señor feudal encastillado en su fortaleza, que vendrá un día en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerá en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desdén, sumisos y humillados al pie de sus almenas; decidle que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, triunfará, y llegará á ser rico, poderoso, influyente, eclipsando todo el esplendor de sus señores, y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decídselo, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referís cuentos de hadas, y que no le habláis de veras, ó que no estáis en sano juicio. ¿Qué más? No es necesario que las metamorfosis sociales las toméis tan de lejos para que parezcan increíbles; á esos nobles del tiempo de Carlos V y de Francisco I, á esos descendientes de los antiguos señores, que van trocando ya la independenciam de sus antepasados en heroica fidelidad á sus reyes, que se van trasladando de los campos á



las capitales, y caminan rápidamente á pasar de guerreros á cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del Estado, los que guíen los ejércitos á la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de más valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes, y que reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posición social que les ha cabido después de las guerras de sus antepasados los Comunes; y bien puede asegurarse que esos nobles no os comprenderán, que no creerán nada de cuanto les pronosticáis; y por más que os esforcéis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan no en mucha lontananza, pensarán que tomáis por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos á la Europa de los siglos xi y xii, á la Europa de Suger y de san Bernardo, y anunciad á los hombres de aquella época, que los ricos monasterios, las opulentas abadías que compiten en esplendor y magnificencia con los castillos de los señores feudales, desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellos más que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero cuya influencia en todos los negocios es inmensa, y cuyo poder y riquezas no ceden á los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos á la enseñanza, considerado el ministro de la religión en la categoría del más humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que á todos se concede; anunciadles, repito, esa mudanza, y veréis como la dan por imposible, como no conciben su realización á no ser suponiendo que la invasión sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, ó que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa y cambiado su faz. No alcanzarán á concebir que sin irrupciones de pue-

blos bárbaros, sin conquista de sarracenos, antes bien después de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos, á producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar á otro resultado que á alterar la posición y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto á la propiedad, ni á la organización del trabajo, ni á la distribución de sus productos, ni á la condición doméstica, ni al rango social, ni á la influencia política, que sea de más importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transición* ha existido antes como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, ó dejando completamente el que tenían, ó modificándole de mil maneras hasta transformarle en otro que en nada se le parecía.

Yo desearía, mi estimado amigo, que V. anduviese haciendo suposiciones hasta las más arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora; y estoy seguro que se quedaría V. convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho á las medias, y aun á las superiores? Véase si los jornaleros de ahora distan más de sus dueños, que los esclavos de sus amos, y los vasallos de sus señores; es cierto que nó; y sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclavitud, y sólo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivían sometidos á estas condiciones, se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un día se vieran colocados á inmensa distancia, así por lo tocante á riquezas, como á honores, consideraciones, y todo linaje de distinción y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribución estará sometida á leyes muy diferentes? Compá-



rense los siglos medios con el nuestro, parangónese, por ejemplo, la Francia de Carlo-Magno con la Francia de Napoleón, la de san Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organización del trabajo, sujetando á otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones, y variando las bases actuales sobre la repartición de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. ¿La industria y el comercio, deben estar en el porvenir sujetos á nuevas leyes que alterarán la organización interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de comercio, dad una ojeada á nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen á adquirir, ¿distarán más del estado actual que el que dista este del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendía paternalmente á la protección del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, ¿de Alemania, de Inglaterra, de los Estados-Unidos ¿no le parece á V. que distan algo de aquellas caravanas de mercaderes, cuya seguridad en los caminos podían afianzar á duras penas las excomuniones de la Iglesia? ¿No le parece á V. que en esto ha habido no pequeña *transición*?

¿Y qué no podríamos decir, si atendiéramos á las mudanzas sociales y políticas, á la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido ó conquistado las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro, nada comprenderían de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerrogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora á los tronos de entonces? ¿Qué

tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas? ¿Qué nuestra administración? ¿qué nuestros sistemas de hacienda? ¿qué nuestras guerras, y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera, sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condición así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué, nos vemos precisados á hacer un esfuerzo de imaginación, la que sin embargo sólo es bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿por qué figuran tanto en nuestra literatura? porque distan inmensamente de la realidad que tenemos á la vista.

Quiero yo inferir de aquí, que cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organización de los pueblos, no debemos resistirnos á creerlas por la sola razón de que nos parezcan muy extrañas; porque si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaría de la presente la venidera, en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La inestabilidad es uno de los caracteres distintivos de las cosas humanas; y poco ha reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia, quien pronostica demasiada duración á lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario ó conservador, que se procure impulsarla ó detenerla, ella varía siempre, pasa sin cesar de un estado á otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor, me lleva, mi querido amigo, á otra cuestión, á que según se deja entender es V. un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dícese á cada paso, que el progreso es la ley de las sociedades; que no se desvían jamás de ella, y que en medio de las más terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hacia un destino, que no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de envolverle con un velo dorado. No seré yo quien



desaliente el movimiento de la humanidad, disipando lisonjeras esperanzas; bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones, una proposición que según como se entiende, se halla en contradicción con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfección, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, sin fijar nada, sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular ó en conjunto; es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma, rige en toda sociedad, ó tan solamente es propia del género humano, considerado con abstracción de esta ó aquella de sus partes. A los que digan que el progreso hacia la perfección es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré á preguntarles, ¿cuál es el progreso que se descubre en el norte de Africa, en las costas de Asia, comparado su estado actual con el que tenían cuando nos daban hombres como Tertuliano, san Cipriano, san Agustín, Filón, Josefo, Orígenes, san Clemente, y otros que sería largo enumerar?

Esto no tiene réplica; así como por otra parte nada prueba contra los que afirman que si bien esta ó aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilización transmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden, y que de esta suerte existe una verdadera compensación. Así por ejemplo en el caso presente, se ha resarcido é indemnizado la humanidad de sus pérdidas en Africa y en Asia, con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América: pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado, sería incomparablemente mayor el número á lo que era entonces; y si se añaden las ventajas que la civilización moderna lleva á la antigua, no sólo por traer consigo un mayor y más perfecto desarrollo intelectual y moral, sino también por ofrecer mayor suma de comodidades materiales, y disminuir sobre manera los males que afligen á la triste humanidad, será tanta y tan palpable la

diferencia que no será posible siquiera establecer un razonable parangón.

Confieso, mi estimado amigo, que estas reflexiones son de gran peso; y que á mi juicio deciden la cuestión, bajo el punto de vista histórico, considerando en masa la humanidad, y habida razón de las compensaciones arriba indicadas: por manera que tengo por demostrado que la humanidad ha progresado siempre, que su estado fué mejor en los siglos medios que durante la civilización antigua, y que actualmente se aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores.

¿Cómo, me dirá V., es posible olvidar la confusión y las calamidades de la época de la irrupción, y la tenebrosa ignorancia, la asquerosa corrupción que la siguieron? ¿Podremos decir que la humanidad del tiempo de Atila era comparable con la del siglo de Augusto? Yo creo sin embargo que esto, tan falso y absurdo á primera vista, es rigurosamente verdadero, y además susceptible de una demostración tan cabal, que nada deje que desear. La difusión de las verdaderas ideas sobre Dios, el hombre, y la sociedad, y las relaciones que entre sí tienen, la propagación de la civilización á un sinnúmero de pueblos que antes vivían en la más abyecta barbarie, la abolición de la esclavitud, la extensión á la generalidad de los hombres del goce de los derechos de hombre, esto se andaba realizando en la época de que tratamos, y nada de esto se realizaba en el siglo de Augusto; con perdón, pues, de los manes de Virgilio y Horacio, opto desde luego por los tiempos apellidados bárbaros.

¿Se sonríe V. de la paradoja, mi estimado amigo? ¿Imagínase tal vez que ni yo mismo creo lo que acabo de decir? Pues viva V. seguro que hablo de todas veras, y que mis palabras son la expresión de convicciones profundas. Ya le indicaba en una de mis anteriores, que en ciertas materias, quizás no llevaba V. tan lejos como yo el espíritu de examen, y que estaba medianamente tocado de escepticismo; esto produce que en cuanto se me alcanza,



no me dejo deslumbrar por nombres, ni por *opiniones recibidas*; y por más seguridad con que oiga afirmar una cosa, me ocurre desde luego un *¿quién sabe?.....* que me pone desconfiado y meditabundo. A pesar de todo, pareceme que difícilmente me absolverá V. de la blasfemia que acabo de proferir contra el siglo de Augusto; y así menester será alegar descargos. Escúchelos V. sin prevención, que al fin, no fuera extraño que se conformase con mi modo de opinar.

Y á la verdad, deslumbradores son los rayos de la ciencia, hechiceros los cantos de la poesía, seductor el brillo de las artes; pero si nada de esto sirve para el bien de la humanidad, si únicamente se limita á realzar el esplendor, y acrecentar y avivar los placeres de unos pocos que moran en opulentos palacios, comiendo del sudor del pueblo, disipando los tesoros que se han amontonado de las provincias estrujándolas con la mayor crueldad, *¿qué gana en ello el humano linaje? ¿Esta civilización y cultura son acaso más que bellas mentiras?* Hay paz, pero esta paz es el silencio de los oprimidos; hay goces, pero son los goces de unos pocos, y la abyección de todos; hay ciencias, bellas artes, pero postradas á los pies del poderoso, no llenan su misión que es mejorar la condición intelectual, moral y material del hombre; todo es vicio, prostitución, lisonja; perezca pues todo, diría quien desde entonces pudiera extender sus miradas á los tiempos futuros; haya guerra, pero guerra regeneradora que ha de cambiar la faz del mundo, llamando á la civilización cristiana cien y cien pueblos bárbaros, destronando á la opresora del orbe, y dando principio á las grandes naciones que nos asombrarán con sus adelantos y poderío; haya calamidades públicas, que al menos no serán tan afrentosas como esa esclavitud que pesa sobre el mayor número de los individuos que forman la sociedad antigua, y se andará preparando la era dichosa en que para disfrutar de los derechos de ciudadano bastará ser hombre; perezcan, nada importa, las ciencias y las bellas artes, si están reservados á los

siglos venideros genios prodigiosos como Tasso, Milton y Chateaubriand, Miguel Angelo y Rafael, Descartes, Bossuet y Leibnitz; hágase trizas esa civilización falsa, esa cultura raquítica que sancionan el monopolio de las ventajas sociales, y cedan su puesto á otra civilización y cultura más grandiosas, más espléndidas, y sobre todo más justas y equitativas, que llamen á la participación de ellas un mayor número de individuos, abriendo las puertas para que puedan disfrutarlas todos, en cuanto lo consienta la naturaleza del hombre y de los objetos sobre los cuales ejerce su actividad.

En pos de la irrupción y undulaciones de los pueblos bárbaros, vino el feudalismo; sistema social y político contra el cual podrá decirse todo lo que se quiera, pero que indudablemente fué un verdadero progreso, supuesto que erigiéndose, por decirlo así, en soberanía la propiedad territorial, se asentaba un principio que modificado y corregido con el transcurso del tiempo, podía servir mucho para la organización de las sociedades modernas. Había desorden, opresión, vejaciones, males sin cuento, es verdad; pero al menos se comenzaba á establecer un sistema, se daba asiento á los pueblos vencedores, se arraigaba el amor á la vida agrícola y el respeto á la propiedad, se desarrollaba el espíritu de familia; y las inclinaciones del corazón encontrando objetos más estables y apacibles se hacían por necesidad menos turbulentas, se preparaban á la tranquilidad y á la dulzura. Malos como eran los tiempos de los siglos XII y XIII, ¿quién no los prefiriera á los que siguieron después de la disolución del imperio de Carlo-Magno?

Nadie negará que hasta principios del siglo XVI las sociedades europeas andaban mejorándose rápidamente; por manera que no verificándose en ningún otro punto del globo decadencia notable, ya que los demás pueblos puede decirse que en general permanecieron estacionarios, todavía debemos confesar que el linaje humano progresaba. Los grandes descubrimientos que tuvieron lugar en el si-



glo xv hacían esperar que en el xvi se inauguraría una era de prosperidad y ventura, que rebotando en Europa, se derramaran por todas las regiones de la tierra. Desgraciadamente el cisma de Lutero vino á desvanecer en buena parte tan halagüeñas esperanzas, y las calamidades que han caído sobre la Europa durante los tres últimos siglos podrían hacernos dudar de la proposición que llevamos establecida.

Como quiera, aun llevando en cuenta los males acarreados por los cismas religiosos, y la incredulidad é indiferentismo que han sido su consecuencia, no me parece que pueda negarse que la humanidad en general haya carecido de la compensación arriba indicada. Tomando las cosas en su raíz, es decir desde que Lutero y sus secuaces dividieron en dos la gran familia europea, debe considerarse que las sucesivas conquistas que ha ido haciendo el catolicismo en las Indias orientales y occidentales, resarcen, quizás con ventaja, las pérdidas que en Europa ha sufrido la unidad de la fe. Si á esto añadimos que allí donde no se ha establecido la religión católica, al menos se han propagado algunas luces del cristianismo por medio de una ú otra de las sectas disidentes, lo que tal como sea siempre es muy preferible á la idolatría y embrutecimiento en que estaban sumidos aquellos países, si atendemos á los progresos que allí mismo han tenido el desarrollo intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad, resultará que aun dando á la historia de los tres últimos siglos en Europa los más negros colores, la humanidad no ha perdido, antes se halla recompensada con usura.

Y no es verdad tampoco que la Providencia haya de tal suerte castigado el orgullo europeo en los tres últimos siglos que al propio tiempo no haya derramado sobre nosotros un raudal de inestimables beneficios. El país donde nacieron hombres tan eminentes en todos los ramos de conocimientos, que cuenta en todas regiones asombrosos genios, y que bajo el aspecto de la religión y de la moral puede ofrecer un san Ignacio de Loyola, un san Francisco

de Sales, un san Vicente de Paul, y cien y cien otros de heroicas virtudes que realizaron sobre la tierra la vida de los ángeles, no puede quejarse que sea poco favorecido de la Providencia, no puede lamentarse en medio de sus revoluciones materiales y morales, de que le haya cabido mayor parte en el infortunio, de la que caer suele en todas partes á la desgraciada humanidad.

Esta última consideración, mi estimado amigo, me lleva á examinar cuál es la causa de esta desazón que de continuo nos atormenta á los europeos, y á cuantos han participado de nuestra civilización. A oírnos cual nos quejamos de la suerte, cual afeamos nuestra situación presente, cual ennegrecemos el porvenir, diríase que suporta mayor suma de males que ningún pueblo de la tierra; y aun comparándonos con nuestros antepasados, parecería que fueron mucho más dichosos. Nunca hablaron ellos tanto de *transición*, de *necesidad de nuevas organizaciones*, de *insuficiencia de todo cuanto existe*, nunca anunciaron como nosotros esa época que ha de venir realizando el siglo de oro, so pena de hundirse el mundo en un caos, precediendo una conflagración espantosa.

Cada época ha sufrido sus males, y ha tenido más ó menos cercanas mudanzas profundas; cada época se ha encontrado con necesidades ó del todo desatendidas, ó mal satisfechas; cada época ha llevado en su seno un germen de muerte para lo existente que debía ceder su puesto á lo que se adelantaba con el porvenir. Añadiré además, que dudo mucho que los tiempos presentes deban en nada ponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general, y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras; y me inclino á creer, que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera por dos motivos: 1.º porque reflexionamos demasiado sobre ellos; semejantes al enfermo que aguza sus dolencias haciéndolas objeto continuo de sus pensamientos y palabras: 2.º á causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos, así de viva voz como por es-



crito; añadiéndose además que la prensa, no siempre con recta intención, lo exagera todo.

Se habla por ejemplo de pauperismo; convengo en que es una llaga dolorosa y que merece llamar la atención de todos los hombres amantes de la humanidad; pero lo que desearía saber es, qué resultado nos daría el mismo asunto, si lo examinásemos con respecto á los tiempos que nos precedieron. ¿Qué mayor y más doloroso pauperismo que la antigua esclavitud? ni en el número de los infelices, ni en el grado de su infelicidad, ¿es comparable aquel estado con el de las clases inferiores de nuestra época? Ya sé que algunos se han adelantado á decir que la suerte de los esclavos negros es preferible á la de nuestros jornaleros; no negaré que si se consideran no más que algunos extremos excepcionales, así en el bien como en el mal, si se toma un esclavo negro, á quien le haya cabido un amo racional, prudente, compasivo, que se guíe por las inspiraciones de la sana razón y de la caridad cristiana, y se le compara con algunos de los jornaleros más desgraciados, se podrá sostener quizás el parangón; pero hablando en general, y poniendo de una parte la masa de los esclavos negros, y de otra la de los jornaleros europeos, ¿será preferible la suerte de aquéllos á la de éstos? ¿podrá ni siquiera comparársele? no lo creo; y aun cuando no fuera dable señalar hechos positivos, que por cierto no faltan, bastaría la simple consideración de la naturaleza de las cosas para no quedar indeciso el juicio.

Cuando abolida la esclavitud en Europa le sucedió el feudalismo, durando largos siglos con más ó menos pretensiones, no creo tampoco que la clase pobre se hallase en mejor estado del en que actualmente se encuentra: léase la historia de aquellos tiempos, y no quedará sobre esto ninguna duda. Figurémonos por un momento que las innumerables legiones de folletistas, periodistas y escritores de obras que actualmente inundan los países civilizados, hubiesen aparecido de repente en medio del feudalismo, que hubiesen podido recorrer el castillo del orgu-

Ello señor, examinando sus cómodos aposentos, su lujoso aparato; que le hubiesen visto salir á una partida de caza con sus briosos caballos, sus gallardos escuderos, sus innumerables perros, insultando con la riqueza de los aderezos la miseria y la desnudez de sus vasallos; que hubiesen presenciado las injustas exigencias, las arbitrariedades, la crueldad con que vejaban á sus súbditos; y supongamos por un momento que en las reducidas poblaciones que acá y acullá se andaban formando, y que conquistaban tan trabajosamente su independencia, hubiesen hallado por ensalmo las prensas de París y Londres, y aprendiendo también de repente los pueblos á leer, se hubiesen hallado con infinitos escritos donde se narrasen y pintasen con los colores que suponer se dejan, las violencias, las injusticias, el destemplado lujo de los señores, y la opresión, la miseria, las calamidades de los vasallos; ¿no os parece que el cuadro resultaría negro, que un clamor general se levantaría de los cuatro ángulos de la tierra pidiendo venganza? ¿no os parece que se pondría también de acuerdo todo el mundo en que jamás fueron mayores los males de la humanidad, que jamás fué más urgente aplicarle un remedio, que jamás fué más necesaria, mas inminente una profunda mudanza en la organización social?

Volvamos la medalla, y miremos su reverso: imaginémonos que en nuestro siglo callan de repente la prensa y la tribuna, que se desvía de la política la atención pública, que no se piensa en las cuestiones sobre la organización social, que los amos se ocupan únicamente de sus negocios, los jornaleros de su trabajo, que nadie cuida de contar cuántos pobres hay en Inglaterra, en Francia y los demás países, que no circulan las narraciones de los padecimientos de las clases menesterosas, con el cálculo de las onzas de pan ó de patatas que tocan al infeliz trabajador y á sus hijos, y con la descripción de la triste y mugrienta habitación en que se ve precisado á albergarse, y que con todo siguiese como ahora el movimiento de la in-



dustria, y se ocupasen los mismos brazos, y fuesen los mismos los salarios, y el mismo el precio de los alimentos y vestidos, ¿no es claro que nuestro estado social no se mostraría con tan negros colores, ni veríamos tan amenazador el porvenir?

Véase pues, mi estimado amigo, con cuánta razón he dicho, que nuestros males eran mayores porque pensábamos demasiado en ellos, porque hay mil medios y motivos de recordarlos, de exagerarlos, y porque el estado actual de la civilización lleva necesariamente consigo el acto reflejo de ocuparse de sí misma. Y no crea V. que yo esté mal avenido con que se dé la conveniente publicidad á los sufrimientos del pobre, ni que desee que se imponga silencio á la clase que sufre para que no cause siquiera el padecimiento de algunas molestias y zozobras á la clase que goza; sólo he querido indicar un carácter de nuestra época, señalando la razón de que parezca tener otras particularidades, que se le atribuyen como propias, no obstante de serle comunes con todas las que le han precedido. Que por lo tocante á las simpatías en favor de la clase menesterosa á nadie cedo: y respetando como es debido la propiedad y demás legítimas ventajas de las clases altas, no dejo de conocer la sinrazón y la injusticia que á menudo las deslustra y las daña.

Me inclino á creer que si V. no ha adoptado mis opiniones en todas sus partes, al menos convendrá en que no son para desatendidas, supuestos los argumentos en que las he apoyado; y estoy seguro de que en adelante se parará V. algo más en el verdadero sentido de la palabra *transición*, y no le dará tanta importancia como antes le concedía. Ciertamente no alcanzo cómo se ha podido meter tanto ruido con estas y otras expresiones semejantes, cuando bien analizadas no se encuentra que signifiquen otra cosa que la inestabilidad en las cosas humanas; inestabilidad cuyo conocimiento no data ciertamente de los tiempos modernos.

Así, tampoco concibo cómo se atreven algunos á pró-

nosticar la muerte del catolicismo, fundándose en que el nuevo estado á que van á *pasar* las sociedades, no podrá consentir ni los dogmas ni las formas de esta religión divina; como si el mundo hubiese permanecido durante diez y ocho siglos sin ninguna clase de mudanza; como si la fe y las augustas instituciones que nos dejó Jesucristo necesitasen para conservarse de las obras del hombre.

¿Acaso la organización social del primer siglo del cristianismo no era muy diferente de la del tiempo de Teodosio el grande? ¿Acaso la Europa de los bárbaros se parecía en nada á la Europa del imperio? ¿Acaso la época del feudalismo se asemejaba á los trastornos de la irrupción de las hordas del Norte, ni la prepotencia de los barones á la pujanza de la monarquía? ¿Acaso el siglo de Francisco I fué el siglo de Luis XIV, ni este el de Luis Felipe? Verificáronse en ese espacio de diez y ocho siglos revoluciones colosales, pasaron sobre la sociedad europea vicisitudes innumerables, la vida pública y privada de los pueblos se modificó, se cambió de mil maneras; y sin embargo la religión permaneciendo la misma sin prestarse á ninguna de aquellas transacciones que la destruirían por su base, ha podido y sabido acomodarse á lo que demandaban la diversidad de tiempos y de circunstancias; sin hacer traición á la verdad, no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral, ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organización interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su fe.

¿Ignora V. estos hechos, mi estimado amigo? ¿hay en ellos algo que consienta ni disputa siquiera? Deje V. pues esas palabras vanas que nada significan, que sólo sirven á nutrir con vagas generalidades ese fatal estado de duda y de escepticismo que es la verdadera agonía del espíritu. Bien conoce V. que no aborrezco el progreso de la sociedad, que lo miro como un beneficio de la Providencia, que



no soy pesimista, ni me complazco en condenar todo cuanto existe y todo cuanto se columbra en el porvenir; pero deseo que se distinga lo bueno de lo malo, la verdad del error, lo sólido de lo fútil; deseo hacer lo que Vds. los escépticos nos exigen, y que sin embargo no practican: *examinar con buena fe, juzgar con imparcialidad.* Queda de V. su affmo. Q. B. S. M.—*J. B.*





(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Agosto de 1843.)

## MISCELÁNEA.

### I.

«¿Cómo hemos podido llegar á tamaño estado de desconcierto y desorden? ¿por qué no tenemos gobierno?» preguntan algunos; «¿cómo no hemos llegado todavía á un estado peor? ¿cómo hemos tenido ni sombra de gobierno?» debiera preguntarse. *Minoría, guerra de sucesión, revolución*; cada uno de estos males basta por sí solo para trastornar una sociedad. ¿Qué no había de resultar de los tres reunidos?

La sola minoría de Carlos II llevó agitados los pacatos tiempos del último período de la dinastía austriaca; la sola guerra de sucesión inundó de sangre la Península al entronizarse la rama borbónica; la sola revolución, nos trajo la lucha civil y la invasión extranjera en 1823; nada pues más natural que los males sin cuento que hemos sufrido, ya que la Providencia quiso que se combinasen y obrasen á un tiempo sobre nuestra patria tres elementos, todos tan poderosos para trastornar.

En la *minoría*, el trono está desocupado; bajo sus doseles está la regia cuna. Las funciones del monarca las ejercen otros; pero cabalmente la fuerza del poder monárqui-

co está vinculada principalmente á la misma persona del monarca. El monarca es inamovible, la regencia no lo es; la monarquía es perpetua, la regencia es temporal; el monarca obra en nombre propio, la regencia en nombre ajeno. La autoridad es débil porque es *emanada*, no sale inmediatamente del origen; y la ambición no tiene cerradas las puertas porque hay *eventualidad* de cambio en el poder supremo, y por consiguiente existen *esperanzas* de usurparlo. Durante el funesto período, experimenta la nación los males de una monarquía electiva. La ley que en Francia acaba de declarar hereditaria la regencia, encierra un pensamiento de bien alta política.

La *guerra de sucesión* supone cuestionable el derecho, y encomienda la decisión á los trances de las armas. Mientras dura la sangrienta lid, se levanta trono contra trono; no existe pues la *unidad*, está privada la monarquía de su carácter esencial, quedando en cierto modo aplazada su existencia para cuando se haya decidido la lucha.

La *revolución* ataca el principio mismo del gobierno, porque tiende á cambiar las formas políticas y la organización social. Por naturaleza es enemiga del poder, se esfuerza sin cesar en enflaquecerle, porque su fin es derribarle. Relaja todos los vínculos con que está formada la sociedad, porque son un obstáculo á sus designios; y el poder supremo es el objeto de sus iras, por el doble motivo de ser poder, y de servir de centro y núcleo á la organización social que se intenta destruir.

En la última época, la revolución hubiera sido impotente, como lo fué en las anteriores, á no haberla secundado la minoría y la guerra de sucesión. Siempre que se hubiese empeñado en una lucha contra el trono, cuerpo á cuerpo, habría sucumbido: porque el trono es nacional, la revolución no.

Cuando la revolución ha conocido sus verdaderos intereses, y la debilidad de sus fuerzas, se ha colocado siempre á la sombra del trono. Necesitaba un escudo, y en este escudo esculpió los blasones de la monarquía.



## II.

Alguna vez hemos pensado, si nos hubiera dañado más que una revolución monárquica, un monarca revolucionario. Optamos por la primera, porque al mal no le deseamos jamás un elemento de pujanza. Un monarca revolucionario que con las modificaciones del espíritu de la época, se hubiese arrojado por el sendero de Enrique VIII ó del emperador José, quizás nos hubiera perdido para siempre. Recuérdense ciertos periodos críticos del tiempo de Carlos III y de Carlos IV. El desorden de la revolución destruye pero nada edifica, ni bueno ni malo, y trae en pos de sí el peor enemigo: un incurable descrédito; pero la acción ordenada, regular, firme, con que funciona la monarquía, derriba de un golpe, y edifica en un instante: ¡ay de los pueblos, si el derribo y la construcción están dirigidos por el genio del mal!

En adelante, ¿qué podría suceder? Las circunstancias han cambiado: si en una de las infinitas combinaciones que es dado imaginar se apoderasen del trono influencias maléficas, su acción sería nociva, pero nó omnipotente. Hace ya muchos años que los buenos principios están acostumbrados á no deber su salvación á nadie. Su fuerza propia, intrínseca, esencial, está en ejercicio; no hay poder sobre la tierra que pueda esclavizarlos, y mucho menos destruirlos. Sin embargo, conviene que sus defensores no estén desapercibidos: la España es un campamento en desorden, donde cada cual guarda lo suyo como mejor puede, y no escrupuliza mucho en tomar lo ajeno: no tomemos nada de nadie, pero velemos en torno del *arca santa*.

## III.

La guerra de sucesión cesó, la minoría se acerca á su fin, la revolución ha llegado al término de su carrera, porque desgraciadamente ha logrado su objeto, en cuanto

le era posible; ¿qué es lo que puede impedir el establecimiento de un gobierno? Lo iremos diciendo en el presente artículo y en los venideros.

¿Cómo sabéis que la revolución ha llegado á su término? porque no vemos en pie nada de lo que ella quería destruir, excepto las cosas indestructibles. Estamos sentados en medio de ruinas, esto nos garantiza de que no nos engañamos.

Después de lo que se ha hecho, todo lo que en adelante se apellide revolución no merecerá tal nombre. Será el designio de impedir que se quiten los escombros, que se despeje el terreno, y se levante un edificio. Para ciertos actos, es muy conveniente tener á la mano montones de polvo para obscurecer la atmósfera y privar la luz.

En una vasta llanura, entrecortada por suaves colinas, existía en otros tiempos un magnífico edificio que levantaba hasta las nubes su gallarda cúpula y sus torres gigantes. La amenidad del país, la feracidad de los campos, la hermosura del cielo, el despejo del horizonte, parecían decir que allí no podía faltar la vivienda del hombre. Sin embargo, el tiempo que todo lo destruye, había desmoronado el edificio, consumido sus techos, desmantelado sus paredes, minado y destrozado sus cimientos. Aquí un enorme paredón que amenaza desplomarse de un momento á otro, allí una bóveda cuyos estribos se van cayendo á pedazos; arcos aislados, columnas que no sostienen nada; grandes aberturas en los parajes antes cerrados, montones de escombros sobre el lugar de las antiguas entradas; descomunales boquerones en el suelo, todo confusión y desorden, todo ruinas. El hombre no vive en aquellas estancias, pero la habitación no está desierta. Los zorros, los jacaes, las hienas, los tigres, todas las alimañas y fieras del desierto han hallado allí su cueva; las sabandijas, los dragones y todo linaje de reptiles encuentran cómoda guarida en las numerosas y profundas hendiduras; y los buitres, las lechuzas, los murciélagos tienen su nido en los restos de las torres y almenas.



Un viajero recorría silencioso los alrededores de las ruinas, y contemplaba con dolor aquel cuadro de destrucción. Resonaba el rugido del tigre en el mismo lugar donde antes se oyera el ladrido del perro fiel; donde antes colgaba una linda jaula con un pájaro de pintados colores y de melodioso canto, asomaba la facha del buho, con su pico corvo y sus plumas en forma de orejas; por las ventanas donde se recostara en otro tiempo una gallarda matrona ó hermosa doncella, sacaban de improviso la cabeza el zorro, el oso, el tigre; y en los lugares en que jugueteara con bulliciosa alegría la candorosa niñez, silbaba la horrible sierpe mostrando su lengua de sangre y sus ojos de llama.

«Por respeto á los manes de los antiguos señores, dijo el viajero, es preciso que desaparezca tanto horror; es preciso quitar esas ruinas, y construir un edificio.» Y es fama que difundiendo esa voz por todo el ámbito de las ruinas, las fieras, las alimañas, los reptiles y las aves nocturnas temiendo perder su habitación se helaron de espanto; cada cual á su manera dió un grito horrible; y el silbido, y el rugido, y el aullido, y el chirrido, resonando todo á un tiempo, resultó un ruido fatídico y aterrador.

#### IV.

Una señal bastante segura de que las revoluciones se aproximan á su fin, es cuando los tribunos se convierten en cortesanos, y los agitadores muestran pretensión de parecer hombres de gobierno.

Cuando la revolución invoca la legalidad, es un indicio de que el enemigo está fuera de combate, y de que es tiempo ya de tratar del reparto y seguridad del botín. Entonces vienen de molde los *hechos consumados*; y como suele decirse, se *consolida la situación*. En tiempos revueltos es necesario no contentarse con saber y entender el Diccionario de la Academia.

Se ha clamado mucho contra un centenar de ancianos y hombres de mediana edad, porque se han mostrado tercos sostenedores de las leyes hechas por ellos, y de la situación también creada por ellos como se supone. « Vosotros, les decían sus adversarios, vosotros los antiguos tribunos, los fogosos antagonistas de la monarquía, los autores de la revolución, los padres de la Constitución del año 12, los incorruptibles enemigos de las camarillas cortesanas, los hombres del pueblo, de las eternas ponderaciones de sus derechos, vosotros os habéis prostituído á los caprichos de un poder nuevo, obra de vuestras manos, que ni brilla con la llama del genio, ni resplandece con el reflejo de un gran nombre ó de recuerdos históricos, y en cuyo porvenir no hay más que obscuridad. ¿Y preferís una mirada lisonjera ó una sonrisa de ese poder, al clamor de los pueblos, al voto de los parlamentos, al grito unánime de la prensa? ¿Habéis cambiado de principios, modificado vuestras creencias políticas, disipado vuestras ilusiones, secado vuestro corazón? ¡Qué mudanza tan inesperada! Antes las sociedades patrióticas, ahora los salones diplomáticos; antes desprecio de la aristocracia, ahora insaciable sed de condecoraciones y títulos; antes al pasar por delante del regio alcázar le mirabais con altivo desdén y con ojo centelleante, ahora habéis ocupado todas las antesalas de las reales estancias, y vestís la librea de los cortesanos y os dejáis arrastrar en soberbias carrozas; antes hacíais gala de vuestra pobreza, blasonabais de espartano desinterés, á fuer de pechos generosos no ansiabais otro fin, no os impulsaba otro móvil que la prosperidad, y sobre todo, sobre todo, la libertad, la idolatrada libertad de vuestra oprimida y gemebunda patria; ahora, ¡oh pensamiento desconsolador! habéis aceptado pingües sueldos en retribución de vuestros servicios, y habéis desvanecido de un golpe el más bello de los encantos: habéis cometido una profanación sacrilega; habéis colocado el oro junto al entusiasmo...» Esto les dicen sus adversarios, de los cuales no pocos fueron sus amigos y auxiliares. Los co-



mentarios y las consecuencias no son difíciles de alcanzar, no sabemos si lo siguiente podrá servir para nada.

En tiempo de las Constituyentes de 1812, y de la inauguración de la escuela revolucionaria y volteriana en nuestro suelo, salieron á defender la religión y la monarquía algunos escritores, haciéndolo cada cual como mejor entendía, distinguiéndose uno que otro por cualidades más ó menos relevantes, pero abundando los más de doctrina y raciocinio. Aparte la exaltación de los ánimos, muy natural en el primer momento de la lucha, y atendidas las insolentes provocaciones de los amantes de novedades, prescindiendo además de los manejos y venganzas de los partidos, lo que decían los más aventajados adalides de aquella lucha podía formularse en estos términos: «Nación española, esos hombres que apellidan *libertad* y te prometen el siglo de oro, te engañan. Sus doctrinas son las ensayadas en Francia; mira lo que éstas han producido allí, é infiere lo que producirán aquí. Se quiere derribar un ídolo para colocarse en su lugar; el incienso que te forzarán á rendirle, te será repugnante, y las ofrendas que te obligarán á presentarle te saldrán muy caras. La ambición y la codicia se cubren con el manto de la libertad y de la economía; no les prestes oídos, que el tiempo vendría á castigar tu imprudencia con dolorosos escarmientos.» Y bien, ¿qué decían aquellos escritores que no se haya dicho ahora? ¿qué fué la prensa de entonces en comparación de la prensa de ahora? Los hombres son los mismos, hasta llevan el apellido de la época, se llaman doceañistas; entonces hablaba la previsión, ahora habla la experiencia... ¡Cuán amargos desengaños traen consigo las revoluciones! Hombres que estudiáis su historia, no os fiéis de los libros, escritos en buena parte por los autores ó los cómplices del mal; atended á los hechos y á nada más que á los hechos; mirad lo que había, ved lo que hay; mirad lo que eran los revolucionarios antes de la revolución, mirad lo que son ahora: el esplendor ha sucedido á la obscuridad, la opulencia á la pobreza: he aquí descifrado el enigma.

V.

«Todas las reputaciones se gastan, exclaman ciertos hombres, es imposible gobernar; la capacidad más aventajada, la probidad más incorruptible, son inútiles; porque á poco tiempo de figurar, caen en el mayor descrédito. Esas revoluciones son un monstruo que se lo traga todo: no sabiendo qué devorar consumen reputaciones.» No tenemos costumbre de apadrinar la causa de la revolución, ni tampoco solemos encarecer la facilidad de gobiernos, pero en esta parte no podemos sufrir que á la revolución se le achaquen nuevos delitos; bastantes ha cometido que no consienten disputa; no la calumniemos. Nuestra opinión en este punto podrá parecer peregrina: como quiera, no la tenemos por desacertada. La revolución no gasta las reputaciones, lo que hace es ponerlas á prueba; y esto es cosa muy diferente. Nos inclinamos á que la opinión pública lejos de ser injusta ni severa, ha sido y es todavía demasiado indulgente. Hay capacidades que no pueden conservar su *alta* nombradía sino manteniéndose en misteriosas sombras. En dándoles de lleno la luz, el prestigio desaparece. ¿Quién tiene la culpa? Hay virtudes hipócritas, hay *probidades* que no sirven para la hora de la tentación; el cebo brinda, el peligro amenaza; la *probidad* sucumbe; ¿quién tiene la culpa? Las revoluciones sacuden y agitan la sociedad; el mal campea, el bien se ve precisado á defenderse; se forman diferentes bandos, se ofrecen situaciones difíciles, la lucha se enciende, y en ella es preciso mostrar el temple de la espada, el corte de la pluma, el tino gubernativo, la previsión política, la firmeza de carácter, la energía de la voluntad, la elevación de sentimientos, los quilates de la honradez: se hacen transparentes los entendimientos y los corazones; ¿quién tiene la culpa si son pocos los que salen airosos de la dura prueba?

¿Cuántos son los hombres eminentes, ni aun distingui-



dos, á quienes la opinion pública no haga justicia? Pocos son los que reúnen muchas cualidades sobresalientes, cada cual está dotado de las suyas; y en estas el público no es tan injusto como se quiere suponer. Lo que hace es distinguir, clasificar, otorgar lo merecido, y negar lo que se pretende sin razón. Acabamos de atravesar una guerra civil y estamos atravesando disturbios políticos; y sin embargo recórrase el catálogo de los hombres que se han señalado por sus talentos, por su honradez, por su carácter, ó por otras cualidades buenas ó malas, en cualquiera de los partidos, y se hallará que la verdadera opinión pública está fijada sobre su mérito. En ciertas cualidades hay discrepancia; pero es de temer que en tal caso no serán ellas muy aventajadas. Cuando el sol brilla todos lo ven; aun aquellos á quienes ofende.

«Mas, ¿no sabéis lo que suele decirse, que la justicia no la hacen los contemporáneos, sino la posteridad?» Es cierto, pero en tiempos de revolución, la posteridad se adelanta, los años son siglos, las generaciones viven muchas vidas, y antes que las *notabilidades* desciendan al sepulcro, suele llegar para ellas el fallo de la historia. ¿Qué se ha hecho la *divinidad* de un famoso diputado de las Constituyentes de Cádiz? y este diputado vive aún; pero ha llegado ya para él el fallo de la historia. Varias cualidades se disputan á Martínez de la Rosa; pero ¿quién pone en cuestión su honradez y su elocuencia parlamentaria? ¿Quién niega á Galiano su ímpetu, á Isturiz su firmeza, á López su fogosa facilidad, á Toreno su hábil travesura? A Córdova y Zumalacárregui, ¿quién los desconoce?

Todas las caricaturas del mundo no destruyen un hecho; todos los artículos de fondo no lo crean. ¿Qué pudieran las caricaturas contra Napoleón, á la vista del orden público restablecido, de la administración organizada, y de las banderas tomadas al enemigo? ¿qué valían los artículos de un periódico ministerial, para realzar el prestigio de Espartero? Se le ha llamado *ilustre, invicto, honrado, patriota, modesto, desinteresado*, y de esto cada cual ha creído lo que

le pareciera bien ; pero no se le ha llamado *grande hombre*, *hombre de genio* ; él propio nos ha dicho en un reciente manifiesto, que no ambicionaba tal título, que no lo merecía. ¡Tanta es la fuerza de un hecho evidente !

Si todo el mundo supiera que sois un defraudador de los caudales públicos ¿de qué os sirve tener asalariados dos ó tres escritores para que os llamen sin cesar, honrado, puro, desinteresado hasta el fastidio ?

Todo se ridiculiza, y se hace objeto de desprecio á un hombre quizás muy respetable, es verdad ; pero esto no afecta la reputación tanto como se pudiera creer. A un político eminente que haya probado con hechos su elevado talento, ¿qué le importa que un papel sin firma le diga cuatro desvergüenzas sacando á plaza su enorme nariz, su joroba, la corvatura de sus piernas, su calva, pantuflas y levitón ? El mundo está lleno de piernas derechas y de figuras airosas y elegantes, en las que nadie piensa ; Talleyrand era cojo y dominaba la diplomacia europea.

En épocas turbulentas, si se llega de un modo ú otro á inutilizar por una temporada los talentos de hombres capaces de salvar el país, el interés público es lo que sufre ; la reputación si es sólida, queda intacta. Cuando se examina la conducta de un general desgraciado, se atiende al número y clase de tropas de que disponía, y á la situación en que se encontraba ; cuando una nave no ha podido salvarse, no siempre se achaca el naufragio á la impericia del piloto.

Ahora se abre una nueva era ; van á ponerse á prueba ciertos hombres ; sería bien posible que tuviésemos gran consumo de reputaciones.

## VI.

Los ejércitos pronunciados acaban de entrar triunfantes en Madrid. ¿Cuál es la situación de la capital de la monarquía ? Están allí mezclados los generales de Octubre con los tribunos de 1840. Muy en breve estarán en movimiento to-



dos los elementos políticos que se agitan en la Península: si no se crea pronto y muy pronto un gobierno fuerte, comenzará la discordia y seguirá la anarquía. ¿Cómo puede crearse este gobierno? Es necesario un centro; y centro no hay otro que la augusta Huérfana, esa Huérfana que se arrebató sucesivamente la fuerza armada!..... esa Huérfana que en la Granja se ha visto asaltada por sargentos y entregada á manos de la revolución; que se ha visto arrebatada de los brazos de su Madre por el general de los ejércitos reunidos; que en Octubre ha oído las descargas en las escaleras y salones de palacio; y que al resonar los vítores de los que acababan de libertarla, á las órdenes de Azpiroz y Narvaez, ignora lo que hay, tiembla, llora y pregunta, si efectivamente gritan ¡Viva la Reina!..... Hombres de la situación, reflexionad sobre lo que os dicen estos hechos: y si sois hombres de Estado, acreditadlo de una vez.

Se necesita un gobierno fuerte, no nos cansaremos de repetirlo; sin él, tendremos arbitrariedad con pretexto de orden, licencia con nombre de libertad. No bastan reconciliaciones entusiastas, no bastan abrazos; los individuos ni los pueblos no viven de escenas de teatro; los síntomas que estamos viendo, nos indican la gravedad de un mal que en vano se trataría de encubrir.

La susceptibilidad y los intereses de Inglaterra han quedado heridos, la vanidad y la ambición de la Francia se habrán despertado, los pretendientes á la mano de la Reina se pondrán en movimiento; los partidos temerosos de perder demasiado en la transacción, suscitarán cuestiones sobre las cláusulas del contrato; quien posee no querrá desasirse, y quien no tiene deseará adquirir; hay la cuestión de la mayoría, la del reconocimiento de las potencias del Norte, los negocios de Roma; hay un desgobierno espantoso, un desquiciamiento administrativo que da vahidos; y descuella finalmente, como un fantasma aterrador, esa hacienda, que para mayor infortunio acaba de salir de nuevo de las manos de Mendizabal.

Bien se echa de ver que no disminuimos los obstáculos que hay para bien gobernar, y que los pintamos con sus verdaderos colores; los hombres de la situación no podrán quejarse de que no les suministremos excusas para los errores que puedan cometer; pero en cambio les daremos también los elementos favorables con que cuentan, que serán sus cargos, si con ellos no salvan el país y á la Reina.

Hay un gran pueblo entusiasta de la monarquía, firmemente adherido á la religión de sus padres, amante del orden y de la justicia, sediento de paz y estabilidad, enemigo de teorías, despreciador de los charlatanes, amaestrado con larga y costosa experiencia; hay un país abundante de recursos, hay innumerables veneros de riqueza por explotar, hay muchas rentas que beneficiar; hay una situación topográfica que brinda á la independencia, y hay un carácter fiero y brioso para hacerla respetar; ¿qué falta pues? Falta una cosa muy sencilla, y sin embargo difícil; falta que los hombres que se coloquen á la cabeza de la nación se convenzan de su fuerza si se apoyan en los elementos del bien, y que no se crean forzados á tener contemplaciones á los elementos del mal; falta que acierten á mostrarse como protectores de las grandes ideas nacionales, que de esta manera exciten el interés de la inmensa mayoría del pueblo español; de ese pueblo que hace años está esperando que un verdadero gobierno le llame en su auxilio, para hundir en el polvo á esas pandillas que le atormentan, le despojan, y por añadidura le insultan.

Ved lo que ha sucedido, y conjeturad lo que sucederá. Habéis clamado: *¡ El país y la Reina están en peligro !* y el pueblo español se ha levantado como un solo hombre, y os ha dicho: «¿dónde están los enemigos del país y de la Reina?» Se los señalasteis; un instante después ya no existían.

El pueblo español, ese pueblo que no sabe sino pelear y vencer, se retirará con la generosa confianza que abrigan



los pechos nobles y valientes; después de haber disipado con un soplo á vuestros adversarios os dejará hacer; muy desleales é ingratos fuerais si le engañaseis también.

No ignora la nación que la situación es extraordinaria, que en medio de la insurrección desaparece la legalidad, y que no puede reclamarla estricta en los momentos críticos de la victoria, cuando ha quedado una Reina menor de edad, sin regencia, sin ministerio nombrado por los trámites legales; por lo mismo no os pedirá cuenta de si habéis puesto ó nó el pie sobre el linde de la ley, sino de si habéis salvado el país ó nó. Salvadle y no temáis: el país que sufre tantos *estados de sitio*, tantas *medidas de salvación pública*, tantos *velos echados sobre la estatua de la ley*, tolerará sin duda que le salvéis, sea ó no en el terreno de la estricta legalidad; de esa legalidad que años hace ha desaparecido, que todos invocan y que nadie observa. *Las revoluciones comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley*; se empieza clamando por las garantías legales, y se acaba por hacer necesario un poder discrecional. ¿Qué importa que lo ejerzan las juntas ó los militares, las convenciones ó los dictadores? Si en tanto abuso como se ha hecho en España del poder discrecional se hallase quien lo empleara en salvar la patria, á buen seguro que en lugar de la Roca Tarpeya le esperaría el Capitolio.

## VII.

Si no se quiere un gobierno fuerte, si se oponen obstáculos á su establecimiento so pretexto de combatir la tiranía, tendremos á centenares los tiranos; porque lo hemos dicho y lo repetimos: los gobiernos opresores no son los fuertes sino los débiles. El fuerte puede marchar á la luz del día, no ha menester las maquinaciones tenebrosas; no necesita medidas violentas, porque cuenta con la debida fuerza para hacer observar las leyes; no es suspicaz ni perseguidor, porque puede despreciar á sus enemigos,

estando seguro como está de anonadarlos si se atreven á levantar la cabeza. Esto enseñan la razón, la experiencia, la historia; que no lo pierdan de vista todos los hombres amantes de su patria; nuestra necesidad urgente, apremiadora, es un poder fuerte; sin él no hay esperanza de salvación, sin él sufriremos la más bastarda y la más estéril de las tiranías, que es la impuesta por las pandillas y facciones; sin él, no saldremos jamás de estados de sitio, de medidas dictadas por la *salud del pueblo*, y este mal será irremediable; porque su raíz no estará en los hombres sino en las cosas. Colocad en el gobierno á hombres de opiniones templadas, y de intenciones rectas y pacíficas; si su poder es débil, ó serán echados de sus puestos, ó abdicando sus opiniones y olvidando sus hábitos, se convertirán en opresores.

### VIII.

Salgamos del terreno de la política, que está volcanizado; mientras permitáis que se revuelva, temblará el suelo bajo vuestras plantas. Siempre se habla de Constitución, siempre de leyes orgánicas, siempre de gobierno y oposición, siempre de sistemas políticos; nunca de buena administración, de arreglo de hacienda, de instrucción pública; siempre del instrumento, nunca del artefacto. Olvidase que las formas políticas son un *medio*, y se las considera como *fin*; mejor diremos, se aparenta considerarlas como tal; porque en el fondo de las cosas, en la realidad, patente ya á los ojos de todo el mundo, lo que obra, lo que remueve, lo que agita y perturba, son la ambición y la codicia; y tal vez, y sin tal vez, más la codicia que la ambición.

Un hombre que tenía inmensos caudales, no sabiendo en qué emplearlos, dió en la tarea de hacerse fabricante. A costa de muchos sacrificios adquirió una máquina, que en su concepto era lo más admirable que imaginarse pudiera. Fuerza motriz muy poderosa, combinaciones inge-



niosas y elegantes, mucho tino del constructor en acomodarla al objeto para hacerla elaborar en abundancia productos los más exquisitos; todo este conjunto tenía embesado al dueño, y le hacía esperar que los capitales invertidos en la compra estarían muy bien empleados; y no se arrepentía de haber dejado vacías sus arcas. Rodeado de amigos que le felicitaban por su adquisición, embriagado de gozo y desvanecido de orgullo, se felicitaba á sí propio por el acierto de su plan; y ya sólo pensaba en buscar un hombre de habilidad y confianza para encargarle de la dirección de la máquina. Aquí fué donde tropezó el buen especulador. Directores encontraba muchos, pero bueno ninguno. Se allanaba y nivelaba el terreno, se mudaban los operarios, se hacían continuas reformas; la máquina no funcionaba. Los directores renunciaban, ó el dueño los despedía; la máquina no funcionaba. Quién luchaba con un inconveniente, quién se excusaba con otro; pero ninguno se olvidaba de decir que la envidia no podía perdonar la introducción de la máquina, y que por mil medios tenebrosos y pérfidos procuraba embarazar su movimiento para que no diese productos. Seis años habían transcurrido y todavía el pobre fabricante, sin haber visto un producto, estaba arreglando la máquina; los gastos eran muchos, los cuidados sin cuento, la desesperación estaba en su colmo. Consultaba un día á uno de sus amigos, y este compadecido de su situación y viendo la trama infernal de que era víctima el desgraciado capitalista, le dijo: «si la máquina funciona, los efectos fabricados deberán salir con regularidad; los gastos estarán sujetos á cálculo si no ríguroso, al menos aproximado; y los salarios así del director como de los operarios, serán fijos. Ahora todo es arbitrario: ¿quién puede saber lo que cuesta una reforma en la máquina, y sobre todo el desbaratar los manejos de los que intentan seducir á los operarios, y quizás se proponen destruirla? ¿Quién examina si los que se meten á directores ó á reformadores, están adornados de los conocimientos suficientes para el desempeño de su tarea? Todos se

apellidan maquinistas, todos tienen su voto, y lo que es peor, todos cobran su salario. Estableced una regla muy sencilla: nadie percibirá un maravedí hasta que la máquina funcione; y al día siguiente, ó la máquina funcionará ú os habréis quedado libre de directores y maquinistas.» Dicen que se puso en planta el consejo y el pobre capitalista se vió libre de trampas.

En tan delicada materia conviene no fiarse de colores, ni pretextos, ni apariencias las más inocentes; que como decía Cervantes: «de todo hay en el mundo; y esto de la hambre, tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.»

Cuando las revoluciones están en el período de caducidad, lo que se llama *pasiones políticas*, no suelen ser más que *pasiones particulares*.—*J. B.*

## LA POBLACIÓN.

---

### ARTÍCULO 3.º

Afirmase comunmente que el aumento de la población se verifica en progresión geométrica: esta proposición asentada en general no significa nada; porque el valor de la progresión depende de la razón de la misma, y varía con ella en una escala infinita. Si formamos una en que el primer término sea 1 y la razón 2, tendremos la siguiente: 1: 2: 4: 8: 16: 32: etc.; pero si la razón es 10, resultará esta otra: 1: 10: 100: 1000: 10000: 100000, etc., etc.; donde siendo uno mismo el primer término, nos encontramos ya en el sexto con una diferencia tan enorme como va de 32 á 100000. Sea cual fuere la razón que se señale á la pro-



gresión, cuéstanos trabajo el creer que en esta materia pueda establecerse nada fijo: porque son tantas las causas que en ella se combinan, y deben de existir tantas otras cuyo concurso no nos es conocido, que muchas veces resolveremos el problema faltándonos datos muy esenciales. La emigración y la inmigración pueden fácilmente sujetarse á cálculo; pero ¿quién verifica lo mismo con respecto á los medios de subsistencia, y la acción del clima é influencia de las leyes y costumbres del país? Estos son datos sujetos á mil y mil modificaciones por su misma naturaleza; y además, el primero y el último cambian muy á menudo, hasta con respecto á un mismo pueblo.

Así, para apreciar el verdadero estado de los medios de subsistencia, y el influjo que su abundancia ó escasez puede ejercer sobre la población, es necesario atender al estado de la riqueza del país, á la manera con que se halla distribuída, y á las necesidades del pueblo que es objeto del examen. De poco serviría el saber la suma total de la riqueza, si se ignorase el modo con que está repartida; porque sería posible que de dos países donde los productos de la tierra fuesen muy desiguales, abundasen más los medios de subsistencia en aquel cuyos productos fuesen menores. Esto que á primera vista podría parecer una paradoja, es sin embargo una verdad muy sencilla. Demos que en el país A sean mayores los productos que en el país B; si en este último son repartidos de una manera más equitativa, sin arrendatarios que estrujen, sin amos que exijan más de lo razonable y justo, cuando en aquél los sudores del infeliz labrador van á parar á manos improductivas, para ser luego consumidos lejos de la tierra, claro es que con mucho menos productos vivirán los naturales con más holganza, y por consiguiente, propiamente hablando, los medios de subsistencia serán mayores. Aun supuesta la igualdad de medios de subsistencia será muy diferente el efecto que producirá sobre la población, según las necesidades de los habitantes. Los pueblos son como los individuos: unos son más delicados; otros más su-

fridos; lo que para unos es suficiencia, para otros es escasez; lo que para unos es una comodidad, para otros es necesidad imprescindible.

La acción del clima no será tampoco tan uniforme y constante como se pudiera creer: porque es evidente que según sea la naturaleza del cultivo, y la mayor ó menor policía sanitaria, se pondrán ó removerán causas favorables ó contrarias al aumento de la población, con respecto al número de los nacimientos y al de los muertos. La experiencia nos enseña que á veces la desecación de un terreno pantanoso produce efectos admirables sobre la salud de una comarca antes enfermiza; y que hábitos de mayor limpieza, y algunas precauciones en la cualidad de los alimentos, hacen desaparecer rebeldes dolencias que eran miradas como propias del clima. Así el determinar la acción de éste sobre el aumento de la población ha de ser por necesidad un problema sujeto á una muchedumbre de datos, todos muy variables; porque siempre será muy difícil el discernir hasta qué punto provienen directamente de la acción del clima los efectos buenos ó malos que se experimentan. Además, estamos viendo que ciertas comarcas antes muy pobladas, se hallan en la actualidad casi desiertas; y al contrario, otras que en tiempos anteriores escaseaban de población, abundan ahora de ella. La raza humana no es como la de ciertas plantas y animales, que para vivir han menester un determinado grado de latitud; se multiplica en el Norte como en el Sur, en los hielos del Polo como en los ardores del Trópico; porque el Criador que ha hecho al hombre señor de la tierra, no ha querido quitarle la libertad de establecerse donde mejor le agradara.

La influencia de la legislación y de las costumbres no es menos difícil de apreciar; bastando para convencerse de ello, dar una ojeada sobre los objetos que abarcan. Considérese que podrán ejercer influjo sobre la población no sólo las leyes económicas, sino también las políticas; y añadiéndose á esto que las costumbres no se han de



mirar únicamente con relación á la moral, y que bajo otros aspectos podrán también contribuir al aumento ó á la disminucion, se infiere que son muchos y muy varios los puntos de vista que la cuestion puede presentar.

Volviendo á la progresion geométrica que algunos aseguraron ser la ley del aumento de la poblacion, dudamos mucho que se pueda apoyar semejante opinion en sólidos fundamentos. ¿Dónde están las razones que la sostienen, ni los datos que la confirman?

Ya hemos dicho que los que hablan de *progresion geométrica* nada significan, porque las hay tan varias, cuantas son sus razones; ó lo que es lo mismo, cuantos son los valores por los cuales se multiplican los términos de la progresion. Pero ni aun suponiendo establecida una razon fija, lo que es muy difícil, tampoco queda bien claro lo que se expresa con el aumento en progresion geométrica; porque entonces será necesario saber el número de años á que se refiere la progresion, pues llegaremos á resultados muy diferentes, según este número sea más ó menos grande. Así, admitiendo la progresion geométrica 1: 2: 4: 8: 16: ú otra cualquiera, es claro que si los términos expresados se distribuyen en períodos de 10 años, por manera que el cumplimiento de cada término se realice en este espacio, será el resultado mucho más favorable á la poblacion, que si se los distribuyese en períodos de 20 años, ú otro mayor. Siendo los períodos de 10 años, al fin de un siglo, estaríamos en el término décimo de la progresion, ó sea 512; cuando si fuesen de 20 nos hallaríamos en el quinto ó ea 16.

Se ha dicho, que el aumento de la poblacion y el de los medios de subsistencia, están entre sí como dos progresiones geométrica y aritmética, expresándose el aumento de la poblacion por la geométrica, y el de los medios de subsistencia por la aritmética. Si esto fuese verdad, tomando por razon de la geométrica el número 2, y para la aritmética el 1, tendríamos:

Aumento de población. . . . . 1: 2: 4: 8: 16: 32: 64  
 De los medios de subsistencia. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7.

Pero si tomamos el 2 para ambos, nos dará:

Aumento de población. . . . . 1: 2: 4: 8: 16: 32: 64:  
 De los medios de subsistencia. 1. 3. 5. 7. 9. 11. 13.

Si tomásemos por razón el número 3, los resultados serían todavía más diferentes.

Aumento de población. . . . . 1: 3: 9: 27: 81: 243:  
 De los medios de subsistencia. 1. 4. 7. 10. 13. 16.

Es evidente que los resultados pueden variar hasta lo infinito, según la razón que se elija, y según sea para ambas progresiones una misma ó nó.

¿Cómo se determinan estas condiciones? Creemos que por lo que la ciencia ha podido adelantar hasta el presente, debería mantenerse en prudente reserva, esperando el acopio de mayor número de datos, y que á la luz de estos hubiese podido adquirir mayor vigor el raciocinio. Se ha querido aplicar el cálculo al problema de la población; pero es de temer que en el ensayo no alternen con demasiada frecuencia las hipótesis con la realidad. Es bien sabido que al cálculo se le hace producir el resultado que se quiere, con tal que al calculador se le permita una suposición; pero en faltando esta, ó convenciéndola de arbitraria, el edificio viene al suelo.

Mr. Quetelet pretende haber descubierto que la resistencia ó la suma de los obstáculos que se oponen al desarrollo de la población, se halla representada por el cuadrado de la velocidad con que ella tiende á aumentarse. Notable fuera que la ley que en el mundo físico rige con respecto á la resistencia de los medios por los cuales atraviesan los cuerpos en movimiento, se observase también en el movimiento de la población; pero la hermosura de una analogía no responde de su verdad.



Según la ley indicada, tendríamos, que si en un país la tendencia al aumento de la población fuese como 5, la suma de los obstáculos vendría expresada por 25; y suponiendo otro país donde la tendencia fuese como 10, la suma de los obstáculos vendría representada por 100. De aquí se ha pretendido inferir, que conocida la ley del aumento, podemos conocer la suma de los obstáculos y viceversa; porque no será menester más sino representar por un número uno cualquiera de los términos, y formar su cuadrado ó sacar su raíz cuadrada, según sea la cantidad que se trate de averiguar. ¿La velocidad con que la población tiende á aumentarse es 6? la suma de los obstáculos será 36. ¿La suma de los obstáculos es 49? la velocidad será 7. Todo esto es muy hermoso, muy sencillo para escrito; quizás no lo sea tanto para practicado.

Sean cuales fueren los datos y combinaciones en que se funde semejante proposición, datos y combinaciones que, sea dicho de paso, deben ser mirados con mucha desconfianza, échase de ver á la primera ojeada, que se encierra en la pretendida ley un vicio radical que ninguna modificación es bastante á corregir. Distingúense en ella dos cantidades que en rigor no pueden distinguirse: la tendencia al aumento, y la resistencia que se le opone. En efecto, la tendencia al aumento no es ni puede ser una cantidad fija, independiente de toda otra, porque estando necesariamente enlazada con las circunstancias favorables ó contrarias, no se la puede suponer en acción con una fuerza propia y aislada. Uno de los obstáculos más visibles al aumento, es la falta de medios de subsistencia, así como uno de sus mejores auxiliares es la abundancia de dichos medios; luego cuando se considere la tendencia al aumento no se puede prescindir de la abundancia ó escasez, pues que esta escasez ó abundancia entrarán como factores ó de otra manera, en la formación de la cantidad expresiva de la indicada tendencia.

Si damos que el aumento sea 8, ¿cuánta será la *tendencia* al aumento? si es el mismo 8, entonces no es necesario

excogitar semejantes leyes, porque siendo la tendencia igual al aumento, sabido éste se conocerá también aquélla. Será pues necesario decir, que el aumento será menor que la tendencia, por estar la acción de ésta debilitada por la resistencia de los obstáculos; y en tal caso nos hallaremos con la dificultad de haber de determinar el valor de la tendencia. Pero como no la podemos conocer á *priori*, habremos de apelar á lo que de sí arrojan las tablas estadísticas, es decir que habremos de tropezar con la misma dificultad. Por el aumento buscaremos el valor de la tendencia, sin saber hasta qué punto se combinan en formar semejante aumento, la tendencia y los obstáculos.

Este será un problema de los que se apellidan indeterminados, en que para determinar una incógnita es necesario suponer valores á las demás. Así el número 8, expresión del aumento, podrá haber dimanado de infinitas combinaciones. Para no complicar más la cuestión y presentarla bajo un punto de vista al alcance de todas las inteligencias, haremos patente esta verdad, valiéndonos únicamente de cantidades positivas y negativas combinadas tan sólo por la vía de adición ó sustracción; porque aun cuando no sea este el modo con que se combinen, en nada obsta á lo que nos proponemos; pues las combinaciones por multiplicación ó división harían el problema más complicado, lo que favorecería á nuestro intento. Demos que la tendencia sea 12 y la suma de los obstáculos 4, resultará  $12 - 4 = 8$ ; si suponemos que la tendencia sea 16, y la resistencia 8, tendremos  $16 - 8 = 8$ ; si damos que la tendencia sea 30 y la resistencia igual á 22, resultará  $30 - 22 = 8$ . Es evidente que por el mismo tenor se podrían formar infinitas combinaciones; luego teniendo el 8 y sabiendo que ha provenido de una combinación de valores opuestos, ó sea de tendencias y obstáculos, no podremos conocer el uno, sin que hayamos determinado los otros.

Todavía más: si se quiere suponer la expresada tendencia como un valor independiente de los obstáculos, se la



podrá también mirar como independiente de las causas auxiliares; entonces será preciso atender al concurso de las circunstancias favorables y contrarias, lo que aumentará la complicación del problema.

Ya prevemos que se nos dirá que la *tendencia* no es una cantidad abstracta, sino que está formada de la reunión de las causas favorables al aumento; pero en este caso se ve todavía con más claridad, con cuánta razón afirmamos que hay aquí confusión de ideas. Porque las circunstancias favorables reducidas á expresión muy pequeña pasan á ser contrarias, ó en otros términos, la ausencia ó la disminución de las mismas es un verdadero obstáculo; así los medios de subsistencia en cantidad crecida son circunstancia favorable, la escasez de los mismos es circunstancia contraria. Luego es cierto lo que hemos afirmado de que la *tendencia* no puede considerarse aislada de los obstáculos, pues que éstos entran por necesidad cuando se trata de fijar el valor de aquélla.

Sólo en un caso podríamos suponer independiente esta tendencia, á saber, si en la naturaleza existiese una ley fija que pudiese tomarse por tipo, pues entonces refiriéndonos á ella tendríamos para el cálculo una base. Pero esta ley no existe, ni existir puede; dado que tampoco prescinde la naturaleza de las circunstancias que rodean al ser que se ha de multiplicar. El problema de la población no recibe su complicación extremada del estado social; ora viva el hombre en sociedad culta ó bárbara, ora divague por los bosques en hordas salvajes, á manera de los brutos, siempre resultará muy difícil el determinar la ley del aumento de la población, ó mejor diremos, siempre será este un problema en que entrarán muchas variables cuya determinación dependerá de mil y mil circunstancias locales, sobre las que es muy arriesgado establecer una proposición general.

No se nos diga que el fenómeno del mundo físico al cual se refiere la analogía incluye también variedad de circunstancias, las que si bien deben tenerse presentes cuando se

trata de un caso particular, no impiden que pueda asentarse un verdadero teorema científico. Cuando se dice que la resistencia de los medios está expresada por el cuadrado de la velocidad de los cuerpos que los atraviesan, es cierto que la aplicación de la regla general dependerá de la diversidad de dichos medios y de la velocidad de los cuerpos; pero es evidente que esta velocidad y esos medios son cosas enteramente distintas, independientes, que nada tienen que ver la una con la otra, sino cuando se encuentran en acción combinada sus fuerzas respectivas. El cuerpo que atraviesa un medio luchando con la resistencia que éste le opone, ha salido de un punto con una velocidad propia y que sólo dependía del impulso ó de la atracción que se le ha comunicado. Cuando esta velocidad lucha con la resistencia del medio, lucha con fuerza propia; y lo que de ella pierde á causa del obstáculo, lo tenía independientemente del medio por el cual atraviesa. He aquí reducida á pocas palabras la dificultad que estamos exponiendo. En el fenómeno físico hay una fuerza primitiva, fija, sometida á una ley; en el fenómeno social, nó.

Al proponer estas objeciones no lo hacemos por el prurito de suscitar dudas, ni de apartarnos de la opinión de los otros, sino expresando nuestras íntimas convicciones y con el deseo del adelanto de la ciencia. Es preciso no perder de vista, que la economía política por más importancia que se la quiera dar, no ha salido todavía de la edad infantil. En lo que tiene de ciencia propiamente dicha, es invención muy moderna; y no es regular que á este ramo del humano saber le haya cabido mejor suerte que á los demás, los que para dar algunos pasos hacia la perfección han tenido que esperar largos siglos. Échese una ojeada por el horizonte de las ciencias, y se verá confirmada de una manera patente esta observación: sólo á fuerza de sudores y afanes va conquistando el hombre sus progresos; en rededor de él se halla la verdad, pero no acierta á encontrarla sino después de haber abrazado una y mil veces el fantasma del error. Diríase que la natura-



leza se complace en ocultarle sus secretos, en cubrirlos con cien velos, en encerrarlos con cien llaves: justo castigo de haber prestado oídos á la palabra de orgullo: *seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.*

Las lisonjas tributadas á la ciencia producen un efecto semejante á las que se dispensan al hombre; lo que es muy natural, porque en último resultado el hombre mismo es quien las recibe. Si al presentarse un principio se le abraza desde luego como cierto y evidente, el que lo presenta no se tomará la pena de examinarlo de nuevo; y pasará como cosa averiguada y que no consiente disputa, lo que en realidad es un aserto arbitrario. Si al ofrecerse un raciocinio se le admite por ligereza como una demostración inconcusa, el que lo habrá formado no cuidará de someter á examen las proposiciones que contiene, ni el enlace de las mismas; y tal vez el sofisma más grosero quedará reconocido por argumento indestructible. Los enemigos de la ciencia no son los que no admiten sino con mucha dificultad los principios y las deducciones; antes al contrario, ellos contribuyen tanto más al progreso de las mismas, cuanto más escrupuloso es el rigor con que las obligan á caminar sobre un terreno firme y seguro.

Cuando se trata de resolver un problema, no siempre conviene engolfarse desde luego en cálculos complicados; un ojo experimentado descubre quizás á la primera mirada, que todos los cálculos son inútiles, porque el problema no encierra bastantes datos para llegar al descubrimiento de la incógnita ó incógnitas que se buscan. En tal caso, el que mejor resuelve el problema es el que dice, que no se puede resolver.

¿Y cómo se quiere que nos demos por satisfechos de lo que se afirma sobre la población, cuando los datos escasean, los que se tienen son mal seguros, y por otra parte conducen á resultados muy diferentes del que pretenden los mismos que nos los ofrecen? Ya que á números se apela, apelemos también á números, y veamos qué es lo que de los mismos se infiere.

Examinando el curso que ha seguido la población en Inglaterra durante 130 años, he aquí el estado que resulta:

| AÑOS.          | POBLACIÓN. |
|----------------|------------|
| 1700 . . . . . | 5.134,516  |
| 1710 . . . . . | 5.066,337  |
| 1720 . . . . . | 5.340,351  |
| 1730 . . . . . | 5.687,993  |
| 1740 . . . . . | 5.829,705  |
| 1750 . . . . . | 6.039,684  |
| 1760 . . . . . | 6.479,730  |
| 1770 . . . . . | 7.227,586  |
| 1780 . . . . . | 7.814,827  |
| 1790 . . . . . | 8.540,738  |
| 1800 . . . . . | 9.187,176  |
| 1810 . . . . . | 10.407,556 |
| 1820 . . . . . | 11.957,565 |
| 1830 . . . . . | 13.840,751 |

Basta echar una ojeada sobre el estado que precede, para ver que no existen, ni por asomo, las pretendidas progresiones aritmética ó geométrica. En el primer decenio la población disminuye, en el segundo vuelve á crecer, recobrando lo que había perdido, y excediendo en cantidad bastante considerable de lo que era al principio del primero. Por manera que durante medio siglo no se aumenta la población más que de unas 900 mil almas, y esto sin ninguna regla fija. 50 años se necesitaron para dicha cantidad, cuando notamos que en los 20 siguientes el aumento fué de cerca de 1.200,000 almas, creciendo considerablemente en los decenios sucesivos, pero sin que tampoco se descubra en el aumento ninguna regla constante.

Desearíamos que se nos manifestase verificada aquí ninguna de las leyes que se establecen; y supuesto que se tiene el aumento, se sacase la suma de los obstáculos que á él se oponían.



He aquí otro estado curioso sobre los Estados-Unidos.

| AÑos.          |            |
|----------------|------------|
| 1780 . . . . . | 2.031,000  |
| 1790 . . . . . | 3.929,326  |
| 1800 . . . . . | 5.306,035  |
| 1810 . . . . . | 7.239,703  |
| 1820 . . . . . | 9.654,415  |
| 1825 . . . . . | 10.438,000 |

Es asombroso el aumento de población que arroja el estado precedente; pero es fácil observar que el desarrollo no sigue tampoco una ley constante. En el primer decenio cuasi se duplica la población; en el segundo, si bien no deja de ser mucho el aumento, no lo es ya tanto como en el anterior; y mucho menos lo es en los siguientes. En tan pocos años no vemos ninguna regla fija; ¿qué sería pues si pudiésemos observar el fenómeno por espacio de algunos siglos?

A más de todas las dificultades propuestas contra las reglas generales y las proposiciones gratuitas, media en estas materias una poderosísima, la que no diremos que deba desalentar, pero sí inspirar suma desconfianza á los amantes de la verdad. De ello quisiéramos que se persuadiesen profundamente los aficionados á la ciencia, para resignarse más fácilmente al papel de meros investigadores, y á preparar materiales con los que en los siglos venideros pueda levantarse el edificio de que algunos pretenden ser desde ahora los arquitectos. Hablamos de la dificultad de recoger los datos, siquiera con alguna aproximación, condición imprescindible si se quiere dar un paso seguro.

Desgraciadamente, hay muy favorable disposición para aceptar como positivos y exactos, todos los que se ofrecen por un conducto cualquiera, porque con esto queda salva una de las tareas más penosas y prolijas, y el autor se pone á cubierto en la conciencia de los demás, y tal vez

en la suya propia, cerrando los ojos y desvaneciendo así los escrúpulos que pudieran ocurrir. ¿Quién ignora lo difíciles que son semejantes operaciones? ¿Y quién no ve que cuando un gobierno habrá llenado ya su principal objeto que es saber á cuánto se eleva la población, todavía le queda al economista mucho que saber, pues necesita varias clasificaciones cuyo conocimiento no les es tan necesario á los gobernantes, y además ha menester el cotejo de unas épocas con otras, para que no le suceda el tomar por regla lo que tal vez sea una rara excepción?

Así por lo tocante á la población como con respecto á todo lo demás, es preciso que la economía política se resigne por ahora al puesto que le corresponde. Todavía no han pasado sobre ella los siglos, todavía sus trabajos no han sido fecundados con el sudor de largas generaciones de hombres ilustres. Ella tiene además otro inconveniente, cual es, el necesitar el auxilio de los gobiernos; porque cuanto mejor organizada se halle la administración pública, tanto más fácil le será el adquirir los datos sobre que esta ciencia debe cimentarse.

Y no basta que estos datos se recojan en dos ó tres naciones; es preciso que la experiencia se haga en muchos y varios lugares, que la vida y la reproducción sean observadas bajo condiciones muy diferentes; porque de otra suerte se corre peligro de tomar por regla lo que no es más que excepción. Esto es difícil, penoso, desconsolador; es cierto; pero tal es la ley de la humanidad: en la carrera de las ciencias, se siembra hoy, pero el fruto no se recoge hasta pasados muchos siglos.— *J. B.*



## POLEMICA RELIGIOSA.

---

### EXISTENCIA DE DIOS.

Cada día nos estamos dirigiendo á los escépticos; justo es que pensemos también en los incrédulos. Y no porque los argumentos con que son combatidos los primeros no militen contra los segundos, supuesto que unos y otros carecen de fe; sino porque distinguiendo como distinguimos entre el estado de sus espíritus, conviene, según se disputa con estos ó aquellos, presentar reflexiones diferentes, ó al menos ofrecerlas bajo diferente forma. Al abrir en el primer número de esta Revista la *Polémica Religiosa*, los clasificamos de esta manera: «El escéptico dice: no sé... dudo... qué sé yo...» «El incrédulo dice: no creo nada,» cuidando luego de desenvolver con alguna latitud el significado de estas fórmulas (1). Vamos ahora á examinar ese orgulloso dicho; vamos á demostrar con toda evidencia en una serie de artículos, que ese «no creo nada» que tan satisfechos pronuncian ciertos hombres es el colmo de una frívola vanidad que no se hermana muy bien con la ciencia, ni siquiera con el sentido común.

Si dijerais que dudáis, si dijerais que vuestro espíritu disipado por el escepticismo de la época, y distraído con las ilusiones de un mundo seductor, siente un descaecimiento, una postración que no le permiten levantarse á la altura necesaria para creer, sabríamos lo que significáis: sabríamos que sin decir que la religión sea verdadera, tampoco afirmáis que sea falsa; fuerais como soldados que habiendo abandonado su bandera, no tienen bastante avi-

---

(1) Véanse las páginas 47 y siguientes del tomo I.

lantez para declararse en rebeldía y se contentan con andar errantes: mostraríais en la incertidumbre de vuestros pasos que receláis haberos extraviado, y que abrigáis algún deseo de tornar al verdadero camino. Pero cuando proferís el orgulloso «no creo nada» dais á entender algo más que la ausencia de la fe; calificáis de falsa la eterna verdad; y los dogmas más venerandos é inconcusos los miráis como cuentos á propósito para divertir la infancia, como antiguas leyendas salidas de imaginaciones exaltadas y enfermizas. Este suele ser el comentario con que ampliáis vuestra seca negativa.

### I.

Es imposible entablar discusión religiosa de ninguna clase, sin tener antes asentada la existencia de Dios; porque sin Dios no hay religión, y cuanto sobre ella pudiera decirse no fuera más que una serie de necedades y absurdos. Temerosos pues de que los que *no creen nada*, cuenten también la existencia de Dios entre las invenciones del hombre, será preciso detenerse en este punto. Desgraciadamente, en nuestros tiempos es preciso probar hasta aquellas verdades, que por ciertas y evidentes no debieran entrar en el terreno de las disputas; como todo se contradice, todo necesita pruebas.

Los que niegan la existencia de Dios, no pueden haber abrazado semejante doctrina arrastrados por la fuerza de la autoridad ajena; contra ellos está el linaje humano. Por lo mismo debieran al parecer estar apoyados en razones poderosas, ya que se creen con derecho de aislarse de todos los demás hombres, negando lo que estos han admitido. ¿Y qué razones son esas? son la negación de todas, son el caos en las ideas, el anonadamiento de la inteligencia. Si para convencerse de que hay un Dios fuese necesario penetrar los misterios de la naturaleza, ahondar en las profundidades del cálculo, poseer extensos conocimientos históricos y filosóficos, no sería tan extraño que



la pereza de examinar, ó la incapacidad de comprender; llegasen á tanto extravío; pero cuando basta levantar los ojos al cielo para conocer al Criador del firmamento, cuando la tierra con sus innumerables maravillas nos está presentando á cada paso de mil maneras diferentes, á cual más claras y más obvias, la mano del Supremo Hacedor, el profesar el ateísmo es un abuso lamentable de las facultades intelectuales y morales; mejor diremos, es empeñarse en embotarlas todas, en dejarlas sin uso, para que no vean al que está en todas partes, y en *quien vivimos, nos movemos y somos*.

Como quiera, no nos contentaremos diciendo que es cierta, que es evidente la verdad que sustentamos; procuraremos demostrar que lo es. En cuanto nos sea posible hablaremos al alcance de todas las inteligencias, sin dispensarnos jamás del rigor dialéctico; pero si alguna vez nos engolfamos en cierta clase de argumentos que no todos comprendan, recuérdese que los ateos han preguntado al cielo y á la tierra de todas las maneras imaginables, para arrancarles una respuesta que negase al Criador.

## II.

Si Dios no existe, el universo y cuanto hay en él ha sido hecho por casualidad: es decir sin designio, sin plan, sin inteligencia. Todo está sujeto á una fatalidad ciega, que no es nada, que no significa nada. De nada se puede dar razón; y cuando nos parezca ver en alguna parte dos seres ó dos fenómenos que se enlazan admirablemente, que manifiestan tener relaciones íntimas, que el uno se enderece al otro, deberemos afirmar que todo aquello es casual, que no hay orden, que no hay dirección á un fin, que es así porque es así. ¿Existe el mundo?—ciertamente;—¿y por qué? ¿para qué?—No hay respuesta. Los astros recorren sus órbitas con asombrosa regularidad; la observación y el cálculo demuestran que sus movimientos están sometidos á leyes constantes de que no se han desviado

jamás; ¿quién les ha señalado esa marcha? ¿quién ha establecido esas leyes?—Nadie; la misma naturaleza.—¿Qué es la naturaleza?—El conjunto de todos los seres.—Entonces los mismos astros son los que se han dado sus leyes; ¿tenían acaso inteligencia?—Nó.—Estando destituidos de conocimiento ¿cómo ha sido posible que se diesen leyes tan admirables, y que se pusiesen de acuerdo de una manera tan asombrosa?

Suponiendo el universo tan ordenado como le admiramos, salido del caos, será preciso que haya llegado al estado en que ahora se encuentra pasando por muchas otras combinaciones. Como no hay ninguna razón porque ciertos átomos hayan debido unirse entre sí con preferencia á otros, ni colocarse de suerte que diesen por resultado esta ó aquella configuración, ni distribuirse en porciones que formasen cuerpo situado á tal ó cual distancia, si nos trasladamos á las épocas que precedieron la de un mundo arreglado, es indispensable imaginar una confusión espantosa, en que agitándose toda la masa de la materia en la inmensidad de un espacio tenebroso, andaban los átomos revueltos en torbellinos, sin más orden que la falta de todo orden, sin más ley que la ausencia de toda ley. Que sin la dirección de la inteligencia haya podido formarse de esta suerte el universo, es cosa tan absurda que á la primera ojeada se descubre la monstruosa imposibilidad, no diremos con las reflexiones de la sana razón, sino con las sugerencias del sentido común. Por manera, que aun dando por supuesta la existencia de la materia sin haber precedido la acción del Criador, es decir, concediendo gratuitamente á los ateos un punto de apoyo en qué estribar, no les es posible levantar el edificio de su ruinoso sistema.

El *acaso* es nada, y por lo mismo es tan incapaz de ordenar como impotente para crear. Quitad á los ateos el primer obstáculo que es el de la creación, dejadles suponer que la materia existe, que es eterna y necesaria, á pesar de que es necesariamente finita y accidental, y que



por tanto ha debido ser criada; no les opongáis por un instante otras dificultades que las que resultan de la imposibilidad de ordenar sin inteligencia; y veréis que á pesar de tamaña concesión, nada adelantan.

Es general el convencimiento de que la palabra *acaso*, aplicada á la formación del mundo nada significa; sin embargo creemos que puede desenvolverse esta verdad hasta tal punto, puédesse demostrar con tal evidencia lo absurdo del sistema que pretende ordenado el mundo de una manera fortuita, puede hacerse sentir y palpar de tal suerte la necedad que aquí se oculta, que no sea posible pensar en ella sin indignación ó desprecio.

Para verificarlo echaremos mano de las ciencias matemáticas, acomodándolas á la capacidad de toda clase de lectores. Tomemos por ejemplo el sistema planetario donde los cuerpos son pocos; y veamos cómo se pueden arreglar por una simple casualidad los doce cuerpos que los astrónomos apellidan planetas: el Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Tierra, Urano, Ceres, Palas, Juno y Vesta. Bien se echa de ver que no es poco el trabajo que ahorramos al ateo que se proponga arreglar el mundo por medio de combinaciones fortuitas, cuando le concedemos ya no sólo la materia en desorden, sino que le entregamos los cuerpos formados; y cuerpos como el Sol, la Tierra, Júpiter y los demás, en cuya construcción es cierto que no le faltaría qué hacer, si los hubiese de formar él propio con el solo auxilio del *acaso*. Pero esta concesión redundará en pro de la verdad; porque manifestado con evidencia el absurdo de las combinaciones casuales con respecto á lo fácil, crecerá de punto la fuerza de la demostración cuando se pase á lo difícil (1).

---

(1) El argumento que objetamos á los incrédulos no es nuevo; pero quizás lo podremos presentar con mayor desarrollo y claridad de lo que han hecho algunos otros. Por lo demás, ni los modernos deben lisonjearse de haberlo inventado; pues que se halla en Cicerón el siguiente notabilísimo pasaje. «¿Có-

Demos en primer lugar que para acertar en la verdadera combinación de que resultase la armonía que estamos presenciando, no fuese necesario considerarlos ni en el espacio, ni siquiera en un plano, sino que el arreglo hubiese de limitarse á colocarlos con cierto orden en una línea recta. Es decir que el ordenador los tuviese ya formados tales cuales son, sin otro cuidado que encontrar el orden en que habían de colocarse. O más claro; expresaremos los doce cuerpos por las doce mayúsculas siguientes:

»mo podré menos de admirarme de que haya quien se persuade  
 «da que ciertos cuerpos sólidos é indivisibles, se mueven por  
 »su fuerza y gravedad, y que de su concurso fortuito se ha for-  
 »mado un mundo tan adornado y hermoso? Quien se imagina  
 »que esto es posible, paréceme que del mismo modo diría que  
 »arrojando á la ventura por el suelo innumerables caracteres  
 »de oro, ú otra materia, que representasen las veintiuna le-  
 »tras, pudieran caer ordenados de tal suerte que resultasen  
 »formados los Anales de Ennio: yo dudo que la casualidad lle-  
 »gase á darnos un solo verso.» «Hic ego non miror esse quem-  
 »quam qui sibi persuadeat corpora quædam solida atque indi-  
 »vidua vi et gravitate ferri, mundumque effici ornatissimum,  
 »et pulcherrimum ex eorum corporum concursione fortuita?  
 »Hoc qui existimat fieri potuisse, non intelligo cur non idem  
 »putet si innumerabiles unius et viginti formæ litterarum vel  
 »aureæ vel quales libet, aliquo conjiciantur, posse ex his in  
 »terram excusis annales Ennii, ut deinceps legi possint effici.  
 »Quod nescio an ne in uno quidem versu possit tantum valere  
 »fortuna.» (Cic. De Nat. Deor. II) Si bien se observa, este ar-  
 gumento es dictado por el simple sentido común: no es patri-  
 monio de los filósofos, está al alcance de todas las intelligen-  
 cias, es propiedad del linaje humano. Lo que puede hacerse  
 de nuevo es presentarle con claridad, con viveza, sujetando  
 por decirlo así á riguroso cálculo la inmensidad del absurdo  
 en que caen los ateos cuando pretenden que el mundo ha sido  
 formado por casualidad. Esto es lo que nos proponemos eje-  
 cutar.

Los caracteres de oro, ú otra materia; formæ litterarum vel au-  
 reæ, vel quales libet, de que habla Cicerón, ¿podrían haber ins-  
 pirado la invención de la imprenta? es posible, y no falta quien  
 lo ha dicho.



A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, y supondremos que toda la habilidad del artífice debiese limitarse á descubrir cierta situación respectiva de las muyúsculas, estando empero colocadas siempre en línea recta.

Salta á los ojos que así como empieza la línea por: A, B, C, D, podría empezar por A, C, B, D, por A, C, D, B, por A, B, D, C, por B, A, C, D, por C, A, B, D, y así sucesivamente, y que lo propio acontece con respecto á la disposición de la totalidad de las letras. Pero no queremos que el lector se quede con la idea confusa de la dificultad que habría en acertar en la verdadera colocación; y así le pondremos á la vista el número de las permutaciones que pudieran hacerse, mayor sin duda de lo que él se imagina. En obsequio de la importante verdad que nos proponemos demostrar, creemos que nos será permitido aducir aquí algunas luces matemáticas. Los ateos no reparan en llamar en su auxilio todas las ciencias; los que defendemos la existencia de Dios no debemos ser de peor condición.

Si tenemos dos letras por permutar A, B; es evidente que las podremos colocar de dos maneras: A, B; y B, A. Luego el número de permutaciones que podremos hacer será 2. Si las letras son tres A, B, C; podremos colocar la A al principio, en medio y al fin. Poniéndola al principio, nos dará las dos combinaciones siguientes:

A, B, C,

A, C, B,

Puesta en medio, colocando al principio la B resultará:

B, A, C,

Colocando al principio la C, tendremos:

C, A, B,

Poniendo al fin la A, si tomamos por primera la B; nos dará:

B, C, A,

Tomando por primera la C, resulta:

C, B, A,

De esto inferiremos que las combinaciones serán:

A, B, C,  
 A, C, B,  
 B, A, C,  
 C, A, B,  
 B, C, A,  
 C, B, A,

Con dos letras teníamos dos combinaciones, con tres tenemos seis: es decir que así como antes era 2 ó bien  $2 \times 1$ , ahora será 6 ó lo que es lo mismo:  $3 \times 2 \times 1$ .

Si nos dan á permutar cuatro letras, A, B, C, D, es claro que dejando la A al principio, podemos disponer de seis maneras las tres restantes B, C, D, observando la regla del caso anterior. En seguida si ponemos al principio la B, las restantes A, C, D, podrán ordenarse de seis maneras, de las que ninguna se confundirá con las tres primitivas. De la propia suerte tomando por primeras la C, ó D, nos darán cada una seis diferentes colocaciones; y así resultará un total de veinticuatro combinaciones ó  $4 \times 6$ , ó  $4 \times 3 \times 2 \times 1$ .

Continuando el mismo raciocinio es fácil alcanzar que con cinco letras A, B, C, D, E, poniendo cada una de ellas al principio, tendremos veinticuatro combinaciones con las cuatro restantes, ó sean en todo 5 veces 24. El resultado pues vendrá expresado por  $5 \times 24 = 5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$ .

Observando la ley que siguen estos factores, inferimos: que expresando por m el número de las letras, el de las permutaciones se expresará por  $(m-1) (m-2) (m-3) (m-4) \dots 3 \times 2 \times 1$ ; ó en otros términos: si el número de las letras es por ejemplo 100, el número de las permutaciones será igual al producto que resulte de la siguiente multiplicación:  $100 \times 99 \times 98 \times 97 \times 96 \times 95 \times \dots 3 \times 2 \times 1$ .

Aplicando esta teoría al caso que nos ocupa resulta que las colocaciones de que en sólo una línea recta son susceptibles los doce planetas, expresados por las doce mayúsculas, son:



$12 \times 11 \times 10 \times 9 \times 8 \times 7 \times 6 \times 5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1$ , que ejecutando la operación da: 479001600.

Quien pues hubiese de encontrar una operación determinada, se hallaría en el mismo caso del que hubiese de sacar una bola determinada, de una urna en que el número de éstas fuese: 479001600. Los jugadores de lotería saben por experiencia cuán difícil es que les caiga la suerte, aun no siendo más que de 25 ó 30 mil el número de los billetes y habiendo muchos centenares de suertes; ¿qué sería pues si éstas quedasen reducidas á una sola, siendo el de los billetes de 479001600?

Para hacer sentir más vivamente lo improbable que fuera el acertar en el número deseado, ó en la combinación sobredicha, pediremos prestadas algunas luces á la *teoría de las probabilidades*. Cuando se quiere conjeturar el grado de probabilidad que tiene un suceso casual, se atiende al número total de los eventos posibles, y en seguida se llevan en cuenta los favorables y los contrarios; deduciendo de la comparación de unos con otros, la conjetura que se trata de formar. Así, suponiendo en una urna cien bolas, de las cuales cincuenta sean blancas y cincuenta negras, la probabilidad sería igual, con respecto á sacar blanca ó negra; porque el número total es 100; y el número de las blancas igual al de las negras. Entregando pues el evento á la suerte, podríase apostar con igual probabilidad por una y otra parte. Pero si de las 100 bolas las 75 fuesen negras y las 25 blancas, la probabilidad de sacar una blanca disminuiría, estando la de las negras con respecto á la de las blancas como 75 á 25. De esto se deduce que si tomamos un quebrado cuyo denominador sea el número de la totalidad de los casos, y el numerador el de los favorables, expresará exactamente la probabilidad buscada. Así en los dos ejemplos anteriores tendríamos en el primero  $50/100$  para las blancas como para las negras; y en el segundo  $75/100$  en favor de las negras,  $25/100$  en favor de las blancas.

Aplicando esta doctrina al objeto principal resultará,

que la probabilidad de acertar en la verdadera combinación estará expresada por este quebrado  $1/479001600$ , cantidad tan pequeña que en ella no se podría fundar ninguna conjetura razonable; por manera que quien apostase que no saldría la combinación deseada, tendría  $479001600$  veces más de probabilidad en su favor, que quien apostase que saldría. Y fuera de temer que se estuviese haciendo la prueba por los siglos de los siglos sin obtenerse el resultado apetecido.

Hasta aquí hemos supuesto que la colocación de los cuerpos fuese en una línea recta sin relación á ningún espacio ni plano, lo que simplificaba mucho el problema; pero como es evidente que los cuerpos no están en disposición semejante, veamos ahora las nuevas complicaciones que consigo traerían las otras condiciones que necesariamente van envueltas en la cuestión. Para proceder gradualmente, supondremos todavía que los doce cuerpos se hallan en una línea recta, pero de manera que esta línea después de ordenados en ella los cuerpos, ha de tener una posición determinada en el mismo plano. Entonces la dificultad de dar por casualidad en la verdadera posición, crece hasta un punto á que la imaginación no alcanza. Demostración. Si suponemos que los cuerpos están en un plano elíptico, y que el extremo de la recta en que se hallan los cuerpos se confunde con el centro de la elipse, es evidente que tomando dicha recta como radio se la podrá hacer girar en torno, obteniendo infinidad de posiciones diferentes, medidas por el ángulo que formará la recta con uno cualquiera de los ejes de la elipse. Y como además es evidente que podremos tomar por centro del movimiento de rotación uno cualquiera de los puntos del eje mayor ó menor ú otro de los infinitos que se contienen dentro la superficie encerrada en la curva, tendremos que para encontrar al acaso una posición determinada, deberíamos divagar entre una infinidad de combinaciones de las que fuera imposible salir. Si pues la probabilidad venía antes expresada por un quebrado tan insignificante como



$1/479001600$ , entonces lo sería por una cantidad infinitamente menor. La razón es clara: el caso favorable fuera uno, es decir una posición determinada, y por tanto el numerador del quebrado fuera el mismo; y como la totalidad de los casos posibles sería tanto mayor cuanto serían las posiciones posibles de la línea en el plano, resultaría que habríamos de multiplicar el denominador por una serie de cantidades infinitamente grandes: lo que daría un quebrado infinitamente pequeño; ó bien una cantidad igual á cero.

Todavía más: aquí suponemos los cuerpos colocados en una línea recta, es así que no lo están; luego se añaden las dificultades que consigo trae el acertar en el polígono que ha de resultar de la unión de los puntos en los que pueden suponerse colocados respectivamente los cuerpos. Agréguese á todo esto, que los cuerpos no están en un mismo plano sino en el espacio, y la imaginación se pierde en calcular lo difícil del acierto. En efecto: sobre la dificultad de la línea y del plano, vienen entonces las infinitas posiciones que así el plano como la línea pueden ocupar en el espacio. Para concebirlo, imaginemos que el plano gira al rededor de una recta; es evidente que las posiciones que puede tomar son infinitas, pues son tantas cuantos son los ángulos que es dable hacerle formar con otro plano que se halle fijo, los que son infinitos. Considérese entonces que la recta que serviría de eje de rotación puede estar colocada también en infinitas posiciones, y resultará una serie de nuevos factores, por los cuales multiplicado el denominador del quebrado que ya lo teníamos infinitamente pequeño, si cabe disminuirá todavía.

He aquí reducida á cálculo riguroso la misma verdad que á todos los hombres está dictando el sentido común; he aquí la razón porque al proponerse semejantes efectos de la casualidad á un hombre sano de juicio, exclama desde luego, sin reflexionar: imposible! absurdo! Y es que el Criador nos ha otorgado la intuición de ciertas verdades no queriendo que hubiésemos menester el andarlas bus-

cando por medio de dilatados raciocinios. Sin embargo, ¡dolor causa el decirlo! todavía es necesario insistir en probar lo que el Autor de la naturaleza ha querido que viésemos y sintiésemos como una iluminación instantánea; todavía hay quien hace fuerza á su propia razón, á los sentimientos más íntimos, para hacerlos deponer contra la existencia del que se los ha otorgado.

Para completar la demostración precedente, la presentaremos de manera que sin mediar esfuerzo de razón ni de imaginación, alcancen á comprenderla las inteligencias más limitadas. Supóngase un vasto campo donde se hallen colocados doce blancos con su numeración respectiva, y que allí son llevados de la mano doce tiradores con los ojos vendados, teniendo cada uno su número correspondiente á uno de los blancos. ¿No sería el mayor de los despropósitos el creer posible que disparando todos á la ventura, el tiro de cada cual fuese á dar por casualidad en el número que le corresponde? ¿quién no ve que es más que probable que repitiendo los disparos por espacio de siglos no se llegaría á obtener que cabalmente á un mismo tiempo, el tirador de número 1 acertase en su blanco de número 1, el de 2 en el número 2. y así sucesivamente? Reflexiónese ahora que no se trata de un campo de algunos centenares de varas, sino de un espacio de millones de leguas, y dedúzcase la imposibilidad de arreglar en él doce cuerpos en una combinación determinada, sin más auxilio que el ciego *acaso*.

Las observaciones presentadas hasta aquí, bastan y sobran para demostrar lo que nos hemos propuesto; sin embargo todavía queremos llevar á más alto punto la evidencia de la verdad. Toda la fuerza del argumento presentado estribaba en que se hubiese de encontrar en el espacio una determinada combinación de doce cuerpos, siquiera por un solo instante, y sin que se supiese que habían de continuar en la misma, ó bien en un movimiento arreglado sometido á reglas fijas, lo que ciertamente es todavía más difícil de alcanzarse por una simple casualidad.



Dando pues que la deseada combinación se encontrase, entonces preguntaremos: ¿por qué los cuerpos habían de continuar en ella, y lo que es aun más admirable, prosiguiendo en un movimiento perenne, sin desviarse jamás de una ley fija y constante? ¿Al acaso, al ciego acaso, á esa palabra que nada significa, deberán atribuirse también las admirables leyes que rigen el movimiento del universo? En viendo una combinación por ligera que sea, un artefacto por sencillo que se presente, preguntamos instintivamente, sin reflexionar: ¿quién lo ha hecho? ¿quién lo ha inventado? La casualidad no se ofrece siquiera á nuestra mente como un recurso para explicar la causa del artefacto; porque la casualidad es nada, y la nada no produce nada. Donde hay un ser hay razón suficiente de su existencia, donde hay artefacto hay artífice, donde hay combinación hay inteligencia.

¡Casualidad, un mundo donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos á la ley de la razón directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios sectores áreas proporcionales á los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado á representar el movimiento de un sistema; ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precisión rigurosa?

Acabamos de ver que el solo arreglo del sistema planetario es un palpable absurdo, si se le encomienda á la casualidad: y sin embargo este sistema con todo su grandor, es nada comparado con el universo. Las estrellas fijas observadas hasta el presente no bajan de *cientos millones*; y para

formarse alguna idea de esta inmensidad basta recordar que según los cálculos astronómicos, distan de nosotros lo que la imaginación no puede concebir. Observadas con telescopios que aumentan hasta 200 veces el tamaño del objeto, no se nota diferencia en su magnitud, y sólo se presentan como puntos luminosos: ¿cuánta no será una distancia sobre la cual nada significa el que se la haga doscientas veces menor? ¿Qué serán aquellos cuerpos? ¿serán centros de otros tantos sistemas planetarios semejantes al en que vivimos? ¿Qué habrá en aquellas regiones en que los soles son á nuestros ojos y á nuestros instrumentos, puntos casi invisibles, donde las distancias de millones de leguas se convierten en espacios de pocas pulgadas? El entendimiento se abruma bajo el peso de tanta inmensidad: la imaginación se fatiga, y el espíritu se abate y anonada bajo la omnipotencia del Autor de tantas maravillas.—*J. B.*

---

CARTA SÉPTIMA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: mucho me complace lo que V. se sirve insinuarme en su última de que si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía á salir de esa postración de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que V. consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto á los que profesan otra diferente, ó no tienen ninguna. Bien se conoce que V., á pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. V. me da las gracias porque «sufro con paciente calma las



dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu: en esto no hago más que cumplir con mi deber, obrando conforme á lo que prescribe nuestra sacrosanta religión; la cual da tan alta importancia á la salvación de una alma, que si toda una vida se consagrara á la conversión de una sola, y esto se consiguiera, deberían tenerse por bien empleados los trabajos más penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando más cristianamente, la gracia del Señor, me tienen firmemente adherido á la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira una viva compasión, porque desgraciadamente son muchas, en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fe; y así es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo *non sum sicut unus ex istis*, «no soy como uno de estos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religión católica, lejos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazón á Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori*: «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios, y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religión, sino que además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á más de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una *pia moción de la voluntad, pia motio voluntatis*; y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy variadas y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande es el beneficio que dis-

pensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe sólo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; sólo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veían como yo las razones que militan en favor de nuestra religión; y sin embargo yo creía, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabía darme otra razón, sino exclamar: *misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura invectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo para no imitar el ejemplo de aquellas personas que no pueden suportar la menor palabra contra su fe, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela de franquearles su espíritu.» Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguía á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber que trataba con un incrédulo que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Páreceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien tanto V. inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña



semejante conducta. «Era, dice V. mismo, un joven de conducta irreprochable, de costumbres severas, de un celo ardiente; pero tenía la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecía posible que circularan en el mundo otras doctrinas, que las que se le habían enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinión.» Y bien, V. se queja en substancia, de que aquel joven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde quería V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podía estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez mira combatido ó despreciado lo que él considera como más santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazón recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educación é instrucción que ha recibido, y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situación en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretendería V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretensión extraña? es cierto que sí; pues no menos lo sería el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados países.

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho más difícil en materias religiosas, refiriéndose éstas á lo que hay de más íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseídos de una idea, se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo más importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que más á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religión, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen los que á roso y veloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religión, no quieran sufrir la intolerancia con que á su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que no deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algún tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevención con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas gentes, resultando que se estiman en menos personas por otra parte muy dignas de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo sido tan diferente nuestro tenor de vida: es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mí toca no alcanzo á verla. ¿Creería V. que hasta luego á comprender muy bien esa situación de espíritu en que se fluctúa entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperación por la impotencia de encontrarla? Imagínanse algunos que la fe está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu, y que es imposi-



ble creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el más sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusión el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto orden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarían los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginación que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicación. Leemos en las vidas de los Santos, que Dios permitía que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con más ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que más detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacía concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos que á pesar de la aversión que les profesaban, se los hacían tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarían aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leído en alguno de aquellos libros que no debían escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces

germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la gracia, desafía á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol S. Pedro: «anda dando vueltas el diablo como león rugiente buscando á quién devorar.» Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fe*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversación algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista parece que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. *Angustiosos instantes en que el corazón se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el aciago fantasma que le abrumba, no sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: Domine, salva nos, perimus. «Señor, salvadnos, que perecemos.»*

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y



hace más meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religión, sino que es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestión de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algún incrédulo en cuya conversión se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religión, recorrer los apuntes propios sobre las materias más graves, consultar sabios de primer orden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusión se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho más conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la Historia de las variaciones de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen ni de mucho á las que se debieron á la angélica unción del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las há con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por más que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es en vano confiar en la ciencia sola, y que algo más que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedia V. tolerancia y tolerancia le ofrezco, la más amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredra-  
ba V. por la dificultad que habia de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figu-

re V. en adelante que le haya yo de salir al paso con lo que apellida, *argumentos valederos para personas ya convencidas, y sutilezas de escuela*. Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religión que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por abochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religión, que sólo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazón los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insoportable abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que, según nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el más grave obstáculo para que puedan aprovecharse las más felices disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de Aquel que dijo: «*hágase la luz, y la luz fué hecha.*» Bien comprenderá V. que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad*; es una flaqueza, una pos-



ración de espíritu, que desaparecerá el día que al Señor te pluguiere decir al *paralítico*: « Levántate, y camina por el sendero de la verdad. »

Entretanto yo oraré por V. ; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V. ; que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror ! quizás pensará V. ¿ cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única convicción, y no estoy bien seguro ni de su existencia?..... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; él se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caído en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oírle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio. Cuente V. con el entrañable afecto y la consideración de este S. S. S. Q. B. S. M. — J. B.

---





(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Agosto de 1843.)

## CONSIDERACIONES FILOSÓFICO-POLÍTICAS.

---

### I.

Sin unidad no hay concierto, sin concierto no hay orden, y sin orden no pueden subsistir el mundo físico ni el moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables á la sociedad como al individuo. ¿Qué es la virtud? un orden, un concierto, subordinados á la grande unidad, á la ley eterna, á Dios. ¿Qué es la ciencia? un orden, un concierto, dependientes de la unidad, del principio generador de los conocimientos. Cada ciencia en particular se asienta sobre una verdad que le sirve de base; y estas verdades fundamentales examinadas en su origen, se halla que convergen todas hacia otra que es como el punto fijo en que está afianzado el primer eslabón de la cadena. ¿Qué es la salud? un orden, un concierto, dependientes de la unidad, que armoniza las funciones y las hace contribuir á un mismo objeto, cada cual á su modo. ¿Qué es este universo que nos admira y asombra? es el orden, el concierto, sometidos á la unidad. Suponed que la unidad desaparece; el concierto y el orden dejan de existir; y el universo se convierte en caos.

Todos los seres, así que se apartan de la unidad á que

están sometidos, pierden en cierto modo su naturaleza ; porque ésta no consiste precisamente en la esencia que los constituye, sino que abarca todas las facultades cuyo ejercicio forma el complemento del mismo ser , y le hace alcanzar el objeto á que está destinado. El hombre demente, es ciertamente un hombre ; pero le falta el uso de la razón, y así de poco le sirve el tener esa noble facultad radicada en su alma. El díscolo, el perverso es hombre ; tiene el libre ejercicio de su entendimiento y voluntad ; pero abusando de las potencias que le ha otorgado el Criador, y desviándose de su fin , es un hombre incompleto, que trunca, por decirlo así, su propia naturaleza, privándola de su parte más bella.

Por esta causa todos los seres que existen fuera del orden que les corresponde, que han dejado de estar sometidos á la unidad , se hallan en situación violenta , y forcejan por volver á su estado normal. En el mundo físico, el cuerpo separado de su centro, tiende sin cesar hacia él ; abandonado á sí mismo, marcha rápidamente á buscarlo ; detenido por un obstáculo cualquiera, lucha por vencerle: con el choque, si antes estaba en movimiento ; con la presión, si se ha conseguido detenerle. ¿Qué busca ese aire, que se agita con tanta violencia, que se convierte en huracán y arrasa los bosques, destruye los edificios , y siembra el espanto por dilatadas comarcas? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué buscan esas olas alborotadas que braman furiosas contra la roca inmóvil, que tragan cual leve paja la grandiosa nave? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué tiene ese hombre que pálido y convulsivo se agita entre tormentos atroces? un pequeño órgano se ha *desarreglado* ; le ha faltado la armonía de las funciones, la unidad, y el desgraciado invoca la muerte como un alivio á sus crueles dolores, prefiere la no existencia á una existencia desordenada. ¿Qué mal experimenta ese otro de la frente torva y del mirar inquieto, que lleva pintado en su semblante el sello de la maldición, que anda errante por la faz de la tierra sin encontrar



consuelo ni descanso? Se ha apartado del orden, ha perdido de vista la unidad de su regla, ha cometido un crimen. El remordimiento comienza ya el castigo que la Justicia divina consumará.

## II.

Tan pronto como la sociedad se aparta de su regla, ya sea dejando extraviar las ideas relativas al orden moral, ya sea permitiendo que se derribe el poder sin sustituirle otro que le reemplace completamente, se siente fuera de su quicio, le falta la unidad que armonizaba todas sus partes, y se agita también entre mortales agonías á la manera del individuo atacado de crueles padecimientos. Tal vez se levanta con fuerzas extraordinarias y arrolla cuanto encuentra á su paso; pero un instante después yace de nuevo en el lecho del dolor, lánguida, abatida, moribunda, escuchando con ávida confianza las palabras halagüeñas que se le dirigen para hacerla creer que saldrá presto de tan infeliz estado, que la aguardan días venturosos en no lejano porvenir. ¿Qué valen los paliativos si la raíz del mal queda intacta? ¿esperáis crear un poder fuerte? ¿sí ó nó? Ahí está la dificultad; en no superándola será inútil cuanto se haga.

A los políticos entendidos debe de causarles espanto esa falta de unidad que se nota en España: háblase mucho contra los siglos pasados; y esos siglos sin embargo nos salvan todavía en la actualidad: que si ellos no hubiesen formado ese espíritu de rectitud, de justicia y cordura, ese apego á la monarquía que distingue á la inmensa mayoría del pueblo español, después de atravesar una revolución cien veces más terrible que la presente, correríamos á hundirnos en un abismo sin fondo.

## III.

La Europa se agitó durante muchos siglos, buscando esa

armonía que se afianza en la unidad. Entregados los elementos sociales á su propio impulso se revolvían en tenebroso caos; pero tan luego como se establecieron centros con gran fuerza, en torno de los cuales se arregló el movimiento, nacieron los diferentes sistemas que forman el hermoso y variado conjunto de las naciones europeas.

Un inmenso continente que en los tiempos modernos ha venido acrecentando el número de los pueblos civilizados se halla actualmente dividido en dos partes, sujetas á condición muy diferente. En la una reina el orden, es acatado el gobierno, y las ideas é intereses sociales han constituido un centro que los enlaza y armoniza. Allí hay prosperidad y poderío. En la otra la anarquía campea, los gobiernos caen como las hojas de los árboles, las formas políticas son monstruosos embriones, á los que no se concede el tiempo necesario para desarrollarse, y manifestar con la experiencia si es posible ó nó que se conviertan en un viviente de organización regular y miembros proporcionados. No hay orden, no hay unidad; allí hay infortunio, descaecimiento, postración.

Presentamos este cotejo porque también contribuye á demostrar lo que nos hemos propuesto; pero no intentamos comunicar á nuestros lectores, entusiasmo por las formas políticas de los Estados-Unidos. Semejante entusiasmo mal puede transmitirlo quien no lo siente. Ni aprobamos ni reprobamos; nos abstenemos de juzgar; sólo nos permitiremos una observación que conviene no dejar en olvido. La vida de una nación se compone de muchos siglos; quien juzgue de un sistema político por los efectos que produce durante setenta años, se parece á quien ponderara las ventajas de un régimen con respecto á un individuo, por haberle sido saludable una corta temporada. Además: ¿quién sabe si se atribuye equivocadamente al sistema político lo que ha dimanado de causas muy diferentes? Es probable que se incurre en este error; quizás podrían señalarse razones que apoyarían esta sospecha; de



todos modos el tiempo será el juez más competente. Lo que ahora sucede ya, es un indicio de lo que podrá acontecer en el transcurso de un siglo.

#### IV.

Las naciones que han estado sometidas á la unidad de la monarquía hereditaria por espacio de mucho tiempo, presentan un fenómeno digno de notarse: al través de las revoluciones más profundas, conservan la fuerza de reorganizarse sin perder ni menoscabar su independendencia. Casi todos los reinos de Europa muestran de bulto esta verdad: la Francia y la Inglaterra ofrecen ejemplos recientes; y según todas las apariencias la España está destinada á ofrecerlo también. La constitución de Polonia era una excepción por tener adoptado el sistema electivo; la Polonia sufrió revoluciones no tan grandes como las de otros países, y no obstante pereció en ellas.

¿Qué sería actualmente la España sin trono hereditario, sin esa institución que neutraliza tan poderosamente los elementos de mal, á pesar de que las circunstancias no le han dejado apenas otra acción que la fuerza moral de sus recuerdos y esperanzas? Viéramos reproducidas las tristes escenas de nuestras colonias de América, donde pasa continuamente el poder de unas manos á otras, sin que alcance á fijarse ni robustecerse en ninguna.

#### V.

Ya que hemos hablado de la *unidad* hablemos un poco de la *libertad*. El uso continuo que se está haciendo de esta palabra inclina naturalmente á meditar sobre su sentido.

Alguna vez hemos pensado sobre la realización que la libertad tiene en todos los seres; y á decir verdad, no la hemos encontrado en ninguna parte sino con muchas é indeclinables limitaciones.

Echemos una ojeada sobre el mundo material: todo está sujeto á reglas fijas. Los astros de inmensa mole como los átomos más imperceptibles se hallan sometidos á leyes constantes de las que no pueden desviarse. En el reino vegetal no es menos evidente el encadenamiento de los seres, no es menos sensible la *falta de libertad*. Las plantas han menester el calor del sol, los rayos de la luz, la humedad del rocío, el agua de las lluvias, el oreo de los vientos; y no pocas el asiduo cultivo de la mano del hombre. En su nacimiento, en su auge y desarrollo, en su conservación, están dependientes de la tierra, de la atmósfera y del cielo. Se ponen lozanas, ostentan vistosos colores, producen sabrosos frutos, exhalan suavísimos aromas; pero todo á condición de estar sometidas á una regla, de *carecer de libertad*.

Los animales nacen, crecen, se reproducen y mueren, siempre con sujeción á las leyes de su respectiva naturaleza. Su existencia está ligada con las reglas que le prescriben la organización, los alimentos, el clima, y todo cuanto la afecta. Conservan la salud bajo la condición de vivir sometidos á las leyes naturales; cuando de ellas se desvían, primero sufren, y si se obstinan, mueren.

Elevándonos á la región de las criaturas racionales encontramos la libertad de albedrío, hallamos que no están sometidos los actos de la voluntad ni á la violencia ni á ninguna necesidad interior; pero fuera de este círculo ¿qué significa para el hombre la libertad? Examinémoslo con alguna detención. La libertad tomada en su sentido más general, es la ausencia de obstáculos ó trabas que impidan ó restrinjan el ejercicio de alguna facultad. Veamos si son pocos esos obstáculos y esas trabas, que ó embargan completamente el uso de nuestras facultades, ó las limitan de mil maneras diferentes.

Luego de nacido el hombre, ¿cuál es su libertad? La frágil contextura de su cuerpo recién formado mantiene en inacción todas sus facultades intelectuales y morales, y permite escaso ejercicio á las sensitivas; en cuanto á la sa-



tisfacción de sus primeras necesidades, no tiene en sí propio otro recurso sino el que le ha otorgado la próspera naturaleza para excitar la ternura y la compasión de cuantos le rodean : el llanto.

Adelantando en edad, continúa sometido á infinitas necesidades; la libertad es para él una palabra vana. Habiendo adquirido la fuerza necesaria para tomarse los alimentos, carece de inteligencia y robustez para proporcionárselos. Vive pues dependiente de sus padres durante muchos años, y sin el auxilio ajeno perecería. Sin luces en su espíritu, sin la enseñanza de la experiencia, ha menester que se las comuniquen otras personas; de ellas depende en su instrucción y educación : el *libertarse* de semejante dependencia fuera para él, sinónimo de ignorancia, inmoralidad y estupidez. Dejadle *libre*, no contrariéis en nada sus inclinaciones, permitid que se entregue á sus arrebatos, no le preciséis á resistir á la pereza forzándole á dedicarse al estudio ó á otras tareas, y experimentaréis los dolorosos frutos que le producirá la *libertad*. Veréisle crecer cual los brutos animales, con violentos instintos, con inclinaciones torcidas : no empleando el escaso desarrollo de su razón, sino para excogitar medios de satisfacer sus pasiones desarregladas.

¿Dónde está la libertad del hombre cuando llega á la edad de la razón, haciéndose capaz de dirigirse á sí mismo y de ser útil á sus semejantes? Además de la precisa dependencia en que se halla con respecto á las necesidades inseparables de la vida, se encuentra encajonado por decirlo así en un estado y profesión, que le imponen innumerables obligaciones restringiendo de mil modos su libertad. Dejemos aparte al infeliz jornalero encadenado á su trabajo desde que el sol nace hasta que se pone; al dueño de establecimientos agrícolas, industriales ó comerciales, esclavizado todo el día por la vigilancia que reclaman la conservación y prosperidad de sus intereses; al militar constreñido por las severas leyes de la ordenanza, abdicando á cada paso su voluntad para obedecer los mandatos

de sus jefes, renunciando á sus comodidades y placeres en cumplimiento de sus obligaciones; al facultativo llamado á todas horas al socorro de la humanidad doliente; al eclesiástico abandonando su familia para ir á ocupar el puesto que le señalan sus superiores, dejando sus ocupaciones más gratas ó el descanso de la noche, para trasladarse junto al lecho del dolor y recibir el último suspiro del moribundo. Considerando no más que aquella clase de hombres que por su fortuna ó particular profesión pueden pasar la vida con más ensanche y desahogo, ¡cuántas limitaciones no sufre su libertad! El estado de los negocios domésticos, las relaciones de familia, la índole y el carácter de los padres, de la esposa, de los hijos, la influencia que sobre su situación ejercen las vicisitudes políticas, las leyes y costumbres del país en que mora, y cien otras causas que directa ó indirectamente le afectan, todo contribuye á restringir su libertad.

## VI.

Los pueblos que se dice que la disfrutan más amplia, viven no obstante rodeados de tantas circunstancias que la coartan, que apenas puede decirse en qué se diferencian de otros que se cuentan sumidos en la esclavitud. ¿Se *libra* nadie de contribuciones? ¿se *libra* de las vejaciones de la policía? ¿se *libra* de las leyes que arreglan las profesiones agrícolas, industriales, comerciales ó científicas? ¿Dónde está pues su libertad? ¿En qué lleva ventaja á los que están privados de ella? Comparad un francés con un prusiano ó austriaco, cotejad las restricciones que á la libertad de cada cual imponen las leyes del respectivo país y hallaréis que la diferencia no es tanta como algunos se imaginan.

El francés se cree libre porque nombra sus representantes que toman parte en la formación de las leyes y en el señalamiento de las contribuciones; se cree libre porque todas las mañanas al levantarse, encuentra en su bu-



fete un papel donde se leen dilatados discursos en que se atacan con virulencia ó se ridiculizan sin miramiento, los actos ó las personas de los gobernantes.

Examinemos imparcialmente á qué se reduce tan decantada libertad. El derecho de nombrar sus representantes no compete propiamente á la nación francesa, sino á un número tan reducido, que puede considerársele en la misma categoría de las antiguas clases privilegiadas. Más de treinta y tres millones de habitantes cuenta aquel reino, y el derecho electoral está limitado á unos doscientos mil; por manera que para cada ciento y sesenta y cinco franceses, hay un solo individuo revestido de este derecho, quedando privados de él los ciento sesenta y cuatro restantes. De los doscientos mil electores es preciso cercenar una parte muy considerable que no usará de su derecho por imposibilidad ó falta de voluntad; con lo cual resultarán compuestos los colegios electorales de una porción tan escasa, que será casi nula con respecto á la totalidad de los moradores. ¿A qué se reduce pues con respecto á la mayoría de la nación, la libertad fundada en el derecho electoral?

Los ardientes partidarios de la democracia hacen resaltar con vivos colores esa decepción con que se encubre un sistema falseado por su base; y de esta manera esparcen el descontento y la indignación en el pueblo, el cual se queja de que se le engaña. Bien se deja entender que no somos partidarios del sufragio universal, y que no creemos que en Europa pueda ensancharse sin gravísimos peligros la arena donde por desgracia luchan las opiniones, los intereses y las pasiones con doloroso encarnizamiento; pero menester es confesar que los hombres que se han apoderado del gobierno de la sociedad después de haberla conmovido hasta sus cimientos, no admiten las consecuencias de los principios que ellos mismos establecieron. Si creían irrealizable el ejercicio de la soberanía popular, ¿por qué la proclamaron? ¿por qué ensalzaron en teoría lo que rechazan en la práctica? Si anatematizaron la dictadura gu-

bernativa, ¿por qué la entronizaron tan pronto como pudieron ser ellos los gobernantes? Si era imposible que la ley fuese el producto de la voluntad general, ¿por qué asentaron esa voluntad como única fuente de todo poder? Si algunos de entre ellos decían que no siendo dable ni justo que la ley fuese la expresión de dicha voluntad, debía representar la razón pública, ¿cómo es que la consultan en un círculo tan reducido? ¿con qué derecho excluyen un sin número de *capacidades*, de esas *capacidades* que ellos un tiempo ensalzaron hasta el extremo, y á cuyo orden pertenecían, ostentando ufanos ese título para fundar la pretensión de tomar parte en los negocios públicos y combatir á las clases privilegiadas? Inconsecuencia chocante! clamaron contra todo linaje de privilegios, tronaron contra todas las desigualdades, condenaron la antigua organización por injusta, por contraria á derechos sagrados, por degradante de la humana naturaleza, por sostenedora de barreras que impedían la completa mezcla, la confusión, la identificación de todas las clases en una sola que debía apellidarse *pueblo*; y sin embargo tan pronto como realizaron sus sistemas, empezaron renegando de la decantada igualdad, escarneciendo la adulada soberanía, estableciendo distinciones entre clases y clases, creando verdaderos privilegios. «Pero, se nos dirá, ¿creéis que era posible obrar de otra manera? ¿creéis que era realizable el sufragio universal? ¿podíamos poner en planta nuestras doctrinas en toda su extensión sin desencadenar sobre la tierra las más tremendas tempestades?» Nó; pero confesad al menos que sois inconsecuentes, confesad que vuestras declamaciones eran arietes para derribar, nó enseñanza para construir; confesad que cuando los pueblos os echan en cara que les habéis engañado, que cuando os exigen el cumplimiento de vuestras promesas, y colocados á su frente los tribunos os llaman apóstatas, y os amenazan con haceros correr la suerte que vosotros deparasteis á vuestros antecesores, nada podéis responderles que no deje en descubierto, ó insigne mala fe, ó veleidosa inconsecuencia.



He aquí una de las causas más radicales de la inquietud que atormenta las sociedades modernas: los principios se extienden más allá de los hechos: cada vez que éstos se comparan con aquéllos se palpa la contradicción: este es el fruto de la exageración y del error.

## VII.

En esta clase de materias, la libertad, si ha de ser digna de tal nombre, ha de suponer dirigido por la razón el ejercicio de los derechos otorgados por la ley, ha de suponer que no existe coacción física ni moral, y que no median otras trabas que las que consigo lleva la obligación de hacer buen uso de sus facultades, tomando por única regla la justicia, por único norte la conveniencia pública. Con tan hermosos colores se presenta ciertamente el derecho electoral en los libros que tratan de las teorías constitucionales; pero ¿qué hay de todo esto en la realidad? No hablemos de aquellos países donde la ley enmudece y sólo campea la fuerza; donde se infringen sin miramiento de ninguna clase así las leyes fundamentales como las secundarias: que en tan aciaga situación el derecho electoral no existe; esta palabra es un sarcasmo cruel con que insulta á los pueblos la impudente desfachatez de las facciones; es un instrumento de que éstas se valen para realizar sus dañados intentos, estableciendo la más insuportable de las tiranías, que es la ejercida en nombre de la ley. Limitémonos á la coacción moral, á la que dimana de las amenazas ó amagos del poder, ó de aquellos que tienen probabilidades de alcanzarlo; á esta clase de coacción que no falta en ningún país, y que es inevitable atendida la condición humana, y los procedimientos que están en uso para lo que se llama explorar la voluntad de los pueblos. ¿Quién osará decir que el resultado de las urnas la expresa genuinamente? Cuando se verifica la elección, todos los partidos se achacan recíprocamente intrigas y cohechos;

y en estando concluída puede asegurarse que todos la darán por nula, excepto el que la habrá ganado.

Al mayor número de los electores les falta el conocimiento necesario para llenar debidamente su objeto. Trátase de elegir nada menos que un legislador; y si de éstos hay pocos, tampoco son muchos los capaces de distinguirle entre la multitud de candidatos. Quién se deja preocupar por el don de la palabra, creyendo muy equivocadamente que el que lo posee ha de ser por necesidad muy entendido en la formación de las leyes; quién se deslumbra con el brillo de los conocimientos manifestados por un escritor, imaginándose no menos equivocadamente que las luces en un ramo arguyen una ciencia universal, ó que el talento teórico es lo mismo que el tino práctico; quién prefiere la incorruptible honradez, no advirtiendo que ésta puede muy bien aliarse con un natural candoroso que sea fácilmente víctima de la solapada perfidia, y que no siempre excluye la debilidad de carácter que confunde la prudencia con la pusilánime timidez, y toma á veces por cuerda contemporización la reprehensible condescendencia que raya en fea complicidad; quién se alucina con la hoja de servicios de un hombre encanecido en una carrera respetable, sin reflexionar que el arte de la formación de las leyes no debe aprenderse en el reducido ámbito de una profesión, y que hay muchos individuos que han consumido largos años sirviendo quizás muy bien á la causa pública, sin haber por esto adquirido las dotes que constituyen un buen legislador. ¿Cómo queréis que en medio de este laberinto elija con tino y discernimiento, el hombre que no llega ni de mucho á la mediana altura en que están los candidatos entre los cuales ha de escoger?

Para esto, se nos dirá, la opinión pública es ilustrada por la prensa periódica; para esto se pesan los méritos y calidades de los pretendientes; y ya que no sea dable acertar siempre en el verdadero punto, por lo menos existen probabilidades de hacerlo con alguna aproximación. Pero es muy fácil pulverizar esta réplica. Según las teorías moder-



nas, y atendido el mismo curso natural de las cosas, en la prensa como en el parlamento existen siempre dos campos: el del ministerio y el de la oposición. En todos los asuntos, sea cual fuere su gravedad y carácter, está siempre conocida de antemano la opinión de los contendientes. Para los ministeriales, el ministerio es impecable; para los de la oposición el ministerio está desatentado, es imposible que acierte en nada; y cuando se trate de conjeturar sobre sus actos futuros, el yerro es indudable; sólo cabe la dificultad en si será más ó menos dañoso, más ó menos disparatado. Llega el tiempo de las elecciones: ¿de-seáis saber cuáles son á los ojos de la prensa sostenedora del ministerio, los hombres más sabios, más cuerdos, más desinteresados y puros, los hombres que labrarán, á no dudarlo, la felicidad pública? buscad quiénes son los que probablemente votarán en favor del ministerio; aquellos son, no lo dudéis; y con este dato bien podéis ahorraros el trabajo de leer los periódicos ministeriales. ¿Queréis saber cuáles son los Arístides, los Catones, los Cicerones que os presentará la oposición? ved quiénes son los que la componen ó los que por sus antecedentes y compromisos es probable que la refuercen; sabido esto, podéis también ahorraros el trabajo de ulteriores investigaciones.

Es necesario no haber visto nunca de cerca esas cosas para ignorar que se miente sin pudor, que se calumnia sin miramiento, que se adula con bajeza; es necesario no tener otras ideas que las miserables vulgaridades de ciertos libros para ignorar que el medio más seguro para no acertar en la elección es el dar importancia, ni aun mediano crédito, á lo que escriben plumas interesadas.

Generalmente hablando, toman parte en las elecciones muchos empleados, ó que desean serlo: en tal caso la influencia del gobierno no conoce límites; y esta influencia sirve no para hacer que formen parte de la representación nacional los más virtuosos y entendidos, sino los más decididos defensores del sistema que á los ministros les plugo adoptar, y de cuya ejecución gravita tal vez una buena

parte de responsabilidad sobre los mismos candidatos. Es verdad que la influencia del gobierno está neutralizada un tanto, y no pocas veces vencida por la de los partidos que aspiran á serlo; pero en este caso lo que se hace no es destruir la corrupción, sino multiplicarla. Esta corrupción ha llegado en Inglaterra á un extremo escandaloso; y allí no ejerce el gobierno una influencia tan grande como suele acontecer en los países no acostumbrados al sistema representativo.

La ignorancia y la malicia falsean pues por su base el derecho electoral; la libertad política por él expresada, pesa en la balanza de la razón mucho menos de lo que se cree. Las cuestiones sobre esta gravísima materia, son uno de los objetos que más debieran llamar la atención de los pensadores. Cuando se trata de leyes electorales se procede por rutina, y esta rutina es funesta.

### VIII.

Nombrados los representantes, al poner en ejercicio las facultades que se les han otorgado, ocurren todavía nuevos inconvenientes que desvirtúan más y más el valor del derecho electoral. Si esto ha de ser algo más que un nombre sin sentido, es menester que los diputados representen ó la voluntad pública ó la razón; esto es, que sus actos ó sean la fiel expresión de lo que es realmente la voluntad de sus comitentes ó al menos lo que debiera ser, si se consultasen los dictámenes de la justicia y de la conveniencia. Ora tomemos por base el falso principio de Rousseau, de que la ley es el producto de la voluntad general; ora adoptemos el de otros que la miran como el resultado de la razón pública; siempre encontraremos que el derecho electoral tan atropellado y desvirtuado ya en su mismo origen, sufre nuevos y considerables quebrantos.

Las leyes formadas por los representantes de la nación no pueden ser la expresión de la voluntad general, por dos razones muy sencillas: 1.<sup>a</sup> porque esta voluntad no



existe con respecto al mayor número de casos: 2.<sup>a</sup> porque cuando existe es muy difícil si no imposible el conocerla. Gran parte de las leyes versan sobre materias en que el público no entiende: no cabe pues voluntad, no habiendo conocimiento de lo que se ha de querer.

Es también muy difícil que las leyes sean la expresión de la razón pública arreglada por los principios de justicia, y dirigida por miras de utilidad general. No sabemos la suerte que en los siglos venideros está preparada á las formas políticas que rigen una gran parte de las naciones cultas; pero si creemos que la experiencia más cuerda que las teorías, introducirá reformas muy trascendentales en lo concerniente á explorar la voluntad de los pueblos, y á recoger el voto de la razón pública. Los sistemas electorales de nuestra época tienen el gravísimo inconveniente de aguijonear las ambiciones existentes y crear de continuo otras nuevas; de llevar agitada la vida de los pueblos, y de exponerlos á cada paso á ser víctimas de intereses y pasiones particulares que nada tienen que ver con la conveniencia pública; de estar cimentados sobre bases que con facilidad pueden ser falseadas; de estar sujetos á una movilidad continua, incompatible con el sosiego y bienestar del país; de ser demasiado elásticos para prestarse ora á servir de instrumento á los designios perturbadores de ambiciosos tribunos, ora á revestir de un carácter legal y popular, medidas arbitrarias é injustas. Con los sistemas modernos la anarquía vive sometida á regla, la tiranía se ejerce por medio de leyes.

Como quiera, apreciemos las cosas en su justo valor, y no les atribuyamos más mérito del que encierran. Resignados con los males é inconvenientes que siempre traen consigo las instituciones humanas, procuremos mejorarlas en cuanto cabe, sin olvidar que el tiempo es un factor indispensable á todos los productos que salen de la mano del hombre, y que sin su concurso, no es dable edificar nada sólido y duradero. Pero la misma prudencia que nos aconseja miramiento y circunspección siempre que se trata de

mudar ó innovar, nos prescribe también el deber de no preocuparnos en favor de lo que poseemos, de no dejarnos llevar del entusiasmo que inspiran bellas apariencias, de penetrar en el fondo de las cosas para examinar su íntima naturaleza.

### IX.

Los límites á que debemos ceñirnos, nos precisan á contentarnos con las indicaciones que preceden, obligándonos á pasar al decantado punto de la votación de los impuestos. Y para que no se crea que estimamos en poco derecho tan precioso, nos apresuramos á declarar, que lejos de abrigar semejante opinión, estamos convencidos de que regularizado y ejercido cual conviene, es una de las mejores garantías de la prosperidad de los pueblos, y un freno muy saludable para la codicia, la prodigalidad, y las dilapidaciones de los gobiernos malos. Cuando otras razones no nos impulsaran á opinar en este sentido, inclináranos á ello el observar, que nuestros antepasados tan famosos por su reposada cordura, establecieron y conservaron este derecho, como el paladión de las libertades públicas y la más segura prenda del respeto debido á la propiedad. En las leyes de Cataluña, de Aragon, de Valencia, de Castilla ó mejor diremos en las de toda Europa, se encuentra consignado este precioso derecho de una manera más ó menos explícita; pudiendo asegurarse que uno de los más bellos distintivos de la civilización europea fué el que ya desde su cuna tendió á precaver que el poder público no dispusiese de la hacienda de los ciudadanos sin que éstos interviniesen en el negocio de una ú otra manera.

Esta consideración es de mucho peso; porque manifiesta que el principio que asegura al cuerpo de la nación una intervención más ó menos directa en la votación de los impuestos, no trae su origen de las doctrinas revolucionarias, sino de los mismos elementos constitutivos de las sociedades modernas. Por cuyo motivo, conviene andar



con tiento en destruir este principio; por más que en la práctica por razón del modo con que se le aplica, dé lugar á gravísimos inconvenientes, que á menudo son mayores que las ventajas.

Es más claro que la luz del día, que con los sistemas electorales vigentes, y las costumbres que se apellidan constitucionales y parlamentarias, no reportan los pueblos los beneficios que debieran prometerse de aquel principio; es hasta imposible que puedan alcanzarlo por los caminos seguidos hasta aquí. Una de las ocupaciones más privilegiadas de las asambleas deliberantes debieran ser los negocios de hacienda; y éstos son los más descuidados. ¿Se habla de asuntos políticos? las sesiones están muy concurridas; largos y acalorados debates se empeñan, en que toman parte muchos oradores, haciendo ostentación de su saber, y luciendo las galas de su elocuencia; pero ¿llega la época del examen de los presupuestos? la discusión es fría, descolorida, lánguida; las comisiones presentan su dictamen por cumplir con la rutina; y si una que otra vez los oradores se enardecen, es porque alguna de las cantidades se roza con las pasiones ó intereses de la esfera política.

¿Cuáles son las causas de esta frialdad é indiferencia en materia tan importante? no es difícil adivinarlas: la completa ignorancia en el asunto sujetado á discusión, y el escaso interés que en él pueden tomar los que deben dilucidarlo. De los hombres que figurar suelen en las candidaturas ¿cuáles son los que poseen conocimientos profundos, prácticos, atinados, en negocios de hacienda? Esta ciencia tan exigente en materia de datos, no es posible que se conquiste el agrado de esos hombres públicos que con tanta facilidad se improvisan en nuestro siglo de oro. Para formar un jefe político, un ministro de tribunal supremo, un embajador, ó un secretario del despacho ¿de qué sirve esta ciencia? Para semejantes cargos, basta el arte de extender un programa con soltura y desembarazo sobre el tema que ofrezcan las circunstancias, basta el talento de

pronunciar en las Cortes un discurso bueno ó malo, en pro ó en contra de un ministro; pero de nada sirven los conocimientos sobre las desagradables materias rentísticas, que no ofrecen atractivo sino cuando toca el turno de percibir el pingüe contingente. Además, que si el hombre público raya muy alto en la categoría política, de manera que el no tomar parte en alguna de las discusiones haya de servirle de mengua y desdoro, bástale ocuparse breves ratos en la lectura de alguna obra de economía política, buscando los capítulos en que se trate de la producción y distribución de las riquezas, y los otros en que se ventila directamente el asunto de las contribuciones, para quedar desde luego habilitado, si fuere menester desatarse en una estupenda improvisación, ó escribir el magnífico preámbulo de un dictamen. Que si en apurado caso llegase la notabilidad política á verse encargada de la formación de un ministerio, encontrados los cuatro individuos que serán como satélites del afortunado presidente, no faltará tiempo para buscar entre los antiguos empleados del ramo, ó los agiotistas y jugadores de bolsa, alguna medianía que se prestará dócil á todas las voluntades de sus colegas, y que contentándose por lo que toca á los asuntos de su incumbencia con dar rutinario curso á los expedientes, no saldrá de su somnolencia habitual, sino cuando se trate de discurrir arbitrios para satisfacer necesidades urgentes: arbitrios que á pesar de sus distintas formas y variados nombres, todos se reducen al arte vulgar y funesto de los dilapidadores de la hacienda pública ó privada: sacrificar el porvenir á lo presente, hipotecar por una cantidad mezquina, productos cien veces mayores.

Es cosa de ver la facilidad con que una provincia nombra por su representante á quien tal vez no pisó nunca el terreno cuyos intereses está encargado de proteger; lástima causa, y á veces congoja y despecho, el mirar entregadas á manos de un miserable aventurero, las riquezas de millares de familias, con la libre facultad de dar su voto sobre las cargas que deben imponérseles.



Hemos pensado alguna vez que sería un buen medio para evidenciar los defectos de las leyes electorales el practicar, si fuese posible, la operación siguiente. Reunidas las Cortes podriáanse dividir los cuerpos colegisladores en tantas secciones cuantas son las provincias representadas. Entonces aplicando la regla de que para cuidar de un patrimonio es necesario conocerle, sabiendo en qué consisten sus productos y sus cargas, se debería obligar á cada diputado á extender en el término de veinticuatro horas, á guisa de opositor á cátedra ó canonjía, un informe que contuviese la descripción del país por él representado en que se detallase cuál es su riqueza agrícola, industrial ó mercantil, cuáles son los nombres de las contribuciones directas ó indirectas que suporta, cuáles las bases que por ley ó costumbre se adoptan en los repartimientos, cuáles los males que los pueblos lamentan, cuáles las reformas locales que podrián hacerse, cuál el estado de los principales caminos, canales y demás medios de comunicación ó de cultivo, cuál el de la instrucción y educación, cuál el estado de los establecimientos de beneficencia, los males ó inconvenientes de que adolecen y los remedios más oportunos para neutralizarlos ó curarlos, cuáles los sistemas que se practican y los fondos con que se mantienen; en una palabra, debería someterse al diputado á un examen que pusiese de manifiesto si posee ó nó los conocimientos necesarios para votar, si no con mucha probabilidad de acierto, al menos con mediano conocimiento de causa. Extendidos los expresados documentos, firmados por sus respectivos autores, deberían sujetarse á la censura del público por medio de la imprenta. Parécenos que el resultado sería gracioso, y que el mayor número manifestaría que nada entienden de lo que han de arreglar.

Los pueblos salieran sin duda más gananciosos, si én gobernarlos se empleara menos ciencia y más buen sentido, menos teoría y más observación práctica. ¡Cuántos y cuántos asertos pasan por indudables en un Congreso de legisladores que un hombre sencillo pero experimentado,

miraría como solemnes despropósitos! ¡Cuántos proyectos, llenos al parecer de ciencia y discreción, resultan sueños irrealizables cuando se trata de ponerlos en planta! ¿Y qué medios se practican para precaver que los cuerpos legislativos no se compongan de esos hombres que tienen la funesta facilidad de hablar de repente sobre todas las materias, y cuya ignorancia es tanto más peligrosa cuanto se oculta bajo el ropel de la ciencia? Observad los resultados y fácilmente conjeturaréis cuál debe de ser el sistema que á ellos nos conduce.

Desde 1810 lleva la España 17 años de gobierno representativo; ¿cuál es el fruto? En los 9 años transcurridos desde 1834, en cuyo tiempo no se ha interrumpido nunca, las Cortes han presentado una arena donde han luchado sin tregua ni descanso las pasiones políticas; pero la instrucción pública, la educación, los sistemas de beneficencia, la administración, la hacienda, los códigos, todo está intacto, todo yace en el más profundo desorden. ¿Qué sucederá en adelante? ¿continuarán las recriminaciones, la desconfianza, la irascibilidad de los partidos, la perfidia y las turbulencias de las facciones? ¿Nos atreveremos á deshojar la bella ilusión que abrigan las almas cándidas é inexpertas, las que ni preven el mal futuro ni recuerdan el pasado, por ser tan fuerte y vivo el impulso que las inclina al bien?

Creemos que á las naciones como á los individuos no se les daña haciéndoles conocer su verdadera situación; no se remedian los males si se ignora que existen; no se los precave si no se teme que vengan. Quien escribe para el público debe decir siempre la verdad por dura que sea; y cuando no le sea posible, condénese al silencio antes que permitirse el engañar á los pueblos. — *J. B.*

---



## TODAVÍA HAY TIEMPOS PEORES

QUE LOS DE REVOLUCIÓN.

Extraña paradoja les parecerá á no pocos, proposición tan peregrina; recio se les hará de creer, que la revolución, hija de la corrupción y del error, terrible personificación de la fuerza levantada contra la ley, no traiga consigo el peor de los tiempos, y que no sea su época la más calamitosa que pesar pueda sobre una sociedad. Ella destruye todo lo existente, amontona escombros y ruinas, relaja los vínculos sociales y demésticos, rompe los lazos políticos, acostumbra á la insurrección, mina la disciplina de los ejércitos, esparce abundante semilla de inmoralidad, sume á los pueblos en el caos más espantoso; ¿pueden acaso darse mayores males? ¿es posible concebir otro tiempo en que los pueblos sufran mayores calamidades, y en que se reunan más causas para preparar nuevas desventuras en lo venidero?

Es cierto que las épocas de revolución son las más estrepitosas, es verdad que los daños producidos por ella se hacen sentir con gran fuerza, se ofrecen de bulto á los ojos de todos, se hacen palpables á todas las manos: no hay familia que no llore sensibles pérdidas, ora de fortuna, ora de personas queridas que perecieron en los vaivenes de los disturbios civiles ó en las sangrientas refriegas de fratricidas luchas; no hay clase, no hay interés, no hay opinión que no haya sufrido contradicciones, persecuciones, desastres; no hay pueblo que no haya presenciado escandalosas escenas, y tal vez dolorosas catástrofes: cual furibunda Medea la revolución anda esparciendo en todas direcciones los miembros de sus propios hijos: y experimentan sus furros tanto sus amigos como sus enemigos: los despojos, la proscripción y el cadalso, no respetan clase ni persona.

Por esta causa al salir los pueblos de esa época turbu-

lenta y azarosa, al entrar en un régimen legal, al ver establecido un gobierno templado y suave, abominan del tiempo pasado, detestan hasta el nombre de lo que tantos males les acarreará, no alcanzan á comprender cómo bajo un sistema regular, sometido á las leyes, bonancible, sosegado y tranquilo, sea dable que sufran mayores quebrantos que durante la revolución; y sin embargo nada hay más cierto: las revoluciones de los pueblos son enfermedades agudas que consigo traen exaltación, fiebre, delirio, pero toda enfermedad proviene de causas que afectaron y des- arreglaron la organización, y acontece muy á menudo que un errado plan de convalecencia, al paso que aparenta restablecer la salud y las fuerzas, mina sordamente la existencia del enfermo conduciéndole á la muerte por halagüeños caminos.

Sí, este es el peligro que amenaza á los pueblos después de la revolución, este es el mal que ha caído y pesa todavía sobre la Francia, este es el mal que se columbra en el porvenir de la agitada España, este es el mal que difícilmente evitaremos, si no cuidamos de ponernos luego en vigilante guarda.

No es para una nación el mayor de los infortunios el que por algún tiempo se vierta en los campos de batalla la sangre de sus hijos: después de guerras formidables que diezmaron la juventud, levántanse á veces los pueblos con mayores fuerzas, con más vigor y lozania. Así el adalid que ha tomado parte en cien batallas, que ha derramado á menudo su sangre en peligrosas refriegas, blande el acero con tanto más brío y energía cuanto mayores son las cicatrices de la mano que lo empuña y del brazo que lo esgrime.

No es tampoco el mayor infortunio de una nación, el que haya venido al suelo un sistema político, y que desmontada é inutilizada la antigua máquina del Estado, sea preciso echar mano de otra más adaptada á las circunstancias, más propia para el objeto á que se destina; Dios no ha dejado tan infecunda la sociedad que no sea capaz de gobernarse sino por un medio y bajo un sistema; la razón,



la historia y la experiencia nos están enseñando, que salvos los principios tutelares de que en ninguna situación se desentiende impunemente la humanidad, son varias las combinaciones que pueden idearse para establecer un gobierno que afiance el orden, proteja los intereses públicos, y labre la prosperidad y ventura de los pueblos.

No es para una nación el mayor de los infortunios, el que en medio de las revueltas y azares de una época tormentosa hayan salido gravemente vulnerados respetables intereses materiales, ni que algunos de éstos hayan sido destruidos en su totalidad. En la vida, en las fuerzas de las naciones, entran ciertamente los intereses materiales; pero rara vez acontece que la pérdida ó la desaparición de algunos de ellos acarreen la ruina de la sociedad. Esta como el individuo, no vive de solo pan; si no satisface sus necesidades materiales de una manera, acude á ellas de otra; el antiguo vacío se llena con algún medio de nueva invención; el tiempo cuida de revelar los defectos del sistema que se ha sustituido al anterior; la experiencia va amaestrando en su manejo, hasta que al fin se llega á desenvolver y regularizar lo que en un principio se presentaba cual embrión informe y monstruoso. La misma injusticia de las antiguas destrucciones va borrándose de la memoria á medida que el tiempo transcurre; las avenencias y las transacciones van legitimando más ó menos el nuevo orden de cosas; hasta que vienen los siglos con su prescripción, con aquella prescripción que no necesita de la autoridad de las leyes, sino que está dictada por el buen sentido del humano linaje y justificada por la aquiescencia de todos los pueblos.

Grandes son los infortunios que acabamos de indicar; entráñanse en ellos irritantes injusticias, escándalos feos y repugnantes, inmoralidades asquerosas, vilezas, manejos, corrupción y todo lo más detestable que abortar puede sobre la tierra el genio del mal; pero sobre estos infortunios hay todavía otros mayores, sobre tan terribles males hay otros todavía más terribles. Y son esos males,

cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raíz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad de los intereses materiales, y de la engañosa ilusión producida por un facticio aumento de las fuerzas del Estado, se destruyen las creencias religiosas, se extravían las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad, aflojándose de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales, divinizando el vicio con la prostitución de las bellas artes, sustituyendo á la virtud el egoísmo, á los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras.

Es muy temible que terminada la desastrosa revolución que nos agita y atormenta, entremos en una era que se apellidará de regeneración, en la cual se mostrará de una parte recelosa esquivez con respecto á las doctrinas demasiado populares, y de otra mucha prevención contra las reacciones que tiendan á resucitar los principios y sistemas antiguos. La alianza del orden con la libertad será la bella fórmula en que se compendiará el pensamiento dominante: nada de anarquía, se dirá, nada de exageraciones democráticas, *nada tampoco de despotismo, nada de superstición, nada de pretensiones fanáticas*. Fuerza en el gobierno, vigor en la administración, centralización de todos los ramos; pero libertad en las ideas, indulgencia en las costumbres. Vigilante inspección sobre la enseñanza, pero completa tolerancia y disimulo en todo lo que dimane de excesivo celo por la ilustración y el adelanto. Protección á la Iglesia, pero protección desconfiada, suspicaz, que se alarme fácilmente por la firmeza de un párroco ó la pastoral de un prelado; protección que haga respetar los templos, pero que procure encerrar en ellos la religión, de suerte que no salga de allí, y no alcance á ejercer influencia sobre la sociedad; permisión de defender el dogma y la moral contra sus enemigos, pero *dignidad y severidad* contra los que se atrevan á revelar malas tendencias



del gobierno, pésimo influjo de altos magistrados, aviesas miras de un plan de instrucción, abusos de profesores que propinen funestas doctrinas á la juventud. Así con pocos años de paz y de orden se cambiarán radicalmente las ideas, se modificará el carácter nacional, y la España adelantada y culta conservará apenas un recuerdo de lo que fuera en tiempo de nuestros antepasados.

Es menester no hacerse ilusiones, es preciso no haber visto las cosas y tener escaso conocimiento de los hombres, para no columbrar que nos amenaza tan triste porvenir; es necesario no haber observado la influencia que de un siglo á esta parte ha ejercido la Francia sobre nosotros, para no conjeturar la que andará ejerciendo en lo venidero; y á nadie se oculta que el sistema de gobierno que acabamos de describir es el que prevalece entre nuestros vecinos. Hay empero entre la Francia y la España una diferencia profunda, y es, que el indicado sistema es allí la expresión bastante fiel de la sociedad, cuando aquí fuera una importación exótica que se hallaría en abierta oposición con las ideas, las costumbres, los hábitos de la inmensa mayoría de la nación. Allí la sociedad es escéptica, aquí es católica; allí están volcanizadas muchas cabezas con las teorías democráticas, aquí conservan todavía profundo arraigo los principios monárquicos; allí las costumbres han sido afectadas y modificadas en sentido popular por una revolución imponente y aterradora, que á vuelta de injusticias, de crímenes y catástrofes, trajo al fin la gloria militar y la organización administrativa, aquí una revolución miserable y raquítica, inaugurada con intrigas y desmanes, continuada con despreciables motines, sostenida en su término por un poder militar incalificable, ha producido una fuerte reacción en los espíritus, ha hecho desertar de la nueva bandera á muchos incautos que en ella se afiliaran de buena fe; resultando que la generalidad de los hombres honrados, y no pequeña parte de los más entendidos, contemplan ora con indignación, ora con desdénosa sonrisa, esas impotentes tentativas, esos estériles

ensayos con que se obstinan algunos en conducir la nación por caminos que ella aborrece á un estado que detesta. Malo como es el sistema seguido en Francia, quizás sea ahora el único posible, porque dudamos que tuviese probabilidad de triunfo ni mucho menos de duración, cuanto tendiese por medios violentos á dar ascendiente y preponderancia á las sanas doctrinas; pero aquí tan lejos estamos de hallarnos en tan deplorable situación, que muy al contrario, si algo ha de encontrar poderosa resistencia, y dar tal vez lugar á choques y conflictos, será el intento de plantear en nuestro suelo el sistema francés.

Y cuando esto decimos no se nos oculta que en una nación vieja, y que por añadidura ha sido trabajada por largos años de guerra extranjera é intestina, y por interminable serie de revueltas, debe de haber mucho que reformar, que corregir y ordenar; no se nos oculta que el siglo XIX es muy diferente de los anteriores, que es otra la situación de Europa, que no es el mismo el curso de las ideas, que se han variado sobremanera las costumbres, y que por fin el pueblo español de hoy no es el de Felipe II, ni tampoco el de Carlos III, ni aun el de 1808; sabemos que el tiempo ha ejercido también sobre nosotros su influencia modificadora, que no han pasado en vano las revoluciones, que no han circulado sin producir su fruto los libros modernos, que no han dejado de afectar el carácter nacional la prensa y la tribuna, y que por fin el aliento del siglo que se nos está comunicando incesantemente por infinitos conductos ha descompuesto en parte la fuerte contextura que dieran á la nación sus instituciones antiguas; nada de esto ignoramos; y por lo mismo estamos muy lejos de soñar en tiempos que pasaron ya; conocemos que hay nuevas necesidades y que es preciso satisfacerlas; que hay nuevos males por ahora indestructibles que es preciso tolerar; pero creemos que una conducta prudente y templada, que procure armonizarlo todo del mejor modo posible, nada tiene que ver con un sistema funesto, intolerante con el bien, indulgente con el mal, con un sistema en que para



nada se aprovecharían los restos de nuestra antigua civilización, en la cual, digan lo que quieran la ignorancia y la mala fe, no deja de encontrarse mucho de útil y de admirable.

El empeño de fundir de nuevo la nación entera como arrojándola en un crisol, ha perdido y desacreditado á la revolución, y perderá y desacreditará á cuantos se obstinen en tan errada conducta. Si quien la adoptase fuese un gobierno regular, establecido sólidamente, y que por un concurso de circunstancias contase con muchos elementos de fuerzas, sería su acción mucho más dañosa que no la de la revolución; pero también abrigamos la esperanza de que se estrellaría contra los obstáculos que en abundancia le suscitaran las creencias religiosas y las costumbres públicas, apoyadas y robustecidas por ese buen sentido que es uno de los caracteres que distinguen á esta gran nación. Sin embargo, bueno es que todos los hombres de sanas ideas, de intención recta y de corazón honrado y amantes de su patria, estén prevenidos contra el riesgo que acabamos de indicar; es preciso que los elementos de bien que tanto abundan en nuestro suelo, se pongan en vivo movimiento, que se acerquen y combinen acertadamente para formar una masa compacta, en torno de la cual se agrupen todas las fuerzas para resistir á su debido tiempo y en el terreno de la justicia y de la ley, á los ataques que disfrazado de mil maneras no dejará de dirigirnos el genio del mal.

La instrucción y la educación son los dos ramos que conviene no perder nunca de vista para no permitir que el impuro aliento de la corrupción y del error extravíe entendimientos desprevenidos, y mancille corazones inocentes. Conviene mantenerse en vigilante guarda contra las innovaciones, que si fueren malas, serán tanto más dañosas, cuanto más fuerte sea el gobierno que las introduzca y más regular y ordenada la acción con que se las planteen y fomente.

Este cuidado y vigilancia imponen obligaciones glorio-

sas, pero pesadas; porque los que se propongan resistir al mal, es necesario que conozcan el bien; y no el bien en su aislamiento, en su naturaleza absoluta é independiente, en su generalidad abstracta y vaga, sino en su forma aplicable á las circunstancias, adaptada á las necesidades de la época, acomodada al espíritu del siglo, en armonía con las costumbres dominantes; conviene no dejar á los adversarios el pretexto de que se trata de combatir la ilustración y el adelanto por medio de declamaciones ignorantes y fanáticas, conviene que los sostenedores de la religión y de los sanos principios en materias políticas, se presenten á los ojos del público con el prestigio que siempre acompaña al verdadero saber; y que en ofreciéndose la oportunidad, puedan dar á sus adversarios lecciones severas, mostrándoles que también se hallan los buenos á la altura de los conocimientos de la época; que cuando aprueban, no es por una deferencia ciega, ni por una parcialidad interesada; que cuando condenan, no es por falta de conocimiento de causa, no es por ignorancia, no es por rencorosa malicia, sino á impulsos de convicciones profundas, á la luz de abundante doctrina. De esta suerte se ha de conquistar un puesto aventajado en la opinión pública; de esta suerte se han de rechazar las calumnias de los enemigos, y desvanecer las preocupaciones de los ilusos; así, y solo así, se alcanza influencia legítima en los negocios públicos, se adquiere el derecho de amonestar á los gobernantes con decorosa firmeza; así, y sólo así, se logra que en circunstancias críticas, en momentos peligrosos, preste atento oído la nación á una voz independiente que clama por el bien público, que señala los escollos en que corre á zozobrar la nave del Estado; así, y sólo así, se obtiene que un grito de *Alerta* dado con imponente osadía, pare el brazo levantado ya y pronto á descargar el golpe, y haga retroceder á los gobernantes que se empeñaran en caminos de perdición.—*J. B.*



## POLÉMICA RELIGIOSA.

### EXISTENCIA DE DIOS.

En el número anterior demostramos la imposibilidad de arreglarse por el mero *acaso* el sistema planetario; y de consiguiente con mayor razón el del universo. Con riguroso cálculo se puso de manifiesto, que no sólo era absurda semejante suposición tratándose de un movimiento ordenado continuo, sino también con respecto á una colocación momentánea. Pero al esforzar aquel argumento, estribamos siempre en la hipótesis de que los cuerpos celestes estaban ya formados, habiéndose reunido los átomos para constituir aquellas masas enormes. Así, absurdo como era el supuesto de la ordenada combinación casual, no lo era tanto sin embargo cual se presentará si abandonamos aquella hipótesis que por un momento permitíamos á nuestros adversarios, pero que no dejaba de ser enteramente arbitraria. En efecto: ¿qué razón existe para suponer por ejemplo las partículas que forman el cuerpo celeste que apellidamos Saturno reunidas ya en una sola masa? ¿la formaron desde toda la eternidad ó nó? ¿qué razón puede imaginarse para apoyar esta sentencia? Se hablará de necesidad, será así porque es así; es decir, se afirmará gratuitamente la existencia de un hecho que en nada puede afianzarse. Movidos sin duda por esta reflexión los defensores del *acaso*, han sostenido que el universo había pasado por una infinidad de transformaciones; y de una ú otra manera admitieron el caos primitivo, suponiendo entregados todos los átomos á un movimiento ciego, necesario, perenne hasta encontrar la conveniente situación, las

leyes de armonía que en la actualidad vemos dominar sobre la materia.

Claro es, que si la probabilidad de situarse los cuerpos en la combinación correspondiente no existía, ó más bien, si era infinitamente grande la probabilidad en contrario, será si cabe más infinita esta última, cuando no supongamos formadas ya las masas; porque entonces los objetos combinables serán en un número infinitamente mayor, y de consiguiente la teoría de las combinaciones y de las probabilidades arrojará nuevos torrentes de luz, haciendo más sensible y palpable el absurdo que se ven precisados á devorar los que no admiten la existencia de Dios.

El lector recordará el punto de evidencia á que llegó la demostración del absurdo, suponiendo la combinación de solos doce cuerpos; ¿qué será si los descomponemos en partes, y recordamos los experimentos que nos manifiestan la inconcebible divisibilidad de la materia? ¿si atendemos á las razones que la prueban tan grande, hasta el punto de que algunos sostienen que es infinita?

Tomemos por ejemplo la tierra; las operaciones geodésicas manifiestan que es un esferoide en que el eje mayor ó sea el diámetro del Ecuador es de 15.254,598 varas, y el eje menor ó la distancia de polo á polo, de 15.209,063 varas. Aplicando el cálculo, resulta que el volumen de la tierra es de 1,833,116,042,049,079,468,459 varas cúbicas, que evaluado en pies nos da 50.034,133,145,045,145,648,393 pies cúbicos.

Demos que la tierra se hubiese de formar de pequeñas masas, cuyo volumen fuese un pie cúbico; ¿no se pierde la imaginación al pretender orden, concierto, en ese número de cuerpos abandonados á la casualidad? ¿y qué será si la evaluación se hace en pulgadas y luego en líneas y puntos, y así en cantidades menores multiplicando los valores que resulten por el cubo de los antecedentes?

Después del número inmenso de partes que nos darían estas multiplicaciones sucesivas, todavía no habríamos hecho nada; porque estarían intactas las demás consideracio-



nes físicas que demuestran la estupenda divisibilidad de la materia. Un grano de almizcle llenará de olor un dilatado espacio durante mucho tiempo; en todos los puntos existirán moléculas de aquel cuerpo, pues donde quiera que se sitúe el órgano que recibe sus impresiones se siente afectado; y no obstante el grano de almizcle no habrá tenido disminución sensible; tanta es la divisibilidad á que han llegado sus partes. Suponed una división semejante en el globo de la tierra; ¿podría expresarse en guarismo el número que resultara? arrojad ahora todas aquellas partículas en la inmensidad del caos, hacedlas mover por el tenebroso espacio, sin más guía que la casualidad; ¿os atreveréis á esperar orden y concierto?

Adviértase ahora, que este cálculo está fundado en el solo supuesto de arreglar las partículas de la tierra; ¿y qué es ésta en comparación del universo? Calcúlase que la masa del sol es 329.630 veces mayor que la de la tierra; añadid á esto la masa de todos los planetas, de todos los cometas, con todos sus satélites, la de todas las estrellas fijas, la de los otros cuerpos que no conocemos, y que vamos descubriendo cada día, la de la luz desparramada por todo el universo, y la de los demás fluidos que divagan por la inmensidad del espacio; imaginadlo todo descompuesto, reducido á átomos, mezclado, confundido, nadando en la inmensidad; ¿quién se atreverá á pedir orden á ese desorden elevado á una potencia infinita? El espíritu se abate al fijar la mirada sobre semejante caos: la cabeza se desvanece al contemplar aquella espantosa imagen de la confusión que nos figuramos en la eterna noche del averno.

Los ateos nos objetarán que existiendo en medio del caos una ley necesaria que llevaba á los cuerpos á una combinación armónica, había de brotar el orden del seno del desorden. La materia, dirán ellos, está sujeta á leyes constantes é invariables, como nos lo está mostrando la experiencia; luego entregándola al movimiento, vendría á parar á una combinación determinada, donde resaltarían el orden y la armonía. Pero, en primer lugar, ¿quién

estableció esas leyes? sin Dios, sin inteligencia, habremos de confesar que son una *necesidad*; es decir afirmaremos gratuitamente un hecho que es de la mayor trascendencia. Cuanto más poderosas se supongan esas leyes para hacer salir el orden del desorden, tanto más están clamando que quien las ha establecido estaba dotado de inteligencia. En todas las observaciones hechas hasta aquí sobre la materia, nunca se ha notado otra cosa que indiferencia para el reposo como para el movimiento. Sometida á ciertas reglas que apellidamos con distintos nombres, pierde la dirección que aquéllas le comunican, y aumenta ó disminuye la velocidad que de las mismas recibe, si nuevos motores la impulsan, ó algunos obstáculos la detienen. La aserción pues que atribuye á su íntima naturaleza la propiedad de unas leyes altamente geométricas, es el mayor de los absurdos. Pero demos á los ateos que existiesen esas leyes anteriormente á la máquina del universo, demos que los átomos revolviéndose en la inmensidad del espacio hubiesen estado sometidos á esa necesidad ciega, origen de un orden tan admirable; ¿será posible que con ellas se hubiese formado el mundo? Newton que conocía ciertamente las dichas leyes mejor que todos los ateos, confiesa con ingenuidad, que si bien ellas bastan para dar razón del movimiento del universo una vez formado, no son suficientes empero para explicar su formación. Sabido es que el ilustre geómetra se humillaba al descubrir el dedo omnipotente en aquellas maravillas que su genio contemplaba tan de cerca; no consideraba los movimientos de los astros como efectos de una mera casualidad, sino que señalando las reglas á que estaban sometidos se abstenia de decir cuál era la causa; pero si no entraba en cuestiones metafísicas sobre la naturaleza de la misma, reconocía que fueran cuales fuesen las causas secundarias, al fin era preciso llegar á una primera, á una inteligencia infinita, á un poder sin límites, á Dios.

Una de las leyes que se consideran como fundamentales, es la que se llama de atracción ó gravitación universal.



Sabido es que ésta obra en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias; y que de esta suerte se explican los movimientos de los cuerpos celestes, no siendo las famosas leyes de Klepero más que aplicaciones ó consecuencias del principio universal. Admitida la verdad de éste, tal como suelen establecerle los físicos, y sin descender á ninguna de las cuestiones que en diferentes tiempos han dividido las escuelas, observaremos que suponiendo el mundo entregado al caos es imposible que de él saliera por la mera fuerza de la gravitación. Para que ésta obrase de manera que pudiera producir orden y armonía, sería preciso suponer esta armonía y este orden en las masas y en las distancias; porque de otra suerte no habría probabilidad de que saliese un mundo tan ordenado cual el que tenemos á la vista, sino una de las infinitas monstruosidades que podemos imaginar. ¿Quién nos ha dicho que debieran formarse nunca masas compactas? ¿cómo sabemos que se establecerían determinados centros en torno de los cuales comenzaran á verificarse las revoluciones que dieran al fin por resultado ordenados sistemas? Al sol ó á las materias de que está formado, ¿quién los constituyó centro de los movimientos de los átomos que componen los otros planetas? Antes que las fuerzas centrípeta y centrífuga se combinasen para producir el movimiento elíptico, ¿por qué no se precipitaron los cuerpos al centro de atracción, ó escapándose por la tangente no anduvieron corriendo á inmensa distancia? Para que pueda existir la ley es necesario que existan los términos de la proporción que la anuncia; es necesario suponer que están determinadas las distancias y las masas; en faltando esta condición, tan lejos estuviera la ley de ser un elemento de armonía, que antes bien lo fuera de nuevo desorden. Atracción en todos sentidos, centro en todas partes; es decir en ninguna: todo desorden, todo confusión.

Suponiendo existente la fuerza de la atracción universal antes de ordenarse el mundo y de formarse los grandes

cuerpos de que se compone, mediaban obstáculos para que esta ley pudiese producir nada ordenado. Sabido es, que á más de la dicha atracción, la experiencia ha manifestado que hay otra que por analogía se apellida *atracción molecular*, más conocida generalmente con el nombre de afinidad. Así como la primera obra á largas distancias, ésta ejerce su acción á distancias insensibles, cuando los cuerpos están en contacto ó en mucha proximidad. Estando todos los átomos que componen la máquina del universo desparramados por la inmensidad del espacio, claro es que andarían de mil maneras diferentes, revueltos y confusos, de modo que la acción de la afinidad pudiese desarrollarse en varios sentidos. ¿Quién es capaz de calcular las modificaciones que las fuerzas de la atracción molecular causarían sobre los efectos de la universal? Ahora formadas ya las masas no es posible que las leyes de la afinidad desconcierten el mundo, porque estando limitada su acción á distancias muy pequeñas, se halla por decirlo así aprisionada. Pero cuando este obstáculo no existía, cuando divagando sueltos los átomos estaba lleno el mundo de una mole informe de fluidos de naturaleza muy diferente, claro es que debían resultar infinitas combinaciones que modificasen los efectos de la gravitación universal.

Concebiremos fácilmente la variedad de resultados á que esta concurrencia de causas podía dar lugar, si advertimos que las leyes de la afinidad están de suyo sujetas á muchas alteraciones. En efecto: la experiencia ha manifestado que para determinar con alguna exactitud sus resultados, es preciso atender nada menos que á siete circunstancias. 1.<sup>a</sup>: cantidad relativa de los cuerpos que se ponen en contacto. 2.<sup>a</sup>: si los cuerpos son simples ó compuestos. 3.<sup>a</sup>: cohesión que entre sí tienen. 4.<sup>a</sup>: grado de calor á que se hallan expuestos. 5.<sup>a</sup>: cantidad y calidad del fluido eléctrico que contienen. 6.<sup>a</sup>: peso específico de las mismas. 7.<sup>a</sup>: presión que sufren. Andando los cuerpos revueltos, entregados al mero acaso, es evidente que se cambiarían á cada paso las indicadas circunstancias, de



lo que resultaría una confusión que no es necesario ponderar.

Extrañeza causa por no decir indignación, el ver que se echa mano de tamaños despropósitos para eludir las inconcusas razones con que se demuestra la existencia de Dios; imposible parece que el hombre dotado de razón como de un glorioso distintivo, forceje hasta tal punto para desterrar del universo la razón suprema. ¿En tan poco estimáis la inteligencia que así odiéis el nombre de ella cuando se trata de ordenar el mundo? Os envanecéis de la vuestra, la mostráis como blasón de nobleza, encarecéis su alcance y se exalta vuestro orgullo á la sola idea de que se pretende rebajar alguno de sus quilates; ¿y no admitiréis una inteligencia de donde haya dimanado la vuestra, y que haya dado orden y concierto á esa máquina que os asombra con su grandor y sus maravillas?

Si no existieran otros motivos para convencer que la naturaleza del hombre ha sufrido algún quebranto, el cual la ha rebajado de su dignidad primitiva, y ha obscurecido la mente, y torcido la voluntad, bastarían sin duda á probarlo los inconcebibles extravíos á que se abandona nuestro espíritu. Se escribe la historia de las naciones, se pintan sus revoluciones y sus guerras, en las que vemos retratada ciertamente la miseria y la iniquidad del hombre; pero quizás en ninguna parte se presente tan negro el cuadro como en la historia del espíritu, es decir, de las ciencias. En esa región sublime, donde al parecer debiera reinar señora la cuerda sabiduría, donde las pasiones no debieran tener entrada ni ser toleradas en los alrededores, para que no contaminasen la atmósfera con su apesado aliento; allí campean también la locura, el orgullo, la ciega presunción, manifestando al hombre en toda su desnudez, llenando de cruel amargura á quien creyera que había de encontrar á los sabios á manera de coros de ángeles. Pero nunca, nunca como en el pasado siglo se vió al genio del mal insultar con tanta impudencia al buen sentido de la humanidad; nunca se le vió con tan pervers-

sos designios, cubierto con las ínfulas de la ciencia para extraviar á los incautos; nunca se vió tamaño esfuerzo para reducir á sistema la irreligión, estableciéndola sobre su digna base: el ateísmo.

*La naturaleza, las fuerzas superiores, las leyes necesarias, la sucesiva transformación de los seres, y cien otras palabras semejantes fueron adoptadas como motes del enigma; ellas no expresaban nada, es cierto; pero envolvían las ideas en misteriosa obscuridad, hacían que el sencillo lector no advirtiese toda la absurdidad de las hipótesis sobre que se intentaba cimentar el sistema; y quizás se le hacía creer que era científica una explicación que no estribaba sino en una palabra empleada con la más insigne mala fe. Las matemáticas, los conocimientos físicos, habían dado grandes pasos. Se explicaban muchos fenómenos de una manera si no satisfactoria á lo menos plausible; y todo esto se empleaba para alucinar á los ignorantes, haciéndoles creer que la cadena de las causas terminaba en la región de la materia. ¡Ingratos! el haber adelantado en el conocimiento de la criatura, ¿no debía elevaros hacia el Criador?—J. B.*

## ANTIGÜEDADES.

---

Con mucho placer insertamos el siguiente documento, porque tenemos satisfacción cumplida cada vez que podemos contribuir á realzar en algo el lustre de nuestra patria. Felicítamos á los Sres. Subirana y Cerdá por su hallazgo, y nos atrevemos á exhortarlos á que continúen dedicándose á una clase de tareas tan útiles como descuidadas. Sabemos que dichos señores no pierden de vista este negocio; con respecto á las luces históricas que de aquí podrían resultar, nos reservamos hablar de nuevo de este interesante asunto, cuando podamos hacerlo con mayor caudal de datos.



Nuestros lectores descifrarán con poca dificultad el anagrama del Sr. *Don Diego Lorpli*, reconociendo en él al insigne anticuario D. Jaime Ripoll, canónigo de la iglesia Catedral de Vich, uno de esos hombres que honran el país en que nacen, á pesar de que su extremada modestia los induzca á envolverse en la obscuridad. Teniendo alguna noticia de los muchos trabajos del Sr. Ripoll, nos lamentamos de que los conserve ocultos en su bufete, y siempre tememos no queden perdidos para la historia preciosos apuntes que pudieran ilustrarla (1).

### INSCRIPCIÓN ROMANO-IMPERIAL,

*recién descubierta en el Congost, y copiada por dos curiosos investigadores de antiguallas. Ofrece un ensayo de su interpretación sujetándole á la censura de los mismos copiantes y demás inteligentes Diego Lorpli.*

IMP CAES O SSI<sup>M</sup>O  
 C. TRAIANO CIO  
 PIO FELICI INVC  
 TO. AVC. DAC  
 MAX PONT  
 MAX OTRIBPOT  
 IIII PP COS III PRO  
 COS. ET QHEREN  
 NIO. ET RVS C O  
 MESSIO DECIO  
 COS ET O\  
 HOSTIL

---

(1) Al corregir las pruebas de este pliego, hemos sabido el fallecimiento del Sr Ripoll; el clero ha perdido un individuo ejemplar por sus virtudes, y la ciencia arqueológica uno de sus más ilustres profesores.

Descubrióse la presente lápida en Febrero de 1842 abriéndose los cimientos para construir una calera en frente de la casa ó quinta propia de la casa de Terrés de la Garriga, sita á igual distancia de la villa de Centellas y pueblo de Ayguafreda, llamada el molino de las Canas, al pie y junto á la actual carretera de Barcelona á Vich. Examináronla y copiaron por primera vez los diligentes anticuarios D. José Subirana, farmacéutico, y D. José Cerdá, vecinos ambos de la misma villa de Centellas. Tiene la lápida unos cinco palmos de longitud.

Suponiendo bien copiada la inscripción, deben enmendarse los defectos del grabador y del tiempo. En la primera línea en vez de la O debe ponerse Q. Luego debe anteponerse la M que está encima y entre la I y la O, y añadirse una E. En la segunda línea debe llenarse el vacío y ponerse DE. En la tercera falta la I. En la sexta falta la P. En la penúltima debe leerse Q y no O, luego Val. y en la última añadirse ILIANO al Hostil. Messio Decio.

Con estas correcciones y añadiduras de las cuales no hay una siquiera que no esté apoyada en otras inscripciones publicadas por nuestros Finestres, Masdeu, Grutero etc., podrá leerse entera la inscripción en esta conformidad:

IMPeratori CAESari Quinto meSSIO  
Caio TRAIANO deCIO,  
PIO, FELICI, INVIC  
TO, AVGusto, DACico  
MAXimo, PONTifici  
MAXimo, Principi Optimo, TRIBunitiæ  
POTestatis IIII (quartum), Patri Patriæ, CONSuli  
III (tertium) PRO  
CONSuli: ET Quinto HEREN  
NIO ETRVSCO,  
MESSIO, DECIO  
CONSuli: et Quinto VALenti  
HOSTILiano Messio Decio.....

Extendida así la inscripción podrá traducirse de este mo-



do: (Memoria erigida) al Emperador César Quinto Messio, Cayo, Trajano, Decio, Pío, Feliz, Invicto, Augusto, Dácico, Máximo, Pontífice Máximo, Príncipe óptimo, condecorado con la potestad tribunicia cuatro veces, padre de la patria, cónsul por tres veces, procónsul: y á Quinto Herenio Etrusco Messio Decio.

El referido Lorpli concluye con estas palabras:

A esta interpretación en caso que merezca la aprobación de los eruditos, se seguirán unas notas y observaciones.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDÁS EN EL TOMO SEGUNDO

Páginas.

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE JUNIO DE 1843.)— *Alianzas de España. Artículo 2.º Alianza con la Francia. ¿Qué bienes puede traernos la alianza francesa, qué males puede acarrearlos? Nuestra independencia para nada necesita de la Francia. Conducta que debe seguir el gabinete español con respecto á la Francia é Inglaterra. Equilibrio en que deben ser mantenidas las dos influencias rivales. Energía del pueblo español. Necesidad de fomentar el espíritu nacional. Lo que indica la última guerra de los siete años. Lección que se ha dado á la Europa. Contrapeso de las grandes naciones del Norte para contener á la Francia é Inglaterra. Conducta que debe observar la España con respecto á la política general de Europa. La Francia después de la revolución de Julio. Luis Felipe. Su mérito, su sistema. Carácter de los hombres que dominan en Francia. La Francia los sufre porque los merece. Daños que nos han producido las alianzas con la Francia. Ventajosa posición de España para seguir la política que le conviene, que es la de neutralidad. Consideraciones sobre los daños que nos produciría en lo interior una relación demasiado íntima con la Francia. Su centralización y administración. Federico. Pedro el Grande. Napoleón. Diferencia capital entre la Francia y la España. Inconvenientes del planteo de una centralización semejante á la de Francia. No conviene el enlace de la Reina con un príncipe de la dinastía de Orleáns. Es posible establecer en España un gobierno nacional.. . . .*



*La población. Artículo 1.º* Dificultad de la materia. Variedad de opiniones sobre el aumento de la población. Se fija el estado de la cuestión. Dictamen del sentido común. Ignorancia con respecto á la ley del aumento y decremento. Examínase si la población es proporcional con los medios de subsistencia. Irlanda. Francia. Inglaterra. La sociedad y el Estado. Conviene no confundir el significado de estas palabras. Aclaraciones históricas de este punto. Civilización de Oriente, Egipto, Grecia, Cartago, Roma. Naciones modernas. . . . . 27

*Polémica religiosa. Carta cuarta a un escéptico en materias de religión. Filosofía del porvenir.* Descripción de esta filosofía y retrato de los que la profesan. Pasaje de Virgilio. M. Joffroy. El cristianismo y las masas. Monsieur Cousin. Pasaje notable de Mr. Pedro Leroux sobre las convicciones de Mr. Cousin. Profecía de Mr. Cousin. El catolicismo no está amenazado de muerte. En los cuatro ángulos del universo está dando señales que acreditan su vida y vigor. Observaciones sobre la decadencia de la fe y de las costumbres. Combátese el error de los que pretenden desalentar con la exageración de semejante decadencia. Reseña histórica de los grandes males que en todas épocas ha sufrido la Iglesia, Su estado actual no es tan desconsolador como algunos creen. Cómo calculan los incrédulos la decadencia de la fe. Conviene no confundir la sociedad con las capitales, ni éstas con algunos círculos muy reducidos. La transición y la perfectibilidad. . . . . 37

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 15 DE JUNIO DE 1843.) *Estudios frenológicos. Artículo 1.º* Examínanse los seis principios asentados por el Sr. Cubí en su *Manual de Frenología*. Observaciones sobre los pronósticos frenológicos. Algunas dudas sobre este arte. . . . . 57

*Polémica religiosa. Carta quinta á un escéptico en materias de religión. La sangre de los mártires.* Asíéntase el hecho histórico. Se propone una dificultad contra la fuerza de este argumento. Pasaje de Prudencio. Lo que puede el entusiasmo por una idea. Reflexiones sobre la exaltación de ánimo según las causas de que procede y el objeto á que se dirige. La guerra. El duelo. El valor y la fortaleza. Régulo y Scévola. Los mártires. Situación horrible en que se encontraban. La persecución y el entusiasmo. Disípase un error muy engañoso. El perseguir

una doctrina no es buen medio para propagarla. Pruebas tomadas de la filosofía y de la historia. Cotejo entre la propagación del cristianismo y la del protestantismo.

88

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE JULIO DE 1843.)—*La población. Artículo 2.º* El problema del aumento de la población sometido al fallo de un rústico. Cálculos del déficit que los nacidos producen en la sociedad. Sobran brazos, faltan medios. Estados comparativos entre los individuos de más de cinco años, y los que no han llegado á esta edad. . . . .

109

*Estudios frenológicos. Artículo 2.º* Zopiro y Sócrates. Plauto y los adivinos. El materialismo y el fatalismo son dos escollos en que puede tropezar la Frenología. Examínase la doctrina del Sr. Cubí sobre las facultades impulsativas y afectativas ó sea instintos ciegos. Observaciones filosóficas y morales sobre esta materia. . . . .

120

*Polémica religiosa. Reflexiones sobre el celibato del clero católico en parangón con la facultad de contraer de los protestantes.* Origen del matrimonio de los ministros protestantes. Fijase el estado de la cuestión. Idea del sacerdote El sacerdocio y la mujer. La religión cristiana y el corazón humano. Tradiciones y costumbres universales que manifiestan la estrecha relación entre la continencia y las funciones religiosas. Filosofía del siglo XVIII. Su carácter. Su decadencia. El celibato y los filósofos incrédulos. Fundamento de la íntima relación entre la continencia y el ministerio religioso. Diversos caracteres de las pasiones. La ambición. El amor. El matrimonio considerado como un medio de precaver grandes males. Combátese el argumento que algunos pretenden fundar en esta consideración. Cotejo del clero protestante con el católico. Los sacerdotes católicos franceses en Inglaterra. Las religiosas francesas y las españolas. La incredulidad y las pasiones. De qué manera la religión de Jesucristo señorea el corazón. Si el celibato desapareciese, al cabo de cierto tiempo volvería á renacer y se colocaría de nuevo en la esfera de las leyes. El celibato y el espíritu de la religión cristiana. Importancia del celibato para el desempeño de ciertas funciones muy delicadas del ministerio católico. El sacerdocio considerado en sus relaciones con los afectos de un padre de familia. Notable confesión del doctor King, ministro protestante. El celibato en sus relaciones con la población.



Errores sobre este punto. Se demuestra que el celibato del clero católico no es dañoso á la población. Esperanzas consoladoras para almas cristianas. . . . . 134

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 15 DE JULIO DE 1843.)—*¿Y después?* Efectos de los pronunciamientos. El naufrago. Cambios frecuentes que ha sufrido la nación española. El trono respetado por las borrascas revolucionarias. Secreto para profetizar en política. Los tribunos y el poder que fué su obra. Las sombras siniestras acechando al regío dosel. Mágico efecto del grito *Dios salve al país, Dios salve á la Reina*. Carácter del pronunciamiento de Junio de 1843. Lo que significa la situación actual. Quién tiene el mérito de la bandera de españolismo, de reconciliación y unión. Lo que la reconciliación vale en política. La coalición y la fusión. Cómo se conoce una situación. Olózaga y Sancho. Carácter de la regencia única. Anomalías de Espartero. El llamado gobierno á caballo debiera llamarse gobierno en cama. Los gobiernos en España son más bien débiles que tiránicos. Fuerza de la ley. Constitución verdad. Mayorías y prácticas parlamentarias. La legalidad. El porvenir. . . 139

*Estudios frenológicos. Artículo 3.º y último.* La frenología y el fatalismo. Se examinan las doctrinas del Sr. Cubí sobre el libre albedrío, la veneración, concienziosidad, maravillosidad, individualidad, visiones y otros puntos importantes. . . . . 174

*Polémica religiosa. Carta sexta á un escéptico en materias de religión. La transición social.* Postración de un espíritu escéptico. Examínase si la transición es característica de nuestra época. Pruebas históricas de que es general á todos los tiempos. Examínase si el progreso es la ley de las sociedades. Admítase este principio, pero con alguna restricción. La civilización antigua y moderna. Nuestros males no son tantos como los de otros tiempos. Causas que contribuyen á abultarlos. El cristianismo nada tiene que temer de las transiciones sociales. . . 190

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 1.º DE AGOSTO DE 1843.)—*Miscelánea.* Causas de las desgracias de España. Minoría. Guerra de sucesión, revolución. La revolución monárquica y el monarca revolucionario. El arca santa. Obstáculos que impiden el establecimiento de un gobierno. Ruinas alegóricas. Los tribunos cortesanos, y los agitadores hombres de gobierno. Los hom-

bres del año 12 y sus adversarios. La prensa conservadora de la época presente comparada con la prensa religioso-monárquica del año 12. La revolución no gasta reputaciones, las pone á prueba. Situación de Madrid después de la entrada de los ejércitos pronunciados. Reflexiones dirigidas á los hombres de la situación. Necesidad de un gobierno fuerte. Riesgos inseparables del terreno de la política. El capitalista y la máquina. Definición de las pasiones políticas. . . . . 211

*La población. Artículo 3.º* La progresión aritmética y la geométrica. Reflexiones sobre estas leyes aplicadas al aumento de los medios de subsistencia y de la población. Examínase la ley que pretende haber demostrado monsieur Quetelet. . . . . 226

*Polémica religiosa. Existencia de Dios.* Los ateos. El universo y el acaso. Demuéstrase por la teoría de las combinaciones y probabilidades, la imposibilidad de arreglar el solo sistema planetario por el simple acaso. Cálculo y geometría que se observan en toda la naturaleza. . . . . 239

*Carta séptima á un escéptico en materias de religión. La tolerancia.* La gracia y la fe. Doctrina católica sobre la fe. Historieta de un eclesiástico. Observaciones sobre la intolerancia de ciertos hombres. Injusticia é intolerancia de los incrédulos. Manifiéstase que un fiel puede tener idea clara del estado del espíritu de un incrédulo. Lo que debe hacer un católico antes de disputar con un incrédulo. En las disputas religiosas es necesario guardarse del orgullo. . . . . 252

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 15 DE AGOSTO DE 1843.)—*Consideraciones filosófico-políticas.* La unidad. Sus aplicaciones al orden moral, al científico, al físico, al social. Consideración sobre la causa del malestar de España. Centralización de las naciones europeas. Cotejo entre las antiguas colonias españolas y los Estados-Unidos. Fenómeno que ofrecen las naciones que han estado sometidas á la unidad de la monarquía hereditaria. Lo que fuera España sin esta institución. La libertad. Mal uso que se hace de esta palabra. En el mundo material no hay libertad. Todo está sujeto á reglas fijas. Aplicaciones. El hombre tiene libertad de albedrío, pero sus actos encuentran muchos obstáculos que los limitan. Aplicaciones. Limitaciones procedentes de la naturaleza, del estado, de la posición social, de las leyes y



costumbres del país. La libertad en el orden político. La que disfrutaban las naciones que se apellidan libres. La Francia. Derecho electoral falseado en su base. Lo que objetan los ardientes partidarios de la democracia. El sufragio universal. La soberanía popular. Las capacidades. Inconsecuencia de los demagogos trocados en conservadores. Ejercicio del derecho electoral. Al mayor número de los electores les falta el conocimiento necesario. Causas de su alucinamiento. Influencia de la prensa sobre las elecciones. Los ministeriales y la oposición. Influencia de los empleados en las elecciones. Lo que sucede cuando el gobierno es vencido. Dificultad de formar debidamente las leyes. La voluntad general. La razón pública. Consideraciones sobre estos extremos. Defectos de los sistemas electorales vigentes. Votación de los impuestos. Observaciones sobre este derecho. Ignorancia de los legisladores en materias de hacienda. Lo que son muchos candidatos. Cómo se forman los hombres públicos. Cuán poco se cuida de nombrar buenos representantes. Lo que se debiera hacer para apreciar lo que valen. Lo que ha sucedido en España desde 1810. Tristes presagios. Conclusión. . . . . 263

*Todavía hay tiempos peores que los de revolución.* Extrañeza de esta paradoja. Efectos de la revolución. Las épocas de revolución son las más estrepitosas. Lo que hacen los pueblos al salir de ellas. Errado sistema que suele seguirse en la convalecencia. Peligro que amenaza a la España. El derramamiento de sangre no es para una nación el mayor de los infortunios. No lo es tampoco la ruina de un sistema político, ni la pérdida ó desaparición de algunos intereses materiales. Fórmulas peligrosas. Su funesta aplicación. Cómo se ha de combatir el mal. Daños que resultan cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raíz. Mal sistema que tal vez se intentará plantear. Analogías entre la España y la Francia. Relaciones del Estado con la Iglesia. Cómo se ha de conocer y defender el bien. Es preciso estar al nivel de los conocimientos de la época. Lo que deben hacer los hombres de doctrinas sanas é intención recta. Cómo deben prepararse para la lucha. Cómo se adquiere el derecho de amonestar y contener a los gobernantes. . . . . 283

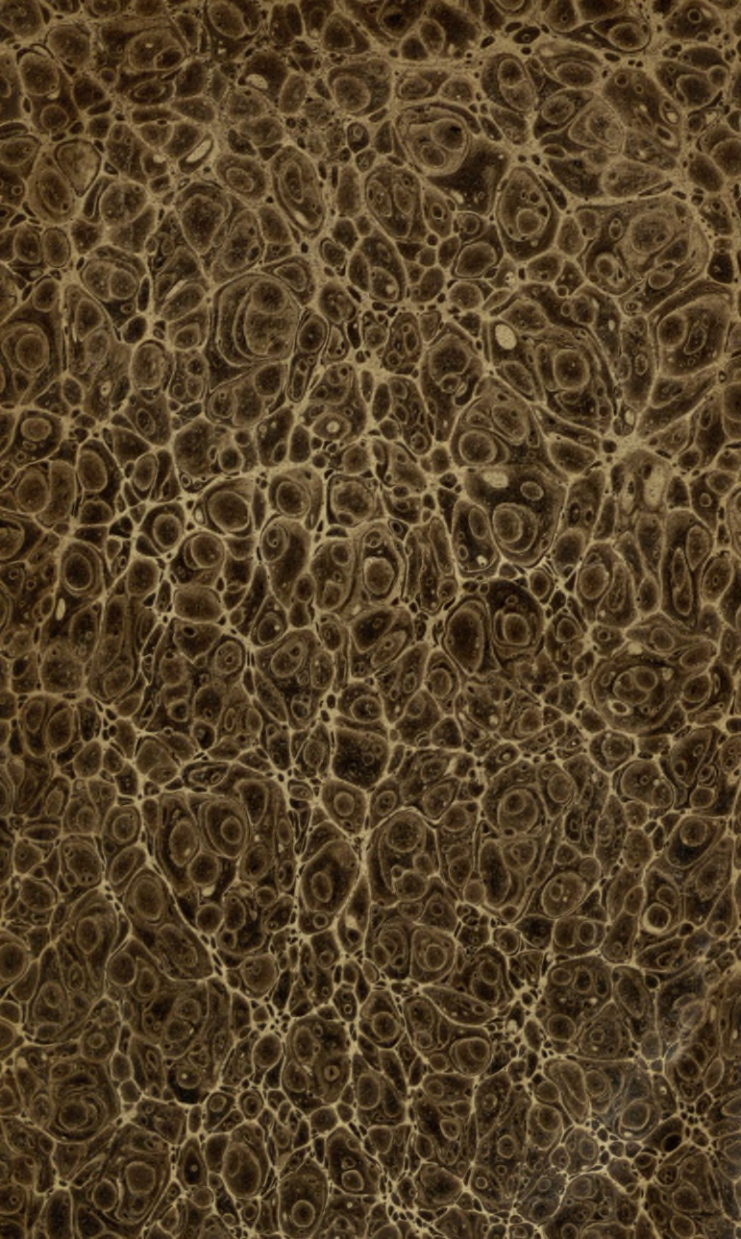
*Polémica religiosa. Existencia de Dios. Absurdo que resulta*

de suponer ordenada por el acaso la combinación de los astros. Nuevas razones que lo hacen más y más evidente. Divisibilidad de la materia. Imposibilidad de que el orden naciese del caos. Leyes que rigen los cuerpos del universo. Con ellas no pudo formarse el mundo. Opinión de Newton. Consideraciones sobre la atracción universal. Existiendo el caos, nada podía para crear el orden la ley de atracción que obra en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias. Combinación de la atracción universal con la molecular ó sea la afinidad. Complicaciones que esta última acarrea para que no pudiese ordenarse el caos. Ceguera de los ateos. Esto indica la caída de la especie humana. Consideraciones sobre la historia de las ciencias. Lo que fué la filosofía del siglo pasado. . . . . 291

*Antigüedades. Inscripción romano imperial recién descubierta en el Congost y copiada por dos curiosos investigadores de antiguallas. Ofrece un ensayo de su interpretación sujetándole á la censura de los mismos copiantes y demás inteligentes Diego Lorpli. . . . . 298*









FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10023353

